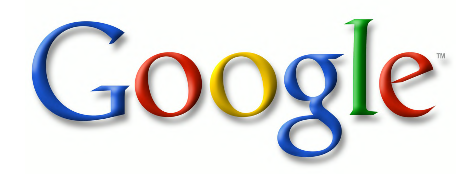
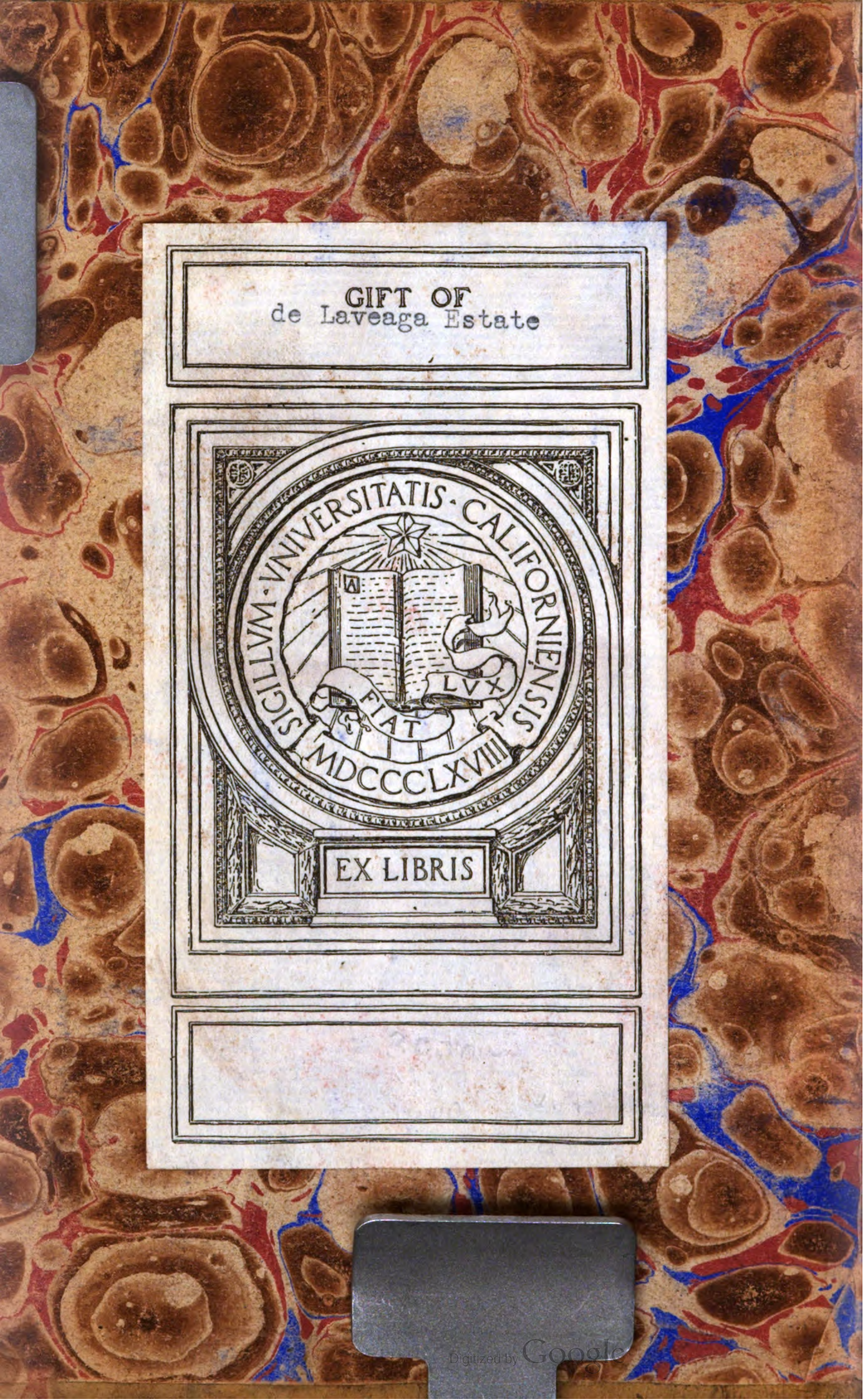
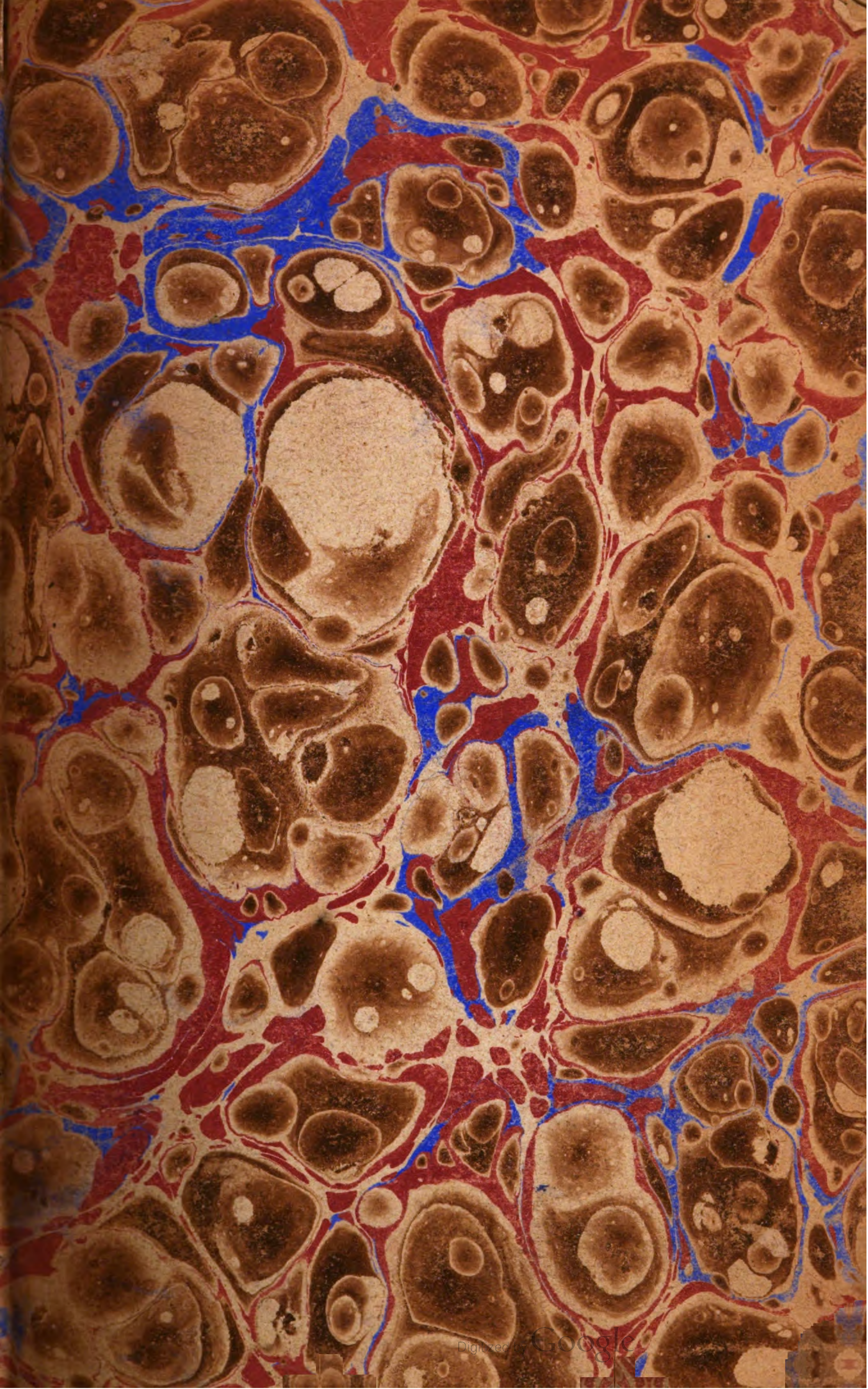



UC-NRLF
B 3 145 272


GIFT OF
de Laveaga Estate
SIGILLVM · VNIVERSITATIS · CALIFORNIENSIS
FIAT LVX
MDCCCLXVIII
EX LIBRIS
Digitized by Google



MÍSTICA CIUDAD DE DIOS.

TOMO IV.

Varios Prelados de España han concedido 2400 dias de indulgencia á todos los que leyeren ú oyeren leer un capítulo ó página de cualquiera de las publicaciones de la LIBRERÍA RELIGIOSA.

MÍSTICA CIUDAD DE DIOS,

MILAGRO DE SU OMNIPOTENCIA Y ABISMO DE LA GRACIA:

HISTORIA DIVINA

Y VIDA DE LA VÍRGEN MADRE DE DIOS,

REINA Y SEÑORA NUESTRA, MARÍA SANTÍSIMA, RESTAURADORA DE LA CULPA DE EVA, Y MEDIANERA DE LA GRACIA:

manifestada en estos últimos siglos por la misma Señora á su esclava

SOR MARÍA DE JESÚS,

Abadesa del convento de la Inmaculada Concepcion de la villa de Ágreda, de la provincia de Búrgos, de la regular observancia de nuestro seráfico Padre san Francisco:

PARA NUEVA LUZ DEL MUNDO, ALEGRÍA DE LA IGLESIA CATÓLICA, Y CONFIANZA DE LOS MORTALES.

Nueva impresion añadida de dos tablas, la una de los lugares de Escritura, y la otra de las cosas mas notables de esta obra.

TOMO IV.



Con aprobacion del Ordinario.

LIBRERIA R ... LO RIERA,
CA

1860.

MÍSTICA CIUDAD DE DIOS.

SEGUNDA PARTE

DE LA DIVINA HISTORIA Y VIDA DE LA REINA DEL CIELO, MARÍA SANTÍSIMA: CONTIENE LOS MISTERIOS DESDE LA ENCARNACION DEL VERBO DIVINO EN SU VIRGINAL VIENTRE HASTA LA ASCENSION Á LOS CIELOS.

LIBRO CUARTO,

Y SEGUNDO DE LA SEGUNDA PARTE.

CONTIENE LOS RECELOS DE SAN JOSEF CONOCIENDO EL PREÑADO DE MARÍA SANTÍSIMA, EL NACIMIENTO DE CRISTO NUESTRO SEÑOR, SU CIRCUNCISION, LA ADORACION DE LOS REYES, Y PRESENTACION DEL INFANTE JESÚS EN EL TEMPLO, LA FUGA Á EGIPTO, MUERTE DE LOS INOCENTES, Y LA VUELTA Á NAZARETH.

CAPÍTULO I.

Conoce el santo Josef el preñado de su esposa María Virgen, y entra en grande cuidado sabiendo que en él no tenia parte.

Cuándo y cómo conoció Josef el preñado de su Esposa.—Dolor de Josef en este conocimiento, y causas de su intension.—Cuán penetrante lo hizo el castísimo amor que tenia á su Esposa.—Cuánto lo aumentó la justa estima de la honra.—Cuánto el riesgo que pensaba de María.—Tormenta de encontrados motivos en que fluctuaba su discurso.—Oracion de san Josef al Señor en esta tribulacion.—Como se le representó á Josef que habia algun misterio en el preñado de María.—Indeterminacion de su jui-

cio. — Su mérito en esta tribulacion. — Cómo se portó María con su Esposo viendo cuanto pasaba en su interior. — Forma en que usó Josef de la superioridad en tiempo que ignoró ser María Madre de Dios. — Por qué María no sacó de esta pena á su Esposo manifestándole el misterio. — Medios con que procuraba aliviarle la pena. — Señales exteriores del dolor de san Josef. — Cómo se portó en ellas María. — Admirable ejercicio de virtudes de los santos Esposos en esta tribulacion. — Qué tal es la providencia de Dios con las almas. — Cuánto se debian fiar los hombres de ella. — Providencia divina con los predestinados. — Cuánto importa á la criatura racional entregarse á la disposicion divina. — Ejemplos para la confianza en ella. — Cuánto ama Dios las almas que de el todo se resignan en su voluntad. — Exhortacion á la resignacion verdadera. — Cuán gran trabajo fue para la Vírgen la tribulacion de Josef.

375. Del divino preñado de la Princesa de el cielo corria ya el quinto mes cuando el castísimo Josef, esposo suyo, habia comenzado á tener algun reparo en la disposicion y crecimiento de su vientre virginal; porque en la perfeccion natural y elegancia de la divina Esposa, como arriba dije [1], se podia ocultar menos y descubrirse mas cualquiera señal y desigualdad que tuviera. Un dia, saliendo María santísima de su oratorio, la miró con este cuidado [2] san Josef, y conoció con mayor certeza la novedad, sin que pudiese el discurso desmentir á los ojos lo que les era notorio. Quedó el varon de Dios herido el corazon con una flecha de dolor que le penetró hasta lo mas íntimo, sin hallar resistencia á la fuerza de sus causas que á un mismo tiempo se juntaron en su alma. La primera el amor castísimo, pero muy intenso y verdadero que tenia á su fidelísima Esposa, donde desde el principio estaba su corazon mas que en depósito; y con el agradable trato y santidad sin semejante de la gran Señora se habia confirmado mas este vínculo de el alma de san Josef en obsequio suyo. Y como ella era tan perfecta y cabal en la modestia y humilde severidad, entre el respeto cuidadoso de servirla, tenia el santo Josef un deseo, como natural á su amor, de la correspondencia del de su Esposa. Y esto ordenó así el Señor para que con el cuidado de esta recíproca satisfacion le tuviese mayor el Santo en servir y estimar á la divina Señora.

376. Cumplia con esta obligacion san Josef como fidelísimo esposo y dispensero del sacramento que aun le estaba oculto; y cuanto era mas atento á servir y venerar á su Esposa, y su amor era purísimo, castísimo, santo y justo, tanto era mayor el deseo de que ella le correspondiese; aunque jamás se lo manifestó ni le habló en esto,

[1] Sup. n. 115. — [2] Matth. I, 18.

así por la reverencia á que le obligaba la majestad humilde de su Esposa, como porque no le habia sido molesto aquel cuidado á vista de su trato, conversacion y pureza mas que de Ángel. Pero cuando se halló en este aprieto, testificándole la vista la novedad, que no podia negarle, quedó su alma dividida con el sobresalto; y aunque satisfecho que en su Esposa habia aquel nuevo accidente, no dió al discurso mas de lo que no pudo negar á los ojos: porque como era varon santo y recto [1], aunque conoció el efecto, suspendió el juicio de la causa; porque si se persuadiera á que su Esposa tenia culpa, sin duda el Santo muriera de dolor naturalmente.

377. Juntóse á ésta causa la certeza de que no tenia parte en el preñado que conocia por sus ojos; y que la deshonra era por esto inevitable, cuando se llegase á saber. Y este cuidado era de tanto peso para san Josef, cuanto él era de corazon mas generoso y honrado, y con su gran prudencia sabia ponderar el trabajo de la infamia propria y de su Esposa, si llegaban á padecerla. La tercera causa, que daba mayor torcedor al santo Esposo, era el riesgo de entregar á su Esposa para que conforme á la ley [2] fuese apedreada (que era el castigo de las adúlteras), si fuese convencida de este crímen. Entre estas consideraciones, como entre puntas de acero, se halló el corazon de san Josef herido de una pena ó de muchas juntas, sin hallar de improviso otro sagrado con que aliviarse, mas de la asentada satisfacion que tenia de su Esposa. Pero como todas las señales testificaban la impensada novedad, no se le ofrecia al santo varon alguna salida contra ellas, ni tampoco se atrevia á comunicar su dolorosa afliccion con persona alguna; hallábase rodeado de los dolores de la muerte [3], y sentia con experiencia que la emulacion es dura como el infierno [4].

378. Queria discurrir á solas, y el dolor le suspendia las potencias. Si el pensamiento queria seguir al sentido en las sospechas, todas se desvanecian como el hielo á la fuerza del sol, y como el humo en el viento, acordándose de la experimentada santidad de su recatada y advertida Esposa: si queria suspender el afecto de su castísimo amor, no podia; porque siempre la hallaba digno objeto de ser amado, y la verdad (aunque oculta) tenia mas fuerzas para atraer, que el engaño aparente de la infidelidad para desviarle. No se podia romper aquel vínculo asegurado con fiadores tan abonados de verdad, de razon y de justicia. Para declararse con su divina Esposa,

[1] Matth. I, 19. — [2] Levit. XX, 10; Deut. XXII, 23. — [3] Psalm. XVII, 5.
[4] Cant. VIII, 6.

no hallaba conveniencia, ni tampoco se lo permitia aquella igualdad severa y divinamente humilde que en ella conocia. Y aunque veia la mudanza en el vientre, no correspondia el proceder tan puro y santo á tal descuido como se pudiera presumir; porque aquella culpa no se compadecia con tanta pureza, igualdad, santidad, discrecion, y con todas las gracias juntas en que era manifiesto el aumento cada dia en María santísima.

379. Apeló de sus penas el santo esposo Josef para el tribunal del Señor, por medio de la oracion; y puesto en su presencia dijo: *Altísimo Dios y Señor eterno, no son ocultos á vuestra divina presencia mis deseos y gemidos. Combatido me hallo de las violentas olas*[1] *que por mis sentidos han llegado á herir mi corazon. Yo le entregué seguro á la Esposa que recibí de vuestra mano. De su grande santidad he confiado; y los testigos de la novedad que en ella veo, me ponen en cuestion de dolor y temor de frustrarse mis esperanzas. Nadie que hasta hoy la ha conocido, pudo poner duda en su recato y excelentes virtudes; pero tampoco puedo negar que está preñada. Juzgar que ha sido infiel y que os ha ofendido, será temeridad, á la vista de tan peregrina pureza y santidad: negar lo que la vista me asegura, es imposible; mas no lo será morir á fuerza de esta pena, si aquí no hay encerrado algun misterio que yo no alcanzo. La razon la disculpa, el sentido la condena. Ella me oculta la causa de el preñado, yo lo veo; ¿qué he de hacer? Conferimos al principio los votos de castidad que entrambos prometimos para vuestra gloria; y si fuera posible que hubiera violado vuestra fe y la mia, yo defendiera vuestra honra, y por vuestro amor depusiera la mia. Pero ¿cómo tal pureza y santidad en todo lo demás se puede conservar, si hubiera cometido tan grave crímen? Y ¿cómo siendo santa y tan prudente me cela este suceso? Suspendo el juicio y me detengo, ignorando la causa de lo que veo. Derramo en vuestra presencia*[2] *mi afligido espíritu, ó Dios de Abrahan, de Isaac y Jacob. Recibid mis lágrimas en acepto sacrificio; y si mis culpas merecieron vuestra indignacion, obligaos, Señor, de vuestra propria clemencia y benignidad, y no despreciéis tan vivas penas. No juzgo que María os ha ofendido; pero tampoco, siendo yo su esposo, puedo presumir misterio alguno de que no puedo ser digno. Gobernad mi entendimiento y corazon con vuestra luz divina, para que yo conozca y ejecute lo mas acepto á vuestro beneplácito.*

380. Perseveró en esta oracion san Josef con muchos mas afectos y peticiones: porque si bien se le representó que habia algun mis-

[1] Psalm. XXXI, 10. — [2] Ibid. CXLI, 3.

terio que él ignoraba en el preñado de María santísima, pero no se aseguraba en esto; porque no tenia mas razones de las que por mayor se le ofrecian para dar salida al juicio de que tenia culpa en el preñado, respetando la santidad de la divina Señora: y así no llegó al pensamiento del Santo que podia ser Madre del Mesías. Suspendia las sospechas algunas veces, y otras se las aumentaban y arrastraban las evidencias: y así fluctuando padecia impetuosas olas por una y otra parte; y de mareado y rendido solia quedarse en una penosa calma, sin determinarse á creer cosa alguna con que vencer la duda y aquietarse el corazon, y obrar conforme la certeza que de una parte ó de otra tuviera para gobernarse. Por esto fue tan grande el tormento de san Josef, que pudo ser evidente prueba de su incomparable prudencia y santidad, y merecer con este trabajo que le hiciera *Dios* idóneo para el singular beneficio que le prevenia.

381. Todo lo que pasaba por el corazon de san Josef en secreto era manifiesto á la Princesa del cielo, que lo estaba mirando con ciencia divina y luz que tenia. Y aunque su santísimo corazon estaba lleno de ternura y compasion de lo que padecia su Esposo, no le hablaba palabra en ello; pero servíale con sumo rendimiento y cuidado. Y el varon de Dios al descuido la miraba con mayor cuidado que otro hombre jamás ha tenido: y como sirviéndole á la mesa y en otras ocupaciones domésticas la gran Señora (aunque el preñado no era grave ni penoso) hacia algunas acciones y movimientos con que era forzoso descubrirse mas; atendia á todo san Josef, y certificábase mas de la verdad con mayor afliccion de su alma. Y no obstante que era santo y recto, pero despues que se desposó con María santísima se dejaba respetar y servir de ella, guardando en todo la autoridad de cabeza y varon, aunque lo templaba con rara humildad y prudencia. Pero mientras ignoró el misterio de su Esposa juzgó que debia mostrarse siempre superior con la templanza conveniente, á imitacion de los Padres antiguos y Patriarcas, de quienes no debia degenerar, para que las mujeres fuesen obedientes y rendidas á sus maridos. Y tenia razon en este modo de gobernarse, si María santísima, Señora nuestra, fuera como las demás mujeres. Mas aunque era tan diferente, ninguna hubo ni habrá jamás tan obediente, humilde y sujeta á su marido como lo estuvo la Reina eminentísima á su Esposo. Servíale con incomparable respeto y prontitud; y aunque conocia sus cuidados y atencion á su preñado, no por eso se excusó de hacer todas las acciones que le tocaban, ni cuidó de disimular y excusar la novedad de su divino vientre; porque este rodeo, artificio ó duplicidad no se

compadecia con la verdad y candidez angélica que tenia, ni con la generosidad y grandeza de su nobilísimo corazon.

382. Bien pudiera la gran Señora alegar en su abono la verdad de su inocencia inculpable y la testificacion de su prima santa Isabel y Zacarías, porque en aquel tiempo era, cuando san Josef (si sospechara culpa en ella) se la podia mejor atribuir; y por este modo, ó por otros, aunque no le manifestara el misterio, se podia disculpar y sacar de cuidado á san Josef. Nada de esto hizo la Maestra de la prudencia y humildad; porque no se compadecia con estas virtudes volver por sí, y fiar la satisfacion de tan misteriosa verdad de su proprio testimonio. Todo lo remitió con gran sabiduría á la disposicion divina. Y aunque la compasion de su Esposo y el amor que le tenia la inclinaban á consolarle y despenarle, no lo hizo disculpándose ni ocultando su preñado, sino sirviéndole con mayores demostraciones y procurando regalarle, y preguntándole lo que deseaba y queria que ella hiciese, y otras demostraciones de rendimiento y amor. Muchas veces le servia de rodillas; y aunque algo consolaba esto á san Josef, por otra parte le daba mayores motivos de afligirse, considerando las muchas causas que tenia para amar y estimar á quien no sabia si le habia ofendido. Hacia la divina Señora continua oracion por él, y pedia al Altísimo le mirase y consolase: y remitíase toda á la voluntad de su Majestad.

383. No podia san Josef ocultar del todo su acerbísima pena, y así estaba muchas veces pensativo, triste, suspenso, y llevado de este dolor hablaba á su divina Esposa con alguna severidad mas que antes; porque este era como efecto inseparable de su afligido corazon, y no por indignacion ni venganza: que esta nunca llegó á su pensamiento, como se verá adelante [1]. Pero la prudentísima Señora no mudó su semblante ni hizo demostracion alguna de sentimiento; antes por esto cuidaba mas del alivio de su Esposo. Serviale á la mesa, dábale el asiento, traíale la comida, administrábale la bebida; y despues de esto, que hacia con incomparable gracia, le mandaba san Josef que se asentase, y cada hora se iba asegurando mas en la certeza del preñado. No hay duda que fue esta ocasion una de las que mas ejercitaron, no solo á san Josef, pero á la Princesa del cielo, y que en ella se manifestó mucho la profundísima humildad y sabiduría de su alma santísima; y dió lugar el Señor á ejercitar y probar todas sus virtudes: porque no solo no le mandó callar el sacramento de su preñado, pero no le manifestó su voluntad divina tan expresamente co-

[1] Infr. n. 398.

mo en otros sucesos. Todo parece lo remitió Dios, y lo fió de la ciencia y virtudes divinas de su escogida Esposa, dejándola obrar con ellas sin otra especial ilustracion ó favor. Daba ocasion la divina Providencia á María santísima y á su fidelísimo esposo Josef, para que respetivamente cada uno ejercitase con heróicos actos las virtudes y dones que les habia infundido, y deleitábase (á nuestro modo de entender) con la fe, esperanza y amor, con la humildad, paciencia, quietud y serenidad de aquellos cándidos corazones en medio de tan dolorosa afliccion. Y para engrandecer su gloria, y dar al mundo este ejemplar de santidad y prudencia, y oir los clamores dulces de la Madre santísima y su castísimo Esposo, que le eran gratos y agradables, se hacia como sordo (á nuestro entender), porque los repitiesen; y disimulaba el responderles hasta el tiempo oportuno y conveniente.

Doctrina de la santísima Reina y Señora nuestra.

384. Hija mía carísima, altísimos son los pensamientos y fines del Señor; y su providencia con las almas es fuerte y suave, y en el gobierno de todas admirable, especialmente de sus amigos y escogidos. Y si los mortales acabasen de conocer el amoroso cuidado con que atiende á dirigirlos y encaminarlos este Padre de las misericordias, descuidarian mas de sí mismos[1], y no se entregarian á tan molestos, inútiles y peligrosos cuidados con que viven afanados, y solicitando varias dependencias de otras criaturas; porque se dejarian seguros á la sabiduría y amor infinito, que con dulzura y suavidad paternal cuidaría[2] de todos sus pensamientos, palabras y acciones, y de todo lo que les conviene. No quiero que tú ignores esta verdad; pero que entiendas del Señor, como desde su eternidad tiene en su mente divina presentes á todos los predestinados que han de ser en diversos tiempos y edades; y con la invencible fuerza de su infinita sabiduría y bondad va disponiendo y encaminando todos los bienes que les convienen, para que al fin se consiga lo que dellos tiene el Señor determinado.

385. Por esto le importa tanto á la criatura racional dejarse encaminar de la mano del Señor, entregándose toda á su disposicion divina: porque los hombres mortales ignoran sus caminos[3] y el fin que por ellos han de tener; y no pueden por sí mismos hacer elec-

[1] Matth. VI, á v. 25. — [2] I Petr. V, 7. — [3] Eccles. VII, 1; Deut. XXXII, á v. 1.

2

cion con su insipiencia, si no es con grande temeridad y peligro de su perdicion. Pero si se entregan de todo corazon á la providencia del Altísimo, reconociéndole por Padre y á sí mismos por hijos y hechuras suyas, su Majestad se constituye por su protector, amparo y gobernador con tanto amor, que quiere conozca el cielo y la tierra como es oficio que le toca á él mismo gobernar á los suyos, y gobernar á los que dél se fian y se le entregan. Y si fuera Dios capaz de recibir pena, ó de tener celos como los hombres, los tuviera de que otra criatura se hiciera parte en el cuidado de las almas, y de que ellas acudan á buscar cosa alguna de las que necesitan en otro alguno fuera del mismo Señor, que lo tiene por su cuenta [1]. Y no pueden los mortales ignorar esta verdad, si consideran lo que entre ellos mismos hace un padre por sus hijos, un esposo por su esposa, un amigo con otro, y un príncipe con el privado á quien ama y quiere honrar. Todo esto es nada en comparacion del amor que Dios tiene á los suyos, y lo que quiere y puede hacer por ellos.

386. Pero aunque por mayor y en general crean esta verdad los hombres, ninguno puede alcanzar cuál es el amor divino y sus efectos particulares con las almas que totalmente se resignan y dejan á su voluntad. Ni lo que tú, hija mia, conoces, lo puedes manifestar, ni conviene; mas no lo pierdas de vista en el Señor. Su Majestad dice [2], que no perecerá un cabello de sus electos, porque todos los tiene numerados. Él gobierna sus pasos á la vida, y se los desvia de la muerte; atiende á sus obras, corrige sus defectos con amor, adelántase á sus deseos, anticípase en sus cuidados, defiéndelos en el peligro, los regala en la quietud, los conforta en la batalla, los asiste en la tribulacion: defiéndelos del engaño con su sabiduría; santifícalos con su bondad; fortalécelos con su poder; y como infinito, á quien nadie puede resistir ni impedir su voluntad, así ejecuta lo que puede, y puede todo lo que quiere, y quiere entregarse todo al justo que está en su gracia, y se fia de solo él. ¡Quién puede ponderar cuántos y cuáles serán los bienes que derrama en un corazon dispuesto de esta manera para recibirlos!

387. Si tú, amiga mia, quieres que te alcance esta buena dicha, imítame con verdadero cuidado, y conviértelo todo desde hoy á conseguir con eficacia una verdadera resignacion en la providencia divina. Y si te enviare tribulaciones, penas y trabajos, recíbelos y abrázalos con igual corazon, con quietud de tu espíritu, paciencia, fe

[1] Sap. XII, 13. — [2] Luc. XXI, 18; ibid. XII, 7; Psalm. XXXVI, 23; Prov. III, 12; Sap. VI, 14; ibid. V, 17; Cant. VIII, 5; Psalm. XXVI, 3; XC, 15.

viva y esperanza en la bondad del Altísimo, que siempre te dará lo mas seguro y conveniente para tu salvacion. No hagas eleccion de cosa alguna, que Dios sabe y conoce tus caminos; fíate de tu Padre y Esposo celestial, que con amor fidelísimo te patrocina y ampara. Atiende á mis obras, pues no se te ocultan: y advierte que fuera de los trabajos que tocaron á mi Hijo santísimo, el mayor que padecí en mi vida, fue el de las tribulaciones de mi esposo Josef, y sus penas en la ocasion que vas escribiendo.

CAPÍTULO II.

Auméntanse los recelos á san Josef: determina dejar á su Esposa, y hace oracion sobre ello.

Quiso Josef engañar las señas del preñado que en su Esposa veia.—Rindióse á su evidencia.—Efectos corporales de su pena.—No la comunicó.—Dolor de María de la pena de su Esposo.—Celestial prudencia con que guardó el sacramento de el Rey.—Medios con que procuraba aliviar á Josef.—Discursos de Josef en esta tribulacion.—Resuelve el ausentarse.—Peticion de María á sus Ángeles para que quitaran del ánimo de su Esposo la resolucion de ausentarse.—Inspiraciones que enviaron á Josef los santos Ángeles.—Vuelve Josef á la resolucion de dejar á su Esposa.—Oracion de María á su Hijo para que disponga no se le ausente Josef.—Respuesta del Señor concediéndole su peticion.—Última determinacion de Josef.—Dispone la partida.—Oracion de Josef para partirse.—No juzgó mal de su Esposa.—Hizo voto de llevar limosna al templo, porque Dios librase á su Esposa de las calumnias.—Tierna compasion de María conociendo las acciones de su Esposo.—Fines á que Dios ordenó estos trabajos de María y Josef.—Cuán grande afliccion tuvo María de la determinacion de Josef.—Virtudes que ejercitó en ella.—Secreto con que ha de guardar el alma los favores que la hiciere el Señor.—Peligro que hay en gobernar estas materias espirituales por defecto humano.—Documento general para la discípula.—Aprecio que se debe hacer de los beneficios divinos.—Motivo del silencio de María.—Leccion de no disculparse.—Para no juzgar mal de el prójimo.

388. En la tormenta de cuidados que combatian al rectísimo corazon de san Josef procuraba tal vez con su prudencia buscar alguna calma y cobrar aliento en su afligido ahogo, discurriendo á solas y procurando reducir á duda el preñado de su Esposa. Pero de este engaño le sacaba cada dia el aumento del vientre virginal, que con el tiempo se iba manifestando con mayores evidencias, y no hallaba otra causa el Santo glorioso adonde recurrir, y esta se le frustraba y era poco constante; pues pasaba de la duda que buscaba á la certeza vehemente, cuanto mas crecia el preñado. En sus aumen-

tos estaba mas agradable y sin sospechas de otros achaques la divina Princesa; que de todas maneras la iba perfeccionando en hermosura, salud, agilidad y belleza; motivos mayores de la sospecha y lazos de su castísimo amor y pena, sin poder apartar todos estos afectos á un tiempo con varias olas que le atormentaban: y de manera le rindieron, que llegó á persuadirse del todo en la evidencia. Y aunque siempre se conformaba su espíritu con la voluntad de Dios; pero la carne enferma sintió lo sumo del dolor del alma, con que llegó á su punto, donde no halló salida alguna en la causa de su tristeza. Sintió quebranto ó deliquio en las fuerzas del cuerpo, que aunque no llegó á ser enfermedad determinada, con todo eso se le debilitaron las fuerzas y puso algo macilento; y se le conocia en el rostro la profunda tristeza y melancolía que le afligia. Y como la padecia tan á solas sin buscar el alivio de comunicarla ó desahogar por algun camino el aprieto de su corazon (como lo hacen ordinariamente los otros hombres), con esto venia á ser mas grave y menos reparable naturalmente la tribulacion que el Santo padecia.

389. No era menos dolor el que á María santísima penetraba el corazon: pero aunque era grandísimo, era tambien mayor el espacio de su dilatadísimo y generoso ánimo, y con él disimulaba sus penas, pero no el cuidado que le daban las de san Josef su esposo; con que determinó asistirle mas, y cuidar de su salud y regalo. Pero como en la prudentísima Reina era inviolable ley el obrar todas las acciones en plenitud de sabiduría y perfeccion, callaba siempre la verdad del misterio que no tenia órden de manifestar, y aunque sola ella era la que pudiera aliviar á su esposo Josef por este camino, no lo hizo, por respetar y guardar el sacramento [1] del Rey celestial. Por sí misma hacia cuanto podia; hablábale en su salud, y preguntábale qué deseaba hiciese ella para su servicio y alivio del achaque que tanto le desfallecia. Rogábale tomase algun descanso y regalo, pues era justo acudir á la necesidad, y reparar las fuerzas desfallecidas del cuerpo para trabajar despues por el Señor. Atendia san Josef á todo lo que su Esposa divina hacia, y ponderando consigo aquella virtud y discrecion, y sintiendo los efectos santos de su trato y presencia, dijo: *¿Es posible que mujer de tales costumbres, y donde tanto se manifiesta la gracia del Señor, me ponga á mí en tal tribulacion? ¿Cómo se compadece esta prudencia y santidad con las señales que veo, de haber sido infiel á Dios y á mí, que tan de corazon la amo? Si quiero despedirla ó alejarme, pierdo su deseable compa-*

1 Tob. XII, 7.

ñía, todo mi consuelo, mi casa y mi quietud. ¿Qué bien hallaré como ella, si me retiro? ¿Qué consuelo, si me falta este? Pero todo pesa menos que la infamia de tan infeliz fortuna, y que de mí se entienda he sido cómplice en algun delito. Ocultarse el suceso, no es posible; porque todo lo ha de manifestar el tiempo, aunque yo ahora lo disimule y calle. Hacerme yo autor de este preñado, será mentira vil contra mi propria conciencia y reputacion. Ni lo puedo reconocer por mio, ni atribuirlo á la causa que ignoro. Pues ¿qué haré en tal aprieto? El menor de mis males será ausentarme y dejar mi casa, antes que llegue el parto, en que me hallaré mas confuso y afligido, sin saber qué consejo y determinacion tomaré, viendo en mi casa hijo que no es mio.

390. La Princesa del cielo, que con gran dolor miraba la determinacion de su esposo san Josef en dejarla y ausentarse, convirtióse á los santos Ángeles y custodios suyos, y díjoles: *Espíritus bienaventurados y ministros del supremo Rey que os levantó á la felicidad de que gozais, y por su dignacion me acompañais como fidelísimos siervos suyos y centinelas mias, yo os pido, amigos mios, que presenteis á su clemencia las aflicciones de mi esposo Josef. Pedid que le consuele y mire como verdadero Dios y Padre. Y vosotros que prestamente obedeceis á sus palabras, oíd tambien mis ruegos: por el que siendo infinito quiso encarnar en mis entrañas, os lo pido, ruego y suplico, que sin dilacion acudais al aprieto en que se halla el corazon fidelísimo de mi Esposo, y aliviándole de sus penas le quiteis del ánimo y pensamiento la determinacion que ha tomado de ausentarse.* Obedecieron á su Reina los Ángeles que destinó para este fin, y luego ocultamente enviaron al corazon de san Josef muchas inspiraciones santas, persuadiéndole de nuevo que su esposa María era santa y perfectísima, y que no se podia creer della cosa indigna; que Dios era incomprehensible en sus obras, y ocultísimo en sus rectos juicios [1], y que siempre era fidelísimo en los que confian en él, que á nadie desprecia ni desampara en la tribulacion.

391. Con estas y otras inspiraciones santas se sosegaba un poco el turbado espíritu de san Josef, aunque no sabia por el órden que le venian; pero como el objeto de su tristeza no se mejoraba, luego volvia á ella sin hallar salida de cosa fija y cierta en que asegurarse, y volvió á renovar los intentos de ausentarse y dejar á su Esposa. Conociendo esto la divina Señora, juzgó que ya era necesario prevenir este peligro, y pedir al Señor con mas instancia el remedio. Convirtióse toda á su Hijo santísimo que tenia en su vientre,

1 Thren. III, 25; Psalm. XXXIII, 19.

y con íntimo afecto y fervor le dijo : *Señor y bien de mi alma, si me dais licencia, aunque soy polvo y ceniza* [1], *hablaré en vuestra presencia real, y manifestaré mis gemidos que á Vos no pueden esconderse* [2]. *Justo es, Dueño mio, que yo no sea remisa en ayudar al Esposo que me dísteis de vuestra mano. Véole en la tribulacion que está puesto, por vuestra providencia, y no será piedad dejarle en ella. Si hallo gracia en vuestros ojos* [3], *suplícoos, Señor y Dios eterno, por el amor que os obligó á venir á las entrañas de vuestra esclava* [4] *para remedio de los hombres, tengais por bien de consolar á vuestro siervo Josef, y disponerle para que ayude al cumplimiento de vuestras grandes obras. No estará bien vuestra esclava sin esposo que la ampare, patrocine, y le sirva de resguardo. No permitais, Dios y Señor mio, que ejecute su determinacion, y ausentándose me deje.*

392. Respondió el Altísimo á esta peticion : *Paloma mia y amiga, yo acudiré con presteza al consuelo de mi siervo Josef; y en declarándole yo por medio de mi Ángel el sacramento que ignora, le podrás hablar en él con claridad todo lo que contigo he obrado, sin que para adelante guardes en esto mas silencio. Yo le llenaré de mi espíritu, y le haré capaz de lo que debe hacer en estos misterios. Él te ayudará en ellos, y te asistirá á todo lo que te sucediere.* Con esta promesa del Señor quedó María santísima confortada y consolada, dando rendidas gracias al mismo Señor que con tan admirable órden [5] disponia todas las cosas en medida y peso ; porque á mas del consuelo que tuvo la gran Señora, quedando sin aquel cuidado, conoció cuán conveniente era para su esposo Josef haber padecido aquella tribulacion en que se probase y dilatase su espíritu para las cosas grandes que se habian de fiar dél.

393. Al mismo tiempo estaba san Josef confiriendo sus dudas consigo mismo, habiendo ya pasado dos meses en esta gran tribulacion ; y vencido de la dificultad, dijo : *Yo no hallo medio mas oportuno á mi dolor que ausentarme. Mi Esposa confieso que es perfectísima, y nada veo en ella que no la acredite por santa ; pero al fin está preñada, y no alcanzo este misterio. No quiero ofender su virtud con entregarla á la ejecucion de la ley ; pero tampoco puedo aguardar el suceso del preñado. Partiré luego, y dejaréme á la providencia del Señor que me gobierne.* Determinó partir aquella noche siguiente ; y para la jornada previno un vestido que tenia con alguna ropa que mudarse, y todo lo juntó en un fardelillo. Habia cobrado un poco

1 Genes. XVIII, 27. — 2 Psalm. XXXVII, 10. — 3 Exod. XXXIV, 9.
4 I Joan. IV, 9. — 5 Sap. XI, 21.

de dinero que de su trabajo le debian; con esta recámara dispuso partir á media noche. Pero por la novedad del caso, y por la costumbre, habiéndose recogido con este intento, hizo oracion al Señor, y le dijo: *Altísimo Dios eterno de nuestros padres Abrahan, Isaac y Jacob, verdadero y único amparo de los pobres y afligidos, manifiesto es á vuestra clemencia el dolor y afliccion de que mi corazon está poseido. Tambien, Señor, conoceis (aunque soy indigno) mi inocencia en la causa de mi pena, y la infamia y peligro que me amenaza del estado de mi Esposa. No la juzgo por adúltera, porque conozco en ella grandes virtudes y perfeccion; pero con certeza veo que está preñada. La causa y el modo del suceso yo lo ignoro; mas no le hallo salida en que quietarme. Determino por menor daño el alejarme de ella, adonde nadie me conozca, y entregado á vuestra providencia acabaré mi vida en un desierto. No me desampareis, Señor mio y Dios eterno, porque solo deseo vuestra mayor honra y servicio.*

394. Postróse en tierra san Josef, haciendo voto de llevar al templo de Jerusalen á ofrecer parte de aquel poco dinero que tenia para su viaje; y esto era porque Dios amparase y defendiese á su esposa María de las calumnias de los hombres, y la librase de todo mal. Tanta era la rectitud del varon de Dios, y el aprecio que hacia de la divina Señora. Despues desta oracion se recogió á dormir un poco, para salirse á media noche á excusa de su Esposa; y en el sueño le sucedió lo que diré en el capítulo siguiente. La gran Princesa de el cielo (segura de la divina palabra) estaba desde su retiro mirando lo que san Josef hacia y disponia; que el Todopoderoso se lo mostraba. Y conociendo el voto que por ella habia hecho, y el fardillo y peculio tan pobre que habia prevenido, llena de ternura y compasion, hizo nueva oracion por él con hacimiento de gracias, alabando al Señor en sus obras, y en el órden con que las dispone sobre todo el pensamiento de los hombres.

Dió lugar su Majestad para que entrambos, María santísima y san Josef, llegasen al aprieto del extremo de dolor interior; para que, á mas de los méritos que con este dilatado martirio acumulaban, fuese mas admirable y estimable el beneficio de la consolacion divina. Y aunque la gran Señora estaba constantísima en la fe y esperanza de que el Altísimo acudiria oportunamente al remedio de todo, y por esto callaba, y no manifestaba el sacramento el Rey [1], que no le habia mandado declarar; con todo eso la afligió muchísimo la determinacion de san Josef: porque se le representaron los grandes

[1] Tob. XII, 7.

inconvenientes de dejarla sola, sin arrimo y compañía que la amparase y consolase por el órden comun y natural; pues no todo se ha de buscar por órden milagroso y sobrenatural. Pero todos estos ahogos no fueron bastantes á que faltase á ejercitar virtudes tan excelentes como la de la magnanimidad, tolerando las aflicciones, sospechas y determinaciones de san Josef. La de la prudencia, mirando que el sacramento era grande, y que no era bien determinarse por sí en descubrirle. La del silencio, callando como mujer fuerte, señalándose entre todas, sabiendo detenerse en no decir lo que tantas razones humanas habia para hablar. La paciencia, sufriendo; y la humildad, dando lugar á las sospechas de san Josef. Otras muchas virtudes ejercitó admirablemente en este trabajo; con que nos enseñó á esperar el remedio del Altísimo en las mayores tribulaciones.

Doctrina que me dió la reina del cielo María santísima.

395. Hija mia, la doctrina que te doy con el ejemplar que has escrito de mi silencio, sea que le tengas por arancel para gobernarte en los favores y sacramentos del Señor, guardándolos en el secreto de tu pecho. Y aunque te parezca conveniente para el consuelo de alguna alma manifestarlos, este juicio no le debes hacer por tí sola, sin primero consultarle con Dios, y despues con la obediencia; porque estas materias espirituales no se han de gobernar por afecto humano, donde obran tanto las pasiones ó inclinaciones de la criatura; y con ellas hay grande peligro de que juzgue por conveniente lo que es pernicioso, y por servicio de Dios lo que es ofensa suya; y el discernir entre los movimientos interiores, conociendo cuáles son divinos que nacen de la gracia, y cuáles humanos, engendrados de afectos desordenados, esto no se alcanza con los ojos de la carne y de la sangre [1]. Y aunque distan mucho estos dos afectos y sus causas, con todo eso, si la criatura no está muy ilustrada y muerta á las pasiones, no puede conocer esta diferencia, ni separar lo precioso de lo vil [2]. Y este peligro es mayor, cuando concurre ó interviene algun motivo temporal y humano; porque entonces el amor proprio y natural se suele introducir á dispensar y gobernar las cosas divinas y espirituales con repetidos y peligrosos precipicios.

396. Sea, pues, documento general, que si no es á quien te

[1] I Cor. II, 14. — [2] Jerem. XV, 19.

gobierna, jamás sin órden mio declares cosa alguna. Y pues yo me he constituido por tu maestra, no faltaré á darte órden y consejo en esto y en todo lo demás, para que no te desvies de la voluntad de mi Hijo santísimo. Pero advierte que hagas grande aprecio de los favores y beneficios del Altísimo. Trátalos con magnificencia, y prefiere su estimacion, agradecimiento y ejecucion á todas las cosas inferiores, y mas á las que son de tu inclinacion. Á mí me obligó mucho al silencio el temor reverencial que tuve, juzgando (como debia) por tan estimable el tesoro que en mí estaba depositado. Y no obstante la obligacion natural y el amor que tenia á mi señor y esposo san Josef, y el dolor y compasion de sus aflicciones, de que yo deseara sacarle, disimulé y callé, anteponiendo á todo el gusto del Señor, y remitiéndole la causa que él reservaba para sí solo. Aprende tambien con esto á no disculparte jamás, aunque mas inocente te halles, en lo que te imputan. Obliga al Señor, fiándolo de su amor. Pon por su cuenta tu crédito; y en el ínterin vence con paciencia y humildad, con obras y palabras blandas á quien te ofendiere. Sobre todo esto te advierto, que jamás de nadie juzgues mal, aunque veas á los ojos indicios que te muevan: que la caridad perfecta y sencilla te enseñará á dar salida prudente á todo, y á deshacer las culpas ajenas. Para esto puso Dios por ejemplo á mi esposo san Josef, pues nadie tuvo mas indicios, y ninguno fue mas prudente en detener el juicio; porque en ley de caridad discreta y santa, prudencia es, y no temeridad, remitirse á causas superiores que no se alcanzan, antes que juzgar y culpar á los prójimos en lo que no es manifiesta culpa. No te doy aquí especial doctrina para los del estado del matrimonio, porque la tienen manifiesta en el discurso de mi vida; y de esta se pueden aprovechar todos, aunque ahora la enderezo á tu aprovechamiento, que lo deseo con especial amor. Óyeme, carísima, y ejecuta mis consejos y palabras de vida.

CAPÍTULO III.

Habla el Ángel del Señor á san Josef en sueños, y le declara el misterio de la Encarnacion y los efectos de esta embajada.

Celos de san Josef. — Razon de ser mayor en él este dolor. — Excedió á cuanto han padecido en esta materia los hombres. — Diferencia de sus celos á los de los demás. — Efectos de los celos en los mundanos. — Los celos de san Josef carecieron de estos efectos desordenados. — En qué consistieron los celos del Santo. — Motivo de su dolencia. — Sueño de san Josef. — Vigilancia de su Esposa en su consuelo. — Envió el Señor al arcángel san Ga-

briel para que revelase á Josef el misterio.—Duda por qué se reveló á Josef en sueños el misterio.—Respuesta.—Primera razon.—Segunda razon.—Tercera razon.—Por qué Dios hablaba en sueños á los antiguos Padres mas que ahora á los hijos de la ley evangélica.—Disposicion que se requiere para recibir las almas los favores divinos.—Cuánto impide la turbacion.—Cómo se percibe la voz de el Señor en el conflicto.—De qué género fue esta revelacion que se hizo á san Josef.—Efectos que hizo en san Josef la revelacion del misterio.—Reprehension que se dió san Josef á sí mismo por su duda.—Mudanza de san Josef despues de la noticia del misterio.—Determina mudar de estilo haciendo con su Esposa el oficio de siervo.—Veia María todo lo que pasaba por Josef.—Órden de la sabiduría divina en afligir y consolar á sus siervos.—Paz interior en que ha de procurar conservarse el alma.—Sin ella no está dispuesta para las visitaciones divinas.—Cuánto mas las impiden las culpas.—Consonancia que han de guardar las potencias y sentidos, para que no se destemple el alma.—Cómo se ha de obedecer á la divina luz para recobrar la paz.

397. El dolor de los celos es tan vigilante despertador á quien los tiene, que repetidas veces, en lugar de despertarle, le desvela y le quita el reposo y sueño. Nadie padeció esta dolencia como san Josef, aunque en la verdad ninguno tuvo menos causa para ellos, si entonces la conociera. Era dotado de grande ciencia y luz para penetrar y ver la santidad y condiciones de su divina Esposa, que eran inestimables. Y encontrándose en esta noticia las razones que le obligaban á dejar la posesion de tanto bien, era forzoso que añadiendo ciencia [1] de lo que perdia, añadiese el dolor de dejarlo. Por esta razon excedió el dolor de san Josef á todo lo que en esta materia han padecido los hombres; porque ninguno hizo mayor concepto de su pérdida, ni nadie pudo conocerla ni estimarla como él. Pero junto con esto hubo una gran diferencia entre los celos ó recelos de este fiel siervo, y los demás que suelen padecer este trabajo. Porque los celos añaden al vehemente y ferviente amor un gran cuidado de no perder y conservar lo que se ama, y á este afecto, por natural necesidad, se sigue el dolor de perderlo, y imaginar que alguno se le puede quitar; y este dolor ó dolencia es la que comunmente llaman celos, y en los sujetos que tienen las pasiones desordenadas, por falta de prudencia y de otras virtudes, suele causar la pena y dolor efectos desiguales de ira, furor, envidia contra la misma persona amada, ó contra el consorte que impide el retorno del amor, ahora sea mal ó bien ordenado; y se levantan las tempestades de imaginaciones y sospechas adelantadas, que las mismas pasiones engendran; de que se originan las veleidades de querer y aborrecer,

[1] **Eccles. I, 18.**

de amar y arrepentirse; y la irascible y concupiscible andan en continua lucha, sin haber razon ni prudencia que las sujete y impere; porque este linaje de dolencia escurece el entendimiento, pervierte la razon, y arroja de sí á la prudencia.

398. Pero en san Josef no hubo estos desórdenes viciosos, ni pudo tenerlos, no solo por su insigne santidad, sino por la de su Esposa; porque en ella no conocia culpa que le indignase, ni hizo concepto el Santo que tenia empleado su amor en otro alguno, contra quien ó de quien tuviese envidia para repelerle con ira. Solo consistieron los celos de san Josef en la grandeza de su amor, en una duda ó sospecha condicionada de que si su castísima Esposa le habia correspondido en el amor; porque no hallaba cómo vencer esta duda con la razon determinada como lo eran los indicios del recelo. Y no fue menester mas certeza de su cuidado para que el dolor fuese tan vehemente; porque en prenda tan propria como la esposa, justo es no admitir consorte; y para que las experiencias obrasen tal dolencia, bastaba que el amor vehemente y casto del Santo poseyera todo el corazon á vista del menor indicio de infidelidad, y de perder el mas perfecto, hermoso y agradable objeto de su entendimiento y voluntad. Que cuando el amor tiene tan justos motivos, grandes y eficaces son los lazos y coyundas que le detienen, fortísimas las prisiones; y mas no habiendo contrarios de imperfecciones que las rompan. Nuestra Reina en lo divino, ni natural, no tenia cosa que moderase y templase el amor de su santo Esposo, sino que le fomentase por repetidos títulos y causas.

399. Con este dolor, que ya llegó á tristeza, se quedó un poco dormido san Josef despues de la oracion que arriba dije, seguro que se despertaria á su tiempo para salir de su casa á media noche, sin que (á su parecer) fuese sentido de su Esposa. Estaba la divina Señora aguardando el remedio y solicitando con sus humildes peticiones el reparo; porque conocia que llegando la tribulacion de su turbado Esposo á tal punto y á lo sumo del dolor, se acercaba el tiempo de la misericordia y del alivio de tan afligido corazon. Envió el Altísimo al santo arcángel Gabriel, para que estando san Josef durmiendo, le manifestase por divina revelacion el misterio del preñado de su esposa María. Y el Arcángel, cumpliendo esta legacía, fué á san Josef, y le habló en sueños, como dice san Mateo [1], y le declaró todo el misterio de la Encarnacion y Redencion en las palabras que el Evangelista refiere. Alguna admiracion puede ha-

[1] Matth. I, 20-23.

cer (y á mí me la ha motivado), por qué el santo Arcángel habló á san Josef en sueños y no en vela; pues el misterio era tan alto, y no fácil de entender, y mas en la disposicion del Santo tan turbada y afligida; y á otros se les manifestó el mismo sacramento, no durmiendo, sino estando despiertos.

400. En estas obras del Señor la última razon es la de su divina voluntad en todo justa, santa y perfecta. Pero de lo que he conocido diré algunas cosas, como pudiere, para nuestra enseñanza. La primera razon es, porque san Josef era tan prudente y lleno de divina luz, y tenia tan alto concepto de María santísima Señora nuestra, que no fue necesario persuadirle por medios mas fuertes, para que se asegurase de su dignidad y de los misterios de la Encarnacion; porque en los corazones dispuestos se logran bien las inspiraciones divinas. La segunda razon fue, porque su turbacion habia comenzado por los sentidos, viendo el preñado de su Esposa; y fue justo que si ellos dieron motivo al engaño ó sospecha, fuesen como mortificados y privados de la vision angélica, y de que por ellos entrase el desengaño de la verdad. La tercera razon es como consiguiente á esta; porque san Josef, aunque no cometió culpa, padeció aquella turbacion con que los sentidos quedaron como entorpecidos y poco idóneos para la vista y comunicacion sensible del santo Ángel; y así era conveniente que le hablase y diese la embajada en ocasion que los sentidos, escandalizados de antes, estuviesen entonces impedidos con la suspension de sus operaciones: y despues el santo varon, estando en ellos, se purificó y dispuso con muchos actos, como diré, para recibir el influjo del Espíritu Santo; que para todo impedia la turbacion.

401. De estas razones se entenderá por qué Dios hablaba en sueños á los Padres antiguos, mas que ahora con los fieles hijos de la ley evangélica, donde es menos ordinario este modo de revelaciones en sueños, y mas frecuente hablar los Ángeles con mayor manifestacion y comunicacion. La razon de esto es, porque, segun la divina disposicion, el mayor impedimento y óbice que indispone para que las almas no tengan muy familiar trato y comunicacion con Dios y sus Ángeles, son los pecados, aunque sean leves, y aun las imperfecciones. Y despues que el Verbo divino se humanó y trató con los hombres, se purificaron los sentidos, y se purifican cada dia nuestras potencias, quedando santificadas con el buen uso de los sacramentos sensibles, con que en algun modo se espiritualizan y elevan, se desentorpecen y habilitan en sus operaciones para la par-

ticipacion de las influencias divinas. Y este beneficio debemos mas que los antiguos á la sangre de Cristo nuestro Señor, en cuya virtud somos santificados por los Sacramentos, recibiendo en ellos efectos divinos de gracias especiales, y en algunos el carácter espiritual que nos señala y dispone para mas altos fines. Pero cuando el Señor hablaba ó habla ahora alguna vez en sueños, excluye á las operaciones de los sentidos, como ineptas ó indispuestas para entrar en las bodas espirituales de su comunicacion y influjos espirituales.

402. Colígese tambien de esta doctrina, que para recibir las almas los favores ocultos del Señor, no solo se requiere que estén sin culpa, y que tengan merecimientos y gracia, sino que tengan tambien quietud y tranquilidad de paz; porque si está turbada la república de las potencias (como en el santo Josef), no está dispuesta para efectos tan divinos y delicados como los que recibe la alma con la vista del Señor y sus caricias. Y esto es tan ordinario, que por mucho que esté mereciendo la criatura con la tribulacion, y padeciendo aflicciones, cual estaba el Esposo de la Reina, con todo esto impide aquella alteracion; porque en el padecer hay trabajo y conflicto con las tinieblas, y el gozar es descansar en paz en la posesion de la luz; y no es compatible con ella estar á la vista de las tinieblas aunque sea para desterrarlas. Pero en medio del conflicto y pelea de las tentaciones, que es como en sueños ó de noche, se suele sentir y percibir la voz del Señor por medio de los Ángeles, como sucedió á nuestro santo Josef, que oyó y entendió todo lo que decia san Gabriel, que no temiese [1] estar con su esposa María, porque era obra del Espíritu Santo lo que tenia en su vientre; y pariria un hijo, á quien llamaria Jesús, y seria Salvador de su pueblo: y en todo este misterio se cumpliria la profecía de Isaías, que dijo [2]: Concebiria una Vírgen, y pariria un hijo que se llamaria Emanuel, que significa Dios con nosotros. No vió san Josef al Ángel con especies imaginarias, solo oyó la voz interior y entendió el misterio. De las palabras que le dijo se colige que ya san Josef en su determinacion habia dejado á María santísima, pues le mandó que sin temor la recibiese.

403. Despertó san Josef capaz del misterio revelado, y de que su Esposa era Madre verdadera del mismo Dios. Y entre el mismo gozo de su dicha y no pensada suerte, y el nuevo dolor de lo que habia hecho, se postró en tierra, y con otra humilde turbacion, temeroso y alegre hizo actos heróicos de humildad y reconocimiento.

[1] Matth. I, 20, 21. — [2] Isai. VII, 14.

Dió gracias al Señor por el misterio que le habia revelado, y por haberle hecho su Majestad esposo de la que escogió por Madre, no mereciendo ser esclavo suyo. Con este conocimiento y acciones de las virtudes, quedó sereno el espíritu de san Josef, y dispuesto para recibir nuevos efectos del Espíritu Santo. Con la duda y turbacion pasada se asentaron en él los fundamentos muy profundos de la humildad que habia de tener, á quien se fiaba la disposicion de los mas altos consejos del Señor; y la memoria de este suceso fue un magisterio que le duró toda la vida. Hecha esta oracion á Dios, comenzó el santo varon á reprehenderse á sí mismo á solas, diciendo: *Ó Esposa mia divina y mansísima paloma, escogida por el muy alto para morada y Madre suya: ¿cómo este indigno esclavo tuvo osadía para poner en duda tu fidelidad? ¿Cómo el polvo y ceniza dió lugar á que le sirviese la que es Reina del cielo y tierra, y Señora de todo lo criado? ¿Cómo no he besado el suelo que tocaron tus plantas? ¿Cómo no he puesto todo el cuidado en servirte de rodillas? ¿Cómo levantaré mis ojos á tu presencia, y me atreveré á estar en tu compañía y desplegar mis labios para hablarte? Señor y Dios eterno, dadme gracia y fuerzas para pedirle me perdone; y poned en su corazon que use de misericordia, y no desprecie á este reconocido siervo, como lo merezco. ¡Ay de mí, que como estaba llena de luz y gracia, y en sí encierra el Autor de la luz, le serian patentes todos mis pensamientos, y habiéndolos tenido de dejarla con efecto, atrevimiento será parecer delante sus ojos! Conozco mi grosero proceder y pesado engaño; pues á vista de tanta santidad admití indignos pensamientos y dudas de la fidelísima correspondencia que yo no merecia. Y si en castigo mio permitiera vuestra justicia que yo ejecutara mi errada determinacion, ¿cuál fuera ahora mi desdicha? Eternamente agradeceré, altísimo Señor, tan incomparable beneficio. Dadme, Rey poderosísimo, con que volver alguna digna retribucion. Iré á mi Señora y Esposa, confiado en la dulzura de su clemencia, y postrado á sus piés le pediré perdon, para que por ella, Vos, mi Dios y Señor eterno, me mireis como Padre, y perdoneis mi desacierto.*

404. Con esta mudanza salió el santo Esposo de su pobre aposento, hallándose despierto tan diferente, como dichoso, de cual se habia recogido al sueño. Y como la Reina del cielo estaba siempre retirada, no quiso despertarla [1] de la dulzura de su contemplacion, hasta que ella quisiese. En el ínterin deslió el varon de Dios el fardillo que habia prevenido, derramando abundantes lágrimas con

[1] Cant. II, 7.

afectos muy contrarios de los que antes habia sentido. Y llorando y comenzando á reverenciar á su divina Esposa, previno la casa, limpió el suelo que habian de hollar las sagradas plantas, y preparó otras hacenduelas que solia remitir á la divina Señora cuando no conocia su dignidad; y determinó mudar de intento y estilo en el proceder con ella, aplicándose á sí mismo el oficio de siervo, y á ella el de señora. Y sobre esto desde aquel dia tuvieron entre los dos admirables contiendas sobre quién habia de servir y mostrarse mas humilde. Todo lo que pasaba por san Josef estaba mirando la Reina de los cielos, sin escondérsele pensamiento ni movimiento alguno. Y cuando fue hora, llegó el Santo al aposento de su alteza, que le aguardaba con la mansedumbre, gusto y agrado que diré en el capítulo siguiente.

Doctrina que me dió la divina señora María santísima.

405. Hija mia, en lo que has entendido en este capítulo, y sobre él, tienes un dulce motivo de alabar al Señor, conociendo el órden admirable de su sabiduría en afligir y consolar á sus siervos y escogidos; en lo uno y otro sapientísimo y piadosísimo para sacarlos á todos con mayores aumentos de merecimiento y gloria. Sobre esta advertencia quiero que tú recibas otra muy importante para tu gobierno, y para el estrecho trato que quiere el Altísimo contigo. Esto es, que procures con toda atencion conservarte siempre en tranquilidad y paz interior, sin admitir turbacion que te la quite y impida por ningun suceso de esta vida mortal, sirviéndote de ejemplo y doctrina lo que sucedió á mi esposo san Josef en la ocasion que has escrito. No quiere el Altísimo que con la tribulacion se turbe la criatura, sino que merezca; no que desfallezca, sino que haga experiencias de lo que puede con la gracia. Y aunque los vientos fuertes de las tentaciones suelen arrojar al puerto de la mayor paz y conocimiento de Dios, y de la misma turbacion puede la criatura sacar su conocimiento y humillacion; pero si no se reduce á la tranquilidad y sosiego interior, no está dispuesta para que el Señor la visite, la llame y levante á sus caricias; porque no viene su Majestad en torbellino [1], ni los rayos de aquel supremo Sol de justicia se perciben, mientras no hay serenidad en las almas.

406. Y si la falta de este sosiego impide tanto para el trato íntimo del Altísimo, claro está que las culpas son mayor óbice para

[1] III Reg. XIX, 12.

alcanzar este beneficio grande. En esta doctrina te quiero muy atenta, y que no pienses tienes derecho para usar de tus potencias contra ella. Y pues tantas veces has ofendido al Señor, clama á su misericordia, llora, y lávate ámpliamente; y advierte que tienes obligacion, pena de ser condenada por infiel, de guardar tu alma, y conservarla para eterna morada del Todopoderoso [1], pura, limpia y serena; para que su Dueño la posea, y dignamente habite en ella. El órden de tus potencias y sentidos ha de ser una armonía de instrumentos de música suavísima y delicada; y cuanto mas lo son, tanto mayor es el peligro de destemplarse, y por esta razon ha de ser mayor el cuidado de guardarlos y conservarlos intactos de todo lo terreno; porque solo el aire infecto de los objetos mundanos basta para destemplar, turbar y inficionar las potencias tan consagradas á Dios. Trabaja, pues, y vive cuidadosa contigo misma, y ten imperio sobre tus potencias y sus operaciones. Y si alguna vez te destemplares, turbares ó desconcertares en este órden, procura atender á la divina luz, recibiéndola sin inmutacion ni recelos, y obrando con ella lo mas perfecto y puro. Para esto te doy por ejemplo á mi santo esposo Josef, que sin tardanza ni sospecha dió crédito al santo Ángel, y luego con pronta obediencia ejercitó lo que le fue mandado; con que mereció ser levantado á grandes premios y dignidad. Y si tanto se humilló, sin haber pecado en lo que hizo, solo por haberse turbado con tantos fundamentos, aunque aparentes; considera tú, que eres un pobre gusanillo, cuánto debes reconocerte y pegarte con el polvo, llorando tus negligencias y culpas, hasta que el Altísimo te mire como Padre y como Esposo.

CAPÍTULO IV.

Pide san Josef perdon á María santísima su esposa, y la divina Señora le consuela con gran prudencia.

Razonamiento con que Josef pidió perdon á la Madre de Dios. — Reprehéndese de haberla tratado como á inferior. — Diversos efectos que hicieron en María las razones de Josef. — Admirable humildad de la Madre de Dios. — Razones que dijo á su Esposo. — Dale la razon de no haberle declarado el misterio viéndole en la tribulacion. — Pide instantemente que no mude de estilo en el trato de superior. — Renovacion interior de el espíritu que recibió san Josef. — Cántico de bendicion que hizo en esta ocasion san Josef. — Tuvo en él ilustracion del Espíritu Santo, como santa Isabel en la Salutacion. — Correspondió María con el cántico de *Magnificat*. — Fue en éxtasis levan-

[1] I Cor. III, 16.

tada de tierra en un globo de luz.—Misterios que se le revelaron á Josef á la vista de esta gloria de María.—Prerogativas y gracias que concedió el Señor á san Josef en esta ocasion. — Grandeza de ánimo de san Josef en la tribulacion y en el gozo.—Estado á que fue elevado.—Manifestósele que todos los beneficios divinos que habia recibido, le vinieron por María.—Fue María instrumento para la plenitud de gracia de Josef, como lo habia sido de la santificacion del Baptista.—Por qué los Evangelistas no refirieron estos Sacramentos que sucedieron entre los santos Esposos.—Conveniencia de que se manifiesten ahora.—Trabajos en que se halla la Iglesia.—Exhortacion á solicitar el amparo de Dios en ellos.—Fueron mas los misterios que se manifestaron á la venerable Madre para su enseñanza.—Doctrina en el ejemplo de san Josef.—Tres pecados contra la caridad con el prójimo, que tienen á Dios muy indignado.—Primero, la ofensa del hermano.—Segundo, olvidarse de reconciliar al hermano ofendido.—Tercero, no admitir al hermano que quiere reconciliarse.—Cuán aborrecibles son á Dios estos pecados, y cómo los castiga.—Fealdad y daños lamentables destos pecados.—Aun las culpas veniales en ofensa del prójimo pesan mucho en la presencia de Dios.—Cuidado con que se han de procurar evitar.—Especial obligacion de la caridad fraternal de los religiosos.

407. Aguardaba el reconocido esposo Josef que María santísima y esposa suya saliera del recogimiento: y cuando fue hora abrió la puerta del pobre aposento donde habitaba la Madre del Rey celestial, y luego el santo Esposo se arrojó á sus piés, y con profunda humildad y veneracion le dijo: *Señora y esposa mia, Madre verdadera del eterno Verbo, aquí está vuestro siervo postrado á los piés de vuestra clemencia. Por el mismo Dios y Señor vuestro, que teneis en vuestro virginal vientre, os pido perdoneis mi atrevimiento. Seguro estoy, Señora, que ninguno de mis pensamientos es oculto á vuestra sabiduría y luz divina. Grande fue mi osadía en intentar dejaros, y no ha sido menor la grosería con que hasta ahora os he tratado como á mi inferior, sin haberos servido como á Madre de mi Señor y Dios. Pero tambien sabeis que lo hice todo con ignorancia, porque no sabia el sacramento del Rey celestial, y la grandeza de vuestra dignidad, aunque veneraba en Vos otros dones del Altísimo. No atendais, señora mia, á las ignorancias de una vil criatura, que ya reconocida ofrece el corazon y la vida á vuestro obsequio y servicio. No me levantaré de vuestros piés, sin saber que estoy en vuestra gracia; y perdonado de mi desórden, alcanzada vuestra benevolencia y bendicion.*

408. Oyendo María santísima las humildes razones de san Josef su esposo, sintió diversos efectos; porque con gran ternura se alegró en el Señor, de verle capaz de los misterios de la Encarnacion,

que los confesaba y veneraba con tan alta fe y humildad. Pero afligióla un poco la determinacion, que vió en el mismo Esposo, de tratarla para adelante con el respeto y rendimiento que ofrecia; porque con esta novedad se le representó á la humilde Señora que se le iba de las manos la ocasion de obedecer y humillarse como sierva de su Esposo. Y como el que de repente se halla sin alguna joya ó tesoro que grandemente estimaba; así María santísima se contristó con aprehender que san Josef no la trataria como á inferior, y sujeta en todo, por haberla conocido Madre del Señor. Levantó de sus piés al santo Esposo, y ella se puso á los suyos, y aunque procuró impedirla, no pudo; porque en humildad era invencible, y respondiendo á san Josef, dijo: *Yo, señor y esposo mio, soy la que debo pediros me perdoneis, y Vos quien ha de remitir las penas y amarguras que de mí habeis recibido: y así os lo suplico puesta á vuestros piés, y que olvideis vuestros cuidados, pues el Altísimo admitió vuestros deseos y las aflicciones que en ellos padecísteis.*

409. Parecióle á la divina Señora consolar á su Esposo, y para esto, no para disculparse, añadió y le dijo: *De el oculto sacramento que en mí tiene encerrado el brazo del Altísimo, no pudo mi deseo daros noticia alguna por sola mi inclinacion; porque como esclava de su alteza era justo aguardar su voluntad perfecta y santa. No callé, porque no os estimo como á mi señor y esposo: siempre soy y seré fiel sierva vuestra, correspondiendo á vuestros deseos y afectos santos. Pero lo que con lo íntimo de mi corazon os pido por el Señor que tengo en mis entrañas es, que en vuestra conversacion y trato no mudeis el órden y estilo que hasta ahora. No me hizo el Señor Madre suya, para ser servida y ser señora en esta vida, sino para ser de todos sierva y de Vos esclava, obedeciendo á vuestra voluntad. Este es, señor, mi oficio, y sin él viviré afligida y sin consuelo. Justo es que me le deis, pues así lo ordenó el Altísimo, dándome vuestro amparo y solicitud, para que yo á vuestra sombra esté segura, y con vuestra ayuda pueda criar al fruto de mi vientre, á mi Dios y Señor.* Con estas razones y otras llenas de suavidad eficacísima consoló y sosegó María santísima á san Josef, y le levantó del suelo para conferir todo lo que era necesario. Y para esto, como la divina Señora no solo estaba llena de Espíritu Santo, pero tenia consigo, como Madre, al Verbo divino, de quien y del Padre procede, obró con especial modo en la ilustracion de san Josef, y recibió el Santo gran plenitud de las divinas influencias. Y renovado todo en fervor y espíritu dijo:

410. *Bendita sois, Señora, entre todas las mujeres, dichosa y*

bienaventurada en todas las naciones y generaciones. Sea engrandecido con alabanza eterna el Criador de cielo y tierra; porque de lo supremo de su real trono os miró y eligió para su habitacion: y en Vos sola nos cumplió las antiguas promesas que hizo á nuestros Padres y Profetas. Todas las generaciones le bendigan; porque con ninguna se magnificó tanto como lo hizo con vuestra humildad; y á mí, el mas vil de los vivientes, por su divina dignacion me eligió por vuestro siervo. En estas bendiciones y palabras que habló san Josef estuvo ilustrado del Espíritu divino, al modo que santa Isabel, cuando respondió á la salutacion de nuestra Reina y Señora; aunque la luz y ciencia que recibió el santísimo Esposo fue admirable, como para su dignidad y ministerio convenia. Y la divina Señora, oyendo las palabras del bendito Santo, respondió tambien con el cántico de *Magnificat*, que repitiéndolo, como lo habia dicho á santa Isabel, añadió otros nuevos; y en ellos fue toda inflamada y elevada en un éxtasis altísimo, y levantada de la tierra en un globo de refulgente luz que la rodeaba, y toda quedó transformada como con dotes de gloria.

411. Con la vista de tan divino objeto quedó san Josef admirado y lleno de incomparable júbilo; porque nunca habia visto á su benditísima Esposa con semejante gloria y eminente excelencia. Y entonces la conoció con gran claridad y plenitud: porque se le manifestó juntamente la integridad y pureza de la Princesa del cielo y el misterio de su dignidad; y vió y conoció en su virginal tálamo la humanidad santísima del Niño Dios, y la union de las dos naturalezas en la persona del Verbo; y con profunda humildad y reverencia le adoró y reconoció por su verdadero Redentor, y con heróicos actos de amor se ofreció á su Majestad. Y el Señor le miró con benignidad y clemencia, cual á ninguna otra criatura, porque le aceptó y dió título de padre putativo: y para corresponder á tan nuevo renombre, le dió tanta plenitud de ciencia y dones celestiales como la piedad cristiana puede y debe presumir. Y no me detengo en decir lo mucho que de las excelencias de san Josef se me ha declarado; porque seria menester alargarme mas de lo que pide el intento de esta Historia.

412. Pero si fue argumento de la grandeza del ánimo del glorioso san Josef, y claro indicio de su insigne santidad, no morir ó desfallecer con los celos de su amada Esposa, de mayor admiracion es que no le oprimiese el inopinado gozo que recibió con lo que le sucedió en este desengaño. En lo primero se descubrió su santidad;

pero en lo segundo recibió tales aumentos y dones del Señor, que si no le dilatara Dios el corazon, ni los pudiera recibir, ni resistir el júbilo de su espíritu. En todo fue renovado y elevado, para tratar dignamente con la que era Madre del mismo Dios y Esposa propria suya, y para dispensar juntamente con ella lo que era necesario al misterio de la Encarnacion y crianza del Verbo humanado, como adelante diré. Y para que en todo quedase mas capaz, y reconociese las obligaciones de servir á su divina Esposa, se le dió tambien noticia que todos los dones y beneficios recibidos de la mano del Altísimo le habian venido por ella y para ella: los de antes de ser su esposo, por haberle elegido el Señor para esta dignidad; y los que entonces le daban, por haberlos ella granjeado y merecido. Y conoció la incomparable prudencia con que la gran Señora habia procedido con el mismo Santo, no solo en servirle con tan inviolable obediencia y profunda humildad, pero consolándole en su tribulacion, solicitándole la gracia y asistencia del Espíritu Santo, disimulando con suma discrecion, y despues pacificándole, quietándole y disponiéndole para que estuviese apto y capaz de recibir las influencias del divino Espíritu. Y así como la Princesa del cielo habia sido el instrumento de la santificacion del Baptista y de su madre santa Isabel; lo fue tambien para la plenitud de gracia que recibió san Josef con mayor (*) abundancia. Y todo lo conoció y entendió el dichosísimo Esposo, y correspondió á todo como siervo fidelísimo y agradecido.

413. De estos grandes sacramentos, y otros muchos que sucedieron á nuestra Reina y á su esposo san Josef, no hicieron memoria los sagrados Evangelistas, no solo porque ellos lo guardaron en su pecho, sin que la humilde Señora ni san Josef á nadie los manifestasen; pero tambien porque no fue necesario introducir estas maravillas en la vida de Cristo nuestro Señor, que escribieron para que con su fe se difundiese la nueva Iglesia y ley de gracia: antes pudiera ser poco conveniente para la gentilidad en su primera conversion. Y la admirable Providencia con sus ocultos juicios y secretos inescrutables reservó estas cosas para sacar de sus tesoros las que son nuevas y son antiguas [1], en el tiempo mas oportuno previsto con su divina sabiduría, cuando fundada ya la Iglesia, y asentada la fe católica, se hallasen los fieles necesitados de la intercesion, amparo y proteccion de su gran Reina y Señora. Y conociendo con nueva luz cuán amorosa madre y poderosa abogada tienen

(*) Véase la nota X. — [1] Matth. XIII, 52.

en los cielos con su Hijo santísimo, á quien el Padre tiene dada la potestad de juzgar [1], acudiesen á ella por el remedio como á único refugio y sagrado de los pecadores. Si han llegado estos afligidos tiempos á la Iglesia, díganlo sus lágrimas y tribulaciones : pues nunca fueron mayores que cuando sus mismos hijos, criados á sus pechos, esos la afligen, la destruyen, y disipan los tesoros de la sangre de su Esposo, y esto con mayor crueldad que los mas conjurados enemigos. Pues cuando clama la necesidad, cuando da voces la sangre de los hijos derramada, y mucho mayores las de la sangre de nuestro pontífice [2] Cristo conculcada y poluta con varios pretextos de justicia ; ¿qué hacen los mas fieles, los mas católicos y constantes hijos de esta afligida Madre? ¿Cómo callan tanto? ¿cómo no claman á María santísima? ¿cómo no la invocan y no la obligan? ¿Qué mucho que el remedio tarde, si nos detenemos en buscarle y en conocer á esta Señora por Madre verdadera del mismo Dios? Confieso se encierran magníficos misterios en esta ciudad de Dios [3], y con fe viva y confesion los predicamos. Son tantos, que su mayor noticia queda reservada para despues de la general resurreccion, y los santos los conocerán en el Altísimo. Pero en el ínterin atiendan los corazones pios y fieles á la dignacion de esta su amantísima Reina y Señora en desplegar algunos de tantos y tan ocultos sacramentos por un vilísimo instrumento ; que en su debilidad y encogimiento solo pudiera alentarle el mandato y beneplácito de la Madre de piedad intimado repetidas veces.

Doctrina de la divina Reina y Señora nuestra.

414. Hija mia, con el deseo que te manifiesto de que compongas tu vida por el espejo de la mia, y mis obras sean el arancel inviolable de las tuyas, te declaro en esta Historia, no solo los sacramentos y misterios que escribes, pero otros muchos que no puedes declarar ni manifestar ; porque todos han de quedar grabados en las tablas de tu corazon, y por eso renuevo en tí la memoria de la leccion donde debes aprender la ciencia de la vida eterna, cumpliendo con el magisterio de maestra. Sé pronta en obedecer y ejecutar como obediente y solícita discípula ; y sírvate ahora por ejemplo el humilde cuidado y desvelo de mi esposo san Josef, su sumision y el aprecio que hizo de la divina luz y enseñanza ; y como por hallarle el corazon preparado y con buena disposicion para cumplir

[1] Joan. v, 52. — [2] Hebr. xii, 24. — [3] Psalm. lxxxvi, 3.

con presteza la voluntad divina, le trocó y reformó todo con tanta plenitud de gracia, como le convenia para el ministerio á que el Altísimo le destinaba. Sea, pues, el conocimiento de tus culpas para humillarte con rendimiento, y no para que con pretexto de que eres indigna impidas al Señor en lo que de tí se quisiere servir.

415. Pero en esta ocasion te quiero manifestar una justa queja y grave indignacion del Altísimo con los mortales, para que la entiendas mejor con la divina luz á vista de la humildad y mansedumbre que yo tuve con mi esposo Josef. Esta queja del Señor y mia es por la inhumana perversidad que tienen los hombres en tratarse los unos á los otros sin caridad y humildad: en que concurren tres pecados que desobligan mucho al Altísimo y á mí para usar de misericordia con ellos. El primero es, que conociendo los hombres como todos son hijos de un Padre [1] que está en los cielos, hechuras de su mano, formados de una misma naturaleza, alimentados graciosamente, vivificados con su providencia, y criados á una mesa de los divinos misterios y sacramentos, en especial con su mismo cuerpo y sangre; que todo esto lo olviden y pospongan, atravesándose un liviano y terreno interés; y como hombres sin razon se turban, se indignan, y llenan de discordias, de rencillas, de traiciones y murmuraciones, y tal vez de impías y inhumanas venganzas, y mortales odios de unos con otros. Lo segundo es, que cuando por la humana fragilidad y poca mortificacion, turbados por la tentacion de el demonio, caigan en alguna culpa de estas, no procuren luego arrojarla y reconciliarse entre sí mismos [2], como hermanos que están á la vista del justo Juez, y le nieguen de padre misericordioso, solicitándole juez severo y rígido de sus pecados; pues ningunos mas que los del odio y venganza irritan su justicia. Lo tercero, que mucho le indigna, es que tal vez cuando alguno quiere reconciliarse con su hermano, no lo admita el que se juzga por ofendido, y pide mas satisfacion de la que él mismo sabe [3] que satisface al Señor, y aun de la que se quiere valer con su Majestad: pues todos quieren que contritos y humillados los reciba, admita y perdone el mismo Dios, que fue mas ofendido; y ellos, que son polvo y ceniza, piden la venganza de su hermano, y no se dan por satisfechos con aquello que se contenta el supremo Señor para perdonarlos.

416. De todos los pecados que cometen los hijos de la Iglesia, ninguno es mas aborrecible que estos en los ojos del Altísimo: y así

[1] Isai. LXIV, 8; Act. XVII, 28; Matth. VI, à v. 25; Psalm. CXXVII, 3.
[2] Matth. XVIII, 35. — [3] Ibid. 32, 33.

lo conocerás en el mismo Dios y en la fuerza que puso en su divina ley, mandando perdonar al hermano, aunque peque contra él setecientas veces; y aunque cada dia sean muchas, como diga que le pesa de ello, manda el Señor que el hermano ofendido le perdone otras tantas veces sin número. Y contra el que no lo hiciere pone tan formidables penas; porque escandaliza á los demás, como se colige de decir el mismo Dios aquella amenaza: ¡Ay del que escandalizare [1], y por quien el escándalo viene y sucede! mejor le fuera caer en el profundo del mar con una pesada muela de molino al cuello [2]; que fue significar el peligro del remedio de estos pecados y su dificultad, como la tiene el que cayere en el mar con una rueda de molino al cuello. Y tambien señala el castigo que tendrá en el profundo de las penas eternas; y por esto será sano consejo á los fieles, que antes quieran sacarse los ojos [3] y cortarse las manos, pues así lo mandó mi Hijo santísimo, que escandalizar á los pequeños con estos pecados.

417. Ó hija mia carísima, ¡cuánto debes llorar con lágrimas de sangre la fealdad y los daños de este pecado! El que contrista al Espíritu Santo [4], el que da soberbios triunfos al demonio, el que hace mónstruos de las criaturas racionales, y les borra la imágen de su Padre celestial. ¡Qué cosa mas impropria, y mas fea y monstruosa que ver á un hombre de tierra, que solo tiene corrupcion y gusanos, levantarse contra otro como él con tanta soberbia y arrogancia! No hallarás palabras con que ponderar esta maldad, para persuadir á los mortales que la teman, y se guarden de la ira del Señor [5]. Pero tú, carísima, guarda tu corazon de este contagio, y estampa y graba en él doctrina tan útil y provechosa para ejecutarla. Y nunca juzgues que en ofender á los prójimos y escandalizarlos hay culpa pequeña, porque todas pesan mucho en la presencia de Dios. Enmudece y pon custodia [6] fuerte á todas tus potencias y sentidos para la observancia rigurosa de la caridad con las hechuras del Altísimo. Dame á mí este agrado, que te quiero perfectísima en tan excelente virtud, y te la impongo como precepto riguroso mio, y que jamás pienses, hables ni obres cosa alguna en ofensa de tus prójimos; ni por algun título consientas que tus súbditas lo hagan, y si pudieres, ni otro alguno en tu presencia. Y pondera bien, carísima, lo que te pido; porque esta es la ciencia mas divina y menos entendida de los mortales. Sírvate de único y eficaz reme-

[1] Matth. XVIII, 7. — [2] Luc. XVII, 2. — [3] Matth. XVIII, 8, 9.
[4] Ephes. IV, 30. — [5] Matth. III, 7. — [6] Psalm. CXL, 3, 4.

dio para tus pasiones, y de ejemplo que te compela, mi humildad y mansedumbre, efecto del amor sencillo con que amaba, no solo á mi Esposo, mas á todos los hijos de mi Señor y Padre celestial; que los estimé y miré como redimidos y comprados con tan alto precio [1]. Con verdad y fidelidad, fineza y caridad, advierte á tus religiosas, de que aunque se ofende gravemente la divina Majestad de todos los que no cumplen este mandamiento que mi Hijo llamó suyo [2], y nuevo; sin comparacion es mayor la indignacion contra los religiosos, que habiendo de ser ellos los hijos perfectos de su Padre y Maestro de esta virtud, hay muchos que la destruyen como los mundanos; y son estos mas odiosos que ellos.

CAPÍTULO V.

Determina san Josef servir en todo con reverencia á María santísima; y lo que su alteza hizo, y otras cosas del modo de proceder de entrambos.

Determina Josef con el conocimiento de la dignidad de su Esposa mudar de estilo en su trato.—Adoracion que comenzó san Josef á hacer á la Madre de Dios.—No queria consentir se ocupase en los ministerios humildes.—Como persuadió María á su Esposo no le diese aquella adoracion.—Competencia entre María y Josef sobre querer cada uno hacer las obras serviles de casa.—Acude María á Dios por el ejercicio de la humildad.—Instruccion de el Ángel á Josef, de cómo se habia de portar con la Madre de Dios.—Virtudes que ejercieron, María sirviendo á su Esposo, y Josef viéndose servir de la Madre de Dios.—Cuánto crecia la humildad y reverencia de Josef con lo que su Esposa hacia.—Cómo se le manifestaba el Niño Dios en el vientre de su Madre.—Efectos que hacia en Josef el conocimiento de los bienes que gozaba.—Comparacion.—Felicidad incomparable de san Josef.—Distribucion de la casa de san Josef.—Dormia la Madre de Dios en una tarima que san Josef hizo.—Forma en que conversaba el Santo con la Vírgen.—Veíala muchas veces en éxtasis elevada de la tierra, y llena de luz.—Otros favores de la Madre de Dios de que era participante.—No tenian criado ni criada, y por qué.—Recogimiento de María en su casa.—Felicidad de una vecina que la traia las cosas necesarias á casa.—Nunca san Josef vió dormir á la Vírgen.—Cama de la Madre de Dios.—Túnica interior que traia.—Nunca la mudó ni la vió nadie.—Mudaba el vestido exterior y las tocas.—Motivo de mudarlo.—Ninguna ropa que llevaba se manchó jamás ni sució.—Labores de sus manos.—Forma de su comida.—Nunca comió carne.—Comia y bebia precisamente lo necesario para alimento.—Confesion de la insuficiencia para explicar las perfecciones de la Madre de Dios.—Necesidad de la humildad para asegurar los favores divi-

[1] I Petr. I, 18; I Cor. VI, 20. — [2] Joan. XV, 12; XIII, 34; Matth. V, 48.

nos. — Debia exceder la competencia de los hijos de la luz por humillarse á la que tienen por ensalzarse los mundanos. — Solicitud con que deben los siervos de Dios procurar los ejercicios humildes. — Debia exceder al afan de la codicia mundana.

418. Quedó el fidelísimo esposo Josef con tan alto y digno concepto de su esposa María santísima, despues que le fue revelada su dignidad y el sacramento de la Encarnacion, que le mudó en nuevo hombre, aunque siempre habia sido muy santo y perfecto; con que determinó proceder con la divina Señora con nuevo estilo y reverencia, como diré adelante. Era esto conforme á la sabiduría del Santo, y debida á la excelencia de su Esposa; pues él era siervo, y ella Señora de cielo y tierra; y así lo conoció san Josef con divina luz. Y para satisfacer á su afecto, honrando y venerando á la que conocia por Madre del mismo Dios, cuando á solas la hablaba ó pasaba por delante de ella, le hacia genuflexion con grande reverencia, y no queria consentir que ella le sirviese, ni administrase, ni se ocupase en otros ministerios humildes, como era limpiar la casa y los platos, y otras cosas semejantes: porque todas queria hacerlas el felicísimo Esposo, por no derogar la dignidad de la Reina.

419. Pero la divina Señora, que entre los humildes fue humildísima, y nadie la podia vencer en humildad, dispuso las cosas de manera, que siempre quedase en sus manos la palma de todas las virtudes. Pidió á san Josef que no le diese aquella reverencia de doblar la rodilla en su presencia; porque aunque aquella veneracion se le debia al Señor que traia en su vientre, pero que mientras estaba en él, y no se manifestaba, no se podia distinguir en aquella accion la persona de Cristo de la suya. Y por esta persuasion el Santo se ajustó al gusto de la Reina del cielo, y solo cuando ella no lo percibia daba aquel culto al Señor que traia en sus entrañas, y á ella como á Madre suya respectivamente, segun como á cada uno se le debia. Sobre ejercitar las demás acciones y obras serviles, tuvieron humildes contiendas. Porque san Josef no se podia vencer en consentir que la gran Reina y Señora las hiciese; y por esto procuraba anticiparse. Lo mismo hacia la divina Esposa, ganándole por la mano en cuanto podia. Pero como en el tiempo que ella estaba recogida tenia lugar san Josef de prevenir muchas de estas obras serviles, le frustraba sus anhelos continuados de ser sierva, y que como á tal le perteneciese obrar lo poco y mucho doméstico de su casa. Herida de estos afectos acudió la divina Señora á Dios con humildes querellas, y le pidió que con efecto obligase á su Esposo pa-

ra que no le impidiese el ejercitar, como deseaba, la humildad. Y como esta virtud es tan poderosa en el tribunal divino, y tiene franca entrada, no hay súplica pequeña acompañada con ella, porque todas las hace grandes, y inclina al ser inmutable de Dios á la clemencia. Oyó esta peticion, y dispuso que el santo Ángel custodio del bendito Esposo le hablase interiormente, y le dijese lo siguiente: *No frustres los deseos humildes de la que es superior á todas las criaturas del cielo y tierra. En lo exterior da lugar á que te sirva, y en lo interior guárdale suma reverencia, y en todo tiempo y lugar da culto al Verbo humanado, cuya voluntad es, con su divina Madre, venir á servir y no á ser servido*[1]*, para enseñar al mundo la ciencia de la vida y la excelencia de la humildad. En algunas cosas de trabajo puedes aliviarla, y siempre en ella reverencia al Señor de todo lo criado.*

420. Con esta instruccion y mandato del Altísimo, dió lugar san Josef á los ejercicios humildes de la divina Princesa, y entrambos tuvieron ocasion de ofrecer á Dios sacrificio acepto de su voluntad: María santísima, logrando siempre su profundísima humildad y obediencia á su Esposo en todos los actos de estas virtudes, que con heróica perfeccion obraba sin omitir alguno que pudiese hacer; y san Josef obedeciendo al Altísimo con prudente y santa confusion, que le ocasionaba verse administrado y servido de la que reconocia por Señora suya y de todo lo criado, y Madre del mismo Dios y Criador. Con este motivo recompensaba el prudente Santo la humildad que no podia ejercitar en otros actos, que remitia á su Esposa: porque esto le humillaba mas, y le obligaba á abatirse en su estimacion con mayor temor reverencial; y con él miraba á María santísima, y en ella al Señor que llevaba en su virginal tálamo, donde le adoraba, dándole magnificencia y gloria. Y algunas veces en premio de su santidad y reverencia, ó para mayor motivo de todo, se le manifestaba el mismo Niño Dios humanado por admirable modo; y le miraba en el vientre de su Madre purísima como por un viril cristalino. Y la soberana Reina trataba y conferia mas familiarmente con el glorioso Santo los misterios de la Encarnacion; porque no se recelaba tanto de estas divinas pláticas, despues que el dichosísimo Santo fue ilustrado y informado de los magníficos sacramentos de la union hipostática de las dos naturalezas divina y humana en el virgíneo tálamo de su Esposa.

421. Las conversaciones y pláticas celestiales, que tenian María

[1] Matth. xx, 28; xi, 29.

santísima y el bienaventurado san Josef, ninguna lengua humana es capaz de manifestarlas. Diré algo en los capítulos siguientes, como supiere. Pero ¿quién podrá declarar los efectos que hacia en el dulcísimo y devoto corazon de este Santo, verse no solo esposo de la que era Madre verdadera de su Criador, pero hallarse tambien servido de ella, como si fuera una humilde esclava, y considerándola en grado de santidad y dignidad sobre todos los supremos Serafines, y solo á Dios inferior? Y si la divina diestra enriqueció con bendiciones la casa y la persona de Obededon [1] por haber hospedado algunos meses la figurativa arca del Antiguo Testamento; ¿qué bendiciones daria á san Josef, de quien habia hecho confianza del arca verdadera, y de el mismo Legislador que se encerraba en ella? ¡Incomparable fue la dicha y felicidad de este Santo! Y no solo porque en su casa tenia la arca del Nuevo Testamento viva y verdadera, el altar, sacrificio y templo, que todo se le entregó: mas porque le tuvo dignamente como fiel siervo y prudente [2], fue constituido por el mismo Señor sobre su familia, para que á todo acudiese en oportuno tiempo, como dispensador fidelísimo. Todas las naciones y generaciones [3] le conozcan y bendigan, le prediquen sus alabanzas: pues no hizo el Altísimo con ninguna otra lo que con san Josef. Yo, indigna y pobre gusanillo, en la luz de tan venerables sacramentos engrandezco y magnifico á este Señor Dios, confesándole por santo, justo, misericordioso, sábio y admirable en la disposicion de todas sus grandes obras.

422. La humilde pero dichosa casa de Josef estaba distribuida en tres aposentos, en que cási toda ella se resolvia, para la ordinaria habitacion de los dos Esposos; porque no tuvieron criado ni criada alguna. En un aposento dormia san Josef; en otro trabajaba y tenia los instrumentos de su oficio de carpintero; en el tercero asistia de ordinario y dormia la Reina de los cielos, y en él tenia para esto una tarima hecha por mano de san Josef; y este órden guardaron desde el principio que se desposaron y vinieron á su casa. Antes de saber el santo Esposo la dignidad de su soberana Esposa y Señora, iba muy raras veces á verla; porque mientras no salia de su retiro, acudia él á sus labores, si no era en algun negocio que era muy necesario consultarla. Pero despues que fue informado de la causa de su felicidad, estaba el santo varon mas cuidadoso, y por renovar su consuelo acudia muy de ordinario al retrete de la soberana Señora, para visitarla y saber qué le mandaba. Pero llega-

[1] I Par. XIII, 14. — [2] Matth. XXIV, 45. — [3] Psalm. CXLVII, 20.

ba siempre con extremada humildad y reverencial temor, y antes de hablarla reconocia con silencion la ocupacion que tenia la divina Reina: y muchas veces la veia en éxtasis elevada de la tierra y llena de refulgentísima luz; otras acompañada de sus santos Ángeles en divinos coloquios con ellos; otras la hallaba postrada en tierra en forma de cruz, y hablando con el Señor. De todos estos favores fue participante el felicísimo esposo Josef. Pero cuando la gran Señora estaba en esta disposicion y ocupaciones, no se atrevia mas que á mirarla con profunda reverencia; y merecia tal vez oir suavísima armonía de la música celestial que los Ángeles daban á su Reina, y una fragrancia admirable que le confortaba, y todo le llenaba de júbilo y alegría espiritual.

423. Vivian solos en su casa los dos santos Esposos [1]; porque no tenian criado alguno, como he dicho, no solo por su profunda humildad, mas tambien fue conveniente; porque no hubiese testigos de tan visibles maravillas como sucedian entre ellos, de que no debian participar los de fuera. Tampoco la Princesa del cielo salia de su casa, si no es con urgentísima causa de el servicio de Dios y beneficio de los prójimos; porque si otra cosa era necesaria, acudia á traerla aquella dichosa mujer su vecina, que dije [2] sirvió á san Josef mientras María santísima estuvo en casa de Zacarías: y de estos servicios recibió tan buen retorno, que no solo ella fue santa y perfecta, pero toda su casa y familia fue bien afortunada con el amparo de la Reina y Señora del mundo, que cuidó mucho de esta mujer; y por estar vecina acudió á curarla en algunas enfermedades, y al fin á ella y á todos sus familiares los llenó de bendiciones de el cielo.

424. Nunca san Josef vió dormir á la divina Esposa, ni supo con experiencia si dormia, aunque se lo suplicaba el Santo, para que tomase algun alivio, y mas en el tiempo de su sagrado preñado. El descanso de la Princesa era la tarima que dije [3] arriba, hecha por mano de el mismo san Josef; y en ella tenia dos mantas entre las cuales se recogia para tomar algun breve y santo sueño. Su vestido interior era una túnica ó camisa de tela como algodon, mas suave que el paño comun y ordinario. Esta túnica jamás se la mudó despues que salió del templo, ni se envejeció, ni manchó, ni la vió persona alguna, ni san Josef supo si la traia; porque solo vió el vestido exterior que á todos los demás era manifiesto. Este vestido era de color de ceniza como he dicho [4], y solo este y las tocas mudaba alguna vez la gran Señora de el cielo; no porque estuviese

[1] Supr. n. 422. — [2] Ibid. n. 227. — [3] Ibid. n. 422. — [4] Part. I, n. 400.

manchado, antes porque siendo visible á todos, excusase la advertencia de verle siempre en un estado. Porque cosa alguna de las que llevaba en su purísima y virginal cuerpo, se manchó ni sució; porque ni sudaba, ni tenia las pensiones que en esto padecen los cuerpos sujetos á pecado de los hijos de Adan. Era en todo purísima, y los labores de sus manos eran con sumo aliño y limpieza; y con el mismo administraba la ropa y lo demás necesario á san Josef. La comida era parvísima y limitada; pero cada dia y con el mismo Santo; y nunca comió carne, aunque él la comiese y ella la aderezase. Su sustento era fruta, pescado, y lo ordinario pan y yerbas cocidas; pero de todo tomaba en medida y peso, solo aquello que pedia precisamente el alimento de la naturaleza y el calor natural, sin que sobrase cosa alguna que pasase á exceso y corrupcion dañosa, y lo mismo era de la bebida: aunque de los actos fervorosos le redundaba algun ardor preternatural. Este órden de la comida en la cantidad siempre le guardó respectivamente; aunque en la cálidad, con los varios sucesos de su vida santísima, se mudó y varió, como diré adelante [1].

425. En todo fue María purísima de consumada perfeccion, sin que le faltase gracia alguna, y todas con el lleno de consumada perfeccion en lo natural y sobrenatural. Solo á mis palabras les falta para explicarlo: porque jamás me satisfacen, viendo cuán atrás quedan de lo que conozco, cuanto mas de lo que en sí mismo contiene tan soberano objeto. Siempre me recelo de mi insuficiencia, y me quejo de mis limitados términos y coartadas razones. Temo que soy mas atrevida de lo que debo, prosiguiendo lo que tanto excede á mis fuerzas; pero las de la obediencia me llevan no sé con qué fuerza suave, que compele mi encogimiento y violenta el retiro, que me motiva mirar á buena luz la grandeza de la obra y la pequeñez de mi discurso. Por la obediencia obro, y por ella me salen al encuentro tantos bienes. Ella saldrá á disculparme.

Doctrina de la reina del cielo María santísima.

426. Hija mia, en la escuela de la humildad te quiero estudiosa y diligente, como te enseñará todo el proceso de mi vida; y este ha de ser el primero y el último de tus cuidados, si quieres prevenirte para los dulces abrazos del Señor, y asegurar sus favores, y gozar de los tesoros de la luz oculta á los soberbios [2]; porque sin el fia-

[1] Infr. n. 1038, 1109, et alibi. — [2] Matth. XI, 25.

dor abonado de la humildad, á ninguna criatura se le pueden fiar tales riquezas. Todas tus competencias quiero que sean por humillarte mas y mas en tu reputacion y estimacion, y en las acciones exteriores, sintiendo lo que obras, para que obres lo que sintieres de tí. Doctrina y confusion ha de ser para tí y para todas las almas, que tienen al Señor por Padre y Esposo, ver que pueda mas la presuncion y soberbia con los hijos de la sabiduría mundana, que no la humildad y conocimiento verdadero con los hijos de la luz. Advierte en el desvelo, en el estudio y solicitud infatigable de los hombres altivos y arrogantes. Mira sus competencias por valer en el mundo; sus pretensiones nunca satisfechas, aunque vanas; como obran conforme á lo que engañosamente de sí mismos presumen; como presumen lo que no son, y con no serlo ó por no serlo lo obran, para granjéar los bienes que aunque terrenos no los merecen. Pues será confusion y afrenta para los escogidos, que pueda mas con los hijos de perdicion el engaño, que en ellos la verdad; y que sean tan contados en el mundo los que quieren competir en el servicio de Dios y su Criador, con los que sirven á la vanidad, que sean todos los llamados [1], y pocos los escogidos.

427. Procura, pues, hija mia, ganar esta ciencia, y en ella la palma á los hijós de las tinieblas; y en contraposicion de su soberbia atiende á lo que yo hice para vencerla en el mundo con estudio de la humildad. En esto te queremos el Señor y yo muy sábia y capaz. Nunca pierdas ocasion de hacer las obras humildes, ni consientas que nadie te las estorbe: y si te faltaren ocasiones de humillarte ó no las tuvieres tan frecuentes, búscalas y pídelas á Dios que te las dé; porque gusta su Majestad de ver esta solicitud y competencia en lo que tanto desea. Y solo por este beneplácito debias ser muy oficiosa y solícita, como hija de su casa, doméstica y esposa suya: que tambien para esto te enseñará la ambicion humana á no ser negligente. Atiende lo que se afana una mujer en su casa y familia por acrecentar y adelantar su hacienda, no perdiendo ocasion en que lograrla; nada le parece mucho, y si alguna cosa, por menuda [2] que sea, se le pierde, el corazon se le va tras ella. Todo esto enseña la codicia mundana, y no es razon que sea mas estéril la sabiduría del cielo, por negligencia de quien la recibe. Y así quiero no se halle en tí descuido ni olvido en lo que tanto te importa, ni pierdas ocasion en que puedas humillarte y trabajar por la gloria de tu Señor; pero que las procures y solicites, y todas como fidelísima hija las logres,

[1] Matth. xx, 16. — [2] Luc. xv, 8.

y como esposa, para que halles gracia en los ojos del Señor y en los mios, como lo deseas.

CAPÍTULO VI.

Algunas conferencias y pláticas de María santísima y Josef en cosas divinas, y otros sucesos admirables.

Magisterio que ejerció María con Josef.—Fue mas explícito despues que á Josef se reveló el misterio de la Encarnacion.—Conferia María lo que debian hacer en el nacimiento de Cristo.—No hablaba con Josef de la pasion, y por qué.—Afectos de san Josef en la expectacion de ver nacido al Niño Dios.—Instruccion de María cerca de la pobreza y humildad que venia su Hijo á enseñar.—Enseñaba María á Josef el ejercicio de las virtudes á peticion del Santo.—Trazas con que ocultaba su humildad la superioridad de el magisterio, sin negarse á la enseñanza de su Esposo.—Aliviaba con la doctrina el trabajo corporal de Josef.—Juzgábase por indigna de que su Esposo la sustentase con su sudor.—Su correspondencia y agradecimiento.—Coro de aves que milagrosamente venian á festejar á María.—Afectos de Josef viendo esta maravilla.—Prudencia con que María referia á su Hijo el festejo milagroso.—Necesidad que padecian muchas veces los santos Esposos, y su causa.—De cuánto consuelo le era la necesidad á la Vírgen.—Medios con que el Señor los proveia en la necesidad.—Cuidaba santa Isabel de socorrerlos.—Remediaba algunas veces la necesidad María, mandando á las criaturas.—Otras eran socorridos por ministerio de los Ángeles.—María y Josef jamás pidieron precio por la obra que trabajaban.—Suceso maravilloso.—Previénenles la comida y mesa los Ángeles.—Eran frecuentes estos milagros.—Cánticos de alabanza que hizo María al Señor, en qué forma y número.—Reprehension de la codicia de los mortales.—Es raíz de todos los males, y por qué.—En qué modo aparta Dios su vista de los codiciosos.—Cuánto pierden los que codician.—Ejemplo del desinterés generoso y confianza en la Providencia divina.—Como ha de ser este desinterés y confianza sin ociosidad ni negligencia.—Cuánto interesarian los hombres si se gobernasen por esta doctrina.—Aplícase á las religiosas.—Cómo deben ser sus conversaciones.

428. Antes que san Josef tuviera noticia del misterio de la Encarnacion, solia la Princesa del cielo leerle en algunos ratos oportunos las divinas Escrituras, en especial los Salmos y otros Profetas; y como sapientísima Maestra se las explicaba, y el santo Esposo, que tambien era capaz de esta sabiduría, le preguntaba muchas cosas, admirándose y consolándose con las respuestas divinas que su Esposa le daba; con que alternativamente bendecian y alababan al Señor. Pero despues que el Santo bendito fue ilustrado con la noticia de este gran sacramento, hablaba con él nuestra Reina, como con quien era elegido para coadjutor de las obras y misterios admirables

de nuestra reparacion, y con mayor claridad y desplego conferian todas las profecías y divinos oráculos de la concepcion del Verbo por Madre Vírgen, de su nacimiento, educacion y vida santísima. Todo lo explicaba su alteza previniendo y confiriendo lo que debian hacer cuando llegase el dia tan deseado en que el Niño naciese al mundo, y ella le tuviese en sus brazos y alimentase con su virginal leche, y el santo Esposo participase de esta suma felicidad entre todos los mortales. Solo de la muerte y pasion, y lo que sobre esto escribieron Isaías y Jeremías [1], hablaba menos; porque no le pareció á la prudentísima Reina afligir á su Esposo, que era de corazon blando y sencillo, con anticipar esta memoria, ni informarle mas de lo que él podia saber por las conferencias que entre los antiguos pasaban sobre la venida del Mesías, y cómo habia de ser. Tambien quiso aguardar la prudentísima Vírgen que el Señor lo manifestase á su siervo, ó ella conociese su divina voluntad.

429. Pero con estas dulces pláticas y conferencias era todo inflamado el fidelísimo y dichoso Esposo, y con lágrimas de júbilo decia á su divina Esposa: *¿Es posible, Señora mia, que en vuestros brazos castísimos he de ver á mi Dios y Reparador? Que le adoraré en ellos? Que le oiré y tocaré, y mis ojos verán su divino rostro, y será el sudor del mio tan bien afortunado, que se ha de emplear en su servicio y sustento? Que vivirá con nosotros y comerémos á su mesa, le hablarémos y conversarémos? ¿De dónde á mi tan grande dicha que nadie la pudo merecer? ¡Oh cómo me duelo de ser tan pobre! ¡Quién tuviera ricos palacios para recibirle, y muchos tesoros que ofrecerle!* Respondió la soberana Reina: *Señor y esposo mio, razon es que vuestro afecto cuidadoso se extienda á todo lo posible en obsequio de su Criador; pero no quiere este gran Dios y Señor nuestro venir al mundo por medio de las riquezas y majestad real y ostentosa: porque de ninguna de estas cosas necesita [2], ni por ellas bajara de los cielos á la tierra. Solo viene á remediar al mundo, y encaminar á los hombres por las sendas rectas de la vida eterna [3]; y esto ha de ser por medio de la humildad y pobreza, y en ella quiere nacer, vivir y morir, para desterrar de los corazones la pesada codicia y arrogancia que les impide su felicidad. Por esto escogió nuestra pobre y humilde casa, y no nos quiere ricos de los bienes aparentes, falaces y transitorios, que son vanidad de vanidades y afliccion de espíritu [4]; oprimen y escurecen el entendimiento para conocer y penetrar la luz.*

[1] Isai. LIII, à v. 7; Jerem. XI, 19. — [2] Psalm. XV, 2. — [3] Joan. X, 10.
[4] Eccles. I, 21.

430. Otras veces le pedia el Santo á la purísima Señora, que le enseñase la condicion y ser de las virtudes, en especial del amor de Dios, para saber cómo habia de proceder con el Altísimo humanado, y para no ser reprobado por siervo inútil y incapaz de servirle. Con estas peticiones condescendia la Reina y Maestra de las virtudes, y se las declaraba á su Esposo, y el modo de obrar en ellas con toda plenitud de perfeccion. Pero en todos estos documentos procedia con tan rara discrecion y humildad, que no pareciese maestra (aunque lo era) ni de su mismo Esposo; antes lo disponia en órden de conferencias, ó hablando con el Señor, y otras veces preguntando ella á san Josef, y informándole con las mismas preguntas; y en todo dejaba siempre en salvo su profundísima humildad, sin que se hallara ni un ademan en contrario en la prudentísima Señora. Estas pláticas algunas veces, y otras la leccion de las Escrituras santas, mezclaban con el trabajo corporal, cuando era forzoso acudir á él. Y aunque pudiera aliviar á san Josef la compasion de la amabilísima Señora, que con rara discrecion se la mostraba de verle trabajado y cansado; pero á este alivio añadia la doctrina celestial, con cuya atencion el Santo dichoso trabajaba mas con las virtudes que con las manos. Y la mansísima paloma, con prudencia de vírgen sapientísima, le asistia con este divino alimento, declarándole el fruto dichosísimo de los trabajos. Y como en su estimacion se juzgaba indigna de que su Esposo la sustentase con ellos; con esta consideracion estaba siempre humillada, como deudora de aquel sudor de san Josef, y recibiéndolo como una gran limosna y liberal favor. Todas estas razones la obligaban, como si fuera la criatura mas inútil de la tierra. Y aunque no podia ayudar al Santo en el trabajo de su oficio, porque no era para las fuerzas de mujeres, y mucho menos para la modestia y compostura de la divina Reina; pero con todo eso, en lo que se ajustaba con ella le servia como una humilde criada, ni era posible que su discreta humildad, y agradecimiento que á san Josef tenia, sufriese menor correspondencia de su pecho nobilísimo.

431. Entre otras cosas visibles milagrosas que fueron manifiestas á san Josef con las pláticas de María santísima, sucedió un dia por estos tiempos de su preñado, que vinieron muchas aves de diferente género á festejar á la Reina y Señora de las criaturas, y rodeándola como quien le hacia un coro, le cantaron con admirable armonía, como solian otras veces; y siempre eran cánticos milagrosos, como el venir á visitar á la divina Señora. Nunca san Josef habia

visto hasta aquel dia esta maravilla; y lleno de admiracion y júbilo dijo á su soberana Esposa: *¿Es posible, Señora mia, que han de cumplir las avecillas simples y las criaturas sin razon con sus obligaciones mejor que yo? Razon será que si ellas os reconocen, sirven y reverencian en lo que pueden, me deis lugar á mí para que cumpla con lo que debo de justicia.* Respondióle la purísima Vírgen: *Señor mio, en lo que hacen estas avecillas del cielo nos ofrece su Autor un eficaz motivo para que nosotros, que le conocemos, hagamos digno empleo de todas nuestras fuerzas y potencias en su alabanza, como ellas le vienen á reconocer en mi vientre; pero yo soy criatura, y por esto no se me debe á mí la veneracion, ni es razon yo la admita: pero debo procurar que todos alaben al muy alto, porque miró á su sierva* [1] *y me enriqueció con los tesoros de su divinidad.*

432. Sucedia tambien no pocas veces que la divina Señora y su esposo san Josef se hallaban pobres, y destituidos del socorro necesario para la vida; porque con los pobres eran liberalísimos de lo que tenian, y nunca eran solícitos [2], como los hijos de este siglo, en prevenir la comida y el vestido con diligencias anticipadas de la desconfiada codicia; y el Señor disponia que la fe y la paciencia de su Madre santísima y de san Josef no estuviesen ociosas, y porque estas necesidades eran para la divina Señora de incomparable consuelo, no solo por el amor de la pobreza, sino tambien por su prodigiosa humildad, con que se juzgaba por indigna del sustento necesario para vivir, y le parecia justísimo que solo á ella le faltase, como á quien no lo merecia: y con esta confesion bendecia al Señor en su pobreza; y solo para su esposo san Josef, que le reputaba por digno, como santo y justo, pedia al Altísimo le diese en la necesidad el socorro que de su mano esperaba. No se olvidaba el Todopoderoso de sus pobres [3] hasta el fin; porque dando lugar al merecimiento y ejercicio, daba tambien el alimento en el tiempo [4] mas oportuno. Y esto disponia su providencia divina por varios modos. Algunas veces movia el corazon de sus vecinos y conocidos de María santísima y el glorioso san Josef, para que les acudiesen con alguna dádiva graciosa ó debida. Otras, y mas de ordinario, los socorria santa Isabel desde su casa; porque despues que estuvo en ella la Reina del cielo quedó la devotísima matrona con este cuidado de acudirles á tiempos con algunos beneficios y dones, á que la correspondia siempre la humilde Princesa con al-

[1] Luc. I, 48. — [2] Matth. VI, 25. — [3] Psalm. LXXIII, 19.
[4] Ibid. CXLIV, 15.

guna obra ó labor de sus manos. Y en ocasiones oportunas se valia tambien, para mayor gloria del Altísimo, de la potestad que como Señora de las criaturas tenia sobre ellas; y mandaba á las aves del aire que le trajesen peces del mar, ó frutas del campo, y lo ejecutaban al punto: y tal vez le traian algun pan en los picos, de donde el Señor lo disponia. Y muchas veces era testigo de todo esto el santo y dichoso Esposo.

433. Por ministerio de los santos Ángeles eran socorridos tambien en algunas ocasiones por admirable modo: y para referir uno de los muchos milagros que con ellos sucedieron á María santísima y Josef, se ha de suponer que la grandeza del ánimo, y la fe y liberalidad del Santo eran tan grandes, que nunca pudo entrar en su afecto, ni ademan de codicia, ni solicitud alguna. Y aunque trabajaba de sus manos, y tambien la divina Esposa, jamás pedian precio por la obra, ni decian esto vale, ni me habeis de dar; porque hacian las obras, no por interés, sino por obediencia y caridad de quien las pedia, y dejaban en su mano que les diese algun retorno, recibiéndolo no tanto por precio y paga, como por limosna graciosa. Esta era la santidad y perfeccion que aprendia san Josef en la escuela del cielo que tenia en su casa. Y por este órden tal vez, porque no les recompensaban su trabajo, venian á estar necesitados, y faltarles la comida y sustento á su tiempo, hasta que el Señor la proveia. Un dia sucedió, que pasada la hora ordinaria se hallaron sin tener cosa alguna que comer; y para dar gracias al Señor por este trabajo, y esperar que abriese su poderosa mano [1], se estuvieron en oracion hasta muy tarde, y en el ínterin los santos Ángeles les previnieron la comida y les pusieron la mesa, y en ella algunas frutas, y pan blanquísimo y peces, y sobre todo un género de guisado ó conserva de admirable suavidad y virtud. Y luego fueron algunos de los Ángeles á llamar á su Reina, y otros á san Josef su esposo. Salieron de sus retiros, y reconociendo el beneficio del cielo, con lágrimas y fervor dieron gracias al muy alto, y comieron; y despues hicieron grandiosos cánticos de alabanza.

434. Otros muchos sucesos semejantes á estos les pasaban muy de ordinario á María santísima y á su Esposo; que como estaban solos, sin testigos de quien ocultar estas maravillas, no las recateaba el Señor con ellos, que eran los dispenseros de la mayor de las maravillas de su brazo poderoso. Solo advierto que cuando digo, como hacia la divina Señora cánticos de alabanza, ó por sí sola,

[1] Psalm. CXLIV, 16.



ó junto con san Josef y los Ángeles, siempre se entienda eran cánticos nuevos; como el que hizo Ana [1], la madre de Samuel, y el de Moisés, Ezequías y otros profetas, cuando recibian algun beneficio grande de la mano del Señor. Y si hubieran quedado escritos los que hizo y compuso la Reina de el cielo, se pudiera hacer un grande volúmen, y de incomparable admiracion para el mundo.

Doctrina que me dió la misma Reina y Señora nuestra.

435. Hija mia muy amada, quiero que muchas veces sea renovada en tí la ciencia del Señor, y que tenga ciencia de voz [2] en tí, para que conozcas y conozcan los mortales el peligroso engaño y perverso juicio que hacen, como amadores de la mentira [3], en las cosas temporales y visibles. ¿Quién hay de los hombres que no esté comprehendido en la fascinacion de la desmedida codicia [4]? Todos comunmente ponen su confianza en el oro y en los bienes temporales; y para acrecentarlo emplean todo su cuidado en las fuerzas humanas: con que en este afan ocupan la vida y tiempo que les fue dado para merecer la felicidad y descanso eterno. Y de tal manera se entregan á este penoso laberinto y desvelo, como si no conocieran á Dios ni su providencia; porque no se acuerdan de pedirle lo que desean, ni tampoco lo apetecen de manera, que lo pidan y lo esperen de su mano. Y así lo pierden todo, porque lo fian [5] de la solicitud de la mentira y del engaño, en que libran el efecto de sus deseos terrenos. Esta ciega codicia es raíz de todos los males [6]; porque en castigo suyo, indignado el Señor de tanta perversidad, deja á los mortales que se entreguen á tan fea y servil esclavitud de codicia; y en ella se cieguen sus entendimientos, y se endurezcan las voluntades. Y luego por mayor castigo aparta el Altísimo de ellos su vista, como objetos aborrecibles, y les niega su paternal proteccion, que es la última desdicha en la vida humana.

436. Y aunque es verdad que de los ojos del Señor nadie se puede esconder [7]; pero cuando los prevaricadores y enemigos de su ley le desobligan, de tal manera aleja de ellos su amorosa vista y atencion de su providencia, que vienen á quedar en manos de su propio deseo [8], y no consiguen ni alcanzan los efectos del pa-

[1] I Reg. II, 1; Deut. XXXII, à v. 1; Exod. XV, à v. 1; Isai. XII; XXXVIII, 10. — [2] Sap. I, 7. — [3] Psalm. IV, 4. — [4] Sap. IV, 12; Baruch, III, 18; Ibid. 17. — [5] Psalm. XLVIII, 7. — [6] I Tim. VI, 20. — [7] Psalm. CXXXVIII, à v. 6. — [8] Ibid. LXXX, 13.

ternal cuidado que tiene el Señor de aquellos [1] que ponen toda su confianza en él. Los que la ponen en su propria solicitud, y en el oro que tocan y sienten, cogen el fruto de aquello que esperaban. Pero lo que dista el ser divinó y su poder infinito de la vileza y limitacion de los mortales, tanto distan los efectos de la humana codicia, de los de la providencia del Altísimo [2], que se constituye por amparo y proteccion de los humildes que fian en él; porque á estos mira su Majestad con amor y caricia, regálase con ellos, pónelos en su pecho, y atiende á todos sus deseos y cuidados. Pobres éramos mi santo esposo Josef y yo, y padecimos á tiempos grandes necesidades; pero ninguna fue poderosa para que en nuestro corazon entrase el contagio de la avaricia ni codicia. Solo cuidábamos de la gloria del Altísimo, dejándonos á su fidelísimo y amoroso cuidado. Y de esto se obligó tanto, como has entendido y escrito; pues por tan diversos modos remediaba nuestra pobreza, hasta mandar á los espíritus angélicos que le asisten, nos proveyesen y preparasen la comida.

437. No quiero decir en esto que los mortales se dejen con ociosidad y negligencia; antes es justo que trabajen todos [3]; y en no hacerlo hay tambien su vicio muy reprehensible. Pero ni el ocio ni el cuidado han de ser desordenados, ni la criatura ha de poner su confianza en su propria solicitud [4]; ni esta ha de ahogar ni impedir el amor divino; ni ha de querer mas de lo que basta, para pasar la vida con templanza; ni se ha de persuadir que para conseguirlo le faltará la providencia de su Criador, ni cuando le pareciere á la criatura que tarda, se ha de afligir, ni desconfiar. Ni tampoco el que tiene abundancia ha de esperar en ella [5], ni entregarse al ocio para olvidarse que es hombre sujeto á la pena del trabajar. Y así la abundancia como la pobreza se han de atribuir á Dios, para usar de ellas santa y ordenadamente en gloria del Criador y gobernador de todo. Si los hombres se gobernasen con esta ciencia, á nadie faltaria la asistencia del Señor, como de Padre verdadero, y no fuera de escándalo al pobre la necesidad, ni al rico la prosperidad. De tí, hija mia, quiero la ejecucion de esta doctrina; y aunque en tí la doy á todos, especialmente la has de enseñar á tus súbditas, para que no se turben, ni desconfien por las necesidades que padecieren, ni sean desordenadamente solícitas de la

[1] Psalm. XLVIII, 7. — [2] Ibid. XVII, 31; XXXII, 18; IX, 17.
[3] Ibid. XLVIII, 7. — [4] Luc. VIII, 14; Prov. XXX, 8; Eccli. II, 11.
[5] Ibid. XXXI, 8.

comida [1] y vestido, sino que confien del muy alto, y se dejen á su providencia; porque si ellas le corresponden en el amor, yo les aseguro que jamás les faltará lo que hubieren menester. Tambien las amonesta á que siempre sean sus conversaciones [2] y pláticas de cosas santas y divinas, y en alabanza y gloria del Señor, segun la doctrina de sus maestros, Escrituras y santos libros, para que su conversacion sea en los cielos [3] con el Altísimo, y conmigo, que soy su madre y prelada, y con los espíritus angélicos, para que sean como ellos en el amor.

CAPÍTULO VII.

Previene María santísima las mantillas y fajos para el Niño Dios con ardentísimo deseo de verle ya nacido de su vientre.

Pide la Madre de Dios licencia á san Josef para prevenir lo necesario para el nacimiento de su Hijo.—Tenia hilada de sus manos una tela de lino para los pañales.—Respuesta afectuosa de san Josef.—Hacen oracion por el acierto.—Respuesta que el Verbo humanado les dió de cómo le habian de tratar.—Confieren el acuerdo divino de reverenciarle como á Dios y tratarlo en lo exterior como á Hijo.—Mantillas para el Niño Dios se compraron del trabajo de Josef.—Su color y calidad.—Qué tal era la tela de que le hizo María los paños.—Con qué fin, y cuándo comenzó María á labrarla.—Reverencia y devocion con que labró María estos aliños primeros de su Hijo.—Cómo se han de considerar y pesar estas obras de la Madre de Dios.—Ejercicios interiores de María en la expectacion del parto.—Como cumplió en la verdad lo figurado en la preparacion y dedicacion del templo de Salomon.—Cumplió verdadera y místicamente las figuras antiguas.—Merecimientos que acumuló con estos ejercicios.—Incendio incomparable de sus afectos en esta expectacion.—Admirable modo con que veia al Hijo de Dios en su vientre.—Coloquios dulcísimos de María con su divino Hijo en la expectacion de su nacimiento.—Admirable humildad de la Madre de Dios.—Cuchillo de dolor que atravesaba su corazon considerando que nacia su Hijo para padecer y morir.—Correspondian los afectos de María á las acciones de Cristo en su vientre que miraba.—Acciones de Cristo en el vientre de su Madre.—Decencia con que se deben tratar las cosas sagradas.—Enojo de Dios con los ministros que faltan á ella.—Su indignacion contra los que gastan mal las rentas eclesiásticas.—Horror que causa á los santos Ángeles la indecencia en los paños que tocan en el altar al santísimo Sacramento.—Cuán frecuente es esta irreverencia.—Cuán mala correspondencia á Dios es esta indecencia en las cosas de su culto.—Exhortacion á las religiosas para que la recompensen trabajando para las iglesias pobres.—Cuán propria es esta ocupacion de las esposas de Cristo.—Cuán útil les seria.—Exhortacion de especial amor de la Madre de Dios á las re-

[1] Matth. VI, 25. — [2] I Petr. I, 15. — [3] Philip. III, 20.

ligiosas de el convento de la Concepcion de Ágreda.—Promesa de gran consuelo.—Ejemplo en lo que hacia la Madre de Dios con lo que servia á su Hijo.

438. Estaba ya muy adelante el divino preñado de la Madre del eterno Verbo María santísima, y para obrar en todo con plenitud de celestial prudencia, aunque sabia que era preciso prevenir mantillas y lo demás necesario para el deseado parto, nada quiso disponer sin la voluntad y órden del Señor y de su santo Esposo, para cumplir en todo con las leyes de sierva obediente y fidelísima. Aunque en aquello que era oficio solo de madre, y madre sola de su Hijo santísimo, en quien ninguna criatura tenia parte, podia obrar por sí sola, no lo hizo, sino que habló á su santo esposo Josef, y le dijo: *Señor mio, ya es tiempo de prevenir las cosas necesarias para el nacimiento de mi Hijo santísimo. Y aunque su Majestad infinita quiere ser tratado como los hijos de los hombres, humillándose á padecer sus penalidades; pero de nuestra parte es razon que en su servicio y obsequio, en el cuidado de su niñez y asistencia mostremos que le reconocemos por nuestro Dios, y verdadero Rey y Señor. Si me dais licencia, comenzaré á disponer los fajos y mantillas para recibirle y criarle. Yo tengo una tela hilada de mi mano que servirá ahora para los primeros pañales de lino; y Vos, señor, buscaréis otra de lana que sea suave, blanda y de color humilde para las mantillas; que para adelante yo le haré una túnica inconsútil y tejida, que será á propósito. Y para que acertemos en todo, hagamos especial oracion, pidiendo á su alteza nos gobierne, encamine, y nos manifieste su voluntad divina, de manera que procedamos con su mayor agrado.*

439. *Esposa y Señora mia* (respondió san Josef), *si con la misma sangre del corazon fuera posible servir á mi Señor y Dios, y hacer lo que mandais, yo me tuviera por satisfecho en derramarla con atrocísimos tormentos; y en falta de esto quisiera tener grandes riquezas y brocados con que serviros en esta ocasion. Disponed lo que fuere conveniente, que en todo quiero obedeceros como vuestro siervo.* Hicieron oracion, y á cada uno singularmente respondió el Altísimo con una misma voz, renovando la ciencia y noticia que antes habia tenido la soberana Señora muchas veces; porque de nuevo dijo su Majestad á ella y á su esposo Josef: *Yo he venido del cielo á la tierra, para levantar la humildad y humillar la soberbia, para honrar la pobreza y despreciar las riquezas, á deshacer la vanidad y fundar la verdad, y á hacer aprecio digno de los trabajos. Y por esto es mi voluntad, que en la humildad que he recibido me trateis en lo*

exterior como si fuera hijo de entrambos, y en el interior me reconoceréis por Hijo de mi eterno Padre y verdadero Dios, con la veneracion y amor que como á hombre y Dios se me debe.

440. Confirmados María santísima y Josef con esta voz divina en la sabiduría con que habian de proceder en la crianza del Niño Dios, confirieron el mas alto y perfecto estilo de reverenciarle como á su verdadero Dios infinito que se ha visto en puras criaturas, y tratarle juntamente en los ojos del mundo como si fuera hijo de entrambos, pues así lo pensarian los hombres, y lo queria el mismo Señor. Y este acuerdo y mandato cumplieron con tanta plenitud, que fue admiracion del cielo; y adelante diré mas en esto [1]. Determinaron asimismo, que en la esfera y estado de su pobreza era razon hacer en obsequio del Niño Dios cuanto fuese posible, sin exceder ni faltar; para que el sacramento del Rey [2] estuviese oculto con el velo de la humilde pobreza, y el encendido amor que tenian no quedase frustrado en lo que podian ejecutarle. Luego san Josef, en recambio de algunas obras de sus manos, buscó dos telas de lana, como la divina Esposa habia dicho: una blanca y otra de color mas morado que pardo, entrambas las mejores que pudo hallar; y de ellas cortó la divina Reina las primeras mantillas para su Hijo santísimo, y de la tela que ella habia hilado y tejido cortó las camisillas y sabanillas en que empañarle. Era esta tela muy delicada, como de tales manos, y la comenzó desde el dia que entró en su casa con san Josef, con intento de llevarla á ofrecer al templo. Y aunque este deseo se comutó tan mejorado; con todo eso, de la que sobró, hechas las alhajitas del Niño Dios, cumplió la ofrenda en el templo santo de Jerusalen. Todos estos aliños y ropa necesaria para el divino parto los hizo la gran Señora por sus manos, y los cosió y aderezó estando siempre de rodillas y con lágrimas de incomparable devocion. Previno san Josef flores y yerbas, las que pudo hallar, y otras cosas aromáticas de que la diligente Madre hizo agua olorosa mas que de Ángeles, y rociando los fajos consagrados para la hostia [3] y sacrificio que esperaba, los dobló y aliñó, y puso en una caja, en que despues los llevó consigo á Belen, como diré adelante [4].

441. Todas estas obras de la princesa del cielo María santísima se han de entender y pesar, no desnudas y sin alma, como yo las refiero, sino vestidas de hermosura [5], llenas de santidad y magni-

[1] Infr. n. 506, 508, 536, 545, et alibi frequenter. — [2] Tob. XII, 7.
[3] Ephes. V, 2. — [4] Infr. n. 482. — [5] Psalm. XCV, 6.

ficencia, y en mayor colmo y plenitud de perfeccion que el humano juicio puede investigar; porque todas las obras de la sabiduría divina las trataba magníficamente, y como Madre de la misma sabiduría y Reina de todas las virtudes. Ofrecia el sacrificio de la nueva dedicacion y templo de Dios vivo en la humanidad santísima de su Hijo, que habia de nacer al mundo. Conocia la soberana Señora mas que todo el resto de las criaturas la incomprehensible alteza del misterio de humanarse Dios, y bajar al mundo; y no incrédula, sino admirada, con encendido amor y veneracion repetia muchas veces lo que Salomon fabricando el templo [1]: *¿Cómo será posible que habite Dios con los hombres en la tierra? Si todo el cielo, y los cielos de los cielos son estrechos para recibiros, ¿cuánto lo será esta habitacion de la humanidad que se ha fabricado en mis entrañas?* Pero si aquel templo, que sirvió tan solamente para oir Dios las oraciones que se ofrecian en él, se fabricó [2] y dedicó con tan espléndido aparato de oro, plata, tesoros y sacrificios; ¿qué haria la Madre del verdadero Salomon en la fábrica y dedicacion del templo vivo [3] donde habitaba corporalmente la plenitud y verdadera divinidad del mismo Dios eterno y incomparable? Todo lo que en sombras contenian aquellos sacrificios y tesoros sin número que para el templo figurativo se ofrecian, lo cumplió María santísima, no con prevenciones de oro, plata, ni brocados (que en este tiempo no buscaba Dios estas ofrendas), sino con las virtudes heróicas y con las riquezas de la gracia y dones del Altísimo, con que hacia cánticos de alabanza. Ofrecia holocaustos de su ardentísimo corazon, discurria por todas las Escrituras sagradas; y los himnos, salmos y cánticos los aplicaba y reducia á este misterio, añadiendo mucho mas. Las figuras antiguas las obraba verdadera y místicamente con ejercicio de las virtudes y actos interiores y exteriores. Convidaba y llamaba á todas las criaturas para que alabasen á Dios, y diesen honor, alabanza y gloria á su Criador, y le esperasen para ser santificadas con su venida al mundo. En muchas de estas obras le acompañaba su felicísimo y dichoso esposo Josef.

112. Los altísimos merecimientos que acumulaba la Princesa del cielo con estos actos y ejercicios, y el agrado y complacencia que en ellos recibia el Señor, no basta lengua ni entendimiento humano ó criado para explicarlo. Si el menor grado de gracia, que recibe cualquiera criatura con un acto de virtud que ejercite, vale mas que todo el universo; ¿qué valor de gracia alcanzaria la que

[1] II Par. VI, 18. — [2] III Reg. VI, 7, 8. — [3] Colos. II, 9.

no solo excedió á los antiguos sacrificios, ofrendas, holocaustos, y á todos los merecimientos humanos, sino á los de los supremos Serafines, excediéndoles mucho? Llegaban á tal extremo los afectos amorosos de la divina Señora, esperando á su Hijo y Dios verdadero, para recibirle en sus brazos, criarle á sus pechos, alimentarle de su mano, tratarle y servirle, adorándole hecho hombre de su misma carne y sangre, que en este incendio dulcísimo de amor se hubiera exhalado y resuelto, si con milagrosa asistencia del mismo Dios no fuera preservada de la muerte, y confortada y corroborada su vida. Y muchas veces la perdiera, si muchas no la conservara su Hijo santísimo; porque de ordinario le miraba en su virginal vientre, y con claridad divina veia su humanidad unida á la divinidad, y todos los actos interiores de aquella santísima alma, el modo y postura del cuerpo, y las oraciones que hacia por ella, por san Josef, y por todo el linaje humano, y singularmente por los predestinados. Todos estos y otros misterios conocia, y en la imitacion y alabanza se inflamaba toda, como quien tenia encerrado en su pecho el fuego abrasador que ilumina [1] y no consume.

443. Entre tantos incendios de la divina llama decia algunas veces hablando con su Hijo santísimo: *Amor mio dulcísimo, Criador del universo, ¿cuándo gozarán mis ojos de la luz de vuestro divino rostro? ¿Cuándo se consagrarán mis brazos en el altar de la hostia que aguarda vuestro eterno Padre? ¿Cuándo besaré como sierva, donde hollaren vuestras plantas, y llegaré como madre al ósculo deseado de mi alma* [2], *para que participe con vuestro divino aliento de vuestro mismo Espíritu? ¿Cuándo la luz inaccesible, que sois Vos, Dios verdadero de Dios verdadero* [3], *y lumbre de la lumbre, se manifestará á los mortales, despues de tantos siglos que os han tenido oculto á nuestra vista? ¿Cuándo los hijos de Adan, cautivos por sus culpas, conocerán á su Redentor* [4], *verán su salud, hallarán entre sí mismos á su Maestro, su Hermano y Padre verdadero? ¡Oh luz de mi alma, virtud mia, querido mio, por quien vivo muriendo! Hijo de mis entrañas, ¿cómo hará oficio de madre la que no lo sabe hacer de esclava, ni merece tal título? ¿Cómo os trataré yo dignamente, que soy un gusanillo vil y pobre? ¿Cómo os serviré y administraré, siendo Vos la misma santidad y bondad infinita, y yo polvo y ceniza? ¿Cómo osaré hablar en vuestra presencia, ni estar ante vuestro divino acatamiento? Vos, dueño de todo mi ser, que me escogísteis, siendo pequeña, entre las*

[1] Exod. III, 2. — [2] Cant. I, 1. — [3] Joan. I, 9.
[4] Baruch, III, 38; I Tim. III, 16; Isai. LII, 10; XXX, 20.

demás hijas de Adan, gobernad mis acciones, encaminad mis deseos y inflamad mis afectos, para que en todo acierte á daros gusto y agrado. Y ¿qué haré yo, bien mio, si de mis entrañas salís al mundo á padecer afrentas y morir por el linaje humano, si no muero con Vos, y os acompaño al sacrificio, siendo mi ser y mi vida? Quite la mia la causa y motivo que ha de quitar la vuestra; pues tan unidas están. Menos bastará; que vuestra muerte, para redimir al mundo y millares de mundos: muera yo por Vos y padezca vuestras ignominias; y Vos con vuestro amor y luz santificad al mundo y alumbrad las tinieblas de los mortales. Y si no es posible revocar el decreto del eterno Padre, para que sea la redencion copiosa [1], y quede satisfecha vuestra excesiva caridad, recibid mis afectos, y tenga yo parte en todos los trabajos de vuestra vida, pues sois mi Hijo y Señor.

444. La variedad de estos y otros afectos dulcísimos hacian hermosísima á la Reina de los cielos en los ojos del Príncipe [2] de las eternidades que tenia en el tálamo de su virginal vientre. Y todos se solian mover conforme á las acciones de aquella humanidad santísima deificada; porque las miraba la digna Madre para imitarlas. Y tal vez el Niño Dios en aquella sagrada caverna se ponia de rodillas para orar al Padre, otras en forma de cruz, como ensayándose para ella. Y desde allí (como del supremo trono de los cielos lo hace ahora) miraba y conocia con la ciencia de su alma santísima todo lo que ahora conoce, sin que se le escondiese criatura alguna presente, pasada, ni futura, con todos sus pensamientos y movimientos; y á todos atendia como Maestro y Redentor. Y como todos estos misterios eran manifiestos á su divina Madre, y para corresponder á esta ciencia estaba llena de gracias y dones celestiales; obraba en todo con tan alta plenitud y santidad, que no hay palabras para que la humana capacidad pueda explicarlo. Pero si nuestro juicio no está pervertido, y nuestro corazon no es de piedra insensible y duro, no será posible que á la vista y al toque de tan eficaces como admirables obras no se halle herido de dolor amoroso y rendido agradecimiento.

Doctrina que me dió la reina María santísima.

445. De este capítulo quiero, hija mia, quedes advertida de la decencia con que se han de tratar todas las cosas consagradas y dedicadas al divino culto; y asimismo quede reprehendida la irreve-

[1] Psalm. CXXIX; Ephes. II, 4. — [2] Esther, II, 9.



rencia con que los mismos ministros del Señor le ofenden en este descuido. Y no deben despreciar ni olvidar el enojo que tiene su Majestad contra ellos, por la grosera descortesía y ingratitud con que tratan los ornamentos y cosas sagradas, que de ordinario tienen en las manos sin atencion ni respeto alguno. Y mucho mayor es la indignacion del Altísimo con los que tienen frutos y estipendios de su sangre preciosísima, y los gastan y consumen en vanidades y torpezas ó cosas profanas y menos decentes. Buscan para sus regalos y comodidades lo mas precioso y estimable; y para el culto y honra del Señor aplican lo mas grosero, despreciado y vil. Y cuando esto sucede, en especial en los lienzos que tocan al cuerpo y sangre de mi Hijo santísimo, como son los corporales y purificadores, quiero que entiendas como los santos Ángeles, que asisten al eminente y altísimo sacrificio de la misa, están como corridos y desvian la vista de semejantes ministros, y se admiran de que tenga el Todopoderoso tan largo sufrimiento con ellos, y que disimule su osadía y desacato. Y aunque no todos le cometen en esto, pero son muchos; y pocos los que se señalan en demostracion y cuidado del culto divino, y tratan en lo exterior las cosas sagradas con mas respeto: pero estos son los menos, y aun entre ellos no todos lo hacen con intencion recta, y por la reverencia debida, sino por vanidad y otros fines terrenos: de manera, que vienen á ser muy raros los que puramente y con ánimo sencillo adoran al Criador en espíritu y verdad [1].

446. Considera, carísima, qué podrémos sentir los que estamos á la vista del ser incomprehensible del Altísimo, y conocemos que su bondad inmensa crió á los hombres para que le adorasen y diesen reverencia y culto; y para eso les dejó esta ley en la misma naturaleza, y les entregó todo el resto de las criaturas graciosamente; y luego miramos la ingratitud con que ellos corresponden á su Criador inmenso, pues las mismas cosas que reciben de su liberal mano, se las recatean para honrarle; y para esto eligen lo mas vil y desechado [2], y para sus vanidades lo mas precioso y estimable. Esta culpa es poco advertida y conocida, y así quiero que tú no solo la llores con verdadero dolor, pero que la recompenses en lo que te fuere posible, mientras fueres prelada. Da lo mejor al Señor, y advierte á tus religiosas que con sencillo y devoto corazon se ocupen en el aliño y limpieza de las cosas sagradas; y no solo en las de sus conventos, pero trabajando por hacer lo mismo para las iglesias pobres que tienen falta de corporales y otras alhajas de ornamentos. Y tengan

[1] Joan. IV, 24. — [2] Malach. I, 8.

segura confianza que les pagará el Señor este santo celo de su culto sagrado, y remediará su pobreza, y acudirá como Padre á las necesidades del convento, que nunca por esto vendrá á mayor pobreza. Este es el oficio mas proprio y legítimo de las esposas de Cristo, y en él debian ejercitarse el tiempo que les sobra despues del coro y otras obligaciones de la obediencia. Y si todas las religiosas tomaran de intento estas ocupaciones tan honestas, loables y agradables á Dios, nada les faltara para la vida; y en la tierra formaran un estado angélico y celestial. Y porque no quieren atender á este obsequio del Señor, se convierten muchas, dejadas de su mano, á tan peligrosas liviandades y distracciones, que por abominables á mis ojos no quiero que las escribas ni las pienses, salvo para llorarlas con lo íntimo del corazon, y pedir á Dios el remedio de pecados que tanto le irritan, ofenden y desagradan.

447. Mas porque mi voluntad con especiales razones se inclina á mirar amorosamente á las monjas de tu convento, quiero que en mi nombre y de mi parte las amonestes y compelas con amorosa fuerza, para que siempre vivan retiradas y muertas al mundo, con inviolable olvido de todo lo que hay en él; y que entre sí mismas sea su trato en el cielo [1] y en las cosas divinas; y que sobre toda estimacion conserven la paz y caridad intacta que tantas veces les amonestas. Y si en esto me obedecieren, yo les ofrezco mi proteccion eterna, y me constituyo por su Madre, amparo y defensa, como lo soy tuya, y les ofrezco asimismo mi continua y eficaz intercesion con mi Hijo santísimo, si no me desobligaren. Para todo esto les persuadirás siempre á mi especial devocion y amor, y que le escriban en su corazon: que con esta fidelidad de su parte alcanzarán todo lo que tú deseas, y mas que yo haré con ellas. Para que con alegría se ocupen prontas en las cosas del culto divino, y tomen por su cuenta todo lo que á esto pertenece, acuérdales lo que yo hacia para servicio de mi Hijo santísimo y del templo. Quiero que entiendas que los santos Ángeles se admiran del celo, cuidado, atencion y limpieza con que trataba todas las cosas que habian de servir á mi Hijo y Señor. Y esta solicitud amorosa y reverente previno en mí todo lo que era necesario para su crianza, sin que ya mas me faltase (como algunos piensan) con que cubrirle y servirle, como entenderás en toda esta Historia; porque no cabia en mi prudencia y amor ser negligente ó inadvertida en esto.

[1] Philip. III, 20.

CAPÍTULO VIII.

Publícase el edicto del emperador César Augusto de empadronar todo el imperio; y lo que hizo san Josef cuando lo supo.

Decreto divino de que nacerá en Belen Cristo. — El edicto del Emperador; medio de su ejecucion. — Cuál era la descripcion que mandaba el edicto. — Razones con que consoló la Vírgen á san Josef. — No le comunicó lo que sabia de esta disposicion divina, y por qué. — Discurso de san Josef en la ocasion de la cercanía de el parto, y la obligacion de el edicto. — No era obligacion que María fuese á Belen; mas no se atrevia á dejarla. — Pídela que consulte al Señor. — Respuesta del Señor en que ordenó la jornada de los dos Esposos. — Acompañamiento de Ángeles que la dispuso. — Fueron diez mil los destinados para esta jornada. — Sentimiento de Josef de no tener caudal para que fuese con conveniencia María. — Fió en los deudos que en Belen tenia. — Razones con que lo alentó María. — Previno san Josef un jumentillo para llevar á la Vírgen. — Pobre alimento que llevaron para el viaje. — Previno María lo necesario para los sucesos que esperaba. — Solicitud de san Josef en el servicio de su Esposa. — Aliéntale María para los trabajos de la jornada. — Pide la bendicion para comenzarla. — Reverencia de san Josef á la Madre de Dios. — Deben las almas disponerse á la imitacion de María. — Experimentarian cuán bueno es Dios para todos si se entregasen á su disposicion. — Cuánto se comunicaria Dios á las almas si ellas no pusieran óbice. — Liciones de la Madre de Dios. — De la guarda del interior. — De la obediencia ciega. — De la guarda de la lengua. — Del rendimiento á Dios y al padre espiritual.

448. Determinado estaba por la voluntad inmutable de el Altísimo que el Unigénito del Padre naciera en la ciudad de Belen [1]; y en virtud de este divino decreto lo profetizaron mucho antes de cumplirse los Santos y Profetas antiguos [2]; porque la determinacion de la voluntad del Señor absoluta, siempre es infalible, y faltarán los cielos y la tierra [3] antes que se deje de cumplir; pues nadie puede resistir á ella [4]. La ejecucion de este decreto inmutable dispuso el Señor por medio de un edicto que publicó el emperador César Augusto [5] en el imperio romano, para que, como refiere san Lucas, se escribiese ó numerase todo el orbe. Extendíase entonces el imperio romano á la mayor parte de lo que se conocia del orbe, y por eso se llamaban señores de todo el mundo, no haciendo cuenta de lo demás. Y esta descripcion era confesarse todos vasallos del Emperador, y tributarle cierto censo, como á señor natural en lo temporal: y para este reconocimiento acudia cada uno á escribirse en el registro co-

[1] Mich. v, 2. — [2] Jerem. x, 9; Ezech. xxxiv, 24. — [3] Matth. xxiv, 35.
[4] Esther, xiii, 9. — [5] Luc. ii, 1.

mun de su propria ciudad. Llegó este edicto á Nazareth, y á noticia de san Josef, y volviendo á su casa (habíalo oido fuera de ella) afligido y contristado, refirió á su divina Esposa lo que pasaba con la novedad del edicto. La prudentísima Vírgen respondió: *No os ponga en ese cuidado, señor mio y esposo, el edicto del emperador terreno, que todos nuestros sucesos están por cuenta del Señor y Rey de el cielo y tierra; y su providencia nos asistirá y gobernará en cualquier caso*[1]. *Dejémonos en su confianza, que no serémos defraudados.*

449. Estaba María santísima capaz de todos los misterios de su Hijo santísimo, y sabia ya las profecías y el cumplimiento de ellas, y que el Unigénito del Padre y suyo habia de nacer en Belen como peregrino y pobre. Pero nada de todo esto manifestó á san Josef; porque sin órden del Señor no declaraba su secreto. Y lo que no se le mandaba decir, todo lo callaba con admirable prudencia, no obstante el deseo de consolar á su fidelísimo y santo esposo Josef; porque se queria dejar á su gobierno y obediencia, y no proceder como prudente y sábia consigo misma[2] contra el consejo del Sábio. Trataron luego de lo que debian hacer; porque ya se acercaba el parto de la divina Señora, estando su preñado tan adelante, y san Josef le dijo: *Reina del cielo y tierra y Señora mia, si no teneis órden del Altísimo para otra cosa, paréceme forzoso que yo vaya á cumplir con este edicto del Emperador. Y aunque bastaria ir solo (porque á las cabezas de las familias les compete esta legacía), no me atreveré á dejaros, sin asistir á vuestro servicio, ni yo viviré sin vuestra presencia, ni tendré un punto de sosiego estando ausente; no es posible que mi corazon se quiete sin veros. Para que vais conmigo á nuestra ciudad de Belen, donde nos toca esta profesion de la obediencia del Emperador, veo que vuestro divino parto está muy cerca: y así por esto, como por mi gran pobreza, temo poneros en tan evidente riesgo. Si os sucediese el parto en el camino con descomodidad, y no poderla reparar, seria para mí de incomparable desconsuelo. Este cuidado me aflige. Suplícoos, Señora mia, lo presenteis delante del Altísimo, y le pidais oiga mis deseos de no apartarme de vuestra compañía.*

450. Obedeció la humilde Esposa á lo que ordenaba san Josef; y aunque no ignoraba la voluntad divina, tampoco quiso omitir esta accion de pura obediencia, como súbdita obsecuentísima. Presentó al Señor la voluntad y deseos de su fidelísimo Esposo, y respondióle su Majestad: *Amiga y paloma mia, obedece á mi siervo Josef en lo que te ha propuesto y desea. Acompáñale en la jornada: yo seré contigo, y*

[1] Eccli. XXII, 28. — [2] Prov. III, 7.

te asistiré con paternal amor y proteccion en los trabajos y tribulaciones que por mí padecerás; y aunque serán muy grandes, te sacará gloriosa de todas mi brazo poderoso. Tus pasos serán hermosos en mis ojos [1]*: no temas, y camina; porque esta es mi voluntad.* Luego mandó el Señor á vista de la divina Madre á los Ángeles santos de su guarda con nueva intimacion y precepto, que la sirviesen en aquella jornada con especial asistencia y advertido cuidado, segun los magníficos y misteriosos sucesos que se le ofrecerian en toda ella. Sobre los mil Ángeles, que de ordinario la guardaban, mandó el Señor á otros nueve mil mas que asistiesen á su Reina y Señora, y la sirviesen de suerte, que la acompañasen todos diez mil juntos, desde el dia que comenzase la jornada. Así lo cumplieron todos, como fidelísimos siervos y ministros del Señor, y la sirvieron, como adelante diré [2]. La gran Reina fue renovada y preparada con nueva luz divina, en que conoció nuevos misterios de los trabajos que se le ofrecerian, nacido el Niño Dios, con la persecucion de Herodes [3] y otros cuidados y tribulaciones que sobrevendrian. Para todo ofreció su invicto corazon preparado [4], y no turbado, y dió gracias al Señor por todo lo que en ella obraba y disponia.

451. Volvió la gran Reina del cielo con la respuesta á san Josef, y le declaró la voluntad del Altísimo de que le obedeciese y acompañase en su jornada á Belen. Quedó el santo Esposo lleno de nuevo júbilo y consuelo; y reconociendo este gran favor de la mano del Señor, le dió gracias con profundos actos de humildad y reverencia; y hablando á su divina Esposa, la dijo: *Señora mia, y causa de mi alegría, de mi felicidad y dicha, solo me resta dolerme en este viaje de los trabajos que en él habeis de padecer, por no tener caudal para vencerlos, y llevaros con la comodidad que yo quisiera preveniros para la peregrinacion. Pero deudos, y conocidos, y amigos hallarémos en Belen de nuestra familia; y espero nos recibirán con caridad, y allí descansaréis de la molestia del camino, si lo dispone el Altísimo, como yo vuestro siervo lo deseo.* Era verdad que el santo esposo Josef lo prevenia así con su afecto: mas el Señor tenia dispuesto lo que él entonces ignoraba; y porque se le frustraron sus deseos sintió despues mayor amargura y dolor, como se verá. No declaró María santísima á Josef lo que en el Señor tenia previsto del misterio de su divino parto, aunque sabia no sucederia lo que él pensaba: pero antes bien animándole, le dijo: *Esposo y señor mio, yo voy con mucho gusto en*

[1] Cant. VII, 1. — [2] Infr. n. 456 usque ad 461; à n. 470, 589, 619, 622, 631, 634, et alibi. — [3] Matth. II, 16. — [4] Psalm. CVII, 2.

vuestra compañía, y harémos la jornada como pobres en nombre del Altísimo: pues no desprecia su Alteza la misma pobreza, que viene á buscar con tanto amor. Y supuesto será su proteccion y amparo con nosotros en la necesidad y en el trabajo, pongamos en ella nuestra confianza. Y Vos, señor mio, poned por su cuenta todos vuestros cuidados.

452. Determinaron luego el dia de su partida, y el santo Esposo con diligencia salió por Nazareth á buscar alguna bestezuela en que llevar á la Señora del mundo; y no fácilmente pudo hallarla, por la mucha gente que salia á diferentes ciudades á cumplir con el mismo edicto del Emperador. Pero despues de muchas diligencias y penoso cuidado halló san Josef un jumentillo humilde, que si pudiéramos llamarle dichoso, lo habia sido entre todos los animales irracionales; pues no solo llevó á la Reina de todo lo criado, y en ella al Rey y Señor de los reyes y señores, pero despues se halló en el nacimiento del Niño [1], y dió á su Criador el obsequio que los hombres le negaron, como adelante se dirá [2]. Previnieron lo necesario para el viaje, que fue jornada de cinco dias, y era la recámara de los divinos caminantes con el mismo aparato que llevaron en la primera peregrinacion que hicieron á casa de Zacarías, como arriba se dijo, libro III, capítulo XV, número 196, porque solo llevaban pan, fruta y algunos peces, que era el ordinario manjar y regalo de que usaban. Y como la prudentísima Vírgen tenia luz de que tardaria mucho tiempo en volver á su casa; no solo llevó consigo las mantillas y fajos para su divino parto, pero dispuso las cosas con disimulacion, de manera que todas estuviesen al intento de los fines del Señor y sucesos que esperaba; y dejaron encargada su casa á quien cuidase de ella mientras volvian.

453. Llegó el dia y hora de partir para Belen; y como el fidelísimo y dichoso Josef trataba ya con nueva y suma reverencia á su soberana Esposa, andaba como vigilante y cuidadoso siervo inquiriendo y procurando en qué darla gusto y servirla: y la pidió con grande afecto le advirtiese de todo lo que deseaba, y que él ignorase para su agrado, descanso, alivio, y dar beneplácito al Señor que llevaba en su vientre virginal. Agradeció la humilde Reina estos afectos santos de su Esposo, y remitiéndolos á la gloria y obsequio de su Hijo santísimo, le consoló y animó para el trabajo del camino, con asegurarle de nuevo el agrado que tenia su Majestad de todos sus cuidados; y que recibiesen con igualdad y alegría del corazon las penalidades que como á pobres se les seguirian en la jor-

[1] Isai. I, 3. — [2] Infr. n. 485.

nada. Para darle principio se hincó de rodillas la Emperatriz de las alturas, y pidió á san Josef le diese su bendicion. Y aunque el varon de Dios se encogió mucho, y dificultó el hacerlo por la dignidad de su Esposa; pero ella venció en humildad, y le obligó á que se la diese. Hízolo san Josef con gran temor y reverencia, y luego con abundantes lágrimas se postró en tierra, y la pidió le ofreciese de nuevo á su Hijo santísimo, y le alcanzase perdon y su divina gracia. Con esta preparacion partieron de Nazareth á Belen, en medio del invierno, que hacia el viaje mas penoso y desacomodado. Pero la Madre de la vida, que la llevaba en su vientre, solo atendia á sus divinos efectos y recíprocos coloquios, mirándole siempre en su tálamo virginal, imitándole en sus obras, y dándole mayor agrado y gloria que todo el resto de las criaturas juntas.

Doctrina que me dió la reina María santísima.

454. Hija mia, en todo el discurso de mi vida y en cada uno de los capítulos y misterios que vas escribiendo conocerás la divina y admirable providencia del Altísimo, y su paternal amor para conmigo, su humilde sierva. Y aunque la capacidad humana no puede dignamente penetrar y ponderar estas obras admirables y de tan alta sabiduría; pero debe venerarlas con todas sus fuerzas, y disponerse para mi imitacion y para la participacion de los favores que el Señor me hizo. Porque no han de imaginar los mortales que solo en mí y para mí se quiso mostrar Dios santo, poderoso y bueno infinitamente; y es cierto que si alguna y todas las almas se entregasen del todo á la disposicion y gobierno de este Señor, conocieran luego con experiencia aquella misma fidelidad, puntualidad y suavísima eficacia con que disponia su Majestad conmigo todas las cosas que tocaban á su gloria y servicio: y tambien gustarian aquellos dulcísimos efectos y movimientos divinos que yo sentia con el rendimiento que tenia á su santísima voluntad; y no menos recibirian respectivamente la abundancia de sus dones, que como en un piélago infinito están cási represados en su divinidad. Y de la manera que si al peso de las aguas del mar se les diese algun conducto por donde segun su inclinacion hallasen despedida, correrian con invencible ímpetu; así procederian la gracia y beneficios del Señor sobre las criaturas racionales si ellas diesen lugar, y no impidiesen su corriente. Esta ciencia ignoran los mortales; porque no se detienen á pensar y considerar las obras del Altísimo.

455. De tí quiero que la estudies y escribas en tu pecho, y que asimismo aprendas de mis obras el secreto que debes guardar de tu interior y lo que en él tienes; y la pronta obediencia y rendimiento á todos, anteponiendo siempre el parecer ajeno á tu dictámen propio. Pero esto ha de ser de manera que para obedecer á tus superiores y padres espirituales has de cerrar los ojos, aunque conozcas que en alguna cosa que te mandan ha de suceder lo contrario: como sabia yo, que no seria lo que mi santo esposo Josef esperaba, sucederia en la jornada de Belen. Y si esto te mandase otro inferior ó igual, calla y disimula, y ejecuta todo lo que no fuere culpa ó imperfeccion. Oye á todos con silencio y advertencia para que aprendas. En hablar serás muy tarda y detenida, que esto es ser prudente y advertida. Tambien te acuerdo de nuevo, que para todo lo que hicieres pidas al Señor te dé su bendicion, para que no te apartes de su divino beneplácito. Y si tuvieres oportunidad, pide tambien licencia y bendicion á tu padre espiritual y maestro, porque no te falte el gran merecimiento y perfeccion de estas obras, y me dés á mí el agrado que de tí deseo.

CAPÍTULO IX.

La jornada que María santísima hizo de Nazareth á Belen en compañía de el santo esposo Josef, y los Ángeles que la asistian.

De cuán diversa pompa fue en la verdad esta jornada, que lo que á los ojos del mundo parecia.—Reverencia de las criaturas insensibles.—Acompañamiento de diez mil Ángeles en forma visible.—Visitas y legacías de otros muchos.—Obsequios de los Ángeles á María y su Hijo en esta jornada.—Duró el viaje cinco dias.—Caminando de noche no la conoció María por la luz que despedian los Ángeles.—Gozaba Josef de este favor.—Penalidades que padecieron en el viaje por la desestimacion de los hombres.—Lugares humildes en que se recogian.—Como los ilustra la corte de los Ángeles guardando á su Reina.—En los sucesos del preñado y esta jornada de María se cumplió á la letra el cap. III de los Cantares.—Digna ponderacion de la maravilla de estos sucesos tan encontrados.—Ceguedad de los hombres en lo que estiman y lo que desprecian.—Conocia María los interiores de los que concurrian en las posadas.—Efectos deste conocimiento en la Madre de misericordia.—Piedad que ejercia con los necesitados.—Inhumanidades que usaron los hombres con la Madre de Dios.—Reverenciábanla los brutos.—No mandaba María á los elementos templasen su rigor, por no privarse de padecer.—Nunca san Miguel se le apartó de la diestra en este viaje.—En qué dia y hora llegaron María y Josef á Belen.—No hallaron posada ni acogida.—Singular mérito de María en el buscarla.—Registráronse aquella noche, y pagaron el tributo.—Razones que dijo

Josef á la Madre de Dios en esta afliccion. — Dióle noticia de la cueva que estaba fuera de los muros. — Razones con que le consoló María. — Guíanlos los Ángeles á la dichosa cueva. — Aprecio que deben hacer los siervos de Dios del desprecio que de ellos hace el mundo. — María ejemplar vivo del desprecio de la vanidad. — Por qué ordenó Dios que no hallase acogida. — El intento de manifestar la Madre de Dios estos misterios es para mover á su imitacion. — Aliento para que no se acobarden las almas en procurarla. — Exhortacion especial á la discípula.

456. Partieron de Nazareth para Belen María purísima y el glorioso san Josef á los ojos del mundo tan solos, como pobres y humildes peregrinos, sin que nadie de los mortales los reputase ni estimase mas de lo que con él tienen granjeado la humildad y pobreza. Pero, ¡oh admirables sacramentos del Altísimo, ocultos á los soberbios, y inescrutables para la prudencia carnal! No caminaban solos, pobres ni despreciados; sino prósperos, abundantes y magníficos. Eran el objeto mas digno del eterno Padre y de su amor inmenso, y lo mas estimable de sus ojos. Llevaban consigo el tesoro del cielo y de la misma Divinidad. Venerábalos toda la corte de los ciudadanos celestiales. Reconocian todas las criaturas insensibles la viva y verdadera arca del Testamento [1], mejor que las aguas de el Jordan á su figura y sombra, cuando corteses se dividieron para hacerle franco el paso á ella y á los que la seguian. Acompañáronlos los diez mil Ángeles que arriba dije, núm. 450, fueron señalados por el mismo Dios para que sirviesen á su Majestad y á su santísima Madre en toda esta jornada. Estos escuadrones celestiales iban en forma humana visible para la divina Señora, mas refulgentes cada uno que otros tantos soles, haciéndola escolta. Y ella iba en medio de todos mas guarnecida y defendida que el lecho de Salomon con los sesenta valentísimos de Israel [2] que ceñidas las espadas le rodeaban. Fuera de estos diez mil Ángeles asistian otros muchos que bajaban y subian á los cielos, enviados del Padre eterno á su Unigénito humanado y á su Madre santísima, y de ellos volvian con las legacías que eran enviados y despachados.

457. Con este real aparato oculto á los mortales caminaban María santísima y Josef, seguros de que á sus piés no les ofenderia la piedra [3] de la tribulacion; porque mandó á sus Ángeles el Señor que los llevasen en las manos de su defensa y custodia. Y este mandato cumplian los ministros fidelísimos, sirviendo como vasallos á su gran Reina, con admiracion de alabanza y gozo, viendo recopilados en una pura criatura tantos sacramentos juntos, tales perfecciones,

[1] Josue, III, 16. — [2] Cant. III, 7. — [3] Psalm. XC, 12.

grandezas y tesoros de la Divinidad; y todo con la dignidad y decencia que aun á su misma capacidad angélica excedia. Hacian nuevos cánticos al Señor, contemplándole sumo Rey de gloria descansando en su reclinatorio de oro [1]; y á la divina Madre, ya como carroza incorruptible y viva; ya como espiga fértil de la tierra prometida [2], que encerraba el grano vivo; ya como nave rica de el mercader, que le llevaba á que naciera en la casa de el pan, para que muriendo en la tierra [3] fuese multiplicado en el cielo. Duróles cinco dias la jornada; que por el preñado de la Madre Vírgen, ordenó su Esposo llevarla muy de espacio. Y nunca la soberana Reina conoció noche en este viaje; porque algunos dias, que caminaban parte de ella, despedian los Ángeles tan grande resplandor, como todas las luminarias del cielo juntas cuando al mediodía tienen su mayor fuerza en la mas clara serenidad. Y de este beneficio y de la vista de los Ángeles gozaba san Josef en aquellas horas de las noches; y entonces se formaba un coro celestial de todos juntos, en que la gran Señora y su Esposo alternaban con los soberanos espíritus admirables cánticos y himnos de alabanza, con que los campos se convertian en nuevos cielos. Y de la vista y resplandor de sus ministros y vasallos gozó la Reina en todo el viaje, y de dulcísimos coloquios interiores que tenia con ellos.

458. Con estos admirables favores y regalos mezclaba el Señor algunas penalidades y molestias que se ofrecian á su divina Madre en el viaje. Porque el concurso de la gente en las posadas, por los muchos que caminaban con la ocasion del imperial edicto, era muy penoso y incómodo para el recato y modestia de la purísima Madre y Vírgen y para su Esposo: porque como pobres y encogidos eran menos admitidos que otros, y les alcanzaba mas descomodidad que á los muy ricos; que el mundo, gobernado por lo sensible, de ordinario distribuye sus favores al revés, y con acepcion de personas. Oian nuestros santos peregrinos repetidas palabras ásperas en las posadas adonde llegaban fatigados, y en algunas los despedian como á gente inútil y despreciable; y muchas veces admitian á la Señora del cielo y tierra en un rincon de un portal; y otras aun no le alcanzaba, y se retiraban ella y su Esposo á otros lugares mas humildes y menos decentes en la estimacion del mundo: pero en cualquiera lugar, por contentible que fuese, estaba la corte de los ciudadanos del cielo con su Rey supremo y Reina soberana; y luego todos la rodeaban y encerraban como en un impenetrable muro, con que el tá-

[1] Cant. III, 9. — [2] Levit. XXIII, 10. — [3] Joan. XII, 24.

lamo de Salomon estaba seguro y defendido de los temores nocturnos [1]. Y su fidelísimo esposo Josef, viendo á la Señora de los cielos tan guarnecida de sus ejércitos divinos, descansaba y dormia; porque ella tambien cuidaba de esto, para que se aliviase algo de el trabajo de el camino. Y ella se quedaba en coloquios celestiales con los diez mil Ángeles que la asistian.

459. Aunque Salomon en los Cantares comprehendió grandes misterios de la Reina del cielo por diversas metáforas y similitudes; pero en el capítulo III habló mas expresamente de lo que sucedió á la divina Madre en el preñado de su Hijo santísimo, y en esta jornada que hizo para su sagrado parto: porque entonces fue cuando se cumplió á la letra todo lo que allí se dice del lecho de Salomon [2], de su carroza y reclinatorio de oro, de la guarda que le puso de los fortísimos de Israel que gozan de la vision divina, y todo lo demás que contiene aquella profecía, cuya inteligencia basta haberla apuntado en lo que se ha dicho para convertir toda mi admiracion al sacramento de la Sabiduría infinita en estas obras tan venerables para la criatura. ¿Quién habrá de los mortales tan duro que no se ablande su corazon? ó tan soberbio que no se confunda? ó tan inadvertido que no se admire de ver una maravilla compuesta de tan varios y contrarios extremos? ¡Dios infinito y verdaderamente oculto y abscondido en el tálamo virginal de una doncella tierna llena de hermosura y gracia, inocente, pura, suave, dulce, amable á los ojos de Dios y de los hombres, sobre todo cuanto el mismo Señor ha criado y criará jamás! ¡Esta gran Señora, con el tesoro de la Divinidad, despreciada, afligida, desestimada y arrojada de la ciega ignorancia y soberbia mundana! Y por otra parte en los lugares mas contentibles, amada, y estimada de la beatísima Trinidad, regalada de sus caricias, servida de sus Ángeles, reverenciada, defendida y amparada de su grande y vigilante custodia! Ó hijos de los hombres, tardos [3] y duros de corazon, ¡qué engañosos son vuestros pesos y juicios, como dice David; que estimais á los ricos, despreciais á los pobres [4], levantais á los soberbios y abatís á los humildes, arrojais á los justos y aplaudís á los vanos! Ciego es vuestro dictámen, y errada vuestra eleccion, con que os hallais frustrados en vuestros mismos deseos. Ambiciosos que buscais riquezas y tesoros, y os hallais pobres y abrazados con el aire; si recibiéradeis á la Arca verdadera de Dios, recibiérades y consiguiéradeis muchas bendiciones de la

[1] Cant. III, 7. — [2] Ibid. — [3] Psalm. IV, 3; LXI, 10.
[4] Jacob. II, à v. 2.

diestra divina, como Obededon [1]; pero porque la despreciásteis, os sucedió á muchos lo que á Oza, que quedásteis castigados.

460. Conocia y miraba la divina Señora entre todo esto la variedad de almas que habia en todos los que iban y venian, y penetraba sus pensamientos mas ocultos y el estado que cada una tenia, en gracia ó en pecado, y los grados que en estos diferentes extremos tenian; y de muchas almas conocia si eran predestinadas ó réprobas, si habian de perseverar, caer ó levantarse; y toda esta variedad le daba motivos de ejercitar heróicos actos de virtudes con unos y por otros; porque para muchos alcanzaba la perseverancia, para otros eficaz auxilio con que se levantasen del pecado á la gracia; por otros lloraba y clamaba al Señor con íntimos afectos, y por los réprobos, aunque no pidiese tan eficazmente, sentia intensísimo dolor de su final perdicion. Y fatigada muchas veces con estas penas, mas sin comparacion que con el trabajo del camino, sentia algun desfallecimiento en el cuerpo; y los santos Ángeles, llenos de refulgente luz y hermosura, la reclinaban en sus brazos, para que en ellos descansase y recibiese algun alivio. Á los enfermos, afligidos y necesitados consolaba por el camino, solo con orar por ellos y pedir á su Hijo santísimo el remedio de sus trabajos y necesidades; porque en esta jornada, por la multitud y concurso de la gente, se retiraba á solas sin hablar, atendiendo mucho á su divino preñado, que ya se manifestaba á todos. Este era el retorno que la Madre de misericordia daba á los mortales por el mal hospedaje que dellos recibia.

461. Y para mayor confusion de la ingratitud humana, sucedió alguna vez que como era invierno, y llegaban á las posadas con grandes frios de las nieves y lluvias (que no quiso el Señor les faltase esta penalidad), era necesario retirarse á los mismos lugares viles donde estaban los animales; porque no les daban otro mejor los hombres: y la cortesía y humanidad que les faltaba á ellos, tenian las bestias, retirándose y respetando á su Hacedor y á su Madre, que le tenia en su virginal vientre. Bien pudiera la Señora de las criaturas mandar á los vientos, á la escarcha y á la nieve que no la ofendieran: pero no lo hacia, por no privarse de la imitacion de su Hijo santísimo en padecer, aun antes que él saliese de su virgíneo vientre; y así la fatigaron algo estas inclemencias en el camino. Pero el cuidadoso y fiel esposo san Josef atendia mucho á abrigarla; y mas lo hacian los espíritus angélicos, en especial el príncipe san Miguel,

[1] II Reg. VI, 11; ibid. 7.

que siempre asistió al lado diestro de su Reina, sin desampararla un punto en este viaje; y repetidas veces la servia, llevándola del brazo cuando se hallaba algo cansada. Y cuando era voluntad del Señor la defendia de los temporales inclementes, y hacia otros muchos oficios en obsequio de la divina Señora y del bendito fruto de su vientre, Jesús.

462. Con la variedad alternada de estas maravillas llegaron nuestros peregrinos, María santísima y Josef, á la ciudad de Belen el quinto dia de su jornada á las cuatro de la tarde, sábado, que en aquel tiempo del solsticio hiemal, ya á la hora dicha se despide el sol y se acerca la noche. Entraron en la ciudad buscando alguna casa de posada; y discurriendo muchas calles, no solo por posadas y mesones, pero por las casas de los conocidos y de su familia mas cercanos, de ninguno fueron admitidos, y de muchos despedidos con desgracia y con desprecios. Seguia la honestísima Reina á su Esposo (llamando él de casa en casa y de puerta en puerta) entre el tumulto de la mucha gente. Y aunque no ignoraba que los corazones y las casas de los hombres estarian cerradas para ellos, con todo eso por obedecer á san Josef quiso padecer aquel trabajo y honestísimo pudor ó vergüenza que para su recato, estado y edad en que se hallaba, fue de mayor pena que faltarles la posada. Discurriendo por la ciudad llegaron á la casa donde estaba el registro y padron público; y por no volver á ella se escribieron, y pagaron el fisco y la moneda de el tributo real, con que salieron deste cuidado. Prosiguieron su diligencia, y fueron á otras posadas; y habiéndola buscado en mas de cincuenta casas, de todas fueron arrojados y despedidos; admirándose los espíritus soberanos de los misterios altísimos del Señor, de la paciencia y mansedumbre de su Madre Vírgen y de la insensible dureza de los hombres. Con esta admiracion bendecian al Altísimo en sus obras y ocultos sacramentos, porque desde aquel dia quiso acreditar y levantar á tanta gloria la humildad y pobreza despreciada de los mortales.

463. Eran las nueve de la noche cuando el fidelísimo Josef lleno de amargura y íntimo dolor se volvió á su Esposa prudentísima, y la dijo: *Señora mia dulcísima, mi corazon desfallece de dolor en esta ocasion viendo que no puedo acomodaros, no solo como Vos lo mereceis y mi afecto lo deseaba; pero con ningun abrigo ni descanso, que raras veces ó nunca se le niega al mas pobre y despreciado del mundo. Misterio sin duda tiene esta permision del cielo, que no se muevan los corazones de los hombres á recibirnos en sus casas. Acuérdome, Seño-*

ra, que fuera de los muros de la ciudad está una cueva que suele servir de albergue á los pastores y á su ganado. Lleguémonos allá, que si por dicha está desocupada, allí tendréis del cielo algun amparo cuando nos falta de la tierra. Respondióle la prudentísima Vírgen: *Esposo y señor mio, no se aflija vuestro piadosísimo corazon, porque no se ejecutan los deseos ardentísimos que produce el afecto que teneis al Señor. Y pues le tengo en mis entrañas, por él mismo os suplico que le demos gracias por lo que así dispone. El lugar que me decís será muy á propósito para mi deseo. Conviértanse vuestras lágrimas en gozo con el amor y posesion de la pobreza, que es el tesoro rico y inestimable de mi Hijo santísimo. Este viene á buscar desde los cielos, preparémosele con júbilo del alma, que no tiene la mia otro consuelo; y vea yo que me la dais en esto. Vamos contentos á donde el Señor nos guia.* Encaminaron para allá los santos Ángeles á los divinos Esposos, sirviéndoles de lucidísimas antorchas, y llegando al portal ó cueva, la hallaron desocupada y sola. Y llenos de celestial consuelo, por este beneficio alabaron al Señor; y sucedió lo que diré en el capítulo siguiente.

Doctrina que me dió la reina del cielo María santísima.

464. Hija mia carísima, si eres de corazon blando y dócil para el Señor, poderosos serán los misterios divinos que has escrito y entendido para mover en tí afectos dulces y amorosos con el Autor de tales y tantas maravillas, en cuya presencia quiero de tí que desde hoy hagas nuevo y grande aprecio de verte desechada y desestimada del mundo. Y díme, amiga, si en recambio de este olvido y menosprecio admitido con voluntad alegre, pone Dios en tí los ojos y la fuerza de su amor suavísimo; ¿por qué no comprarás tan barato lo que vale no menos que infinito precio? ¿Qué te darán los hombres cuando mas te celebren y te estimen? Y ¿qué dejarás si los desprecias? ¿No es todo mentira [1] y vanidad? ¿No es una sombra fugitiva y momentánea que se les desvanece entre las manos á los que trabajan por cogerla? Pues cuando todo lo tuvieras en las tuyas, ¿qué hicieras en despreciarlo de balde? Considera bien cuánto menos harás en arrojarlo por granjear el amor del mismo Dios, el mio y el de sus Ángeles. Niégalo todo, carísima, y de corazon. Y si no te despreciare el mundo tanto como debes desearlo, despréciale tú á él, y queda libre, expedita y sola, para que te acompañe el todo y

[1] Psalm. IV, 3; Sap. V, 9.

sumo Bien, y recibas con plenitud los felicísimos efectos de su amor, y con libertad le correspondas.

465. Es tan fiel amante mi Hijo santísimo de las almas, que me puso á mí por maestra y ejemplar vivo para enseñarlas el amor de la humildad, y el eficaz desprecio de la vanidad y soberbia. Tambien fue órden suya que para su grandeza y para mí, su sierva y madre, faltase abrigo y acogida entre los hombres, dando motivo con este desamparo para que despues las almas enamoradas y afectuosas se le ofrezcan, y obligarse con tan fina voluntad á venir y estar en ellas; como tambien buscó la soledad y pobreza, y no porque para sí tuviese necesidad de estos medios para obrar las virtudes en grado perfectísimo, sino para enseñar á los mortales que este era el camino mas breve y seguro para lo levantado del amor divino y union con el mismo Dios.

466. Bien sabes, carísima, que incesantemente eres enseñada y amonestada con la luz de lo alto, para que olvidada de lo terreno y visible te ciñas de fortaleza [1], y te levantes á imitarme, copiando en tí, segun tus fuerzas, los actos y virtudes que de mi vida te manifiesto. Y este es el primer intento de la ciencia que recibes para escribirla; porque tengas en mí este arancel, y de él te valgas para componer tu vida y obras al modo que yo imitaba las de mi Hijo dulcísimo. Y el temor que te ha causado este mandato, imaginándole superior á tus fuerzas, le has de moderar, y cobrar ánimo con lo que dice mi Hijo santísimo por el evangelista san Mateo [2]: *Sed perfectos, como lo es vuestro Padre celestial.* Esta voluntad del Altísimo que propone á su Iglesia santa no es imposible á sus hijos; y si ellos de su parte se disponen, á ninguno le negará esta gracia, para conseguir la semejanza con el Padre celestial; porque esto les mereció mi Hijo santísimo. Pero el pesado olvido y desprecio que hacen los hombres de su redencion impide que se consiga en ellos eficazmente su fruto.

467. De tí, hija mia, quiero especialmente esta perfeccion, y te convido para ella por medio de la suave ley del amor á que encamino mi doctrina. Considera y pesa con la divina luz en qué obligacion te pongo, y trabaja para corresponder á ella con prudencia de hija fiel y solícita, sin que te embarace dificultad ó trabajo alguno, ni omitir virtud ni accion de perfeccion, por ardua que sea. Ni te has de contentar con solicitar tu amistad con Dios y la salvacion propia; pero si quieres ser perfecta á mi imitacion y cumplir con lo

[1] Prov. XXXI, 17. — [2] Matth. V, 48.

que enseña el Evangelio, has de procurar la salud de otras almas y exaltacion del santo nombre de mi Hijo, y ser instrumento en su mano poderosa para cosas fuertes y de su mayor agrado y gloria.

CAPÍTULO X.

Nace Cristo nuestro bien de María Vírgen en Belen de Judea.

Cuán humilde y despreciado era el lugar que escogió Dios para nacer hecho hombre.—Reconocieron María y Josef aquella humilde cueva con el resplandor que despedian los Ángeles.—Efectos que conoció en sí María luego que entró á ella.—Forma de la cueva.—Como se ordenaron en escuadrones los Ángeles.—Manifestáronsele tambien á Josef.—Determinó María limpiar la cueva con sus manos.—Ejecutáronlo en competencia humilde María y Josef y los Ángeles.—Alivio corporal que tomaron.—Reconoció María la cercanía del parto.—Forma del pesebre.—Acomodóse la Madre de Dios en él, y Josef se retiró á un rincon de la cueva.—Fue Josef elevado en un éxtasis en que le fue mostrado lo que sucedió aquella noche.—Éxtasis altísimo á que fue elevada la Vírgen.—Vió en él intuitivamente á Dios.—Misterios que en esta vision se le manifestaron.—Declárala el Señor que era llegado el tiempo de su nacimiento.—Diversos afectos que ejercitó María con esta noticia.—Peticion que hizo de nueva gracia para el servicio y crianza de su Hijo.—Premio incomparable de aquella peticion humilde.—Al volver María en sus sentidos de este rapto, vió nacer á Cristo.—Forma del nacimiento.—Júbilo y divinos efectos que *sintió* María al movimiento de el Niño.—Postura en que estaba la Vírgen cuando dió al mundo á su Unigénito.—Año, dia y hora del nacimiento de Cristo.—Causa de haber consultado la venerable Madre con la divina luz repetidas veces los misterios de este divino parto.—Repetida luz de la misma revelacion.—Pureza y hermosura corporal con que nació Cristo.—No nació con la túnica *secundina* en que nacen envueltos los otros niños.—Razon por que no nació con ella.—Regla para conocer lo que se ha de conceder ó negar á Cristo y su Madre en estas materias.—No se han de recatear los milagros necesarios para la mayor excelencia de Cristo y su Madre.—Instancia de la perpétua virginidad de la Madre de Dios.—Otra de la exencion de otras pensiones impuras.—Razon congruentísima por parte de Cristo.—Nació Cristo con cuerpo glorioso y transfigurado.—No fue necesaria esta maravilla para penetrar el claustro virginal.—Fines por que Dios ordenó que la primera vez que vió María á su Hijo, le viese glorioso en el cuerpo.—San Miguel y san Gabriel en forma humana recibieron en sus manos al Niño Dios, luego que penetró el claustro virginal.—Como lo presentaron glorioso á los ojos de su Madre.—Efectos desta primera vista en Hijo y Madre.—Primeras palabras que dijo á su Madre Cristo.—Respuesta de la Vírgen.—Cumpliéronse aquí muchos misterios significados en los Cantares.—Fueron patentes entonces á María los actos interiores de su Hijo.—Grandeza deste beneficio.—Fue continuo por toda su vida.—Voz del eterno Padre que oyó entonces María.—Pide licencia la Vírgen para recibir á su Unigénito en sus brazos.—Instruccion de el eterno Padre á

María de lo que habia de hacer con su Unigénito. — Respuesta de la Madre de Dios. — Suspendióse la gloria del cuerpo del Niño Dios. — En este estado le recibió María en sus brazos. — Oracion que entonces le hizo. — Ofrecimiento que hizo de su Hijo al Padre eterno. — Parabienes que dió á los hombres la Madre de misericordia. — Primer ósculo de la Esposa Madre. — Adoracion de los Ángeles al Niño Dios en los brazos de su Madre. — Nuevo cántico que entonaron entonces los Ángeles. — Hasta aquí estuvo san Josef en el éxtasis, en que se le revelaron todos los misterios del parto. — Volvió de él por la voluntad de María. — Adoracion que hizo al Niño Dios. — Hasta aquí estuvo María de rodillas. — Empañó á su Hijo y le reclinó en el pesebre. — Adoráronle un buey y el jumentillo por mandado de la Reina Madre. — Cuán fructuosa seria á los hombres la consideracion digna de este sagrado nacimiento. — Cuán poderoso motivo es para dejar la vanidad y soberbia, abrazar la humildad y desnudez. — Exhortacion al olvido de todo lo terreno con este divino ejemplar. — La reverencia con que María recibió á su Hijo recien nacido es enseñanza de cómo se ha de recibir sacramentado. — Consideracion que se ha de hacer al recibirle. — Como se han de hacer proprios los beneficios comunes.

468. El palacio que tenia prevenido el supremo Rey de los reyes y Señor de los señores para hospedar en el mundo á su eterno Hijo humanado para los hombres, era la mas pobre y humilde choza ó cueva, á donde María santísima y Josef se retiraron despedidos de los hospicios y piedad natural de los mismos hombres, como queda dicho en el capítulo pasado. Era este lugar tan despreciado y contentible, que con estar la ciudad de Belen tan llena de forasteros, que faltaban posadas en que habitar, con todo eso nadie se dignó de ocuparle ni bajar á él; porque era cierto no les competia ni les venia bien sino á los maestros de la humildad y pobreza, Cristo nuestro bien y su purísima Madre. Y por este medio le reservó para ellos la sabiduría del eterno Padre, consagrándole con los adornos de desnudez, soledad y pobreza por el primer templo de la luz [1] y casa del verdadero Sol de justicia, que para los rectos de corazon habia de nacer de la candidísima aurora María, en medio de las tinieblas de la noche (símbolo de las del pecado) que ocupaban todo el mundo.

469. Entraron María santísima y Josef en este prevenido hospicio, y con el resplandor que despedian los diez mil Ángeles que los acompañaban pudieron fácilmente reconocerle pobre y solo, como lo deseaban, con gran consuelo y lágrimas de alegría. Luego los dos santos Peregrinos hincados de rodillas alabaron al Señor, y le dieron gracias por aquel beneficio, que no ignoraban era dispuesto por los

[1] Malach. IV, 2; Psalm. CXI, 4.

ocultos juicios de la eterna Sabiduría. De este gran sacramento estuvo mas capaz la divina princesa María; porque en santificando con sus plantas aquella cuevecita, sintió una plenitud de júbilo interior que la elevó y vivificó toda. Y pidió al Señor pagase con liberal mano á todos los vecinos de la ciudad, que despidiéndola de sus casas le habian ocasionado tanto bien como en aquella humildísima choza le esperaba. Era toda de unos peñascos naturales y toscos, sin género de curiosidad ni artificio, y tal, que los hombres la juzgaron conveniente para solo albergue de animales; pero el eterno Padre la tenia destinada para abrigo y habitacion de su mismo Hijo.

470. Los espíritus angélicos, que como milicia celestial guardaban á su Reina y Señora, se ordenaron en forma de escuadrones, como quien hacia cuerpo de guardia en el palacio real. Y en la forma corpórea y humana que tenian, se le manifestaban tambien al santo esposo Josef, que en aquella ocasion era conveniente gozase de este favor, así por aliviar su pena, viendo tan adornado y hermoso aquel pobre hospicio con las riquezas del cielo, como para aliviar y animar su corazon, y levantarle mas para los sucesos que prevenia el Señor aquella noche, y en tan despreciado lugar. La gran Reina y Emperatriz del cielo, que ya estaba informada del misterio que se habia de celebrar, determinó limpiar con sus manos aquella cueva que luego habia de servir de trono real y propiciatorio sagrado; porque ni á ella le faltase ejercicio de humildad, ni á su Hijo unigénito aquel culto y reverencia que era el que en tal ocasion podia prevenirle por adorno de su templo.

471. El santo esposo Josef, atento á la majestad de su divina Esposa, que ella parece olvidaba en presencia de la humildad, le suplicó no le quitase á él aquel oficio que entonces le tocaba; y adelantándose, comenzó á limpiar el suelo y rincones de la cueva, aunque no por eso dejó de hacerlo juntamente con él la humilde Señora. Y porque estando los santos Ángeles en forma humana visible, parece que (á nuestro entender) se hallaban corridos á vista de tan devota porfía de la humildad de su Reina, luego con emulacion santa ayudaron á este ejercicio, ó por mejor decir, en brevísimo espacio limpiaron y despejaron aquella caverna, dejándola toda aliñada y llena de fragrancia. San Josef encendió fuego con el aderezo que para ello traia. Y porque el frio era grande, se llegaron á él para recibir algun alivio; y de el pobre sustento que llevaban comieron ó cenaron con incomparable alegría de sus almas; aunque la Reina

del cielo y tierra con la vecina hora de su divino parto estaba tan absorta y abstraida en el misterio, que nada comiera, si no mediara la obediencia de su Esposo.

472. Dieron gracias al Señor, como acostumbraban, despues de haber comido. Y deteniéndose un breve espacio en esto y en conferir los misterios del Verbo humanado, la prudentísima Vírgen reconocia se llegaba el parto felicísimo. Rogó á su esposo Josef se recogiese á descansar y dormir un poco, porque ya la noche corria muy adelante. Obedeció el varon divino á su Esposa, y la pidió que tambien ella hiciese lo mismo; y para esto aliñó y previno con las ropas que traian un pesebre algo ancho, que estaba en el suelo de la cueva para servicio de los animales que en ella recogian. Y dejando á María santísima acomodada en este tálamo, se retiró el santo Josef á un rincon del portal, donde se puso en oracion. Fue luego visitado del Espíritu divino, y sintió una fuerza suavísima y extraordinaria con que fue arrebatado y elevado en un éxtasis, donde se le mostró todo lo que sucedió aquella noche en la cueva dichosa; porque no volvió á sus sentidos hasta que le llamó la divina Esposa. Y este fue el sueño que allí recibió Josef, mas alto y mas feliz que el de Adan en el paraíso [1].

473. En el lugar que estaba la Reina de las criaturas fue al mismo tiempo movida de un fuerte llamamiento del Altísimo, con eficaz y dulce transformacion que la levantó sobre todo lo criado, y sintió nuevos efectos del poder divino; porque fue este éxtasis de los mas raros y admirables de su vida santísima. Luego fué levantándose mas con nuevas luces y cualidades que la dió el Altísimo de las que en otras ocasiones he declarado, para llegar á la vision clara de la Divinidad. Con estas disposiciones se le corrió la cortina, y vió intuitivamente al mismo Dios con tanta gloria y plenitud de ciencia, que todo entendimiento angélico y humano ni lo puede explicar, ni adecuadamente entender. Renovóse en ella la noticia de los misterios de la divinidad y humanidad santísima de su Hijo, que en otras visiones se le habia dado; y de nuevo se le manifestaron otros secretos encerrados en aquel archivo inexhausto del divino pecho. Y yo no tengo bastantes, capaces y adecuados términos ni palabras para manifestar lo que de estos sacramentos he conocido con la luz divina; que su abundancia y fecundidad me hace pobre de razones.

474. Declaróla el Altísimo á su Madre Vírgen como era tiempo de salir al mundo de su virginal tálamo, y el modo como esto habia

[1] Genes. XXI, 2.

de ser cumplido y ejecutado. Conoció la prudentísima Señora en esta vision las razones y fines altísimos de tan admirables obras y sacramentos, así de parte del mismo Señor, como de lo que tocaba á las criaturas, para quien se ordenaban inmediatamente. Postróse ante el trono real de la Divinidad, y dándole gloria, magnificencia, gracias y alabanzas por sí, y las que todas las criaturas le debian por tan inefable misericordia y dignacion de su inmenso amor, pidió á su Majestad nueva luz y gracia para obrar dignamente en el servicio, obsequio y educacion del Verbo humanado, que habia de recibir en sus brazos, y alimentar con su virginal leche. Esta peticion hizo la divina Madre con humildad profundísima, como quien entendia la alteza de tan nuevo sacramento, cual era el criar y tratar como madre á Dios hecho hombre, y porque se juzgaba por indigna de tal oficio, para cuyo cumplimiento los supremos Serafines eran insuficientes. Prudente y humildemente lo pensaba y pesaba la Madre de la Sabiduría. Y porque se humilló hasta el polvo [1], y se deshizo toda en presencia del Altísimo, la levantó su Majestad, y de nuevo la dió título de Madre suya: la mandó que como Madre legítima y verdadera ejercitase este oficio y ministerio; que le tratase como á Hijo del eterno Padre, y juntamente Hijo de sus entrañas. Y todo se lo pudo fiar á tal Madre, en que encierro todo lo que no puedo explicar con mas palabras.

475. Estuvo María santísima en este rapto y vision beatífica mas de una hora inmediata á su divino parto. Y al mismo tiempo que salia de ella y volvia en sus sentidos, reconoció y vió que el cuerpo del Niño Dios se movia en su virginal vientre, soltándose y despidiéndose de aquel natural lugar donde habia estado nueve meses, y se encaminaba á salir de aquel sagrado tálamo. Este movimiento del Niño no solo no causó en la Vírgen Madre dolor y pena, como sucede á las demás hijas de Adan [2] y Eva en sus partos; pero antes la renovó toda en júbilo y alegría incomparable, causando en su alma y cuerpo virgíneo efectos tan divinos y levantados, que sobreexceden á todo pensamiento criado. Quedó en el cuerpo tan espiritualizada, tan hermosa y refulgente, que no parecia criatura humana y terrena. El rostro despedia rayos de luz, como un sol entre color encarnado bellísimo. El semblante gravísimo con admirable majestad, y el afecto inflamado y fervoroso. Estaba puesta de rodillas en el pesebre, los ojos levantados al cielo, las manos juntas y llegadas al pecho, el espíritu elevado en la Divinidad, y toda ella deificada. Y

[1] Luc. I, 44. — [2] Genes. III, 16.

con esta disposicion, en el término de aquel divino rapto, dió al mundo la eminentísima Señora al Unigénito del Padre [1] y suyo, y nuestro Salvador Jesús, Dios y hombre verdadero, á la hora de media noche, dia de domingo, y el año de la creacion del mundo, que la Iglesia romana enseña, de cinco mil ciento noventa y nueve; que esta cuenta se me ha declarado es la cierta y verdadera.

476. Otras circunstancias y condiciones deste divinísimo parto, aunque todos los fieles las suponen por milagrosas; pero como no tuvieron otros testigos mas que á la misma Reina del cielo y sus cortesanos, no se pueden saber todas en particular, salvo las que el mismo Señor ha manifestado á su santa Iglesia en comun, ó á particulares almas por diversos modos. Y porque en esto creo hay alguna variedad, y la materia es altísima y en todo venerable, habiendo yo declarado á mis prelados que me gobiernan lo que conocí de estos misterios para escribirlos, me ordenó la obediencia que de nuevo los consultase con la divina luz, y preguntase á la Emperatriz del cielo, mi madre y maestra, y á los santos Ángeles que me asisten, y sueltan las dificultades que se me ofrecen, algunas particularidades que convenian á la mayor declaracion del parto sacratísimo de María, Madre de Jesús, Redentor nuestro. Y habiendo cumplido con este mandato, volví á entender lo mismo, y me fue declarado que sucedió en la forma siguiente:

477. En el término de la vision beatífica y rapto de la Madre siempre Vírgen, que dejo declarado [2], nació de ella el Sol de justicia, Hijo del eterno Padre y suyo, limpio, hermosísimo, refulgente y puro, dejándola en su virginal entereza y pureza mas divinizada y consagrada; porque no dividió, sino que penetró el virginal claustro, como los rayos del sol, que sin herir la vidriera cristalina, la penetran y dejan mas hermosa y refulgente. Y antes de explicar el modo milagroso como esto se ejecutó, digo que nació el Niño Dios solo y puro, sin aquella túnica, que llaman *secundina,* en que nacen comunmente enredados los otros niños, y están envueltos en ella en los vientres de sus madres. Y no me detengo en declarar la causa (*) de donde pudo nacer y originarse el error que se ha introducido de lo contrario. Basta saber y suponer que en la generacion del Verbo humanado, y en su nacimiento, el brazo poderoso del Altísimo tomó y eligió de la naturaleza todo aquello que pertenecia á la verdad y substancia de la generacion humana, para que el Verbo hecho hombre verdadero, verdaderamente se llamase concebido y

[1] Luc. II, 7. — [2] Sup. n. 473. — (*) Véase la nota XI.

engendrado, y nacido como hijo de la substancia de su Madre siempre Vírgen. Pero en las demás condiciones que no son de esencia, sino accidentales á la generacion y natividad, no solo se han de apartar de Cristo Señor nuestro, y de su Madre santísima, las que tienen relacion y dependencia de la culpa original ó actual; pero otras muchas que no derogan á la substancia de la generacion ó nacimiento, y en los mismos términos de la naturaleza contienen alguna impuridad ó superfluidad no necesaria para que la Reina del cielo se llame Madre verdadera, y Cristo Señor nuestro hijo suyo, y que nació de ella. Porque ni estos efectos del pecado ó naturaleza eran necesarios para la verdad de la humanidad santísima, ni tampoco para el oficio de Redentor y Maestro; y lo que no fue necesario para estos tres fines, y por otra parte el carecer de ello redundaba en mayor excelencia de Cristo y de su Madre santísima, se ha de negar á entrambos. Ni los milagros que para ello fueron necesarios se han de recatear con el Autor de la naturaleza y gracia, y con la que fue su digna Madre, prevenida, adornada y siempre favorecida y hermoseada: que la divina diestra en todos tiempos la estuvo enriqueciendo de gracias y dones, y se extendió con su poder á todo lo que en pura criatura fue posible.

478. Conforme á esta verdad, no derogaba á la razon de madre verdadera que fuese vírgen en concebir y parir por obra del Espíritu Santo, quedando siempre vírgen. Y aunque sin culpa suya pudiera perder este privilegio la naturaleza; pero faltárale á la divina Madre tan rara y singular excelencia: y porque no estuviese y careciese de ella, se la concedió el poder de su Hijo santísimo. Tambien pudiera nacer el Niño Dios con aquella túnica ó piel que los demás; pero esto no era necesario para nacer como hijo de su legítima Madre; y por esto no la sacó consigo del vientre virginal y materno, como tampoco pagó á la naturaleza este parto otras pensiones y tributos de menos pureza que contribuyen los demás por el órden comun de nacer. El Verbo humanado no era justo que pasase por las leyes comunes de los hijos de Adan; antes era como consiguiente al milagroso modo de nacer, que fuese privilegiado y libre de todo lo que pudiera ser materia de corrupcion ó menos limpieza; y aquella túnica *secundina* no se habia de corromper fuera del virginal vientre, por haber estado tan contigua ó continua con su cuerpo santísimo, y ser parte de la sangre y substancia materna; ni tampoco era conveniente guardarla y conservarla, ni que le tocasen á ella las condiciones y privilegios que se le comunican al divino cuer-

po, para salir penetrando el de su Madre santísima, como diré luego. Y el milagro con que se habia de disponer de esta piel sagrada, si saliera del vientre, se pudo obrar mejor quedándose en él, sin salir fuera.

479. Nació, pues, el Niño Dios del tálamo virginal solo, y sin otra cosa material ó corporal que le acompañase. Pero salió glorioso (*) y transfigurado; porque la Divinidad y sabiduría infinita dispuso y ordenó que la gloria de la alma santísima redundase y se comunicase al cuerpo del Niño Dios al tiempo de nacer, participando los dotes de la gloria, como sucedió despues en el Tabor [1] en presencia de los tres Apóstoles. Y no fue necesaria esta maravilla para penetrar el claustro virginal y dejarle ileso en su virginal integridad; porque sin estos dotes pudiera Dios hacer otros milagros: que naciera el Niño dejando vírgen á la Madre, como lo dicen los Doctores santos que no conocieron otro misterio en esta natividad. Pero la voluntad divina fue, que la beatísima Madre viese á su Hijo hombre Dios la primera vez glorioso en el cuerpo para dos fines. El uno, que con vista de aquel objeto divino la prudentísima Madre concibiese la reverencia altísima con que habia de tratar á su Hijo, Dios y hombre verdadero. Y aunque antes habia sido informada de esto, con todo eso ordenó el Señor, que por este medio como experimental se le infundiese nueva gracia, correspondiente á la experiencia que tomaba de la divina excelencia de su dulcísimo Hijo, y de su majestad y grandeza. El segundo fin de esta maravilla fue como premio de la fidelidad y santidad de la divina Madre; para que sus ojos purísimos y castísimos, que á todo lo terreno se habian cerrado por el amor de su Hijo santísimo, le viesen luego en naciendo con tanta gloria, y recibiesen aquel gozo y premio de su lealtad y fineza.

480. El sagrado evangelista san Lucas dice [2] que la Madre Vírgen, habiendo parido á su Hijo primogénito, le envolvió en paños, y le reclinó en un pesebre. Y no declara quién le llevó á sus manos desde su virginal vientre; porque esto no pertenecia á su intento. Pero fueron ministros de esta accion los dos príncipes soberanos san Miguel y san Gabriel, que como asistian en forma humana corpórea al misterio, al punto que el Verbo humanado, penetrándose con su virtud por el tálamo virginal, salió á luz, en debida distancia le recibieron en sus manos con incomparable reverencia. Y al modo que el sacerdote propone al pueblo la sagrada

(*) Véase la nota XII. — [1] Matth. XVII, 2. — [2] Luc. I, 7.

hostia para que la adore; así estos dos celestiales ministros presentaron á los ojos de la divina Madre á su Hijo glorioso y refulgente. Todo esto sucedió en breve espacio. Y al punto que los santos Ángeles presentaron al Niño Dios á su Madre, recíprocamente se miraron Hijo y Madre santísimos, hiriendo ella el corazon del dulce Niño, y quedando juntamente llevada y transformada en él. Y desde las manos de los santos Príncipes habló el Príncipe celestial á su feliz Madre, y la dijo: *Madre, asimílate á mí, que por el ser humano que me has dado quiero desde hoy darte otro nuevo ser de gracia mas levantado, que siendo de pura criatura se asimile al mio, que soy Dios y hombre por imitacion perfecta.* Respondió la prudentísima Madre: *Trahe me post te, curremus in odorem unguentorum tuorum* [1]. Llévame, Señor, y tras de tí correrémos en el olor de tus ungüentos. Aquí se cumplieron muchos de los ocultos misterios de los Cantares; y entre el Niño Dios y su Madre Vírgen pasaron otros de los divinos coloquios que allí se refieren, como [2]: *Mi amado para mí, y yo para él, y se convierte para mí. Atiende, que hermosa eres, amiga mia, y tus ojos son de paloma. Atiende, que hermoso eres, dilecto mio*; y otros muchos sacramentos que para referirlos seria necesario dilatar mas este capítulo de lo que conviene.

481. Con las palabras que oyó María santísima de la boca de su Hijo dilectísimo juntamente le fueron patentes los actos interiores de su alma santísima unida á la divinidad; para que imitándolos se asimilase á él. Y este beneficio fue el mayor que recibió la fidelísima y dichosa Madre de su Hijo, hombre y Dios verdadero, no solo porque desde aquella hora fue continuo por toda su vida; pero porque fue el ejemplar vivo de donde ella copió la suya, con toda la similitud posible entre la que era pura criatura y Cristo hombre y Dios verdadero. Al mismo tiempo conoció y sintió la divina Señora la presencia de la santísima Trinidad, y oyó la voz del Padre eterno que decia: *Este es mi Hijo amado, en quien recibo grande agrado y complacencia* [3]. Y la prudentísima Madre, divinizada toda entre tan encumbrados sacramentos, respondió y dijo: *Eterno Padre y Dios altísimo, Señor y Criador del universo, dadme de nuevo vuestra licencia y bendicion para que con ella reciba en mis brazos al Deseado de las gentes* [4]; *y enseñadme á cumplir en el ministerio de madre indigna y de esclava fiel, vuestra divina voluntad.* Oyó luego una voz que le decia: *Recibe á tu unigénito Hijo, imítale, críale, y*

[1] Cant. I, 3. — [2] Ibid. II, 16; VII, 10; I, 14, 15.
[3] Matth. XVII, 5. — [4] Aggæi, II, 8.

advierte que me le has de sacrificar cuando yo te le pida. Aliméntale como madre, y reverénciale como á tu verdadero Dios. Respondió la divina Madre : *Aquí está la hechura de vuestras divinas manos, adornadme de vuestra gracia para que vuestro Hijo y mi Dios me admita por su esclava ; y dándome la suficiencia de vuestro gran poder, yo acierte en su servicio ; y no sea atrevimiento que la humilde criatura tenga en sus manos y alimente con su leche á su mismo Señor y Criador.*

482. Acabados estos coloquios tan llenos de divinos misterios, el Niño Dios suspendió el milagro ó volvió á continuar el que suspendia los dotes de la gloria de su cuerpo santísimo, quedando represada solo en la alma ; y se mostró sin ellos en su ser natural y pasible. Y en este estado le vió tambien su Madre purísima, y con profunda humildad y reverencia, adorándole en la postura que ella estaba de rodillas, le recibió de manos de los santos Ángeles. Y cuando le vió en las suyas, le habló y le dijo : *Dulcísimo amor mio, lumbre de mis ojos y ser de mi alma ; venid en hora buena al mundo, sol de justicia* [1], *para desterrar las tinieblas del pecado y de la muerte. Dios verdadero de Dios verdadero, redimid á vuestros siervos, y vea toda carne á quien le trae la salud* [2]. *Recibid para vuestro obsequio á vuestra esclava, y suplid mi insuficiencia para serviros. Hacedme, Hijo mio, tal como quereis que sea con Vos.* Luego se convirtió la prudentísima Madre á ofrecer su Unigénito al Padre, y dijo : *Altísimo Criador de todo el universo, aquí está el altar y el sacrificio aceptable á vuestros ojos* [3]. *Desde esta hora, Señor mio, mirad al linaje humano con misericordia ; y cuando merezcamos vuestra indignacion, tiempo es de que se aplaque con vuestro Hijo y mio. Descanse ya la justicia, y magnifíquese vuestra misericordia : pues para esto se ha vestido el Verbo divino la similitud de la carne del pecado* [4], *y se ha hecho hermano de los mortales* [5] *y pecadores. Por este título los reconozco por hijos, y pido con lo íntimo de mi corazon por ellos. Vos, Señor poderoso, me habeis hecho Madre de vuestro Unigénito sin merecerlo, porque esta dignidad es sobre todos merecimientos de criaturas : pero debo á los hombres en parte la ocasion que han dado á mi incomparable dicha ; pues por ellos soy Madre del Verbo humanado pasible, y Redentor de todos. No les negaré mi amor, mi cuidado y desvelo para su remedio. Recibid, eterno Dios, mis deseos y peticiones para lo que es de vuestro mismo agrado y voluntad.*

483. Convirtióse tambien la Madre de misericordia á todos los

[1] Malach. IV, 2. — [2] Isai. IX, 2; Psalm. XXXIII, 23; Isai. XL, 5; LII, 10.
[3] Malach. III, 4. — [4] Rom. VIII, 3. — [5] Philip. II, 7.

mortales, y hablando con ellos dijo [1]: *Consuélense los afligidos, alégrense los desconsolados, levántense los caidos, pacifíquense los turbados, resuciten los muertos, letifíquense los justos, alégrense los Santos, reciban nuevo júbilo los espíritus celestiales, alíviense los Profetas y Patriarcas del limbo, y todas las generaciones alaben y magnifiquen al Señor que renovó sus maravillas. Venid, venid, pobres; llegad, párvulos, sin temor, que en mis manos tengo hecho cordero manso al que se llama leon, al poderoso, flaco, al invencible, rendido. Venid por la vida, llegad por la salud, acercaos por el descanso eterno, que para todos lo tengo, y se os dará de balde, y le comunicaré sin envidia. No querais ser tardos ni pesados de corazon, ó hijos de los hombres: y Vos, dulce bien de mi alma, dadme licencia para que reciba de Vos aquel deseado ósculo de todas las criaturas.* Con esto la felicísima Madre aplicó sus divinos y castísimos labios á las caricias tiernas y amorosas del Niño Dios, que las esperaba como Hijo suyo verdadero.

484. Y sin dejarle de sus brazos, sirvió de altar y de sagrario donde los diez mil Ángeles en forma humana adoraron á su Criador hecho hombre. Y como la beatísima Trinidad asistia con especial modo al nacimiento del Verbo encarnado, quedó el cielo como desierto de sus moradores; porque toda aquella corte invisible se trasladó á la feliz cueva de Belen, y adoró [2] tambien á su Criador en hábito nuevo y peregrino. Y en su alabanza entonaron los santos Ángeles aquel nuevo cántico: *Gloria in excelsis Deo, et in terra pax hominibus bonæ voluntatis* [3]. Y con dulcísima y sonora armonía le repitieron, admirados de las nuevas maravillas que veian puestas en ejecucion, y de la indecible prudencia, gracia, humildad y hermosura de una doncella tierna de quince años, depositaria y ministra digna de tales y tantos sacramentos.

485. Ya era hora que la prudentísima y advertida Señora llamase á su fidelísimo esposo san Josef, que como arriba dije [4] estaba en divino éxtasis, donde conoció por revelacion todos los misterios del sagrado parto que en aquella noche se celebraron. Pero convenia tambien que con los sentidos corporales viese y tratase, adorase y reverenciase al Verbo humanado, antes que otro alguno de los mortales; pues él solo era entre todos escogido para dispensero fiel de tan alto sacramento. Volvió del éxtasis mediante la vo-

[1] Isai. LXI, 1, 2, 3; Matth. XI, 5; Psalm. XCV, 11; Isai. IX, 2; Psalm. LXXI, 17; Eccli. XXXVI, 6; Luc. IV, 18; Isai. XVI, 1; XXI, 8; LV, 1; Sap. VII, 13; Psalm. IV, 3; Cant. I, 1. — [2] Philip. II, 7. — [3] Luc. II, 14.
[4] Supr. n. 472.

luntad de su divina Esposa; y restituido en sus sentidos, lo primero que vió fue al Niño Dios en los brazos de su Madre Vírgen, arrimado á su sagrado rostro y pecho. Allí le adoró con profundísima humildad y lágrimas. Besóle los piés con nuevo júbilo y admiracion, que le arrebatara y disolviera la vida, si no le conservara la virtud divina; y perdiera los sentidos, si no fuera necesario usar de ellos en aquella ocasion. Luego que el santo Josef adoró al Niño, la prudentísima Madre pidió licencia á su mismo Hijo para asentarse (que hasta entonces habia estado de rodillas), y administrándole san Josef los fajos y pañales que traia, le envolvió [1] en ellos con incomparable reverencia, devocion y aliño; y así empañado y fajado, con sabiduría divina le reclinó la misma Madre en el pesebre, como el evangelista san Lucas dice [2], aplicando algunas pajas y heno á una piedra, para acomodarle en el primer lecho que tuvo Dios hombre en la tierra, fuera de los brazos de su Madre. Vino luego (por voluntad divina) de aquellos campos un buey con suma presteza, y entrando en la cueva se juntó al jumentillo que la misma Reina habia llevado. Y ella les mandó adorasen con la reverencia que podian y reconociesen á su Criador. Obedecieron los humildes animales al mandato de su Señora, y se postraron ante el Niño, y con su aliento le calentaron y sirvieron con el obsequio que le negaron los hombres. Así estuvo Dios hecho hombre envuelto en paños, reclinado en el pesebre entre dos animales; y se cumplió milagrosamente la profecía, que *conoció el buey* [3] *á su dueño, y el jumento al pesebre de su señor; y no lo conoció Israel, ni su pueblo tuvo inteligencia.*

Doctrina de la reina María santísima.

486. Hija mia, si los mortales tuvieran desocupado el corazon, y sano juicio para considerar dignamente este gran sacramento de piedad que el Altísimo obró por ellos, poderosa fuera su memoria para reducirlos al camino de la vida, y rendirlos al amor de su Criador y Reparador. Porque siendo los hombres capaces de razon, si de ella usaran con la dignidad y libertad que deben; ¿quién fuera tan insensible y duro que no se enterneciera y moviera á la vista de su Dios humanado, y humillado á nacer pobre, despreciado, desconocido en un pesebre entre animales brutos, solo con el abrigo de una madre pobre y desechada de la estulticia y arrogancia del mundo? En presencia de tan alta sabiduría y misterio, ¿quién se atreverá á amar la vanidad y soberbia, que aborrece y condena el

1 Luc. II, 7. — 2 Ibid. — 3 Isai. I, 3.

Criador de cielo y tierra con su ejemplo? Ni tampoco podrá aborrecer la humildad, pobreza y desnudez, que el mismo Señor amó y eligió para sí, enseñando el medio verdadero de la vida eterna. Pocos son los que se detienen á considerar esta verdad y ejemplo; y con tan fea ingratitud son pocos los que consiguen el fruto de tan grandes sacramentos.

487. Pero si la dignacion de mi Hijo santísimo se ha mostrado tan liberal contigo en la ciencia y luz tan clara que te ha dado de tan admirables beneficios del linaje humano, considera bien, carísima, tu obligacion, y pondera cuánto y cómo debes obrar con la luz que recibes. Y para que correspondas á esta deuda, te advierto y exhorto de nuevo que olvides todo lo terreno, y lo pierdas de vista, y no quieras ni admitas otra cosa del mundo mas de lo que te pueda alejar y ocultar dél y de sus moradores, para que desnudo el corazon de todo afecto terreno, te dispongas para celebrar en él los misterios de la pobreza, humildad y amor de tu Dios humanado. Aprende de mi ejemplo la reverencia, temor y respeto con que le has de tratar, como yo lo hacia cuando le tenia en mis brazos; y ejecutarás esta doctrina cuando tú le recibas en tu pecho en el venerable sacramento de la Eucaristía, donde está el mismo Dios y hombre verdadero que nació de mis entrañas. Y en este Sacramento le recibes y tienes realmente tan cerca, que está dentro de tí misma con la verdad que yo le tenia y trataba, aunque por otro modo.

488. En esta reverencia y temor santo quiero que seas extremada; y que tambien adviertas y entiendas, que con la obra de entrar Dios sacramentado en tu pecho te dice lo mismo que á mí me dijo en aquellas razones: *Que me asimilase á él,* como lo has entendido y escrito. El bajar de el cielo á la tierra, nacer en pobreza y humildad, vivir y morir en ella con tan raro ejemplo y enseñanza del desprecio del mundo y de sus engaños, y la ciencia que de estas obras te ha dado, señalándose contigo en alta y encumbrada inteligencia y penetracion; todo esto ha de ser para tí una voz viva que debes oir con íntima atencion de tu alma, y escribirla en tu corazon, para que con discrecion hagas proprios los beneficios comunes, y entiendas que de tí quiere mi Hijo santísimo y mi Señor los agradezcas y recibas, como si por tí [1] sola hubiera bajado del cielo á redimirte, y obrar todas las maravillas y doctrina que dejó en su Iglesia santa.

[1] Galat. VII, 20.

CAPÍTULO XI.

Como los santos Ángeles evangelizaron en diversas partes el nacimiento de nuestro Salvador, y los pastores vinieron á adorarle.

Envió el Señor algunos Ángeles á evangelizar su nacimiento.—San Miguel lo evangelizó á los Padres de el limbo.—Consuelo que recibieron aquellos Santos.—Peticion de san Joaquin y santa Ana.—Fue enviado otro Ángel á evangelizarlo á Isabel y su hijo Juan.—Efectos de esta nueva en el Baptista.—Envió luego Isabel un proprio á María con algun socorro.—Efectos que causó en este hombre la vista del Niño Dios.—Por qué no visitó santa Isabel en esta ocasion á la Vírgen.—Otros Ángeles fueron á evangelizarlo á otros Santos.—Efectos divinos que sintieron en aquella hora todos los justos del mundo.—Mutacion que hubo en las criaturas insensibles.—Formóse aquella noche la estrella de los Magos.—Otros milagros.—Conceptos diversos que se hicieron de ellos.—Otros Ángeles fueron enviados á los Reyes magos.—En qué forma les revelaron el misterio.—Cómo se evangelizó á los pastores.—Razones de su buena dicha.—Fue el mensajero san Gabriel.—Palabras que les dijo el santo Príncipe.—Cántico de la milicia celestial.—Efectos que hizo en los pastores la vision angélica.—Fueron los pastores interiormente ilustrados con voz divina.—Nueva ilustracion interior que recibieron con la vista del Verbo encarnado.—Adoracion de los pastores.—En qué forma guardaba estas cosas María y las conferia en su corazon.—Instruccion de María á los pastores.—Cuánto tiempo estuvieron en el portal.—Volvieron á visitar al Niño Dios.—Cuándo publicaron lo que habian visto los pastores.—Fueron santos.—Algunos hijos suyos fueron de los Mártires inocentes.—Lamentable olvido de los mortales en las obras de su Redentor.—Ardentísimo amor de Cristo de comunicarse á los hombres luego que nació.—Estuvo y está en ellos el no comunicarse á mas.—Lamentable estado de este siglo en que son tan pocos los perfectos.—Causa del engaño de los que piensan son muchos.—Cuánto obliga á serlo la noticia clara destos misterios.

489. Habiendo celebrado los cortesanos del cielo en el portal de Belen el nacimiento de su Dios humanado y nuestro Reparador, fueron luego despachados algunos de ellos por el mismo Señor á diversas partes, para que evangelizasen las dichosas nuevas á los que segun la divina voluntad estaban dispuestos para oirlas. El santo príncipe Miguel fué á los santos Padres del limbo, y les anunció como el Unigénito de el Padre eterno hecho hombre habia ya nacido, y quedaba en el mundo y en un pesebre entre animales, humilde y manso cual ellos le habian profetizado. Y especialmente habló á los santos Joaquin y Ana de parte de la dichosa Madre, porque ella misma se lo ordenó; y les dió la enhorabuena de que ya tenia en sus brazos al deseado de las gentes y prenunciado de todos

los Profetas [1] y Patriarcas. Fue el dia de mayor consuelo y alegría que en su largo destierro habia tenido toda aquella gran congregacion de justos y Santos. Y reconociendo todos al nuevo Hombre Dios verdadero por autor de la salud eterna, hicieron nuevos cánticos en su alabanza, y le adoraron y dieron culto. San Joaquin y Ana, por medio del paraninfo del cielo san Miguel, pidieron á María santísima su hija que en su nombre reverenciase al Niño Dios, fruto bendito de su virginal vientre; y así lo hizo luego la gran Reina del mundo, oyendo con extremado júbilo todo lo que el santo Príncipe le refirió de los Padres del limbo.

490. Otro Ángel de los que guardaban y asistian á la divina Madre fue enviado á santa Isabel y su hijo Juan. Y habiéndoles anunciado la nueva natividad del Redentor, la prudente matrona con su hijo, aunque era tan niño y tierno, se postraron en tierra, y adoraron á su Dios humanado en espíritu y verdad [2]. Y el Niño que estaba consagrado para su precursor fue renovado interiormente con nuevo espíritu mas inflamado que el de Elías, causando estos misterios en los mismos Ángeles nueva admiracion y alabanza. Pidieron tambien san Juan y su madre á nuestra Reina, por medio de los Ángeles, que en nombre de los dos adorase á su Hijo santísimo, y los ofreciese de nuevo á su servicio; y todo lo cumplió luego la Reina celestial.

491. Con este aviso despachó luego santa Isabel un proprio á Belen, y con él envió un regalo á la feliz Madre del Niño Dios, que fue algun dinero, lienzo y otras cosas para abrigo del recien nacido, y de su pobre Madre y Esposo. Fué el proprio con solo órden que visitase á su prima y á Josef, y que atendiese á la comodidad y necesidad que tuviesen, y de esto y su salud trajese nuevas ciertas. No tuvo este hombre mas noticia del sacramento, que solo lo exterior que vió y reconoció; pero admirado y tocado de una fuerza divina volvió renovado interiormente, y con júbilo admirable contó á santa Isabel la pobreza y agrado de su deuda, del Niño y Josef, y los efectos que de verlo todo habia sentido; y en el corazon dispuesto de la piadosa matrona fueron admirables los que obró tan sincera relacion. Y si no interviniera la voluntad divina para el secreto y recato de tan alto sacramento, no se pudiera contener para dejar de visitar á la Madre Vírgen y al Niño Dios recien nacido. De las cosas que les envió tomó alguna parte la Reina, para suplir en

[1] Isai. VII, 14; I, 3; IX, 7; Mich. V, 2; Jerem. XXIII, 6; Ezech. XXXIV, 10, 23; Dan. IX, 24; Aggæi, II, 8; Act. X, 43. — [2] Joan. IV, 23.

algo la pobreza en que se hallaba, y lo demás distribuyó con los pobres: que de estos no quiso le faltase compañía los dias que estuvo en el portal ó cueva del nacimiento.

492. Fueron tambien otros Ángeles á dar las mismas nuevas á Zacarías, á Simeon y Ana la profetisa, y á otros algunos justos y Santos, de quien se pudo fiar el nuevo misterio de nuestra Redencion; porque hallándolos el Señor dignamente prevenidos para recibirle con alabanza y fruto, parecia como deuda á su virtud no ocultarles el beneficio que se concedia al linaje humano. Y aunque no todos los justos de la tierra conociéron entonces este sacrámento; pero en todos hubo algunos efectos divinos en la hora que nació el Salvador de el mundo; porque todos los que estaban en gracia sintieron interior júbilo, nuevo y sobrenatural, ignorando la causa en particular. Y no solo hubo mutaciones en los Ángeles y en los justos, sino en otras criaturas insensibles; porque todas las influencias de los planetas se renovaron y mejoraron. El sol apresuró mucho su curso; las estrellas dieron mayor resplandor; y para los Reyes magos se formó aquella noche la milagrosa estrella [1] que los encaminó á Belen. Muchos árboles dieron flor, y otros frutos. Algunos templos de ídolos se arruinaron; y otros ídolos cayeron, y salieron de ellos demonios. Y de todos estos milagros, y otros que fueron manifiestos al mundo aquel dia, daban diferentes causas los hombres desatinando la verdad. Solo entre los justos hubo muchos que con impulso divino sospecharon ó creyeron que Dios habia venido al mundo; aunque con certeza nadie lo supo, fuera de aquellos á quienes él mismo lo reveló. Entre ellos fueron los tres Reyes magos, á quienes enviaron otros Ángeles de los custodios de la Reina, que á cada uno singularmente, donde estaban en las partes del Oriente, les revelaron intelectualmente por habla interior como el Redentor de el linaje humano habia nacido en pobreza y humildad. Y con esta revelacion se les infundieron nuevos deseos de buscarle y adorarle; y luego vieron la señalada estrella que les encaminó á Belen, como diré adelante.

493. Entre todos fueron muy dichosos los pastores [2] de aquella region, que desvelados guardaban sus rebaños á la misma hora del nacimiento. Y no solo porque velaban con aquel honesto cuidado y trabajo que padecian por Dios; mas tambien porque eran pobres, humildes y despreciados de el mundo, justos y sencillos de corazon, eran de los que en el pueblo de Israel esperaban con fervor, y

[1] Matth. II, 2. — [2] Luc. II, 8.

deseaban la venida del Mesías, y della hablaban y conferian repetidas veces. Tenian mayor semejanza con el Autor de la vida, tanto cuanto eran mas disímiles de fausto, vanidad y ostentacion mundana, y léjos de su diabólica astucia. Representaron con estas nobles condiciones el oficio que venia á ejercer el Pastor bueno [1], á reconocer sus ovejas, y ser de ellas reconocido. Por estar en tan conveniente disposicion, merecieron ser citados y convidados como primicias de los Santos por el mismo Señor, para que entre los mortales fuesen ellos los primeros á quien se manifestase y comunicase el Verbo eterno humanado, y de quien se diese por alabado, servido y adorado. Para esto fue enviado el mismo arcángel san Gabriel [2]; y hallándolos en su vigilia, se les apareció en forma humana visible con gran resplandor de candidísima luz.

494. Halláronse los pastores repentinamente rodeados y bañados de celestial resplandor, y con la vista del Ángel, como poco ejercitados en tales revelaciones, temieron con gran pavor. Y el santo Príncipe los animó, y les dijo: *Hombres sinceros, no querais temer* [3]; *que os evangelizo un grande gozo, y es, que para vosotros ha nacido hoy el Salvador Cristo Señor nuestro en la ciudad de David. Y os doy por señal de esta verdad, que hallaréis al Infante envuelto entre paños, y puesto en un pesebre.* Á estas palabras del santo Arcángel sobrevino de improviso gran multitud de celestial milicia, que con dulces voces y armonía cantaron al muy alto, y dijeron: *Gloria en las alturas á Dios, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad.* Y repitiendo este divino cántico tan nuevo en el mundo, desaparecieron los santos Ángeles; sucediendo todo esto en la cuarta vigilia de la noche. Con esta vision angélica quedaron los humildes y dichosos pastores llenos de luz divina, encendidos y fervorosos, con deseo uniforme de lograr su felicidad, y llegar á reconocer con sus ojos el misterio altísimo que ya habian percibido por el oido.

495. Las señas que les dió el santo Ángel no parecian muy á propósito ni proporcionadas con los ojos de la carne para la grandeza del recien nacido; porque estar en un pesebre envuelto en humildes y pobres paños, no fueran indicios eficaces para conocer la majestad del Rey, si no la penetraran con divina luz, de que fueron ilustrados y enseñados. Y porque estaban desnudos de la arrogancia y sabiduría mundana, fueron brevemente instruidos en la divina. Y confiriendo [4] entre sí mismos lo que cada uno sentia de la nueva embajada, se determinaron de ir á toda priesa á Belen, y

[1] Joan. x, 14. — [2] Luc. ii, 9. — [3] Ibid. 10, 11, 12. — [4] Luc. ii, 15.

ver la maravilla que habian oido de parte del Señor. Partieron luego sin dilacion, y entrando en la cueva ó portal hallaron, como dice el evangelista san Lucas, á María, á Josef y al Infante reclinado en el pesebre. Y viendo todo esto conocieron la verdad de lo que habian oido del Niño. Á esta experiencia y vision se siguió una ilustracion interior que recibieron con la vista del Verbo humanado; porque cuando los pastores pusieron en él los ojos, el mismo Niño divino tambien los miró, despidiendo de su rostro gran resplandor, cuyos rayos y refulgencia hirieron el corazon sencillo de cada uno de aquellos pobres y felices hombres; y con eficacia divina los trocó y renovó en nuevo ser de gracia y santidad, dejándolos elevados y llenos de ciencia divina de los misterios altísimos de la Encarnacion y Redencion del linaje humano.

496. Postráronse todos en tierra, y adoraron al Verbo humanado; y no ya como hombres rústicos y ignorantes, sino como sábios y prudentes le alabaron, confesaron y engrandecieron por verdadero Dios y hombre, Reparador y Redentor del linaje humano. La divina Señora y Madre del infante Dios estaba atenta á todo lo que decian y obraban los pastores exterior y interiormente; porque penetraba lo íntimo de sus corazones. Y con altísima sabiduría y prudencia conferia y guardaba todas estas cosas en su pecho [1], careándolas con los misterios que en él tenia, y con las santas Escrituras y profecías. Y como ella era entonces el órgano del Espíritu Santo y la lengua del Infante, habló á los pastores, y los instruyó, amonestó y exhortó á la perseverancia en el amor divino y servicio del Altísimo. Ellos tambien la preguntaron á su modo, y respondieron muchas cosas de los misterios que habian conocido; y estuvieron en el portal desde el punto de amanecer hasta despues del mediodía, que habiéndoles dado de comer nuestra gran Reina, los despidió llenos de gracias y consolacion celestial.

497. En los dias que estuvieron en el portal María santísima, el Niño y Josef, volvieron algunas veces á visitarlos estos santos pastores, y les trajeron algunos regalos de lo que su pobreza alcanzaba. Y lo que el evangelista san Lucas dice [2], que se admiraban los que oyeron hablar á los pastores de lo que habian visto, no sucedió hasta despues que la Reina con el Niño y Josef se fué y alejó de Belen; porque lo dispuso así la divina Sabiduría, y que no lo pudiesen publicar antes los pastores. Y no todos los que los oyeron les dieron crédito, juzgándolos algunos por gente rústica y igno-

[1] Luc. II, 19. — [2] Ibid. 19.

rante; pero ellos fueron santos y llenos de ciencia divina hasta la muerte. Entre los que les dieron crédito, fue Herodes, aunque no por fe ni piedad santa, sino por temor mundano y pésimo de perder el reino. Y entre los niños que quitó la vida, fueron algunos hijos de estos santos hombres, que tambien merecieron esta grande dicha, y sus padres los ofrecieron con alegría al martirio, que ellos deseaban, y á padecer por el Señor que conocian.

Doctrina de la reina del cielo María santísima.

498. Hija mia, tan reprehensible es, como ordinario y comun entre los mortales, el olvido y poca advertencia en las obras de su Reparador; siendo así que todas fueron misteriosas, llenas de amor, de misericordia y enseñanza para ellos. Tú fuiste llamada y escogida para que con la ciencia y luz que recibes no incurras en esta peligrosa torpeza y grosería; y así quiero que en los misterios que has escrito ahora atiendas y ponderes el ardentísimo amor de mi Hijo santísimo en comunicarse á los hombres luego que nació en el mundo, para que sin dilacion participasen el fruto y alegría de su venida. No conocen esta obligacion los hombres, porque son pocos los que penetran la que tienen á tan singulares beneficios, como tambien fue poco el número de los que en naciendo vieron al Verbo humanado, y le agradecieron su venida. Pero ignoran la causa de su desdicha y ceguera, que ni fue ni es de parte del Señor, ni de su amor, sino de los pecados y mala disposicion de los mismos hombres; porque si no lo impidiera ó desmereciera su mal estado, á todos ó á muchos se les hubiera dado la misma luz que se les dió á los justos, á los pastores y á los Reyes. Y de haber sido tan pocos, entenderás cuán infeliz estado tenia el mundo, cuando el Verbo humanado nació en él; y el desdichado que ahora tiene, cuando están con mas evidencia, y tan pocas memorias para el retorno debido.

499. Pondera ahora la indisposicion de los mortales en el siglo presente, donde estando la luz del Evangelio tan declarada y confirmada con las obras y maravillas que Dios ha obrado en su Iglesia; con todo eso son tan pocos los perfectos, y que se quieran disponer para la mayor participacion de los efectos y fruto de la redencion. Y aunque por ser tan dilatado el número de los necios [1], y tan desmesurados los vicios, piensan algunos que son muchos

[1] Eccles. I, 15.

los perfectos, porque no los ven tan atrevidos contra Dios; no son tantos como se piensa, y muchos menos de los que debian ser, cuando está Dios tan ofendido de los infieles, y tan deseoso de comunicar los tesoros de su gracia á la Iglesia santa por los merecimientos de su Unigénito hecho hombre. Advierte, pues, carísima, á qué te obliga la noticia tan clara que recibes de estas verdades. Vive atenta, cuidadosa y desvelada para corresponder á quien te obliga tanto, sin que pierdas tiempo, ni lugar, ni ocasion en obrar lo mas santo y perfecto que conoces; pues no cumplirás con menos. Mira que te amonesto, compelo y mando que no recibas en vano [1] favor tan singular; no tengas ociosa la gracia y la luz, sino obra con plenitud de perfeccion y agradecimiento.

CAPÍTULO XII.

Lo que se le ocultó al demonio del misterio del nacimiento del Verbo humanado, y otras cosas hasta la circuncision.

Cuán feliz fue para todos los mortales la venida de Cristo en sí.—Solo para el infierno fue terrible.—Por qué se les ocultó á los demonios.—Ocultáronseles acerca de ella muchas cosas que naturalmente podian conocer.—Qué conocieron del nacimiento de Cristo.—Qué ignoraron acerca dél.—En lo que veian no alcanzaron el fin.—Causa de alucinarse Lucifer en las conjeturas.—Razonamiento que hizo á los demás demonios asegurándolos en su engaño.—Confirmáronse todos en él.—No cabia en el pensamiento soberbio de Lucifer la humildad de el Verbo humanado.—Invectiva contra la vanidad y soberbia con el ejemplar del engaño de Lucifer.—Bendecia María á Dios por lo que ocultaba á los demonios y reveló á los humildes.—Oraba por la luz de los hombres.—Tenia al Dios niño continuamente en sus brazos.—Razones que dijo á Josef la primera vez que lo puso en los brazos suyos.—Respuesta humilde de Josef reconociendo su indignidad.—Actos heróicos de virtudes con que Josef recibió al Niño Dios en sus brazos.—Efectos que hizo en el Santo el beneficio de tenerle en ellos.—Reverencia con que María y Josef trataban al divino Niño.—Pidió María licencia á su Hijo Dios para darle la primera vez el pecho.—Alteza de perfeccion con que cuidaba de alimentarlo y servirlo.—Cuánto reprehende al atrevimiento de los hombres la veneracion con que María y Josef trataban al Niño Dios.—Asistieron á María los Ángeles en forma visible hasta la huida á Egipto.—Incesante cuidado que María tenia de su Hijo.—No dormia á los principios por guardarlo.—Milagroso género de sueño que tuvo de allí adelante.—Cánticos de alabanza que la Madre de Dios hacia á su Hijo, alternando con los Ángeles y con Josef.—Singulares favores de san Josef.—Como se ha de encaminar la devota emulacion que concibe el alma con la consideracion destas

[1] II Cor. vi, 1.

ternuras de Dios niño.—Modos con que asiste Dios á las almas. —En qué se ha de poner esa emulacion devota.—Como se puede el alma regalar con Dios como quien lo tiene consigo.—Este trato con el Señor ha de ser continuo, sin que le embaracen las cosas terrenas.

500. Para todos los mortales fue dichosa y felicísima la venida del Verbo eterno humanado al mundo, cuanto era de parte del mismo Señor; porque vino para dar vida y luz á todos los que estábamos en las tinieblas [1] y sombras de la muerte. Y si los prescitos y incrédulos tropezaron y ofenden en esta piedra [2] angular, buscando su ruina donde podian y debian hallar la resurreccion á la eterna vida; esto no fue culpa de la piedra, mas antes de quien la hizo piedra de escándalo, ofendiendo en ella. Solo para el infierno fue terrible la natividad del Niño Dios, que era el fuerte y el invencible que venia á despojar de su tirano imperio á aquel fuerte armado [3] de la mentira, que guardaba su castillo con pacífica, pero injusta, posesion de largo tiempo. Para derribar á este príncipe del mundo y de las tinieblas fue justo que se le ocultase el sacramento de esta venida del Verbo; pues no solo era indigno por su malicia para conocer los misterios de la sabiduría infinita [4]; pero convenia que la divina Providencia diese lugar para que la propria malicia de este enemigo le cegase y obscureciese; pues con ella habia introducido en el mundo el engaño y ceguera de la culpa, derribando á todo el linaje humano de Adan en su caida.

501. Por esta disposicion divina se le ocultaron á Lucifer y sus ministros muchas cosas que naturalmente pudieran conocer en la natividad del Verbo y en el discurso de su vida santísima, como en esta Historia es forzoso repetir algunas veces [5]. Porque si conociera por certeza que Cristo era Dios verdadero, es evidente que no le procurara la muerte [6], antes se la impidiera, de que diré en su lugar [7]. En el misterio de la natividad solo conoció que María santísima habia parido un hijo en pobreza y en el portal desamparado, y que no halló posada ni abrigo; y despues la circuncision del Niño, y otras cosas que supuesta su soberbia mas podian deslumbrarle la verdad que declarársela. Pero no conoció el modo del nacimiento, ni que la feliz Madre quedó Vírgen, ni que lo estaba antes, ni conoció las embajadas de los Ángeles á los justos, ni á los

[1] Luc. I, 79. — [2] Rom. IX, 33; Matth. XXI, 44; I Petr. II, 8. — [3] Psalm. XXIII, 8; Joan. XII, 31; Luc. XI, 21. — [4] Sap. II, 21, 24; Rom. V, 12. — [5] Supr. n. 326; infr. n. 928, 937, 995, et alibi frequenter. — [6] I Cor. II, 8. — [7] Infr. n. 1205, 1251, 1324.

pastores, ni sus pláticas, ni la adoracion que dieron al Niño Dios, ni despues vió la estrella, ni supo la causa de la venida de los Reyes; y aunque los vieron hacer jornada, juzgaron era por otros fines temporales. Tampoco penetraron la causa de la mudanza que hubo en los elementos, astros y planetas; aunque vieron sus mutaciones y efectos: pero se les ocultó el fin y la plática que los Magos tuvieron con Herodes, y su entrada en el portal, y la adoracion y dones que ofrecieron. Y aunque conocieron el furor de Herodes (á que ayudaron) contra los niños; pero no entendieron su depravado intento por entonces, y así fomentaron su crueldad. Y aunque Lucifer conjeturó si buscaba al Mesías, parecióle disparate, y hacia irrision de Herodes; porque en su soberbio juicio era desatino pensar que el Verbo, cuando venia á señorearse del mundo, fuese con modo oculto y humilde, sino con ostentoso poder y majestad, de que estaba tan léjos el Niño Dios, nacido de madre pobre y despreciada de los hombres.

502. Con este engaño Lucifer habiendo reconocido algunas novedades de las que sucedieron en la natividad, juntó á sus ministros en el infierno, y les dijo: No hallo causa para temer por las cosas que en el mundo hemos reconocido; porque la mujer á quien tanto hemos perseguido, aunque ha parido un hijo, pero esto ha sido en suma pobreza, y tan desconocido, que no halló una posada donde recogerse; y todo esto bien conocemos cuán léjos está del poder que Dios tiene y de su grandeza. Y si ha de venir contra nosotros, como se nos ha mostrado y hemos entendido, no son fuerzas las que tiene para resistir á nuestra potencia. No hay que temer que este sea el Mesías, y mas viendo que tratan de circuncidarlo, como á los demás hombres; que esto no viene á propósito con haber de ser salvador del mundo, pues él necesita del remedio de la culpa. Todas estas señales son contra los intentos de venir Dios al mundo; y me parece podemos estar seguros por ahora de que no ha venido. Aprobaron los ministros de maldad este juicio de su dañada cabeza, y quedaron satisfechos de no haber venido el Mesías; porque todos eran cómplices en la malicia que los escurecia y persuadia [1]. No cabia en la vanidad y soberbia implacable de Lucifer que se humillase la majestad y grandeza: y como él apetecia el aplauso, ostentacion, reverencia y magnificencia, y si pudiera conseguir y alcanzar que todas las criaturas le adoraran, las obligara á ello; por esto no cabia en su juicio, que siendo po-

[1] Sap. II, 21.

deroso Dios para hacerlo, consintiese lo contrario, y se sujetase á la humildad que él tanto aborrecia.

503. Ó hijos de la vanidad, ¡qué ejemplares son estos para nuestro desengaño! Mucho nos debe atraer y compeler la humildad de Cristo nuestro bien y maestro; pero si esta no nos mueve, deténganos y atemorícenos la soberbia de Lucifer. ¡Oh vicio y pecado formidable sobre toda ponderacion humana; pues á un ángel lleno de ciencia, de tal manera le obscureciste, que de la bondad infinita del mismo Dios aun no pudo hacer otro juicio, mas del que hizo de sí mismo y de su propria malicia! Pues ¿qué discurrirá el hombre, que por sí es ignorante, si se le junta la soberbia y la culpa? ¡Oh infeliz y estultísimo Lucifer! ¿Cómo desatinaste con una cosa tan llena de razon y hermosura? ¿Qué hay mas amable que la humildad y mansedumbre junto con la majestad y el poder? ¿Por qué ignoras, vil criatura, que el no saberse humillar es flaqueza de juicio, y nace de corazon abatido? El que es magnánimo y verdaderamente grande no se paga de la vanidad, ni sabe apetecer lo que es tan vil, ni le puede satisfacer lo falaz y aparente. Manifiesta cosa es que para la verdad eres tenebroso y ciego, y guia obscurísima [1] de los ciegos; pues no alcanzaste á conocer que la grandeza y bondad [2] del amor divino se manifestaba y engrandecia con humildad y obediencia hasta la muerte de cruz [3].

504. Todos los engaños y demencia de Lucifer y sus ministros miraba la Madre de la sabiduría y Señora nuestra; y con digna ponderacion de tan altos misterios confesaba y bendecia al Señor, porque los ocultaba de los soberbios y arrogantes, y los revelaba á los humildes y pobres [4], comenzando á vencer la tiranía del demonio. Hacia la piadosa Madre fervientes oraciones por todos los mortales, que por sus proprias culpas eran indignos de conocer luego la luz [5] que para su remedio habia nacido en el mundo; y todo lo presentaba á su Hijo dulcísimo con incomparable amor y compasion de los pecadores. Y en estas obras gastaba la mayor parte del tiempo que se detuvo en el portal del nacimiento. Pero como aquel puesto era desacomodado y tan expuesto á las inclemencias del tiempo, estaba la gran Señora mas cuidadosa del abrigo de su tierno y dulce Infante; y como prudentísima trajo prevenido un mantillo con que abrigarle, á mas de los fajos ordinarios, y cubriéndole con él, le tenia continuamente en el sagrado tabernáculo de sus

1 Matth. xv, 14. — 2 Rom. v, 8. — 3 Philip. II, 8. — 4 Matth. XI, 25.
5 Joan. I, 9, 10.

brazos, si no es cuando se le daba á su esposo san Josef, que para hacerle mas dichoso quiso tambien la ayudase en esto, y sirviese á Dios humanado en el ministerio de padre.

505. La primera vez que el santo Esposo recibió al Niño Dios en los brazos, le dijo María santísima: *Esposo y amparo mio, recibid en vuestros brazos al Criador del cielo y tierra, y gozad su amable compañía y dulzura, para que mi Señor y Dios tenga en vuestro obsequio sus regalos y delicias* [1]. *Tomad el tesoro del eterno Padre, y participad del beneficio del linaje humano.* Y hablando interiormente con el Niño Dios, le dijo: *Amor dulcísimo de mi alma y lumbre de mis ojos, descansad en los brazos de vuestro siervo y amigo Josef mi esposo: tened con él vuestros regalos, y por ellos disimulad mis groserías. Siento mucho estar sin Vos un solo instante; pero á quien es digno quiero sin envidia* [2] *comunicar el bien que con verdad recibo.* El fidelísimo Esposo, reconociendo su nueva dicha, se humilló hasta la tierra, y respondió: *Señora y Reina del mundo, esposa mia, ¿cómo yo, indigno, me atreveré á tener en mis brazos al mismo Dios, en cuya presencia tiemblan las columnas del cielo* [3]? *¿Cómo este vil gusanillo tendrá ánimo para admitir tan peregrino favor? Polvo y ceniza soy* [4]; *pero Vos, Señora, suplid mi poquedad, y pedid á su alteza me mire con clemencia, y me disponga con su gracia.*

506. Entre el deseo de recibir al Niño Dios y el temor reverencial que detenia al santo Esposo, hizo actos heróicos de amor, de fe, de humildad y profunda reverencia; y con ella, y un temblor prudentísimo, puesto de rodillas le recibió de las manos de su Madre santísima, derramando dulcísimas y copiosas lágrimas de júbilo y alegría tan nueva para el dichoso Santo, como lo era el beneficio. El Niño Dios le miró con semblante caricioso, y al mismo tiempo le renovó todo en el interior con tan divinos efectos, que no es posible reducirlos á palabras. Hizo el santo Esposo nuevos cánticos de alabanza, hallándose enriquecido con tan magníficos beneficios y favores. Y despues que por algun tiempo habia gozado su espíritu de los efectos dulcísimos que recibió de tener en sus manos al mismo Señor, que en la suya encierra los cielos [5] y la tierra, se le volvió á la feliz y dichosa Madre, estando entrambos María y Josef arrodillados para darle y recibirle. Y con esta reverencia le tomaba siempre y le dejaba de sus brazos la prudentísima Señora; y lo mismo hacia su Esposo cuando le tocaba esta dichosa suerte.

[1] Prov. VIII, 31. — [2] Sap. VII, 13. — [3] Job, XXVI, 11.
[4] Genes. XVIII, 27. — [5] Isai. XL, 12; XLVIII, 13.

Y antes de llegar á su Majestad, hacian tres genuflexiones, besando la tierra con actos heróicos de humildad, culto y reverencia que ejercitaban la gran Reina y el bienaventurado san Josef, cuando le daban y recibian de uno á otro.

507. Cuando la divina Madre juzgó que ya era tiempo de darle el pecho, con humilde reverencia pidió licencia á su mismo Hijo; porque si bien le debia alimentar como á Hijo y hombre verdadero, le miraba juntamente como á verdadero Dios y Señor, y conocia la distancia del ser divino infinito al de pura criatura, como ella era. Y como esta ciencia en la prudentísima Vírgen era indefectible, sin mengua ni intervalo, ni una pequeña inadvertencia tuvo. Siempre atendia á todo, y comprehendia y obraba con plenitud lo mas alto y perfecto; y así cuidaba de alimentar, servir y guardar á su Niño, no con conturbada solicitud, sino con incesante atencion, reverencia y prudencia; causando nueva admiracion á los mismos Ángeles, cuya ciencia no llegaba á comprehender las heróicas obras de una doncella tierna. Y como siempre le asistian corporalmente desde que estuvo en el portal del nacimiento, la servian y administraban en todas las cosas que eran necesarias para el obsequio del Niño Dios y de la misma Madre. Y todos juntos estos misterios son tan dulces y admirables, y tan dignos de nuestra atencion y memoria, que no podemos negar cuán reprehensible es nuestra grosería en olvidarlos, y cuán enemigos somos de nosotros mismos privándonos de su memoria, y los efectos divinos que con ella sienten los hijos fieles y agradecidos.

508. Con la inteligencia que se me ha dado de la veneracion con que María santísima y el glorioso san Josef trataban al Niño Dios humanado, y la reverencia de los coros angélicos, pudiera alargar mucho este discurso. Pero aunque no lo hago, quiero confesar me hallo en medio de esta luz muy turbada y reprehendida, conociendo la poca veneracion con que audazmente he tratado con Dios hasta ahora; y las muchas culpas que en esto he cometido, se me han hecho patentes. Para asistir en estas obras á la Reina todos los Ángeles santos que la acompañaban, estuvieron en forma humana visible, desde el nacimiento hasta que con el Niño fué á Egipto, como adelante diré [1]. El cuidado de la humilde y amorosa Madre con su Niño Dios era tan incesante, que solo para tomar algun sustento le dejaba de sus brazos en los de san Josef algunas veces, y otras en los de los santos príncipes Miguel y Gabriel; porque es-

[1] Infr. à n. 619.

tos dos Arcángeles la pidieron que mientras comian ó trabajaba san Josef, se le diese á ellos. Y así se dejaba en manos de los Ángeles, cumpliéndose admirablemente lo que dijo David [1]: *En sus manos te llevarán, etc.* No dormia la diligentísima Madre, por guardar á su Hijo santísimo, hasta que su Majestad la dijo que durmiese y descansase. Y para esto, en premio de su cuidado, la dió un linaje de sueño mas nuevo y milagroso del que hasta entonces habia tenido, cuando juntamente dormia y su corazon velaba [2], continuando ó no interrumpiendo las inteligencias y contemplacion divina. Pero desde este dia añadió el Señor otro milagro á este, y fue, que dormia la gran Señora lo que era necesario, y tenia fuerza en los brazos para sustentar y tener al Niño, como si velara; y le miraba con el entendimiento, como si le viera con los ojos del cuerpo, conociendo intelectualmente todo lo que hacia ella y el Niño exteriormente. Con esta maravilla se ejecutó lo que dijo en los Cantares: *Yo duermo, y mi corazon vela.*

509. Los cánticos de alabanza y gloria del Señor que hacia nuestra Reina celestial al Niño, alternando con los santos Ángeles, y tambien con su esposo Josef, no puedo explicarlos con mis cortas razones y limitados términos. Y de solo esto habia mucho que escribir, porque eran muy continuos; pero su noticia está reservada para especial gozo de los escogidos. Entre los mortales fue dichosísimo y privilegiado en esto el fidelísimo san Josef, que muchas veces los participaba y entendia. Y á mas de este favor gozaba de otro para su alma de singular aprecio y consuelo, que la prudentísima Esposa le daba; porque muchas veces hablando con él del Niño, le nombraba *nuestro Hijo* [3]; no porque fuese hijo natural de Josef el que solo era hijo del eterno Padre y de sola su Madre Vírgen; pero porque en el juicio de los hombres era reputado por hijo de Josef. Y este favor y privilegio del Santo era de incomparable gozo y estimacion para él; y por esto le renovaba la divina Señora su esposa.

Doctrina que me dió la Reina y Señora del cielo.

510. Hija mia, véote con devota emulacion de la dicha de mis obras, de las de mi Esposo y de mis Ángeles en la compañía de mi Hijo santísimo, porque le teníamos á la vista como tú le desearas, si fuera posible. Y quiero consolarte y encaminar tu afecto en lo que debes y puedes obrar segun tu condicion, para conseguir en el

[1] Psalm. xc, 12. — [2] Cant. v, 2. — [3] Luc. ii, 48.

grado posible la felicidad que en nosotros ponderas, y te lleva el corazon. Advierte, pues, carísima, lo que bastantemente has podido conocer de los diferentes caminos por donde lleva Dios en su Iglesia á las almas á quienes ama y busca con paternal afecto. Esta ciencia has podido alcanzar con la experiencia de tantos llamamientos y luz particular como has recibido, hallando siempre al Señor á las puertas de tu corazon, llamando [1] y esperando tanto tiempo, solicitándote con repetidos favores y doctrina altísima, para enseñarte y asegurarte de que su dignacion te ha dispuesto y señalado para el estrecho vínculo de amor y trato suyo [2]; y para que tú con atentísima solicitud procures la pureza grande que para esta vocacion se requiere.

511. Tampoco ignoras, pues te lo enseña la fe, que Dios está en todo lugar por presencia, esencia y potencia de su divinidad, y que le son patentes todos tus pensamientos, tus deseos y gemidos, sin que ninguno se le oculte. Y si con esta verdad trabajas como fiel sierva para conservar la gracia que recibes por medio de los Sacramentos santos, y por otros conductos de la divina disposicion, estará contigo el Señor por otro modo de especial asistencia; y con ella te amará y regalará como á esposa dilecta suya. Pues si todo esto conoces y lo entiendes, díme ahora, ¿qué te queda que envidiar y desear, cuando tienes el lleno de tus ansias y suspiros? Lo que te resta, y yo de tí quiero, es, que con esta emulacion santa trabajes por imitar la conversacion y condicion de los Ángeles, la pureza de mi Esposo, y copiar en tí la forma de mi vida, en cuanto fuere posible, para que seas digna morada [3] del Altísimo. En ejecutar esta doctrina has de poner todo el conato, deseo ó emulacion con que quisieras haberte hallado, donde vieras y adoraras á mi Hijo santísimo en su nacimiento y niñez; porque si me imitas, segura puedes estar que me tendrás por tu maestra y amparo, y al Señor en tu alma con segura posesion. Con esta certeza le puedes hablar, regalándote con él y abrazándole, como quien le tiene consigo; pues para comunicar estas delicias con las almas puras y limpias tomó carne humana, y se hizo niño. Pero siempre le mira como á grande y como Dios, aunque niño, para que las caricias sean con reverencia, y el amor con el santo temor; pues lo uno se le debe, y á lo otro se digna por su inmensa bondad y magnífica misericordia.

512. En este trato del Señor has de ser continua y sin interva-

[1] Sap. VI, 15; Apoc. III, 20. — [2] Colos. III, 14. — [3] I Cor. III, 17.

los de tibieza que le cause hastío; porque tu ocupacion legítima y de asiento ha de ser el amor y alabanza de su ser infinito. Todo lo demás quiero que tomes muy de paso, de manera que apenas te hallen las cosas visibles y terrenas para detenerte un punto en ellas. En este vuelo te has de juzgar, y que no tienes otra cosa á que atender de veras, fuera del sumo y verdadero Bien que buscas. Á mí sola has de imitar, solo para Dios has de vivir; todo lo demás ni ha de ser para tí, ni tú para ello. Pero los dones y bienes que recibes, quiero los dispenses y comuniques para beneficio de tus prójimos, con el órden de la caridad perfecta, que por eso no se evacua [1], antes se aumenta mas. En esto has de guardar el modo que te conviene, segun tu condicion y estado, como otras veces te he mostrado y enseñado.

CAPÍTULO XIII.

Conoció María santísima la voluntad del Señor para que su Hijo unigénito se circuncidase, y trátalo con san Josef: viene del cielo el nombre santísimo de Jesús.

Dolor que martirizó á María, desde la Encarnacion, de lo que habia de padecer su Hijo.—No tenia expresa noticia de la voluntad divina cerca de la circuncision.—Razones que se le ofrecian por la parte afirmativa.—Razones por la parte negativa.—Actos de virtudes que ejerció en esta indiferencia.—Admirable prudencia con que usaba del favor divino en el recurso á la noticia extraordinaria.—Como investigaba el beneplácito divino para obrar conforme á él.—Por qué no usaba de la especial razon que en ella habia, para pedir á Dios le revelase su voluntad.—Afectos y sentimientos de la Madre de Dios en la consideracion de la circuncision de su Hijo.—Oracion de María al eterno Padre, pidiéndole le declarase su voluntad cerca de la circuncision de su Hijo.—Respuesta del Altísimo ordenando la circuncision de su Unigénito.—Ofrecimiento que hizo María al eterno Padre de su Hijo para el sacrificio de la circuncision.—No le manifestó á Josef la revelacion que habia tenido.—Razones con que le persuadió á que debian cumplir la ley de la circuncision.—Confirmó el Santo la resolucion.—Prevenciones que hizo la Madre de Dios para la circuncision de su Hijo.—Especial advertencia para conservar las reliquias divinas.—Determinó se hiciese la circuncision en aquella santa cueva.—Conferencia de las revelaciones de María y Josef, para que el nombre del Niño fuese Jesús.—Ejército de Angeles que bajó á intimar solemnemente el nombre de Jesús.—Forma y hermosura en que vinieron.—Traia cada uno grabado en el pecho el nombre de Jesús.—Disposicion en que se pusieron en la cueva.—Venian san Miguel y san Gabriel por cabezas del ejército.—Razonamiento que hicieron los santos Príncipes á la Madre de Dios.—Todos estos Án-

[1] I Cor. xiii, 8.

geles eran destinados para el servicio y asistencia de Cristo en su vida mortal.—Vió y oyó san Josef todo esto.—Fue singular la penetracion de los misterios en María.—La humildad y temor reverencial han de crecer en las almas al paso de los favores divinos.—Parvulez presuntuosa y vana curiosidad de algunas almas.—Causa de este engaño.—El amor humano hace el trato igual; el divino nunca ha de olvidar la reverencia.—Razon de juntar siempre con el amor divino la reverencia.—Qué almas no tienen este peligro de olvidarse de la reverencia con los favores.—Regla para evitarlo.—Peligro y audacia de inquirir en cualquier suceso el secreto del Señor.—Cuánto reprehende á este atrevimiento el modo de obrar que tuvo la Madre de Dios.—Cuán próximo está al engaño del demonio el deseo curioso de esa inquisicion.—No se ha de seguir en la curiosidad de esas preguntas la inclinacion de la naturaleza.—Ni es bastante motivo para hacerlas el aliviarse de trabajos.—Órden del amor y temor.

513. Luego que la prudentísima Vírgen se halló Madre con la encarnacion del Verbo divino en sus entrañas, comenzó á conferir consigo misma los trabajos y penalidades que su Hijo dulcísimo venia á padecer. Y como la noticia que tenia de las Escrituras era tan profunda, comprehendia en ella todos los misterios que contenian; y con esta ciencia iba previniendo y pesando con incomparable compasion lo que habia de padecer por la redencion humana. Este dolor previsto, y prevenido con tanta ciencia, fue un prolongado martirio de la mansísima Madre del Cordero [1] que habia de ser sacrificado. Pero en cuanto al misterio de la circuncision, que habia de ser tras del nacimiento, no tenia la divina Señora órden expreso ni conocimiento de la voluntad del eterno Padre. Con esta suspension solicitaba la compasion, los afectos y dulce voz de la tierna y amorosa Madre. Consideraba ella con su prudencia que su Hijo santísimo venia á honrar su ley, acreditándola con guardarla [2], y confirmándola con la ejecucion y cumplimiento, y que á mas de esto venia á padecer por los hombres, y que su ardentísimo amor no rehusaba el dolor de la circuncision, y que por otros fines podria ser conveniente admitirla.

514. Por otra parte, el maternal amor y compasion le inclinaban á excusar á su dulcísimo Niño de padecer esta penalidad, si fuera posible; y tambien porque la circuncision era sacramento para limpiar del pecado original, de que el infante Dios estaba tan libre, sin haberle contraido en Adan. Con esta indiferencia entre el amor de su Hijo santísimo y la obediencia del eterno Padre, hizo la prudentísima Señora muchos actos heróicos de virtudes, de incomparable agrado para su Majestad. Y aunque pudiera salir de esta duda,

[1] Jerem. XI, 19. — [2] Matth. V, 17; XX, 28.

preguntando al Señor luego lo que habia de hacer; pero como era igualmente prudente y humilde, se detenia. Ni tampoco lo preguntó á sus Ángeles; porque con admirable sabiduría aguardaba el tiempo oportuno y conveniente de la divina Providencia en todas las cosas, y jamás se adelantaba con ahogo ni curiosidad á inquirir ni saber las cosas por órden sobrenatural extraordinario, y mucho menos cuando esto habia de ser para aliviarse de alguna pena. Cuando ocurria negocio grave y dudoso, en que se podia atravesar ofensa del Señor, ó algun urgente suceso para el bien de las criaturas en que era necesario saber la divina voluntad, pedia primero licencia para suplicarle le declarase su agrado y beneplácito.

515. Y no es esto contrario á lo que en otra parte dejo escrito en el segundo tomo, lib. II, cap. X, que María santísima nada hacia, sin pedir al Señor licencia y consultando con su Majestad; porque esta conferencia y conocimiento del beneplácito divino no era inquiriendo con deseo de extraordinaria revelacion, que en esto, como queda dicho, era detenida y prudentísima, y en casos raros la pedia; pero sin nueva revelacion consultaba la luz habitual y sobrenatural del Espíritu Santo, que la gobernaba y encaminaba en todas sus acciones; y levantando allí la vista interior, conocia en ella mayor perfeccion y santidad en obrar las cosas y en las acciones comunes. Y aunque es verdad que la Reina del cielo tenia diferentes razones, y como especial derecho para pedir al Señor el conocimiento de su voluntad por cualquier modo; pero como era la gran Señora ejemplar y norma de santidad y discrecion, no se valia de este órden y gobierno, salvo en los casos que convenia; y en lo demás se regia cumpliendo á la letra lo que dijo David [1]: *Como los ojos de la esclava en las manos de su señora, así están mis ojos en las del Señor, hasta que su misericordia sea con nosotros*. Pero esta luz ordinaria en la Señora del mundo era mayor que en todos los mortales juntos; y en ella pedia el *fiat* que conocia de la voluntad divina.

516. El misterio de la circuncision era particular y único, y pedia especial ilustracion del Señor, y esta esperaba la prudente Madre oportunamente; y en el ínterin, hablando con la ley que la ordenaba, decia entre sí misma: *¡Oh ley comun, justa y santa eres; pero muy dura para mi corazon, si le has de herir, en quien es su vida y dueño verdadero! ¡Que seas rigurosa para limpiar de la culpa á quien la tiene, justo es; pero que ejecutes tu fuerza en el inocente*

1 Psalm. CXXII, 2.

que no pudo tener delito [1], *exceso de rigor parece, si no te acredita su amor! ¡Oh si fuera gusto de mi Amado excusar esta pena! Pero ¿cómo la rehusará quien viene á buscarlas, á abrazarse con la cruz, á cumplir y perficionar la ley* [2]*? ¡Oh cruel instrumento, si ejecutaras el golpe en mi propia vida, y no en el dueño que me la dió! Ó Hijo mio, dulce amor y lumbre de mi alma, ¿posible es que tan presto derramaréis la sangre que vale mas que el cielo y tierra? Mi amorosa pena me inclina á excusar la vuestra, y eximiros de la ley comun que como á su autor no os comprehende. Mas el deseo de cumplir con ella me obliga á entregaros á su rigor, si Vos, dulce vida mia, no conmutais la pena en que yo la padezca. El ser humano que teneis de Adan, yo, Señor mio, os le he dado, pero sin mácula de culpa; y para esto dispenso conmigo vuestra omnipotencia en la comun ley de contraerla. Por la parte que sois Hijo del eterno Padre, y figura de su substancia* [3] *por la generacion eterna, distais infinito del pecado. Pues ¿cómo, Dueño mió, quereis sujetaros á la ley de su remedio? Pero ya veo, Hijo mio, que sois Maestro y Redentor de los hombres, y que habeis de confirmar con ejemplo la doctrina, y no perderéis punto en esto. Ó Padre eterno, si es posible, pierda el cuchillo ahora su rigor, y la carne su sensibilidad. Ejecútese el dolor en este vil gusano: cumpla con la ley vuestro unigénito Hijo, y sienta yo sola su dolorosa pena. ¡Oh cruel y inhumana culpa que tan presto das lo acedo á quien no te pudo cometer! ¡Oh hijos de Adan, aborreced y temed al pecado, que para su remedio ha menester derramar sangre y penas de el mismo Dios y Señor!*

517. Este dolor mezclaba la piadosa Madre con el gozo de ver nacido y en sus brazos al Unigénito del Padre, y así lo pasó los dias que hubo hasta la circuncision, acompañándola en él su castísimo esposo Josef; porque solo con él habló de el misterio, aunque fueron pocas palabras, por la compasion y lágrimas de entrambos. Y antes que se cumplieran los ocho dias del nacimiento, la prudentísima Reina puesta en la presencia del Señor habló con su Majestad sobre su duda, y le dijo: *Altísimo Rey, padre de mi Señor* [4], *aquí está vuestra esclava con el verdadero sacrificio y hostia en las manos. Mi gemido* [5] *y su causa no está oculta á vuestra sabiduría. Conozca yo, Señor, vuestro divino beneplácito en lo que debo hacer con vuestro Hijo y mio para cumplir con la ley. Y si con padecer yo los dolores de su rigor, y mucho mas, puedo rescatar á mi dulcísimo Niño*

[1] Hebr. VII, 26, 27. — [2] Matth. V, 27. — [3] Hebr. I, 3.
[4] Ephes. V, 2. — [5] Psalm. XXXVII, 10.

y Dios verdadero, aparejado está mi corazon[1], *y tambien para no excusarlo, si por vuestra voluntad ha de ser circuncidado.*

518. Respondióla el Altísimo, diciendo: *Hija mia y paloma mia, no se aflija tu corazon por entregar á tu Hijo al cuchillo y al dolor de la circuncision; pues yo lo envié al mundo para darle ejemplo, y para que dé fin á la ley de Moisés, cumpliéndola enteramente*[2]. *Si el hábito de la humanidad, que tú le has dado como madre natural, ha de ser rompido con la herida de su carne y juntamente de tu alma; tambien padece en la honra, siendo Hijo*[3] *natural mio por eterna generacion, imágen de mi substancia*[4], *igual conmigo en naturaleza, majestad y gloria; pues le entrego á la ley y sacramento que quita el pecado*[5], *sin manifestar á los hombres que no puede tenerle*[6]. *Ya sabes, hija mia, que para este y otros mayores trabajos me has de entregar á tu Unigénito y mio. Déjale, pues, que derrame su sangre, y me dé primicias de la salud eterna de los hombres.*

519. Con esta determinacion del eterno Padre se conformó la divina Señora, como cooperadora de nuestro remedio, con tanta plenitud de toda santidad, que no cabe en razones humanas. Ofrecióle luego con rendida obediencia y con ardentísimo amor á su Hijo unigénito, y dijo: *Señor y Dios altísimo, la víctima y hostia*[7] *de vuestro aceptable sacrificio ofrezco con todo mi corazon, aunque lleno de compasion y de dolor de que los hombres hayan ofendido á vuestra bondad inmensa, de manera que sea necesaria satisfacion de persona que sea Dios. Eternamente os alabo, porque con infinito amor mirais á la criatura, no perdonando*[8] *á vuestro mismo Hijo por su remedio. Yo, que por vuestra dignacion soy Madre suya, debo sobre todos los mortales y demás criaturas estar rendida á vuestro beneplácito, y así os entrego al mansísimo Cordero*[9] *que ha de quitar los pecados del mundo por su inocencia. Pero si es posible que se temple el rigor de este cuchillo en mi dulce Niño, acrecentándose en mi pecho, poderoso es vuestro brazo para conmutarlo.*

520. Salió de esta oracion María santísima, y sin manifestar á san Josef lo que en ella habia entendido, con rara prudencia y razones dulcísimas le previno para disponer la circuncision[10] del Niño Dios. Díjole, como consultándole y pidiéndole su parecer: que llegándose ya el tiempo señalado por la ley[11] para la circuncision del divino Infante, parecia forzoso cumplir con ella, pues no tenian ór-

[1] Psalm. LVI, 8. — [2] Matth. V, 17. — [3] Psalm. II, 7. — [4] Hebr. I, 3. — [5] Joan. X, 30. — [6] II Cor. II, 21. — [7] Ephes. V, 2. — [8] Rom. VIII, 32. — [9] Joan. I, 29. — [10] Luc. II, 21. — [11] Genes. XVII, 12.

den para hacer lo contrario; y que los dos estaban mas obligados al Altísimo que todas las criaturas juntas, y debian ser mas puntuales en cumplir sus preceptos, y mas rendidos á padecer por su amor, en retorno de tan incomparable deuda, y en el cuidado de servir á su Hijo santísimo, estando en todo pendientes de su divino beneplácito. Á estas razones la respondió el santísimo Esposo con suma veneracion y grande sabiduría, y dijo que en todo se conformaba con la divina voluntad manifestada con la ley comun; pues no sabia otra cosa del Señor: y que el Verbo humanado, aunque en cuanto Dios no estaba sujeto á la ley, pero que vestido de la humanidad, siendo en todo perfectísimo Maestro y Redentor, gustaria de conformarse con los demás hombres en su cumplimiento. Y preguntó á su divina Esposa cómo se habia de ejecutar la circuncision.

521. Respondió María santísima, que cumpliendo la ley en substancia, en el modo le parecia que fuese como en los demás niños que se circuncidaban: pero que ella no debia dejarle ni entregarle á otra persona alguna; que le llevaria y tendria en sus brazos. Y porque la complexion y delicadeza natural del Niño será causa para sentir mas el dolor que los demás circuncidados, es razon prevenir la medicina que á la herida se suele aplicar á otros niños. Á mas de esto pidió á san Josef buscase luego un pomito de cristal ó vidrio en que recibir la sagrada reliquia de la circuncision del Niño Dios, para guardarla consigo. Y en el ínterin la advertida Madre previno paños en que cayese la sangre que se habia de comenzar á verter en precio de nuestro rescate, para que ni una gota se perdiese ni cayese por entonces en la tierra. Preparado todo esto, dispuso la divina Señora que san Josef avisase y pidiese al sacerdote que viniese á la cueva, porque el Niño no saliese de allí, y por su mano se hiciese la circuncision, como ministro mas decente y digno de tan oculto y grande misterio.

522. Luego trataron María santísima y san Josef del nombre que al Niño Dios habian de dar en la circuncision, y el santo Esposo dijo: *Señora mia, cuando el Ángel de el Altísimo me declaró este gran sacramento, me ordenó tambien que á vuestro sagrado Hijo le llamásemos* JESÚS. Respondió la Vírgen Madre: *El mismo nombre me declaró á mí cuando tomó carne en mi vientre; y sabiendo el nombre de la boca del Altísimo por sus ministros los Ángeles, justo es que con humilde reverencia veneremos los ocultos juicios y inescrutables de su sabiduría infinita en este santo nombre, y que mi Hijo y Señor se llame* JESÚS. *Y así se lo manifestarémos al sacer-*

dote, para que escriba este divino nombre en el registro de los demás niños circuncisos.

523. Estando la gran Señora del cielo y san Josef en esta conferencia, descendieron de las alturas innumerables Ángeles en forma humana con vestiduras blancas y refulgentes, descubriendo unos resaltos de encarnado, todos de admirable hermosura. Traian palmas en las manos y coronas en las cabezas, que cada una despedia de sí mayor claridad que muchos soles; y en comparacion de la belleza de estos santos príncipes, todo lo visible y hermoso de la naturaleza parece fealdad. Pero lo que mas sobresalia en su hermosura, era una divisa ó venera en el pecho, como grabada ó embutida en él, debajo un viril en que cada uno tenia escrito el nombre dulcísimo de Jesús. Y la luz y refulgencia que despedia cada uno de los nombres excedia á la de todos los Ángeles juntos, con que venia á ser la variedad en tanta multitud tan rara y peregrina, que ni con palabras se puede explicar, ni con nuestra imaginacion percibir. Partiéronse estos santos Ángeles en dos coros en la cueva, mirando todos á su Rey y Señor en los virginales brazos de la felicísima Madre. Venian como por cabezas de este ejército los dos grandes príncipes san Miguel y san Gabriel, con mayor resplandor que los otros Ángeles: y á mas de todos estos, traian los dos en las manos el nombre santísimo de Jesús, escrito con mayores letras en unas como tarjetas de incomparable resplandor y hermosura.

524. Presentáronse singularmente los dos príncipes á su Reina, y la dijeron: *Señora, este es el nombre de vuestro Hijo* [1], *que está escrito en la mente de Dios desde* ab æterno, *y toda la beatísima Trinidad se le ha dado á vuestro Unigénito y Señor nuestro, con potestad de salvar al linaje humano; y le asienta en la silla y trono de David; reinará en él, castigará á sus enemigos, y triunfando de ellos los humillará hasta ponerlos por pe aña de sus piés; y juzgando con equidad, levantará á sus amigos para colocarlos en la gloria de su diestra. Pero todo esto ha de ser á costa de trabajos y de sangre; y ahora la derramará con este nombre, porque es de Salvador y Redentor; y serán las primicias de lo que ha de padecer por la obediencia del eterno Padre. Todos los ministros y espíritus del Altísimo que aquí venimos, somos enviados y destinados por la divina Trinidad, para servir al Unigénito del Padre y vuestro, y asistir presentes á todos los misterios y sacramentos de la ley de gracia, y acompañarle y minis-*

[1] Matth. I, 21; Isai. IX, 7; Colos. II, 15; Psalm. LIV, 20; CIX, 1; IX, 9; Matth. XXV, 33.

trarle hasta que suba triunfante á la celestial Jerusalen, abriendo las puertas al linaje humano; y despues le gozarémos con especial gloria accidental sobre los demás bienaventurados, á quienes no fue dada esta felicísima comision. Todo esto oyó y vió el dichosísimo esposo san Josef con la Reina de el cielo; pero la inteligencia no fue igual, porque la Madre de la sabiduría entendió y penetró altísimos misterios de la redencion. Y aunque san Josef conoció muchos respetivamente, no como su divina Esposa; pero entrambos fueron llenos de júbilo y admiracion, y con nuevos cánticos glorificaron al Señor. Y lo que les pasó en varios y admirables sucesos, no es posible reducirlo á razones, que no se hallaran, ni términos adecuados para manifestar mi concepto.

Doctrina que me dió María santísima señora nuestra.

525. Hija mia, quiero renovar en tí la doctrina y luz que has recibido para tratar con suma reverencia á tu Señor y Esposo; porque la humildad y temor reverencial han de crecer en las almas, al paso que reciben mas particulares y extraordinarios favores. Por no tener esta ciencia muchas almas, unas se hacen indignas ó incapaces de grandes beneficios; otras, que los reciben, llegan á incurrir en una peligrosa y torpe grosería que ofenden mucho al Señor; porque de la suavidad dulce y amorosa, con que su dignacion divina muchas veces las regala y acaricia, suelen tomar un linaje de osadía ó presuntuosa parvulez para tratar á la Majestad infinita sin la reverencia que deben, y con vana curiosidad investigar y preguntar por caminos sobrenaturales lo que es sobre su entendimiento, y no les conviene saber. Este atrevimiento nace de juzgar y obrar con ignorancia terrena el trato familiar con el Altísimo, pareciéndoles que ha de ser al modo del que suele tener una criatura humana con otra igual suya.

526. Pero en este juicio se engaña mucho la alma, midiendo la reverencia y respeto que se le debe á la Majestad infinita con la familiaridad y trato igual que hace el amor humano entre los mortales. En las criaturas racionales la naturaleza es igual, aunque las condiciones y accidentes sean diversos; y con el amor y amistad familiar puédese olvidar la diferencia que las hace desiguales, y gobernarse el trato amigable por los movimientos humanos. Pero el amor divino nunca debe olvidar la excelencia inestimable del objeto infinito, pues así como él mira á la Bondad inmensa, y por eso no tie-

ne modo que le limite; así la reverencia mira á la majestad del ser divino: y como en Dios son inseparables la bondad y la majestad, tambien en la criatura no se han de apartar la reverencia del amor, y siempre ha de preceder la luz de la fe divina, que al amante le manifiesta la esencia del objeto que ama, y ella ha de despertar y fomentar el temor reverencial, y dar peso y medida á los afectos desiguales que el amor ciego y inadvertido suele engendrar, cuando obra sin acordarse de la excelencia y desigualdad del amado.

527. Cuando la criatura es de corazon grande, y está ejercitada y habituada en el temor santo y reverencial, no tiene este peligro de olvidarse de la reverencia debida al Altísimo, con la frecuencia de los favores, aunque sean grandes, porque no se entrega inadvertida á los gustos espirituales, ni por ellos pierde la prudente atencion á la suprema Majestad; antes la respeta y reverencia mas, cuanto mas la ama y la conoce. Y con estas almas trata el Señor como un amigo con otro [1]. Sea, pues, regla inviolable para tí, hija mia, que cuando gozares de los mas estrechos abrazos y regalos del Altísimo, tanto mas atenta estés á respetar la grandeza de su ser infinito y inmutable, á magnificarle y amarle juntamente. Y con esta ciencia conocerás mejor y ponderarás el beneficio que recibes, y no incurrirás en el peligro y audacia de los que livianamente quieren en cualquier suceso párvulo ó grande inquirir y preguntar el secreto del Señor, y que su prudentísima providencia se incline y atienda á la vana curiosidad, que los mueve con alguna pasion y desórden, que nace, no del celo y amor santo, sino de afectos humanos y reprehensibles.

528. Atiende en esto al peso con que yo obraba y me detenia en mis dudas; pues en hallar gracia en los ojos del Señor, ninguna criatura con inmensa distancia se puede igualar conmigo. Y con ser esto así, y tener en mis brazos al mismo Dios, y ser su Madre verdadera, nunca me atreví á pedirle me declarase cosa alguna por extraordinario modo, ni por saberla ni aliviarme de alguna pena, ni por otro fin humano; que todo esto fuera flaqueza natural, curiosidad vana ó vicio reprehensible, y no pudo caber nada de esto en mí. Pero cuando la necesidad me obligaba para gloria de el Señor, ó la ocasion era inexcusable, pedia licencia á su Majestad para proponerle mi deseo. Y aunque le hallaba siempre muy propicio, y con caricia me respondia, preguntándome qué queria de su misericordia, con todo esto me aniquilaba y humillaba hasta el pol-

[1] Exod. XXXIII, 11.

vo, y solo pedia me enseñase lo mas acepto y agradable á sus ojos.

529. Escribe, hija mia, en tu corazon este documento, y advierte que jamás con deseo desordenado y curioso quieras inquirir ni saber cosa alguna sobre la razon humana. Porque á mas de que el Señor no responde á tal insipiencia, por lo mucho que le desagrada, está el demonio muy atento á este vicio en las personas que tratan de vida espiritual; y como de ordinario es él el autor de estos afectos de viciosa curiosidad, y los mueve con su astucia, con ella misma suele responder á ellos, transfigurado en ángel de luz [1], con que engaña á los imperfectos y incautos. Y cuando estas preguntas solo fuesen movidas de la naturaleza y inclinacion, tampoco se ha de seguir ni atender; porque en negocio tan alto como el trato con el Señor no se ha de seguir el dictámen ni la razon por sus apetitos y pasiones: que la naturaleza infecta y depravada por el pecado está muy desordenada y tiene movimientos sin concierto y desmedidos, que no es justo escucharlos ni gobernarse por ellos. Tampoco por aliviarse la criatura de penas y trabajos, ha de recurrir á las divinas revelaciones; porque la esposa de Cristo y el verdadero siervo suyo no han de usar de sus favores para huir de la cruz, sino para buscarla y llevarla con el Señor [2], y dejarse en la que le diere á su divina disposicion. Todo esto quiero yo de tí con el encogimiento del temor, declinando á este extremo por apartarte del contrario. Desde hoy quiero que mejores el motivo, y obres por amor en todo [3], como mas perfecto en sus fines. Este no tiene tasa ni modo; y así quiero ames con exceso y temas con moderacion lo que baste para no quebrantar la ley del Altísimo, y ordenar todas tus operaciones interiores y obras exteriores con rectitud. En esto sé cuidadosa y oficiosa, aunque te cueste mucho trabajo y penalidad; pues yo la padecí en circuncidar á mi Hijo santísimo. Y lo hice porque en las leyes santas [4] se nos declaraba y intimaba la voluntad del Señor, á quien en todo y por todo debemos obedecer.

CAPÍTULO XIV.

Circuncidan al Niño Dios, y le ponen por nombre JESÚS.

Habia sinagoga en Belen.—De qué servian las sinagogas.—En qué forma el sacerdote era ministro de la circuncision.—Por qué quiso María que él lo fuese de la de su Hijo.—Efectos que hizo en el sacerdote la presencia de Cristo y su Madre.—El contacto de la carne deificada le hizo santo.—Como

1 II Cor. XI, 14. — 2 Matth. XVI, 24. — 3 Philip. I, 9. — 4 Genes. XVII, 12.

consiguió María tener en sus manos al Niño Dios cuando le circuncidó el sacerdote.—Fue ella el altar deste sacrificio.—Como recogió la divina sangre.—Tres cosas que ofreció el Niño Dios á su eterno Padre en el acto de su circuncision.—Cuán acepto fue al Padre este ofrecimiento y sacrificio de su Unigénito.—Conformidad de María con las operaciones de su Hijo.—Lágrimas de el Niño Dios, y su motivo.—Lágrimas de la Madre.—Recogió la reliquia y sangre.—Admirable excelencia de todas las obras de María en este sacrificio de la circuncision de su Hijo.—Declaracion maravillosa de el nombre de Jesús.—Efectos que sintió en sí el sacerdote al escribirlo.—Imponderable cuidado de María en la curacion de su Hijo.—Delicias del Niño Dios en la santidad de su Madre.—Música que le dieron los Ángeles celebrando su nombre.—Reprehension de la ingratitud de los hombres de el olvido de este beneficio.—Fin á que ordenó el Señor esta luz especial de sus misterios.—Ingratitud de los hombres á las obras de su reparo.—Admíranse los bienaventurados de lo poco que las atendieron.—Los Ángeles y Santos del cruel olvido de los mortales.—Los prescitos lo llorarán con amargura irremediable.

530. En la ciudad de Belen habia particular sinagoga, como en otras de Israel [1], donde se juntaba el pueblo á orar (que por esto se llamaba tambien casa de oracion) y juntamente á oir la ley de Moisés, la cual leia y declaraba un sacerdote en el púlpito con alta voz para que el pueblo entendiese sus preceptos. Pero en esta sinagoga no se ofrecian los sacrificios; porque estaba reservado para el templo de Jerusalen, si el Señor no disponia otra cosa: por no haber dejado esto con libertad del pueblo, como consta del Deuteronomio [2], para huir del peligro de la idolatría. Pero el sacerdote, que era maestro ó ministro de la ley, solia serlo tambien de la circuncision; no por precepto que obligase, porque cualquiera podia circuncidar aunque no fuera sacerdote, sino por especial devocion de las madres, que muchas se movian, pensando que los niños no peligrarian tanto si eran circuncisos por mano de sacerdote. Nuestra gran Reina, no por este temor, sino por la dignidad del Niño, quiso que el ministro de su circuncision fuese el sacerdote que estaba en Belen; y para este fin le llamó el esposo dichoso san Josef.

531. Vino el sacerdote al portal ó cueva de el nacimiento, donde le esperaba el Verbo humanado y su Madre Vírgen que le tenia en sus brazos: y con el sacerdote vinieron otros dos ministros que solian ayudar en el ministerio de la circuncision. El horror del lugar humilde admiró y desazonó un poco al sacerdote. Pero la prudentísima Reina le habló y recibió con tal modestia y agrado, que eficazmente le compelió á mudar el rigor en devocion y admiracion

1 Judith, VI, 21; Act. XIII, 15. — 2 Deut. XII, 5, 6.

de la compostura y majestad honestísima de la Madre, que sin conocer la causa le movió á reverencia y respeto de tan rara criatura. Y cuando puso los ojos el sacerdote en el semblante de la Madre y del Niño que tenia en sus brazos, sintió en el corazon un nuevo movimiento que le inclinó á gran devocion y ternura, admirado de lo que veia entre tanta pobreza y en tan humilde y despreciado lugar. Y cuando llegó al contacto de la carne deificada del infante Dios, fue renovado todo con una oculta virtud que le santificó y perficionó; y dándole nuevo ser de gracia, le llevó hasta ser santo y muy agradable al altísimo Señor.

532. Para hacer la circuncision con la reverencia exterior que en aquel lugar era posible, encendió san Josef dos velas de cera; y el sacerdote dijo á la Vírgen Madre que se apartase un poco, y entregase el Niño á los ministros, porque la vista del sacrificio no la afligiese. Este mandato causó alguna duda en la gran Señora; que su humildad y rendimiento le inclinaba á obedecer al sacerdote, y por otra parte la llevaba el amor y reverencia de su Unigénito. Y para no faltar á estas dos virtudes, pidió licencia al sacerdote con humilde sumision, y le dijo tuviese gusto, si era posible, que ella asistiese al sacramento de la circuncision, por lo que le veneraba; y que tambien se hallaba con ánimo de tener en sus brazos á su Hijo, pues allí habia poca disposicion para dejarle y alejarse; y solo le suplicaba que con la piedad posible se hiciese la circuncision, por la delicadeza del Niño. El sacerdote ofreció hacerlo, y permitió que la misma Madre tuviese al Niño en sus manos para el misterio. Y ella fue el altar sagrado en que se comenzaron á cumplir las verdades figuradas de los antiguos sacrificios [1], ofreciendo este nuevo y matutino en sus brazos, para que en todas las condiciones fuese acepto al eterno Padre.

533. Desenvolvió la divina Madre á su Hijo santísimo de los paños en que estaba, y sacó del pecho una toalla ó lienzo que tenia prevenido al calor natural, por el rigor del frio que entonces hacia; y con este lienzo tomó en sus manos al Niño, de manera que la reliquia y sangre de la circuncision se recibiesen en él. Y el sacerdote hizo su oficio, y circuncidó al Niño Dios y hombre verdadero, que al mismo tiempo con inmensa caridad ofreció al eterno Padre tres cosas de tanto precio, que cada una era suficiente para la redencion de mil mundos. La primera fue admitir forma de pecador [2], siendo inocente y Hijo de Dios vivo; porque recibia el sacramento [3] que

[1] Hebr. IX, 6. — [2] Philip. II, 7. — [3] II Cor. V, 21.

se aplicaba para limpiar de el pecado original, y se sujetaba á la ley que no debia. La segunda fue el dolor, que le sintió como verdadero y perfecto hombre. La tercera fue el amor ardentísimo con que comenzaba á derramar su sangre en precio del linaje humano; y dió gracias al Padre porque le habia dado forma humana en que padecer para su gloria y exaltacion.

534. Esta oracion y sacrificio de Jesús nuestro bien aceptó el Padre, y comenzó (á nuestro entender) á darse por satisfecho y pagado de la deuda del linaje humano. Y el Verbo encarnado ofreció estas primicias de su sangre [1] en prendas de que toda la daria para consumar la redencion y extinguir la obligacion en que estaban los hijos de Adan. Todas las acciones y operaciones interiores del Unigénito miraba su santísima Madre, y entendia con profunda sabiduría el misterio de este sacramento, y acompañaba á su Hijo y Señor en lo que iba obrando respectivamente como á ella le tocaba. Lloró tambien el Niño Dios como hombre verdadero. Y aunque el dolor de la herida fue gravísimo, así por su sensible complexion como por la crueldad del cuchillo de pedernal; no fueron tanta causa de sus lágrimas el natural dolor y sentimiento, como la sobrenatural ciencia con que miraba la dureza de los mortales, mas invencible y fuerte que la piedra, para resistir á su dulcísimo amor y á la llama que venia á encender [2] en el mundo y en los corazones de los profesores de la fe. Lloró tambien la tierna y amorosa Madre, como candidísima oveja que levanta el balido con su inocente cordero. Y con recíproco amor y compasion, él se retrajo para la Madre, y ella dulcemente le arrimó con caricia á su virginal pecho; y recogió la sagrada reliquia y sangre derramada, y la entregó entonces á san Josef para cuidar ella del Niño Dios, y envolverle en sus paños. El sacerdote extrañó algo las lágrimas de la Madre; y aunque ignoraba el misterio, le pareció que la belleza del Niño podia con razon causar tanto dolor, amargura y amor en la que le habia parido.

535. En todas estas obras fue la Reina del cielo tan prudente, prevenida y magnánima, que admiró á los coros de los Ángeles, y dió sumo agrado al Criador. En todas resplandeció la divina sabiduría que la encaminaba, dando á cada una el lleno de perfeccion, como si sola aquella hiciera. Estuvo invicta para tener al Niño en la circuncision; cuidadosa para recoger la reliquia; compasiva para lastimarse y llorar con él, sintiendo su dolor; amorosa para acariciarle; diligente para obligarle; fervorosa para imitarle en sus obras,

[1] Colos. II, 14. — [2] Luc. XII, 49.

y siempre religiosa para tratarle con suma reverencia, sin que faltase ó interrumpiese en estos actos, ni uno estorbase la atencion y perfeccion del otro. Admirable espectáculo en una doncella de quince años, y que á los Ángeles fue como un género de enseñanza y admiracion muy nueva. Entre todo esto preguntó el sacerdote qué nombre daban sus Padres al Niño circuncidado; y la gran Señora, atenta siempre al respeto de su Esposo, le dijo lo declarase. El santo Josef con la veneracion digna se convirtió á ella, dándole á entender que saliese de su boca tan dulce nombre. Y con divina disposicion á un mismo tiempo pronunciaron los dos, María y Josef [1]: JESÚS *es su nombre*. Respondió el sacerdote: Muy conformes están los Padres, y es grande el nombre que le ponen al Niño; y luego le escribió en la memoria ó nómina de los demás del pueblo. Al escribirle sintió el sacerdote grande conmocion interior, que le obligó á derramar muchas lágrimas, y admirado de lo que sentia y ignoraba, dijo: *Tengo por cierto que este Niño ha de ser un gran Profeta del Señor. Tened gran cuidado de su crianza, y decidme en qué puedo yo acudir á vuestras necesidades*. Respondieron María santísima y Josef al sacerdote con humilde agradecimiento; y con alguna ofrenda que le hicieron de las velas y otras cosas, le despidieron.

536. Quedaron solos María santísima y Josef con el Niño; y de nuevo celebraron los dos el misterio de la circuncision, y confiriéndole con dulces lágrimas y cánticos que hicieron al dulce nombre de JESÚS, cuya noticia (como de otras maravillas he dicho) se reserva para gloria accidental de los Santos. La prudentísima Madre curó al niño Dios de la herida del cuchillo con las medicinas que á otros solian aplicarse; y el tiempo que le duró el dolor y la cura no le dejó un punto de sus brazos de dia ni de noche. No cabe en la ponderacion y capacidad humana explicar el cuidadoso amor de la divina Madre; porque el natural afecto fue el mayor que otra alguna pudo tener á sus hijos, y el sobrenatural excedia á todos los Santos y los Ángeles juntos. La reverencia y culto no tiene comparacion con otra cosa criada. Estas eran las delicias del Verbo humanado [2] que deseaba y tenia con los hijos de los hombres. Y entre los dolores que sentia por las acciones que arriba he dicho, tenia su amoroso corazon este regalo con la eminente santidad de su Madre Vírgen. Y aunque de sola ella se agradaba sobre todos los mortales, y descansaba en su amor; con todo eso la humilde Reina le procuraba aliviar por todos los medios que le eran posibles. Para esto pidió á los santos Ángeles, que

[1] Luc. II, 21. — [2] Prov. VIII, 31.

allí asistian, que hiciesen música á su Dios humanado, niño y dolorido. Obedecieron á su Reina y Señora los ministros del Altísimo, y en voces materiales le cantaron con celestial armonía los mismos cánticos que ella habia compuesto por sí, y con su Esposo, en loor del nuevo y dulce nombre de JESÚS.

537. Con esta música tan dulce, que en su comparacion toda la de los hombres fuera confusion ofensiva, entretenia la divina Señora á su Hijo dulcísimo; y mucho mas con la que ella misma le daba con la armonía de sus heróicas virtudes que en su alma santísima hacian coros de ejércitos, como se lo dijo el mismo Señor y Esposo en los Cantares [1]. Duro es el corazon humano, y mas que tardo y pesado en conocer y agradecer tan venerables sacramentos, ordenados para su eterna salud con inmenso amor de su Criador y Redentor. Ó dulce bien mio y vida de mi alma, ¡qué mal retorno te damos por las finezas de tu amor eterno! ¡Oh caridad sin término ni medida, pues no te puedes extinguir [2] con las muchas aguas de nuestras ingratitudes tan desleales y groseras! No pudo la bondad y santidad por esencia descender mas por nuestro amor, ni hacer mayor fineza que tomar forma de pecador [3], recibiendo en sí la inocencia el remedio de la culpa que no podia tocarle [4]. Si desprecian los hombres este ejemplo, si olvidan este beneficio, ¿cómo se atreven á decir que tienen juicio? ¿Cómo presumen y se glorian de sábios, de prudentes y entendidos? Prudencia fuera, hombre ingrato, si no te mueven tales obras de Dios, afligirte y llorar tan laudable estulticia y dureza de ánimo; pues no deshace el hielo de tu corazon el fuego del amor divino.

Doctrina que me dió la reina María santísima señora nuestra.

538. Hija mia, quiero que con atencion consideres el beneficio y favor que recibes dándote á conocer el cuidado, solicitud y devocion cariciosa con que yo servia á mi Hijo santísimo y dulcísimo en los misterios que has escrito. No te da el Altísimo esta luz tan especial para que solo te detengas en el regalo de conocerla, y que con ella recibes; sino para que me imites en todo como fiel sierva; y como eres señalada en la noticia de los misterios de mi Hijo, lo seas tambien en el agradecimiento de sus obras. Considera, pues, carísima, cuán mal pagado es el amor de mi Hijo y Señor de los mortales, y aun poco agradecido de los justos y olvidado. Toma por

[1] Cant. VII, 1. — [2] Ibid. VIII, 7. — [3] Philip. II, 7. — [4] II Cor. V, 21.

tu cuenta, en cuanto alcanzaren tus flacas fuerzas, recompensarle este agravio y ofensa, amándole, agradeciéndole, y sirviéndole por tí y por todos los demás que no lo hacen. Para esto has de ser ángel en la prontitud, ferviente en el celo, puntual en las ocasiones, y de todo punto has de morir á lo terreno, soltando y quebrantando las prisiones de las inclinaciones humanas, para levantar el vuelo adonde el Señor te llama.

539. No ignoras, hija mia, la eficacia dulce que tiene la memoria viva de las obras que hizo mi Hijo santísimo por los hombres: y aunque puedes ayudarte tanto con esta luz para ser agradecida; con todo eso, para que temas mas incurrir en el peligro del olvido, te advierto que los bienaventurados en el cielo, conociendo á la luz divina estos misterios, se admiran de sí mismos por lo poco que atendieron á ellos, siendo viadores. Y si pudieran ser capaces de pena, se lastimaran sumamente por la tardanza ó descuido en que incurrieron en el aprecio de las obras de la redencion y imitacion de Cristo. Y todos los Ángeles y Santos, con una ponderacion oculta á los mortales, se admiran de la crueldad que ha poseido sus corazones contra sí mismos y contra su Criador y Salvador; pues de ninguno tienen compasion, ni de lo que el Señor padeció, ni tampoco de lo que á ellos les espera que padecer. Y cuando con amargura irremediable conozcan los prescitos su formidable olvido, y que no atendieron á las obras de Cristo su Redentor, esta confusion y despecho será intolerable pena, y sola ella será castigo sobre toda ponderacion, viendo la copiosa redencion [1] que despreciaron. Oye, hija mia [2], y inclina tu oreja á mis consejos y doctrina de vida eterna. Arroja de tus potencias toda imágen y afecto de criatura humana, y convierte todo tu corazon y mente á los misterios y beneficios de la redencion. Entrégate toda á ellos, medítalos, piénsalos, pésalos, agradécelos como si tú fueras sola, y ellos para tí [3] y por cada uno de los hombres. En ellos hallarás la vida, la verdad y el camino de la eternidad, y siguiéndole no le podrás errar; antes hallarás la lumbre de los ojos y la paz [4].

[1] Psalm. CXXIX, 7. — [2] Ibid. XLIV, 11. — [3] Galat. II, 20.
[4] Baruch, III, 14.

CAPÍTULO XV.

Persevera María santísima con el Niño Dios en el portal del nacimiento hasta la venida de los Reyes.

Noticia que tuvo María de que habian de venir los Reyes á adorar á su Hijo. —No la tuvo san Josef. —Propuso el Santo á María que dejasen la cueva en que estaban.—Rendimiento de la Madre de Dios á la obediencia de su Esposo.—Cariño que tenia á la santa cueva.—Órden divino para que aguardasen en aquella humilde cueva la venida de los Reyes.—Excelencias de aquel santo lugar.—Devocion que le tenia María.—Prevenciones que hizo para defender en su incomodidad á su Hijo de los rigores del tiempo.—Mandó á las criaturas que no le ofendiesen con las inclemencias de el invierno.—Maravillosa obediencia de las criaturas insensibles á este imperio de su Reina.—Herian á la Madre las inclemencias que no tocaban á su Hijo, porque así lo mandaba la Reina.—Gozaba Josef del privilegio de el Niño, aunque ignorando la causa.—Gobierno que tenia María en alimentar á su Hijo.—Reverencia con que lo trataba.—Forma de las caricias de el niño Jesús á su Madre.—Cómo se portaba en ellas María.—Nuevo modo con que se le manifestaba la humanidad y interior de su Hijo.—Alteza con que iba imitando sus operaciones.—Gozos del Niño Dios en la pureza y perfeccion de su Madre.—Efectos altísimos que sentia María entre las delicias de su Unigénito.—Palabras ponderosas que le decia desahogando sus afectos.—Conocia en la ciencia su Hijo las almas que en la ley de gracia se habian de señalar en la perfeccion.—Efectos de este conocimiento.—Como fue mártir María.—No comió el niño Jesús mientras recibió el pecho de su Madre.—Calidades de la leche de la Vírgen.—Favores y caricias del niño Jesús que gozó san Josef.—En qué ocasiones lo tenia en sus brazos.—Forma de las caricias que le hacia el Niño.—Repartian entre María y Josef el tener el Niño ó la reliquia de su circuncision. —Teníanla en un pomo de cristal.—Milagro que hizo la Vírgen en él para guarda de la reliquia.—Dejóla á los Apóstoles como vinculada á la Iglesia. —Cómo se han de rendir los afectos y inclinaciones á las cosas exteriores. —Ejemplo en la Madre de Dios.—Hase de buscar la voluntad divina por consejo y parecer ajeno, y no por inclinacion propria.—Exhortacion á imitar á la Madre de Dios en lo que obraba con su Hijo.—Continua solicitud de María en el amor divino.—Su singular despego de la tierra.—Los que no vencen sus pasiones como pueden, no se quejen de la naturaleza, sino de su voluntad.—Cómo ha de ser el uso de lo necesario en los religiosos.

540. Por la ciencia infusa que nuestra gran Reina tenia de las divinas Escrituras [1], y tan altas y soberanas revelaciones, sabia que los Reyes magos del Oriente vendrian á reconocer y adorar á su Hijo santísimo por verdadero Dios. Y en especial estaba de próximo capaz de este misterio por la noticia, que se les envió con el Ángel, del

[1] Psalm. LXXI, 10; Isai. LX, 6.

nacimiento del Verbo humanado, como arriba se dijo en el capítulo II, núm. 492, que todo lo conoció la Madre Vírgen. San Josef no tuvo noticia de este sacramento; porque no se le habia revelado, ni la prudentísima Esposa le habia informado de su secreto, porque en todo era sábia y advertida, y aguardaba que obrase en estos misterios la divina voluntad con su disposicion suave [1] y oportuna. Por esto el santo Esposo, celebrada la circuncision, propuso á la Señora del cielo que le parecia necesario dejar aquel lugar desamparado y pobre, por la incomodidad que en él habia para el abrigo del Niño Dios y de ella misma; y que ya en Belen se hallaria posada desocupada, donde podian recogerse mientras llegaba el tiempo de poder llevar el Niño á presentarle en el templo de Jerusalen. Esto propuso el fidelísimo Esposo, cuidadoso y solícito de que con su pobreza no le faltase la abundancia ni regalos que deseaba para servir á Hijo y Madre; y en todo se remitia á la voluntad de su divina Esposa.

541. Respondióle la humilde Reina sin manifestarle el misterio, y le dijo: *Esposo y señor mio, yo estoy rendida á vuestra obediencia, y adonde fuere vuestra voluntad os seguiré con mucho gusto; disponed lo que mejor os pareciere.* Tenia la divina Señora algun cariño á la cueva por la humildad y pobreza del lugar, y por haberla consagrado el Verbo humanado con los misterios de su nacimiento y circuncision, y con el que esperaba de los Reyes, aunque no sabia el tiempo, ni cuándo llegarian. Piadoso era este afecto, lleno de devocion y veneracion; mas con todo eso antepuso la obediencia de su Esposo á su particular afecto, y se resignó en ella para ser en todo ejemplar y dechado de perfeccion altísima. Puso esta dejacion y igualdad á san Josef en mayor cuidado; porque deseaba que su Esposa determinase lo que debian hacer. Y estando en esta conferencia, respondió el Señor por los dos santos príncipes Miguel y Gabriel, que asistian corporalmente al servicio de su Dios y Señor y á la gran Reina, y dijeron: *La voluntad divina ha ordenado que en este mismo lugar adoren al Verbo divino los tres Reyes de la tierra* [2] *que vienen, en busca del Rey del cielo, del Oriente. Diez dias hace que caminan; porque tuvieron luego aviso del santo nacimiento, y al punto se pusieron en camino, y llegarán aquí con brevedad; y se cumplirán los vaticinios de los Profetas, como muy de léjos lo conocieron y profetizaron.*

542. Con este nuevo aviso quedó san Josef gozoso y informado

[1] Sap. VIII, 1. — [2] Psalm. LXXI, 10; Isai. LX, 6.

de la voluntad del Señor, y su esposa María santísima le dijo: *Señor mio, este lugar escogido por el Altísimo para tan magníficos misterios, aunque es pobre y desacomodado á los ojos del mundo, mas en los de su sabiduría es rico, precioso, estimable y el mejor de la tierra, pues el Señor de los cielos se ha pagado dél, consagrándole con su real presencia. Poderoso es para que en este sitio, que es verdadera tierra de promision, gocemos de su vista. Y si fuere voluntad suya, nos dará algun alivio y abrigo contra los rigores del tiempo los pocos dias que aquí estarémos.* Consolóse san Josef, y se alentó mucho con todas estas razones de la prudentísima Reina; y le respondió, que pues el Niño Dios cumpliria con la ley de la presentacion al templo, como lo habia hecho con la de la circuncision, hasta que llegase el dia se podian estar en aquel lugar sagrado, sin volver primero á Nazareth, por estar léjos y el tiempo trabajoso. Y si acaso el rigor los obligase á retirar á la ciudad, por huir dél, lo podian hacer; pues de Belen á Jerusalen estaban solas dos leguas.

543. En todo se conformó María santísima con la voluntad de su cuidadoso Esposo, inclinándose siempre su deseo á no desamparar aquel sagrado tabernáculo, mas santo y venerable que el Sancta Sanctorum del templo, mientras llegaba el tiempo de presentar en él á su Unigénito, para quien previno todo el abrigo posible, con que se defendiese de los frios y rigores del tiempo. Previno tambien el portal para la llegada de los Reyes, limpiándole de nuevo, lo que permitia su natural desaliño y pobreza humilde de el sitio. Pero la mayor diligencia y prevencion que hizo para el Niño Dios, fue tenerle siempre en sus brazos, cuando no era forzoso el dejarle. Y sobre todo usó de la potestad de Señora y Reina de todas las criaturas, cuando se enfurecian las inclemencias del invierno; porque mandaba al frio y á los vientos, nieves y heladas, que no ofendiesen á su Criador, y que con ella sola usasen de sus rigores y ásperas influencias que como elementos enviaban. Decia la divina Señora: *Detened vuestra ira contra vuestro mismo Criador, Autor, Dueño y Conservador, que os dió el ser, y la virtud y operacion. Advertid, criaturas de mi Amado, que vuestro rigor* [1] *le recibísteis por la culpa, y se encamina á castigar la inobediencia del primer Adan y su prosapia. Pero con el segundo, que viene á reparar aquella caida, y no pudo tener en ella parte, habeis de ser corteses, respetando y no ofendiendo á quien debeis obsequio y rendimiento. Yo os lo mando en nombre suyo, y que no le deis ninguna molestia ni desagrado.*

[1] Sap. v, 18.

544. Digna era de nuestra admiracion y imitacion la pronta obediencia de las criaturas irracionales á la voluntad divina, intimada por la Madre del mismo Dios; porque sucedia, cuando ella lo mandaba, que la nieve y agua no llegaba á ella por mas de diez varas de distancia, y los vientos se detenian, y el aire ambiente se templaba y mudaba en un templado calor. A esta maravilla se juntaba otra, que al mismo tiempo que el Niño Dios en sus brazos recibia este obsequio de los elementos sintiendo algun abrigo, la Madre Vírgen experimentaba y la heria el frio y aspereza de las inclemencias en el punto y grado que le podian causar con su fuerza natural. Y esto sucedia porque en todo la obedecian, y ella no queria excusar para sí misma el trabajo, de que reservaba á su tierno niño y Dios magnífico, como Madre amorosa y Señora de las criaturas, sobre quien imperaba. Al santo y dichoso Josef llegaba el privilegio que al dulce Infante, y conocia la mudanza de inclemencia en clemencia, pero no sabia que aquellos efectos fuesen por mandado de su divina Esposa y obras de su potencia; porque ella no le manifestaba este privilegio, que no tenia órden del Altísimo para hacerlo.

545. El gobierno y modo que guardaba la gran Reina del cielo en alimentar á su niño Jesús, era dándole su virginal leche tres veces al dia, y siempre con tanta reverencia, que le pedia licencia, y que la perdonase la indignidad, humillándose y reconociéndose inferior. Y muchos tiempos, cuando le tenia en sus brazos, estaba de rodillas adorándole; y si era necesario asentarse, le pedia siempre licencia. Con la misma reverencia se le daba á san Josef, y le recibia, como dije arriba [1]. Muchas veces le besaba los piés, y cuando habia de hacer lo mismo en el rostro, le pedia interiormente su benevolencia y consentimiento. Correspondíale á estas caricias de madre su dulcísimo Hijo, no solo con el semblante agradable que las recibia, sin dejar la majestad; pero con otras acciones que hacia al modo de los otros niños, aunque con diferente serenidad y peso. Lo mas ordinario era reclinarse amorosamente en el pecho de la purísima Madre, y otras en el hombro, cogiéndole con sus bracitos divinos el cuello. Y en estas caricias era tan atenta y advertida la emperatriz María, que ni con parvuleces, como otras madres, le solicitaba, ni con temor le retiraba. En todo era prudentísima y perfecta, sin defecto ni exceso reprehensible; y el mayor amor del Hijo santísimo y la manifestacion dél la pegaba mas con el polvo, y la dejaba con

[1] Supr. n. 506.

profunda reverencia; la cual media sus afectos y les daba mayores realces de magnificencia.

546. Otro mas alto linaje de caricias tenian el Niño Dios y la Madre Vírgen; porque á mas de conocer ella siempre con la divina luz los actos interiores de la alma santísima de su Unigénito, como queda dicho [1], sucedia muchas veces, teniéndole en sus brazos, que con otro nuevo beneficio se le manifestaba la humanidad, como un viril cristalino, y por ella y en ella miraba la union hipostática, y el alma de el mismo Niño Dios, y todas las operaciones que obraba, orando al eterno Padre por el linaje humano. Y estas obras y peticiones iba imitando la divina Señora, quedando toda absorta y transformada en su mismo Hijo. Y su Majestad la miraba con accidental gozo y delicias, como recreándose en la pureza de tal criatura, y gozándose de haberla criado, y haberse humanado la Divinidad para formar tan viva imágen de ella y de la humanidad que de su virginal substancia habia tomado. En este misterio se me ofreció lo que dijeron á Holofernes sus capitanes, cuando vieron á la hermosa Judith en los campos de Betulia [2]: *¿Quién despreciará el pueblo de los hebreos, y no juzgará por muy acertada la guerra contra ellos, teniendo tan agraciadas mujeres?* Misteriosa y verdadera parece esta razon en el Verbo humanado; pues él pudo decir á su eterno Padre y á todo el resto de las criaturas lo mismo con mas justa causa: ¿Quién no dará por bien empleado y puesto en razon haber yo venido del cielo á tomar carne humana en la tierra, y degollar al demonio, mundo y carne, venciéndolos y aniquilándolos, si entre los hijos de Adan se halla tal mujer como mi Madre? ¡Oh dulce amor mio, virtud de mi virtud, vida de mi alma, Jesús amoroso, mirad que es sola María santísima la que hay con tal hermosura en la naturaleza humana! Pero es única y electa [3], tan perfecta para vuestro agrado, Dueño y Señor mio, que no solo equivale, pero excede sin término ni límite á todo el resto de vuestro pueblo; y ella sola recompensa la fealdad de todo el linaje de Adan.

547. Sentia la dulce Madre tales efectos entre estas delicias de su unigénito Niño Dios verdadero, que la dejaban toda espiritualizada y deificada de nuevo. Y en los vuelos que padecia su espíritu purísimo, muchas veces rompiera las ataduras del cuerpo terreno, y le hubiera desamparado su alma con el incendio de su amor, resolviéndose la vida, si milagrosamente no fuera confortada y preservada. Hablaba con su Hijo santísimo interior y exteriormente pa-

[1] Supr. n. 481, 534. — [2] Judith, x, 18. — [3] Cant. vi, 8.

labras tan dignas y ponderosas, que no caben en nuestro grosero lenguaje. Todo lo que yo pueda referir será muy desigual, segun lo que se me ha manifestado. Decíale: *Ó amor mio, dulce vida de mi alma, ¿quién sois Vos, y quién soy yo? ¿Qué quereis hacer de mí, humanándose tanto vuestra grandeza y magnificencia á favorecer al inútil polvo? ¿Qué hará vuestra esclava por vuestro amor y por la deuda que os reconoce? ¿Qué os retribuiré por lo mucho que me habeis dado* [1]*? Mi ser, mi vida, potencias, sentidos, deseos y ansias, todo es vuestro. Consolad á esta sierva y Madre vuestra para que no desfallezca en el afecto de serviros, á la vista de su insuficiencia, y porque no muere por amaros. ¡Oh qué limitada es la capacidad humana! ¡Qué coartado el poder! ¡Qué limitados los afectos, pues no pueden llegar á satisfacer con equidad á vuestro amor! Pero siempre habeis de vencer en ser magnífico y misericordioso con vuestras criaturas, y cantar victorias y triunfos de amor; y nosotras reconocidas debemos rendirnos y darnos por vencidas de vuestro poder. Quedarémos humilladas y pegadas con el polvo, y vuestra grandeza magnificada y ensalzada por todas las eternidades.* Conocia la divina Señora en la ciencia de su Hijo santísimo algunas veces las almas que en el discurso de la nueva ley de gracia se habian de señalar en el amor divino, las obras que habian de hacer, los martirios que habian de padecer por la imitacion de el mismo Señor; y con esta ciencia era inflamada en emulacion de amor tan fuerte, que era mayor martirio el del deseo de la Reina que todos los que ha habido de obra. Y le sucedia lo que dijo el Esposo en los Cantares [2], que la emulacion del amor era fuerte como la muerte y dura como el infierno. Á estos afectos que tenia la amorosa Madre de morir, porque no moria, le respondió el Hijo santísimo las palabras que allí se refieren [3]: *Ponme por señal ó por sello en tu corazon y en tu brazo;* dándole el efecto y la inteligencia juntamente. Con este divino martirio fue María santísima mártir antes que todos los Mártires. Y entre estos lirios y azucenas [4] se apacentaba el cordero mansísimo Jesús, mientras aspiraba el dia de la gracia, y se inclinaban las sombras de la ley antigua.

548. No comió el Niño Dios cosa alguna, mientras recibió el pecho virginal de su Madre santísima; porque solo con la leche se alimentó. Y esta era tan suave, dulce y substancial, como engendrada en cuerpo tan puro, perfecto y de complexion acendradísima, y medida con calidades sin desórden ni desigualdad. Ningun otro cuerpo y salud fue semejante á él: y la sagrada leche, aunque se

[1] Psalm. CXV, 12. — [2] Cant. VIII, 6. — [3] Ibid. — [4] Ibid. II, 16, 17.

guardara mucho tiempo, se preservara de corrupcion por sus mismas calidades; y por especial privilegio, nunca se alterara, ni se corrompiera, siendo así que la leche de otras mujeres luego se tuerce y inmuta, como la experiencia lo enseña.

549. El felicísimo esposo Josef no solo gozaba de los favores y caricias del Niño Dios, como testigo de vista de los que tenian Hijo y Madre santísimos; pero tambien fue digno de recibirlos del mismo Jesús inmediatamente; porque muchas veces se le ponia la divina Esposa en sus brazos, cuando era necesario hacer ella alguna obra en que no le pudiese tener consigo, como aderezar la comida, aliñar los fajos del Niño y barrer la casa. En estas ocaciones le tenia san Josef, y siempre sentia efectos divinos en su alma. Y exteriormente el mismo niño Jesús le mostraba agradable semblante, y se reclinaba en el pecho del Santo, y con el peso y majestad de Rey le hacia algunas caricias con demostracion de afecto, como suelen los infantes con los demás padres; aunque con san Josef no era esto tan de ordinario, ni con tanta caricia como con la verdadera Madre y Vírgen. Y cuando ella lo dejaba, tenia la reliquia de la circuncision, la cual traia consigo de ordinario el glorioso san Josef, para que le sirviese de consuelo. Estaban siempre los dos divinos Esposos enriquecidos; ella con el Hijo santísimo, y él con su sagrada sangre y carne (*) deificada. Teníanla en un pomito de cristal, como dejo dicho [1], que buscó san Josef y le compró con el dinero que les envió santa Isabel; y en él cerró la gran Señora el prepucio y la sangre que se vertió en la circuncision, cortándola del lienzo que sirvió en este ministerio. Y para mas asegurarlo todo, estando el pomito guarnecido con plata por la boca, le cerró la poderosa Reina con solo su imperio; con el cual se juntaron y soldaron los labios del brocal de plata, mejor que si los ajustara el artífice que los hizo. En esta forma guardó toda la vida la prudente Madre estas reliquias; y despues entregó tan precioso tesoro á los Apóstoles, y se le dejó como vinculado en la santa Iglesia. En el mar inmenso de estos misterios me hallo tan anegada y imposibilitada con la ignorancia de mujer y limitados términos para explicarlos, que remito muchos á la fe y piedad cristiana.

Doctrina que me dió la reina María santísima.

550. Hija mia, advertida quedas en el capítulo pasado [2] para no inquirir por órden sobrenatural cosa alguna del Señor, ni por

(*) Véase la nota XIII. — [1] Supr. n. 521, 534. — [2] Ibid. n. 529.

aliviarte del padecer, ni por natural inclinacion, y menos por vana curiosidad. Ahora te advierto que tampoco por ninguno de estos motivos has de dar lugar á tus afectos para codiciar ni ejecutar cosa alguna natural ó exterior; porque en todas las operaciones de tus potencias y obras de los sentidos has de moderar y rendir tus inclinaciones, sin darles lo que piden, aunque sea con color aparente de virtud ó piedad. No tenia yo peligro de exceder en estos afectos, por mi inculpable inocencia; ni tampoco le faltaba piedad al deseo que tenia de asistir al portal donde mi Hijo santísimo habia nacido y recibido la circuncision; mas con todo eso no quise manifestar mi deseo, aun siendo preguntada de mi Esposo; porque antepuse la obediencia á esta piedad, y conocí era mas seguro para las almas, y de mayor agrado al Señor, buscar su santa voluntad por consejo y parecer ajeno, que por la inclinacion propria. En mí fue esto mayor mérito y perfeccion; pero en tí y en las demás almas, que teneis peligro de errar por el dictámen proprio, ha de ser esta ley mas rigurosa, para prevenirle y desviarle con discrecion y diligencia; porque la criatura ignorante y de corazon tan limitado arrímase fácilmente con sus afectos y párvulas inclinaciones á cosas pequeñas, y tal vez se ocupa toda con lo poco, como con lo mucho, y lo que es nada le parece algo. Y todo esto la inhabilita y priva de grandes bienes espirituales, de gracia, luz y merecimiento.

551. Esta doctrina, con toda la que te he de dar, escribirás en tu corazon, y procura hacer en él un memorial de todo lo que yo obraba, para que como lo conoces lo entiendas y ejecutes. Y atiende á la reverencia, amor y cuidado, al temor santo y circunspecto con que yo trataba á mi Hijo santísimo. Y aunque siempre viví con este desvelo; pero despues que le concebí en mi vientre, jamás le perdí de vista, ni me retardé en el amor que entonces me comunicó su alteza. Y con este ardor de mas agradarle, no descansaba mi corazon, hasta que unida y absorta en la participacion de aquel sumo Bien y último fin, me quietaba á tiempos, como en mi centro. Pero luego volvia á mi continua solicitud, como quien prosigue su camino, sin detenerse en lo que no le ayuda y le retarda su deseo. Tan léjos estaba mi corazon de pegarse á cosa alguna de las de la tierra, ni seguir inclinacion sensible, que en esto vivia como si no fuera de la comun naturaleza terrena. Y si las demás criaturas no están libres de las pasiones, ó no las vencen en el grado que pueden, no se querellen de la naturaleza, sino de su misma voluntad: que antes la naturaleza flaca se puede quejar de ellas, por

que podian con el imperio de la razon regirla y encaminarla, y no lo hacen; antes la dejan seguir sus desórdenes, y la ayudan con la voluntad libre, y con el entendimiento le buscan mas objetos peligrosos y ocasiones en que se pierda. Por estos precipicios que ofrece la vida humana te advierto, carísima mia, que ninguna cosa visible, aunque sea necesaria y al parecer muy justa, ni la apetezcas ni la busques. Y de todo lo que usas por necesidad, la celda, el vestido, sustento y lo demás, sea por obediencia y con beneplácito de los prelados; porque el Señor lo quiere y yo lo apruebo, para que uses de ello en servicio del Todopoderoso. Por tantos registros como los que te he insinuado ha de pasar todo lo que obrares.

CAPÍTULO XVI.

Vienen los tres Reyes magos del Oriente, y adoran al Verbo humanado en Belen.

Los Reyes magos de dónde eran naturales.—Calidades de estos Reyes.—Su sabiduría.—Su rectitud y gobierno.—Otras virtudes.—Su amistad y correspondencia que tenian entre sí.—En qué forma fueron avisados por los Ángeles estos Reyes del nacimiento de Cristo.—Qué tal fue la ilustracion que en este aviso recibieron del misterio de la Encarnacion.—Entendió cada uno como se daba el mismo aviso á los otros.—Efectos que hizo en ellos esta revelacion.—Acciones uniformes que hicieron los Reyes luego que recibieron la revelacion sin comunicarse.—Determinaron la jornada. —Previnieron los tres dones.—Dispusieron el mismo dia lo necesario para el viaje.—Modo de la formacion de la estrella y sus calidades.—Vióla cada uno destos Reyes al salir de su casa.—Siguiéndola se juntaron.—Confirieron la revelacion y el intento.—Entrada de los Magos en Jerusalen.—Turbacion de Herodes.—Junta que hizo para saber el lugar de el nacimiento de Cristo.—Trazas de su dañada intencion.—Llegada de los Magos á Belen.—Entró en el portal la estrella y se puso sobre la cabeza del niño Jesús.—Hallóse presente san Josef á la adoracion de los Reyes al lado de la Madre de Dios.—Venian los Reyes ilustrados de que Cristo habia nacido de Madre Vírgen.—Majestad y resplandor que descubrian Hijo y Madre cuando entraron los Reyes.—Primera adoracion que hicieron al Niño Dios, y ilustraciones que recibieron en ella.—Reverencia que hicieron á la Madre de Dios.—Palabras que les dijo María.—Parabienes que dieron á Josef de ser esposo de la Vírgen Madre.—Qué concepto hizo la gente que los seguia.—Ejemplo para los reyes en la virtud de los Magos, y la iniquidad de Herodes.—Toda la perfeccion de la vida cristiana se ha de fundar en las verdades católicas.—Á la fe ha de seguir la ejecucion de lo que enseña.—Cuán pronta y expedita ha de ser esta ejecucion.—Órden de los auxilios de la divina gracia.—Cuán grave daño es no responder á ellos. —Daríalos Dios grandes, si se comenzase á responder á los menores.— Ejemplo de los dos extremos de esta doctrina en los Magos y en Herodes.

552. Los tres Reyes magos que vinieron en busca del Niño Dios recien nacido eran naturales de la Persia, Arabia y Sabbá [1], partes orientales de la Palestina. Y su venida profetizaron señaladamente David, y antes dél Balaan, cuando por voluntad divina bendijo al pueblo de Israel, habiéndole conducido el rey Balaac de los moabitas para que le maldijese [2]. Entre estas bendiciones dijo Balaan, que veria al rey Cristo, aunque no luego, y que le miraria, aunque no muy cerca: porque no lo vió por sí, sino por los Magos sus descendientes; ni fue luego, sino despues de muchos siglos. Dijo tambien que naceria una estrella de Jacob; porque seria para señalar al que nacia para reinar eternamente en la casa de Jacob [3].

553. Eran estos tres Reyes muy sábios en las ciencias naturales, y leidos en las Escrituras del pueblo de Dios; y por su mucha ciencia fueron llamados Magos. Y por las noticias de las Escrituras, y conferencias con algunos de los hebreos, llegaron á tener alguna creencia de la venida del Mesías que aquel pueblo esperaba. Eran á mas de esto hombres rectos, verdaderos y de gran justicia en el gobierno de sus Estados: que como no eran tan dilatados como los reinos de estos tiempos, los gobernaban con facilidad por sí mismos, y administraban justicia como reyes sábios y prudentes; porque este es el oficio legítimo del rey, y para eso dice el Espíritu Santo [4] que tiene Dios su corazon en las manos, para encaminarle como las divisiones de las aguas á lo que fuere su santa voluntad. Tenian tambien corazones grandes y magnánimos, sin la avaricia ni codicia, que tanto los oprime, envilece y apoca los ánimos de los príncipes. Y por estar vecinos en los Estados estos Magos, y no léjos unos de otros, se conocian, y comunicaban en las virtudes morales que tenian, y en las ciencias que profesaban; y se noticiaban de cosas mayores y superiores que alcanzaban. En todo eran amigos y correspondientes fidelísimos.

554. Ya queda dicho en el capítulo XI, núm. 492, como la misma noche que nació el Verbo humanado fueron avisados de su natividad temporal por ministerio de los santos Ángeles. Y sucedió en esta forma: que uno de los custodios de nuestra Reina, superior á los que tenian aquellos tres Reyes, fue enviado desde el portal; y como superior ilustró á los tres Ángeles de los tres Reyes, declarándoles la voluntad y legacía del Señor, para que ellos, cada uno á su encomendado, manifestase el misterio de la Encarnacion y naci-

[1] Psalm. LXXI, 10; Num. XXIII, XXIV. — [2] Ibid. XXIV, 17.
[3] Luc. I, 32. — [4] Prov. XXI, 1.

miento de Cristo nuestro Redentor. Luego los tres Ángeles hablaron en sueños, cada cual al Mago que le tocaba, en una misma hora. Y este es el órden comun de las revelaciones angélicas, pasar del Señor á las almas por el de los mismos Ángeles. Fue esta ilustracion de los Reyes muy copiosa y clara de los misterios de la Encarnacion; porque fueron informados como era nacido el Rey de los Judíos, Dios y hombre verdadero, que era el Mesías y Redentor que esperaban, el que estaba prometido en sus Escrituras y profecías [1], y que les seria dada para buscarle aquella estrella que Balaan habia profetizado. Entendieron tambien los tres Reyes, cada uno por sí, como se daba este aviso á los otros dos; y que no era beneficio ni maravilla para quedarse ociosa, sino que obrasen á la luz divina, lo que ella les enseñaba. Fueron elevados y encendidos en grande amor y deseos de conocer á Dios hecho hombre, adorarle por su Criador y Redentor, y servirle con mas alta perfeccion: ayudándoles para todo esto las excelentes virtudes morales que habian adquirido; porque con ellas estaban bien dispuestos para recibir la luz divina.

555. Despues de esta revelacion del cielo, que tuvieron los tres Reyes magos en sueño, salieron dél; y luego se postraron á una misma hora en tierra, y pegados con el polvo adoraron en espíritu al ser de Dios inmutable. Engrandecieron su misericordia y bondad infinita, por haber tomado el Verbo divino carne humana de una Vírgen [2] para redemir el mundo, y dar salud eterna á los hombres. Luego todos tres, gobernados singularmente con un mismo espíritu, determinaron partir sin dilacion á Judea en busca del Niño Dios, para adorarle. Previnieron los tres dones que llevarle, oro, incienso y mirra en igual cantidad, porque en todo eran guiados con misterio; y sin haberse comunicado, fueron uniformes en las disposiciones y determinaciones. Y para partir con presteza á la ligera, prepararon el mismo dia lo necesario de camellos, recámara y criados para el viaje. Y sin atender á la novedad que causaria en el pueblo, ni que iban á reino extraño y con poca autoridad y aparato, sin llevar noticia cierta de lugar, ni señas para conocer al Niño, determinaron con fervoroso celo y ardiente amor partir luego á buscarle.

556. Al mismo tiempo el santo Ángel, que fué desde Belen á los Reyes, formó de la materia del aire una estrella refulgentísima,

[1] Genes. III, 10; XXVIII, 14; II Reg. VII, 13; Isai. IX, 6; Jerem. XXIII, 5; Ezech. XXXIV, 23, et alibi frequenter; Num. XXIV, 17.—[2] Isai. VII, 14; XXXV, 4.

aunque no de tanta magnitud como las del firmamento; porque esta no subió mas alta que pedia el fin de su formacion; y quedó en la region aérea para encaminar y guiar á los santos Reyes hasta el portal donde estaba el Niño Dios. Pero era de claridad nueva y diferente que la del sol y de las otras estrellas; y con su luz hermosísima alumbraba de noche, como antorcha lucidísima, y de dia se manifestaba entre el resplandor del sol con extraordinaria actividad. Al salir de su casa cada uno de estos Reyes, aunque de lugares diferentes, vieron la nueva estrella [1], siendo ella una sola; porque fue colocada en tal distancia y altura, que á todos tres pudo ser patente á un mismo tiempo. Y encaminándose todos tres hácia donde los convidaba la milagrosa estrella, se juntaron brevemente; y luego se les acercó mucho mas, bajando y descendiendo multitud de grados en la region del aire, con que gozaban mas inmediatamente de su refulgencia. Confirieron juntos las revelaciones que habian tenido, y los intentos que cada uno llevaba, que era uno mismo. Y en esta conferencia se encendieron mas en la devocion y deseos de adorar al Niño Dios recien nacido. Quedaron admirados y magnificando al Todopoderoso en sus obras y encumbrados misterios.

557. Prosiguieron los Magos sus jornadas, encaminados de la estrella, sin perderla de vista hasta que llegaron á Jerusalen. Y así por esto, como porque aquella gran ciudad era la cabeza y metrópoli de los judíos, sospecharon que ella seria la patria donde habia nacido su legítimo y verdadero Rey. Entraron por la ciudad, preguntando públicamente por él, y diciendo [2]: ¿Adónde está el Rey de los judíos que ha nacido? Porque en el Oriente hemos visto su estrella que manifiesta su nacimiento, y venimos á verle y adorarle. Llegó esta novedad á los oidos de Herodes, que á la sazon (aunque injustamente) reinaba en Judea y vivia en Jerusalen; y sobresaltado el inícuo Rey con oir que habia nacido otro mas legítimo, se turbó [3] y escandalizó mucho; y con él toda la ciudad se alteró: unos por lisonjearle, y otros por el temor de la novedad. Y luego, como san Mateo refiere, mandó Herodes hacer junta de los príncipes de los sacerdotes y escribas, y les preguntó dónde habia de nacer Cristo, á quien ellos, segun sus profecías y Escrituras, esperaban. Respondiéronle, que segun el vaticinio de un profeta [4], que es Miqueas, habia de nacer en Belen; porque dejó escrito que de allá saldria el Gobernador que habia de regir el pueblo de Israel.

[1] Matth. II, 2. — [2] Ibid. 8. — [3] Ibid. 3. — [4] Mich. V, 2.

558. Informado Herodes del lugar del nacimiento del nuevo Rey de Israel, y meditando desde luego dolosamente destruirle, despidió á los sacerdotes, y llamó secretamente á los Reyes magos [1] para informarse del tiempo que habian visto la estrella pregonera de su nacimiento. Y como ellos con sinceridad se lo manifestasen, los remitió á Belen, y les dijo con disimulada malicia: *Id, y preguntad por el Infante, y en hallándole daréisme luego aviso, para que yo tambien vaya á reconocerle y adorarle.* Partieron los Magos, quedando el hipócrita Rey mal seguro, y congojado con señales tan infalibles de haber nacido en el mundo el Señor legítimo de los judíos. Y aunque pudiera sosegarle en la posesion de su grandeza el saber que no podia reinar tan presto un niño recien nacido; pero es tan débil y engañosa la prosperidad humana, que solo un infante la derriba, ó un amago, aunque sea de léjos: y solo imaginarlo impide todo el consuelo y gusto que engañosamente ofrece á quien la tiene.

559. En saliendo los Magos de Jerusalen, hallaron la estrella [2] que á la entrada habian perdido. Y con su luz llegaron á Belen y al portal del nacimiento, sobre el cual detuvo su curso, y se inclinó entrando por la puerta; y menguando su forma corporal, hasta ponerse sobre la cabeza del infante Jesús, no paró, y le bañó todo con su luz; y luego se deshizo y resolvió la materia de que se formó primero. Estaba ya nuestra gran Reina prevenida por el Señor de la llegada de los Reyes: y cuando entendió que estaban cerca del portal, dió noticia de ello al santo esposo Josef, no para que se apartase; sino para que asistiese á su lado, como lo hizo. Y aunque el texto sagrado del Evangelio no lo dice, porque esto no era necesario para el misterio, como tampoco otras cosas que dejaron los Evangelistas en silencio; pero es cierto que el santo Josef estuvo presente cuando los Reyes adoraron al infante Jesús. Y no era necesario cautelar esto; porque los Magos venian ya ilustrados de que la Madre del recien nacido era Vírgen, y él Dios verdadero, y no hijo de san Josef. Ni Dios trajera á los Reyes para que le adorasen [3], y por no estar catequizados faltasen en cosa tan esencial como juzgarle por hijo de Josef y de madre no vírgen. De todo venian ilustrados, y sintiendo altísimamente de lo perteneciente á tan magníficos y encumbrados sacramentos.

560. Aguardaba la divina Madre con el infante Dios en sus brazos á los devotos y piadosos Reyes; y estaba con incomparable modestia y hermosura, descubriendo entre la humilde pobreza indicios

[1] Matth. II, 7. — [2] Ibid. 9. — [3] Isai. VII, 4; IX, 6.

de majestad mas que humana, con algo de resplandor en el rostro. El Niño le tenia mucho mayor, y derramaba grande refulgencia de luz, con que estaba toda aquella caverna hecha cielo. Entraron en ella [1] los tres Reyes orientales, y á la vista primera del Hijo y de la Madre, quedaron por gran rato admirados y suspensos. Postráronse en tierra, y en esta postura reverenciaron y adoraron al Infante, reconociéndole por verdadero Dios y hombre, y reparador del linaje humano. Y con el poder divino, y vista y presencia del dulcísimo Jesús, fueron de nuevo ilustrados interiormente. Conocieron la multitud de espíritus angélicos, que como siervos y ministros del gran Rey de los reyes [2] y Señor de los señores asistian con temblor y reverencia. Levantáronse en pié, y luego dieron la enhorabuena á su Reina, y nuestra, de ser Madre del Hijo del eterno Padre; y llegaron á darle reverencia, hincadas las rodillas. Pidiéronle la mano para besársela, como en sus reinos se acostumbraba con las reinas. La prudentísima Señora retiró la suya, y ofreció la de el Redentor del mundo, y dijo: *Mi espíritu se alegró en el Señor, y mi alma le bendice y alaba; porque entre todas las naciones os llamó y eligió, para que con vuestros ojos llegueis á ver y conocer lo que muchos reyes [3] y profetas desearon y no lo consiguieron, que es al eterno Verbo encarnado y humanado. Magnifiquemos y alabemos su nombre por los sacramentos y misericordias que usa con su pueblo: besemos la tierra que santifica con su real presencia.*

561. Con estas razones de María santísima se humillaron de nuevo los tres Reyes, adorando al infante Jesús; y reconocieron el beneficio grande de haberles nacido tan temprano el Sol de justicia [4], para ilustrar sus tinieblas. Hecho esto, hablaron al santo esposo Josef, engrandeciendo su felicidad de ser esposo de la Madre del mismo Dios; y por ella le dieron la enhorabuena, admirados y compadecidos de tanta pobreza, y que en ella se encerrasen los mayores misterios del cielo y tierra. Pasaron en estas cosas tres horas, y los Reyes pidieron licencia á María santísima para ir á la ciudad á tomar posada, por no haber lugar para detenerse en la cueva y estar en ella. Seguíanlos alguna gente; pero solos los Magos participaron los efectos de la luz y de la gracia. Los demás, que solo paraban y atendian á lo exterior, y miraban el estado pobre y despreciable de la Madre y de su Esposo, aunque tuvieron alguna admiracion de la novedad, no conocieron el misterio. Despidiéronse y

[1] Matth. II, 11. — [2] Hebr. I, 4; Apoc. XIX, 16. — [3] Luc. X, 24.
[4] Malach. IV, 2.

fuéronse los Reyes; y quedaron María santísima y Josef con el Infante solos, dando gloria á su Majestad con nuevos cánticos de alabanza, porque su nombre comenzaba á ser conocido [1] y adorado de las gentes. Lo demás que hicieron los Reyes, diré en el capítulo siguiente.

Doctrina que me dió la Reina del cielo.

562. Hija mia, en los sucesos que contiene este capítulo habia gran fundamento para enseñar á los reyes y príncipes, y á los demás hijos de la Iglesia santa, en la pronta devocion y humildad de los Magos, para imitarla, y en la dureza inícua de Herodes, para temerla; porque cada uno cogió el fruto de sus obras. Los Reyes, de las muchas virtudes y justicia que guardaban; y Herodes, de su ciega ambicion y soberbia, con que injustamente reinaba, y de otros pecados en que le despeñó su inclinacion sin rienda ni moderacion. Pero basta esto para los que viven en el mundo, y las demás doctrinas que tienen en la santa Iglesia. Para tí debes aplicar la enseñanza de lo que has escrito; advirtiendo que toda la perfeccion de la vida cristiana se ha de fundar en las verdades católicas, y en el conocimiento constante y firme de ellas, como lo enseña la santa fe de la Iglesia. Y para mas imprimirlas en tu corazon, te has de aprovechar de todo lo que leyeres y oyeres de las divinas Escrituras, y de otros libros devotos y doctrinales de las virtudes. Á esta fe santa se ha de seguir la ejecucion de ellas, con abundancia de todas las buenas obras, esperando siempre la visitacion [2] y venida del Altísimo.

563. Con esta disposicion estará tu voluntad pronta, como yo la quiero, para que en tí halle la del Todopoderoso la suavidad y rendimiento necesario para no tener resistencia á lo que te manifestare; sino que en conociéndolo lo ejecutes, sin otros respetos de criaturas. Y te ofrezco que, si lo hicieres como debes, yo seré tu estrella y te guiaré por las sendas del Señor, para que con velocidad camines hasta ver y gozar en Sion [3] de la cara de tu Dios y sumo bien. En esta doctrina, y en lo que sucedió á los devotos Reyes de el Oriente, se encierra una verdad esencialísima para la salvacion de las almas; pero conocida de muy pocas, y advertida de menos. Esto es, que las inspiraciones y llamamientos que envia Dios á las criaturas regularmente tienen este órden: que las primeras mueven á obrar algunas virtudes; y si á estas responde la alma, envia el Altí-

[1] Psalm. LXXXV, 9. — [2] Tit. II, 13. — [3] Psalm. LXXXIII, 8.

simo otras mayores para obrar mas excelentemente, y aprovechándose de unas se dispone para otras, y recibe nuevos y mayores auxilios. Y por este órden van creciendo los favores del Señor, segun la criatura va correspondiendo á ellos. De donde entenderás dos cosas: La una, cuán grave daño es despreciar las obras de cualquiera virtud, y no ejecutarlas segun las divinas inspiraciones dictan; la segunda, que muchas veces daria Dios grandes auxilios á las almas, si ellas comenzasen á responder con los menores; porque está aparejado y como esperando que le dén lugar [1], para obrar segun la equidad de sus juicios y justicia. Y porque desprecian este órden y proceder de sus vocaciones, suspende el corriente de su divinidad, y no concede lo que él desea y las almas habian de recibir, si no pusieran óbice y impedimento; y por esto van de un abismo en otro [2].

564. Los Magos y Herodes llevaron encontrados caminos: que los unos correspondieron con buenas obras á los primeros auxilios y inspiraciones; y así se dispusieron con muchas virtudes, para ser llamados y traidos por la revelacion divina al conocimiento de los misterios de la Encarnacion, nacimiento del Verbo divino, y redencion del linaje humano; y de esta felicidad á la de ser santos y perfectos en el camino del cielo. Por el contrario le sucedió á Herodes, que su dureza, y desprecio que hizo de obrar bien con los auxilios del Señor, le trajo á tan desmedida soberbia y ambicion. Y estos vicios le arrastraron hasta el último precipicio de crueldad, intentando quitar la vida, primero que otro alguno de los hombres, al Redentor del mundo, y fingirse para esto piadoso y devoto con simulada piedad. Y reventando su furiosa indignacion por encontrarle, quitó la vida á los niños inocentes, para que no se frustrasen sus dañados y perversos intentos.

CAPÍTULO XVII.

Vuelven los Reyes magos segunda vez á ver y adorar al infante JESÚS: *ofrécenle sus dones, y despedidos toman otro camino para sus tierras.*

Devota conferencia de los tres Reyes sobre lo que habian visto y sentido en el portal.—Divino incendio que sentian en sus corazones.—Razones que con él decian.—Regalo que enviaron los Magos á la Madre de Dios.—Repartiólo María á los pobres.—Segunda adoracion de los Magos y ofreci-

[1] Apoc. VI, 20. — [2] Psalm. XLI, 8.

miento de los tres dones.—Consultas que hicieron á la Madre de Dios.—Cómo satisfizo á ellas la Vírgen.—Agrado con que recibió el infante Jesús los dones de los Reyes.—No quiso María recibir mas dones que los que pertenecian al misterio.—Dióles algunos paños de los en que habia envuelto al Niño Dios.—Singular milagro en la fragrancia de estas reliquias.—Ofrecimientos que hacian los Reyes á la Madre de Dios.—Despedida de los Reyes magos.—Tuvieron tambien á la vuelta estrella que los guiase.—Refiérese lo restante de la vida de estos santos Reyes.—Cómo celebraron María, Josef y los Ángeles este misterio despues de la ida de los Reyes.—Cuán precioso don es para Dios la pobreza voluntaria.—Reprehension de la avaricia.—Cómo puede hacer limosna el pobre voluntario.—Ofrecimiento espiritual de los tres dones.

565. Del portal del nacimiento, á donde los tres Reyes entraron via recta desde su camino, fueron á descansar á la posada dentro de la ciudad de Belen; y retirándose aquella noche á solas á un aposento, estuvieron grande espacio de tiempo, con abundancia de lágrimas y suspiros, confiriendo lo que habian visto, y los efectos que á cada uno habia causado, y lo que habian notado en el Niño Dios y en su Madre santísima. Con esta conferencia se inflamaron mas en el amor divino, admirándose de la majestad y resplandor del infante Jesús; de la prudencia, severidad y pudor divino de la Madre; de la santidad del esposo Josef, y de la pobreza de todos tres; de la humildad del lugar donde habia querido nacer el Señor de tierra y cielo. Sentian los devotos Reyes la llama del divino incendio que abrasaba sus piadosos corazones; y sin poderse contener rompian en razones de gran dulzura, y acciones de mucha veneracion y amor. Decian: *¿Qué fuego es este que sentimos? ¿Qué eficacia la de este gran Rey, que nos mueve á tales deseos y afectos? ¿Qué harémos para tratar con los hombres? ¿Cómo pondrémos modo y tasa á nuestros gemidos y suspiros? ¿Qué harán los que han conocido tan oculto, nuevo y soberano misterio? ¡Oh grandeza del Omnipotente abscondida* [1] *por los hombres, y disimulada en tanta pobreza! ¡Oh humildad nunca imaginada de los mortales! ¡Quién os pudiera traer á todos para que ninguno se privara de esta felicidad!*

566. Entre estas divinas conferencias se acordaron los Magos de la estrecha necesidad que tenian Jesús, María y Josef en su cueva, y determinaron enviarles luego algun regalo en que les mostrasen su caricia, y ellos diesen aquel ensanche al afecto que tenian de servirlos, mientras no podian hacer otra cosa. Remitiéronles con sus criados muchos de los regalos que para ellos estaban preveni-

[1] **Isai. XLV, 15.**

dos, y otros que buscaron. Recibiéronlos María santísima y Josef con humilde reconocimiento; y el retorno fue, no gracias secas (como hacen los demás), sino muchas bendiciones eficaces de consuelo espiritual para los tres Reyes. Tuvo con este regalo nuestra gran Reina y Señora con que hacerles á sus ordinarios convidados, los pobres, opulenta comida: que acostumbrados á sus limosnas, y mas aficionados á la suavidad de sus palabras, la visitaban y buscaban de ordinario. Los Reyes se recogieron llenos de incomparable júbilo del Señor; y en sueños los avisó el Ángel de su jornada.

567. El dia siguiente en amaneciendo volvieron á la cueva del nacimiento, para ofrecer al Rey celestial los dones que traian prevenidos. Llegaron, y postrados en tierra le adoraron con nueva y profundísima humildad; y abriendo sus tesoros [1], como dice el Evangelio, le ofrecieron oro, incienso y mirra. Hablaron con la divina Madre, y la consultaron muchas dudas y negocios de los que tocaban á los misterios de la fe, y cosas pertenecientes á sus conciencias y gobierno de sus Estados; porque deseaban volver de todo informados, y capaces para gobernarse santa y perfectamente en sus obras. La gran Señora los oyó con sumo agrado: y cuando la informaban, conferia con el Infante en su interior todo lo que habia de responder y enseñar á aquellos nuevos hijos de su ley santa. Y como maestra y instrumento de la Sabiduría divina respondió á todas las dudas que le propusieron tan altamente, santificándolos y enseñándolos de suerte, que admirados y atraidos de la ciencia y suavidad de la Reina, no podian apartarse de ella: y fue necesario que uno de los Ángeles del Señor les dijese era su voluntad y forzoso el volver á sus patrias. No es maravilla que esto les sucediese; porque á las palabras de María santísima fueron ilustrados del Espíritu Santo, y llenos de ciencia infusa en todo lo que preguntaron, y en otras muchas materias.

568. Recibió la divina Madre los dones de los Reyes, y en su nombre los ofreció al infante Jesús. Y su Majestad con agradable semblante mostró que los admitia, y les dió su bendicion, de manera que los mismos Reyes lo vieron, y conocieron que la daba en retorno de los dones ofrecidos, con abundancia de dones del cielo, y mas de ciento por uno [2]. Á la divina Princesa ofrecieron algunas joyas, al uso de su patria, de gran valor; pero esto, que no era de misterio ni pertenecia á él, se lo volvió su alteza á los Reyes, y solo reservó los tres dones de oro, incienso y mirra. Y para enviar-

[1] Matth. II, 11. — [2] Ibid. XIX, 29.

los mas consolados, les dió algunos paños de los que habia envuelto al Niño Dios; porque ni tenia, ni podia haber otras prendas visibles con que enviarlos enriquecidos de su presencia. Recibieron los tres Reyes estas reliquias con tanta veneracion y aprecio, que guarneciéndolas en oro y piedras preciosas, las guardaron. Y en este testimonio de su grandeza derramaban tanta fragrancia de sí, y daban tan copioso olor, que se percibia cási una legua de distancia. Pero con esta calidad y diferencia, que solo se comunicaba á los que tenian fe de la venida de Diòs al mundo; y los demás incrédulos no participaron de este favor, ni sentian la fragrancia de las preciosas reliquias, con las cuales hicieron grandes milagros en sus patrias.

569. Ofrecieron tambien los Reyes á la Madre del dulcísimo Jesús servirla con sus haciendas y posesiones, y que si no gustaba de ellas y queria vivir en aquel lugar del nacimiento de su Hijo santísimo, le edificarian allí casa para estar con mas comodidad. Estos ofrecimientos agradeció la prudentísima Madre sin admitirlos. Y para despedirse de ella los Reyes, la rogaron con íntimo afecto del corazon que jamás se olvidase de ellos, y así se lo prometió y cumplió; y lo mismo pidieron á san Josef. Y con la bendicion de todos tres se despidieron [1] con tal afecto y ternura, que parecia dejaban allí sus corazones, en lágrimas y suspiros convertidos. Tomaron otro camino diferente, por no volver á Herodes por Jerusalen: que el Ángel aquella noche les amonestó en sueños no lo hiciesen. Y al partir de Belen fueron guiados por otro camino, apareciéndoles la misma ó otra estrella para este intento, y los llevó hasta el lugar donde se habian juntado, y de allí cada uno volvió á su patria.

570. Lo restante de la vida de estos felicísimos Reyes fue correspondiente á su divina vocacion; porque en sus Estados vivieron y procedieron como discípulos de la Maestra de la santidad, por cuya doctrina gobernaron sus almas y sus reinos. Y con su ejemplo, vida, y noticia que dieron del Salvador del mundo, convirtieron gran número de almas al conocimiento de Dios y camino de la salvacion. Y despues de esto, llenos de dias y merecimientos, acabaron su carrera en santidad y justicia, siendo favorecidos en vida y muerte de la Madre de misericordia. Despedidos los Reyes, quedaron la divina Señora y Josef en nuevos cánticos de alabanza por las maravillas del Altísimo. Y conferíanlas con las divinas Escrituras [2] y profecías de los Patriarcas, conociendo como se iban cumpliendo en el

[1] Matth. II, 12. — [2] Psalm. LXXI, 10; Isai. LX, 6; Num. XXIV, 17; Tob. XIII, 14.

infante Jesús. Pero la prudentísima Madre, que profundamente penetraba estos altísimos sacramentos, lo conservaba todo [1] y lo confería consigo misma en su pecho. Los santos Ángeles, que asistian á estos misterios, dieron la enhorabuena á su Reina, de que fuese su Hijo santísimo conocido, y adorado por los hombres su Majestad humanado; y le cantaron nuevos cánticos, magnificándole por las misericordias que obraba con los hombres.

Doctrina que me dió la reina del cielo María santísima.

571. Hija mia, grandes fueron los dones que ofrecieron los Reyes á mi Hijo santísimo; pero mayor el afecto de amor con que los daban y el misterio que significaban. Por todo esto le fueron muy aceptos y agradables á su Majestad. Esto quiero yo que tú le ofrezcas, dándole gracias porque te hizo pobre en el estado y profesion; porque te aseguro, amiga, que no hay para el Altísimo otro mas precioso don ni ofrenda que la pobreza voluntaria; pues son muy pocos hoy en el mundo los que usan bien de las riquezas temporales, y que las ofrezcan á su Dios y Señor con la largueza y afecto que estos santos Reyes. Los pobres del Señor, tanto número como hay, experimentan bien y testifican cuán cruel y avarienta se ha hecho la naturaleza humana; pues con haber tantos necesitados, son tan pocos remediados de los ricos. Esta impiedad tan descortés de los hombres ofende á los Ángeles y contrista al Espíritu Santo, viendo á la nobleza de las almas tan envilecida y abatida, sirviendo todos á la torpe codicia del dinero [2] con sus fuerzas y potencias. Y como si se hubieran criado para sí solos las riquezas, así se las apropian, y las niegan los á pobres, sus hermanos, de su misma carne y naturaleza; y al mismo Dios, que las crió, no se las dan, siendo el que las conserva, y puede darlas y quitarlas á su voluntad. Y lo mas lamentable es, que cuando pueden los ricos comprar la vida eterna [3] con la hacienda, con ella misma granjean su perdicion, por usar de este beneficio del Señor como hombres insensatos y estultos.

572. Este daño es general en los hijos de Adan; por eso es tan excelente y segura la voluntaria pobreza. Pero en ella, partiendo con alegría lo poco con el pobre, se hace ofrenda grande al Señor de todos. Y tú puedes hacerla de lo que te toca para tu sustento, dando una parte al pobre, y deseando remediar á todos, si con tu trabajo y sudor fuera posible. Pero tu continua ofrenda ha de ser las obras

[1] Luc. II, 19; Psalm. LXXXV, 9. — [2] Eccles. X, 20. — [3] Luc. XVI, 9.

de amor, que es el oro; la oracion continua, que es el incienso; y la tolerancia igual en los trabajos y verdadera mortificacion en todo, que es la mirra. Y lo que obrares por el Señor, ofrécelo con fervoroso afecto y prontitud, sin tibieza ni temor; porque las obras (*) remisas ó muertas no son sacrificio aceptable á los ojos de su Majestad. Para ofrecer incesantemente estos dones de tus proprios actos, es menester que la fe y la luz divina esté siempre encendida en tu corazon, proponiéndote el objeto á quien has de alabar y magnificar, y el estímulo de amor con que siempre estás obligada de la diestra del Altísimo, para que no ceses en este dulce ejercicio, tan proprio de las esposas de su Majestad; pues el título es significacion de amor y deuda de continuo afecto.

CAPÍTULO XVIII.

Distribuyen María santísima y Josef los dones de los Reyes magos; y detiénense en Belen hasta la presentacion del infante Jesús *en el templo.*

Competencia humilde entre María y Josef, sobre querer cada uno que el otro fuera dueño en la distribucion de los dones.—Forma en que los distribuyeron sin aplicarse cosa á sí.—Medio por donde dispuso Dios saliesen María y Josef con el Niño de la cueva del nacimiento.—Ofreció á María una devota mujer de Belen su pobre casa.—Razones por que aceptaron esta oferta los santos Esposos, y dejaron el portal.—Acompañáronlos los Ángeles en forma humana cuando salieron, y siempre que iban á visitar la santa cueva.—Puso Dios un Ángel para guarda de aquel santo lugar.—Siempre está á su puerta.—Por qué el Ángel no impide la entrada á los infieles como la impide á los brutos.—Debian procurar los príncipes cristianos la restauracion de los Santos Lugares.—La devocion á ellos es medio poderoso para asegurar las monarquías católicas.—Cómo se preparó y dispuso la Madre de Dios para la presentacion de su Hijo y suya al templo.—En qué ocasiones hablaba corporalmente el infante Jesús con su Madre.—Qué tales eran las palabras que hablaba el Niño Dios con su Madre en esta infancia.—Efectos que hacian en el corazon de María.—Órden de las excelencias y prerogativas de María.—Declárase la de ver continuamente el interior de su Hijo.—Como iba María imitando las operaciones de la humanidad de su Hijo, que en ella veia.—Singular modo con que participó los frutos de la redencion y magisterio de su Hijo.—Divina sabiduría y prudencia con que María enseñaba y instruia alguna gente que en Belen la visitaba.—Singular ejemplo del menosprecio de las honras y riquezas de la tierra en la Madre de Dios.—Instruccion de el modo de portarse en los dones que ofrecen las criaturas.—En qué forma se ha de portar un superior cerca de los dones que ofrecen á sus súbditos.—Doctrina de la fre-

(*) Véase la nota XIV.

cuencia del trato íntimo con Dios.—Con cuánta facilidad se pierde.—Causa del caimiento y tibieza del alma cuando Dios se le ausentó por su culpa.—Aliento que da María á su discípula para su imitacion en este trato íntimo con su Hijo.

573. Despedidos los tres Reyes magos, y habiéndose celebrado en el portal el gran misterio de la adoracion del infante Jesús, no quedaba otro que esperar en aquel lugar pobre y sagrado sino salir dél. La prudentísima Madre dijo á san Josef: *Señor mio y esposo, esta ofrenda que los Reyes han dejado á nuestro Dios y Niño no ha de estar ociosa; pero ha de servir á su Majestad, empleándose luego en lo que fuere de su voluntad y obsequio. Yo nada merezco, aunque sea de cosas temporales; disponed de todo como de cosa de mi Hijo y vuestra.* Respondió el fidelísimo Esposo con su acostumbrada humildad y cortesía, remitiéndose á la volunlad de la divina Señora, para que por ella se distribuyese. Instó de nuevo su Majestad, y dijo: *Si por humildad quereis, señor mio, excusaros, hacedlo por la caridad de los pobres, que piden la parte que les toca; pues tienen derecho á las cosas que su Padre celestial crió para su alimento.* Confirieron luego entre María purísima y san Josef como se distribuyesen en tres partes: una para llevar al templo de Jerusalen, que fue el incienso y mirra, y parte del oro; otra para ofrecer al sacerdote que circuncidó al Niño, que se emplease en su servicio y de la sinagoga ó lugar de oracion que habia en Belen; y la tercera para distribuir con los pobres. Y así lo ejecutaron con liberal y fervoroso afecto.

574. Para salir de aquel portal, ordenó el Todopoderoso que una mujer pobre, honrada y piadosa fuese algunas veces á ver á nuestra Reina al mismo portal; porque era la casa donde vivia pegada á los muros de la ciudad, no léjos de aquel lugar sagrado. Esta devota mujer, oyendo la fama de los Reyes, y ignorando lo que habian hecho, fué un dia despues á hablar á María santísima, y le dijo si sabia lo que pasaba de que unos Magos, que decian eran reyes, habian venido de léjos á buscar al Mesías. La divina Princesa con esta ocasion, y conociendo el buen natural de la mujer, la instruyó y catequizó en la fe comun, sin declararle en particular el sacramento escondido[1] que en sí misma encerraba, y en el dulcísimo Niño que tenia en sus divinos brazos. Dióle tambien alguna parte del oro destinado para los pobres, con que se remediase. Con estos beneficios quedó mejorada en todo la suerte de la feliz mujer, y ella

[1] Tob. XII, 7.

aficionada á su Maestra y Bienhechora. Ofrecióle su casa; y siendo pobre era mas acomodada para hospicio de los artífices y fundadores de la santa pobreza. Hízole grande instancia la pobre mujer, viendo la descomodidad del portal donde María santísima y el feliz Esposo estaban con el Niño. No desechó el ofrecimiento la Reina, y con estimacion respondió á la mujer, que la avisaria de su determinacion. Y confiriéndolo luego con san Josef, se resolvieron en ir y pasar á la casa de la devota mujer, y esperar allí el tiempo de la purificacion y presentacion al templo. Obligóles mas á esta determinacion el estar cerca del portal del nacimiento; y tambien que comenzaba á concurrir en él mucha gente, por el rumor que se iba publicando del suceso y venida de los Reyes.

575. Desampararon María santísima, san Josef y el Niño sagrado el portal, porque ya era forzoso, aunque con gran cariño y ternura. Y fuéronse á hospedar á la casa de la feliz mujer, que los recibió con súma caridad, y les dejó libre lo mejor de la habitacion que tenia. Fuéronlos acompañando todos los Ángeles y ministros del Altísimo, en la misma forma humana que siempre los asistian. Y porque la divina Madre y su Esposo desde la posada frecuentaban las estaciones de aquel santuario, iban y venian con ellos la multitud de príncipes que los servian. Y á mas de esto, para guarda y custodia del portal ó cueva, cuando el Niño y Madre salieron della, puso Dios un Ángel que le guardase, como el del paraíso [1]. Y así ha estado y está hoy en la puerta de la cueva del nacimiento con una espada; y nunca mas entró en aquel lugar santo algun animal. Y si el santo Ángel no impide la entrada de los enemigos infieles, en cuyo poder está aquel y los demás Lugares sagrados, es por los juicios del Altísimo, que deja obrar á los hombres por los fines de su sabiduría y justicia; y porque no era necesario este milagro, si los príncipes cristianos tuvieran ferviente celo de la honra y gloria de Cristo para procurar la restauracion de aquellos Santos Lugares consagrados con la sangre y plantas del mismo Señor y de su Madre santísima, y con las obras de nuestra redencion. Y cuando esto no fuera posible, no hay excusa para no procurar á lo menos la decencia de aquellos misteriosos lugares con toda diligencia y fe: que el que la tuviere, grandes montes vencerá [2]; porque todo le es posible al creyente. Y se me ha dado á entender que la devocion piadosa y la veneracion de la Tierra Santa es uno de los medios mas eficaces y poderosos para establecer y

[1] Genes. III, 24. — [2] Matth. XVII, 19; Marc. IX, 22.

asegurar las monarquías católicas: y quien lo fuere no puede negar que ahorrará otros gastos excesivos y excusados para emplearlos en tan piadosa empresa, y fuera grata á Dios y á los hombres: pues para honestar estos gastos no es menester buscar razones peregrinas.

576. Retirada María purísima con su Hijo y Dios á la posada que halló cerca del portal, perseveró en ella hasta el tiempo que conforme á la ley se habia de presentar purificada al templo con su Primogénito. Y para este misterio determinó en su ánimo la santísima entre las criaturas disponerse dignamente con deseos fervorosos de llevar á presentar al eterno Padre en el templo su infante Jesús; imitándole ella, y presentándose con él adornada y hermoseada con grandes obras que hiciesen digna hostia y ofrenda para el Altísimo. Con esta atencion hizo la divina Señora aquellos dias, hasta la purificacion, tales y tan heróicos actos de amor y de todas las virtudes, que ni lengua de hombres ni Ángeles lo pueden explicar. ¿Cuánto menos podrá una mujer en todo inútil, y llena de ignorancia? La piedad y devocion cristiana merecerá sentir estos misterios, y los que para su contemplacion y veneracion se dispusieren. Y por algunos favores mas inteligibles que recibió la Vírgen Madre, se podrán colegir y rastrear otros que no caben en palabras.

577. Desde el nacimiento habló el infante Jesús con su dulcísima Madre en voz inteligible, cuando le dijo, luego que nació: *Imítame, Esposa mia, asimílate á mí*, como dije en su lugar, capítulo X. Y aunque siempre la hablaba con perfectísima pronunciacion, era á solas; porque el santo esposo Josef nunca le oyó hablar, hasta que fué el Niño creciendo, y habló despues de un año con él. Ni tampoco la divina Señora le declaró este favor á su Esposo; porque conocia era solo para ella. Las palabras del Niño Dios eran con la majestad digna de su grandeza, y con la eficacia de su poder infinito, y como con la mas pura y santa, la mas sábia y prudente de las criaturas, fuera de sí mismo, y como con verdadera Madre suya. Algunas veces decia [1]: *Paloma mia, querida mia, Madre mia carísima*. Y con estos coloquios y delicias que se contienen en los Cantares de Salomon, y otros mas continuos interiores, pasaban Hijo y Madre santísimos; con que recibia mas favores la divina Princesa, y oyó palabras tan de dulzura y caricia, que han excedido á las de los Cantares de Salomon; y mas que han dicho ni dirán todas las almas justas y santas desde el principio hasta el fin del mundo. Muchas veces repetia el infante Jesús, entre estos amables

[1] Cant. II, 10; VII, 6.

misterios, aquellas palabras: *Asimílate á mí, Madre y paloma mia.* Y como eran razones de vida y virtud infinita, y á ellas acompañaba la ciencia divina que tenia María santísima de todas las operaciones que obraba interiormente el alma de su Hijo unigénito, no hay lengua que pueda explicar, ni pensamiento percibir los efectos de estas obras tan recónditas en el candidísimo y inflamado corazon de la Madre de Hijo que era Hombre y Dios.

578. Entre algunas excelencias mas raras y beneficios de María purísima, el primero es ser Madre de Dios, que fue el fundamento de todas. El segundo, ser concebida sin pecado. El tercero, gozar en esta vida muchas veces la vision beatífica de paso. El cuarto lugar tiene este favor, de que gozaba continuamente, viendo con claridad la alma santísima de su Hijo y todas sus operaciones, para imitarlas. Teníala presente, como un espejo clarísimo y purísimo en que se miraba y remiraba, adornándose con las preciosas joyas de aquella alma santísima copiadas en sí misma. Mirábala unida al Verbo divino; y como se reconocia inferior en la humanidad, con profunda humildad. Conocia con vista clarísima los actos de agradecimiento y alabanza que daba, por haberla criado de nada como á todas las demás almas, y por los dones y beneficios que sobre todas habia recibido en cuanto criatura; y especialmente por haberla levantado y sublimado á su naturaleza humana á la union inseparable de la Divinidad. Atendia á las peticiones, oraciones y súplicas que hacia incesantes, y presentaba al eterno Padre por el linaje humano; y como en todas las demás obras iba disponiendo y encaminando su redencion y enseñanza, como único Reparador y Maestro de vida eterna.

579. Todas estas obras de la santísima humanidad de Cristo nuestro bien iba imitando su Madre purísima. Y en toda esta Historia hay mucho que decir de tan gran misterio; porque siempre tuvo este dechado y ejemplar á la vista, donde formó todas las acciones y operaciones desde la encarnacion y nacimiento de su Hijo; y como abeja oficiosa fué componiendo el panal dulcísimo de las delicias del Verbo humanado. Su Majestad, que vino del cielo á ser nuestro Redentor y Maestro, quiso que su Madre santísima, de quien recibió el ser humano, participase por altísimo y singular modo los frutos de la general redencion, y que fuese única y señalada discípula, en quien se estampase al vivo su doctrina, formándola tan semejante á sí mismo, cuanto era posible en pura criatura. Por estos beneficios y fines del Verbo humanado se ha de colegir la

grandeza de las obras de su Madre santísima, y de las delicias que tenia con él en sus brazos, reclinándole en su pecho, que era el tálamo y lecho florido [1] de este verdadero Esposo.

580. En los dias que la Reina santísima se detuvo en Belen hasta la purificacion, concurrió alguna gente á visitarla y hablarla; aunque cási todos eran de los mas pobres. Unos por la limosna que de su mano recibian; otros por haber sabido que los Magos habian estado en el portal. Y todos hablaban de esta novedad y de la venida del Mesías; porque en aquellos dias (no sin disposicion divina) estaba muy público entre los judíos que se llegaba el tiempo en que habia de nacer en el mundo, y se hablaba comunmente de esto. Con ocasion de todas estas pláticas se le ofrecian á la prudentísima Madre repetidas ocasiones de obrar grandiosamente, no solo en guardar secreto en su pecho y conferir [2] en él todo lo que oia y veia; pero tambien en encaminar muchas almas al conocimiento de Dios, confirmarlas en la fe, instruirlas en las virtudes, alumbrarlas en los misterios del Mesías que esperaban, y sacarlas de grandes ignorancias en que estaban, como gente vulgar y poco capaz de las cosas divinas. Decíanla algunas veces tantas novelas y cuentos de mujeres en estas materias, que oyéndolas el santo y sencillo esposo Josef, se solia sonreir y admirar de las respuestas llenas de sabiduría y eficacia divina con que la gran Señora respondia y enseñaba á todos; cómo los toleraba, sufria y encaminaba á la verdad y conocimiento de la luz, con profunda humildad y severidad apacible, dejando á todos gustosos, consolados, y capaces de lo que les convenia; porque les hablaba palabras de vida eterna [3], que les penetraba hasta el corazon, los fervorizaba y alentaba.

Doctrina de la reina del cielo María santísima señora nuestra.

581. Hija mia, á la vista clara de la luz divina conocí yo, sobre todas las criaturas, el bajo precio y estimacion que tienen delante del Altísimo los dones y riquezas de la tierra. Y por esto me fue trabajoso, y enojoso á mi santa libertad, hallarme cargada con los tesoros de los Reyes ofrecidos á mi Hijo santísimo. Pero como en todas mis obras habia de resplandecer la humildad y obediencia, no quise apropiarlos á mí, ni dispensarlos por mi voluntad, sino por la de mi esposo Josef. Y en esta resignacion hice concepto como si fuera sierva suya, y como si nada de aquellos bienes temporales me

[1] Cant. I, 15. — [2] Luc. II, 19. — [3] Joan. VI, 69.

tocara; porque es cosa fea, y para vosotras las criaturas flacas muy peligrosa, atribuiros ó apropiaros cosa alguna de bienes terrenos, así de hacienda como de honra, pues todo esto se hace con codicia, ambicion y ostentacion vana.

582. He querido, carísima, decirte todo esto, para que en todas materias quedes enseñada de no admitir dones ni honras humanas, como si algo te debieran, ni lo apropies á tí misma; y esto menos cuando lo recibes de personas poderosas y calificadas. Guarda tu libertad interior, y no hagas ostentacion de lo que nada vale, ni te puede justificar para con Dios. Si algo te presentaren, nunca digas: Esto me han dado, ni esto me han traido; sino esto envia el Señor para la comunidad, pidan á su Majestad por el instrumento de esta misericordia suya. Y nombrarle, para que lo hagan en particular, y no se frustre el fin del que hace la limosna. Tampoco la recibas por tu mano, que es insinuar codicia, sino las oficialas dedicadas para ese fin. Y si por el oficio de prelada fuere necesario (despues de estar dentro del convento) darlo á quien le pertenece, para distribuirlo al comun, sea con magisterio de desprecio, manifestando no está allí el afecto; aunque al Altísimo y al que te hizo el bien se le has de agradecer, y conocer no lo mereces. Lo que traen á las demás religiosas debes agradecerlo por prelada, y con toda solicitud cuidar luego se aplique al cuerpo de la comunidad, sin tomar para tí cosa alguna. No mires con curiosidad lo que viene al convento, porque no se deleite el sentido, ni se incline á apetecerlo ó gustar le hagan tales beneficios; que el natural frágil y lleno de pasiones incurre en muchos defectos repetidas veces, y muy pocas se hace consideracion de ellos. No se le puede fiar nada á la naturaleza infecta; porque siempre quiere mas de lo que tiene, y nunca dice basta, y cuanto mas recibe, mayor sed le queda para mas.

583. Pero en lo que te quiero mas advertida es, en el trato íntimo y frecuente con el Señor, por incesante amor, alabanza y reverencia. En esto quiero, hija mia, que trabajes con todas tus fuerzas, y que apliques tus potencias y sentidos sin intervalo, con desvelo y cuidado; porque sin él es forzoso que la parte inferior, que agrava la alma [1], la derribe y aterre, la divierta y precipite, haciéndola perder de vista el sumo Bien. Este trato amoroso del Señor es tan delicado, que solo de atender y oir al enemigo en sus fabulaciones se pierde. Y para esto solicita él con gran desvelo que le atiendan, como quien sabe que el castigo de haberle escuchado se-

[1] Sap. IX, 15.

rá escondérsele [1] á la alma el objeto de su amor. Y luego la que inadvertidamente ignoró su hermosura [2] sale tras de las pisadas de sus descuidos, desposeida de suavidad divina. Y cuando (á mal de su agrado) experimenta el daño en su dolor, quiere volver á buscarla, no siempre se halla [3] ni se le restituye. Y como el demonio que la engañó la ofrece otros deleites tan viles y desiguales de aquellos á que tenia acostumbrado el gusto interior; de aquí le resulta y se origina nueva tristeza, turbacion, caimiento, tibieza, hastío, y toda se llena de confusion y peligro.

584. De esta verdad tienes tú, carísima, alguna experiencia, por tus descuidos, y tardanza en creer los beneficios del Señor. Ya es tiempo que seas prudente en tu sinceridad, y constante en conservar el fuego del santuario [4], sin perder de vista un punto el mismo objeto á que yo siempre estuve atenta con la fuerza de toda mi alma y potencias. Y aunque es grande la distancia de tí, que eres un vil gusanillo, á lo que en mí te propongo imites, y no puedes gozar de el Bien verdadero tan inmediato como yo le tenia, ni obrar con las condiciones que yo lo hacia; pero, pues yo te enseño y manifiesto lo que obraba imitando á mi Hijo santísimo, puedes, segun tus fuerzas, imitarme á mí, entendiendo que le miras por otro viril. Mas yo le miraba por el de su humanidad santísima, y tú por el de mi alma y persona. Y si á todos llama [5] y convida el Todopoderoso á esta alta perfeccion, si quieren seguirla; considera tú lo que debes hacer por ella, pues tan larga y poderosa se muestra contigo la diestra del Altísimo para traerte [6] tras de sí.

CAPÍTULO XIX.

Parten María santísima y Josef con el infante JESÚS *de Belen á Jerusalen, para presentarle en el templo y cumplir la ley.*

Determina María ir á cumplir las leyes de la purificacion y presentacion al templo.—Razones por que cumplió María la ley de la purificacion.—En qué forma conoció María la voluntad divina de que presentase á su Hijo en el templo.—Visitaron María y Josef el santo portal del nacimiento para partirse.—Pide María á Josef licencia para hacer la jornada á pié y descalza.—Calzado que traia la Madre de Dios.—Dale Josef licencia para que lo haga á pié con el Niño en los brazos, sin permitir fuese descalza.—Razon por qué Josef negó á la Vírgen la peticion de ir descalza.—Rendida obediencia de María.—Peticion que hizo María á Dios por la veneracion

[1] Cant. v, 6. — [2] Ibid. I, 7; v, 7. — [3] Ibid. III, 1, 2. — [4] Levit. VI, 12. — [5] Matth. XI, 28. — [6] Cant. I, 3.

del santo lugar de el nacimiento.—Dió el niño Jesús visiblemente su bendicion á su Madre y á Josef.—Solemnísima procesion que se ordenó desde Belen á Jerusalen.—Rigor de tiempo que comenzó á atormentar al niño Dios como verdadero hombre.—Reprehendió María á los vientos, y les mandó moderasen su rigor con su Hijo, y no con ella.—Milagrosa obediencia.—Razones con que se volvió contra la culpa, por haber ocasionado que el Criador de las criaturas padeciese.—Revelaciones que tuvieron Simeon y Ana, de como venia el Verbo humanado á presentarse al templo. —Enviaron al mayordomo del templo para que recibiese á los santos Peregrinos en su casa.—Luego que llegaron ofreció Josef los dones de los Magos al templo, y previno las tórtolas.—Por qué no compraron con ellas cordero para la ofrenda.—Nueva revelacion que tuvo Simeon con mas clara noticia de los misterios de Cristo.—En qué forma fue llevado Simeon en espíritu al templo.—Nueva revelacion que tuvo Ana.—Cuánto atrasa las almas el hacer las obras de virtud con negligencia y sin fervor.— Calidades de el amor ferviente, y por qué se llama así.—Lo que obró la fuerza de este amor en las operaciones de María.—Cuánto se agrada Dios de este linaje de amor.—Ejercicio del amor fervoroso.

585. Cumplíanse ya los cuarenta dias que conforme á la ley [1] se juzgaba por inmunda la mujer que paria un hijo, y perseveraba en la purificacion del parto hasta que despues iba al templo. Para cumplir la Madre de la misma pureza con esta ley, y de camino con la otra del Éxodo [2], en que mandaba Dios le santificasen y ofreciesen todos los primogénitos, determinó pasar á Jerusalen, donde se habia de presentar en el templo con el Unigénito del eterno Padre y suyo, y purificarse conforme á las demás mujeres madres. En el cumplimiento de estas dos leyes, para la que á ella le tocaba, no tuvo duda ni reparo alguno el obedecer como las demás madres. No porque ignorase su inocencia y pureza propria, que desde la encarnacion del Verbo la sabia, y que no habia contraido el comun pecado original. Tampoco ignoraba que habia concebido por obra del Espíritu Santo [3], y parido sin dolor, quedando siempre vírgen y mas pura que el sol. Pero en cuanto á rendirse á la ley comun, no dudaba su prudencia, y tambien lo solicitaba el ardiente afecto de humillarse y pegarse con el polvo, que siempre estaba en su corazon.

586. En la presentacion que tocaba á su Hijo santísimo pudo tener algun reparo, como sucedió en la circuncision; porque le conocia por Dios verdadero, superior á las leyes que él mismo habia puesto. Pero de la voluntad del Señor fue informada con luz divina y con los mismos actos del alma santísima del Verbo humanado;

[1] Levit. XXII, 4. — [2] Exod. XIII, 12. — [3] Luc. I, 15.

porque en ella vió los deseos que tenia de sacrificarse, ofreciéndose viva hostia [1] al eterno Padre, en agradecimiento de haber formado su cuerpo purísimo y criado su alma santísima, y destinándole para sacrificio aceptable por el linaje humano, y salud de los mortales. Y aunque estos actos siempre los tuvo la humanidad santísima del Verbo, no solo como comprehensor, conformándose con la voluntad divina; pero tambien como viador y Redentor: con todo eso, quiso, conforme á la ley, hacer esta ofrenda á su Padre en su santo templo [2], donde todos le adoraban y magnificaban, como en casa de oracion, expiacion y sacrificios.

587. Trató la gran Señora con su Esposo de la jornada, y habiéndola ordenado para estar en Jerusalen el dia determinado por la ley, y prevenido lo necesario, se despidieron de la piadosa mujer su hospedera. Y dejándola llena de bendiciones del cielo, cuyos frutos cogió copiosamente, aunque ignoraba el misterio de sus divinos huéspedes; fueron luego á visitar el portal ó cueva del nacimiento, para ordenar de allí su viaje con la última veneracion de aquel humilde sagrario, pero rico de felicidad, no conocido por entonces. Entregó la Madre á san Josef el Niño Jesús, para postrarse en tierra y adorar el suelo, testigo de tan venerables misterios. Y habiéndolo hecho con incomparable devocion y ternura, habló á su Esposo y le dijo: *Señor, dadme la bendicion, para hacer con ella esta jornada, como me la dais siempre que salgo de vuestra casa. Tambien os suplico que me deis licencia para hacerla á pié y descalza; pues he de llevar en mis brazos la hostia que se ha de ofrecer al eterno Padre. Esta obra es misteriosa, y deseo hacerla con las condiciones y magnificencia que pide, en cuanto me fuere posible.* Usaba nuestra Reina, por honestidad, de un calzado que le cubria los piés, y le servia cási de medias. Era de una yerba de que usaban los pobres, como cáñamo ó malvas, curado y tejido grosera y fuertemente; y aunque pobre, limpio y con decente aliño.

588. San Josef la respondió que se levantase, porque estaba de rodillas, y dijo: *El altísimo Hijo del eterno Padre, que tengo en mis brazos, os dé su bendicion. Sea tambien enhorabuena, que caminando á pié le lleveis en los vuestros. Pero no habeis de ir descalza, porque el tiempo no lo permite; y vuestro deseo será acepto delante el Señor que os le ha dado.* De esta autoridad de cabeza en mandar á María santísima usaba san Josef, aunque con gran respeto, por no defraudarla del gozo que tenia la gran Reina en humillarse y obedecer. Y

[1] Ephes. v, 2. — [2] Deut. xii, 5.

como el santo Esposo la obedecia tambien, y se mortificaba y humillaba en mandarla, venian á ser los dos obedientes y humildes recíprocamente. El negarle que fuese descalza á Jerusalen, lo hizo san Josef temiendo no le ofendiesen los frios para la salud. Y el temerlo, nacia de que no sabia la admirable complexion y composicion del cuerpo virginal y perfectísimo, ni otros privilegios de que la Diestra divina la habia dotado. La obediente Reina no replicó mas al santo Esposo, y obedeció á su mandato en no ir descalza. Para recibir de sus manos al infante Jesús se postró en tierra, y le dió gracias, adorándole por los beneficios que en aquel sagrado portal habia obrado con ella, y para todo el linaje humano. Y pidió á su Majestad conservase aquel sagrario con reverencia, y entre católicos, y que siempre fuese de ellos estimado y venerado; y al santo Ángel destinado para guardarle, se le encargó y encomendó de nuevo. Cubrióse con un manto para el camino, y recibiendo en sus brazos al tesoro del cielo, y aplicándole á su pecho virginal, le cubrió con grande aliño para defenderle del temporal del invierno.

589. Partieron del portal, pidiendo la bendicion los dos al Niño Dios, y su Majestad se la dió visiblemente. Y san Josef acomodó en el jumentillo la caja de los fajos del divino Infante, y con ellos la parte de los dones de los Reyes, que reservaron para ofrecer al templo. Con esto se ordenó de Belen á Jerusalen la procesion mas solemne que se vió jamás en el templo; porque en compañía del Príncipe de las eternidades Jesús, y de la Reina su madre, y Josef su esposo, partieron de la cueva del nacimiento los diez mil Ángeles que habian asistido en estos misterios, y los otros que del cielo descendieron con el santo y dulce nombre de Jesús en la circuncision [1]. Todos estos cortesanos de el cielo iban en forma visible humana, tan hermosos y refulgentes, que en comparacion de su belleza, todo lo precioso y deleitable del mundo era menos que de barro y que la escoria, comparado con el oro finísimo; y al sol, cuando mas en su fuerza estaba, le escurecian: y cuando faltaba en las noches las hacian dias clarísimos. De su vista gozaba la divina Reina y su esposo Josef. Celebraban todos el misterio con nuevos y altísimos cánticos de alabanza al Niño Dios que se iba á presentar al templo. Y así caminaron dos leguas, que hay de Belen á Jerusalen.

590. En aquella ocasion, que no seria sin dispensacion divina, era el tiempo destemplado de frio y hielos, que no perdonando á su

[1] Supr. n. 523.



mismo Criador humanado y Niño tierno, le afligian, hasta que temblando como verdadero hombre lloraba en los brazos de su amorosa Madre, dejando mas herido su corazon de compasion y amor que de las inclemencias el cuerpo. Volvióse á los vientos y elementos la poderosa Emperatriz; y como Señora de todos, los reprehendió con divina indignacion, porque ofendian á su mismo Hacedor; y con imperio les mandó que moderasen su rigor con el Niño Dios, pero no con ella. Obedecieron los elementos al órden de su legítima y verdadera Señora; y el aire frio se convirtió en una blanda y templada marea para el Infante; pero con la Madre no corrigió su destemplado rigor: y así le sentia ella, y no su dulce Niño, como en otras ocasiones he dicho y repetiré adelante [1]. Convirtióse tambien contra el pecado la que no le habia contraido, y dijo: *¡Oh culpa desconcertada y en todo inhumana, pues para tu remedio es necesario que el mismo Criador de todo sea afligido de las criaturas que dió ser, y las está conservando! Terrible mónstruo y horrendo eres, ofensiva á Dios, y destruidora de las criaturas; las conviertes en abominacion, y las privas de la mayor felicidad de amigas de Dios. Ó hijos de los hombres, ¿hasta cuándo habeis de ser de corazon grave, y habeis de amar la vanidad y mentira? No seais tan ingratos para con el altísimo Dios, y crueles con vosotros mismos. Abrid los ojos y mirad vuestro peligro. No desprecieis los preceptos de vuestro Padre celestial, ni olvideis* [2] *la enseñanza de vuestra Madre, que os engendré por la caridad; y tomando el Unigénito de el Padre carne humana en mis entrañas, me hizo Madre de toda la naturaleza: como tal os amo, y si me fuera posible, y voluntad del Altísimo, que yo padeciera todas las penalidades que ha habido desde Adan acá, las admitiera con gusto por vuestra salud.*

591. En el tiempo que continuaba la jornada nuestra divina Señora con el Niño Dios, sucedió en Jerusalen que Simeon, sumo sacerdote, fue ilustrado del Espíritu Santo como el Verbo humanado venia á presentarse al templo en los brazos de su Madre. La misma revelacion tuvo la santa viuda Ana, y de la pobreza y trabajo con que venian acompañados de Josef, esposo de la purísima Señora. Y confiriendo luego los dos Santos esta revelacion y ilustracion, llamaron al mayordomo del templo, que cuidaba de lo temporal; y dándole las señas de los caminantes que venian, le mandaron saliese á la puerta del camino de Belen, y los recibiese en su casa con toda benevolencia y caridad. Así lo hizo el mayordomo, con que la gran

[1] Supr. n. 20, 21, 543, 544, et infr. n. 633. — [2] Prov. I, 8.

Reina y su Esposo recibieron mucho consuelo, por el cuidado que traian de buscar posada que fuese decente para su divino Infante. Dejándolos en su casa el dichoso hospedero, volvió á dar cuenta al Sumo sacerdote.

592. Aquella tarde, antes de recogerse, trataron María santísima y Josef lo que debian hacer. Y la prudentísima Señora advirtió, que llevase luego la misma tarde al templo los dones de los Reyes, para ofrecerlos en silencio y sin ruido, como se deben hacer las limosnas y ofrendas, y que de camino trajese el santo Esposo las tortolillas [1] que habian de ofrecer al otro dia en público con el infante Jesús. Ejecutólo así san Josef. Y como forastero y poco conocido, dió la mirra, incienso y oro al que recibia los dones en el templo, no dejando lugar para que se advirtiese quién habia ofrecido tan grande limosna. Y aunque pudo con ella comprar el cordero [2], que ofrecian los mas ricos con los primogénitos, no lo hizo; porque fuera desproporcion del traje humilde y pobre de la Madre y Niño, y de el Esposo, ofrecer dones de ricos en lo público. Y no convenia degenerar en accion alguna de su pobreza [3] y humildad, aunque fuera con fin piadoso y honesto; porque en todo fue maestra de perfeccion la Madre de la Sabiduría, y su Hijo santísimo de la pobreza, con que nació, vivió y murió.

593. Era Simeon, como dice san Lucas, justo y temeroso, y esperaba la consolacion de Israel [4]; y el Espíritu Santo, que estaba en él, le habia revelado que no pasaria la muerte sin ver primero al Cristo del Señor. Y movido del Espíritu vino al templo; porque aquella noche (á mas de lo que habia entendido) fue de nuevo ilustrado con la divina luz, y en ella conoció con la mayor claridad todos los misterios de la Encarnacion y Redencion humana, y que en María santísima se habian cumplido las profecías de Isaías [5], que una Vírgen concebiria, pariria un hijo; y de la vara de Jesé naceria una flor [6], que seria Cristo; y todo lo demás de estas y otras profecías. Tuvo luz muy clara de la union de las dos naturalezas en la persona del Verbo, y de los misterios de la pasion y muerte del Redentor. Con la inteligencia de cosas tan altas quedó el santo Simeon elevado y todo fervorizado, con deseos de ver al Redentor del mundo. Y como ya tenia noticias que venia á presentarse al Padre, fue llevado Simeon al templo en espíritu el dia siguiente [7], que es en la fuerza de esta divina luz. Y sucedió lo que diré en el capítulo si-

[1] Luc. II, 24. — [2] Levit. XII, 6. — [3] Matth. VIII, 20. — [4] Luc. II, 25, 26.
[5] Ibid. — [6] Isai. VII, 14; XI, 1. — [7] Luc. II, 27.

guiente. Tambien la santa mujer Ana tuvo revelacion la misma noche de muchos de estos misterios respetivamente, y fue grande el gozo de su espíritu; porque, como dije en la primera parte [1] de esta Historia, ella habia sido maestra de nuestra Reina, cuando estuvo en el templo. Y dice el Evangelista, que no se apartaba de él [2], sirviendo de dia y noche con ayunos y oraciones; y que era profetisa, hija de Samuel, del tribu de Aser; y habiendo vivido siete años con su marido [3], era ya de ochenta y cuatro. Y habló proféticamente del Niño Dios, como se verá.

Doctrina que me dió la Reina del cielo.

594. Hija mia, una de las miserias que hacen infelices ó poco felices á las almas, es contentarse con hacer las obras de virtud con negligencia y sin fervor, como si obraran cosa de poca importancia ó casual. Por esta ignorancia y vileza de corazon llegan pocas al trato y amistad íntima con el Señor, que solo se alcanza con el amor ferviente. Y llámase ferviente ó fervoroso, porque al modo del agua que con el fuego hierve, así este amor con la violencia suave del divino incendio de el Espíritu Santo levanta á el alma sobre sí, sobre todo lo criado, y sobre sus mismas obras. Porque amando se enciende mas, y de el mismo amor le nace un insaciable afecto, con el cual no solo desprecia y olvida lo terreno, pero ni le satisface ni sacia todo lo bueno. Y como el corazon humano, cuando no alcanza lo que mucho ama (si le es posible), se enardece mas en el deseo de conseguirlo con nuevos medios; por esto si la alma tiene ferviente caridad, siempre con ella misma halla que desear y que hacer por el amado; y todo cuanto obra le parece poco: y así busca y pasa de la voluntad buena á la perfecta, y de esta á la del mayor beneplácito del Señor, hasta llegar á la perfectísima y íntima union y transformacion en el mismo Dios.

595. De aquí entenderás, carísima, la razon por que deseaba ir descalza al templo, llevando á mi Hijo santísimo á presentarle en él, y cumplir tambien con la ley de la purificacion; porque á mis obras daba todo el lleno de perfeccion posible, con la fuerza del amor, que siempre me pedia lo mas perfecto y agradable al Señor; y me movia á ello esta fervorosa ansia en obrar todas las virtudes en colmo de perfeccion. Trabaja por imitarme con toda la diligencia, la que en mí conoces; porque te advierto, amiga, que este linaje de amor y de

[1] Part. I, n. 422. — [2] Luc. I, 37. — [3] Ibid. 36.

obrar es lo que el Altísimo está deseando y esperando, como tras de los canceles, que dijo la esposa [1], mirando como ella obra todas las cosas, y tan cerca, que solo un cancel media para que goce de su vista. Porque rendido y enamorado se va tras las almas que así le aman y sirven en todas sus obras; como tambien se desvia de las tibias ó negligentes, ó acude á ellas con una comun y general providencia. Aspira tú siempre á lo mas perfecto y puro de las virtudes, y en ellas estudia y inventa siempre nuevos modos y trazas de amor; de manera, que todas tus fuerzas y potencias interiores y exteriores estén siempre ocupadas y oficiosas en lo mas alto y excelente para el agrado del Señor. Y todos estos afectos comunícalos y sujétalos á la obediencia y consejo de tu maestro y padre espiritual, para hacer lo que mandare; que esto es lo primero y mas seguro.

CAPÍTULO XX.

De la presentacion del infante Jesús *en el templo, y lo que sucedió en ella.*

Razones por que el eterno Padre determinó que le fuese presentado su Hijo en el templo.—Oracion de María al Padre eterno previniendo la ofrenda de su Unigénito que venia á hacerle.—Procesion angélica que se ordenó para acompañar al Niño Dios en su presentacion.—Efectos interiores que sintió María luego que llegó al templo.—Voz del eterno Padre que oyó entonces María.—Vieron Simeon y Ana al Niño Dios y á su Madre llenos de resplandor y de gloria.—Tomó Simeon al infante Jesús en sus palmas, y le ofreció al Padre eterno.—Breve explicacion del cántico de Simeon.—Palabras de Simeon á la Madre de Dios.—Confesion y declaracion de el Verbo humanado que hizo Ana.—Cuando profetizó la pasion y muerte de Cristo Simeon, bajó el Niño la cabeza aceptándola.—Inteligencia que tuvo María de los misterios que comprehendia la profecía de Simeon.—Efectos que hizo en ella esta inteligencia.—Lo que conoció en la profecía san Josef.—Humildad con que se despidió María de Simeon y Ana.—Comunicacion que tuvo María con Simeon y Ana los dias que estuvo en Jerusalen.—Palabras con que consoló el niño Jesús á su Madre en el dolor de la profecía de Simeon.—Igualdad de ánimo con que se debe admitir lo próspero y adverso.—Fealdad de la impaciencia en los trabajos, despues que los padeció Cristo.—No en el decir, sino en el padecer se prueba la verdad del amor.—No se ha de turbar ni acobardar el alma en la tribulacion de los trabajos.—Ejemplo de esta igualdad de ánimo en la Madre de Dios.—Cuánto se deben respetar los sacerdotes en la ley de gracia.—Cómo se ha de meditar lo que Cristo padeció.

596. No solo por virtud de la creacion era la humanidad santísima de Cristo propia del eterno Padre, como las demás criaturas;

[1] Cant. II, 9.



pero por especial modo y derecho le pertenecia tambien por virtud de la union hipostática con la persona del Verbo, que era engendrado de su misma substancia, como Hijo unigénito, y verdadero Dios de Dios verdadero. Pero con todo eso determinó el Padre que le fuese presentado su Hijo en el templo, así por el misterio como por el cumplimiento de su santa ley, cuyo fin era Cristo nuestro Señor [1]. Pues por esto fue ordenado que los judíos santificasen y ofreciesen todos sus primogénitos [2], esperando siempre al que lo habia de ser del eterno Padre y de su Madre santísima. Y en esto (á nuestro modo de entender) se hubo su Majestad como sucede entre los hombres, que gustan se les trate y repita alguna cosa de que tienen agrado y complacencia; pues aunque todo lo conocia y sabia el Padre con infinita sabiduría, tenia gusto en la ofrenda del Verbo humanado, que por tantos títulos era suyo.

597. Esta voluntad del eterno Padre, que era la misma de su Hijo santísimo en cuanto Dios, conocia la Madre de la vida, y tambien la de la humanidad de su Unigénito; cuya alma y operaciones miraba conforme en todo con la voluntad de el Padre. Con esta ciencia pasó en coloquios divinos la gran Princesa aquella noche que llegaron á Jerusalen antes de la presentacion. Y hablando con el Padre decia: *Señor y Dios altísimo, Padre de mi Señor, festivo dia será este para el cielo y tierra, en que os ofrezco y traigo á vuestro santo templo la hostia viva, que es el tesoro de vuestra misma divinidad. Rica es, Señor y Dios mio, esta oblacion; y bien podeis por ella franquear vuestras misericordias al linaje humano, perdonando á los pecadores que torcieron los caminos rectos, consolando á los tristes, socorriendo á los necesitados, enriqueciendo á los pobres, favoreciendo á los desvalidos, alumbrando á los ciegos, y encaminando á los errados. Esto es, Señor mio, lo que yo os pido, ofreciéndoos á vuestro Unigénito, que tambien es Hijo mio por vuestra dignacion y clemencia. Y si me le habeis dado Dios, yo os le presento Dios y Hombre juntamente; y lo que vale es infinito, y menos lo que pido. Rica vuelvo á vuestro santo templo, de donde salí pobre; y mi alma os magnificará eternamente, porque tan liberal y poderosa se mostró conmigo vuestra diestra divina.*

598. Llegada la mañana, para que en los brazos de la purísima alba saliese el Sol del cielo á vista del mundo, la divina Señora, prevenidas las tortolillas y dos velas, aliñó al infante Jesús en sus paños, y con el santo esposo Josef salieron de la posada para el tem-

[1] Rom. x, 4. — [2] Exod. xiii, 2; Hebr. i, 6.

plo. Ordenóse la procesion, y en ella iban los santos Ángeles que vinieron desde Belen en la misma forma corpórea y hermosísima, como dije arriba. Pero en esta añadieron los espíritus santísimos muchos cánticos dulcísimos [1], que le decian al Niño Dios con armonía de suavísima y concertada música, que solo María purísima los percibió. Y á mas de los diez mil que iban en esta forma, descendieron del cielo otros innumerables; y juntos con los que tenian la venera del santo nombre de Jesús, acompañaron al Verbo divino humanado á esta presentacion. Y estos iban incorpóreamente como ellos son, y la divina Princesa sola los podia ver. Llegando á la puerta del templo, sintió la felicísima Madre nuevos y altísimos efectos interiores de dulcísima devocion: y prosiguiendo hasta el lugar que llegaban las demás, se inclinó [2]; y puesta de rodillas adoró al Señor en espíritu y verdad en su santo templo, y se presentó ante su altísima y magnífica Majestad con su Hijo en los brazos. Luego se le manifestó con vision intelectual la santísima Trinidad, y salió una voz del Padre, oyéndola sola María purísima, que decia: *Este es mi amado Hijo, en el cual yo tengo mi agrado* [3]. El dichoso entre los varones, san Josef, sintió al mismo tiempo nueva conmocion de suavidad del Espíritu Santo, que le llenó de gozo y luz divina.

599. El sumo sacerdote Simeon, movido tambien por el Espíritu Santo, como arriba se dijo, capítulo precedente, entró luego en el templo [4]. Y encaminándose al lugar donde estaba la Reina con su infante Jesús en los brazos, vió á Hijo y Madre llenos de resplandor y de gloria respetivamente. Era este Sacerdote lleno de años y en todo venerable. Y tambien lo era la profetisa Ana, que, como dice el Evangelio, vino allí á la misma hora [5]; y vió á la Madre con el Hijo con admirable y divina luz. Llegaron llenos de júbilo celestial á la Reina del cielo, y el Sacerdote recibió de sus manos al infante Jesús en sus palmas. Y levantando los ojos al cielo, le ofreció al eterno Padre, y pronunció aquel cántico lleno de misterios [6]: *Ahora, Señor, despedirás á tu siervo, segun tu palabra, en paz; porque ya mis ojos vieron al que es tu saludable; al cual pusiste delante la cara de todos los pueblos; lumbre para la revelacion de las gentes, y gloria de Israel tu pueblo* [7]. Y fue como decir: Ahora, Señor, me soltarás y dejarás ir libre y en paz, suelto de las cadenas de este mortal cuerpo, donde me detenian las esperanzas de tus promesas y el deseo de ver á tu Unigénito hecho carne [8]. Ya gozaré de paz se-

[1] Supr. n. 589. — [2] Joan. IV, 23. — [3] Matth. XVII, 20. — [4] Luc. II, 27. — [5] Ibid. 38. — [6] Ibid. 29. — [7] Ibid. 29. — [8] Ibid. 30.

gura y verdadera, pues han visto mis ojos á tu saludable, tu Hijo unigénito hecho hombre, unido con nuestra naturaleza, para darle salud eterna; destinada y decretada antes de los siglos en el secreto de tu divina sabiduría y misericordia infina [1]. Ya, Señor, le preparaste y le pusiste delante de todos los mortales, sacándole á luz al mundo para que todos le gocen, si todos le quieren, y tomar dél la salud y la luz que alumbrará á todo hombre en el universo; porque él es la lumbre que se ha de revelar á las gentes, y para gloria de su escogido pueblo de Israel [2].

600. Oyeron este cántico de Simeon María santísima y san Josef, admirándose de lo que decia, y con tanto espíritu. Y llámales el Evangelista [3] padres del Niño Dios, segun la opinion del pueblo; porque esto sucedió en público. Y Simeon prosiguió diciéndole á la Madre santísima del infante Jesús, á quien se convirtió con atencion: *Advertid, Señora, que este Niño está puesto para ruina y para salvacion de muchos en Israel; y para señal ó blanco de grandes contradiciones* [4]. *Y á vuestra alma, suya de él, traspasará un cuchillo, para que se descubran los pensamientos de muchos corazones* [5]. Hasta aquí dijo Simeon. Y como sacerdote dió la bendicion á los felices Padres del Niño. Luego la profetisa Ana confesó al Verbo humanado [6]. Y con luz del Espíritu divino habló de sus misterios muchas cosas con los que esperaban la redencion de Israel. Y con los dos santos Viejos quedó testificada en público la venida del Mesías á redimir su pueblo.

601. Al mismo tiempo que el sacerdote Simeon pronunciaba las palabras proféticas de la pasion y muerte del Señor, cifradas en el nombre de cuchillo y señal de contradicion, el mismo Niño bajó la cabeza. Y con esta accion y muchos actos de obediencia interior aceptó la profecía del Sacerdote, como sentencia del eterno Padre declarada por su ministro. Todo esto vió y conoció la amorosa Madre; y con la inteligencia de tan dolorosos misterios comenzó á sentir de presente la verdad de la profecía de Simeon, quedando herido desde luego el corazon con el cuchillo que le amenazaba para adelante. Porque le fue patente, y como en un espejo claro se le propusieron á la vista interior todos los misterios que comprehendia la profecía: como su Hijo santísimo seria piedra de escándalo, y ruina á los incrédulos [7], y vida para los fieles: la caida de la Sinagoga y levantamiento de la Iglesia en la gentilidad [8]: el triunfo que ganaria

[1] Luc. II, 31. — [2] Joan. I, 9, 32. — [3] Luc. II, 33. — [4] Ibid. 34. — [5] Ibid. 35. — [6] Ibid. 38. — [7] Isai. VIII, 14; I Petr. II, 8. — [8] Matth. XXI, 43.



de los demonios y de la muerte [1]; pero que le habia de costar mucho, y seria con la suya afrentosa y dolorosa de cruz: la contradicion que el infante Jesús en sí mismo [2] y en su Iglesia habia de padecer de los prescitos en tan grande multitud y número; y tambien la excelencia de los predestinados. Todo lo conoció María santísima; y entre gozo y dolor de su alma purísima, elevada en actos perfectísimos por los misterios ocultísimos y la profecía de Simeon, ejercitó eminentes operaciones, y le quedó en la memoria, sin olvidarlo jamás un solo punto, todo lo que conoció y vió con la luz divina y por las palabras proféticas de Simeon. Y con tan vivo dolor miraba á su Hijo santísimo siempre, renovando la amargura que como Madre, y Madre de Hijo de Dios y hombre, sabia sola sentir dignamente lo que los hombres y criaturas humanas, y de corazones ingratos no sabemos sentir. El santo esposo Josef, cuando oyó estas profecías, entendió tambien muchos de los misterios de la redencion, y trabajos del dulcísimo Jesús. Pero no se los manifestó el Señor tan copiosa y expresamente, como los conoció y penetró su divina Esposa; porque habia diferentes razones, y el Santo no lo habia de ver todo en su vida.

602. Acabado este acto, la gran Señora besó la mano al Sacerdote, y le pidió de nuevo la bendicion. Lo mismo hizo con Ana, su antigua maestra; porque el ser Madre del mismo Dios, y la mayor dignidad que ha habido ni habrá entre todas las mujeres, Ángeles y hombres, no la impedian los actos de profunda humildad. Con esto se volvió á su posada; y con el Niño Dios, su Esposo, y la compañía de los catorce mil Ángeles que la asistian, se compuso la procesion [3] y caminaron. Detúvose por su devocion, como abajo diré, algunos dias en Jerusalen, y en ellos habló con el Sacerdote algunas veces misterios de la redencion, y profecías que le habia dicho. Y aunque las palabras de la prudentísima Madre eran pocas, medidas y graves; como eran tan ponderosas y llenas de sabiduría, dejaron al Sacerdote admirado, y con nuevos gozos, y efectos altísimos y dulcísimos en su alma. Lo mismo sucedió con la santa profetisa Ana. Y entrambos murieron en el Señor en breves dias. En la posada fueron hospedados por cuenta del Sacerdote. Y los dias que estuvo nuestra Reina en ella, frecuentaba el templo, y en él recibió nuevos favores y consolaciones de el dolor que le causaron las profecías del Sacerdote. Y para que le fuesen mas dulces la habló su santísimo Hijo una vez, y la dijo: *Madre carísima y paloma mia, en-*

[1] Colos. II, 15. — [2] Joan. XV, 20. — [3] Infr. n. 606, 609.

jugad las lágrimas de vuestros ojos, y dilatad vuestro cándido corazon; pues la voluntad de mi Padre es que yo reciba muerte de cruz. Compañera mia quiere que seais en mis trabajos y penas; y yo las quiero padecer por las almas que son hechuras de mis manos[1], *á mi imágen y semejanza, para llevarlas á mi reino triunfando de mis enemigos*[2], *y que vivan conmigo eternamente*[3]. *Esto mismo es lo que Vos deseais conmigo.* Respondió la Madre: *Ó dulcísimo amor mio y hijo de mis entrañas, si el acompañaros fuera, no solo para asistiros con la vista y compasion, sino para morir juntamente con Vos, fuera mayor alivio; porque será mayor dolor vivir yo, viéndoos morir.* En estos ejercicios y afectos amorosos y compasivos pasó algunos dias, hasta que tuvo san Josef el aviso de ir huyendo á Egipto, como diré en el capítulo siguiente.

Doctrina que me dió la reina María santísima.

603. Hija mia, el ejemplo y doctrina de lo que has escrito te enseña la constancia y dilatacion que has de procurar en tu corazon, estando preparada para admitir lo próspero y adverso, lo dulce y amargo con igual semblante. Ó carísima, ¡qué estrecho y apocado es el corazon humano para recibir lo penoso y contrario á sus terrenas inclinaciones! ¡Cómo se indigna con los trabajos! ¡Qué impaciente los recibe! ¡Qué insufrible juzga todo lo que se opone á su gusto! Y ¡cómo olvida que su Maestro y Señor los padeció primero[4], y los acreditó y santificó en sí mismo! Grande confusion y aun atrevimiento es, que aborrezcan los fieles el padecer, despues que mi Hijo santísimo padeció por ellos; pues antes que muriera, abrazaron muchos Santos la cruz, solo con la esperanza de que en ella padeceria Cristo, aunque no lo vieron. Y si en todos es tan fea esta mala correspondencia, pondera bien, carísima, cuánto lo seria en tí, que tan ansiosa te muestras por alcanzar la amistad y gracia del Altísimo, y merecer el título de esposa y de amiga suya, ser toda para él, y que su Majestad sea para tí, y tambien los anhelos que tienes de ser mi discípula, y que yo sea tu maestra, seguirme y imitarme, como hija fiel á su madre[5]. Todo esto no se ha de resolver en solo afectos y decir muchas veces: Señor, Señor; y en llegando á la ocasion de gustar el cáliz y la cruz de los trabajos, contristarte, afligirte, y huir de las penas en que se ha de probar la verdad del corazon afectuoso y enamorado.

[1] Ephes. II, 10; Genes. I, 27. — [2] Colos. II, 15. — [3] Rom. VI, 8.
[4] I Petr. II, 21. — [5] Matth. VII, 21.

604. Todo esto seria negar con las obras lo que protestas con las promesas [1], y salir del camino de la vida eterna: porque no puedes seguir á Cristo si no abrazas la cruz y te alegras con ella; ni tampoco me hallarás á mí por otro camino. Si las criaturas te faltan, si la tentacion te amenaza, si la tribulacion te aflige, y los dolores de la muerte [2] te cercaren, por ninguna de estas cosas te has de turbar ni te has de mostrar cobarde; pues á mi Hijo santísimo y á mí nos desagrada tanto que impidas y malogres su poderosa gracia para defenderte: sino, la desluces y la recibes en vano [3]. Á mas de esto darás al demonio gran triunfo, que se gloria mucho de que ha turbado ó rendido á la que se tiene por discípula de Cristo mi Señor, y mia: y comenzando á desfallecer en lo poco, te vendrá á oprimir en lo mucho. Confia, pues, de la proteccion del Altísimo, y que corres por mi cuenta. Y con esta fe, cuando te llegare la tribulacion, responde animosa: *El Señor es mi iluminacion y mi salud, ¿á quién temeré* [4]*? Es mi protector, ¿cómo ando fluctuando? Tengo Madre, Maestra, Reina y Señora, que me ampararé y cuidará de mi afliccion.*

605. Con esta seguridad procura conservar la paz interior, y no me pierdas de vista para imitar mis obras y seguir mis pisadas. Advierte el dolor que traspasó mi corazon con las profecías de Simeon; y en esta pena estuve igual, sin inmutarme, ni alteracion alguna, aunque traspasada el alma y corazon de dolor. De todo tomaba motivo para glorificar y reverenciar su admirable sabiduría. Si los trabajos y penas transitorias se admiten con alegre y sereno corazon, espiritualizan á la criatura, la elevan, y la dan ciencia divina; con que hace digno aprecio del padecer, y halla luego el consuelo y el fruto del desengaño y mortificacion de las pasiones. Esta es ciencia de la escuela del Redentor escondida de los vivientes en Babilonia, y amadores de la vanidad [5]. Quiero tambien que me imites en respetar á los sacerdotes y ministros del Señor, que ahora tienen mayor excelencia y dignidad que en la ley antigua, despues que el Verbo divino se unió á la naturaleza humana, y se hizo sacerdote eterno, segun el órden de Melquisedech [6]. Oye su doctrina y enseñanza, como dimanada de su Majestad, en cuyo lugar están. Advierte la potestad y autoridad que les da en el Evangelio, diciendo: *Quien á vosotros oye, á mí oye; quien á vosotros obedece, á mí obedece* [7]. Ejecuta lo mas santo, como te lo enseñarán: y tu continua memoria sea en meditar lo que padeció mi Hijo santísimo, de tal

[1] Matth. VIII, 34. — [2] Psalm. XVII, 5. — [3] II Cor. VI, 1. — [4] Psalm. XXVI, 1. — [5] Matth. XI, 25. — [6] Psalm. CIX, 4. — [7] Luc. X, 16.

manera que sea tu alma participante de sus dolores, y te engendre tal acedia y amargura en los contentos terrenos, que todo lo visible pospongas y olvides [1], por seguir al Autor de la vida eterna.

CAPÍTULO XXI.

Previene el Señor á María santísima para la fuga á Egipto: habla el Angel á san Josef; y otras advertencias en todo esto.

Novena que determinaron hacer María y Josef en el templo, repitiendo la ofrenda de el Niño Dios.—Veneracion que tuvo María al número de nueve, y su razon.—Forma de la novena.—Oracion de María al Padre eterno, ofreciéndole á su Unigénito en retorno de lo que su Majestad habia recibido.—Entre los beneficios divinos reconocia singularmente María el de la maternidad de Dios, y el de la preservacion de la culpa.—Cuán acepta fue á Dios esta oracion y ofrecimiento de María.—Privilegios que por ella le concedió.—Vision que tuvo la Madre de Dios al quinto dia.—Mándala el Señor que huya á Egipto manifestándola la persecucion de Herodes.—Constancia inmutable de María en la noticia de esta novedad tan penosa.—Su respuesta al Señor.—Calidad de esta vision.—Dolor compasivo de María con la noticia de los trabajos que habia de padecer su Hijo Dios.—Turbacion de Josef viendo las lágrimas de su Esposa.—Aviso que tuvo del Ángel para la huida á Egipto.—Dióle noticia dél á su Esposa.—Razones con que alentó María á su Esposo.—Misterioso sueño del infante Jesús en esta ocasion.—Palabras que le dijo su Madre antes de despertarle.—Despiértale la tierna Madre.—Lloró en esta ocasion el infante Jesús.—Dióles la bendicion visiblemente.—Concordia de los evangelistas san Mateo y san Lucas sobre este misterio.—Luz con que escribieron los Evangelistas.—Cuán estulto ha sido el escándalo que tomaron los infieles de esta huida.—Fines por qué tomó Dios este medio de guardar la vida de su Hijo.—Suave providencia de Dios en dejar obrar la voluntad humana segun su libertad.—Por qué usa Dios de esta providencia con los pecadores.—Razon de ser raros los milagros.—Por qué no defendió Dios por milagro á los niños inocentes.—Exhortacion al agradecimiento humilde de los beneficios divinos.—Cómo ha de suplir la criatura su insuficiencia para el retorno.—Sacramentóse Cristo, para que cada alma como cosa propia le ofreciese al Padre.—Cuán acepta oblacion es para Dios abrazar los trabajos con igualdad de ánimo.—Cómo debe la Esposa de Cristo trabajar por granjearle almas.

606. Cuando María santísima y el gloriosísimo san Josef volvieron de presentar en el templo á su infante Jesús, determinaron perseverar en Jerusalen nueve dias, y en ellos visitar al templo nueve veces, repitiendo cada dia la ofrenda de la sagrada hostia de su Hijo santísimo, que tenian en depósito, en hacimiento de gracias de

[1] Matth. XIX, 27.

tan singular beneficio que entre todas las criaturas habian recibido. Veneraba la divina Señora con especial devocion el número de nueve, en memoria de los nueve dias que fue prevenida y adornada para la Encarnacion del Verbo divino, como queda dicho en el principio de esta segunda parte por los primeros diez capítulos; y tambien por los nueve meses que le trajo en su virginal vientre. Y por esta atencion deseaba hacer la novena con su Niño Dios, ofreciéndole tantas veces al eterno Padre como oblacion aceptable para los altos fines que la gran Señora tenia. Comenzaron la novena, y cada dia iban al templo antes de la hora de Tercia, y estaban hasta la tarde en oracion, eligiendo el lugar mas inferior con el infante Jesús, para que dignamente oyesen aquella merecida honra que dió el dueño del convite en el Evangelio al convidado humilde, cuando le dijo: *Amigo, sube mas arriba* [1]. Así lo mereció nuestra humildísima Reina, y lo ejecutó con ella el eterno Padre, ante cuya presencia derramaba su espíritu [2]. Y un dia de estos oró y dijo:

607. *Rey altísimo, Señor y Criador universal de todo lo que tiene ser, aquí está en vuestra presencia divina el polvo inútil y ceniza, á quien sola vuestra dignacion inefable ha levantado á la gracia que ni supe ni pude merecer. Hállome, Señor mio, obligada y compelida del corriente impetuoso de vuestros beneficios para ser agradecida. Pero ¿qué retribucion digna podrá ofreceros la que siendo nada recibió el ser y la vida, y sobre ella tan incomparables misericordias y favores de vuestra liberalísima diestra? ¿Qué retorno puede volver en obsequio de vuestra inmensa grandeza? ¿Qué reverencia á vuestra majestad? ¿Qué dádiva á vuestra divinidad infinita, la que es criatura limitada? Mi alma, mi ser y mis potencias, todo lo recibí y recibo de vuestra mano; y muchas veces lo tengo ofrecido y sacrificado á vuestra gloria. Confieso mi deuda, no solo por lo que me habeis dado, pero mas con el amor con que me lo disteis, y porque entre todas las criaturas me preservó vuestra bondad infinita del contagio de la culpa, y me eligió para dar forma de hombre á vuestro Unigénito, y con tenerle en mi vientre y á mis pechos, siendo hija de Adan de materia vil y terrena. Conozco, altísimo Señor, esta inefable dignacion vuestra, y en el agradecimiento desfallece mi corazon, y mi vida se resuelve en afectos de vuestro divino amor; pues nada tengo que retribuir por todo lo que vuestro gran poder se ha señalado con vuestra sierva. Pero ya se alienta mi corazon y se alegra en lo que tiene que ofrecer á vuestra grandeza, que es uno mismo con Vos en la sustancia* [3], *igual en la majestad, perfecciones y*

[1] Luc. XIV, 10. — [2] Psalm. CXLI, 3. — [3] Joan. X, 30.

atributos, la generacion de vuestro entendimiento, la imágen de vuestro mismo ser, la plenitud de vuestro agrado, vuestro Hijo unigénito y dilectísimo. Esta es, eterno Padre y Dios altísimo, la dádiva que os ofrezco, la hostia que os traigo, segura de que la admitiréis. Y habiéndole recibido Dios, le vuelvo Dios y hombre[1]. *No tengo yo, Señor, ni tendrán las criaturas otra cosa mas que dar, ni vuestra Majestad otro don mas precioso que pedirles. Y es tan grande, que basta para retribucion de lo que yo he recibido. En su nombre y en el mio os le ofrezco y presento á vuestra grandeza. Y porque siendo Madre de vuestro Unigénito, dándole carne humana, le hice hermano de los mortales, y él quiso venir á ser su Redentor y Maestro, á mí me toca abogar por ellos, y tomar su causa por mi cuenta, y clamar por su remedio. Ea, pues, Padre de mi Unigénito, Dios de las misericordias, yo os le ofrezco de todo mi corazon; y con él y por él pido perdoneis á los pecadores, y que derrameis sobre el linaje humano vuestras misericordias antiguas, y renoveis nuevas señales y modo de ejecutar vuestras maravillas*[2]. *Este es el leon de Judá hecho ya cordero para quitar los pecados del mundo*[3]. *Es el tesoro de vuestra divinidad.*

698. Estas y otras oraciones y peticiones semejantes hizo la Madre de piedad y misericordia en los primeros dias de la novena que comenzó en el templo. Y á todas le respondió el eterno Padre, aceptándolas con la ofrenda de su Unigénito por sacrificio agradable; y enamorándose de nuevo de la pureza de su Hija única y electa, y mirando su santidad con beneplácito. Y en retorno de estas peticiones le concedió su invicta Majestad grandes y nuevos privilegios, y que todo cuanto pidiese, mientras durare el mundo, para sus devotos, lo alcanzaria; y que los grandes pecadores, como se valiesen de su intercesion, hallarian remedio; que en la nueva Iglesia y ley evangélica de Cristo su Hijo santísimo fuese con él cooperadora y maestra, en especial despues de la ascension á los cielos, quedando la Reina por amparo y instrumento del poder divino en ella, como diré en la tercera parte[4] de esta Historia. Otros muchos favores y misterios comunicó el Altísimo á la divina Madre en estas peticiones, que ni caben en palabras, ni se pueden manifestar con mis cortos y limitados términos.

699. Y prosiguiendo en ellas, como llegase el quinto dia despues de la presentacion y purificacion, estando la divina Señora en el templo con su infante Dios en los brazos, se le manifestó la Di-

[1] Joan. I, 1; Colos. I, 15; Matth. XVII, 5. — [2] Eccli. XXXVIII, 6.
[3] Apoc. V, 5; Joan. I, 29. — [4] Part. III, n. 2.

vinidad, aunque no intuitivamente, y fue toda elevada y llena del Espíritu Santo. Que si bien ya lo estaba; pero como Dios es infinito en su poder y tesoros, nunca da tanto, que no le quede mas que dar á las puras criaturas. En esta vision abstractiva quiso el Altísimo preparar de nuevo á su única Esposa, previniéndola para los trabajos que la esperaban. Y hablándola y confortándola, la dijo: *Esposa y paloma mia, tus intentos y deseos son gratos á mis ojos, y en ellos me deleito siempre. Pero no puedes proseguir los nueve dias de tu devocion que has comenzado; porque quiero tengas otro ejercicio de padecer por mi amor, y que para criar á tu Hijo y salvarle su vida salgas de tu casa y patria, y te ausentes con él y con Josef tu esposo, pasando á Egipto, donde estaréis hasta que yo ordene otra cosa: porque Herodes ha de intentar la muerte del Infante. La jornada es larga, trabajosa y de muchas incomodidades; padécelas por mí, que yo estoy y estaré contigo siempre.*

610. Cualquiera otra santidad y fe pudiera padecer alguna turbacion (como la han tenido grande los incrédulos) viendo que un Dios poderoso huye de un hombre mísero y terreno; y para salvar la vida humana se aleja y ausenta, como si fuera capaz de este temor, ó si no fuera hombre y Dios juntamente. Pero la prudentísima y obediente Madre no replicó ni dudó; no se turbó ni inmutó con esta impensada novedad. Y respondió, diciendo: *Señor y Dueño mio, aquí está vuestra sierva con preparado corazon para morir, si fuere necesario, por vuestro amor. Disponed de mí á vuestra voluntad. Solo pido que vuestra bondad inmensa, no mirando mis pocos méritos y desagradecimientos, no permita llegue á ser afligido mi Hijo y Señor; y que los trabajos vengan solo para mí, que debo padecerlos.* Remitióla el Señor á san Josef, para que en todo le siguiese en la jornada. Y con esto salió de la vision, habiéndola tenido sin perder los sentidos exteriores, porque tenia en los brazos al infante Jesús, y solo en la parte superior del alma fue elevada; aunque de ella redundaron otros dones en los sentidos, que los dejaron espiritualizados, y como testificando que la alma estaba donde amaba, mas que donde animaba.

611. Pero el amor incomparable que tenia la gran Reina á su Hijo santísimo enterneció algo su corazon materno y compasivo, considerando los trabajos que habia conocido en la vision para el Niño Dios. Y derramando muchas lágrimas, salió del templo para su posada, sin manifestar á su Esposo la causa de su dolor; y el Santo entendia que solo era la profecía de Simeon que habian oido.

Pero como el fidelísimo Josef la amaba tanto, y de su condicion era oficioso y solícito, turbóse un poco viendo á su Esposa tan llorosa y afligida, y que no le manifestaba la causa, si la tenia de nuevo. Esta turbacion fue una, entre otras razones, para que el Ángel santo le hablase en sueños, como en la ocasion de el preñado de la Reina dije arriba [1]. Porqué aquella misma noche, estando san Josef durmiendo, se le apareció en sueños el mismo santo Ángel, y le dijo, como refiere san Mateo: *Levántate, y con el Niño y su Madre huye á Egipto* [2], *y allí estarás hasta que yo te vuelva á dar otro aviso; porque Herodes ha de buscar al Niño para quitarle la vida*. Al punto se levantó el santo Esposo lleno de cuidado y pena, previniendo la de su amantísima Esposa. Y llegándose adonde estaba retirada, la dijo: *Señora mia, la voluntad del Altísimo quiere que seamos afligidos; porque su Ángel santo me ha hablado y declarado, que gusta y ordena su Majestad que con el Niño nos vamos huyendo á Egipto, porque trata Herodes de quitarle la vida. Animaos, Señora, para el trabajo de este suceso, y decidme qué puedo yo hacer de vuestro alivio, pues tengo el ser y la vida para servicio de nuestro dulce Niño y vuestro.*

612. *Esposo y señor mio*, respondió la Reina, *si de la mano liberalísima de el muy alto recibimos tantos bienes de gracia, razon es que con alegría recibamos los trabajos temporales* [3]. *Con nosotros llevarémos al Criador del cielo y tierra; y si nos ha puesto cerca de sí mismo, ¿qué mano será poderosa para ofendernos, aunque sea de el rey Herodes* [4]? *Y donde llevamos á todo nuestro bien, y el sumo bien, el tesoro del cielo, nuestro dueño, nuestra guia y luz verdadera, no puede ser destierro; pues él es nuestro descanso, parte y patria. Todo lo tenemos con su compañía; vamos á cumplir su voluntad.* Llegaron María santísima y Josef adonde estaba en una cuna el infante Jesús; que no acaso dormia en aquella ocasion. Descubrióle la divina Madre, y no despertó; porque aguardó aquellas tiernas y dolorosas palabras de su amada: *Huye, querido mio, y sea como el cervatillo y el cabrito por los montes aromáticos* [5]: *venid, querido mio, salgamos fuera, vamos á vivir en las villas* [6]. *Dulce amor mio* (añadió la tierna Madre), *cordero mansísimo, vuestro poder no se limita por el que tienen los reyes de la tierra; pero quereis con altísima sabiduría encubrirle por amor de los mismos hombres. ¿Quién de los mortales puede pensar, bien mio, que os quitará la vida, pues vuestro poder aniquila el suyo? Si Vos la dais á todos, ¿por qué os la quitan* [7]? *Si los buscais*

[1] Supr. n. 400. — [2] Matth. II, 13. — [3] Job, II, 10. — [4] Ibid. XVII, 3.
[5] Cant. VIII, 14. — [6] Ibid. VII, 11. — [7] Joan. X, 10.



para darles la que es eterna, ¿cómo ellos quieren daros muerte? Però ¿quién comprehenderá los ocultos secretos de vuestra Providencia[1]*? Ea, Señor y lumbre de mi alma, dadme licencia para que os despierte; que si Vos dormís, vuestro corazon vela*[2].

613. Algunas razones semejantes á estas dijo tambien el santo Josef. Y luego la divina Madre, hincadas las rodillas, despertó y tomó en sus brazos al dulcísimo Infante. Y él, para enternecerla mas y mostrarse verdadero hombre, lloró un poco (¡Oh maravillas del Altísimo en cosas tan pequeñas á nuestro flaco juicio!). Mas luego se calló. Y pidiéndole la bendicion su purísima Madre y san Josef, se la dió el Niño, viéndolo entrambos. Y cogiendo sus pobres mantillas en la caja que trajeron, partieron sin dilacion á poco mas de media noche, llevando el jumentillo en que vino la Reina desde Nazareth, y con toda priesa caminaron hácia Egipto, como diré en el capítulo siguiente.

614. Y para concluir este, se me ha dado á entender la concordia de los dos evangelistas san Mateo y san Lucas sobre este misterio. Porque, como escribieron todos con la asistencia y luz del Espíritu Santo, con ella misma conocia cada uno lo que escribian los otros tres, y lo que dejaban de decir. Y de aquí es, que por la divina voluntad escribieron todos cuatro algunas mismas cosas y sucesos de la vida de Cristo Señor nuestro, y de la historia evangélica: y en otras cosas escribieron unos lo que omitian otros; como consta del Evangelio de san Juan y de los demás. San Mateo escribió la adoracion de los Reyes y la fuga á Egipto[3], y no la escribió san Lucas. Y este escribió la circuncision, presentacion y purificacion[4], que omitió san Mateo. Y así como san Mateo, en refiriendo la despedida de los Reyes magos, entra luego contando que el Ángel habló á san Josef para que huyesen á Egipto[5], sin hablar de la presentacion; y no por esto se sigue que no presentaron primero al Niño Dios, porque es cierto que se hizo despues de pasados los Reyes y antes de salir para Egipto, como lo cuenta san Lucas[6]: así tambien, aunque el mismo san Lucas tras de la presentacion y purificacion escribe que se fueron á Nazareth[7], no por eso se sigue que no fueron primero á Egipto; porque sin duda fueron, como lo escribe san Mateo, aunque lo omitió san Lucas; que ni antes ni despues escribió esta huida, porque ya estaba escrita por san Mateo[8]. Y fue inmediatamente despues de la presentacion, sin que María

1. Rom. XI, 34. — 2 Cant. V, 2. — 3 Matth. II, à v. 1. — 4 Luc. II, à v. 21. — 5 Matth. II, 13. — 6 Luc. II, à v. 22. — 7 Ibid. 39. — 8 Matth. II, 14.

santísima y Josef volviesen primero á Nazareth. Y no habiendo de escribir san Lucas esta jornada, era forzoso, para continuar el hilo de su historia, que tras la presentacion escribiera la vuelta á Nazareth. Y decir, que acabado lo que mandaba la ley, se volvieron á Galilea, no fue negar que fueron á Egipto, sino continuar la narracion, dejando de contar la huida de Herodes. Y del mismo texto de san Lucas [1] se colige que la ida á Nazareth fue despues que volvieron de Egipto; porque dice que el Niño crecia y era confortado con sabiduría, y se conocia en él la gracia [2]: lo cual no podia ser antes de los años cumplidos de la infancia, que era despues de la venida de Egipto, y cuando en los niños se descubre el principio del uso de la razon.

615. Tambien se me ha dado á entender cuán estulto ha sido el escándalo de los infieles ó incrédulos, que comenzaron á tropezar en esta piedra angular [3], Cristo nuestro bien, desde su niñez, viéndole huir á Egipto, para defenderse de Herodes; como si esto fuera falta de poder, y no misterio para otros fines mas altos, que defender su vida de la crueldad de un hombre pecador. Bastaba para quietar el corazon bien dispuesto lo que el mismo Evangelista dice: Que se habia de cumplir la profecía de Oseas, que dice en nombre del Padre eterno: *Desde Egipto llamé á mi Hijo* [4]. Y los fines que tuvo en enviarle allá y en llamarle, son muy misteriosos, y algo diré adelante [5]. Pero cuando todas las obras del Verbo humanado no fueran tan admirables y llenas de sacramentos, nadie que tenga sano juicio puede redargüir ni ignorar la suave providencia con que Dios gobierna las causas segundas, dejando obrar á la voluntad humana segun su libertad [6]. Por esta razon, y no por falta de poder, consiente en el mundo tantas injurias y ofensas de idolatrías, herejías y otros pecados que no son menores que el de Herodes; y consintió el de Judas, y de los que de hecho maltrataron y crucificaron á su Majestad. Y claro está que todo esto lo pudo impedir y no lo hizo; no solo por obrar la redencion, mas porque consiguió este bien para nosotros, dejando obrar á los hombres por la libertad de su voluntad, dándoles la gracia y auxilios que convenia á su divina Providencia, para que con ellos obraran el bien, si los hombres quisieran usar de su libertad para el bien, como lo hacen para el mal.

616. Con esta misma suavidad de su providencia da tiempo y

[1] Luc. II, 39. — [2] Ibid. 40. — [3] I Petr. II, 6. — [4] Matth. II, 15; Osee, XI, 1. — [5] Infr. à n. 641. — [6] Eccli. XV, 14.

espera á la conversion de los pecadores, como se lo dió á Herodes. Y si usara de su absoluto poder, y hiciera grandes milagros para atajar los efectos de las causas segundas, se confundiera el órden de la naturaleza, y en cierto modo fuera contrario, como autor de la gracia, á sí mismo como autor de la naturaleza. Por esto los milagros han de ser raros, y pocas veces, cuando hay causa ó fin particular; que para esto los reservó Dios para sus tiempos oportunos, en que manifestase su potencia, y se conociese ser autor de todo, y sin dependencia de las mismas cosas á quien dió el ser y da la conservacion. Tampoco debe admirar que consintiese la muerte de los niños inocentes que degolló Herodes [1]; porque en esto no convino defenderlos por milagro, pues aquella muerte les granjeó la vida eterna con abundante premio; y esta sin comparacion vale mas que la temporal, que se ha de posponer y perder por ella: y si todos los niños vivieran y murieran con la muerte natural, por ventura no todos fueran salvos. Las obras del Señor son justificadas y santas en todo, aunque no luego alcancemos nosotros las razones de su equidad; pero en el mismo Señor las conocerémos cuando le veamos cara á cara.

Doctrina que me dió la reina del cielo María santísima.

617. Hija mia, entre las cosas que para tu enseñanza debes advertir en este capítulo, sea la primera el humilde agradecimiento de los beneficios que recibes; pues entre las generaciones eres tan señalada y enriquecida con lo que mi Hijo y yo hacemos contigo, sin merecerlo tú. Yo repetia muchas veces el verso de David: *¿Qué daré al Señor por todo lo que me ha dado* [2]? Y con este afecto agradecido me humillaba hasta el polvo, juzgándome por inútil entre las criaturas. Pues si conoces que yo hacia esto, siendo Madre verdadera del mismo Dios, pondera bien cuál es tu obligacion, cuando con tanta verdad te debes confesar indigna y desmerecedora de lo que recibes; pobre para agradecerlo y pagarlo. Esta insuficiencia de tu miseria y debilidad has de suplir, ofreciendo al eterno Padre la hostia viva de su Unigénito humanado, y especialmente cuando le recibes sacramentado y le tienes en tu pecho: que en esto tambien imitarás á David, que despues de la pregunta que decia, de qué daria al Señor por lo que le habia favorecido, respondia: *El cáliz de la salud recibiré, y invocaré el nombre del Altísimo* [3]. Has de

[1] Matth. II, 16. — [2] Psalm. CXV, 12. — [3] Ibid. 13.

recibir y obrar la salud de la salvacion [1], obrando lo que conduce á ella, y dar el retorno con el perfecto proceder, invocar el nombre del Señor [2], y ofrecerle su Unigénito, que es el que obró la virtud y la salud, y el que la mereció, y puede ser retorno adecuado de lo que recibió el linaje humano, y tú singularmente de su poderosa mano. Yo le dí forma humana, para que conversase con los hombres [3], y fuese de todos como proprio suyo. Y su Majestad se puso debajo de las especies de pan y vino [4], para apropiarse mas á cada uno en singular, y para que como cosa suya le gozase y ofreciese al Padre; supliendo las almas con esta oblacion lo que sin ella no pudieran darle, quedando el Altísimo como satisfecho con ella, pues no puede querer otra cosa mas aceptable, ni pedirla á las criaturas.

618. Tras de esta oblacion, es muy acepta la que hacen las almas abrazando y tolerando con igualdad de ánimo y sufrimiento paciente los trabajos y adversidades de la vida mortal. De esta doctrina fuimos maestros eminentes mi Hijo santísimo y yo; y su Majestad comenzó á enseñarla desde el instante que le concebí en mis entrañas; porque luego empezamos á peregrinar y padecer, y en naciendo al mundo sufrimos la persecucion en el destierro, á que nos obligó Herodes; y duró el padecer hasta morir su Majestad en la cruz. Y yo trabajé hasta el fin de mi vida, como en toda ella lo irás conociendo y escribiendo. Y pues tanto padecimos por las criaturas y para remedio suyo, quiero que en esta conformidad nos imites, como esposa suya y hija mia, padeciendo con dilatado corazon, y trabajando por aumentarle á tu Señor y Dueño la hacienda, tan preciosa á su aceptacion, de las almas, que compró con su vida y sangre. Nunca has de recatear trabajo, dificultad, amargura ni dolores [5], si por alguno de estos puedes granjearle á Dios alguna alma, ó ayudarla á salir del pecado y mejorar su vida. Y no te acobarde el ser tan inútil y pobre, ni que se logrará poco tu deseo y trabajo; pues no sabes cómo lo aceptará el Altísimo, y se dará por servido. Y por lo menos tú debes trabajar oficiosamente, y no comer el pan ociosa en su casa [6].

[1] Philip. II, 12. — [2] Psalm. LXXIII, 12. — [3] Baruch, III, 38.
[4] Joan. VI, 57. — [5] I Cor. VI, 20. — [6] Prov. XXXI, 27.

CAPÍTULO XXII.

Comienzan la jornada á Egipto Jesús, *María y Josef, acompañados de los espíritus angélicos; y llegan á la ciudad de Gaza.*

Salida de Jerusalen de los santos Peregrinos.—Cómo se componian en María y Josef la seguridad de la fe y esperanza con la pena del destierro.—Manifiéstanseles los diez mil Ángeles en forma humana.—Deseó María visitar la cueva del nacimiento.—Declárania los Ángeles el desvelo de Herodes en buscarla, y que no convenia detenerse.—Reverenció María desde el camino á aquel santo lugar, y la vino á visitar el Ángel que lo guarda.—No la dejó Josef llegar á Hebron donde estaba Isabel y Juan.—Con su licencia envió María un Ángel que avisase á Isabel para que guardase á su hijo.—Digna admiracion de la humildad y obediencia de María á su Esposo.—Embajada que dió á Isabel el Ángel de parte de la Madre de Dios.—No la permitió saliese á ver los santos Peregrinos.—Envió Isabel un proprio en su alcance con algun socorro para el viaje.—Llegan á la ciudad de Gaza.—Milagro que sucedió en el hombre que envió santa Isabel.—Cómo repartió María el socorro que les envió su prima.—No recurria María á milagros sino cuando faltaban los medios naturales.—Maravillas que hizo María en esta ciudad.—Obras en que se ocupaban el infante Jesús y su Madre en el camino, y comunicacion que tenian.—Luz del misterio de la unidad de la esencia y trinidad de las divinas Personas, que se renovó en María con nueva claridad.—Cánticos de alabanza que hacia por la creacion de la humanidad unida al Verbo.—Iba la Madre imitando las operaciones internas que miraba en el Hijo.—Daba gracias por los favores singulares que habia recibido.—Coloquios de Hijo y Madre.—Preguntas amorosas de la Madre.—Dulce respuesta del Hijo.—Lágrimas de el Niño Dios por los hombres.—Como las acompañaba su Madre.—Obras de san Josef por el camino.—Como cuidaba dél María, sin embarazarse á la atencion interior.—Poderoso ejemplar para el amor de los enemigos en el niño Jesús.—Como Dios conservaba la vida del inícuo Rey que le perseguia.—Como hombre pedia para él auxilios y muchos dones, y le alcanzó no fuese castigado con tanta pena como pedia su malicia.—Como le imitó en esta caridad su Madre.—Especiales razones que tienen los demás de los mortales para imitar este ejemplar.

619. Salieron de Jerusalen á su destierro nuestros peregrinos divinos, encubiertos con el silencio y obscuridad de la noche, pero llenos del cuidado que se debia á la prenda del cielo que consigo llevaban á tierra extraña, y para ellos no conocida. Y si bien la fe y esperanza los alentaba (porque no podia ser mas alta y segura, que la de nuestra Reina y de su fidelísimo Esposo), mas con todo eso daba el Señor lugar á la pena; porque naturalmente era inexcusable en el amor que tenian al infante Jesús, y porque en par-

ticular no sabian todos los accidentes de tan larga jornada, ni el fin de ella, ni cómo serian recibidos en Egipto, siendo extranjeros, ni la comodidad que tendrian para criar al Niño, y llevarle por todo el camino sin grandes penalidades. Muchos trabajos y cuidados saltearon el corazon de los Padres santísimos al partir con tanta priesa desde su posada; pero moderóse mucho este dolor con la asistencia de los cortesanos del cielo, que luego se manifestaron los diez mil arriba dichos [1] en forma visible humana, con su acostumbrada hermosura y resplandor; con que hicieron de la noche clarísimo dia á los divinos caminantes. Y saliendo de las puertas de la ciudad, se humillaron, y adoraron al Verbo humanado en los brazos de su Madre Vírgen, y á ella la alentaron, ofreciéndose á su servicio y obediencia de nuevo, y que la acompañarian y guiarian en el camino, por donde fuese la voluntad del Señor.

620. Al corazon afligido cualquiera alivio le parece estimable: pero este, por ser grande, confortó mucho á nuestra Reina y á su esposo Josef; y con mucho esfuerzo comenzaron sus jornadas, saliendo de Jerusalen por la puerta y camino que guia á Nazareth. Y la divina Madre se inclinó con algun deseo de llegar al lugar del nacimiento, para adorar aquella sagrada cueva y pesebre que fue el primer hospicio de su Hijo santísimo en el mundo. Pero los santos Ángeles la respondieron al pensamiento antes de manifestarle, y la dijeron: *Reina y Señora nuestra, Madre de nuestro Criador, conviene que apresuremos el viaje, y sin divertirnos prosigamos el camino; porque con la diversion de los Reyes magos, sin volver por Jerusalen, y despues con las palabras del sacerdote Simeon y Ana, se ha movido el pueblo; y algunos han comenzado á decir que sois Madre del Mesías; otros, que teneis noticia dél; y otros, que vuestro Hijo es profeta. Y sobre que los Reyes os visitaron en Belen, hay varios juicios, y de todo está informado Herodes; y ha mandado que con gran desvelo os busquen; y en esto se pondrá excesiva diligencia. Y por esta causa os ha mandado el Altísimo partir de noche y con tanta priesa.*

621. Obedeció la Reina del cielo á la voluntad del Todopoderoso declarada por sus ministros los santos Ángeles: y desde el camino hizo reverencia al sagrado lugar del nacimiento de su Unigénito, renovando la memoria de los misterios que en él se habian obrado, y de los favores que allí habia recibido. Y el santo Ángel que estaba por guarda de aquel sagrario salió al camino en forma visible, y adoró al Verbo humanado en los brazos de su divina Madre,

1 Supr. n. 599.

con que recibió ella nuevo consuelo y alegría, porque le vió y habló. Inclinóse tambien el afecto de la piadosa Señora á tomar el camino de Hebron; porque se desviaba muy poco del que llevaban, y en aquella ocasion estaba en la misma ciudad santa Isabel, su amiga y deuda, con su hijo san Juan. Pero el cuidado de san Josef, que era de mayor temor, previno tambien este divertimiento y detencion, y dijo á la divina Esposa: *Señora mia, yo juzgo que nos importa mucho no detener un punto la jornada; pero adelantarla todo lo posible, para retirarnos luego del peligro. Y por esto no conviene que vamos por Hebron, donde mas fácilmente nos buscarán, que en otra parte. Hágase vuestra voluntad,* respondió la humilde Reina: *pero con ella pediré á uno de estos espíritus celestiales vaya á dar aviso á Isabel mi prima de la causa de nuestro viaje, para que ponga en cobro á su niño; porque la indignacion de Herodes alcanzará hasta llegar á ellos.*

622. Sabia la Reina del cielo el intento de Herodes para degollar los niños, aunque no le manifestó entonces. Pero lo que aquí me admira es la humildad y obediencia de María santísima, tan raras y advertidas en todo; pues no solo obedeció á san Josef en lo que él le ordenaba, sino en lo que le tocaba á ella sola, que era enviar el Ángel á santa Isabel, no quiso ejecutarlo sin voluntad y obediencia de su Esposo, aunque pudo ella por sí mentalmente enviarle y ordenarlo. Confieso mi confusion y tardanza; pues en la fuente purísima de las aguas que tengo á la vista no sacio mi sed, ni me aprovecho de la luz y ejemplar que en ella se me propone; aunque es tan vivo, tan suave, poderoso y dulce para obligar y atraer á todos á negar la propria y dañosa voluntad. Con la de su Esposo despachó nuestra gran Maestra uno de los principales Ángeles que asistian, para que diese noticia á santa Isabel de lo que pasaba; y como superiora á los Ángeles, en esta ocasion informó á su legado mentalmente de lo que habia de decir á la santa matrona, y al niño Juan.

623. Llegó el santo Ángel á la feliz y bendita Isabel; y conforme al órden y voluntad de su Reina, la informó de todo lo que convenia. Díjola como la Madre del mismo Dios iba con él huyendo á Egipto de la indignacion de Herodes, y del cuidado que ponia en buscarle, para quitarle la vida; y que por asegurar á Juan, le ocultase y pusiese en cobro; y le declaró otros misterios del Verbo humanado, como se lo ordenó la divina Madre. Con esta embajada quedó santa Isabel llena de admiracion y gozo, y dijo al santo Án-

gel como deseaba salir al camino á adorar al infante Jesús, y ver á su dichosa Madre; y preguntó si podria alcanzarlos. El santo Ángel la respondió que su Rey y Señor humanado iba con la feliz Madre léjos de Hebron, y no convenia detenerlos: con que se despidió la Santa de su esperanza. Y dándole al Ángel dulces memorias para Hijo y Madre, quedó muy tierna y llorosa; y el paraninfo volvió á la Reina con la respuesta. Santa Isabel despachó luego un proprio á toda diligencia, y con algunos regalos le envió en el alcance de los divinos caminantes, y les dió cosas de comer, dineros, y con que hacer mantillas para el Niño, previniendo la necesidad con que iban á tierra no conocida. Alcanzólos el proprio en la ciudad de Gaza, que dista de Jerusalen poco menos de veinte horas de camino, y está en la ribera del rio Besor, camino de Palestina para Egipto, no léjos del mar Mediterráneo.

624. En esta ciudad de Gaza descansaron dos dias, por haberse fatigado algo san Josef y el jumentillo en que iba la Reina. De allí despidieron al criado de santa Isabel, sin descuidarse el santo Esposo de advertirle no dijese á nadie dónde los habia topado. Pero con mayor cuidado previno Dios este peligro; porque le quitó de la memoria á aquel hombre lo que san Josef le encargó que callase, y solo la tuvo para volver la respuesta á su ama santa Isabel. Del regalo que envió á los caminantes hizo María santísima convite á los pobres; que no los podia olvidar la que era madre de ellos; y de las telas un mantillo para abrigar al Niño Dios, y para san Josef otra capa acomodada para el camino y tiempo. Y previno otras cosas de las que podian llevar en su pobre recámara; porque en cuanto la prudentísima Señora podia hacer con su diligencia y trabajo, no queria con milagros, para sustentar á su Hijo y á san Josef; que en esto se gobernaba por el órden natural y comun, hasta donde llegaban sus fuerzas. En los dos dias que estuvieron en aquella ciudad, para no dejarla sin grandes bienes, hizo María purísima algunas obras maravillosas. Libró á dos enfermos de peligro de muerte, dándoles salud; y á otra mujer baldada la dejó sana y buena. En las almas de muchos que la vieron y hablaron obró efectos divinos del conocimiento de Dios y mudanza de vida; y todos sintieron grandes motivos de alabar al Criador. Pero á nadie manifestaron su patria, ni el intento del viaje; porque si con esta noticia se juntara la que daban sus obras admirables, fuera posible que las diligencias de Herodes rastrearan su jornada, y los siguieran.

625. Para manifestar lo que se me ha dado á conocer de las

obras que por el camino hacian el infante Jesús y su Madre Vírgen me faltan las palabras dignas, y mucho mas la devocion y peso que piden tan admirables y ocultos sacramentos. Siempre servian los brazos de María purísima de lecho regalado al nuevo y verdadero rey Salomon [1]. Mirando ella los secretos de aquella humanidad y alma santísima, sucedia algunas veces que Hijo y Madre, comenzando él, alternaban dulces coloquios y cánticos de alabanza, engrandeciendo primero el infinito ser de Dios con todos sus atributos y perfecciones. Para estas obras daba su Majestad á la Madre reina nueva luz y visiones intelectuales, en que conocia el misterio altísimo de la unidad de la esencia en la trinidad de las personas; las operaciones *ad intra* de la generacion del Verbo, y procesion del Espíritu Santo; como siempre son, y es el Verbo engendrado por obra del entendimiento, y el Espíritu Santo inspirado por obra de la voluntad; no porque allí hay sucesion de *antes y despues*, porque todo es junto en la eternidad; sino porque nosotros lo conocemos al modo de la duracion sucesiva del tiempo. Entendia tambien la gran Señora como las tres personas se comprehenden recíprocamente con un mismo entender, y como conocen á la persona del Verbo unida á la humanidad, y los efectos que en ella resultan de la divinidad unida.

626. Con esta ciencia tan alta descendia de la divinidad á la humanidad; y ordenaba nuevos cánticos en alabanza y agradecimiento de haber criado aquella alma y humanidad santísima, en alma y cuerpo perfectísima: la alma llena de sabiduría, gracia y dones del Espíritu Santo con la plenitud y abundancia posible; el cuerpo purísimo, y en sumo grado bien dispuesto y complexionado. Y luego miraba todos los actos tan heróicos y excelentes de sus potencias: y habiéndolos imitado todos respetivamente, pasaba á bendecirle y darle gracias por haberla hecho Madre suya, concebida sin pecado, escogida entre millares, engrandecida y enriquecida con todos los favores y dones de su diestra poderosa, que caben en pura criatura. En la exaltacion y gloria de estos y otros sacramentos que en ellos se encierran hablaba el Niño, y respondia la Madre lo que no cabe en lengua de Ángeles ni en pensamiento de ninguna criatura. Á todo esto atendia la divina Señora, sin faltar al cuidado de abrigar al Niño, darle leche tres veces al dia, de regalarle y acariciarle como madre mas amorosa y atenta, que todas juntas las otras madres con sus hijos.

[1] Cant. III, 7.

627. Otras veces le hablaba y decia: *Dulcísimo amor y Hijo mio, dadme licencia para que os pregunte y manifieste mi deseo, aunque Vos, Señor mio, le conoceis; pero para consuelo de oir vuestras palabras en responderme. Decidme, vida de mi alma y lumbre de mis ojos, si os fatiga el trabajo del camino, y os afligen las inclemencias del tiempo y elementos, y qué puedo yo hacer en servicio y alivio de vuestras penas*. Respondió el Niño Dios: *Los trabajos, Madre mia, y el fatigarme por el amor de mi Padre eterno y de los hombres, á quienes vengo á enseñar y redimir, todos se me hacen fáciles y muy dulces, y mas en vuestra compañía*. Lloraba el Niño algunas veces con serenidad muy grave y de varon perfecto; y afligida la amorosa Madre atendia luego á la causa, buscándola en su interior, que conocia y miraba. Y allí entendia que eran lágrimas de amor y compasion por el remedio de los hombres, y por sus ingratitudes; y en esta pena y llanto tambien le acompañaba la dulce Madre. Y solia, como compasiva tórtola, acompañarle en el llanto, y como piadosa madre le acariciaba, y le besaba con incomparable reverencia. El dichoso Josef atendia muchas veces á estos misterios tan divinos: y de ellos tenia alguna luz con que aliviaba el cansancio del camino. Otras veces hablaba con su Esposa, preguntándola cómo iba, y si gustaba de alguna cosa para sí ó para el Niño, y se llegaba á él, y le adoraba, besándole el pié, y pidiéndole la bendicion; y algunas veces le tomaba en sus brazos. Con estos consuelos entretenia dulcemente el gran Patriarca las molestias del camino; y su divina Esposa le alentaba y animaba, atendiendo á todo con magnánimo corazon, sin embarazarle la atencion interior para el cuidado de lo visible, ni esto para la altura de sus encumbrados pensamientos y frecuentes afectos; porque en todo era perfectísima.

Doctrina de la divina Madre y Señora.

628. Hija mia carísima, para la imitacion y ciencia que en tí quiero sobre lo que has escrito, te será ejemplar la admiracion y afectos que hacia en mi alma la luz divina, con que conocia á mi Hijo santísimo sujetarse de voluntad al furor inhumano de los malos hombres, como sucedió con Herodes en esta ocasion, que fuimos huyendo de su ira, y despues á los malos ministros de los pontífices y magistrados. En todas las obras del Altísimo resplandece su grandeza, su bondad y sabiduría infinita. Pero lo que mas admiraba mi entendimiento era, cuando conocia á un mismo tiempo con

luz altísima el ser de Dios en la persona del Verbo unida á la humanidad; y que era mi Hijo santísimo Dios eterno, poderoso, infinito, criador y conservador de todo; y que no solo de este beneficio pendia la vida y ser de aquel inícuo Rey; pero que la humanidad santísima pedia y rogaba al Padre, para que al mismo tiempo le diese inspiraciones, auxilios y muchos bienes; y que siéndole tan fácil castigarle no lo hizo, sino que con sus suplicios le alcanzó no lo fuese efectivamente, y segun su malicia. Y aunque al fin se perdió como prescito y pertinaz; pero tiene menos pena, que le dieran, si mi Hijo santísimo no hubiera rogado por él. Todo esto, y lo que aquí se encierra de la incomparable misericordia y mansedumbre de mi Hijo santísimo, procuré yo imitar; porque como maestro me enseñaba con obras lo que despues habia de amonestar con ejemplo, palabras y ejecuciones del amor de los enemigos [1]. Y cuando conocia yo que ocultaba y disimulaba su poder infinito, y siendo leon invencible [2] se dejaba, como cordero humilde y mansísimo [3] al furor de los lobos carniceros, mi corazon se deshacia [4], y desfallecian mis fuerzas, deseando amarle, imitarle y seguirle en su amor, caridad, paciencia y mansedumbre.

229. Este ejemplar te propongo para que siempre le lleves delante, y entiendas cómo y hasta dónde debes sufrir, padecer, perdonar y amar á quien te ofendiere; pues ni tú ni las demás criaturas estais inocentes y sin alguna culpa, y muchos con repetidas y graves para merecerlo. Pero si por medio de las persecuciones has de conseguir el grande bien de esta imitacion; ¿qué razon habrá para que no las aprecies por grande dicha, y ames á quien te ocasiona lo sumo de la perfeccion, y agradezcas este beneficio, no juzgando por enemigo, antes por bienhechor tuyo, á quien te pone en ocasion de lo que tanto te importa? Con el objeto que se te ha propuesto no tendrás disculpa, si en esto faltas; pues te le hace como presente la divina luz, y lo que de él conoces y penetras.

[1] Matth. v, 44; Luc. xxiii, 34. — [2] Isai. v, 29. — [3] Jerem. xi, 19.
[4] Psalm. lxxii, 26.

CAPÍTULO XXIII.

Prosiguen las jornadas JESÚS, *María y Josef, de la ciudad de Gaza hasta Heliópolis de Egipto.*

Salieron de Gaza para Heliópolis por los desiertos de Bersabé.—Incomodidades destos desiertos.—Dió lugar el Señor para que los santos Peregrinos las padeciesen.—En sesenta leguas de despoblado pasaron todas las noches al sereno.—Por qué tiempo fue.—Sucesos de la primera noche.—Hizo Josef una tienda con su capa, para que el Niño y su Madre se defendiesen del sereno.—Cercáronla como en guarda los diez mil Ángeles.—En qué ocuparon la noche el Hijo y Madre.—Faltóles el sustento, y llegaron á extrema necesidad.—Pasaron un dia hasta las nueve de la noche sin tomar sustento alguno.—Oracion de la Madre de Dios en este trabajo.—Rigores de el tiempo que en la misma ocasion los fatigaban.—Cuán grande fue este trabajo para María por lo que padecia su Hijo.—Lloraba y tiritaba el niño JESÚS.—Mandó la Madre á los elementos como en otras ocasiones.—Mandó en retorno el Hijo á los Ángeles que abrigasen á su Madre.—Recogieron á Madre, Hijo y Esposo en un globo de resplandor que los defendió.—Proveyólos el Señor de alimento por mano de los Ángeles.—Excelencia de este alimento sobre los que Dios habia dado en los desiertos.—Excelencia de el agradecimiento.—Exhortacion á la confianza en la Providencia divina con el ejemplar de este socorro.—Favores visibles con que el Señor los recreaba para alivio del camino.—Venian á festejarlos las aves.—Mandábales María que reconociesen á su Criador con reverencia, y le festejasen con cánticos.—Cómo los festejaban los Ángeles.—Dulces coloquios entre Madre y Hijo.—Consuelos que participaba Josef.—Ocultósele el que el Niño hablaba sensiblemente con su Madre.—No tiene perfecto conocimiento de Dios quien no espera en su bondad y amor.—Del bajo concepto que hacen los hombres de Dios nace toda su ruina.—Cuán pocos son los que le merecen á Dios su cuidadosa providencia.—El no fiar de ella ha llenado al mundo de avaricia y concupiscencia.—Si solo se apeteciera lo necesario, desatino seria poner la confianza en las criaturas.—Habiendo hecho la criatura lo que la toca, el medio eficaz de remediar la necesidad es fiar en el Señor.—Quiénes son los que pueden con razon temer les falte lo que necesitan.—El dar mayores bienes temporales no arguye mayor amor en Dios.—Por qué quiere Dios pobres á sus escogidos.

630. El dia tercero, despues que nuestros peregrinos llegaron á *Gaza*, partieron de aquella ciudad para Egipto. Y dejando luego los poblados de Palestina, se metieron en los desiertos arenosos que se llaman de Bersabé, encaminándose por espacio de sesenta leguas y mas de despoblados, para llegar á tomar asiento en la ciudad de Heliópolis, que ahora se llama el Cairo de Egipto. En este desierto peregrinaron algunos dias; porque las jornadas eran cortas, así por la descomodidad del camino tan arenoso, como por el trabajo que

padecieron con la falta de abrigo y de sustento. Y porque fueron muchos los sucesos que en esta soledad tuvieron, diré algunos, de donde se entenderán otros; porque todos no es necesario referirlos. Y para conocer lo mucho que padecieron María y Josef, y tambien el infante JESÚS en esta peregrinacion, se debe suponer que dió lugar el Altísimo para que su Unigénito humanado, con su Madre santísima y san Josef, sintiesen las molestias y penalidades de este destierro. Y aunque la divina Señora las padecia con pacificacion, pero se afligió mucho sin perderla, y lo mismo respetivamente su fidelísimo Esposo; porque entrambos padecieron muchas incomodidades y molestias en sus personas, y mayores en el corazon de la Madre por las de su Hijo y de Josef; y él por las del Niño y de la Esposa, y que no podia remediarlos con su diligencia y trabajo.

631. Era forzoso en aquel desierto pasar las noches al sereno y sin abrigo en todas las sesenta leguas de despoblado; y esto en tiempo de invierno, porque la jornada sucedió en el mes de febreo, comenzándola seis dias despues de la Purificacion, como se infiere de lo que dije en el capítulo pasado [1]. La primera noche que se hallaron solos en aquellos campos, se arrimaron á la falda de un montecillo, que fue solo el recurso que tuvieron. Y la Reina del cielo con su Niño en los brazos se asentó en la tierra, y allí tomaron algun aliento, y cenaron de lo que llevaban desde Gaza. La Emperatriz del cielo dió el pecho á su infante JESÚS, y su Majestad con semblante apacible consoló á la Madre y su Esposo; cuya diligencia con su propria capa y unos palos formó un tabernáculo ó pabellon para que el Verbo divino y María santísima se defendiesen algo del sereno, abrigándolos con aquella tienda de campo tan estrecha y humilde. La misma noche los diez mil Ángeles, que con admiracion asistian á los peregrinos del mundo, hicieron cuerpo de guardia á su Rey y Reina, cogiéndolos en medio de una rueda ó circúito que formaron en cuerpo visible humano. Conoció la gran Señora que su Hijo santísimo ofrecia al Padre eterno aquel desamparo y trabajos, y los de la misma Madre y san Josef. Y en esta oracion y los demás actos que aquella alma deificada hacia, le acompañó la Reina lo mas de la noche. Y el Niño Dios durmió un poco en sus brazos; pero ella siempre estuvo en vela y coloquios divinos con el Altísimo y con los Ángeles. El santo Josef se recostó en la tierra, la cabeza sobre la arquilla de las mantillas y pobre ropa que llevaban.

[1] Supr. n. 609, 613.

632. Prosiguieron el dia siguiente su camino, y luego les faltó en el viaje la prevencion de pan y algunas frutas que llevaban; con que la Señora del cielo y tierra y su santo Esposo llegaron á padecer grande y extrema necesidad, y á sentir la hambre. Y aunque la padeció mayor san Josef, pero entrambos la sintieron con harta afliccion. Un dia sucedió á las primeras jornadas, que pasaron hasta las nueve de la noche sin haber tomado cosa alguna de sustento, aun de aquel pobre y grosero mantenimiento que comian despues del trabajo y molestia del camino, cuando necesitaba mas la naturaleza de ser refrigerada; y como no se podia suplir esta necesidad con alguna diligencia humana, la divina Señora convertida al Altísimo dijo: *Dios eterno, grande y poderoso, yo os doy gracias y bendigo por las magníficas obras de vuestro beneplácito; y porque sin merecerlo yo, por sola vuestra dignacion me disteis el ser y vida, y con ella me habeis conservado y levantado, siendo polvo y inútil criatura. No he dado por estos beneficios el digno retorno; pues ¿cómo pediré para mí lo que no puedo recompensar? Pero, Señor y Padre mio, mirad á vuestro Unigénito, y concededme con qué le alimente la vida natural, y tambien la de mi Esposo, para que con ella sirva á vuestra Majestad, y yo á vuestra Palabra* [1] *hecha carne por la salud humana.*

633. Para que estos clamoreos de la dulcísima Madre naciesen de mayor tribulacion, dió lugar el Altísimo á los elementos para que con sus inclemencias los afligiesen, sobre la hambre, cansancio y desamparo; porque se levantó un temporal de agua y vientos muy destemplados, que los cegaba y fatigaba mucho. Este trabajo afligió mas á la piadosa y amorosa Madre, por el cuidado del Niño Dios, tan delicado y tierno, que aun no tenia cincuenta dias. Y aunque le cubrió y abrigó cuanto pudo, pero no bastó para que como verdadero hombre no sintiese la inclemencia y rigor del tiempo, manifestándolo con llorar y tiritar de frio, como lo hicieran los demás niños hombres puros. Entonces la cuidadosa Madre, usando del poder de Reina y Señora de las criaturas, mandó con imperio á los elementos que no ofendiesen á su mismo Criador, sino que le sirviesen de abrigo y refrigerio, y que con ella ejecutasen el rigor. Sucedió así, como en las ocasiones que arriba dije [2] del nacimiento y camino de Jerusalen; porque luego se templó el viento y cesó la cellizca, sin llegar á donde estaban Hijo y Madre. En retorno de este amoroso cuidado, el infante Jesús mandó á sus Ángeles que asistiesen á su amantísima Madre, y la sirviesen de cortina, que la abrigasen del

[1] Joan. I, 14. — [2] Supr. n. 543, 544, 590.

rigor de los elementos. Hiciéronlo al punto, y formando un globo de resplandor muy denso y hermoso por extremo, encerraron en él á su Dios humanado, á la Madre y Esposo, dejándolos mas guarnecidos y defendidos, que estuvieran con los palacios y paños ricos de los poderosos del mundo. Esto mismo hicieron otras veces en aquel desierto.

634. Pero faltábales la comida, y afligíales la necesidad, que con humana industria era irreparable. Y dejándolos el Señor llegar á este punto, y inclinado á las peticiones justas de su Esposa, los proveyó por mano de los mismos Ángeles; porque luego les trajeron pan suavísimo, y frutas muy hermosas y sazonadas, y á mas de esto un licor dulcísimo; y los mismos Ángeles se lo administraron y sirvieron. Y despues todos juntos hacian cánticos de gracias y alabanzas al Señor, que da alimento á toda carne [1] en tiempo que sea oportuno, para que los pobres coman y sean saciados [2]; porque sus ojos y esperanzas están puestas en su real providencia y largueza. Estos fueron los platos delicados con que regaló el Señor desde su mesa á sus tres Peregrinos y desterrados en el desierto de Bersabé [3], que fue el mismo donde Elías huyendo de Jezabel fue confortado con el pan subcinericio [4], que le dió el Ángel del Señor para llegar hasta el monte Horeb. Pero ni este pan, ni el que antes le habian servido milagrosamente los cuervos con carnes que comiese á la mañana y á la tarde [5] en el torrente de Carith, ni el maná que llovió del cielo á los israelitas, aunque se llamaba pan de Ángeles, y llovido del cielo; ni las codornices [6] que les trajo el viento áfrico [7]; ni el pabellon de nube [8] con que eran refrigerados: ninguno de estos alimentos y beneficios se puede comparar con lo que hizo el Señor en este viaje con su Unigénito humanado, con la divina Madre y su Esposo. No eran estos favores para alimentar á un profeta y pueblo ingrato, y tan mal mirado; mas para dar vida y alimento al mismo Dios hecho hombre, y á su verdadera Madre, y para conservar la vida natural, de donde estaba pendiente la eterna de todo el linaje humano. Y si este manjar divino era conforme á la excelencia de los convidados, así tambien el agradecimiento y correspondencia era muy segun la grandeza del beneficio. Y para que fuese todo mas oportuno, siempre consentia el Señor que la necesidad llegase al extremo, y que ella misma pidiese el socorro del cielo.

1 Psalm. CXXXV, 25; CXLIV, 15. — 2 Ibid. XXI, 27. — 3 III Reg. XIX, 3.
4 Ibid. à v. 6. — 5 Ibid. XVII, 6. — 6 Exod. XVI, 13; Psalm. LXXVII, 24, 25. — 7 Ibid. à v. 26. — 8 Num. X, 34.

635. Alégrense con este ejemplo los pobres, y no desmayen los hambrientos; esperen los desamparados, y nadie se querelle de la divina Providencia, por afligido y menesteroso que se halle. ¿Cuándo faltó el Señor á quien espera en él [1]? ¿Cuándo volvió su paternal rostro á los hijos contristados y pobres? Hermanos somos de su Unigénito humanado [2], hijos y herederos [3] de sus bienes, y tambien hijos de su Madre piadosísima. Pues, ó hijos de Dios y de María santísima, ¿cómo desconfiais de tales Padres en vuestra pobreza? ¿Por qué les negais á ellos esta gloria, y á vosotros el derecho de que os alimenten y socorran? Llegad, llegad con humildad y confianza, que los ojos de vuestros Padres os miran [4], sus oidos oyen el clamor de vuestra necesidad, y las manos de esta Señora están extendidas al pobre [5], y sus palmas abiertas al necesitado. Y vosotros, ricos de este siglo, ¿por qué, ó cómo confiais en solas vuestras inciertas riquezas [6], con peligro de desfallecer en la fe, y granjeando de contado gravísimos cuidados y dolores, como os amenaza el Apóstol? No confesais, ni profesais en la codicia ser hijos de Dios y de su Madre; antes lo negais con las obras, y os reputais por espurios ó hijos de otros padres; porque el verdadero y legítimo solo sabe confiar en el cuidado y amor de sus padres verdaderos, y les agravia si pone su esperanza en otros, no solo extraños, pero enemigos. Esta verdad me enseña la divina luz, y me compele la caridad á decirla.

636. No solo cuidaba el altísimo Padre de alimentar á nuestros Peregrinos; pero tambien de recrearlos visiblemente para alivio de la molestia del camino y prolija soledad. Y sucedia algunas veces, que llegando la divina Madre á descansar y sentarse en el suelo con su infante Dios, venian de las montañas á ella mucho número de aves, como en otra acasion dije [7]; y con suavidad de gorjeos y variedad de sus plumas la entretenian y recreaban, y se le ponian en los hombros y en las manos, para regalarse con ella. Y la prudentísima Reina las admitia y convidaba, mandándolas que reconociesen á su Criador, y le hiciesen cánticos y reverencia en agradecimiento de que las habia criado tan hermosas y vestidas de plumas para gozar del aire y de la tierra, y con sus frutos les daba cada dia su vida y conservacion con el alimento necesario. Á todo esto obedecian las aves con movimientos y cánticos dulcísimos. Y con otros mas dulces y sonoros para el infante Jesús le hablaba la amorosa Ma-

1 Psalm. XVII, 31. — 2 Rom. VIII, 29. — 3 Ibid. 17. — 4 Psalm. X, 5.
5 Prov. XXXI, 20. — 6 I Tim. VI, 17, 9, 10. — 7 Supr. n. 185.

dre, alabándole, bendiciéndole, y reconociéndole por su Dios y por su Hijo, y Autor de todas las maravillas. Á estos coloquios tan llenos de suavidad ayudaban tambien los santos Ángeles, alternando con la gran Señora y con aquellas simples aveeillas. Y todo hacia una armonía mas espiritual que sensible, de admirable consonancia para la criatura racional.

537. Otras veces la divina Princesa hablaba con el Niño y le decia: *Amor mio y lumbre de mi alma, ¿cómo aliviaré yo vuestro trabajo? ¿Cómo excusaré vuestra molestia? ¿Cómo haré que no sea penoso para Vos este camino tan pesado? ¡Oh quién os llevara, no en los brazos, sino en mi pecho, y de él pudiera hacer blando lecho, en que sin molestia fuérais reclinado!* Respondia el dulcísimo Jesús: *Madre mia querida, muy aliviado voy en vuestros brazos, descansado en vuestro pecho, gustoso con vuestros afectos, y regalado con vuestras palabras.* Otras veces, Hijo y Madre se hablaban con el interior y se respondian; y estos coloquios eran tan altos y divinos, que no caben en nuestras palabras. Al santo esposo Josef le alcanzaban muchos de estos misterios y consuelos; con que se le hacia fácil el camino, y olvidaba sus molestias, y sentia la suavidad y dulzura de su deseable compañía; aunque no sabia ni oia que el Niño hablaba sensiblemente con la Madre; porque este favor era para ella sola por entonces, como dije arriba [1]. En este modo prosiguieron nuestros desterrados su camino para Egipto.

Doctrina de la reina del cielo María santísima señora nuestra.

638. Hija mia, así como los que conocen al Señor saben esperar en él [2]; así los que no esperan en su bondad y amor inmenso, no tienen perfecto conocimiento de su Majestad. Y al defecto de la fe y esperanza se sigue el no amarle; y luego poner el amor donde está la confianza, y muy alto concepo y estimacion [3]. En este error consiste todo el daño y ruina de los mortales; porque de la bondad infinita que les dió el ser y conservacion hacen tan bajo concepto, que por esto no saben poner en Dios toda su confianza; y desfalleciendo en ella, falta el amor que le debian, y le convierten á las criaturas: confian y aprecian en ellas lo que apetecen, que es el poder, las riquezas, el fausto y la vanidad. Y aunque los fieles pueden ocurrir á este daño con la fe y esperanza infusa; pero las dejan muertas, ociosas, y sin usar de ellas se abaten á las cosas bajas. Y unos

[1] Supr. n. 577. — [2] Psalm. XI, 11. — [3] Matth. VI, 21.

esperan en las riquezas [1], si las tienen: otros las codician, si no las poseen: otros las procuran por camino y medios muy perversos: otros confian en los poderosos [2], y los lisonjean y aplauden; con que vienen á ser muy pocos los que le quedan al Señor que le merezcan su curiosa providencia, se fien de ella, y le conozcan por Padre que cuida de sus hijos, los alimenta y conserva, sin desamparar á ninguno en la necesidad.

639. Este engaño tenebroso ha dado al mundo tantos amadores, y le ha llenado de avaricia y concupiscencia contra la voluntad y gusto del Criador; y ha hecho desatinar á los hombres en lo mismo que desean ó debian desear: porque todos comunmente confiesan que desean las riquezas y bienes temporales para remediar su necesidad; y dicen esto, porque no debian desear otra cosa. Pero en hecho de verdad mienten muchos, porque apetecen lo supérfluo, y no necesario, para que sirva, no á la natural necesidad, sino á la soberbia del mundo. Pero si desearan los hombres solo aquello que con verdad necesitan, fuera desatino poner su confianza en las criaturas, y no en Dios, que con inefable providencia acude hasta á los polluelos de los cuervos [3], como si sus claznidos fueran voces que claman á su Criador. Con esta seguridad no puedo yo temer en mi destierro y larga peregrinacion. Y porque fiaba del Señor, acudia su providencia en el tiempo del aprieto. Y tú, hija mia, que conoces esta gran providencia, no te aflijas sin modo en las necesidades, ni faltes á tus obligaciones por buscar medios para socorrerlas, ni confies en diligencias humanas, ni en criaturas; pues habiendo hecho lo que te toca, el medio eficaz es, fiar del Señor, sin turbarte ni alterarte, y esperar con paciencia, aunque se dilate algo el remedio, que siempre llegará en el tiempo mas conveniente y oportuno [4], y cuando mas se manifieste el paternal amor del Señor: como sucedió conmigo y mi Esposo en nuestra necesidad y pobreza.

640. Los que no sufren con paciencia y no quieren padecer necesidad, y los que se convierten á cisternas disipadas [5], confiando en la mentira y en los poderosos; los que no se satisfacen con lo moderado y apetecen con ardiente codicia lo que no han menester para la vida; y los que tenazmente guardan lo que tienen, para que no les falte, negando á los pobres la limosna que se les debe; todos estos pueden temer con razon que les faltará aquello que no pueden aguardar de la Providencia divina, si ella fuera tan escasa en

1 Psalm. LI, 9; Eccles. V, 9; Prov. XXVIII, 8. — 2 Ibid. CXLV, 3. — 3 Ibid. v. 9. — 4 Ibid. CXLIV, 15. — 5 Jerem. II, 13.

dar, como ellos en esperar, y en dar por su amor al necesitado. Pero el Padre verdadero, que está en los cielos, hace que nazca el sol sobre los justos y injustos [1], y da la lluvia sobre los buenos y los malos, y acude á todos, dándoles vida y alimento. Pero así como los beneficios son comunes á buenos y malos; así el dar mayores bienes temporales á unos y negarlos á otros no es regla del amor que Dios les tiene, porque antes quiere pobres á los escogidos y predestinados [2]: lo uno, porque adquieran mayores merecimientos y premios; lo otro, porque son pocos los que saben usar bien de ellos, y poseerlos sin desordenada codicia. Y aunque no teníamos este peligro mi Hijo santísimo y yo; pero quiso su Majestad con el ejemplo enseñar á los hombres esta divina ciencia, en que les va la vida eterna.

CAPÍTULO XXIV.

Llegan á Egipto los peregrinos Jesús, *María y Josef con algun rodeo hasta la ciudad de Heliópolis, y suceden grandes maravillas.*

La huida de Cristo fue medio que tomó el Señor para obrar en Egipto sus maravillas. — Rodeo que hicieron los santos Peregrinos por los poblados de Egipto hasta Heliópolis por órden divino. — Cuán dados eran los egipcios á la idolatría y supersticiones, y cuán engañados los tenia el demonio. — Vino el Niño Dios á Egipto para sacarlos de esta miseria. — Al entrar en los lugares, levantando los ojos al cielo y puestas las manos, oraba al Padre por sus moradores. — Arrojaba á los demonios, que estaban en los ídolos, al profundo. — Caian los ídolos, y se hundian sus templos. — Como cooperaba María á estas maravillas. — Ocultóse á los demonios la causa. — Admiracion de los gitanos con la novedad. — Tradicion que habia en los demás sábios. — Temor y confusion de todos. — Como comenzó María á desengañarlos, y darles noticia de el verdadero Dios. — Concursos de los gitanos á ver y oir los santos Peregrinos. — Conversiones que el Niño Dios y su Madre hacian. — Milagros que obraban. — Como cooperaba san Josef. — Árbol de Hermópolis en que era adorado el demonio. — Á la presencia del Niño Dios el demonio fue arrojado al profundo, y el árbol se inclinó. — Inclinándonsele otras veces los árboles. — La maravilla de aquel árbol perseveró muchos siglos. — Fuente cerca del Cairo, y su memoria. — Como conserva Dios aun á los infieles la memoria de estas maravillas. — Causa de haber peregrinado María con el niño Jesús tantos lugares. — Alteracion de Lucifer con la novedad de ser arrojados tantos demonios al profundo. — Diligencias que hizo para investigar la causa. — Solo hizo reparo en la venida de María á Egipto. — Hizo conciliábulo de los demonios dándoles cuenta de las ruinas de los templos y ídolos de Egipto. — Determinan hacer nueva guerra á María. — Presuncion con que salieron á tentarla. — No pudieron acercarse á la Madre de Dios por mas de dos mil pasos de distancia. — Fue arrojado Lucifer con todos sus escuadrones en el profundo. — Nueva con-

[1] Matth. v, 45. — [2] Jacob. II, 5.

fusion de Lucifer con estos sucesos. — Cuán grande es el consuelo de las almas santas en la consideracion de quién y qué tal es el Señor á quien sirven. — Siempre se habia de ocupar con esta verdad el entendimiento y memoria. — Cómo se ha de gloriar el alma santa en las vitorias y triunfos de su Señor contra sus enemigos. — Ejemplo de la Madre de Diós. — Cómo ha de cooperar el alma á estos triunfos.

641. Ya toqué arriba [1], que la fuga del Verbo humanado tuvo otros misterios y mas altos fines que retirarse de Herodes, y defenderse de su ira; porque esto antes fue medio que tomó el Señor para irse á Egipto y obrar allí las maravillas que hizo, de que hablaron los antiguos Profetas [2], y muy expresamente Isaías cuando dijo: que subiria el Señor sobre una nube ligera, y entraria en Egipto, y se moverian los simulacros de Egipto delante de su cara, y se turbaria el corazon de los egipcios en medio de ellos [3]; y otras cosas que contiene aquella profecía, y sucedieron por los tiempos del nacimiento de Cristo nuestro Señor. Pero dejando lo que no pertenece á mi intento, digo, que prosiguiendo su peregrinacion Jesús, María y Josef en la forma que hemos declarado, llegaron con sus jornadas á la tierra y poblados de Egipto. Y para llegar á tomar asiento en Heliópolis, fueron guiados por los Ángeles (ordenándolo el Señor) con algun rodeo, para entrar primero en otros muchos lugares donde su Majestad queria obrar algunas maravillas y beneficios de los que habia de enriquecer á Egipto. Y así gastaron en estos viajes mas de cincuenta dias: y desde Belen ó Jerusalen anduvieron mas de doscientas leguas; aunque por otro camino mas derecho no fuera necesario caminar tanto, á donde tomaron asiento y domicilio.

642. Eran los egipcios muy dados á la idolatría y supersticiones, que de ordinario la acompañan; y hasta los pequeños lugares de aquella provincia estaban llenos de ídolos. De muchos habia templos, y en ellos estaban varios demonios, á donde acudian los infelices moradores á adorarlos con sacrificios y ceremonias ordenadas por los mismos demonios, y les daban respuestas y oráculos á sus preguntas, de que la gente estulta y supersticiosa se dejaba llevar ciegamente. Con estos engaños vivian tan dementados y asidos á la adoracion del demonio, que era menester el brazo fuerte del Señor [4] (que es el Verbo humanado) para rescatar aquel pueblo desamparado y sacarle de la opresion en que le tenia Lucifer, mas dura y peligrosa que en la que pusieron ellos al pueblo de Dios [5]. Para al-

[1] Supr. n. 615. — [2] Ezech. xxx, 13; Osee, xi, 1. — [3] Isai. xix, 1.
[4] Luc. i, 5; Isai. li, 9. — [5] Exod. i, 11.

canzar este vencimiento del demonio, y alumbrar á los que vivian en la region y sombra de la muerte [1], y que aquel pueblo viese la luz grande que dijo Isaías [2], determinó el Altísimo que el sol de justicia Cristo [3], á pocos dias de su nacimiento, apareciese en Egipto en los brazos de su felicísima Madre, y que fuese girando y rodeando la tierra, para ilustrarla toda con la virtud de su divina luz.

643. Llegó, pues, el infante Jesús con su Madre y san Josef á la tierra poblada de Egipto. Y al entrar en los lugares el Niño Dios en los brazos de la Madre, levantando los ojos al cielo y puestas sus manos oraba al Padre, y pedia por la salud de aquellos moradores cautivos del demonio. Y luego sobre los que allí estaban en los ídolos usaba de la potestad divina y real, y los lanzaba y arrojaba al profundo; y como rayos despedidos de la nube salian, y bajaban hasta lo mas remoto de las cavernas infernales y tenebrosas [4]. Al mismo punto caian con grande estrépito los ídolos, se hundian los templos, y se arruinaban los altares de la idolatría. La causa de estos prodigiosos efectos era notoria á la divina Señora, que acompañaba á su Hijo santísimo en sus peticiones, como cooperadora en todo de la salud humana. San Josef tambien conocia que todas estas eran obras del Verbo humanado; y por ellas, con admiracion santa, le bendecia y alababa. Pero los demonios, aunque sentian la fuerza del poder de Dios, no conocian de dónde salia aquella virtud.

644. Admirábanse los pueblos de los gitanos de tan impensada novedad; aunque entre los mas sábios habia alguna luz ó tradicion recibida de los antiguos, desde el tiempo que Jeremías estuvo en Egipto, de que un Rey de los judíos vendria á aquel reino [5], y serian destruidos los templos de los ídolos de Egipto. Pero de esta venida no tenian noticia los del pueblo, ni tampoco los sábios del modo como habia de suceder: y así era comun el temor y confusion de todos; porque se turbaron y temieron, conforme á la profecía de Isaías [6]. Con esta mutacion, preguntándose unos á otros, llegaban algunos á nuestra gran Reina y Señora y á san Josef; y con la curiosidad de ver los forasteros, hablaban con ellos de la ruina de sus templos y dioses que adoraban. Y tomando ocasion de estas preguntas la Madre de la Sabiduría, comenzó á desengañar aquellos pueblos, dándoles noticia del verdadero Dios, y enseñándoles que solo él era el único y Criador de el cielo y de la tierra [7], y el que debia

[1] Luc. I, 79. — [2] Isai. IX, 2. — [3] Malach. IV, 2. — [4] Luc. X, 18.
[5] Refert S. Doroth. in Synopsi de vit. Proph. in Jerem. — [6] Isai. IX, 1.
[7] Eccli. I, 8; Isai. XXXVII, 16.

ser solo adorado y reconocido por Dios [1]; y que los demás eran falsos y mentirosos [2], y que no se distinguian de los maderos, del barro ó metales de que eran formados, ni tenian ojos, ni oidos, ni poder alguno; y que los mismos artífices los podian deshacer y destruir, como los hicieron, y tambien cualquiera otro hombre: porque todos eran mas nobles y poderosos; y que las respuestas que daban eran de los demonios que en ellos estaban, mentirosos, engañosos, y no tenian virtud verdadera, porque solo Dios era verdadero.

645. Como la divina Señora era tan suave y dulce en sus palabras, y ellas tan vivas y eficaces, su semblante tan apacible y amable, y los efectos de sus pláticas eran tan saludables; con esto corria la voz de los forasteros y peregrinos en los lugares donde llegaban, y concurria mucha gente á verlos y oirlos. Y como al mismo tiempo obraba la oracion y peticion del Verbo humanado, y les granjeaba grandes auxilios, y sucedia la novedad de arruinarse los ídolos, era increible la conmocion de la gente y la mudanza de los corazones, convirtiéndose al conocimiento del verdadero Dios, y haciendo penitencia de los pecados, sin saber de dónde ni por qué medio les venia este bien. Prosiguieron Jesús y María por muchos pueblos de Egipto, obrando estas maravillas y otras muchas, desterrando los demonios, no solo de los ídolos, sino tambien de muchos cuerpos que tenian poseidos, curando muchos enfermos de grandes y peligrosas enfermedades, alumbrando los corazones de varias gentes, y catequizando y enseñando la divina Señora y san Josef el camino de la verdad y vida eterna. Con estos beneficios temporales, y otros á que tanto se mueve el vulgo ignorante y terreno, eran traidos muchos á oir la enseñanza y doctrina de la vida, y salud de sus almas.

646. Llegaron á la ciudad de Hermópolis, que está hácia la Tebaida, y algunos la llaman ciudad de Mercurio. Habia en ella muchos ídolos y demonios muy poderosos, y en particular asistia uno en un árbol que estaba á la entrada de la ciudad; que de haberle venerado los vecinos por su grandeza y hermosura, tomó ocasion el demonio para usurpar aquella adoracion, colocando su silla en aquel árbol. Y cuando llegó el Verbo humanado á su vista, no solo dejó el demonio aquel asiento derribado al profundo, sino que el árbol se inclinó hasta el suelo, como agradecido de su suerte; porque aun las criaturas insensibles testificasen cuán tirano dominio es el deste enemigo. El milagro de inclinarse los árboles sucedió otras veces en

[1] Deut. VI, 13. — [2] Baruch, VI, 44.

el camino por donde pasaba su Criador, aunque no quedó memoria de todos. Pero esta maravilla de Hermópolis perseveró muchos siglos; porque despues las hojas y fruto de aquel árbol curaban de varias enfermedades. Deste milagro escribieron algunos autores [1], como tambien de otros que sucedieron en las ciudades por donde pasaban, con la venida y habitacion del Verbo encarnado y de su Madre santísima en aquella tierra: como de una fuente que está cerca del Cairo, donde la divina Señora cogió agua, y bebió ella y el Niño, y lavó las mantillas; que todo esto fue verdad, y hasta ahora ha durado la tradicion y veneracion de aquellas maravillas, no solo entre los fieles que visitan los Lugares Santos, sino entre los mismos infieles, que á tiempos reciben algunos beneficios temporales de la mano del Señor, ó para justificar con ellos mas su causa, ó para que se conserve aquella memoria. Tambien la hay de otros lugares donde estuvieron y obraron grandes maravillas. Pero no es necesario hacer ahora aquí relacion de ellas; porque su principal asistencia, mientras estuvieron en Egipto, fue en la ciudad de Heliópolis, que no sin misterio se llama ciudad del Sol, y ahora la dicen el Gran Cairo.

647. Escribiendo estas maravillas, pregunté á la gran Reina del cielo con admiracion, ¿cómo con el Niño Dios habia peregrinado tantas tierras y lugares no conocidos? pareciéndome que por esta causa se habian aumentado mucho sus trabajos y penalidades. Respondióme su Majestad: *No te admires de que para granjear tantas almas peregrinásemos mi Hijo santísimo y yo: pues por una sola, si fuera necesario, rodeáramos todo el mundo, si no hubiera otro remedio*. Pero si nos parece mucho lo que hicieron por la salud humana, es porque ignoramos el inmenso amor con que nos amaron, y porque tampoco sabemos amar nosotros en retorno de esta deuda.

648. Con la novedad que sintió el infierno, viendo bajar á él tanto número de demonios, arrojados con nueva y extraña virtud para ellos, se alteró mucho Lucifer. Y abrasándose en el fuego de su furor, salió al mundo, discurriendo por muchas partes para investigar la causa de tan nuevos sucesos. Pasó por todo Egipto, donde habian caido los templos y altares con sus ídolos; y llegando á Heliópolis, que era mayor ciudad, y por eso en ella habia sido mas notable la destruicion de su imperio, procuró saber y examinar con grande atencion qué gente habia en ella. Y no halló novedad en que topar, mas de que María santísima habia venido á aque-

[1] **Nicephor. l. 10, c. 31; Sozomen. l. 5, c. 20; Brocard. in *Descrip. Terræ Sanctæ*, part. II, c. 4.**

lla ciudad y tierra: porque del infante Jesús no hizo consideracion, juzgándole niño como los demás sin diferencia; porque él no la conocia. Pero como de las virtudes y santidad de la prudente Madre y Vírgen habia sido vencido tantas veces, entró en nuevos recelos; aunque le parecia poco una mujer para tan grandes obras: pero con todo esto determinó de nuevo perseguirla, y valerse para esto de sus ministros de maldad.

649. Volvió luego al infierno, y convocando un conciliábulo de los príncipes de las tinieblas, les dió cuenta de la ruina de los ídolos y templos de Egipto; porque los demonios, cuando salieron de ellos, fueron arrojados por el poder divino con tanta presteza, confusion y pena, que no percibieron lo que sucedia á los ídolos y lugares que dejaban. Pero Lucifer, informándoles de todo lo que pasaba, y que su imperio se iba destruyendo en todo Egipto, les dijo que no hallaba ni comprehendia la causa de su ruina, porque solo habia topado en aquella tierra la Mujer su enemiga (así la llamaba el dragon á María santísima), de cuya virtud, aunque conocia era muy señalada, no presumia tan grande fuerza como habian experimentado en aquella ocasion. Pero con todo eso determinaba hacerle nueva guerra, y que todos se previniesen para ella. Respondieron los ministros de Lucifer, que estaban prontos para obedecerle; y consolándole en su desesperado furor, le ofrecieron la vitoria, como si fueran sus fuerzas iguales á su arrogancia [1].

650. Salieron juntas del infierno muchas legiones, y se encaminaron para Egipto, á donde estaba la Reina de los cielos; pareciéndoles que si la vencian, solo con este triunfo restauraban su pérdida, y recuperarian todo lo que en aquel miserable reino les habia quitado el poder de Dios, de quien sospechaban era instrumento María santísima. Y pretendiendo llegarse á tentarla conforme sus intentos diabólicos, fue cosa maravillosa, que no pudieron acercarse á ella por mas de dos mil pasos de distancia; porque los detenia ocultamente la virtud divina que reconocian salia de hácia la misma Señora. Y aunque Lucifer y los demás enemigos forcejaban y porfiaban, eran debilitados y detenidos como en fuertes prisiones que los atormentaban, sin poderse alargar á donde estaba la invictísima Reina, mirándolo todo con el poder de el mismo Dios en sus brazos. Y perseverando Lucifer en esta contienda, fue repentinamente otra vez lanzado en el profundo con todos sus escuadrones de maldad. Esta opresion y arruinamiento dió gran tormento y cuidado

[1] Isai. XVI, 6.

al dragon. Y como en estos dias, despues de la Encarnacion, se habian repetido algunas veces, como queda dicho [1], dió en sospechar si el Mesías era venido al mundo. Mas como le estaba oculto el misterio, y él le aguardaba muy patente y ruidoso, quedaba siempre confuso y equivocado, lleno de furor y rabia que le atormentaba; y se desvanecia en inquirir la causa de su dolencia; y cuanto mas la discurria, mas la ignoraba y menos la conocia.

Doctrina de la reina del cielo María santísima.

651. Hija mia, grande es y sobre todo bien estimable el consuelo de las almas fieles y amigas de mi Hijo santísimo, cuando con fe viva consideran que sirven á un Señor que es Dios de los dioses, y Señor de los señores, el que solo tiene el imperio, la potestad y dominio de todo lo criado, el que reina y triunfa de sus enemigos. En esta verdad se deleita el entendimiento, se recrea la memoria, se goza la voluntad, y todas las potencias del alma devota se entregan sin recelo á la suavidad que sienten con tan nobles operaciones, mirando á aquel objeto de bondad, santidad y poder infinito [2], que de nadie tiene necesidad [3], y de cuya voluntad [4] pende todo lo criado. ¡Oh cuántos bienes juntos pierden las criaturas que olvidadas de su felicidad emplean todo el tiempo de la vida y sus potencias en atender á lo visible, amar lo momentáneo, y buscar los bienes aparentes y falaces! Con la ciencia y luz que tienes, querria yo, hija mia, que te rescates deste peligro, y que tu entendimiento y memoria se ocupen siempre con la verdad del ser de Dios. En este mar interminable te engolfa y anega, repitiendo continuamente: *¿Quién como Dios nuestro Señor, que habita en las alturas, y mira á los humildes en el cielo y en la tierra* [5]? ¿Quién como el que es todopoderoso y de nadie tiene dependencia; el que humilla á los soberbios, y derriba á los que el mundo ciego llama poderosos; el que triunfa del demonio, y le oprime hasta el profundo?

652. Y para que mejor puedas dilatar tu corazon en estas verdades, y cobrar con ellas mayor superioridad sobre los enemigos del Altísimo, y tuyos, quiero que me imites segun tu posible, gloriándote en las vitorias y triunfos de su brazo poderoso, y procurando tener alguna parte en las que quiere alcanzar siempre deste cruel dragon. No es posible que lengua de criatura, aunque sea de los

[1] Supr. n. 130, 318, 370, 643. — [2] I Tim. VI, 15, 16.
[3] II Mach. XIV, 35. — [4] Apoc. IV, 11. — [5] Psalm. CXII, 5.

Serafines, declare lo que mi alma sentia, cuando miraba en mis brazos á mi Hijo santísimo, que obraba tantas maravillas contra sus enemigos, y en beneficio de aquellas almas ciegas y tiranizadas de sus errores, y que la exaltacion del nombre del Altísimo crecia y se dilataba por su Unigénito humanado. Con este júbilo magnificaba mi alma al Señor; y con mi Hijo santísimo hacia nuevos cánticos de alabanza como Madre suya y Esposa del divino Espíritu. Tú eres hija de la Iglesia santa y esposa de mi Hijo benditísimo, y favorecida de su gracia; justo es que seas diligente y celosa en adquirirle esta gloria y exaltacion, trabajando contra sus enemigos, y peleando con ellos para que tu Esposo tenga este triunfo.

CAPÍTULO XXV.

Toman asiento en la ciudad de Heliópolis Jesús, *María y Josef por voluntad divina: ordenan allí su vida el tiempo de su destierro.*

Ocasion de la variedad de opiniones acerca de la ciudad en que estuvieron los santos desterrados. — Ciudades en que estuvieron de paso. — En Heliópolis tomaron su asiento por disposicion divina. — Llamóse ciudad del Sol. — Disposicion de la casa que tomaron. — Gracias que dió María á Dios por haber hallado aquel descanso de su peregrinacion. — Como dirigió al Señor las obras y trabajos que en aquel lugar habia de hacer y padecer. — Limpió y aliñó la casilla ayudándola los santos Ángeles. — Necesidad en que se hallaron, cesando el regalo milagroso con que los sustentaron los Ángeles. — Salió san Josef á pedir por amor de Dios el sustento. — Los tres dias primeros que estuvieron en Heliópolis, no tuvo María para sí y su Hijo mas alimento que el que pidió de limosna Josef. — Comenzóse á alhajar la casa con el sudor de Josef. — Incomparable igualdad de ánimo de María y Josef, en la extremada pobreza y necesidades que padecian. — Cuánto arguye la poquedad de nuestros corazones. — Cómo distribuyeron la habitacion. — Hasta cuándo no tuvieron ropa con que abrigarse. — Trabajaba tambien María labores de manos para ayudar al sustento de su casa. — Todo el dia ocupaba la Madre de Dios en el trabajo, y la noche en sus ejercicios espirituales. — Con cuánta perfeccion se aplicó á este trabajo corporal. — Habló el niño Jesús á su Madre para aliviarla en algo del trabajo que habia comenzado. — Prontitud de María para obedecer á su Hijo Dios. — Ordena el niño Jesús las ocupaciones á su Madre, distribuyéndole el tiempo. — Tres veces cada dia daba María el pecho al Niño. — Hacia su labor de rodillas delante del niño Jesús. — Eminencia de los cánticos que hacian el Hijo y la Madre, cuando ella hacia labor. — Afectos que renovaban en María. — Singulares vuelos de su espíritu. — Sueño del niño Jesús declarado en la forma que su Madre lo miraba. — Palabras que decia María á su Hijo y á su Esposo, cuando le daba á Josef el Niño. — Caricias que Josef y María tenian con el Niño Dios. — Atenciones con que María miraba á su Hijo como Dios y como hombre en su infancia. — Cuán grandes fueron los



trabajos que María y Josef padecieron en Egipto.—Su paciencia y tolerancia fue imponderable.—Dolor de María de la necesidad de Josef.—Exhortacion á imitar su paciencia y dilatacion de ánimo.—Como se ha de dejar alguna vez la quietud propria por buscar lo necesario á la familia.—Cuando por medios humanos se puede buscar, no se han de aguardar milagros.—El trabajo corporal es medio oportuno.

653. Las memorias que en muchos lugares de Egipto quedaron de algunas maravillas que fué obrando en ellos el Verbo humanado darian ocasion á los Santos y otros autores, para que unos escribiesen que estuvieron en una ciudad los desterrados, y otros lo afirmasen de otras. Pero todos pueden decir verdad y concordarse, hablando en diferentes tiempos en que estuvieron en Hermópolis, en Menfis ó Babilonia de Egipto, y en Mataria; pues no solo estuvieron en estas ciudades, sino tambien en otras. Lo que yo he entendido es, que habiendo discurrido por ellas, llegaron á Heliópolis, y allí tomaron su asiento; porque los santos Ángeles que los guiaban dijeron á la divina Reina y á san Josef que en aquella ciudad habian de parar; donde, á mas de la ruina de los ídolos y sus templos que sucedió con su llegada, como en las demás, determinaba el Señor hacer otras maravillas para su gloria y rescate de muchas almas; y que á los moradores de aquella ciudad (segun el feliz pronóstico de su nombre, que era ciudad del Sol) les saliese el Sol de justicia [1] y gracia que mas copiosa les alumbrase. Con este aviso tomaron allí posada comun: y luego salió san Josef á buscarla, ofreciendo el pago que fuese justo; y el Señor dispuso que hallase una casa humilde y pobre, pero capaz para su habitacion, y retirada un poco de la ciudad, como lo deseaba la Reina del cielo.

654. Hallando, pues, este domicilio en Heliópolis tomaron asiento en él. Y recogiéndose luego la divina Señora con su Hijo santísimo y su esposo Josef á este retiro, se postró en tierra, besándola con profunda humildad y afectuoso agradecimiento, y dió gracias al Altísimo por haber hallado aquel descanso, despues de tan molesta y prolija peregrinacion. Y á la misma tierra y elementos agradeció el beneficio de sustentarla á ella, que por su incomparable humildad se juzgaba siempre por indigna de todo lo que recibia. Adoró al ser inmutable de Dios en aquel puesto, enderezando á su culto y reverencia cuanto en él habia de obrar. Interiormente hizo obsequio y sacrificio de sus potencias y sentidos, y se ofreció á padecer pronta, alegre y diligente cuantos trabajos fuese ser-

[1] Malach. IV, 2.

vido el Todopoderoso de enviarle en aquel destierro; que su prudencia los prevenia y su afecto los abrazaba. Apreciábalos con la ciencia divina; porque con ella habia conocido que en el tribunal divino son bien admitidos, y que su Hijo santísimo los habia de tener por herencia y tesoro riquísimo. De este alto ejercicio y encumbrada habitacion se humilló á limpiar y aliñar la pobre casilla con ayuda de los santos Ángeles, buscando prestado hasta el instrumento con que limpiarla. Y aunque se hallaron nuestros divinos forasteros bastantemente acomodados de las pobres paredes de la casa, faltábales todo lo demás de la comida y homenaje necesario para la vida. Y porque estaban ya en poblado faltó el regalo milagroso con que en la soledad eran socorridos por mano de los Ángeles; y los remitió el Señor á la mesa ordinaria de los mas pobres, que es la limosna mendicada. Y habiendo llegado á sentir la necesidad y padecer hambre, salió san Josef á pedirlo por amor de Dios: para que con tal ejemplo ni se querellen los pobres de su afliccion, ni se confundan de remediarla por este medio cuando no hallaren otro; pues tan temprano se estrenó el mendigar para sustentar la vida del mismo Señor de todo lo criado, para obligarse de camino á dar ciento [1] por uno de contado.

655. Los tres dias primeros que llegaron á Heliópolis (como tampoco en otros lugares de Egipto) no tuvo la Reina del cielo para sí y su Unigénito mas alimentos de los que pidió de limosna su padre putativo Josef, hasta que con su trabajo comenzó á ganar algun socorro. Y con él hizo una tarima desnuda en que se reclinaba la Madre, y una cuna para el Hijo; porque el santo Esposo no tenia otra cama mas que la tierra pura, y la casa sin alhajas, hasta que con su proprio sudor pudo adquirir algunas de las inexcusables para vivir todos tres. Y no quiero pasar en silencio lo que se me ha dado á conocer: que en medio de tan extremada pobreza y necesidades, no hicieron memoria María y Josef santísimos de su casa de Nazareth, ni de sus deudos ni amigos, de los dones de los Reyes que distribuyeron, y los podian haber guardado. Nada de esto echaron menos, ni se querellaron de hallarse en tanto aprieto y desamparo, con atencion á lo pasado y temor de lo futuro. Antes en todo estuvieron con incomparable igualdad, alegría y quietud, dejándose á la divina Providencia en su desabrigo y mayor pobreza. ¡Oh poquedad de nuestros infieles corazones! ¡y qué de afanes tan turbados y penosos suelen padecer en hallándose pobres y con

[1] Matth. xix, 29.

alguna necesidad! Luego nos querellamos que perdimos la ocasion; que pudimos prevenir ó granjear este ó aquel remedio; que si hiciéramos esto ó aquello, no nos veríamos en este ó aquel aprieto. Todas estas congojas son vanas y estultísimas, por lo que no son de remedio alguno. Y aunque fuera bueno no haber dado causa á nuestros trabajos con las culpas, que muchas veces los granjeamos, pero de ordinario sentimos el daño temporal adquirido, y no el pecado por donde lo merecimos. Tardos y estultos de corazon somos [1] para percibir las cosas espirituales de nuestra justificacion y aumentos de la gracia; y sensibles, terrenos y audaces para entregarnos á las terrenas y sus afanes. Reprehension severa es para nuestra grosería y terrenidad la de nuestros Extranjeros.

656. La prudentísima Señora y su Esposo se acomodaron con alegría, solos y desamparados de todo lo temporal, en la pobre casilla que hallaron. Y de tres aposentos que tenia, el uno se consagró para templo ó sagrario donde estuviese el infante Jesús, y con él su purísima Madre; y allí se pusieron la cuna y la tarima desnuda, hasta que despues de algunos dias, con el trabajo del santo Esposo y la piedad de unas devotas mujeres que se aficionaron á la Reina, alcanzaron á tener algun ropa con que abrigarse todos. Otro aposento se destinó para el santo Esposo, donde dormia y se recogia á orar. Y el tercero servia de oficina y taller para trabajar en su oficio. Viendo la gran Señora la extremada pobreza en que estaban, y que el trabajo de san Josef habia de ser mayor para sustentarse en tierra donde no eran conocidos, determinó ayudarle trabajando tambien ella con sus manos para aliviarle en lo que pudiese. Y como lo determinó lo ejecutó, buscando labores de manos por medio de aquellas mujeres piadosas que comenzaron á tratarla, aficionadas de su modestia y suavidad. Y como todo cuanto hacia y tocaba salia de sus manos tan perfecto, corrió luego la voz de su aliño en las labores, y nunca le faltó en qué trabajar para alimentar á su Hijo hombre y Dios verdadero.

657. Para granjear todo lo que era necesario de comer, vestir san Josef, alhajar su casa, aunque pobremente, y pagar los alquileres de ella, le pareció á nuestra Reina que era bien gastar todo el dia en el trabajo y velar toda la noche en sus ejercicios espirituales. Esto determinó, no porque tuviese alguna codicia, ni tampoco porque de dia faltase un punto á la contemplacion; porque siempre estaba en ella y en presencia del Niño Dios, como tantas veces

[1] Luc. XXIV, 25; I Cor. XI, 14.

se ha dicho y diré. Pero algunas horas que vacaba de dia á especiales ejercicios, quiso trasladarlos á la noche para trabajar mas, y no pedir ni esperar que Dios obrase milagro en lo que con su diligencia, y añadiendo mas trabajo, se podia conseguir; porque en tales casos mas pidiéramos milagro para comodidad que por necesidad. Pedia la prudentísima Reina al eterno Padre que su misericordia los proveyese de lo necesario para alimentar á su Hijo unigénito; pero juntamente trabajaba. Y como quien no fia de sí misma ni de su diligencia, pedia trabajando lo que por este medio nos concede el Señor á las demás criaturas.

658. Agradóse mucho el Niño Dios de esta prudencia de su Madre, y de la conformidad que tenia con su estrecha pobreza; y en retorno de esta fidelidad de madre quiso aliviarla en algo del trabajo que habia comenzado. Y un dia desde la cuna la habló, y la dijo: *Madre mia, yo quiero disponer el órden de vuestra vida y trabajo corporal.* Púsose luego arrodillada la divina Madre, y respondió: *Amor dulcísimo mio y dueño de todo mi ser, yo os alabo y magnifico porque habeis condescendido con mi deseo y pensamiento, que se encaminaba á que vuestra divina voluntad dirigiese mis pasos, enderezase mis obras á vuestro beneplácito, y ordenase la ocupacion que habia de tener en cada hora del dia segun vuestro agrado. Y pues se ha humanado vuestra deidad, y dignádose vuestra grandeza á condescender con mis anhelos, hablad, lumbre de mis ojos, que vuestra sierva oye* [1]. Dijo el Señor: *Madre mia carísima, desde entrada la noche (esta era la hora que nosotros contamos por las nueve), dormiréis y descansaréis algo. Y de media noche hasta el amanecer os ocuparéis en los ejercicios de la contemplacion conmigo, y alabarémos á mi eterno Padre. Luego acudiréis á prevenir lo necesario para vuestra comida y de Josef. Despues á darme á mi alimento: y me tendréis en vuestros brazos hasta la hora de Tercia, que me pondréis en los de vuestro Esposo para alivio de su trabajo; y os retiraréis á vuestro recogimiento hasta la hora de administrarle la comida: y luego volveréis á la labor. Y porque aquí no teneis las Escrituras sagradas, cuya leccion os era de consuelo, leeréis en mi ciencia la doctrina de la vida eterna, para que en todo me sigais con perfecta imitacion. Y orad siempre á mi eterno Padre por los pecadores.*

659. Con este arancel se gobernó María santísima todo el tiempo que estuvo en Egipto. Y cada dia daba el pecho al Niño Dios tres veces; porque cuando le señaló la primera que habia de dar-

[1] I Reg. III, 10.

le, no le mandó que no se le diese otras veces, como desde el nacimiento lo hizo. Cuando la divina Madre hacia labor estaba siempre en presencia del infante Jesús de rodillas; y entre los coloquios y conferencias que tenian, era muy de ordinario, el Rey desde la cuna, y la Reina desde su labor, hacer cánticos misteriosos de alabanza. Y si estuvieran escritos, fueran mas que todos los Salmos y cánticos que celebra la Iglesia, y cuanto hoy hay escrito en ella; pues no hay duda que hablaria el mismo Dios por el instrumento de su humanidad y Madre santísima con mayor alteza y admiracion que por David, Moisés, María, Ana y todos los Profetas. En estos cánticos siempre la divina Madre quedaba renovada y llena de nuevos afectos á la Divinidad y eficaces anhelos á la union con su ser inmutable; porque sola ella era la fénix que renacia en este incendio, y la águila real que podia mirar al Sol de la inefable luz de hito en hito, y tan de cerca, donde otra ninguna criatura pudo levantar el vuelo. Cumplia con el fin, para que el Verbo divino tomó carne en sus virginales entrañas, de encaminar y llevar á su eterno Padre á las criaturas racionales. Y como entre todas era la sola que no la impedia el óbice del pecado, ni sus efectos, las pasiones ni apetitos, sino que estaba libre de todo lo terreno y gravámen de la naturaleza, volaba tras de su amado, y se levantaba á encumbrada habitacion, y no paraba hasta llegar á su centro, que era la Divinidad. Y como siempre tenia á su vista el camino y luz [1], que era el Verbo humanado, y el deseo y afecto encaminado al ser inmutable del Altísimo, corria fervorosa á él, y estaba mas en el fin que en el medio, donde amaba mas que donde animaba.

660. Dormia tambien algunas veces el Niño Dios, presente la feliz y dichosa Madre; para que tambien fuese verdad en esto lo que dijo: *Yo duermo, y mi corazon vela* [2]. Y como para ella aquel cuerpo santísimo de su Hijo era viril purísimo y claro por donde miraba y penetraba el secreto de su alma deificada, y sus operaciones [3], mirábase y remirábase en aquel espejo inmaculado: y era de especial consuelo á la divina Señora, ver tan desvelada la parte superior de la alma santísima de su Hijo en obras tan heróicas de viador y juntamente comprehensor, y al mismo tiempo dormir los sentidos con tanta quietud y rara hermosura del Niño, estando todo lo humano unido á la divinidad hipostáticamente. De los afectos dulces y elevaciones inflamadas, y obras heróicas que la Reina del cie-

[1] Joan. XIV, 6; VIII, 12. — [2] Cant. V, 2. — [3] Sap. VII, 16.

lo hacia en estas ocasiones, no basta para hablar nuestra lengua, sin ofender la materia; pero donde faltan palabras, obre la fe y el corazon.

661. Cuando era tiempo de dar á san Josef el alivio de tener al infante Jesús, le decia la divina Madre: *Hijo y Señor mio, mirad á vuestro fiel siervo con amor de hijo y de padre, y tened vuestras delicias con la pureza de su alma tan sencilla y acepta á vuestros ojos*. Y á el Santo le decia: *Esposo mio, recibid en vuestros brazos al Señor que contiene en su puño todos los orbes del cielo y tierra, á quienes dió ser por sola su bondad infinita. Y aliviad vuestro cansancio con el que es la gloria de todo lo criado*. Este favor agradecia el Santo con profunda humildad; y solia preguntar á su Esposa divina si se atreveria él á mostrar al Niño alguna caricia. Y asegurado de la prudente Madre, lo hacia; y con este alivio olvidaba la molestia de su trabajo, y todos se le hacian fáciles y muy dulces. Siempre que comian María santísima y san Josef, tenian consigo al Infante; y en administrando la comida la divina Reina, le recibia en sus brazos, y comia con grande aliño, teniéndole en ellos; y daba á su alma purísima dulcísimo y mayor alimento que al cuerpo, reverenciándole, adorándole y amándole como á Dios eterno; y sustentándole en sus brazos como á niño, le acariciaba con cariño de madre afectuosa á hijo querido. No es posible ponderar la atencion con que se ejercitaba en los dos oficios: de criatura para su Criador, mirándole, segun la divinidad, Hijo del eterno Padre, como Rey de los reyes y Señor de los señores [1], Hacedor y Conservador de todo el universo; y como hombre verdadero en su infancia, para servirle y criarle. En estos dos extremos y motivos de amor era toda enardecida y encendida en actos heróicos de admiracion, alabanza y afectuoso amor. En todo lo demás que obraban los dos divinos Esposos, solo puedo decir que eran admiracion de los Ángeles, y que daban el lleno á la santidad y agrado de el Señor.

Doctrina de la reina del cielo María santísima.

662. Hija mia, siendo verdad, como lo es, que yo entré en Egipto con mi Hijo santísimo y mi Esposo, donde ni conocíamos amigos ni deudos, en tierra de religion extraña, sin abrigo, amparo, ni socorro humano para alimentar á un Hijo que tanto amaba; bien se deja entender la tribulacion y trabajos que padecimos,

[1] Apoc. XIX, 16.

padecieron con la falta de abrigo y de sustento. Y porque fueron muchos los sucesos que en esta soledad tuvieron, diré algunos, de donde se entenderán otros; porque todos no es necesario referirlos. Y para conocer lo mucho que padecieron María y Josef, y tambien el infante Jesús en esta peregrinacion, se debe suponer que dió lugar el Altísimo para que su Unigénito humanado, con su Madre santísima y san Josef, sintiesen las molestias y penalidades de este destierro. Y aunque la divina Señora las padecia con pacificacion, pero se afligió mucho sin perderla, y lo mismo respetivamente su fidelísimo Esposo; porque entrambos padecieron muchas incomodidades y molestias en sus personas, y mayores en el corazon de la Madre por las de su Hijo y de Josef; y él por las del Niño y de la Esposa, y que no podia remediarlos con su diligencia y trabajo.

631. Era forzoso en aquel desierto pasar las noches al sereno y sin abrigo en todas las sesenta leguas de despoblado; y esto en tiempo de invierno, porque la jornada sucedió en el mes de febreo, comenzándola seis dias despues de la Purificacion, como se infiere de lo que dije en el capítulo pasado [1]. La primera noche que se hallaron solos en aquellos campos, se arrimaron á la falda de un montecillo, que fue solo el recurso que tuvieron. Y la Reina del cielo con su Niño en los brazos se asentó en la tierra, y allí tomaron algun aliento, y cenaron de lo que llevaban desde Gaza. La Emperatriz del cielo dió el pecho á su infante Jesús, y su Majestad con semblante apacible consoló á la Madre y su Esposo; cuya diligencia con su propria capa y unos palos formó un tabernáculo ó pabellon para que el Verbo divino y María santísima se defendiesen algo del sereno, abrigándolos con aquella tienda de campo tan estrecha y humilde. La misma noche los diez mil Ángeles, que con admiracion asistian á los peregrinos del mundo, hicieron cuerpo de guardia á su Rey y Reina, cogiéndolos en medio de una rueda ó circúito que formaron en cuerpo visible humano. Conoció la gran Señora que su Hijo santísimo ofrecia al Padre eterno aquel desamparo y trabajos, y los de la misma Madre y san Josef. Y en esta oracion y los demás actos que aquella alma deificada hacia, le acompañó la Reina lo mas de la noche. Y el Niño Dios durmió un poco en sus brazos; pero ella siempre estuvo en vela y coloquios divinos con el Altísimo y con los Ángeles. El santo Josef se recostó en la tierra, la cabeza sobre la arquilla de las mantillas y pobre ropa que llevaban.

[1] Supr. n. 609, 613.

632. Prosiguieron el dia siguiente su camino, y luego les faltó en el viaje la prevencion de pan y algunas frutas que llevaban; con que la Señora del cielo y tierra y su santo Esposo llegaron á padecer grande y extrema necesidad, y á sentir la hambre. Y aunque la padeció mayor san Josef, pero entrambos la sintieron con harta afliccion. Un dia sucedió á las primeras jornadas, que pasaron hasta las nueve de la noche sin haber tomado cosa alguna de sustento, aun de aquel pobre y grosero mantenimiento que comian despues del trabajo y molestia del camino, cuando necesitaba mas la naturaleza de ser refrigerada; y como no se podia suplir esta necesidad con alguna diligencia humana, la divina Señora convertida al Altísimo dijo: *Dios eterno, grande y poderoso, yo os doy gracias y bendigo por las magníficas obras de vuestro beneplácito; y porque sin merecerlo yo, por sola vuestra dignacion me dísteis el ser y vida, y con ella me habeis conservado y levantado, siendo polvo y inútil criatura. No he dado por estos beneficios el digno retorno; pues ¿cómo pediré para mí lo que no puedo recompensar? Pero, Señor y Padre mio, mirad á vuestro Unigénito, y concededme con qué le alimente la vida natural, y tambien la de mi Esposo, para que con ella sirva á vuestra Majestad, y yo á vuestra Palabra* [1] *hecha carne por la salud humana.*

633. Para que estos clamoreos de la dulcísima Madre naciesen de mayor tribulacion, dió lugar el Altísimo á los elementos para que con sus inclemencias los afligiesen, sobre la hambre, cansancio y desamparo; porque se levantó un temporal de agua y vientos muy destemplados, que los cegaba y fatigaba mucho. Este trabajo afligió mas á la piadosa y amorosa Madre, por el cuidado del Niño Dios, tan delicado y tierno, que aun no tenia cincuenta dias. Y aunque le cubrió y abrigó cuanto pudo, pero no bastó para que como verdadero hombre no sintiese la inclemencia y rigor del tiempo, manifestándolo con llorar y tiritar de frio, como lo hicieran los demás niños hombres puros. Entonces la cuidadosa Madre, usando del poder de Reina y Señora de las criaturas, mandó con imperio á los elementos que no ofendiesen á su mismo Criador, sino que le sirviesen de abrigo y refrigerio, y que con ella ejecutasen el rigor. Sucedió así, como en las ocasiones que arriba dije [2] del nacimiento y camino de Jerusalen; porque luego se templó el viento y cesó la cellizca, sin llegar á donde estaban Hijo y Madre. En retorno de este amoroso cuidado, el infante Jesús mandó á sus Ángeles que asistiesen á su amantísima Madre, y la sirviesen de cortina, que la abrigasen del

[1] Joan. I, 14. — [2] Supr. n. 543, 544, 590.

espera á la conversion de los pecadores, como se lo dió á Herodes. Y si usara de su absoluto poder, y hiciera grandes milagros para atajar los efectos de las causas segundas, se confundiera el órden de la naturaleza, y en cierto modo fuera contrario, como autor de la gracia, á sí mismo como autor de la naturaleza. Por esto los milagros han de ser raros, y pocas veces, cuando hay causa ó fin particular; que para esto los reservó Dios para sus tiempos oportunos, en que manifestase su potencia, y se conociese ser autor de todo, y sin dependencia de las mismas cosas á quien dió el ser y da la conservacion. Tampoco debe admirar que consintiese la muerte de los niños inocentes que degolló Herodes [1]; porque en esto no convino defenderlos por milagro, pues aquella muerte les granjeó la vida eterna con abundante premio; y esta sin comparacion vale mas que la temporal, que se ha de posponer y perder por ella: y si todos los niños vivieran y murieran con la muerte natural, por ventura no todos fueran salvos. Las obras del Señor son justificadas y santas en todo, aunque no luego alcancemos nosotros las razones de su equidad; pero en el mismo Señor las conocerémos cuando le veamos cara á cara.

Doctrina que me dió la reina del cielo María santísima.

617. Hija mia, entre las cosas que para tu enseñanza debes advertir en este capítulo, sea la primera el humilde agradecimiento de los beneficios que recibes; pues entre las generaciones eres tan señalada y enriquecida con lo que mi Hijo y yo hacemos contigo, sin merecerlo tú. Yo repetia muchas veces el verso de David: *¿Qué daré al Señor por todo lo que me ha dado* [2]? Y con este afecto agradecido me humillaba hasta el polvo, juzgándome por inútil entre las criaturas. Pues si conoces que yo hacia esto, siendo Madre verdadera del mismo Dios, pondera bien cuál es tu obligacion, cuando con tanta verdad te debes confesar indigna y desmerecedora de lo que recibes; pobre para agradecerlo y pagarlo. Esta insuficiencia de tu miseria y debilidad has de suplir, ofreciendo al eterno Padre la hostia viva de su Unigénito humanado, y especialmente cuando le recibes sacramentado y le tienes en tu pecho: que en esto tambien imitarás á David, que despues de la pregunta que decia, de qué daria al Señor por lo que le habia favorecido, respondia: *El cáliz de la salud recibiré, y invocaré el nombre del Altísimo* [3]. Has de

[1] Matth. II, 16. — [2] Psalm. CXV, 12. — [3] Ibid. 13.

recibir y obrar la salud de la salvacion [1], obrando lo que conduce á ella, y dar el retorno con el perfecto proceder, invocar el nombre del Señor [2], y ofrecerle su Unigénito, que es el que obró la virtud y la salud, y el que la mereció, y puede ser retorno adecuado de lo que recibió el linaje humano, y tú singularmente de su poderosa mano. Yo le dí forma humana, para que conversase con los hombres [3], y fuese de todos como proprio suyo. Y su Majestad se puso debajo de las especies de pan y vino [4], para apropiarse mas á cada uno en singular, y para que como cosa suya le gozase y ofreciese al Padre; supliendo las almas con esta oblacion lo que sin ella no pudieran darle, quedando el Altísimo como satisfecho con ella, pues no puede querer otra cosa mas aceptable, ni pedirla á las criaturas.

618. Tras de esta oblacion, es muy acepta la que hacen las almas abrazando y tolerando con igualdad de ánimo y sufrimiento paciente los trabajos y adversidades de la vida mortal. De esta doctrina fuimos maestros eminentes mi Hijo santísimo y yo; y su Majestad comenzó á enseñarla desde el instante que le concebí en mis entrañas; porque luego empezamos á peregrinar y padecer, y en naciendo al mundo sufrimos la persecucion en el destierro, á que nos obligó Herodes; y duró el padecer hasta morir su Majestad en la cruz. Y yo trabajé hasta el fin de mi vida, como en toda ella lo irás conociendo y escribiendo. Y pues tanto padecimos por las criaturas y para remedio suyo, quiero que en esta conformidad nos imites, como esposa suya y hija mia, padeciendo con dilatado corazon, y trabajando por aumentarle á tu Señor y Dueño la hacienda, tan preciosa á su aceptacion, de las almas, que compró con su vida y sangre. Nunca has de recatear trabajo, dificultad, amargura ni dolores [5], si por alguno de estos puedes granjearle á Dios alguna alma, ó ayudarla á salir del pecado y mejorar su vida. Y no te acobarde el ser tan inútil y pobre, ni que se logrará poco tu deseo y trabajo; pues no sabes cómo lo aceptará el Altísimo, y se dará por servido. Y por lo menos tú debes trabajar oficiosamente, y no comer el pan ociosa en su casa [6].

[1] Philip. II, 12. — [2] Psalm. LXXIII, 12. — [3] Baruch, III, 38.
[4] Joan. VI, 57. — [5] I Cor. VI, 20. — [6] Prov. XXXI, 27.

CAPÍTULO XXII.

Comienzan la jornada á Egipto Jesús, *María y Josef, acompañados de los espíritus angélicos; y llegan á la ciudad de Gaza.*

Salida de Jerusalen de los santos Peregrinos. —Cómo se componian en María y Josef la seguridad de la fe y esperanza con la pena del destierro.—Manifiéstanseles los diez mil Ángeles en forma humana.—Deseó María visitar la cueva del nacimiento.—Declàranla los Ángeles el desvelo de Herodes en buscarla, y que no convenia detenerse.—Reverenció María desde el camino á aquel santo lugar, y la vino á visitar el Ángel que lo guarda.—No la dejó Josef llegar á Hebron donde estaba Isabel y Juan.—Con su licencia envió María un Ángel que avisase á Isabel para que guardase á su hijo.—Digna admiracion de la humildad y obediencia de María á su Esposo.—Embajada que dió á Isabel el Ángel de parte de la Madre de Dios.—No la permitió saliese á ver los santos Peregrinos.—Envió Isabel un proprio en su alcance con algun socorro para el viaje.—Llegan á la ciudad de Gaza.—Milagro que sucedió en el hombre que envió santa Isabel.—Cómo repartió María el socorro que les envió su prima.—No recurria María á milagros sino cuando faltaban los medios naturales.—Maravillas que hizo María en esta ciudad.—Obras en que se ocupaban el infante Jesús y su Madre en el camino, y comunicacion que tenian.—Luz del misterio de la unidad de la esencia y trinidad de las divinas Personas, que se renovó en María con nueva claridad.—Cánticos de alabanza que hacia por la creacion de la humanidad unida al Verbo.—Iba la Madre imitando las operaciones internas que miraba en el Hijo.—Daba gracias por los favores singulares que habia recibido.—Coloquios de Hijo y Madre.—Preguntas amorosas de la Madre.—Dulce respuesta del Hijo.—Lágrimas de el Niño Dios por los hombres.—Como las acompañaba su Madre.—Obras de san Josef por el camino.—Como cuidaba dél María, sin embarazarse á la atencion interior.—Poderoso ejemplar para el amor de los enemigos en el niño Jesús.—Como Dios conservaba la vida del inícuo Rey que le perseguia.—Como hombre pedia para él auxilios y muchos dones, y le alcanzó no fuese castigado con tanta pena como pedia su malicia.—Como le imitó en esta caridad su Madre.—Especiales razones que tienen los demás de los mortales para imitar este ejemplar.

619. Salieron de Jerusalen á su destierro nuestros peregrinos divinos, encubiertos con el silencio y obscuridad de la noche, pero llenos del cuidado que se debia á la prenda del cielo que consigo llevaban á tierra extraña, y para ellos no conocida. Y si bien la fe y esperanza los alentaba (porque no podia ser mas alta y segura, que la de nuestra Reina y de su fidelísimo Esposo), mas con todo eso daba el Señor lugar á la pena; porque naturalmente era inexcusable en el amor que tenian al infante Jesús, y porque en par-

ticular no sabian todos los accidentes de tan larga jornada, ni el fin de ella, ni cómo serian recibidos en Egipto, siendo extranjeros, ni la comodidad que tendrian para criar al Niño, y llevarle por todo el camino sin grandes penalidades. Muchos trabajos y cuidados saltearon el corazon de los Padres santísimos al partir con tanta priesa desde su posada; pero moderóse mucho este dolor con la asistencia de los cortesanos del cielo, que luego se manifestaron los diez mil arriba dichos [1] en forma visible humana, con su acostumbrada hermosura y resplandor; con que hicieron de la noche clarísimo dia á los divinos caminantes. Y saliendo de las puertas de la ciudad, se humillaron, y adoraron al Verbo humanado en los brazos de su Madre Vírgen, y á ella la alentaron, ofreciéndose á su servicio y obediencia de nuevo, y que la acompañarian y guiarian en el camino, por donde fuese la voluntad del Señor.

620. Al corazon afligido cualquiera alivio le parece estimable: pero este, por ser grande, confortó mucho á nuestra Reina y á su esposo Josef; y con mucho esfuerzo comenzaron sus jornadas, saliendo de Jerusalen por la puerta y camino que guia á Nazareth. Y la divina Madre se inclinó con algun deseo de llegar al lugar del nacimiento, para adorar aquella sagrada cueva y pesebre que fue el primer hospicio de su Hijo santísimo en el mundo. Pero los santos Ángeles la respondieron al pensamiento antes de manifestarle, y la dijeron: *Reina y Señora nuestra, Madre de nuestro Criador, conviene que apresuremos el viaje, y sin divertirnos prosigamos el camino; porque con la diversion de los Reyes magos, sin volver por Jerusalen, y despues con las palabras del sacerdote Simeon y Ana, se ha movido el pueblo; y algunos han comenzado á decir que sois Madre del Mesías; otros, que teneis noticia dél; y otros, que vuestro Hijo es profeta. Y sobre que los Reyes os visitaron en Belen, hay varios juicios, y de todo está informado Herodes; y ha mandado que con gran desvelo os busquen; y en esto se pondrá excesiva diligencia. Y por esta causa os ha mandado el Altísimo partir de noche y con tanta priesa.*

621. Obedeció la Reina del cielo á la voluntad del Todopoderoso declarada por sus ministros los santos Ángeles: y desde el camino hizo reverencia al sagrado lugar del nacimiento de su Unigénito, renovando la memoria de los misterios que en él se habian obrado, y de los favores que allí habia recibido. Y el santo Ángel que estaba por guarda de aquel sagrario salió al camino en forma visible, y adoró al Verbo humanado en los brazos de su divina Madre,

1 Supr. n. 599.

con que recibió ella nuevo consuelo y alegría, porque le vió y habló. Inclinóse tambien el afecto de la piadosa Señora á tomar el camino de Hebron; porque se desviaba muy poco del que llevaban, y en aquella ocasion estaba en la misma ciudad santa Isabel, su amiga y deuda, con su hijo san Juan. Pero el cuidado de san Josef, que era de mayor temor, previno tambien este divertimiento y detencion, y dijo á la divina Esposa: *Señora mia, yo juzgo que nos importa mucho no detener un punto la jornada; pero adelantarla todo lo posible, para retirarnos luego del peligro. Y por esto no conviene que vamos por Hebron, donde mas fácilmente nos buscarán, que en otra parte. Hágase vuestra voluntad,* respondió la humilde Reina; *pero con ella pediré á uno de estos espíritus celestiales vaya á dar aviso á Isabel mi prima de la causa de nuestro viaje, para que ponga en cobro á su niño; porque la indignacion de Herodes alcanzará hasta llegar á ellos.*

622. Sabia la Reina del cielo el intento de Herodes para degollar los niños, aunque no le manifestó entonces. Pero lo que aquí me admira es la humildad y obediencia de María santísima, tan raras y advertidas en todo; pues no solo obedeció á san Josef en lo que él le ordenaba, sino en lo que le tocaba á ella sola, que era enviar el Ángel á santa Isabel, no quiso ejecutarlo sin voluntad y obediencia de su Esposo, aunque pudo ella por sí mentalmente enviarle y ordenarlo. Confieso mi confusion y tardanza; pues en la fuente purísima de las aguas que tengo á la vista no sacio mi sed, ni me aprovecho de la luz y ejemplar que en ella se me propone; aunque es tan vivo, tan suave, poderoso y dulce para obligar y atraer á todos á negar la propria y dañosa voluntad. Con la de su Esposo despachó nuestra gran Maestra uno de los principales Ángeles que asistian, para que diese noticia á santa Isabel de lo que pasaba; y como superiora á los Ángeles, en esta ocasion informó á su legado mentalmente de lo que habia de decir á la santa matrona, y al niño Juan.

623. Llegó el santo Ángel á la feliz y bendita Isabel; y conforme al órden y voluntad de su Reina, la informó de todo lo que convenia. Díjola como la Madre del mismo Dios iba con él huyendo á Egipto de la indignacion de Herodes, y del cuidado que ponia en buscarle, para quitarle la vida; y que por asegurar á Juan, le ocultase y pusiese en cobro; y le declaró otros misterios del Verbo humanado, como se lo ordenó la divina Madre. Con esta embajada quedó santa Isabel llena de admiracion y gozo, y dijo al santo Án-

gel como deseaba salir al camino á adorar al infante Jesús, y ver á su dichosa Madre; y preguntó si podria alcanzarlos. El santo Ángel la respondió que su Rey y Señor humanado iba con la feliz Madre léjos de Hebron, y no convenia detenerlos: con que se despidió la Santa de su esperanza. Y dándole al Ángel dulces memorias para Hijo y Madre, quedó muy tierna y llorosa; y el paraninfo volvió á la Reina con la respuesta. Santa Isabel despachó luego un proprio á toda diligencia, y con algunos regalos le envió en el alcance de los divinos caminantes, y les dió cosas de comer, dineros, y con que hacer mantillas para el Niño, previniendo la necesidad con que iban á tierra no conocida. Alcanzólos el proprio en la ciudad de Gaza, que dista de Jerusalen poco menos de veinte horas de camino, y está en la ribera del rio Besor, camino de Palestina para Egipto, no léjos del mar Mediterráneo.

624. En esta ciudad de Gaza descansaron dos dias, por haberse fatigado algo san Josef y el jumentillo en que iba la Reina. De allí despidieron al criado de santa Isabel, sin descuidarse el santo Esposo de advertirle no dijese á nadie dónde los habia topado. Pero con mayor cuidado previno Dios este peligro; porque le quitó de la memoria á aquel hombre lo que san Josef le encargó que callase, y solo la tuvo para volver la respuesta á su ama santa Isabel. Del regalo que envió á los caminantes hizo María santísima convite á los pobres; que no los podia olvidar la que era madre de ellos; y de las telas un mantillo para abrigar al Niño Dios, y para san Josef otra capa acomodada para el camino y tiempo. Y previno otras cosas de las que podian llevar en su pobre recámara; porque en cuanto la prudentísima Señora podia hacer con su diligencia y trabajo, no queria con milagros, para sustentar á su Hijo y á san Josef; que en esto se gobernaba por el órden natural y comun, hasta donde llegaban sus fuerzas. En los dos dias que estuvieron en aquella ciudad, para no dejarla sin grandes bienes, hizo María purísima algunas obras maravillosas. Libró á dos enfermos de peligro de muerte, dándoles salud; y á otra mujer baldada la dejó sana y buena. En las almas de muchos que la vieron y hablaron obró efectos divinos del conocimiento de Dios y mudanza de vida; y todos sintieron grandes motivos de alabar al Criador. Pero á nadie manifestaron su patria, ni el intento del viaje; porque si con esta noticia se juntara la que daban sus obras admirables, fuera posible que las diligencias de Herodes rastrearan su jornada, y los siguieran.

625. Para manifestar lo que se me ha dado á conocer de las

obras que por el camino hacian el infante Jesús y su Madre Vírgen me faltan las palabras dignas, y mucho mas la devocion y peso que piden tan admirables y ocultos sacramentos. Siempre servian los brazos de María purísima de lecho regalado al nuevo y verdadero rey Salomon [1]. Mirando ella los secretos de aquella humanidad y alma santísima, sucedia algunas veces que Hijo y Madre, comenzando él, alternaban dulces coloquios y cánticos de alabanza, engrandeciendo primero el infinito ser de Dios con todos sus atributos y perfecciones. Para estas obras daba su Majestad á la Madre reina nueva luz y visiones intelectuales, en que conocia el misterio altísimo de la unidad de la esencia en la trinidad de las personas; las operaciones *ad intra* de la generacion del Verbo, y procesion del Espíritu Santo; como siempre son, y es el Verbo engendrado por obra del entendimiento, y el Espíritu Santo inspirado por obra de la voluntad; no porque allí hay sucesion de *antes y despues*, porque todo es junto en la eternidad; sino porque nosotros lo conocemos al modo de la duracion sucesiva del tiempo. Entendia tambien la gran Señora como las tres personas se comprehenden recíprocamente con un mismo entender, y como conocen á la persona del Verbo unida á la humanidad, y los efectos que en ella resultan de la divinidad unida.

626. Con esta ciencia tan alta descendia de la divinidad á la humanidad; y ordenaba nuevos cánticos en alabanza y agradecimiento de haber criado aquella alma y humanidad santísima, en alma y cuerpo perfectísima: la alma llena de sabiduría, gracia y dones del Espíritu Santo con la plenitud y abundancia posible; el cuerpo purísimo, y en sumo grado bien dispuesto y complexionado. Y luego miraba todos los actos tan heróicos y excelentes de sus potencias: y habiéndolos imitado todos respetivamente, pasaba á bendecirle y darle gracias por haberla hecho Madre suya, concebida sin pecado, escogida entre millares, engrandecida y enriquecida con todos los favores y dones de su diestra poderosa, que caben en pura criatura. En la exaltacion y gloria de estos y otros sacramentos que en ellos se encierran hablaba el Niño, y respondia la Madre lo que no cabe en lengua de Ángeles ni en pensamiento de ninguna criatura. Á todo esto atendia la divina Señora, sin faltar al cuidado de abrigar al Niño, darle leche tres veces al dia, de regalarle y acariciarle como madre mas amorosa y atenta, que todas juntas las otras madres con sus hijos.

[1] Cant. III, 7.

627. Otras veces le hablaba y decia: *Dulcísimo amor y Hijo mio, dadme licencia para que os pregunte y manifieste mi deseo, aunque Vos, Señor mio, le conoceis; pero para consuelo de oir vuestras palabras en responderme. Decidme, vida de mi alma y lumbre de mis ojos, si os fatiga el trabajo del camino, y os afligen las inclemencias del tiempo y elementos, y qué puedo yo hacer en servicio y alivio de vuestras penas*. Respondió el Niño Dios: *Los trabajos, Madre mia, y el fatigarme por el amor de mi Padre eterno y de los hombres, á quienes vengo á enseñar y redimir, todos se me hacen fáciles y muy dulces, y mas en vuestra compañía*. Lloraba el Niño algunas veces con serenidad muy grave y de varon perfecto; y afligida la amorosa Madre atendia luego á la causa, buscándola en su interior, que conocia y miraba. Y allí entendia que eran lágrimas de amor y compasion por el remedio de los hombres, y por sus ingratitudes; y en esta pena y llanto tambien le acompañaba la dulce Madre. Y solia, como compasiva tórtola, acompañarle en el llanto, y como piadosa madre le acariciaba, y le besaba con incomparable reverencia. El dichoso Josef atendia muchas veces á estos misterios tan divinos: y de ellos tenia alguna luz con que aliviaba el cansancio del camino. Otras veces hablaba con su Esposa, preguntándola cómo iba, y si gustaba de alguna cosa para sí ó para el Niño, y se llegaba á él, y le adoraba, besándole el pié, y pidiéndole la bendicion; y algunas veces le tomaba en sus brazos. Con estos consuelos entretenia dulcemente el gran Patriarca las molestias del camino; y su divina Esposa le alentaba y animaba, atendiendo á todo con magnánimo corazon, sin embarazarle la atencion interior para el cuidado de lo visible, ni esto para la altura de sus encumbrados pensamientos y frecuentes afectos; porque en todo era perfectísima.

Doctrina de la divina Madre y Señora.

628. Hija mia carísima, para la imitacion y ciencia que en tí quiero sobre lo que has escrito, te será ejemplar la admiracion y afectos que hacia en mi alma la luz divina, con que conocia á mi Hijo santísimo sujetarse de voluntad al furor inhumano de los malos hombres, como sucedió con Herodes en esta ocasion, que fuimos huyendo de su ira, y despues á los malos ministros de los pontífices y magistrados. En todas las obras del Altísimo resplandece su grandeza, su bondad y sabiduría infinita. Pero lo que mas admiraba mi entendimiento era, cuando conocia á un mismo tiempo con

luz altísima el ser de Dios en la persona del Verbo unida á la humanidad; y que era mi Hijo santísimo Dios eterno, poderoso, infinito, criador y conservador de todo; y que no solo de este beneficio pendia la vida y ser de aquel inícuo Rey; pero que la humanidad santísima pedia y rogaba al Padre, para que al mismo tiempo le diese inspiraciones, auxilios y muchos bienes; y que siéndole tan fácil castigarle no lo hizo, sino que con sus suplicios le alcanzó no lo fuese efectivamente, y segun su malicia. Y aunque al fin se perdió como prescito y pertinaz; pero tiene menos pena, que le dieran, si mi Hijo santísimo no hubiera rogado por él. Todo esto, y lo que aquí se encierra de la incomparable misericordia y mansedumbre de mi Hijo santísimo, procuré yo imitar; porque como maestro me enseñaba con obras lo que despues habia de amonestar con ejemplo, palabras y ejecuciones del amor de los enemigos [1]. Y cuando conocia yo que ocultaba y disimulaba su poder infinito, y siendo leon invencible [2] se dejaba, como cordero humilde y mansísimo [3] al furor de los lobos carniceros, mi corazon se deshacia [4], y desfallecian mis fuerzas, deseando amarle, imitarle y seguirle en su amor, caridad, paciencia y mansedumbre.

229. Este ejemplar te propongo para que siempre le lleves delante, y entiendas cómo y hasta dónde debes sufrir, padecer, perdonar y amar á quien te ofendiere; pues ni tú ni las demás criaturas estais inocentes y sin alguna culpa, y muchos con repetidas y graves para merecerlo. Pero si por medio de las persecuciones has de conseguir el grande bien de esta imitacion; ¿qué razon habrá para que no las aprecies por grande dicha, y ames á quien te ocasiona lo sumo de la perfeccion, y agradezcas este beneficio, no juzgando por enemigo, antes por bienhechor tuyo, á quien te pone en ocasion de lo que tanto te importa? Con el objeto que se te ha propuesto no tendrás disculpa, si en esto faltas; pues te le hace como presente la divina luz, y lo que de él conoces y penetras.

[1] Matth. v, 44; Luc. xxiii, 34. — [2] Isai. v, 29. — [3] Jerem. xi, 19.
[4] Psalm. lxxii, 26.

CAPÍTULO XXIII.

Prosiguen las jornadas JESÚS, *María y Josef, de la ciudad de Gaza hasta Heliópolis de Egipto.*

Salieron de Gaza para Heliópolis por los desiertos de Bersabé.—Incomodidades destos desiertos.—Dió lugar el Señor para que los santos Peregrinos las padeciesen.—En sesenta leguas de despoblado pasaron todas las noches al sereno.—Por qué tiempo fue.—Sucesos de la primera noche.—Hizo Josef una tienda con su capa, para que el Niño y su Madre se defendiesen del sereno.—Cercáronla como en guarda los diez mil Ángeles.—En qué ocuparon la noche el Hijo y Madre.—Faltóles el sustento, y llegaron á extrema necesidad.—Pasaron un dia hasta las nueve de la noche sin tomar sustento alguno.—Oracion de la Madre de Dios en este trabajo.—Rigores de el tiempo que en la misma ocasion los fatigaban.—Cuán grande fue este trabajo para María por lo que padecia su Hijo.—Lloraba y tiritaba el niño JESÚS.—Mandó la Madre á los elementos como en otras ocasiones.—Mandó en retorno el Hijo á los Ángeles que abrigasen á su Madre.—Recogieron á Madre, Hijo y Esposo en un globo de resplandor que los defendió.—Proveyólos el Señor de alimento por mano de los Ángeles.—Excelencia de este alimento sobre los que Dios habia dado en los desiertos.—Excelencia de el agradecimiento.—Exhortacion á la confianza en la Providencia divina con el ejemplar de este socorro.—Favores visibles con que el Señor los recreaba para alivio del camino.—Venian á festejarlos las aves.—Mandábales María que reconociesen á su Criador con reverencia, y le festejasen con cánticos.—Cómo los festejaban los Ángeles.—Dulces coloquios entre Madre y Hijo.—Consuelos que participaba Josef.—Ocultósele el que el Niño hablaba sensiblemente con su Madre.—No tiene perfecto conocimiento de Dios quien no espera en su bondad y amor.—Del bajo concepto que hacen los hombres de Dios nace toda su ruina.—Cuán pocos son los que le merecen á Dios su cuidadosa providencia.—El no fiar de ella ha llenado al mundo de avaricia y concupiscencia.—Si solo se apeteciera lo necesario, desatino seria poner la confianza en las criaturas.—Habiendo hecho la criatura lo que la toca, el medio eficaz de remediar la necesidad es fiar en el Señor.—Quiénes son los que pueden con razon temer les falte lo que necesitan.—El dar mayores bienes temporales no arguye mayor amor en Dios.—Por qué quiere Dios pobres á sus escogidos.

630. El dia tercero, despues que nuestros peregrinos llegaron á Gaza, partieron de aquella ciudad para Egipto. Y dejando luego los poblados de Palestina, se metieron en los desiertos arenosos que se llaman de Bersabé, encaminándose por espacio de sesenta leguas y mas de despoblados, para llegar á tomar asiento en la ciudad de Heliópolis, que ahora se llama el Cairo de Egipto. En este desierto peregrinaron algunos dias; porque las jornadas eran cortas, así por la descomodidad del camino tan arenoso, como por el trabajo que

padecieron con la falta de abrigo y de sustento. Y porque fueron muchos los sucesos que en esta soledad tuvieron, diré algunos, de donde se entenderán otros; porque todos no es necesario referirlos. Y para conocer lo mucho que padecieron María y Josef, y tambien el infante Jesús en esta peregrinacion, se debe suponer que dió lugar el Altísimo para que su Unigénito humanado, con su Madre santísima y san Josef, sintiesen las molestias y penalidades de este destierro. Y aunque la divina Señora las padecia con pacificacion, pero se afligió mucho sin perderla, y lo mismo respetivamente su fidelísimo Esposo; porque entrambos padecieron muchas incomodidades y molestias en sus personas, y mayores en el corazon de la Madre por las de su Hijo y de Josef; y él por las del Niño y de la Esposa, y que no podia remediarlos con su diligencia y trabajo.

631. Era forzoso en aquel desierto pasar las noches al sereno y sin abrigo en todas las sesenta leguas de despoblado; y esto en tiempo de invierno, porque la jornada sucedió en el mes de febreo, comenzándola seis dias despues de la Purificacion, como se infiere de lo que dije en el capítulo pasado [1]. La primera noche que se hallaron solos en aquellos campos, se arrimaron á la falda de un montecillo, que fue solo el recurso que tuvieron. Y la Reina del cielo con su Niño en los brazos se asentó en la tierra, y allí tomaron algun aliento, y cenaron de lo que llevaban desde Gaza. La Emperatriz del cielo dió el pecho á su infante Jesús, y su Majestad con semblante apacible consoló á la Madre y su Esposo; cuya diligencia con su propria capa y unos palos formó un tabernáculo ó pabellon para que el Verbo divino y María santísima se defendiesen algo del sereno, abrigándolos con aquella tienda de campo tan estrecha y humilde. La misma noche los diez mil Ángeles, que con admiracion asistian á los peregrinos del mundo, hicieron cuerpo de guardia á su Rey y Reina, cogiéndolos en medio de una rueda ó circúito que formaron en cuerpo visible humano. Conoció la gran Señora que su Hijo santísimo ofrecia al Padre eterno aquel desamparo y trabajos, y los de la misma Madre y san Josef. Y en esta oracion y los demás actos que aquella alma deificada hacia, le acompañó la Reina lo mas de la noche. Y el Niño Dios durmió un poco en sus brazos; pero ella siempre estuvo en vela y coloquios divinos con el Altísimo y con los Ángeles. El santo Josef se recostó en la tierra, la cabeza sobre la arquilla de las mantillas y pobre ropa que llevaban.

[1] Supr. n. 609, 613.

632. Prosiguieron el dia siguiente su camino, y luego les faltó en el viaje la prevencion de pan y algunas frutas que llevaban; con que la Señora del cielo y tierra y su santo Esposo llegaron á padecer grande y extrema necesidad, y á sentir la hambre. Y aunque la padeció mayor san Josef, pero entrambos la sintieron con harta afliccion. Un dia sucedió á las primeras jornadas, que pasaron hasta las nueve de la noche sin haber tomado cosa alguna de sustento, aun de aquel pobre y grosero mantenimiento que comian despues del trabajo y molestia del camino, cuando necesitaba mas la naturaleza de ser refrigerada; y como no se podia suplir esta necesidad con alguna diligencia humana, la divina Señora convertida al Altísimo dijo: *Dios eterno, grande y poderoso, yo os doy gracias y bendigo por las magníficas obras de vuestro beneplácito; y porque sin merecerlo yo, por sola vuestra dignacion me dísteis el ser y vida, y con ella me habeis conservado y levantado, siendo polvo y inútil criatura. No he dado por estos beneficios el digno retorno; pues ¿cómo pediré para mí lo que no puedo recompensar? Pero, Señor y Padre mio, mirad á vuestro Unigénito, y concededme con qué le alimente la vida natural, y tambien la de mi Esposo, para que con ella sirva á vuestra Majestad, y yo á vuestra Palabra* [1] *hecha carne por la salud humana.*

633. Para que estos clamoreos de la dulcísima Madre naciesen de mayor tribulacion, dió lugar el Altísimo á los elementos para que con sus inclemencias los afligiesen, sobre la hambre, cansancio y desamparo; porque se levantó un temporal de agua y vientos muy destemplados, que los cegaba y fatigaba mucho. Este trabajo afligió mas á la piadosa y amorosa Madre, por el cuidado del Niño Dios, tan delicado y tierno, que aun no tenia cincuenta dias. Y aunque le cubrió y abrigó cuanto pudo, pero no bastó para que como verdadero hombre no sintiese la inclemencia y rigor del tiempo, manifestándolo con llorar y tiritar de frio, como lo hicieran los demás niños hombres puros. Entonces la cuidadosa Madre, usando del poder de Reina y Señora de las criaturas, mandó con imperio á los elementos que no ofendiesen á su mismo Criador, sino que le sirviesen de abrigo y refrigerio, y que con ella ejecutasen el rigor. Sucedió así, como en las ocasiones que arriba dije [2] del nacimiento y camino de Jerusalen; porque luego se templó el viento y cesó la cellizca, sin llegar á donde estaban Hijo y Madre. En retorno de este amoroso cuidado, el infante Jesús mandó á sus Ángeles que asistiesen á su amantísima Madre, y la sirviesen de cortina, que la abrigasen del

[1] Joan. I, 14. — [2] Supr. n. 543, 544, 590.

rigor de los elementos. Hiciéronlo al punto, y formando un globo de resplandor muy denso y hermoso por extremo, encerraron en él á su Dios humanado, á la Madre y Esposo, dejándolos mas guarnecidos y defendidos, que estuvieran con los palacios y paños ricos de los poderosos del mundo. Esto mismo hicieron otras veces en aquel desierto.

634. Pero faltábales la comida, y afligíales la necesidad, que con humana industria era irreparable. Y dejándolos el Señor llegar á este punto, y inclinado á las peticiones justas de su Esposa, los proveyó por mano de los mismos Ángeles; porque luego les trajeron pan suavísimo, y frutas muy hermosas y sazonadas, y á mas de esto un licor dulcísimo; y los mismos Ángeles se lo administraron y sirvieron. Y despues todos juntos hacian cánticos de gracias y alabanzas al Señor, que da alimento á toda carne [1] en tiempo que sea oportuno, para que los pobres coman y sean saciados [2]; porque sus ojos y esperanzas están puestas en su real providencia y largueza. Estos fueron los platos delicados con que regaló el Señor desde su mesa á sus tres Peregrinos y desterrados en el desierto de Bersabé [3], que fue el mismo donde Elías huyendo de Jezabel fue confortado con el pan subcinericio [4], que le dió el Ángel del Señor para llegar hasta el monte Horeb. Pero ni este pan, ni el que antes le habian servido milagrosamente los cuervos con carnes que comiese á la mañana y á la tarde [5] en el torrente de Carith, ni el maná que llovió del cielo á los israelitas, aunque se llamaba pan de Ángeles, y llovido del cielo; ni las codornices [6] que les trajo el viento áfrico [7]; ni el pabellon de nube [8] con que eran refrigerados; ninguno de estos alimentos y beneficios se puede comparar con lo que hizo el Señor en este viaje con su Unigénito humanado, con la divina Madre y su Esposo. No eran estos favores para alimentar á un profeta y pueblo ingrato, y tan mal mirado; mas para dar vida y alimento al mismo Dios hecho hombre, y á su verdadera Madre, y para conservar la vida natural, de donde estaba pendiente la eterna de todo el linaje humano. Y si este manjar divino era conforme á la excelencia de los convidados, así tambien el agradecimiento y correspondencia era muy segun la grandeza del beneficio. Y para que fuese todo mas oportuno, siempre consentia el Señor que la necesidad llegase al extremo, y que ella misma pidiese el socorro del cielo.

[1] Psalm. CXXXV, 25; CXLIV, 15. — [2] Ibid. XXI, 27. — [3] III Reg. XIX, 3.
[4] Ibid. à *v*. 6. — [5] Ibid. XVII, 6. — [6] Exod. XVI, 13; Psalm. LXXVII, 24, 25. — [7] Ibid. à *v*. 26. — [8] Num. X, 34.

635. Alégrense con este ejemplo los pobres, y no desmayen los hambrientos, esperen los desamparados, y nadie se querelle de la divina Providencia, por afligido y menesteroso que se halle. ¿Cuándo faltó el Señor á quien espera en él [1]? ¿Cuándo volvió su paternal rostro á los hijos contristados y pobres? Hermanos somos de su Unigénito humanado [2], hijos y herederos [3] de sus bienes, y tambien hijos de su Madre piadosísima. Pues, ó hijos de Dios y de María santísima, ¿cómo desconfiais de tales Padres en vuestra pobreza? ¿Por qué les negais á ellos esta gloria, y á vosotros el derecho de que os alimenten y socorran? Llegad, llegad con humildad y confianza, que los ojos de vuestros Padres os miran [4], sus oidos oyen el clamor de vuestra necesidad, y las manos de esta Señora están extendidas al pobre [5], y sus palmas abiertas al necesitado. Y vosotros, ricos de este siglo, ¿por qué, ó cómo confiais en solas vuestras inciertas riquezas [6], con peligro de desfallecer en la fe, y granjeando de contado gravísimos cuidados y dolores, como os amenaza el Apóstol? No confesais, ni profesais en la codicia ser hijos de Dios y de su Madre; antes lo negais con las obras, y os reputais por espurios ó hijos de otros padres; porque el verdadero y legítimo solo sabe confiar en el cuidado y amor de sus padres verdaderos, y les agravia si pone su esperanza en otros, no solo extraños, pero enemigos. Esta verdad me enseña la divina luz, y me compele la caridad á decirla.

636. No solo cuidaba el altísimo Padre de alimentar á nuestros Peregrinos; pero tambien de recrearlos visiblemente para alivio de la molestia del camino y prolija soledad. Y sucedia algunas veces, que llegando la divina Madre á descansar y sentarse en el suelo con su infante Dios, venian de las montañas á ella mucho número de aves, como en otra acasion dije [7]; y con suavidad de gorjeos y variedad de sus plumas la entretenian y recreaban, y se le ponian en los hombros y en las manos, para regalarse con ella. Y la prudentísima Reina las admitia y convidaba, mandándolas que reconociesen á su Criador, y le hiciesen cánticos y reverencia en agradecimiento de que las habia criado tan hermosas y vestidas de plumas para gozar del aire y de la tierra, y con sus frutos les daba cada dia su vida y conservacion con el alimento necesario. Á todo esto obedecian las aves con movimientos y cánticos dulcísimos. Y con otros mas dulces y sonoros para el infante Jesús le hablaba la amorosa Ma-

[1] Psalm. XVII, 31. — [2] Rom. VIII, 29. — [3] Ibid. 17. — [4] Psalm. X, 5.
[5] Prov. XXXI, 20. — [6] I Tim. VI, 17, 9, 10. — [7] Supr. n. 185.

dre, alabándole, bendiciéndole, y reconociéndole por su Dios y por su Hijo, y Autor de todas las maravillas. Á estos coloquios tan llenos de suavidad ayudaban tambien los santos Ángeles, alternando con la gran Señora y con aquellas simples avecillas. Y todo hacia una armonía mas espiritual que sensible, de admirable consonancia para la criatura racional.

537. Otras veces la divina Princesa hablaba con el Niño y le decia: *Amor mio y lumbre de mi alma, ¿cómo aliviaré yo vuestro trabajo? ¿Cómo excusaré vuestra molestia? ¿Cómo haré que no sea penoso para Vos este camino tan pesado? ¡Oh quién os llevara, no en los brazos, sino en mi pecho, y de él pudiera hacer blando lecho, en que sin molestia fuérais reclinado!* Respondia el dulcísimo Jesús: *Madre mia querida, muy aliviado voy en vuestros brazos, descansado en vuestro pecho, gustoso con vuestros afectos, y regalado con vuestras palabras.* Otras veces, Hijo y Madre se hablaban con el interior y se respondian; y estos coloquios eran tan altos y divinos, que no caben en nuestras palabras. Al santo esposo Josef le alcanzaban muchos de estos misterios y consuelos; con que se le hacia fácil el camino, y olvidaba sus molestias, y sentia la suavidad y dulzura de su deseable compañía; aunque no sabia ni oia que el Niño hablaba sensiblemente con la Madre; porque este favor era para ella sola por entonces, como dije arriba [1]. En este modo prosiguieron nuestros desterrados su camino para Egipto.

Doctrina de la reina del cielo María santísima señora nuestra.

538. Hija mia, así como los que conocen al Señor saben esperar en él [2]; así los que no esperan en su bondad y amor inmenso, no tienen perfecto conocimiento de su Majestad. Y al defecto de la fe y esperanza se sigue el no amarle; y luego poner el amor donde está la confianza, y muy alto concepo y estimacion [3]. En este error consiste todo el daño y ruina de los mortales; porque de la bondad infinita que les dió el ser y conservacion hacen tan bajo concepto, que por esto no saben poner en Dios toda su confianza; y desfalleciendo en ella, falta el amor que le debian, y le convierten á las criaturas: confian y aprecian en ellas lo que apetecen, que es el poder, las riquezas, el fausto y la vanidad. Y aunque los fieles pueden ocurrir á este daño con la fe y esperanza infusa; pero las dejan muertas, ociosas, y sin usar de ellas se abaten á las cosas bajas. Y unos

[1] Supr. n. 577. — [2] Psalm. xi, 11. — [3] Matth. vi, 21.

esperan en las riquezas [1], si las tienen: otros las codician, si no las poseen: otros las procuran por camino y medios muy perversos: otros confian en los poderosos [2], y los lisonjean y aplauden; con que vienen á ser muy pocos los que le quedan al Señor que le merezcan su curiosa providencia, se fien de ella, y le conozcan por Padre que cuida de sus hijos, los alimenta y conserva, sin desamparar á ninguno en la necesidad.

639. Este engaño tenebroso ha dado al mundo tantos amadores, y le ha llenado de avaricia y concupiscencia contra la voluntad y gusto del Criador; y ha hecho desatinar á los hombres en lo mismo que desean ó debian desear: porque todos comunmente confiesan que desean las riquezas y bienes temporales para remediar su necesidad; y dicen esto, porque no debian desear otra cosa. Pero en hecho de verdad mienten muchos, porque apetecen lo supérfluo, y no necesario, para que sirva, no á la natural necesidad, sino á la soberbia del mundo. Pero si desearan los hombres solo aquello que con verdad necesitan, fuera desatino poner su confianza en las criaturas, y no en Dios, que con inefable providencia acude hasta á los polluelos de los cuervos [3], como si sus claznidos fueran voces que claman á su Criador. Con esta seguridad no puedo yo temer en mi destierro y larga peregrinacion. Y porque fiaba del Señor, acudia su providencia en el tiempo del aprieto. Y tú, hija mia, que conoces esta gran providencia, no te aflijas sin modo en las necesidades, ni faltes á tus obligaciones por buscar medios para socorrerlas, ni confies en diligencias humanas, ni en criaturas; pues habiendo hecho lo que te toca, el medio eficaz es, fiar del Señor, sin turbarte ni alterarte, y esperar con paciencia, aunque se dilate algo el remedio, que siempre llegará en el tiempo mas conveniente y oportuno [4], y cuando mas se manifieste el paternal amor del Señor: como sucedió conmigo y mi Esposo en nuestra necesidad y pobreza.

640. Los que no sufren con paciencia y no quieren padecer necesidad, y los que se convierten á cisternas disipadas [5], confiando en la mentira y en los poderosos; los que no se satisfacen con lo moderado y apetecen con ardiente codicia lo que no han menester para la vida; y los que tenazmente guardan lo que tienen, para que no les falte, negando á los pobres la limosna que se les debe; todos estos pueden temer con razon que les faltará aquello que no pueden aguardar de la Providencia divina, si ella fuera tan escasa en

1 Psalm. LI, 9; Eccles. v, 9; Prov. XXVIII, 8. — 2 Ibid. CXLV, 3. — 3 Ibid. v. 9. — 4 Ibid. CXLIV, 15. — 5 Jerem. II, 13.

dar, como ellos en esperar, y en dar por su amor al necesitado. Pero el Padre verdadero, que está en los cielos, hace que nazca el sol sobre los justos y injustos [1], y da la lluvia sobre los buenos y los malos, y acude á todos, dándoles vida y alimento. Pero así como los beneficios son comunes á buenos y malos; así el dar mayores bienes temporales á unos y negarlos á otros no es regla del amor que Dios les tiene, porque antes quiere pobres á los escogidos y predestinados [2]: lo uno, porque adquieran mayores merecimientos y premios; lo otro, porque son pocos los que saben usar bien de ellos, y poseerlos sin desordenada codicia. Y aunque no teníamos este peligro mi Hijo santísimo y yo; pero quiso su Majestad con el ejemplo enseñar á los hombres esta divina ciencia, en que les va la vida eterna.

CAPÍTULO XXIV.

Llegan á Egipto los peregrinos JESÚS, *María y Josef con algun rodeo hasta la ciudad de Heliópolis, y suceden grandes maravillas.*

La huida de Cristo fue medio que tomó el Señor para obrar en Egipto sus maravillas. — Rodeo que hicieron los santos Peregrinos por los poblados de Egipto hasta Heliópolis por órden divino. — Cuán dados eran los egipcios á la idolatría y supersticiones, y cuán engañados los tenia el demonio. — Vino el Niño Dios á Egipto para sacarlos de esta miseria. — Al entrar en los lugares, levantando los ojos al cielo y puestas las manos, oraba al Padre por sus moradores. — Arrojaba á los demonios, que estaban en los ídolos, al profundo. — Caian los ídolos, y se hundian sus templos. — Como cooperaba María á estas maravillas. — Ocultóse á los demonios la causa. — Admiracion de los gitanos con la novedad. — Tradicion que habia en los demás sábios. — Temor y confusion de todos. — Como comenzó María á desengañarlos, y darles noticia de el verdadero Dios. — Concursos de los gitanos á ver y oir los santos Peregrinos. — Conversiones que el Niño Dios y su Madre hacian. — Milagros que obraban. — Como cooperaba san Josef. — Árbol de Hermópolis en que era adorado el demonio. — Á la presencia del Niño Dios el demonio fue arrojado al profundo, y el árbol se inclinó. — Inclináronsele otras veces los árboles. — La maravilla de aquel árbol perseveró muchos siglos. — Fuente cerca del Cairo, y su memoria. — Como conserva Dios aun á los infieles la memoria de estas maravillas. — Causa de haber peregrinado María con el niño Jesús tantos lugares. — Alteracion de Lucifer con la novedad de ser arrojados tantos demonios al profundo. — Diligencias que hizo para investigar la causa. — Solo hizo reparo en la venida de María á Egipto. — Hizo conciliábulo de los demonios dándoles cuenta de las ruinas de los templos y ídolos de Egipto. — Determinan hacer nueva guerra á María. — Presuncion con que salieron á tentarla. — No pudieron acercarse á la Madre de Dios por mas de dos mil pasos de distancia. — Fue arrojado Lucifer con todos sus escuadrones en el profundo. — Nueva con-

[1] Matth. v, 45. — [2] Jacob. II, 5.

fusion de Lucifer con estos sucesos. — Cuán grande es el consuelo de las almas santas en la consideracion de quién y qué tal es el Señor á quien sirven. — Siempre se habia de ocupar con esta verdad el entendimiento y memoria. — Cómo se ha de gloriar el alma santa en las vitorias y triunfos de su Señor contra sus enemigos. — Ejemplo de la Madre de Dios. — Cómo ha de cooperar el alma á estos triunfos.

641. Ya toqué arriba [1], que la fuga del Verbo humanado tuvo otros misterios y mas altos fines que retirarse de Herodes, y defenderse de su ira; porque esto antes fue medio que tomó el Señor para irse á Egipto y obrar allí las maravillas que hizo, de que hablaron los antiguos Profetas [2], y muy expresamente Isaías cuando dijo: que subiria el Señor sobre una nube ligera, y entraria en Egipto, y se moverian los simulacros de Egipto delante de su cara, y se turbaria el corazon de los egipcios en medio de ellos [3]; y otras cosas que contiene aquella profecía, y sucedieron por los tiempos del nacimiento de Cristo nuestro Señor. Pero dejando lo que no pertenece á mi intento, digo, que prosiguiendo su peregrinacion Jesús, María y Josef en la forma que hemos declarado, llegaron con sus jornadas á la tierra y poblados de Egipto. Y para llegar á tomar asiento en Heliópolis, fueron guiados por los Ángeles (ordenándolo el Señor) con algun rodeo, para entrar primero en otros muchos lugares donde su Majestad queria obrar algunas maravillas y beneficios de los que habia de enriquecer á Egipto. Y así gastaron en estos viajes mas de cincuenta dias: y desde Belen ó Jerusalen anduvieron mas de doscientas leguas; aunque por otro camino mas derecho no fuera necesario caminar tanto, á donde tomaron asiento y domicilio.

642. Eran los egipcios muy dados á la idolatría y supersticiones, que de ordinario la acompañan; y hasta los pequeños lugares de aquella provincia estaban llenos de ídolos. De muchos habia templos, y en ellos estaban varios demonios, á donde acudian los infelices moradores á adorarlos con sacrificios y ceremonias ordenadas por los mismos demonios, y les daban respuestas y oráculos á sus preguntas, de que la gente estulta y supersticiosa se dejaba llevar ciegamente. Con estos engaños vivian tan dementados y asidos á la adoracion del demonio, que era menester el brazo fuerte del Señor [4] (que es el Verbo humanado) para rescatar aquel pueblo desamparado y sacarle de la opresion en que le tenia Lucifer, mas dura y peligrosa que en la que pusieron ellos al pueblo de Dios [5]. Para al-

[1] Supr. n. 615. — [2] Ezech. xxx, 13; Osee, xi, 1. — [3] Isai. xix, 1.
[4] Luc. i, 5; Isai. li, 9. — [5] Exod. i, 11.

canzar este vencimiento del demonio, y alumbrar á los que vivian en la region y sombra de la muerte [1], y que aquel pueblo viese la luz grande que dijo Isaías [2], determinó el Altísimo que el sol de justicia Cristo [3], á pocos dias de su nacimiento, apareciese en Egipto en los brazos de su felicísima Madre, y que fuese girando y rodeando la tierra, para ilustrarla toda con la virtud de su divina luz.

643. Llegó, pues, el infante JESÚS con su Madre y san Josef á la tierra poblada de Egipto. Y al entrar en los lugares el Niño Dios en los brazos de la Madre, levantando los ojos al cielo y puestas sus manos oraba al Padre, y pedia por la salud de aquellos moradores cautivos del demonio. Y luego sobre los que allí estaban en los ídolos usaba de la potestad divina y real, y los lanzaba y arrojaba al profundo; y como rayos despedidos de la nube salian, y bajaban hasta lo mas remoto de las cavernas infernales y tenebrosas [4]. Al mismo punto caian con grande estrépito los ídolos, se hundian los templos, y se arruinaban los altares de la idolatría. La causa de estos prodigiosos efectos era notoria á la divina Señora, que acompañaba á su Hijo santísimo en sus peticiones, como cooperadora en todo de la salud humana. San Josef tambien conocia que todas estas eran obras del Verbo humanado; y por ellas, con admiracion santa, le bendecia y alababa. Pero los demonios, aunque sentian la fuerza del poder de Dios, no conocian de dónde salia aquella virtud.

644. Admirábanse los pueblos de los gitanos de tan impensada novedad; aunque entre los mas sábios habia alguna luz ó tradicion recibida de los antiguos, desde el tiempo que Jeremías estuvo en Egipto, de que un Rey de los judíos vendria á aquel reino [5], y serian destruidos los templos de los ídolos de Egipto. Pero de esta venida no tenian noticia los del pueblo, ni tampoco los sábios del modo como habia de suceder: y así era comun el temor y confusion de todos; porque se turbaron y temieron, conforme á la profecía de Isaías [6]. Con esta mutacion, preguntándose unos á otros, llegaban algunos á nuestra gran Reina y Señora y á san Josef; y con la curiosidad de ver los forasteros, hablaban con ellos de la ruina de sus templos y dioses que adoraban. Y tomando ocasion de estas preguntas la Madre de la Sabiduría, comenzó á desengañar aquellos pueblos, dándoles noticia del verdadero Dios, y enseñándoles que solo él era el único y Criador de el cielo y de la tierra [7], y el que debia

1 Luc. I, 79. — 2 Isai. IX, 2. — 3 Malach. IV, 2. — 4 Luc. X, 18.
5 Refert S. Doroth. in Synopsi de vit. Proph. in Jerem. — 6 Isai. XIX, 1.
7 Eccli. I, 8; Isai. XXXVII, 16.

ser solo adorado y reconocido por Dios [1]; y que los demás eran falsos y mentirosos [2], y que no se distinguian de los maderos, del barro ó metales de que eran formados, ni tenian ojos, ni oidos, ni poder alguno; y que los mismos artífices los podian deshacer y destruir, como los hicieron, y tambien cualquiera otro hombre: porque todos eran mas nobles y poderosos; y que las respuestas que daban eran de los demonios que en ellos estaban, mentirosos, engañosos, y no tenian virtud verdadera, porque solo Dios era verdadero.

645. Como la divina Señora era tan suave y dulce en sus palabras, y ellas tan vivas y eficaces, su semblante tan apacible y amable, y los efectos de sus pláticas eran tan saludables; con esto corria la voz de los forasteros y peregrinos en los lugares donde llegaban, y concurria mucha gente á verlos y oirlos. Y como al mismo tiempo obraba la oracion y peticion del Verbo humanado, y les granjeaba grandes auxilios, y sucedia la novedad de arruinarse los ídolos, era increible la conmocion de la gente y la mudanza de los corazones, convirtiéndose al conocimiento del verdadero Dios, y haciendo penitencia de los pecados, sin saber de dónde ni por qué medio les venia este bien. Prosiguieron Jesús y María por muchos pueblos de Egipto, obrando estas maravillas y otras muchas, desterrando los demonios, no solo de los ídolos, sino tambien de muchos cuerpos que tenian poseidos, curando muchos enfermos de grandes y peligrosas enfermedades, alumbrando los corazones de varias gentes, y catequizando y enseñando la divina Señora y san Josef el camino de la verdad y vida eterna. Con estos beneficios temporales, y otros á que tanto se mueve el vulgo ignorante y terreno, eran traidos muchos á oir la enseñanza y doctrina de la vida, y salud de sus almas.

646. Llegaron á la ciudad de Hermópolis, que está hácia la Tebaida, y algunos la llaman ciudad de Mercurio. Habia en ella muchos ídolos y demonios muy poderosos, y en particular asistia uno en un árbol que estaba á la entrada de la ciudad; que de haberle venerado los vecinos por su grandeza y hermosura, tomó ocasion el demonio para usurpar aquella adoracion, colocando su silla en aquel árbol. Y cuando llegó el Verbo humanado á su vista, no solo dejó el demonio aquel asiento derribado al profundo, sino que el árbol se inclinó hasta el suelo, como agradecido de su suerte; porque aun las criaturas insensibles testificasen cuán tirano dominio es el deste enemigo. El milagro de inclinarse los árboles sucedió otras veces en

[1] Deut. vi, 13. — [2] Baruch, vi, 44.

el camino por donde pasaba su Criador, aunque no quedó memoria de todos. Pero esta maravilla de Hermópolis perseveró muchos siglos; porque despues las hojas y fruto de aquel árbol curaban de varias enfermedades. Deste milagro escribieron algunos autores [1], como tambien de otros que sucedieron en las ciudades por donde pasaban, con la venida y habitacion del Verbo encarnado y de su Madre santísima en aquella tierra: como de una fuente que está cerca del Cairo, donde la divina Señora cogió agua, y bebió ella y el Niño, y lavó las mantillas; que todo esto fue verdad, y hasta ahora ha durado la tradicion y veneracion de aquellas maravillas, no solo entre los fieles que visitan los Lugares Santos, sino entre los mismos infieles, que á tiempos reciben algunos beneficios temporales de la mano del Señor, ó para justificar con ellos mas su causa, ó para que se conserve aquella memoria. Tambien la hay de otros lugares donde estuvieron y obraron grandes maravillas. Pero no es necesario hacer ahora aquí relacion de ellas; porque su principal asistencia, mientras estuvieron en Egipto, fue en la ciudad de Heliópolis, que no sin misterio se llama ciudad del Sol, y ahora la dicen el Gran Cairo.

647. Escribiendo estas maravillas, pregunté á la gran Reina del cielo con admiracion, ¿cómo con el Niño Dios habia peregrinado tantas tierras y lugares no conocidos? pareciéndome que por esta causa se habian aumentado mucho sus trabajos y penalidades. Respondióme su Majestad: *No te admires de que para granjear tantas almas peregrinásemos mi Hijo santísimo y yo: pues por una sola, si fuera necesario, rodeáramos todo el mundo, si no hubiera otro remedio.* Pero si nos parece mucho lo que hicieron por la salud humana, es porque ignoramos el inmenso amor con que nos amaron, y porque tampoco sabemos amar nosotros en retorno de esta deuda.

648. Con la novedad que sintió el infierno, viendo bajar á él tanto número de demonios, arrojados con nueva y extraña virtud para ellos, se alteró mucho Lucifer. Y abrasándose en el fuego de su furor, salió al mundo, discurriendo por muchas partes para investigar la causa de tan nuevos sucesos. Pasó por todo Egipto, donde habian caido los templos y altares con sus ídolos; y llegando á Heliópolis, que era mayor ciudad, y por eso en ella habia sido mas notable la destruicion de su imperio, procuró saber y examinar con grande atencion qué gente habia en ella. Y no halló novedad en que topar, mas de que María santísima habia venido á aque-

[1] Nicephor. l. 10, c. 31; Sozomen. l. 5, c. 20; Brocard. in *Descrip. Terræ Sanctæ*, part. II, c. 4.

lla ciudad y tierra: porque del infante Jesús no hizo consideracion, juzgándole niño como los demás sin diferencia; porque él no la conocia. Pero como de las virtudes y santidad de la prudente Madre y Vírgen habia sido vencido tantas veces, entró en nuevos recelos; aunque le parecia poco una mujer para tan grandes obras: pero con todo esto determinó de nuevo perseguirla, y valerse para esto de sus ministros de maldad.

649. Volvió luego al infierno, y convocando un conciliábulo de los príncipes de las tinieblas, les dió cuenta de la ruina de los ídolos y templos de Egipto; porque los demonios, cuando salieron de ellos, fueron arrojados por el poder divino con tanta presteza, confusion y pena, que no percibieron lo que sucedia á los ídolos y lugares que dejaban. Pero Lucifer, informándoles de todo lo que pasaba, y que su imperio se iba destruyendo en todo Egipto, les dijo que no hallaba ni comprehendia la causa de su ruina, porque solo habia topado en aquella tierra la Mujer su enemiga (así la llamaba el dragon á María santísima), de cuya virtud, aunque conocia era muy señalada, no presumia tan grande fuerza como habian experimentado en aquella ocasion. Pero con todo eso determinaba hacerle nueva guerra, y que todos se previniesen para ella. Respondieron los ministros de Lucifer, que estaban prontos para obedecerle; y consolándole en su desesperado furor, le ofrecieron la vitoria, como si fueran sus fuerzas iguales á su arrogancia [1].

650. Salieron juntas del infierno muchas legiones, y se encaminaron para Egipto, á donde estaba la Reina de los cielos; pareciéndoles que si la vencian, solo con este triunfo restauraban su pérdida, y recuperarian todo lo que en aquel miserable reino les habia quitado el poder de Dios, de quien sospechaban era instrumento María santísima. Y pretendiendo llegarse á tentarla conforme sus intentos diabólicos, fue cosa maravillosa, que no pudieron acercarse á ella por mas de dos mil pasos de distancia; porque los detenia ocultamente la virtud divina que reconocian salia de hácia la misma Señora. Y aunque Lucifer y los demás enemigos forcejaban y porfiaban, eran debilitados y detenidos como en fuertes prisiones que los atormentaban, sin poderse alargar á donde estaba la invictísima Reina, mirándolo todo con el poder de el mismo Dios en sus brazos. Y perseverando Lucifer en esta contienda, fue repentinamente otra vez lanzado en el profundo con todos sus escuadrones de maldad. Esta opresion y arruinamiento dió gran tormento y cuidado

[1] Isai. xvi, 6.

al dragon. Y como en estos dias, despues de la Encarnacion, se habian repetido algunas veces, como queda dicho [1], dió en sospechar si el Mesías era venido al mundo. Mas como le estaba oculto el misterio, y él le aguardaba muy patente y ruidoso, quedaba siempre confuso y equivocado, lleno de furor y rabia que le atormentaba; y se desvanecia en inquirir la causa de su dolencia; y cuanto mas la discurria, mas la ignoraba y menos la conocia.

Doctrina de la reina del cielo María santísima.

651. Hija mia, grande es y sobre todo bien estimable el consuelo de las almas fieles y amigas de mi Hijo santísimo, cuando con fe viva consideran que sirven á un Señor que es Dios de los dioses, y Señor de los señores, el que solo tiene el imperio, la potestad y dominio de todo lo criado, el que reina y triunfa de sus enemigos. En esta verdad se deleita el entendimiento, se recrea la memoria, se goza la voluntad, y todas las potencias del alma devota se entregan sin recelo á la suavidad que sienten con tan nobles operaciones, mirando á aquel objeto de bondad, santidad y poder infinito [2], que de nadie tiene necesidad [3], y de cuya voluntad [4] pende todo lo criado. ¡Oh cuántos bienes juntos pierden las criaturas que olvidadas de su felicidad emplean todo el tiempo de la vida y sus potencias en atender á lo visible, amar lo momentáneo, y buscar los bienes aparentes y falaces! Con la ciencia y luz que tienes, querria yo, hija mia, que te rescates deste peligro, y que tu entendimiento y memoria se ocupen siempre con la verdad del ser de Dios. En este mar interminable te engolfa y anega, repitiendo continuamente: *¿Quién como Dios nuestro Señor, que habita en las alturas, y mira á los humildes en el cielo y en la tierra* [5]? ¿Quién como el que es todopoderoso y de nadie tiene dependencia; el que humilla á los soberbios, y derriba á los que el mundo ciego llama poderosos; el que triunfa del demonio, y le oprime hasta el profundo?

652. Y para que mejor puedas dilatar tu corazon en estas verdades, y cobrar con ellas mayor superioridad sobre los enemigos del Altísimo, y tuyos, quiero que me imites segun tu posible, gloriándote en las vitorias y triunfos de su brazo poderoso, y procurando tener alguna parte en las que quiere alcanzar siempre deste cruel dragon. No es posible que lengua de criatura, aunque sea de los

[1] Supr. n. 130, 318, 370, 643. — [2] I Tim. VI, 15, 16.
[3] II Mach. XIV, 35. — [4] Apoc. IV, 11. — [5] Psalm. CXII, 5.

Serafines, declare lo que mi alma sentia, cuando miraba en mis brazos á mi Hijo santísimo, que obraba tantas maravillas contra sus enemigos, y en beneficio de aquellas almas ciegas y tiranizadas de sus errores, y que la exaltacion del nombre del Altísimo crecia y se dilataba por su Unigénito humanado. Con este júbilo magnificaba mi alma al Señor; y con mi Hijo santísimo hacia nuevos cánticos de alabanza como Madre suya y Esposa del divino Espíritu. Tú eres hija de la Iglesia santa y esposa de mi Hijo benditísimo, y favorecida de su gracia; justo es que seas diligente y celosa en adquirirle esta gloria y exaltacion, trabajando contra sus enemigos, y peleando con ellos para que tu Esposo tenga este triunfo.

CAPÍTULO XXV.

Toman asiento en la ciudad de Heliópolis JESÚS, *María y Josef por voluntad divina: ordenan allí su vida el tiempo de su destierro.*

Ocasion de la variedad de opiniones acerca de la ciudad en que estuvieron los santos desterrados. — Ciudades en que estuvieron de paso. — En Heliópolis tomaron su asiento por disposicion divina. — Llamóse ciudad del Sol. — Disposicion de la casa que tomaron. — Gracias que dió María á Dios por haber hallado aquel descanso de su peregrinacion. — Como dirigió al Señor las obras y trabajos que en aquel lugar habia de hacer y padecer. — Limpió y aliñó la casilla ayudándola los santos Ángeles. — Necesidad en que se hallaron, cesando el regalo milagroso con que los sustentaron los Ángeles. — Salió san Josef á pedir por amor de Dios el sustento. — Los tres dias primeros que estuvieron en Heliópolis, no tuvo María para sí y su Hijo mas alimento que el que pidió de limosna Josef. — Comenzóse á alhajar la casa con el sudor de Josef. — Incomparable igualdad de ánimo de María y Josef, en la extremada pobreza y necesidades que padecian. — Cuánto arguye la poquedad de nuestros corazones. — Cómo distribuyeron la habitacion. — Hasta cuándo no tuvieron ropa con que abrigarse. — Trabajaba tambien María labores de manos para ayudar al sustento de su casa. — Todo el dia ocupaba la Madre de Dios en el trabajo, y la noche en sus ejercicios espirituales. — Con cuánta perfeccion se aplicó á este trabajo corporal. — Habló el niño JESÚS á su Madre para aliviarla en algo del trabajo que habia comenzado. — Prontitud de María para obedecer á su Hijo Dios. — Ordena el niño JESÚS las ocupaciones á su Madre, distribuyéndole el tiempo. — Tres veces cada dia daba María el pecho al Niño. — Hacia su labor de rodillas delante del niño JESÚS. — Eminencia de los cánticos que hacian el Hijo y la Madre, cuando ella hacia labor. — Afectos que renovaban en María. — Singulares vuelos de su espíritu. — Sueño del niño JESÚS declarado en la forma que su Madre lo miraba. — Palabras que decia María á su Hijo y á su Esposo, cuando le daba á Josef el Niño. — Caricias que Josef y María tenian con el Niño Dios. — Atenciones con que María miraba á su Hijo como Dios y como hombre en su infancia. — Cuán grandes fueron los

trabajos que María y Josef padecieron en Egipto.—Su paciencia y tolerancia fue imponderable.—Dolor de María de la necesidad de Josef.—Exhortacion á imitar su paciencia y dilatacion de ánimo.—Como se ha de dejar alguna vez la quietud propria por buscar lo necesario á la familia.—Cuando por medios humanos se puede buscar, no se han de aguardar milagros.—El trabajo corporal es medio oportuno.

653. Las memorias que en muchos lugares de Egipto quedaron de algunas maravillas que fué obrando en ellos el Verbo humanado darian ocasion á los Santos y otros autores, para que unos escribiesen que estuvieron en una ciudad los desterrados, y otros lo afirmasen de otras. Pero todos pueden decir verdad y concordarse, hablando en diferentes tiempos en que estuvieron en Hermópolis, en Menfis ó Babilonia de Egipto, y en Mataria; pues no solo estuvieron en estas ciudades, sino tambien en otras. Lo que yo he entendido es, que habiendo discurrido por ellas, llegaron á Heliópolis, y allí tomaron su asiento; porque los santos Ángeles que los guiaban dijeron á la divina Reina y á san Josef que en aquella ciudad habian de parar; donde, á mas de la ruina de los ídolos y sus templos que sucedió con su llegada, como en las demás, determinaba el Señor hacer otras maravillas para su gloria y rescate de muchas almas; y que á los moradores de aquella ciudad (segun el feliz pronóstico de su nombre, que era ciudad del Sol) les saliese el Sol de justicia [1] y gracia que mas copiosa les alumbrase. Con este aviso tomaron allí posada comun: y luego salió san Josef á buscarla, ofreciendo el pago que fuese justo; y el Señor dispuso que hallase una casa humilde y pobre, pero capaz para su habitacion, y retirada un poco de la ciudad, como lo deseaba la Reina del cielo.

654. Hallando, pues, este domicilio en Heliópolis tomaron asiento en él. Y recogiéndose luego la divina Señora con su Hijo santísimo y su esposo Josef á este retiro, se postró en tierra, besándola con profunda humildad y afectuoso agradecimiento, y dió gracias al Altísimo por haber hallado aquel descanso, despues de tan molesta y prolija peregrinacion. Y á la misma tierra y elementos agradeció el beneficio de sustentarla á ella, que por su incomparable humildad se juzgaba siempre por indigna de todo lo que recibia. Adoró al ser inmutable de Dios en aquel puesto, enderezando á su culto y reverencia cuanto en él habia de obrar. Interiormente hizo obsequio y sacrificio de sus potencias y sentidos, y se ofreció á padecer pronta, alegre y diligente cuantos trabajos fuese ser-

[1] Malach. IV, 2.

vido el Todopoderoso de enviarle en aquel destierro; que su prudencia los prevenia y su afecto los abrazaba. Apreciábalos con la ciencia divina; porque con ella habia conocido que en el tribunal divino son bien admitidos, y que su Hijo santísimo los habia de tener por herencia y tesoro riquísimo. De este alto ejercicio y encumbrada habitacion se humilló á limpiar y aliñar la pobre casilla con ayuda de los santos Ángeles, buscando prestado hasta el instrumento con que limpiarla. Y aunque se hallaron nuestros divinos forasteros bastantemente acomodados de las pobres paredes de la casa, faltábales todo lo demás de la comida y homenaje necesario para la vida. Y porque estaban ya en poblado faltó el regalo milagroso con que en la soledad eran socorridos por mano de los Ángeles; y los remitió el Señor á la mesa ordinaria de los mas pobres, que es la limosna mendicada. Y habiendo llegado á sentir la necesidad y padecer hambre, salió san Josef á pedirlo por amor de Dios: para que con tal ejemplo ni se querellen los pobres de su afliccion, ni se confundan de remediarla por este medio cuando no hallaren otro; pues tan temprano se estrenó el mendigar para sustentar la vida del mismo Señor de todo lo criado, para obligarse de camino á dar ciento [1] por uno de contado.

655. Los tres dias primeros que llegaron á Heliópolis (como tampoco en otros lugares de Egipto) no tuvo la Reina del cielo para sí y su Unigénito mas alimentos de los que pidió de limosna su padre putativo Josef, hasta que con su trabajo comenzó á ganar algun socorro. Y con él hizo una tarima desnuda en que se reclinaba la Madre, y una cuna para el Hijo; porque el santo Esposo no tenia otra cama mas que la tierra pura, y la casa sin alhajas, hasta que con su proprio sudor pudo adquirir algunas de las inexcusables para vivir todos tres. Y no quiero pasar en silencio lo que se me ha dado á conocer: que en medio de tan extremada pobreza y necesidades, no hicieron memoria María y Josef santísimos de su casa de Nazareth, ni de sus deudos ni amigos, de los dones de los Reyes que distribuyeron, y los podian haber guardado. Nada de esto echaron menos, ni se querellaron de hallarse en tanto aprieto y desamparo, con atencion á lo pasado y temor de lo futuro. Antes en todo estuvieron con incomparable igualdad, alegría y quietud, dejándose á la divina Providencia en su desabrigo y mayor pobreza. ¡Oh poquedad de nuestros infieles corazones! ¡y qué de afanes tan turbados y penosos suelen padecer en hallándose pobres y con

[1] Matth. XIX, 29.

alguna necesidad! Luego nos querellamos que perdimos la ocasion; que pudimos prevenir ó granjear este ó aquel remedio; que si hiciéramos esto ó aquello, no nos veríamos en este ó aquel aprieto. Todas estas congojas son vanas y estultísimas, por lo que no son de remedio alguno. Y aunque fuera bueno no haber dado causa á nuestros trabajos con las culpas, que muchas veces los granjeamos, pero de ordinario sentimos el daño temporal adquirido, y no el pecado por donde lo merecimos. Tardos y estultos de corazon somos [1] para percibir las cosas espirituales de nuestra justificacion y aumentos de la gracia; y sensibles, terrenos y audaces para entregarnos á las terrenas y sus afanes. Reprehension severa es para nuestra grosería y terrenidad la de nuestros Extranjeros.

656. La prudentísima Señora y su Esposo se acomodaron con alegría, solos y desamparados de todo lo temporal, en la pobre casilla que hallaron. Y de tres aposentos que tenia, el uno se consagró para templo ó sagrario donde estuviese el infante Jesús, y con él su purísima Madre; y allí se pusieron la cuna y la tarima desnuda, hasta que despues de algunos dias, con el trabajo del santo Esposo y la piedad de unas devotas mujeres que se aficionaron á la Reina, alcanzaron á tener algun ropa con que abrigarse todos. Otro aposento se destinó para el santo Esposo, donde dormia y se recogia á orar. Y el tercero servia de oficina y taller para trabajar en su oficio. Viendo la gran Señora la extremada pobreza en que estaban, y que el trabajo de san Josef habia de ser mayor para sustentarse en tierra donde no eran conocidos, determinó ayudarle trabajando tambien ella con sus manos para aliviarle en lo que pudiese. Y como lo determinó lo ejecutó, buscando labores de manos por medio de aquellas mujeres piadosas que comenzaron á tratarla, aficionadas de su modestia y suavidad. Y como todo cuanto hacia y tocaba salia de sus manos tan perfecto, corrió luego la voz de su aliño en las labores, y nunca le faltó en qué trabajar para alimentar á su Hijo hombre y Dios verdadero.

657. Para granjear todo lo que era necesario de comer, vestir san Josef, alhajar su casa, aunque pobremente, y pagar los alquileres de ella, le pareció á nuestra Reina que era bien gastar todo el dia en el trabajo y velar toda la noche en sus ejercicios espirituales. Esto determinó, no porque tuviese alguna codicia, ni tampoco porque de dia faltase un punto á la contemplacion; porque siempre estaba en ella y en presencia del Niño Dios, como tantas veces

[1] Luc. XXIV, 25; I Cor. XI, 14.

se ha dicho y diré. Pero algunas horas que vacaba de dia á especiales ejercicios, quiso trasladarlos á la noche para trabajar mas, y no pedir ni esperar que Dios obrase milagro en lo que con su diligencia, y añadiendo mas trabajo, se podia conseguir; porque en tales casos mas pidiéramos milagro para comodidad que por necesidad. Pedia la prudentísima Reina al eterno Padre que su misericordia los proveyese de lo necesario para alimentar á su Hijo unigénito; pero juntamente trabajaba. Y como quien no fia de sí misma ni de su diligencia, pedia trabajando lo que por este medio nos concede el Señor á las demás criaturas.

658. Agradóse mucho el Niño Dios de esta prudencia de su Madre, y de la conformidad que tenia con su estrecha pobreza; y en retorno de esta fidelidad de madre quiso aliviarla en algo del trabajo que habia comenzado. Y un dia desde la cuna la habló, y la dijo: *Madre mia, yo quiero disponer el órden de vuestra vida y trabajo corporal.* Púsose luego arrodillada la divina Madre, y respondió: *Amor dulcísimo mio y dueño de todo mi ser, yo os alabo y magnifico porque habeis condescendido con mi deseo y pensamiento, que se encaminaba á que vuestra divina voluntad dirigiese mis pasos, enderezase mis obras á vuestro beneplácito, y ordenase la ocupacion que habia de tener en cada hora del dia segun vuestro agrado. Y pues se ha humanado vuestra deidad, y dignádose vuestra grandeza á condescender con mis anhelos, hablad, lumbre de mis ojos, que vuestra sierva oye*[1]. Dijo el Señor: *Madre mia carísima, desde entrada la noche (esta era la hora que nosotros contamos por las nueve), dormiréis y descansaréis algo. Y de media noche hasta el amanecer os ocuparéis en los ejercicios de la contemplacion conmigo, y alabarémos á mi eterno Padre. Luego acudiréis á prevenir lo necesario para vuestra comida y de Josef. Despues á darme á mi alimento: y me tendréis en vuestros brazos hasta la hora de Tercia, que me pondréis en los de vuestro Esposo para alivio de su trabajo; y os retiraréis á vuestro recogimiento hasta la hora de administrarle la comida: y luego volveréis á la labor. Y porque aquí no teneis las Escrituras sagradas, cuya leccion os era de consuelo, leeréis en mi ciencia la doctrina de la vida eterna, para que en todo me sigais con perfecta imitacion. Y orad siempre á mi eterno Padre por los pecadores.*

659. Con este arancel se gobernó María santísima todo el tiempo que estuvo en Egipto. Y cada dia daba el pecho al Niño Dios tres veces; porque cuando le señaló la primera qué habia de dar-

[1] I Reg. III, 10.

le, no le mandó que no se le diese otras veces, como desde el nacimiento lo hizo. Cuando la divina Madre hacia labor estaba siempre en presencia del infante Jesús de rodillas; y entre los coloquios y conferencias que tenian, era muy de ordinario, el Rey desde la cuna, y la Reina desde su labor, hacer cánticos misteriosos de alabanza. Y si estuvieran escritos, fueran mas que todos los Salmos y cánticos que celebra la Iglesia, y cuanto hoy hay escrito en ella; pues no hay duda que hablaria el mismo Dios por el instrumento de su humanidad y Madre santísima con mayor alteza y admiracion que por David, Moisés, María, Ana y todos los Profetas. En estos cánticos siempre la divina Madre quedaba renovada y llena de nuevos afectos á la Divinidad y eficaces anhelos á la union con su ser inmutable; porque sola ella era la fénix que renacia en este incendio, y la águila real que podia mirar al Sol de la inefable luz de hito en hito, y tan de cerca, donde otra ninguna criatura pudo levantar el vuelo. Cumplia con el fin, para que el Verbo divino tomó carne en sus virginales entrañas, de encaminar y llevar á su eterno Padre á las criaturas racionales. Y como entre todas era la sola que no la impedia el óbice del pecado, ni sus efectos, las pasiones ni apetitos, sino que estaba libre de todo lo terreno y gravámen de la naturaleza, volaba tras de su amado, y se levantaba á encumbrada habitacion, y no paraba hasta llegar á su centro, que era la Divinidad. Y como siempre tenia á su vista el camino y luz [1], que era el Verbo humanado, y el deseo y afecto encaminado al ser inmutable del Altísimo, corria fervorosa á él, y estaba mas en el fin que en el medio, donde amaba mas que donde animaba.

660. Dormia tambien algunas veces el Niño Dios, presente la feliz y dichosa Madre; para que tambien fuese verdad en esto lo que dijo: *Yo duermo, y mi corazon vela* [2]. Y como para ella aquel cuerpo santísimo de su Hijo era viril purísimo y claro por donde miraba y penetraba el secreto de su alma deificada, y sus operaciones [3], mirábase y remirábase en aquel espejo inmaculado: y era de especial consuelo á la divina Señora, ver tan desvelada la parte superior de la alma santísima de su Hijo en obras tan heróicas de viador y juntamente comprehensor, y al mismo tiempo dormir los sentidos con tanta quietud y rara hermosura del Niño, estando todo lo humano unido á la divinidad hipostáticamente. De los afectos dulces y elevaciones inflamadas, y obras heróicas que la Reina del cie-

[1] Joan. XIV, 6; VIII, 12. — [2] Cant. V, 2. — [3] Sap. VII, 16.

lo hacia en estas ocasiones, no basta para hablar nuestra lengua, sin ofender la materia; pero donde faltan palabras, obre la fe y el corazon.

661. Cuando era tiempo de dar á san Josef el alivio de tener al infante Jesús, le decia la divina Madre: *Hijo y Señor mio, mirad á vuestro fiel siervo con amor de hijo y de padre, y tened vuestras delicias con la pureza de su alma tan sencilla y acepta á vuestros ojos.* Y á el Santo le decia: *Esposo mio, recibid en vuestros brazos al Señor que contiene en su puño todos los orbes del cielo y tierra, á quienes dió ser por sola su bondad infinita. Y aliviad vuestro cansancio con el que es la gloria de todo lo criado.* Este favor agradecia el Santo con profunda humildad; y solia preguntar á su Esposa divina si se atreveria él á mostrar al Niño alguna caricia. Y asegurado de la prudente Madre, lo hacia; y con este alivio olvidaba la molestia de su trabajo, y todos se le hacian fáciles y muy dulces. Siempre que comian María santísima y san Josef, tenian consigo al Infante; y en administrando la comida la divina Reina, le recibia en sus brazos, y comia con grande aliño, teniéndole en ellos; y daba á su alma purísima dulcísimo y mayor alimento que al cuerpo, reverenciándole, adorándole y amándole como á Dios eterno; y sustentándole en sus brazos como á niño, le acariciaba con cariño de madre afectuosa á hijo querido. No es posible ponderar la atencion con que se ejercitaba en los dos oficios: de criatura para su Criador, mirándole, segun la divinidad, Hijo del eterno Padre, como Rey de los reyes y Señor de los señores [1], Hacedor y Conservador de todo el universo; y como hombre verdadero en su infancia, para servirle y criarle. En estos dos extremos y motivos de amor era toda enardecida y encendida en actos heróicos de admiracion, alabanza y afectuoso amor. En todo lo demás que obraban los dos divinos Esposos, solo puedo decir que eran admiracion de los Ángeles, y que daban el lleno á la santidad y agrado de el Señor.

Doctrina de la reina del cielo María santísima.

662. Hija mia, siendo verdad, como lo es, que yo entré en Egipto con mi Hijo santísimo y mi Esposo, donde ni conocíamos amigos ni deudos, en tierra de religion extraña, sin abrigo, amparo, ni socorro humano para alimentar á un Hijo que tanto amaba; bien se deja entender la tribulacion y trabajos que padecimos,

[1] Apoc. XIX, 16.

pues el Señor daba lugar á que nos afligieran. Y no puede caber en tu consideracion la paciencia y tolerancia con que los llevamos; ni los mismos Ángeles son suficientes á ponderar el premio que me dió el Altísimo por el amor y conformidad con que lo llevé todo, mas que si estuviera en suma prosperidad. Verdad es que me dolia mucho de ver á mi Esposo en tanta necesidad y aprieto; pero en esta misma pena bendecia al Señor con alegría de padecerla. En esta nobilísima paciencia y pacífica dilatacion quiero, hija mia, que me imites en las ocasiones que te pusiere el Señor; y que en ellas sepas dispensar con prudencia del interior y exterior, dando á cada cual lo que debes en la accion y contemplacion, sin que una á otra se impidan.

663. Cuando les faltare á tus súbditas lo necesario para la vida, trabaja en buscarlo debidamente. Y en dejar tú la quietud propria alguna vez por esta obligacion, no es perderla; y mas con la advertencia que te he dado muchas veces, para que por ninguna ocupacion pierdas al Señor de vista; pues con su divina luz y gracia todo se puede hacer, si eres cuidadosa, sin turbarte. Y cuando por medios humanos se puede granjear debidamente, no se han de esperar milagros, ni excusarse de trabajar á cuenta de que Dios lo proveerá y acudirá sobrenaturalmente; porque su Majestad concurre con los medios suaves, comunes y convenientes: y el trabajar el cuerpo es medio oportuno porque sirva con el alma, y haga su sacrificio al Señor, y adquiera su merecimiento en la forma que puede. Y trabajando la criatura racional, puede alabar á Dios y adorarle en espíritu y verdad [1]. Y para que tú lo hagas, ordena todas tus acciones á su actual beneplácito, y consúltalas con su Majestad, pesándolas en el peso del santuario, teniendo atencion fija á la divina luz que te infunde el Todopoderoso.

CAPÍTULO XXVI.

De las maravillas que en Heliópolis de Egipto obraron el infante JESÚS, *y su Madre santísima y san Josef.*

Como María con su Hijo fecundaron á Egipto.—Con su entrada se dilató la fe y se destruyó la idolatría.—Miserable estado de Egipto antes que entrara en él Cristo.—Cuán fecundo le dejó de santidad para muchos siglos la visita del Salvador.—Al entrar el Niño Dios en Heliópolis se hundieron todos los ídolos, templos y altares del demonio que en ella habia.—Como co-

[1] Joan. IV, 23.

menzó la Madre de Dios á enseñar el camino de la verdad á los ciudadanos de Heliópolis. — Curaba los enfermos. — Concurso de gente que iba á buscarla con la fama de los milagros. — Ordenóla su Hijo que los informase á todos de la verdad de Dios. — Cuánto fruto hizo en aquellas almas la predicacion de María. — Siempre enseñaba á los que venian á ella con el Niño Jesús en los brazos. — Doctrina que les enseñaba. — Errores de que los sacó. — Declaróles la venida de el Reparador del mundo. — Confirmaba la doctrina con grandes milagros. — Obras de misericordia que ejercitaba. — Duda de la Madre de Dios acerca del curar los llagados. — Cómo se la resolvió el niño Jesús. — Cuándo comenzó san Josef á curar enfermos. — Curaba María las llagas ulceradas de las mujeres con sus manos. — Dejaba el niño Jesús de sus brazos para acudir á los pobres. — En todas estas obras jamás miraba al rostro á hombre ni mujer. — Otras ocasiones de mayor concurso de gentes á buscar remedio en los santos peregrinos. — Ordenó el Señor que san Josef acudiese tambien al ministerio de la enseñanza, y á curar los enfermos. — Desde entonces Josef curaba y catequizaba á los hombres, y María á las mujeres. — Jamás recibia la Madre de Dios para sí cosa, aunque la ofrecian muchas. — Solo para repartir á los pobres recibia algo cuando le parecia conveniente. — Cuánto se compadecia en María el ejercicio de las obras de misericordia con el afecto al retiro. — Instruccion á la discípula de el ejercicio de estas obras á imitacion de su Maestra. — Forma de enseñar humilde. — Modo de instruir las súbditas. — Ejercicio de servirlas en la enfermedad.

664. Cuando Isaías dijo que entraria el Señor en Egipto sobre una ligera nube [1] para las maravillas que en aquel reino queria obrar; en llamar nube á su Madre santísima, ó, como otros dicen, á la humanidad que de ella tomó, no hay duda que con esta metáfora quiso significar que por medio de esta nube divina habia de fertilizar y fecundar aquella tierra estéril de los corazones de sus habitadores, para que de allí adelante produjese nuevos frutos de santidad y conocimiento de Dios, como sucedió despues que entró en ella esta nube celestial. Porque luego se dilató la fe del verdadero Dios en Egipto, se destruyó la idolatría, se abrió camino para la vida eterna, que hasta entonces le habia tenido cerrado el demonio; tanto, que apenas habia en aquella provincia quien conociera la Divinidad verdadera, cuando llegó á ella el Verbo humanado. Y aunque algunos habian alcanzado esta noticia con la comunicacion de los hebreos que habia en aquella tierra [2]; pero en este conocimiento mezclaban grandes errores, supersticiones y culto del demonio; como en otro tiempo lo hicieron los babilonios que vinieron á vivir á Samaria. Pero despues que alumbró el Sol de justicia á Egipto [3], y le fertilizó la nube aliviada de toda culpa, María san-

[1] Isai. XIX, 1. — [2] IV Reg. XVII, 24. — [3] Isai. XIX, 1.

tísima, quedó tan fecunda de santidad y gracia, que dió copioso fruto por muchos siglos; como se vió en los Santos que despues produjo, y en los ermitaños en tanto número que hicieron distilar aquellos montes [1] y labrar dulcísima miel de santidad y perfeccion cristiana.

665. Parar disponer el Señor este beneficio que prevenia á los egipcios, tomó asiento en la ciudad de Heliópolis, como queda dicho. Y entrando en ella, como era tan poblada y llena de ídolos, templos y altares del demonio, y todos se hundieron con grande estruendo y pavor de los vecinos, fue grande el movimiento y turbacion que padeció toda la ciudad con esta novedad impensada [2]. Andaban todos como atónitos y fuera de sí; y juntándose la curiosidad de ver á los forasteros recien llegados, fueron muchos hombres y mujeres á hablar á nuestra gran Reina y al glorioso san Josef. La divina Madre, que sabia el misterio y voluntad del Altísimo, respondió á todos, hablándoles muy al corazon, prudente, sábia y dulcemente, dejándolos admirados de su agrado incomparable, ilustrados con la altísima doctrina que les decia y con el desengaño que les daba de los errores en que estaban: y con curar de camino algunos enfermos de los que iban á ella, los remediaba y consolaba de todas maneras. Fuéronse divulgando de suerte estos milagros, que en breve tiempo vino tan grande concurso de gente á buscar á la forastera divina, que obligó á la prudentísima Señora á pedir á su Hijo santísimo la ordenase lo que era su voluntad hiciese con aquella gente. El Niño Dios le respondió que á todos los informase de la verdad y conocimiento de la Divinidad, y los enseñase su culto, y cómo habian de salir de pecado.

666. Este oficio de predicadora y maestra de los egipcios ejercitó nuestra celestial Princesa, como instrumento de su Hijo santísimo que daba virtud á sus palabras. Y fue tanto el fruto que se hizo en aquellas almas, que fueran menester muchos libros si se hubieran de referir las maravillas que sucedieron, y las almas que se convirtieron á la verdad en los siete años que estuvieron en aquella provincia; porque toda quedó santificada y llena de bendiciones de dulzura [3]. Siempre que la divina Señora oia y respondia á los que venian á ella, tomaba en sus brazos al infante JESÚS, como al que era autor de aquella gracia y de todas las que recibian los pecadores. Hablaba á todos, como cada uno segun su capacidad habia menester para percibir y entender la doctrina de la vida eterna. Dió-

[1] Joel, III, 13. — [2] Isai. XIX, 1. — [3] Psalm. XX, 4.

les conocimiento y luz, no solo de la Divinidad, sino de que Dios era uno solo, y imposible haber muchos dioses. Enseñóles tambien todos los artículos y verdades que tocaban á la Divinidad y á la creacion de el mundo. Y luego les declaró como el mismo Dios lo habia de redimir y reparar; y les enseñó todos los mandamientos que tocan al Decálogo, que son de la misma ley natural, el modo con que debian dar culto á Dios y adorarle, y esperar la redencion de el género humano.

667. Dióles á entender como habia demonios, enemigos de el verdadero Dios y de los hombres; y los desengañó de los errores que en esto tenian con sus ídolos y con las respuestas fabulosas que les daban, y los feísimos pecados á que los inducian y provocaban por ir á consultarlos, y como despues ocultamente los tentaban con sugestiones y movimientos desordenados. Y aunque la Señora del cielo era tan pura y libre de todo lo imperfecto; con todo eso, por la gloria de el Altísimo y remedio de aquellas almas, no se dedignaba de disuadirlas de los pecados impuros y torpísimos en que estaba todo Egipto anegado. Declaróles tambien como el Reparador de tantos males, que habia de vencer al demonio, conforme á lo que de él estaba escrito, era ya venido, aunque no les dijo que le tenia en sus brazos. Y porque mejor se admitiese toda esta doctrina y se aficionasen á la verdad, la confirmaba con grandes milagros, curando todo género de enfermedades y endemoniados que de diversas partes venian. Y algunas veces iba la misma Reina á los hospitales, y allí hacia admirables beneficios á los enfermos. Y en todas partes consolaba á los tristes y aliviaba á los afligidos, remediaba á los necesitados, y á todos los reducia con suave amor, los amonestaba con severidad apacible, y los obligaba con ser su bienhechora.

668. En la cura de los enfermos y llagados, se halló la divina Señora dudosa entre dos afectos: el uno el de la caridad, que la obligaba á curar las llagas con sus manos proprias; el otro de recato para no tocar á nadie. Y porque todo lo consiguiese como convenia, la respondió su Hijo santísimo, que á los hombres los curase con solo palabras y amonestándolos, que así quedarian sanos; y á las mujeres podia curar con sus manos, tocando y limpiando sus llagas. Y así lo hizo desde entonces, usando oficios de madre y enfermera respectivamente; hasta que despues, pasados dos años, comenzó tambien san Josef á curar enfermos, como diré. Á las mujeres acudia mas la Reina, con tan incomparable caridad, que con ser la misma pureza y tan delicada, libre de enfermedades y pen-

siones, las curaba sus llagas, por ulceradas que fuesen, y les aplicaba con las manos los paños y vendas necesarias: y así se compadecia, como si en cada una de las enfermas padeciera sus trabajos. Algunas veces sucedia que para curarlas pedia licencia á su santísimo Hijo para dejarle de sus brazos, y le reclinaba en la cuna, y acudia á los pobres [1]; donde por otro modo estaba el mismo Señor de los pobres con la caritativa y humilde Señora. Pero en estas obras y curas (¡cosa admirable!) jamás miraba la modestísima Señora al rostro de hombre ni mujer. Y aunque la llaga estuviera en él, era tan extremado su recato, que por atender, no pudiera despues conocer á ninguno por la cara, si por otro medio no los conociera á todos con la luz interior.

669. Con los calores destemplados de Egipto, y muchos desórdenes de aquella miserable gente, eran graves y ordinarias las enfermedades de aquella tierra. Y algunos años, de los que allí estuvieron el infante Jesús y su santísima Madre, se encendió peste en Heliópolis y otros lugares. Con estas causas y la fama de las maravillas que obraban, concurria mucha gente á ellos de toda la tierra, y volvian sanos en el cuerpo y las almas. Y para que la gracia del Señor se derramase en ellos con mayor abundancia, y la Madre piadosísima tuviese coadjutor en las misericordias que obraba como instrumento vivo de su Unigénito, determinó su Majestad (á peticion de la divina Señora) que san Josef tambien acudiese al ministerio de la enseñanza y á curar los enfermos; y para esto le alcanzó nueva luz interior y gracia de sanidad. Y al tercero año que estaban en Egipto, comenzó el santo Esposo á ejercitar estos dones del cielo. Y él enseñaba, curaba y catequizaba de ordinario á los hombres, y la gran Señora á las mujeres. Con estos beneficios tan continuos, y la gracia y eficacia que estaba derramada en los labios de nuestra Reina [2], era increible el fruto que hacian, por la aficion que todos sentian, rendidos á su modestia y atraidos de la virtud de su santidad. Ofrecíanla muchos dones y haciendas, para que se sirviese de ellas: pero jamás admitió cosa alguna para sí, ni la reservó; porque siempre se alimentaron del trabajo de sus manos y de san Josef. Y cuando, tal vez, recibia alguna dádiva de quien su alteza conocia que era justo y conveniente, todo lo distribuia en los pobres y necesitados. Y solo para este fin consentia con la piedad y consuelo de algunos devotos; y aun á estos muchas veces les daba en retorno alguna cosa de las labores que hacia. De estas maravi-

[1] Matth. xxv, 40. — [2] Psalm. xliv, 3.

llosas obras se puede colegir cuáles y cuántas serian las que hicieron en Egipto por espacio de siete años que estuvieron en Heliópolis; porque todas en particular es imposible reducirlas á número y relacion.

Doctrina que me dió la reina del cielo María santísima.

670. Hija mia, admiracion te ha hecho el conocer las obras de misericordia que yo ejercitaba en Egipto, acudiendo á curar los pobres y enfermos de tantas enfermedades, para darles salud en el cuerpo y en las almas. Pero entenderás cuánto se compadecia esto con mi recato y afecto á retirarme, si atiendes al inmenso amor con que mi Hijo santísimo quiso ir luego en naciendo á remediar aquel reino y estrenar en sus moradores el fuego de caridad que ardia en su pecho para la salud de los mortales. Esta caridad me comunicó á mí, y me hizo instrumento de la suya y de su poder, sin el cual no me atreviera por mí misma á tantas obras; porque siempre me inclinaba á no hablar ni comunicar á nadie: pero la voluntad de mi Hijo y Señor era mi gobierno en todo. De tí, amiga, quiero yo que á imitacion mia trabajes en el bien y salud de tus prójimos, procurando seguirme en esto con la perfeccion y condiciones que yo obraba. No has de buscar tú las ocasiones, mas el Señor te las enviará; salvo cuando por alguna grande razon fuere necesario que tú te ofrezcas á ellas. Pero en todas trabaja, advierte y alumbra á los que pudieres con la luz que tienes; no como quien toma oficio de maestra, sino como quien consuela y se compadece de los trabajos de sus hermanos, y quiere aprender la paciencia en ellos, usando de mucha humildad y detencion prudente, junto con el uso de la caridad.

671. Á tus súbditas amonesta, corrige y gobierna, encaminándolas á la mayor virtud y agrado del Señor; porque despues de obrarlo tú con perfeccion, será el mayor para su alteza que animes y enseñes á los demás segun tus fuerzas y gracia que has recibido. Y por los que no puedes hablar, pide y clama por su remedio incesantemente; y con esto extenderás la caridad á todos. Y porque no puedes servir á los enfermos de afuera, recompénsalo en las de tu casa, acudiendo á su servicio, regalo y limpieza por tí misma. Y en esto no te imagines superiora por el oficio de prelada; pues por él eres madre, y lo has de mostrar en el cuidado y amor de todas; y en lo demás, siempre has de ser menor en tu estimacion.

Y porque el mundo ordinariamente ocupa á los mas pobres y despreciados en servir á los enfermos, porque como ignorante no conoce la alteza de este ministerio; por esto yo te doy á tí como á pobre y la mas inferior el oficio de enfermera, para que imitándome lo ejecutes.

CAPÍTULO XXVII.

Determina Herodes la muerte de los inocentes: conócelo María santísima; y esconden á san Juan de la muerte.

Cruel intento de Herodes.—Informes que tuvo de lo que habia pasado en Belen y en Jerusalen.—Hizo nueva consulta sobre el lugar de el nacimiento de Cristo.—Diligencias que hizo para buscar á María con su Niño y á Josef.—Como ayudó el demonio á la indignacion de Herodes, sugeriéndole la muerte de los inocentes.—Mandó Herodes se degollasen todos los niños que no tuviesen mas de dos años, en Belen y su comarca.—Tiempo en que salió el mandato de esta crueldad.—Vió María en las operaciones del alma de su Hijo lo que pasaba en Belen con los inocentes niños.—Operaciones que hizo entonces el niño Jesús.—Alcanzó de su Padre se les diese uso de razon, para que voluntariamente ofreciesen sus vidas en gloria del mismo Señor.—Lágrimas de la Madre de Dios por la muerte de los inocentes.—Deseó María saber los trabajos en que esta persecucion habia puesto á Isabel y al Baptista, y el medio por donde se habian defendido.—Muerte de Zacarías cuándo fue.—Huyó Isabel con su niño Juan de la crueldad de Herodes al desierto.—Hízolo con impulso y aprobacion divina.—Vivian en una gruta.—Supo María que Isabel moriria despues de tres años de la vida del desierto, dejando en él al Baptista.—Gozo y compasion que tuvo la Vírgen con estas noticias.—Enviaba los Ángeles á visitar á Isabel y á Juan al desierto, y con ellos algunas cosas de comida.—Al tiempo de la muerte de Isabel envió grande número de ellos para que la ayudasen.—Sepultura de Isabel.—Desde entonces envió cada dia la comida al niño Juan.—Cuán grande fue el número de los inocentes que degolló Herodes.—Su edad.—Á todos les fue concedido el uso de la razon con altísimo conocimiento de Dios.—Actos heróicos de virtudes que los santos niños hicieron.—Fueron estas gracias de los inocentes efectos de las peticiones de Jesús y oraciones de María.—Singular humildad de María en la mayor eminencia de pura criatura.—Advertencia acerca de las diversas opiniones destos sucesos.—De qué modo se escribió esta divina Historia.—Remítese su exámen con humildad.—Causa de la variedad de opiniones cerca destos sucesos.—Lamentable olvido de los hombres de la dignidad de su naturaleza.—Daños de la ambicion en el presente siglo.—Cuán poderosa es para el mal una pasion ciega admitida en la concupiscible.—Razon de repetir la doctrina de la mortificacion de las inclinaciones.

672. Dejemos ahora en Egipto al infante Jesús con su Madre santísima y san Josef santificando aquel reino con su presencia y

beneficios que no mereció Judea; y volvamos á saber en qué paró la diabólica astucia y hipocresía de Herodes. Aguardó el inícuo Rey la vuelta de los Magos, y la relacion que le harian de haber hallado y adorado al nuevo Rey de los judíos recien nacido, para quitarle inhumanamente la vida. Hallóse burlado, sabiendo que los Magos habian estado en Belen con María y Josef santísimos; y que tomando otro camino estarian ya fuera de los fines de Palestina (que de todo esto fue informado, con otras cosas de las que en el templo habian sucedido), porque engañándose con su misma astucia, aguardó algunos dias, hasta que ya le pareció que los Reyes orientales tardaban; y el cuidado de su ambicion le obligó á preguntar por ellos. Consultó de nuevo algunos letrados de la ley; y como concordaban en lo que decian de Belen, conforme á las Escrituras, y lo que allí habia sucedido, mandó con gran pesquisa buscasen á nuestra Reina con su Niño dulcísimo, y al glorioso san Josef. Pero el Señor, que le mandó salir de noche de Jerusalen, consiguientemente ocultó su viaje, para que nadie lo supiese, ni hallase rastro alguno de su fuga. Y sin poderlos descubrir los ministros de Herodes, ni otro alguno, le respondieron que no parecia tal hombre, mujer, ni niño en toda la tierra.

673. Encendióse con esto la indignacion de Herodes [1], sin dejarle sosegar un punto, y sin hallar medio ni remedio para atajar el daño que temia con el nuevo Rey. Pero el demonio, que le conoció dispuesto para toda maldad, le arrojó en el pensamiento grandes sugestiones para consolarle, proponiéndole que usase de su real poder, y que degollase todos los niños de aquella comarca que no pasasen de dos años; porque entre ellos seria inexcusable topar con el Rey de los judíos que habia nacido en aquel tiempo. Alegróse el tirano Rey con este pensamiento que jamás cayó en otro bárbaro; y le abrazó sin el temor y horror que pudiera causar tan cruenta accion en cualquier hombre racional. Y pensando y discurriendo como ejecutarlo á satisfacion y gusto de su ira, hizo juntar algunas tropas de milicia, y con los ministros de mayor confianza que las gobernasen, les mandó por graves penas que degollasen todos los niños que no tuviesen mas de dos años, en Belen y su comarca. Como lo mandó Herodes se fué ejecutando, y llenándose toda la tierra de confusion, de llantos y de lágrimas de los padres, madres y deudos de los inocentes condenados á muerte, sin que nadie lo pudiese resistir ni remediar.

[1] Matth. II, 16.

674. Salió este impío mandato de Herodes á los seis meses de el nacimiento de nuestro Redentor. Y cuando se comenzó á ejecutar, sucedió que nuestra gran Reina estaba un dia con su Hijo santísimo en los brazos; y mirando á su alma y operaciones, conoció en ella como en un claro espejo todo lo que pasaba en Belen, mas claramente que si estuviera presente á los clamores de los niños y de sus padres. Vió tambien la divina Señora como su Hijo santísimo pedia al Padre eterno por los padres y madres de los inocentes; y que á los difuntos los ofrecia como primicias [1] de su muerte; y que por ser sacrificados á cuenta de el mismo Redentor, pedia se les diese uso de (*) razon, para que voluntariamente ofreciesen sus vidas y admitiesen la muerte en gloria de el mismo Señor, y les pagase con premios y coronas de mártires lo que padecian. Todo lo concedió el Padre eterno, y lo conoció nuestra Reina en su Hijo unigénito, y le acompañó y imitó en el ofrecimiento y peticiones que hacia. Acompañó tambien á los padres y madres de los niños mártires en el dolor, compasion y lágrimas por la muerte de sus hijos. Y ella fue la verdadera y primera Raquel que lloró á los hijos de Belen y suyos [2]: y ninguna otra madre supo llorarlos como ella; porque ninguna supo ser madre como lo era nuestra Reina y Señora.

675. No tenia entonces noticia de lo que santa Isabel habia hecho para reservar á su hijo Juan, conforme á el aviso que la misma Reina le habia dado por el Ángel, cuando salieron de Jerusalen para Egipto, como arriba se dijo, capítulo XXII, núm. 623. Y aunque no dudaba se cumplirian en él todos los misterios que de su oficio de precursor habia conocido por la divina luz; con todo esto no sabia el cuidado y trabajo en que la crueldad de Herodes habia puesto á la santa matrona Isabel y á su hijo, ni por qué medio se habrian defendido de ella. No se atrevió la dulcísima Madre á preguntar á su Hijo santísimo este suceso, por la reverencia y prudencia con que le trataba en estas revelaciones; y con humildad y paciencia se aniquilaba y encogia. Pero su Majestad le respondió al piadoso y compasivo deseo, y le declaró como Zacarías, padre de san Juan, habia muerto cuatro meses despues de su virginal parto, y cási tres despues que sus Majestades habian salido de Jerusalen: y que santa Isabel, ya viuda, no tenia otra compañía mas que la de su hijo y niño Juan; y con él pasaba su soledad y desamparo, retirada en lugar apartado; porque con el aviso que tuvo del

[1] Apoc. XIV, 4. — (*) Véase la nota XV. — [2] Jerem. XXXI, 15.

Ángel, y viendo despues la crueldad que comenzaba á ejecutar Herodes, se habia resuelto á huir al desierto con su niño, y habitar entre las fieras, por apartarse de la persecucion de Herodes: y que esta resolucion habia tomado santa Isabel con impulso y aprobacion del Altísimo; y estaba oculta en una cueva ó peñasco, donde con trabajo y descomodidad grande se sustentaba á sí y á su niño Juan.

676. Conoció asimismo la divina Señora que santa Isabel, despues de tres años de aquella vida solitaria, moriria en el Señor; y Juan quedaria en aquel lugar desierto, comenzando una vida angélica y solitaria; y que no se apartaria de allí hasta que por órden del Altísimo saliese á predicar penitencia, como precursor suyo. Todos estos misterios y sacramentos manifestó el infante Jesús á su Madre santísima, con otros ocultos y profundos beneficios que recibieron santa Isabel y su hijo en aquel desierto. Todo lo conoció por el mismo modo que le enseñó la muerte de los niños inocentes. Con esta noticia quedó la divina Reina llena de gozo y compasion: lo uno, por saber que el niño Juan y su madre estaban en salvo; y lo otro, por los trabajos que en aquella soledad padecian. Y luego pidió licencia á su Hijo santísimo para cuidar desde allí de su prima Isabel y del niño Juan. Y desde entonces con voluntad de el mismo Señor los enviaba frecuentemente á visitar con los Ángeles que la servian; y con ellos mismos les remitia algunas cosas de comida, que era el mayor regalo que tuvieron en aquel yermo el hijo y madre solitarios. Por este medio de los Ángeles tuvo con ellos continua y oculta correspondencia nuestra gran Señora desde Egipto. Y cuando llegó la hora de morir santa Isabel, la envió grande número de sus Ángeles, para que la asistiesen y ayudasen junto con su niño Juan, que entonces era de cuatro años; y con los mismos Ángeles enterró á su madre difunta en aquel desierto. Y desde entonces cada dia envió la Reina á san Juan la comida, hasta que tuvo edad para sustentarse por su industria y trabajo con las yerbas, raíces y miel silvestre [1], con que vivió en tan admirable abstinencia, de que diré algo adelante.

677. Entre todas estas obras tan admirables, ni la lengua, ni el pensamiento de las criaturas pueden alcanzar los méritos y aumentos de santidad y gracia que acumulaba y congregaba María santísima; porque de todo usaba con prudencia mas que angélica. Y lo que la motivó á admiracion, ternura y alabanza de el Todopo-

[1] Marc. I, 6; infr. n. 943.

deroso, fue ver (cuando su Hijo santísimo y la misma Señora pidieron por los niños inocentes al eterno Padre) cuán liberal anduvo su divina Providencia con ellos: pues conoció, como si estuviera presente, el excesivo número que murieron, y que á todos, con no tener los mayores mas de dos años, otros ocho dias, otros á dos meses, otros á seis, y así entre todos mas ó menos, les fue concedido uso de razon; y se les infundió altísimo conocimiento de el ser de Dios, y perfecta caridad, fe y esperanza con que ejercitaron heróicos actos de fe, culto, reverencia, amor y compasion de sus padres. Pidieron por ellos; y en remuneracion de su sentimiento, que les diese el Señor luz y gracia para que procurasen los bienes eternos. Admitian el martirio de voluntad, quedándose la naturaleza en la flaqueza de su edad pueril, con que sentian mas sensiblemente, y se aumentaba su merecimiento. Multitud de Ángeles los asistian y los llevaban al limbo ó seno de Abrahan. Y con su presencia alegraron á los santos Padres; porque les confirmaron las breves esperanzas de su libertad. Todo esto fue efecto de las peticiones del Niño Dios y oraciones de María santísima. Y conociendo estas maravillas, se enardecia en amor, y dijo: *Laudate, pueri, Dominum* [1]; y acompañándolos la Emperatriz de las alturas, alabó al Autor de tan magníficas obras, dignas de su bondad y omnipotencia. Sola María purísima las conocia y trataba con la sabiduría y ponderacion que pedian. Pero sola ella era la que sin ejemplo, siendo tan allegada al mismo Dios, conoció el grado y punto de la humildad, y la tuvo en su perfeccion; porque siendo ella la Madre de la pureza, inocencia y santidad, se humilló mas [2] que supieron humillarse todas las criaturas profundamente humilladas con sus mismas culpas. Sola María santísima, entre todas las criaturas, alcanzó este género de humillarse, á vista de los mas altos beneficios y dones que todas juntas recibieron; porque sola ella penetró dignamente que la criatura no puede dar el retorno proporcionado á los beneficios, y menos al amor infinito, de donde se originan en Dios: y humillándose la divina Señora con esta ciencia, media con ella su amor, su agradecimiento y humildad; y daba la plenitud á todo, en cuanto la criatura pura era capaz de dar digna retribucion, solo con conocer que ninguna de ellas es digna por otro modo.

678. En el fin de este capítulo quiero advertir, que en muchas cosas de las que voy escribiendo me consta hay gran diversidad de opiniones entre los santos Padres y autores: como las hay sobre

[1] Psalm. cxii, 1. — [2] Ibid. cxv, 10.

el tiempo en que Herodes ejecutó su crueldad con los niños inocentes; y si fueron los recien nacidos, ó con los que tenian algunos dias y no pasaban de dos años; y otras dudas en cuya declaracion no me detengo, porque no es necesario para mi intento; y porque yo escribo solo aquello que se me va enseñando y dictando, ó lo que la obediencia algunas veces me ordena que pregunte, para tejer mejor esta divina Historia. Y en las cosas que escribo no convenia introducir disputa; porque desde el principio, como entonces dije [1], entendí del Señor, que queria escribiese toda esta Obra sin opiniones, sino con la verdad que la divina luz me enseñaria. Y el juzgar si lo que escribo tiene conveniencia con la verdad de la Escritura, y con la majestad y grandeza del argumento que trato, y si tienen las cosas entre sí mismas conveniente consecuencia y conexion; todo esto lo remito á la doctrina de mis maestros y prelados, y al juicio de los sábios y piadosos. La variedad de opiniones es cási necesaria entre los que escriben, gobernándose unos por otros autores, y siguiendo los postreros á los que mejor les satisfacen de los antiguos; pero lo mas de unos y otros (fuera de las historias canónicas) se funda en conjeturas ó en autores dudosos, y yo no podia escribir por este órden, porque soy mujer ignorante.

Doctrina de la reina del cielo María santísima.

679. Hija mia, de lo que dejas escrito en este capítulo quiero que te sirva de doctrina el dolor y el escarmiento con que has escrito. El dolor, por conocer que la criatura noble, y criada por la mano del Señor á su imágen y semejanza [2], con tan excelentes y divinas condiciones, como conocer á Dios, amarle, ser capaz de verle y gozarle eternamente, se olvide tanto de esta dignidad, y se deje envilecer y abatir á brutales y horribles apetitos, como derramar la sangre inocente de quien no podia hacer á nadie injuria. Esta compasion te ha de obligar á llorar la ruina de tantas almas; y mas en el siglo que vives, donde la misma ambicion que á Herodes ha encendido tan crueles odios y enemistades entre los hijos de la Iglesia, dando causa á la pérdida de infinitas almas, y que la sangre de mi Hijo santísimo, que se derramó en precio y rescate suyo [3], se malogre y pierda. Llora este daño amargamente.

680. Pero escarmienta en otros, y pondera lo que puede una ciega pasion admitida en la concupiscible; porque si de lleno coge

[1] Part. I, n. 10. — [2] Sap. II, 23. — [3] Ephes. I, 7.

el corazon, ó le abrasa en fuego de concupiscencia si ejecuta su deseo, ó en el de ira si no le puede conseguir. Teme, hija mia, este peligro, no solo en lo que hizo la ambicion de Herodes, sino tambien en lo que cada hora entiendes y conoces de otras personas. Advierte mucho en no aficionarte á alguna cosa, por pequeña que te parezca; porque para encender un gran fuego basta comenzar por una pequeñísima centella. Y en esta materia de mortificacion de las inclinaciones te repito muchas veces esta doctrina, y lo haré mas en lo que resta; porque es la mayor dificultad de la virtud morir á todo lo deleitable y sensible, y porque no puedes tú ser instrumento en las manos del Señor, como su Majestad lo quiere, si no borrases de tus potencias hasta las especies de toda criatura, para que no hallen entrada á tu voluntad. Y para tí quiero que sea ley inviolable, que todo lo que tiene ser, fuera de Dios y de sus Ángeles y Santos, sea como si para tí no fuese. Esta ha de ser tu posesion; y para eso te hace el Señor patentes sus secretos, y te convida con su trato familiar y íntimo, y yo con el mio, para que sin su Majestad no vivas ni lo quieras.

CAPÍTULO XXVIII.

Habla el infante Jesús *á san Josef cumplido un año, y trata la Madre santísima de ponerle en pié y calzarle; y comienza á celebrar los dias de la Encarnacion y Nacimiento.*

Ocasion en que el niño Jesús rompió el silencio y habló la primera vez con san Josef. — Primeras palabras del niño Jesús á Josef. — Efectos que hicieron en el Santo. — Dióle gracias porque la primera palabra que le dijo fue llamarle padre. — Declárase el júbilo que tuvo su alma con esa palabra. — El amor de Josef al niño Jesús excedia sin medida al que han tenido los padres naturales á sus hijos. — Trajo María al niño Jesús todo el año primero envuelto en fajos y mantillas. — Consulta á su Hijo sobre el modo de ponerle en pié. — Respuesta del niño Jesús á su Madre. — Declara que su vestido ha de ser solo uno en este mundo. — Díncele su forma y color, y milagro de crecer con él. — Altísima pobreza de Jesús. — Renunciacion que hizo Cristo de todo lo visible en el punto que fue concebido. — Cuán poderoso es este ejemplo para amar la pobreza. — Efectos admirables que hicieron en la Madre de Dios estas palabras de su Hijo. — Pídele la purísima Madre que admita calzado y camisa de lienzo. — Admitió calzado hasta la predicacion, el lienzo no lo quiso usar, y por qué. — Hizo la Madre de Dios la túnica de su Hijo por sus manos de lana natural y sin teñir. — Como la tejió sin costura sacándola toda entera de una vez. — Salió toda igual y sin ruga. — Mudósele milagrosamente el color natural. — De qué color quedó. — Sandalias que le hizo. — Paños de honestidad. — Comenzó María

á celebrar los misterios de la Encarnacion y Natividad de su Hijo, corrido el círculo del año.—Cómo celebraba el de la Encarnacion.—Cómo el de la Natividad.—Nuevos favores que en estos dias recibia.—Ejercicio de la cruz que hacia en todas las festividades.—Cómo terminaba su celebracion.—Espíritu de pobreza que tuvo Cristo y enseñó á su Madre.—Cuánto aborreció la codicia por el incomparable daño que habia de hacer este vicio á los mortales.—Para ocurrir á este daño abrazó y enseñó tan admirable pobreza.—Enseñóla y ejercitóla tambien la Madre de Dios, y con ella se plantó la Iglesia, se ha reformado y se sustenta.—Ella es el ornato de las esposas de Cristo, y sin ella las desconoce.—Exhortacion al recuerdo agradecido de los beneficios divinos.

681. En una de las conferencias y pláticas que tenian María santísima y su esposo Josef de los misterios del Señor, sucedió que un dia, cumplido el primer año del infante Jesús, determinó su alteza romper el silencio, y hablar en voz clara y formada al fidelísimo Josef, que hacia oficio de padre cuidadoso, como habia hablado con la divina Madre desde el nacimiento, segun arriba dije [1], capítulo X. Y estando los dos santísimos Esposos tratando del ser infinito de Dios, y de la bondad que le habia obligado á tan excesivo amor como enviar del cielo á su Unigénito [2] para Maestro y Redentor de los hombres [3], dándole forma humana [4] en que tratase con ellos [5], y padeciese las penalidades de la naturaleza depravada; en esta meditacion se admiraba mucho san Josef de las obras del Señor, encendiéndose en afectos de agradecimiento y alabanza de su amor. En esta ocasion el Niño Dios, que estaba en los brazos de su Madre, haciendo de ellos la primera cátedra de maestro, habló á san Josef en voz inteligible, y le dijo: *Padre mio, yo vine del cielo á la tierra* [6] *para ser luz del mundo* [7] *y rescatarle de las tinieblas del pecado* [8]; *para buscar y conocer mis ovejas como buen pastor* [9], *y darles pasto y alimento de vida eterna* [10], *enseñarles el camino para ella* [11], *y abrir las puertas* [12] *que por sus pecados estaban cerradas: quiero que seais los dos hijos de la luz* [13], *pues la teneis tan cerca.*

682. Estas palabras del infante Jesús (como llenas de vida y de eficacia divina) infundieron en el corazon del patriarca san Josef nuevo amor, reverencia y alegría. Púsose de rodillas á los piés del Niño Dios con humildad profundísima, y le dió gracias porque la primera palabra que le habia oido pronunciar, fue llamarle *Padre*.

[1] Supr. n. 480. — [2] Joan. III, 16. — [3] Isaí. LV, 4. — [4] Philipp. II, 7. — [5] Baruch, III, 38. — [6] Joan. XVIII, 37. — [7] Ibid. VIII, 12. — [8] Isai. IX, 2. — [9] Joan. X, 14. — [10] Ibid. VI, 69. — [11] Ibid. X, 4. — [12] Psalm. XXIII, 7. — [13] Joan. XII, 36.

Pidióle á su Majestad con muchas lágrimas que su luz divina le alumbrase y llevase al cumplimiento de su perfecta voluntad, y le enseñase á ser agradecido á tan incomparables beneficios como recibia de su larga mano. Los padres, que mucho aman á sus hijos, reciben gran consuelo y gloria cuando en ellos descubren algun pronóstico de que serán sábios ó grandes en las virtudes: y aunque no lo sean, con la natural inclinacion que les tienen, suelen celebrar y encarecer mucho las parvuleces que sus hijos hacen y dicen; porque todo esto puede el afecto tierno con los hijos pequeñuelos. Aunque san Josef no era padre natural del Niño Dios, sino putativo, el amor que le tenia excedia sin medida á todo lo que los padres naturales han amado á sus hijos; porque en él fue la gracia y aun la naturaleza mas poderosa que en otros, y en todos los padres juntos: y por este amor y aprecio que tenia de ser padre putativo del infante Jesús, se ha de medir el júbilo de su alma purísima, oyéndose llamar padre del Hijo del mismo Dios y eterno Padre, y viéndole tan hermoso y lleno de gracia, y que le comenzaba á hablar con tan alta doctrina y sabiduría.

683. Todo aquel año primero del Niño Dios le habia traido su dulcísima Madre envuelto en los fajos y mantillas que suelen estar los otros niños; porque en esto no quiso señalarse diferente, en testimonio de su verdadera humanidad, y tambien del amor de los mortales, por quien padecia aquella molestia que pudo excusar. Juzgando la prudentísima Madre que ya era tiempo oportuno de sacarle de los fajos y ponerle en pié, ó calzarle (como acá dicen), puesta de rodillas delante del Niño Dios que estaba en la cuna, le dijo: *Hijo mio y amor dulcísimo de mi alma, y mi Señor, deseo como vuestra esclava ser puntual en daros gusto. Ya, lumbre de mis ojos, habeis estado mucho tiempo oprimido en las ligaduras de las fajas, y en esto habeis hecho gran fineza de amor por los hombres: tiempo es ya que mudeis traje. Decidme, Dueño mio, ¿qué haré para poneros en pié?*

684. *Madre mia* (respondió el infante Jesús), *por el amor que tengo á las almas que yo crié y vengo á redimir, no me han parecido molestas las ataduras de mi niñez, pues en mi edad perfecta he de ser atado, preso y entregado á mis enemigos, y por ellos á la muerte*[1]. *Y si esta memoria es dulce para mí por el gusto de mi eterno Padre*[2], *todo lo demás me será fácil. Mi vestido ha de ser solo uno en este mundo: porque dél solo quiero lo que me ha de cubrir; aunque todo lo criado es mio*[3] *por haberle dado ser, pero entreguélo á los hombres para que mas*

1 Matth. xx, 18. — 2 Hebr. x, 7. — 3 Psalm. xxiii, 1.

me deban, y enseñarles tambien como por mi ejemplo y amor han de negar y despreciar todo lo que es supérfluo para la vida natural. Vestiréisme, Madre mia, de una túnica talar, de color humilde y comun. Esta sola llevaré, y crecerá conmigo. Y ha de ser sobre la que en mi muerte se han de echar suertes[1]*; porque aun esta no ha de quedar á mi disposicion, sino de otros; para que vean los hombres que nací y quiero vivir pobre y desnudo de las cosas visibles, que como son terrenas oprimen y escurecen el corazon humano. En el punto que fuí concebido en vuestro virginal vientre, hice este dejamiento y renunciacion de lo que encierra y contiene el mundo, aunque todo es mio*[2] *por la union de mi naturaleza humana á la persona divina; y no tuve otra accion en esto visible, mas de para ofrecerlo todo á mi eterno Padre, renunciándolo por su amor, admitiendo solo aquello que la vida natural pedia para darla despues por los hombres*[3]*. Con este ejemplo quiero enseñar y reprehender al mundo para que ame la pobreza, y no la desprecie; pues cuando yo, que soy señor de todo, lo desvio y renuncio todo, será confusion de los que me conocieren por la fe, codiciar lo que yo enseñé á despreciar.*

685. Hicieron en la divina Madre las palabras del Niño Dios admirables y diversos efectos; porque la memoria ó representacion de la muerte y prisiones de su Hijo santísimo traspasó su corazon candidísimo y compasivo; y la doctrina y ejemplo de tan extremada pobreza y desnudez la admiró, y provocó á su imitacion. El amor inmenso á los mortales la inflamó tambien para agradecerlo al Señor por todos, y en esto hizo actos heróicos de muchas virtudes. Y conociendo que el infante Jesús no queria mas vestido ni calzado, dijo á su Majestad: *Hijo y Señor mio, no tendrá vuestra Madre corazon ni ánimo para en edad tan tierna poneros en el suelo los piés desnudos: admitid, amor mio, algun reparo en ellos que os defienda. Tambien conozco que la vestidura áspera que me pedís, sin usar debajo otra de lienzo, ha de lastimar mucho vuestra delicada naturaleza y edad.* El infante Jesús la respondió: *Madre mia, admito para los piés alguna cosa pobre, hasta que llegue el tiempo de mi predicacion; porque entonces la he de hacer descalzo. Pero el lienzo no le quiero usar, porque es fomento de la carne y de muchos vicios en los hombres, y con mi ejemplo quiero enseñar á muchos, que le renunciarán por mi imitacion y amor.*

686. Puso luego la celestial Reina gran diligencia en cumplir la voluntad de su santísimo Hijo. Y buscando lana natural y sin teñir,

1 Psalm. XXI, 19. — 2 Joan. III, 35. — 3 Ibid. X, 15.

la hiló por sus manos muy delgada, y de ella tejió un tunicela de una vez y sin costura, al modo de lo que se hace de aguja, y mas propriamente parecia á lo que llaman terliz; porque hacia un cordoncillo, y no era como el paño liso. Tejióla en un telarcillo, como las labores que llaman punto, sacándola toda de una pieza inconsútil misteriosamente [1]. Y tuvo dos cosas milagrosas: la una, que salió toda igual y sin ruga; la otra, que se le mejoró y mudó el color natural á la lana, á peticion y voluntad de la divina Señora, en el color entre morado y plateado perfectísimo, quedando en un medio que no se podia determinar á algun color; porque ni parecia del todo morada, ni plateada, ni parda, y de todo tenia. Hizo tambien unas sandalias como alpargatas, de un hilo fuerte, con que calzó al Niño Dios. Á mas de esto hizo una media tunicela de lienzo, para que le sirviese de paños de honestidad. En el capítulo siguiente diré lo que sucedió al vestir al infante Jesús.

687. Cumplióse por entonces el año de los misterios de la Encarnacion y Natividad del Verbo divino, respetivamente cada uno despues que estaban en Egipto. Y celebrando estos dias tan festivos para la celestial Reina, comenzó esta costumbre desde el primer año, y la conservó toda la vida, como se verá en la tercera parte [2] de los misterios que despues fueron sucediendo. El de la Encarnacion celebraba comenzando nueve dias antes grandes ejercicios, en correspondencia de los nueve que precedieron, disponiéndola con tan admirables y grandes beneficios, como en el principio de esta segunda parte queda dicho [3]. El dia que correspondia al de la Encarnacion y anunciacion convidaba á los santos Ángeles del cielo, con los de su guarda, para que la ayudasen á la celebracion de estos magníficos misterios, á reconocer y á dar dignas gracias al Altísimo. Y al mismo infante Jesús pedia postrada en tierra en forma de cruz, que por ella alabase al eterno Padre, y le agradeciese lo que su divina diestra la favoreció, y lo que hizo por el linaje humano, dándole á su mismo Unigénito [4]. Lo mismo repetia, cuando se cumplia el año de su virginal parto. Y estos dias era la divina Señora muy favorecida y regalada del Altísimo; porque renovaba la continua memoria y reconocimiento de tan altos sacramentos. Y porque habia tenido inteligencia de lo que obligaba al eterno Padre, y le complacia el sacrificio de dolor que hacia postrada en tierra en cruz, con la memoria de que en ella habia de ser clavado su divino Cordero, usaba de este ejercicio en todas las festividades, pidiendo se aplacase la divina Jus-

[1] Joan. XIX, 23. — [2] Part. III, à n. 642. — [3] Supr. n. 4. — [4] Joan. III, 16.

ticia, y solicitando misericordia para los pecadores. Y enardecida en el fuego de la caridad, se levantaba y daba fin á la celebracion de las festividades con cánticos admirables, que decia alternativamente con los Ángeles santos: los cuales ordenaban capilla de celestial y sonora música con que decian su verso, y respondia la Reina mas dulcemente para los oidos de Dios [1], que todos los coros de los encumbrados Serafines y bienaventurados, y con mayor aceptacion; porque resonaban los ecos de sus excelentes virtudes hasta llegar al consistorio de la beatísima Trinidad, y tribunal del ser de Dios eterno.

Doctrina que me dió la Reina y Señora del cielo.

688. Hija mia, no puede tu capacidad, ni de todas las criaturas juntas, alcanzar perfectamente cuál fue el espíritu de pobreza de mi Hijo santísimo, y el que me enseñó á mí. Pero de lo que yo te he manifestado á tí puedes conocer mucho de la excelencia de esta virtud, que tanto amó su Autor y Maestro [2], y de lo que aborreció el vicio de la codicia. No podia el Criador aborrecer las mismas cosas á que dió el ser: pero conoció con su inmensa sabiduría el incomparable daño que los mortales habian de recibir de la avaricia y codicia desordenada de las cosas visibles; y que este insano amor habia de pervertir la mayor parte de la naturaleza humana. Y segun la ciencia que tuvo del número de los pecadores y prescitos que perderia el vicio de la avaricia y codicia, así fue el aborrecimiento que les tuvo.

689. Para ocurrir á este daño, y prevenirle algun antídoto y medicina, eligió mi Hijo santísimo la pobreza, y la enseñó con palabra y ejemplo de tan admirable desnudez; y para que, si los mortales no se aprovechasen de este medicamento, tuviese justificada su causa el médico que les previno la salud y el remedio. Esta misma doctrina enseñé y ejercité yo en toda mi vida, y con ella plantaron la Iglesia los Apóstoles; y lo mismo han hecho y enseñado los Patriarcas y Santos que la han reformado y la sustentan; porque todos han amado la pobreza, como medio único y eficaz de la santidad, y han aborrecido las riquezas, como incentivo de todos los males y raíz de los vicios [3]. Esta pobreza quiero que ames, y la busques con toda diligencia; porque es el ornato de las esposas de mi Hijo dulcísimo, sin el cual te aseguro, carísima, que las desconoce y repudia como

[1] Cant. II, 14. — [2] Sap. XI, 25. — [3] I Tim. VI, 10.

desiguales y disímiles monstruosamente; pues no tiene proporcion la esposa rica y abundante de supérfluas alhajas con el Esposo pobrísimo y destituido de todo; ni puede haber amor recíproco con tanta desigualdad.

690. Y si como hija legítima quieres imitarme perfectamente segun tus fuerzas, como lo debes hacer, claro está que yo, pobre, no te reconoceré por hija si tú no lo eres, ni amaré en tí lo que aborrecí para mí. Tambien te advierto que no te olvides de los beneficios del Altísimo, que tan largamente recibes; y si en esto no eres muy atenta y agradecida, con la misma gravedad y tardanza de la naturaleza vendrás con facilidad á caer en este olvido y grosería. Renueva cada dia esta memoria repetidas veces, dando siempre gracias al Señor con afecto amoroso y humilde. Y entre todos los beneficios son memorables haberte llamado, aguardado, disimulado, encubierto tus faltas, y sobre esto multiplicado tan repetidos favores. Este recuerdo causará en tu corazon efectos dulces de amor y fuertes para trabajar con diligencia: y en el Señor hallarás gracia y nueva remuneracion, porque se obliga mucho del corazon fiel y agradecido; por el contrario, se ofende grandemente de que sus beneficios y obras no sean estimadas y agradecidas; porque como las hace con plenitud de amor, quiere ser correspondido con el retorno oficioso, leal y afectuoso.

CAPÍTULO XXIX.

Viste la Madre santísima al infante JESÚS *la túnica inconsútil, y le calza; y las acciones y ejercicios que el mismo Señor hacia.*

Pide la Madre de Dios puesta de rodillas licencia á su Hijo para vestirle.—Cuán á medida del niño JESÚS vino la tunicela sin habérsela tomado.—Siendo el cuello de la túnica ajustado, sin abertura, se la vistió la Madre sin romperla.—No se la quitó JESÚS hasta que los sayones le desnudaron para azotarle.—Nada del vestido de Cristo se gastó, ni envejeció, ni perdió el lustre que sacó de las manos de su Madre.—Las vestiduras que se quitó para lavar los piés, fue una capa.—Hízola tambien su Madre, y cuándo.—Hermosura con que quedó en pié el niño JESÚS.—Anduvo luego por sus piés perfectamente.—No recibió el pecho mas tiempo que año y medio. Su comida de allí adelante.—Comenzó el niño JESÚS á retirarse algunos ratos á soledad.—Ordena á su Madre le acompañe en ellos para que imitase y copiase respectivamente sus obras.—Con este órden se constituyó de nuevo María por discípula de su Hijo.—Obras maravillosas de el niño JESÚS en el retiro.—Como le imitaba en ellas su Madre.—Declárase mas la ciencia continua del interior de su Hijo que tuvo María, con que fué siempre

copiando su santidad.—Muchas veces el niño JESÚS á vista de su Madre lloraba y sudaba sangre.—Causa de esta congoja.—Otras veces le veia su Madre todo refulgente.—Comenzaron estas maravillas desde que el Niño estuvo en pié.—Al tocar en los seis años comenzó á salir de casa para ir á los enfermos y hospitales.—Efectos que hacia en los corazones de los que le veian y oian.—Bendiciones que daban á sus padres.—Como instruia el niño JESÚS á los otros niños que se llegaban á él.—Fruto que hizo en ellos su enseñanza.—Adoraciones que la Vírgen hacia á su Hijo como á verdadero Dios.—Severidad majestuosa que el Niño Dios guardaba en el trato de sus padres.—Como la templaba con suavidad y agrado.—Como la acompañaba con las atenciones de Hijo.—Efectos que hacian en la Madre estos sacramentos.—Favores que recibió Egipto de sus santos Peregrinos el tiempo que le habitaron.—Uno de los fines de esta Historia es dar á conocer á los hombres lo que deben al amor de Cristo y su Madre.—Desde el instante en que fue concebido Cristo, no cesó de clamar al Padre por la salud de los hombres.—Desde la niñez se abrazó con la cruz usando de la postura de crucificado.—Acompañó María á este amor de su Hijo.—Será la Madre de Dios en el dia del juicio testigo contra los que despreciaron los efectos de este amor.—Cuán inexcusables se hallarán en aquel dia.—Correspondencia que deben tener las almas al amor de Cristo.

691. Para vestir al Niño Dios la tunicela tejida, con los paños y sandalias que la Madre misma habia trabajado con sus manos, se puso la prudentísima Señora arrodillada en presencia de su dulcísimo Hijo, y le habló de esta manera: *Señor altísimo, Criador de los cielos y de la tierra, yo deseaba vestiros, si fuera posible, segun la dignidad de vuestra divina persona: tambien quisiera yo poder haber hecho el vestido que os traigo, de la sangre de mi corazon; pero juzgo será de vuestro agrado, por lo que tiene de pobre y humilde. Perdonad, Señor y Dueño mio, las faltas, y recibid el afecto de este inútil polvo y ceniza, y dadme licencia para que os le vista.* Admitió el infante JESÚS el servicio y obsequio de su purísima Madre; y luego ella le vistió, le calzó, y le puso en pié. La tunicela le vino á su medida, hasta cubrirle el pié sin arrastrarle, y las mangas le cubrian hasta la mitad de las manos, y de nada tomó antes medida. El cuello de la túnica era redondo, sin estar abierto por delante, y algo levantado y ajustado cási á la garganta: y con ser así se la vistió su divina Madre por la cabeza del Niño, sin abrirle; porque la obedecia el vestido, para acomodarle graciosamente á su voluntad. Y jamás se le quitó, hasta que los sayones le desnudaron para azotarle, y despues para crucificarle; porque siempre fué creciendo con el sagrado cuerpo todo lo que era necesario. Lo mismo sucedió de las sandalias y de los paños interiores que le puso la advertida Madre. Y nada se gastó ni envejeció en treinta y dos años: ni la túnica perdió

el color y lustre con que la sacó de sus manos la gran Señora; y mucho menos se manchó, ni sució, porque siempre estuvo en un mismo ser. Las vestiduras que depuso el Redentor del mundo para lavar los piés á sus Apóstoles [1], era un manto ó capa que llevaba sobre los hombros: y este le hizo tambien la misma Vírgen despues que volvieron á Nazareth; y fué creciendo como la túnica, y del mismo color, algo mas obscuro, tejido de aquel modo.

692. Quedó en pié el Infante y Señor de las eternidades, que desde su nacimiento habia estado envuelto en pañales, y de ordinario en los brazos de su Madre santísima. Pareció hermosísimo sobre los hijos de los hombres [2]. Y los Ángeles se admiraron de la eleccion que hizo de tan humilde y pobre traje el que viste á los cielos de luz y á los campos de hermosura. Anduvo luego por sus piés perfectamente en presencia de sus Padres; porque con los de fuera se disimuló algun tiempo esta maravilla, recibiéndole la Reina en sus brazos, cuando concurrian los extraños y de fuera de su casa. Fue incomparable el júbilo de la divina Señora y del santo esposo Josef viendo á su Infante andar en pié, y de tan rara hermosura. Recibió el pecho de su Madre purísima hasta cumplir año y medio, y le dejó. Y en lo restante, comió siempre poco en la cantidad y en la calidad. Su comida era al principio unas sopillas de aceite y frutas ó pescado. Y hasta que fué creciendo le daba la Vírgen Madre tres veces de comer, como antes la leche; á la mañana, tarde, y á la noche. Jamás el Niño Dios lo pidió; pero la amorosa Madre cuidaba con rara advertencia de darle á sus tiempos la comida, hasta que ya crecido, comia á las mismas horas que los divinos Esposos, y no mas. Así perseveró hasta la edad perfecta, de que hablaré mas adelante. Y cuando comia con sus Padres, siempre aguardaban que el Niño divino diese la bendicion al principio, y las gracias al fin de la comida.

693. Despues que el infante Jesús andaba por sí mismo, comenzó á retirarse y estar solo algunos ratos en el oratorio de su Madre. Y deseando la prudentísima Señora saber la voluntad de su Hijo santísimo, en estar solo ó con ella, la respondió el mismo Señor al pensamiento, y la dijo: *Madre mia, entrad y estad conmigo siempre, para que me imiteis y copieis respectivamente mis obras; porque en Vos quiero que se ejecute y estampe la alta perfeccion que he deseado para las almas. Porque si ellas no hubieran resistido á mi primera voluntad* [3], *de que fueran llenas de santidad y dones, los recibie-*

[1] Joan. XIII, 4. — [2] Psalm. XLIV, 3. — [3] I Tim. II, 4.

ran copiosísimos y abundantes; pero habiéndolo impedido el linaje humano, quiero que en Vos sola se cumpla mi beneplácito, y se depositen en vuestra alma los tesoros y bienes de mi diestra, que las demás criaturas han malogrado y perdido. Atended, pues, á mis obras, para imitarme en ellas.

694. Con este órden se constituyó de nuevo la divina Señora por discípula de su Hijo santísimo. Y desde entonces entre los dos pasaron tantos y tan ocultos misterios, que ni es posible decirlos, ni se conocerán hasta el dia de la eternidad. Postrábase muchas veces en tierra el Niño Dios, otras se ponia en el aire en cruz, levantado del suelo, y siempre oraba al Padre por la salud de los mortales. Y en todo le seguia y le imitaba su amantísima Madre; porque le eran manifiestas las operaciones interiores del alma santísima de su dulcísimo Hijo, como las exteriores del cuerpo. De esta ciencia y conocimiento de María purísima he hablado algunas veces en esta Historia[1], y es fuerza renovar su memoria muchas, porque esta fue la luz y ejemplar por donde copió su santidad; y fue tan singular beneficio para su alteza, que no le pueden comprehender ni manifestar todas juntas las criaturas. No siempre tenia la gran Señora visiones de la Divinidad; pero siempre la tuvo de la humanidad y alma santísima de su Hijo, y de todas sus obras; y por especial modo miraba los efectos que resultaban en ellas de las uniones hipostática y beatífica. Aunque en substancia no siempre veia la gloria ni la union; pero conocia los actos interiores con que la humanidad reverenciaba, magnificaba y amaba á la divinidad á que estaba unida; y este favor fue singular en la Madre Vírgen.

695. En estos ejercicios[2] sucedia muchas veces, que el infante Jesús, á vista de su Madre santísima, lloraba y sudaba sangre (que antes del huerto sudó muchas veces), y la divina Señora le limpiaba el rostro, y en su interior miraba y conocia la causa de aquella congoja, que siempre era la perdicion de los prescitos, y ingratos á los beneficios de su Criador y Reparador, y por haberse de malograr en ellos las obras del poder y bondad infinita del Señor. Otras veces le hallaba su Madre felicísima todo refulgente y lleno de resplandor, y que los Ángeles le cantaban dulces cánticos de alabanza; y conocia tambien que el eterno Padre se complacia de su Hijo único y dilecto[3]. Todas estas maravillas comenzaron desde que el Niño Dios estuvo en pié cumplido un año de edad. Y de todas fue testigo sola

1 Supr. n. 481, 534, 546. — 2 Infr. n. 848, 912.
3 Matth. XVII, 5.

su Madre santísima, en cuyo corazon se habian de depositar [1], como en la que sola era única y escogida para su Hijo y Criador. Las obras con que acompañaba al infante Jesús, de amor, de alabanza, reverencia y gratitud; las peticiones que hacia por el linaje humano; todo excede á mi capacidad para decir lo que conozco. Remítome á la fe y piedad cristiana.

696. Crecia el infante Jesús con admiracion y agrado de todos los que le conocian [2]. Y llegando á tocar en los seis años, comenzó á salir de su casa algunas veces para ir á los enfermos y hospitales, donde visitaba á los necesitados, y misteriosamente los consolaba y confortaba en sus trabajos. Conocíanle muchos en Heliópolis; y con la fuerza de su divinidad y santidad atraia á sí los corazones de todos, y muchas personas le ofrecian algunas dádivas; y segun las razones y motivos que con su ciencia conocia, las recibia, ó despedia, y dispensaba entre los pobres. Pero con la admiracion que causaban sus razones llenas de sabiduría, y su compostura modestísima y grave, iban muchos á dar el parabien y bendiciones á sus Padres, de que tenian tal Hijo. Y aunque todo esto era ignorando el mundo los misterios y dignidad de Hijo y Madre; con todo eso daba lugar el Señor del mundo, como honrador de su Madre santísima, para que la venerasen en él y por él en cuanto era posible entonces, sin conocer los hombres la razon particular de darle la mayor reverencia.

697. Muchos niños de Heliópolis se llegaban á nuestro infante Jesús, como es ordinario en la igual edad y similitud exterior. Y como en ellos no habia discurso ni malicia grande para inquirir ni juzgar si era mas que hombre, ni impedir la luz, dábasela el Maestro de la verdad á todos los que convenia. Informábalos de la noticia de la Divinidad y de las virtudes; los doctrinaba y catequizaba en el camino de la vida eterna, mas abundantemente que á los mayores. Y como sus palabras eran vivas y eficaces [3], los atraia y movia, imprimiéndolas en sus corazones de manera, que cuantos tuvieron esta dicha fueron despues grandes varones y santos; porque con el tiempo dieron el fruto de aquella celestial semilla [4] sembrada tan temprano en sus almas.

698. De todas estas obras admirables tenia noticia la divina Madre. Y cuando su Hijo santísimo venia de hacer la voluntad de su eterno Padre [5], mirando por las ovejas que le encomendó, estando

[1] Luc. II, 19. — [2] Cant. VI, 8. — [3] Hebr. IV, 12. — [4] Luc. VIII, 8.
[5] Joan. VI, 38, 39.

á solas se postraba la Reina de los Ángeles en tierra, para darle gracias por los beneficios que hacia á los párvulos y inocentes, que no le conocian por su Dios verdadero; y le besaba el pié como á Pontífice sumo de los cielos y de la tierra [1]. Y lo mismo hacia cuando el Niño salia fuera, y su Majestad la levantaba del suelo con agrado y benevolencia de Hijo. Pedíale tambien la Madre su bendicion para todas las obras que hacia; y jamás perdia ocasion en que no ejercitase todos los actos de virtud con el afecto y fuerza de la gracia. Nunca la tuvo vacía, sino que obró con toda plenitud, aumentando la que le daban. Buscaba muchos modos y medios para humillarse esta gran Señora, adorando al Verbo humanado con genuflexiones profundísimas, postraciones afectuosas, y otras ceremonias llenas de santidad y prudencia. Y esto fue con tal sabiduría, que causaba admiracion á los mismos Ángeles que la asistian; y unos á otros, alternando divinas alabanzas, se decian: *¿Quién es esta pura criatura tan afluente de delicias [2] para nuestro Criador y su Hijo? ¿Quién es esta tan advertida y sábia en dar honra y reverencia al Altísimo, que en su atencion y presteza se nos adelanta á todos con afecto incomparable?*

699. En el trato y conversacion de sus Padres, despues que comenzó á crecer y andar este admirable y hermosísimo Niño, guardaba mas severidad que siendo de menos edad. Y cesaron las caricias mas tiernas (que siempre habian sido con la medida que arriba se dijo), porque en su semblante mostraba tanta majestad de su oculta deidad, que si no la templara con alguna suavidad y agrado, muchas veces causara tan gran temor reverencial, que no se atrevieran á hablarle. Pero con su vista sentia la divina Madre y tambien san Josef eficaces y divinos efectos, en que se manifestaba la fuerza de la Divinidad y su poder; y asimismo que era Padre benigno y piadosísimo. Junto con esta grave majestad y magnificencia se mostraba Hijo de la divina Madre, y á san Josef le trataba como á quien tenia nombre y oficio de Padre; y así los obedecia [3] como hijo humildísimo á sus padres. Todos estos oficios y acciones de severidad, obediencia, majestad, humildad, gravedad divina y apacibilidad humana las dispensaba el Verbo encarnado con sabiduría infinita, dando á cada una lo que pedia, sin que se confundiesen ni encontrasen la grandeza con la pequeñez. La celestial Señora estaba atentísima á todos estos sacramentos, y sola ella penetraba alta y dignamente (como á pura criatura era posible) las obras de su Hijo santísimo,

[1] Hebr. IV, 14. — [2] Cant. XIII, 5. — [3] Luc. II, 51.

y el modo que en ellas tenia su inmensa sabiduría. Y seria intentar un imposible, querer con palabras declarar los efectos que todo esto hacia en su purísimo y prudentísimo espíritu, y como imitaba á su dulcísimo Hijo, copiando en sí misma una viva imágen de su inefable santidad. Las almas que se redujeron y salvaron en Heliópolis y en todo Egipto, los enfermos que curaron, las maravillas que obraron en siete años que fueron sus moradores, no se pueden reducir á número. Tan dichosa culpa fue la crueldad de Herodes para Egipto. Y tanta es la fuerza de la bondad y sabiduría infinita, que los mismos males y pecados ordena á grandes bienes y los saca dellos. Y si en una parte le arrojan y cierran la puerta para sus misericordias, llama en otras, y hace que se las abran y le dén entrada [1]; porque la propension que tiene á favorecer al linaje humano, y su ardiente caridad, no la pueden extinguir las muchas aguas de nuestras culpas y ingratitudes [2].

Doctrina que me dió la reina de los cielos María santísima.

700. Hija mia, desde el primer mandato que tuviste de escribir esta Historia de mi vida, has conocido que entre otros fines del Señor, uno es dar á conocer al mundo lo que deben los mortales á su divino amor y al mio, de que viven tan insensibles y olvidados. Verdad es que todo se comprehende y manifiesta en haberlos amado hasta morir en cruz por ellos [3], que fue el último término á que pudieron llegar los afectos de su inmensa caridad. Pero á muchos ingratísimos les da hastío la memoria de este beneficio. Y para ellos y para todos seria nuevo incentivo y estímulo conocer algo de lo que hizo su Majestad por ellos en treinta y tres años; pues cualquiera de sus obras fue de infinito aprecio, y merece agradecimiento eterno. Á mí me puso el poder divino por testigo de todos: y te aseguro, carísima, que desde el primer instante que fue concebido en mi vientre, no descansó ni cesó de clamar al Padre, y pedir por la salvacion de los hombres. Y desde allí comenzó á abrazar la cruz [4], no solo con el afecto, sino tambien con efecto en el modo que era posible, usando de la postura de crucificado en su niñez; y estos ejercicios continuó por toda la vida. En ellos le imité yo, acompañándole en las obras y peticiones que hacia por los hombres, despues del primer acto que hizo de agradecer los beneficios de su humanidad santísima.

[1] Job, XXXIV, 24. — [2] Cant., VIII, 7. — [3] Joan., XIII, 16. — [4] Hebr., X, 5.

701. Vean ahora los mortales si yo, que fuí testigo y cooperadora de su salud, lo seré tambien en el dia del juicio, de cuán bien justificada tiene Dios su causa con ellos; y si justísimamente les negaré mi intercesion á los que han despreciado y olvidado estultamente tantos y tan suficientes favores y beneficios, efectos del divino amor de mi Hijo santísimo y mio. ¿Qué respuesta, qué descargo, qué disculpa tendrán estando tan advertidos, amonestados, y ilustrados de la verdad? ¿Cómo los ingratos y pertinaces han de esperar misericordia de un Dios justísimo y rectísimo, que les dió tiempo determinado y oportuno, y en él los convidó, llamó, esperó y favoreció con inmensos beneficios, y todos los malograron y perdieron por seguir la vanidad? Teme, hija mia, este mayor de los peligros y ceguedades; y renueva en tu memoria las obras de mi Hijo santísimo y las mias, y con todo fervor las imita. Continúa los ejercicios de la cruz con órden de la obediencia, para que tengas en ellos presente lo que debes imitar y agradecer. Pero advierte que mi Hijo y Señor pudo, sin tanto padecer, redimir al linaje humano, y quiso acrecentar sus penas con inmenso amor de las almas. La correspondencia debida á tal dignacion ha de ser, no contentarse la criatura con poco, como lo hacen de ordinario los hombres con infeliz ignorancia. Añade tú una virtud y trabajo á otros, para que correspondas á tu obligacion, y acompañes á mi Señor y á mí en lo que trabajamos en el mundo. Y todo lo ofrece por las almas, juntándolo con sus merecimientos en la presencia del Padre eterno.

CAPÍTULO XXX.

Vuelven de Egipto á Nazareth JESÚS, *María y Josef por la voluntad del Altísimo.*

Qué tanto duró el destierro de Jesús, María y Josef en Egipto.—Intimó el eterno Padre á Cristo la voluntad divina de que volviese á Nazareth en presencia de su Madre.—Habló el Ángel á Josef para que la ejecutase.—Por qué se remitió á Josef la ejecucion.—Disponen la jornada repartiendo las alhajas de casa á los pobres.—Encomendaba estas y otras limosnas María á su Hijo, y por qué.—Devocion con que se habitó la casa donde vivieron los santos Peregrinos.—Forma y disposicion de esta jornada.—Sentimiento de los gitanos por su ausencia.—Virtudes y maravillas que iban obrando por los lugares de Egipto por donde pasaron.—Efectos interiores que hacian en los que se llegaban á ellos.—Nuevos trabajos que padecieron en los desiertos por donde habian venido.—Medios por donde el Señor los socorria.—Mandaba el niño Jesús á los Ángeles trajesen la comida á su Madre y á Josef.—Multiplicaba otras veces el Niño Dios la comida necesaria

de algun pedazo de pan.—Por dónde encaminó Josef la jornada temiendo á Arquelao.—Llegada á Nazareth.—Devota fidelidad con que les habia guardado la casa la deuda de san Josef.—Ordenó de nuevo la Madre de Dios su vida y ejercicios con disposicion de su Hijo.—Dispuso san Josef sus ocupaciones para sustentar con su trabajo al Niño Dios y á su Madre.—Lo que fue en Adan castigo, fue bendicion en Josef.—Cómo recompensaba María el trabajo de su Esposo.—Profundísima humildad de la Madre de Dios.—Su ejercicio de la virtud de el agradecimiento.—Ejemplar de la igualdad de ánimo en lo adverso como en lo próspero.—Para el rendimiento de la criatura no se han de buscar mas razones que ser la voluntad del Criador.—Causa de la desigualdad del ánimo en lo próspero y adverso de que se teje la vida humana.—Su peligro.—Medio para evitarlo por la raíz.

702. Cumplió los siete años de su edad el infante Jesús, estando en Egipto, que era el tiempo de aquel misterioso destierro destinado por la eterna Sabiduría: y para que se cumpliesen las profecías era necesario que se volviese á Nazareth. Esta voluntad intimó el eterno Padre á la humanidad de su Hijo santísimo un dia en presencia de su divina Madre, estando juntos en sus ejercicios; y ella la conoció en el espejo de aquella alma deificada, y vió como aceptaba la obediencia del Padre para ejecutarla. Hizo lo mismo la gran Señora, aunque en Egipto tenia ya mas conocidos y devotos que en Nazareth. No manifestaron Hijo y Madre á san Josef el nuevo órden del cielo. Pero aquella noche le habló en sueños el Ángel del Señor, como san Mateo dice [1], y le avisó que tomase al Niño y á la Madre, y se volviese á tierra de Israel; porque ya Herodes y los que con él procuraban la muerte del Niño Dios eran muertos. Tanto quiere el Altísimo el buen órden en todas las cosas criadas, que con ser Dios verdadero el Niño Jesús, y su Madre tan superior en santidad á san Josef; con todo eso no quiso que la disposicion de la jornada á Galilea saliese del Hijo ni de la Madre santísimos, sino que lo remitió todo á san Josef, que en aquella familia tan divina tenia oficio de cabeza: para dar forma y ejemplar á todos los mortales de lo que agrada al Señor que todas las cosas se gobiernen por el órden natural y dispuesto por su providencia; y que los inferiores y súbditos en el cuerpo místico (aunque sean mas excelentes en otras cualidades y virtudes) han de obedecer y rendirse á los que son superiores y prelados en el oficio visible.

703. Fué luego san Josef á dar cuenta al infante Jesús y á su purísima Madre del mandato del Señor; y entrambos le respondieron que se hiciese la voluntad del Padre celestial. Con esto deter-

[1] Matth. II, 19.

minaron su jornada sin dilacion; y distribuyeron á los pobres las pocas alhajas que tenian en su casa. Y esto se hizo por mano del Niño Dios; porque la divina Madre le daba muchas veces lo que habia de llevar de limosna á los necesitados, conociendo que el Niño, como Dios de misericordias, la queria ejecutar por sus manos [1]. Y cuando le daba su Madre santísima estas limosnas, se hincaba de rodillas y le decia: *Tomad, Hijo y Señor mio, lo que deseais, para repartirlo con nuestros amigos los pobres y hermanos vuestros*. En aquella feliz casa, que por la habitacion de los siete años quedó santificada y consagrada en templo por el sumo sacerdote Jesús, entraron á vivir unas personas de las mas devotas y piadosas que dejaban en Heliópolis; porque su santidad y virtudes les granjearon la dicha que ellos no conocian, aunque por lo que habian visto y experimentado se reputaron por bien afortunados en vivir donde sus devotos forasteros habian habitado tantos años. Esta piedad y afecto devoto les fue pagada con abundante luz y auxilios para conseguir la felicidad eterna.

704. Partieron de Heliópolis para Palestina con la misma compañía de los Ángeles que habian llevado en la otra jornada. La gran Reina iba en un asnillo con el Niño Dios en su falda, y san Josef caminaba á pié muy cerca del Hijo y Madre. La despedida de los conocidos y amigos que tenian fue muy dolorosa para todos los que perdian tan grandes bienhechores; y con increibles lágrimas y sollozos se despedian de ellos, conociendo y confesando que perdian todo su consuelo, su amparo, y el remedio de sus necesidades. Y con el amor que les tenian los egipcios á los tres, parecia muy dificultoso que les permitiesen salir de Heliópolis, si no lo facilitara el poder divino; porque ocultamente sentian en sus corazones la noche de sus miserias con ausentárseles el sol que en ellas les alumbraba y consolaba [2]. Antes de salir á los depoblados pasaron por algunos lugares de Egipto, y en todos fueron derramando gracia y beneficios; porque no eran ya tan ocultas las maravillas hechas hasta entonces, que no hubiese gran noticia en toda aquella provincia. Y con esta fama extendida por toda la tierra salian á buscar su remedio los enfermos, afligidos y necesitados, y todos le llevaban en alma y cuerpo. Curaron muchos dolientes, y expelieron gran multitud de demonios, sin que ellos conociesen quién los arrojaba al profundo; aunque sentian la virtud divina que los compelia, y hacia tantos bienes á los hombres.

[1] Matth. xxv, 40. — [2] Joan. i, 9.

705. No me detengo en referir los sucesos particulares que tuvieron en esta jornada y salida de Egipto el infante Jesús y su beatísima Madre; porque no es necesario, ni seria posible, sin detenerme mucho en esta Historia. Basta decir que todos los que llegaron á ellos con algun afecto mas ó menos piadoso, salieron de su presencia ilustrados de la verdad, socorridos de la gracia, y heridos del divino amor; y sentian una oculta fuerza que los movia y obligaba á seguir el bien, y dejando el camino de la muerte, buscar el de la eterna vida. Venian al Hijo traidos del Padre [1], y volvian al Padre enviados por el Hijo [2] con la divina luz que encendia en sus entendimientos [3] para conocer la divinidad del Padre: si bien la ocultaba en sí mismo, porque no era tiempo de manifestarla: aunque siempre y en todos tiempos obraba divinos efectos de aquel fuego que venia á derramar y encender en el mundo [4].

706. Cumplidos en Egipto los misterios que la divina voluntad tenia determinados, y dejando aquel reino lleno de milagros y maravillas, salieron nuestros divinos peregrinos de la tierra poblada, y entraron en los desiertos por donde habian venido. Y en ellos padecieron otros nuevos trabajos, semejantes á los que llevaron cuando fueron desde Palestina; porque siempre daba el Señor tiempo y lugar á la necesidad y tribulacion para que el remedio fuese oportuno [5]. Y en estos aprietos se le enviaba él mismo por mano de los Ángeles santos: algunas veces por el modo que en la primera jornada [6], otras veces mandándoles el mismo infante Jesús que trajesen la comida á su Madre santísima y á su Esposo; que para gozar mas de este favor oia el órden que se les daba á los ministros espirituales, y como obedecian y se ofrecian prontos, y veia lo que traian: con que se alentaba y consolaba el santo Patriarca en la pena de no tener el sustento necesario para el Rey y Reina de los cielos. Otras veces usaba el Niño Dios de la potestad divina, y de algun pedazo de pan hacia que se multiplicase todo lo necesario. Lo demás de esta jornada fue, como tengo dicho en la primera parte, capítulo XXII; y por esto no me ha parecido necesario repetirlo. Pero cuando llegaron á los términos de Palestina, el cuidadoso Esposo tuvo noticia que Arquelao habia sucedido en el reino de Judea por Herodes su padre [7]. Y temiendo si con el reino habia heredado la crueldad contra el infante Jesús, torció el camino; y sin subir á Jerusalen ni tocar en Judea, atravesó por la tierra del tribu de Dan y de Isacar á la inferior Ga-

[1] Joan. vi, 44. — [2] Ibid. xiv, 6. — [3] Ibid. i, 9. — [4] Luc. xii, 49.
[5] Psalm. cxliv, 15. — [6] Supr. n. 634. — [7] Matth. ii, 22.

lilea, caminando por la costa del mar Mediterráneo, dejando á la mano derecha á Jerusalen.

707. Pasaron á Nazareth, su patria, porque el Niño se habia de llamar Nazareno [1]. Y hallaron su antigua y pobre casa en poder de aquella mujer santa y deuda de san Josef en tercer grado, que como dije en el tercero libro, capítulo XVII [2], acudió á servirle cuando nuestra Reina estuvo ausente en casa de santa Isabel. Y antes de salir de Judea, cuando partieron para Egipto, le habia escrito el santo Esposo cuidase de la casa y de lo que dejaban en ella. Todo lo hallaron muy guardado, y á su deuda que los recibió con gran consuelo, por el amor que tenia á nuestra gran Reina, aunque entonces no sabia su dignidad. Entró la divina Señora con su Hijo santísimo y su esposo Josef: y luego se postró en tierra, adorando al Señor, y dándole gracias por haberles traido á su quietud, libres de la crueldad de Herodes, y defendidos de los peligros de su destierro, y de tan largas y molestas jornadas; y sobre todo de que venia con su Hijo santísimo tan crecido, y lleno de gracia y virtud [3].

708. Ordenó luego la beatísima Madre su vida y ejercicios con disposicion del Niño Dios; no porque en el camino se hubiese desordenado en cosa alguna, que siempre la prudentísima Señora continuaba respetivamente las acciones perfectísimas en el camino, á imitacion de su Hijo santísimo: pero estando ya quieta en su casa, tenia disposicion para hacer muchas cosas que fuera de ella no era posible. Aunque en todas partes la mayor solicitud era cooperar con su Hijo santísimo en la salud de las almas, que era la obra encomendada del eterno Padre. Para este fin altísimo ordenó nuestra Reina sus ejercicios con el mismo Redentor, y en ellos se ocupaban, como en el discurso de esta segunda parte verémos. El santo esposo Josef dispuso tambien lo que tocaba á sus ocupaciones y oficio, para granjear con su trabajo el sustento de el Niño Dios, de la Madre, y de sí mismo. Tanta fue la felicidad de este santo Patriarca, que si en los demás hijos de Adan fue castigo y pena condenarlos al trabajo de sus manos y al sudor de su cara [4], para alimentar con él la vida natural; pero en san Josef fue bendicion, beneficio y consuelo sin igual elegirle para que su trabajo y sudor alimentase al mismo Dios y á su Madre, cuyo es el cielo y la tierra, y cuanto en ellos se contiene [5].

709. El agradecer este cuidado y trabajo del santo Josef tomó

[1] Matth. II, 23. — [2] Supr. n. 227. — [3] Luc. II, 40. — [4] Genes. III, 19.
[5] Esther, XIII, 10, 11.

por su cuenta la Reina de los Ángeles. Y en correspondencia de esto le servia, y cuidaba de su pobre comida y regalo con incomparable atencion, cuidado, agradecimiento y benevolencia. Estábale obediente en todo, y humillada en su estimacion, como si fuera sierva, y no esposa, y lo que mas es, Madre del mismo Criador y Señor de todo. Reputábase por indigna de cuanto tenia ser, y de la misma tierra que la sustentaba; porque juzgaba que de justicia le debian faltar todas las cosas. Y en el conocimiento de haber sido criada de nada, sin poder obligar á Dios para este beneficio, ni despues (á su parecer) para otro alguno, fundó tanto su rara humildad, que siempre vivia pegada con el polvo, y mas deshecha que él en su propria estimacion. Cualquier beneficio, por pequeño que fuese, le agradecia con admirable sabiduría al Señor, como á primer orígen y causa de todo bien, y á las criaturas como á instrumentos de su poder y bondad: á unos, porque le hacian beneficios; á otros, porque se los negaban; á otros, porque la sufrian: á todos se reconocia deudora, y los llenaba de bendiciones de dulzura, y se ponia á los piés de todos, buscando medios, artificios, arbitrios y trazas para que ningun tiempo ni ocasion se le pasase sin obrar en todo lo mas santo, perfecto y levantado de las virtudes, con admiracion de los Ángeles, agrado y beneplácito del Altísimo.

Doctrina que me dió la misma Reina de los cielos.

710. Hija mia, en las obras que el Altísimo hizo conmigo, mandándome peregrinar de unas partes y reinos á otros, nunca se turbó mi corazon, ni se contristó mi espíritu; porque siempre le tuve preparado para ejecutar en todo la voluntad divina. Y aunque su Majestad me daba á conocer los fines altísimos de sus obras, pero no era esto siempre en los principios, para que mas padeciese; porque en el rendimiento de la criatura no se han de buscar mas razones, de que lo manda el Criador, y que él lo dispone todo. Y solo por estas noticias se reducen las almas, que solo aprenden á dar gusto al Señor, sin distinguir sucesos prósperos ni adversos, y sin atender á los sentimientos de sus proprias inclinaciones. En esta sabiduría quiero de tí que te adelantes; y á imitacion mia, y por lo que estás obligada á mi Hijo santísimo, recibas lo próspero y adverso de la vida mortal con una misma cara, igualdad de ánimo y serenidad; sin que lo uno te contriste, ni lo otro te levante en vana alegría, y solo atiendas á que todo lo ordena el Altísimo por su beneplácito.

711. La vida humana está tejida con esta variedad de sucesos: unos de gusto, y otros de pena para los mortales; unos que aborrecen, y otros que desean. Y como la criatura es de corazon limitado y estrecho, de aquí le nace inclinarse con desigualdad á estos extremos, porque admite con demasiado gusto lo que ama y desea. Y por el contrario, se desconsuela y contrista cuando le sucede lo que aborrece y no queria. Estas trasmutaciones y vaivenes hacen peligrar á todas ó muchas virtudes; porque el amor desordenado de alguna cosa que no consigue la mueve luego á apetecer otra, buscando en deseos nuevos el alivio de la pena en los que no consiguió: y si los consigue, se embriaga y desmanda en el gusto de tener lo que apetecia; y con estas veleidades se arroja á mayores desórdenes de diferentes movimientos y pasiones. Advierte, pues, carísima, este peligro, y atájale por la raíz, conservando tu corazon independiente, y solo atento á la divina Providencia, sin dejarle inclinar á lo que apetecieres, y te diere gusto, ni aborrecer lo que te fuere penoso. Solo en la voluntad de tu Señor te alegra y deleita; y no te precipiten tus deseos, ni te acobarden tus temores de cualquier suceso: no te impidan las ocupaciones exteriores, ni te diviertan de tus santos ejercicios, y mucho menos el respeto y atencion de criaturas; y en todo atiende á lo que yo hacia. Sigue mis pisadas afectuosa y diligente.

FIN DEL LIBRO CUARTO.

LIBRO QUINTO,

Y TERCERO DE LA SEGUNDA PARTE.

CONTIENE LA PERFECCION CON QUE MARÍA SANTÍSIMA COPIABA Y IMITABA LAS OPERACIONES DE LA ALMA DE SU HIJO SANTÍSIMO, COMO LA INFORMABA DE LA LEY DE GRACIA, ARTÍCULOS DE LA FE, SACRAMENTOS, DIEZ MANDAMIENTOS, LA PRONTITUD Y ALTEZA CON QUE LA OBSERVABA, LA MUERTE DE SAN JOSEF, LA PREDICACION DE SAN JUAN BAPTISTA, EL AYUNO Y BAUTISMO DE NUESTRO REDENTOR, LA VOCACION DE LOS PRIMEROS DISCÍPULOS, Y EL BAUTISMO DE LA VÍRGEN MARÍA SEÑORA NUESTRA.

CAPÍTULO I.

Dispone el Señor á María santísima con alguna severidad y ausencia estando en Nazareth, y de los fines que tuvo en este ejercicio.

Alteza de los misterios que pasaron entre Jesús y su Madre desde este tiempo hasta la predicacion.—Altísimos fines por que determinó el Señor ejercitar de nuevo á su Madre.—1. Por levantarla á mayor grado de santidad y méritos.—2. Por el magisterio que habia de tener en la Iglesia despues de la Ascension.—3. Porque la doctrina evangélica quedase acreditada en su eficacia.—Determinó hacer á su Madre primera discípula y primogénita de la ley de gracia.—Ciencia de sus misterios, y doctrina con que la previno para este fin.—Ocupó veinte y tres años en este especial magisterio con su Madre.—Depositó en ella toda la ley de gracia y doctrina evangélica, grabándola en su corazon.—Fundamentos deste místico edificio.—Ausentósele el Señor interiormente, y en qué forma.—Severidad y retiro que la mostró el Niño Dios.—Ocultósele el interior de su Hijo, por donde iba copiando su imágen.—Como recurrió María en esta novedad al humilde concepto que de sí misma tenia.—Su dolor era precisamente por el recelo de si habia disgustado al Señor, ó faltado á su servicio.—Cuán del agrado de el Hijo eran estas amorosas congojas de la Madre.—Heróicos actos de todas las virtudes que ejercitaba en esta ausencia la Madre de Dios.—Oracion que hizo á Dios en la afliccion desta congoja amorosa.—Conferencias que tenia con sus santos Ángeles comunicándoles su humilde y amoroso dolor.—Respuestas con que la consolaban los Ángeles.—Razon por que no se declaraban mas los Ángeles con su Reina.—Como ocultaba el amantísimo Hijo su natural ter-

nura en la afliccion de su Madre.—Admirable medida de la Madre en representar á su Hijo Dios sus amorosas congojas.—Gozo del niño Jesús viendo tan buen logro de su amor y gracia.—Cama del niño Jesús qué tal era.—En qué forma usaba della.—Su respuesta queriendo mejorársela su Madre.—Ejercicio que hacia la Madre de Dios todas las noches y mañanas, postrada delante de su Hijo.—Misteriosa severidad que el Niño Dios mostraba á su Madre en este ejercicio el tiempo de su retiro.—Como examinaba María su interior, buscando si hallaba en él la causa desta severidad.—Congoja de su amor, pensando si la habia y la ignoraba.—Cuánto levantó el Hijo por este medio á su Madre.—Siempre Cristo ejercita el oficio de maestro de las almas, y cómo.—Disposiciones que ha de tener el alma para que Cristo sea con especialidad su maestro.—Como ha de oir y ejecutar su doctrina.—Los retiros del Señor muchas veces son castigo de las almas.—Débese hacer grande estima de la particular enseñanza del Señor.—Por dónde se puede asegurar el alma de que es del Señor la doctrina que recibe.—Manda la Maestra á su discípula que cada noche y mañana la diga postrada en su presencia las culpas propias.

712. Vinieron ya de asiento á Nazareth Jesús, María y Josef, donde se convirtió en nuevo cielo aquella humilde y pobre morada en que vivian. Y para decir yo los misterios y sacramentos que pasaron entre el Niño Dios y su purísima Madre hasta cumplir su alteza los doce años de edad, y despues hasta la predicacion, fueran necesarios muchos libros y capítulos; y en todos dijera poco, por la grandeza inefable del objeto y por la pequeñez de mujer ignorante cual yo soy. Diré algo con la luz que me ha dado esta gran Señora, y dejaré siempre oculto lo mas que se podia decir; porque no todo es posible ni conveniente alcanzarlo en esta vida, y se reserva para la que esperamos.

713. Á pocos dias de la vuelta de Egipto á Nazareth, determinó el Señor ejercitar á su Madre santísima, al modo que lo hizo en su niñez (como queda dicho en el segundo libro de la primera parte, capítulo XXVII), aunque ahora estaba mas robusta en el uso del amor y plenitud de sabiduría. Pero como el poder de Dios es infinito, y la materia de su divino amor es inmensa, y tambien la capacidad de la Reina era superior á todas las criaturas, ordenó el mismo Señor levantarla á mayor estado de santidad y méritos. Y junto con esto, como verdadero maestro de espíritu, quiso formar una discípula tan sábia y excelente, que despues fuese maestra consumada y ejemplar vivo de la doctrina de su Maestro; como lo fue María santísima despues de la Ascension de su Hijo y Señor nuestro á los cielos, de que trataré en la tercera parte [1]. Era

[1] Part. III, n. 106, 183, 209.

tambien conveniente y necesario para la honra de Cristo nuestro Redentor que la doctrina evangélica, con que y en que habia de fundar la nueva ley de gracia, tan santa, sin mácula y sin ruga [1], quedase acreditada en su eficacia y virtud, formando alguna pura criatura en quien se hallasen sus efectos adecuada y cabalmente, y fuese lo mas perfecto en aquel género, por donde se regulasen y midiesen todos los demás inferiores. Y estaba puesto en razon que esta criatura fuese la beatísima María, como Madre y mas allegada al Maestro y mismo Señor de la santidad.

714. Determinó el Altísimo que la divina Señora fuese la primera discípula de su escuela y primogénita de la nueva ley de gracia, la estampa adecuada de su idea, y la materia dispuesta, donde como en cera blanda se imprimiera el sello de su doctrina y santidad, para que Hijo y Madre fuesen las dos tablas [2] verdaderas de la nueva ley que venia á enseñar al mundo. Y para conseguir este altísimo fin prevenido en la divina sabiduría, le manifestó todos los misterios de la ley evangélica y de su doctrina; y todo lo trató y confirió con ella, desde que vinieron de Egipto hasta que salió el Redentor del mundo á predicar, como en el discurso de adelante verémos. En estos ocultos sacramentos se ocuparon el Verbo humanado y su Madre santísima veinte y tres años que estuvieron en Nazareth antes de la predicacion. Y como tocaba todo esto á la divina Madre (cuya vida no escribieron los Evangelistas), por esto lo dejaron en silencio, salvo lo que sucedió á los doce años, cuando el infante JESÚS se hizo perdidizo en Jerusalen, como lo refiere san Lucas [3], y adelante diré. En este tiempo sola María santísima fue discípula de su Hijo unigénito. Y sobre los inefables dones de santidad y gracia que hasta aquella hora la habia comunicado, la infundió nueva luz, y la hizo participante de su divina ciencia, depositando en ella y grabando en su corazon toda la ley de gracia y la doctrina que hasta el fin del mundo habia de enseñar en su Iglesia evangélica. Y esto fue por tan alto modo, que no se puede explicar con razones ni palabras; pero quedó la gran Señora tan docta y sábia, que bastaba para ilustrar muchos mundos, si los hubiera, con su enseñanza.

715. Y para levantar este edificio en el corazon purísimo de su Madre santísima sobre todo lo que no era Dios, echó los fundamentos el mismo Señor, probándola en la fortaleza del amor y de todas las virtudes. Para esto se le ausentó el Señor interiormente, reti-

[1] Ephes. v, 27. — [2] Exod. xxxi, 18. — [3] Luc. ii, à v. 43; infr. n. 747.

rándosele de aquella vista ordinaria que le causaba continuo júbilo y gozo espiritual correspondiente á este beneficio. No digo que la dejó el Señor; pero que estando con ella y en ella por inefable gracia y modo, se le ocultó su vista, y suspendió los efectos dulcísimos que con ella tenia, ignorando la divina Señora el modo y la causa, porque nada le manifestó su Majestad. Á mas de esto el mismo Hijo y Niño Dios, sin darle á entender otra cosa, se le mostró mas severo que solia, y estaba menos con ella corporalmente; porque se retiraba muchas veces, y la hablaba pocas palabras, y aquellas con grande entereza y majestad. Y lo que mas podia afligirla, fue hallar eclipsado aquel sol que reverberaba en el cristalino espejo de la humanidad santísima en que solia ver las operaciones de su alma purísima; de manera, que ya no las podia ver, como solia, para ir copiando aquella imágen viva como antes lo hacia.

716. Esta novedad (sin otro aviso alguno) fue el crisol en que se renovó y subió de quilates el oro purísimo del amor santo de nuestra gran Reina. Porque admirada de lo que (sin hallarse prevenida) le habia sucedido, luego recurrió al humilde concepto que de sí misma tenia, juzgándose indigna de la vista del Señor que se la habia escondido; y todo lo atribuyó á que su ingratitud y poca correspondencia no habian dado al Altísimo y Padre de las misericordias el retorno que le debia por los beneficios de su larguísima mano. No sentia la prudentísima Reina que le faltasen los regalos dulcísimos y caricias ordinarias del Señor; pero el recelo de si le habia disgustado, ó si habia faltado en alguna cosa de su servicio y beneplácito, esto le traspasaba el corazon candidísimo con una flecha de dolor. No sabe pensar menos el amor, cuando es tan verdadero y noble; porque todo se emplea en el gusto y bien del bien que ama; y cuando le imagina sin este gusto ó le recela descontento, no sabe descansar fuera del agrado y satisfacion del amado. Estas congojas amorosas de la divina Madre eran para su Hijo santísimo de sumo agrado, porque le enamoraban de nuevo, y los afectos tiernos de su única y dilecta le herian el corazon [1]. Mas con amorosa industria, cuando la dulce Madre le buscaba [2] y queria hablarle, se mostraba siempre severo y disimulado. Y con esta entereza misteriosa el incendio del castísimo corazon de la Madre levantaba la llama, como la fragua y la hoguera con el rocío.

717. Hacia la cándida paloma heróicos actos de todas las virtudes. Humillábase mas que el polvo; reverenciaba á su Hijo santísi-

[1] Cant. IV, 9. — [2] Ibid. III, 1.

mo con profunda adoracion; bendecia al Padre, y le daba gracias por sus admirables obras y beneficios, conformándose con su divina disposicion y beneplácito; buscaba su voluntad santa y perfecta para cumplirla en todo; encendíase en amor, en fe y en esperanza; y en todas las obras y sucesos aquel nardo fragantísimo despedia olor de suavidad para el Rey de los reyes [1], que descansaba en el corazon de María santísima como en su lecho y tálamo florido y oloroso [2]. Perseveraba en continuas peticiones con lágrimas, con gemidos y con repetidos suspiros de lo íntimo del corazon; derramaba su oracion en la presencia del Señor, y pronunciaba su tribulacion ante el divino acatamiento [3]. Y muchas veces vocalmente le decia palabras de incomparable dulzura y amoroso dolor.

718. *Criador de todo el universo* (decia), *Dios eterno y poderoso, infinito en sabiduría y bondad, incomprehensible en el ser y perfecciones; bien sé que mi gemido no se esconde á vuestra sabiduría* [4], *y conoceis, bien mio, la herida que traspasa mi corazon. Si como inútil sierva he faltado á vuestro servicio y gusto; ¿por qué, vida de mi alma, no me afligís y castigais con todos los dolores y penas de la vida mortal en que me hallo, y que no vea yo la severidad de vuestro rostro, que merece quien os ha ofendido? Todos los trabajos fueran menos: pero no sufre mi corazon hallaros indignado; porque solo Vos, Señor, sois mi vida, mi bien, mi gloria y mi tesoro. No estima ni reputa mi corazon otra cosa alguna de todo lo que habeis criado* [5], *ni sus especies entraron en mi alma, mas de para magnificar vuestra grandeza, y reconoceros por Dueño y Criador de todo. Pues ¿qué haré yo, bien mio y mi Señor, si me falta la lumbre de mis ojos* [6], *el blanco de mis deseos, el norte de mi peregrinacion, la vida que me da ser, y todo el ser que me alimenta y da la vida? ¿Quién dará fuentes á mis ojos* [7] *para que lloren el no haberme aprovechado de tantos bienes recibidos, de haber sido tan ingrata en el retorno que debia? Dueño mio, mi luz, mi guia, mi camino y mi maestro, que con vuestras obras sobreperfectísimas y excelentes gobernábadeis las mias frágiles y tibias: si me ocultais este ejemplar, ¿cómo regularé yo mi vida á vuestro gusto? ¿Quién me llevará segura en este obscuro destierro? ¿Qué haré? ¿Á quién me convertiré si Vos me despedís de vuestro amparo?*

719. No descansaba con todo esto la cierva herida; pero como sedienta [8] de las fuentes purísimas de la gracia acudia tambien á sus santos Ángeles, y con ellos tenia largas conferencias y coloquios, y

[1] Cant. I, 11. — [2] Ibid. 16. — [3] Psalm. CXLI, 3. — [4] Ibid. XXXVII, 10. — [5] Ibid. LXXII, 25. — [6] Ibid. XXXVII, 11. — [7] Jerem. IX, 1. — [8] Psalm. XLI, 2.

les decia : *Príncipes soberanos y privados íntimos del supremo Rey, amigos suyos y custodios mios, por vuestra segura felicidad de ver siempre su divino rostro* [1] *en la luz inaccesible* [2], *os pido que me digais la causa de su enojo, si le tiene. Clamad tambien por mí en su real presencia, para que por vuestros ruegos me perdone, si por ventura le ofendí. Acordadle, amigos mios, que soy polvo* [3], *aunque fabricada por sus manos y sellada con su imágen; que no se olvide desta pobre hasta el fin* [4]; *pues humilde le confiesa y engrandece. Pedid que dé aliento á mi pavor, y vida á quien no la tiene sin amarle. Decidme, ¿cómo y con qué daré gusto y mereceré la alegría de su rostro?* Respondiéronla los Ángeles : *Reina y Señora nuestra, dilatado es vuestro corazon para que no le venza la tribulacion* [5] : *y nadie como Vos está capaz de cuán cerca está el Señor del afligido que le llama* [6]. *Atento está sin duda á vuestro afecto, y no desprecia vuestros gemidos amorosos* [7]. *Siempre le hallaréis piadoso Padre, y á vuestro Unigénito afectuoso Hijo, mirando vuestras lágrimas. ¿Será por ventura atrevimiento* (replicaba la amantísima Madre) *llegarme á su presencia? ¿Será mucha osadía pedirle postrada me perdone si en alguna falta le dí disgusto? ¿Qué haré? ¿Qué remedio hallaré en mis recelos? No desagrada á nuestro Rey* (respondian los santos príncipes) *el corazon humilde* [8]; *en él pone los ojos de su amor* [9], *y nunca se disgusta de los clamores de quien ama en lo que amorosamente obra.*

720. Entretenian y consolaban algo los santos Ángeles á su Reina y Señora con estos coloquios y respuestas, significándole en ellas, debajo de razones generales, el singular amor y agrado del Altísimo con sus dulcísimas congojas. Y no se declaraban mas, porque el mismo Señor queria tener en ellas sus delicias [10]. Y aunque su Hijo santísimo en cuanto hombre verdadero, con el natural amor que como á Madre, y Madre sola, y sin padre, la debia y la tenia, llegaba á enternecerse muchas veces con la natural compasion de verla tan afligida y llorosa; pero con todo eso guardaba y ocultaba su compasion con la entereza de su semblante. Y algunas veces que la amantísima Madre le llamaba para que fuese á comer, se detenia, y otras iba sin mirarla y sin hablarle palabra. Pero aunque en todas estas ocasiones la gran Señora derramaba muchas lágrimas y representaba á su Hijo santísimo las amorosas congojas de su pecho, todo lo hacia con tan gran medida, peso y acciones tan prudentes y

1 Matth. XVIII, 10. — 2 I Tim. VI, 16. — 3 Job, X, 9. — 4 Psalm. LXXIII, v. 19. — 5 Ibid. IV, 2. — 6 Ibid. XC, 15. — 7 Ibid. XXXVII, 10. — 8 Ibid. L, v. 19. — 9 Ibid. CI, 18. — 10 Prov. VIII, 31.

llenas de sabiduría, que si en Dios pudiera caber admiracion (como es cierto que no puede), la tuviera su Majestad de hallar en una pura criatura tan gran lleno de santidad y perfecciones. Pero el infante Jesús, en cuanto hombre, recibia especial gozo y complacencia de ver tan bien logrados en su Madre Vírgen los efectos de su divino amor y gracia. Y los santos Ángeles le daban nueva gloria y cánticos de alabanza por este admirable y inaudito prodigio de virtudes.

721. Para que el infante Jesús durmiese y descansase, le tenia su amorosa Madre prevenida por manos del patriarca san Josef una tarima, y sobre ella una sola manta; porque desde que salió de la cuna, cuando estaban en Egipto, no quiso admitir otra cama ni mas abrigo. Y aun en aquella tarima no se echaba, ni se servia siempre della; pero algunas veces estando asentado en el áspero lecho, se reclinaba en él sobre una almohada pobre y de lana, que la misma Señora habia hecho. Y cuando su alteza le quiso prevenir mejor cama, respondió el Hijo santísimo que la suya, donde se habia de extender, seria solo el tálamo de la cruz, para enseñar al mundo con ejemplo [1] que no se ha de pasar al eterno descanso por los que ama Babilonia, y que en la vida mortal el padecer es alivio. Desde entonces le imitó en este modo de reclinarse la divina Señora con nuevo cuidado y atencion. Cuando era ya tarde y tiempo de recogerse, tenia costumbre la celestial Maestra de humildad postrarse delante de su Hijo santísimo que estaba en la tarima; y allí le pedia cada noche la perdonase no haberse empleado en servirle aquel dia con mas cuidado, ni ser tan agradecida á sus beneficios como debia. Dábale gracias de nuevo por todo, y le confesaba con muchas lágrimas por verdadero Dios y Redentor del mundo; y no se levantaba del suelo hasta que su Hijo unigénito se lo mandaba y la bendecia. Este mismo ejercicio repetia por la mañana, para que el divino Maestro y Preceptor le ordenase lo que todo el dia habia de obrar en su servicio: y así lo hacia su Majestad con mucho amor.

722. Pero en esta ocasion de su severidad mudó tambien el estilo y el semblante. Y cuando la candidísima Madre llegaba á reverenciarle y adorarle en su acostumbrado ejercicio, aunque acrecentaba sus lágrimas y gemidos de lo íntimo del corazon, no le respondia palabra, mas de oirla con severidad, y mandábala que se fuese. Y no hay ponderacion que llegue á manifestar los efectos que obraba en el corazon purísimo y columbino de la amorosa Madre ver á

[1] I Petr. II, 21.

su Hijo, Dios y hombre verdadero, tan mudado en el semblante, tan grave en el rostro y tan escaso en las palabras, y en todo el exterior tan diferente de lo que solia mostrarse con ella. Examinaba la divina Señora su interior, reconocia el órden de sus obras, las condiciones, las circunstancias de ellas, y daba muchas vueltas con la atencion y memoria por aquella oficina celestial de su alma y potencias; y aunque no podia hallar en ella parte alguna de tinieblas, porque todo era luz, santidad, pureza y gracia; con todo eso, como sabia que ante los ojos de Dios, ni los cielos [1] ni las estrellas [2] son limpios, como dice Job, y hallan que reprehender en los mas angélicos espíritus [3], temia la gran Reina, si acaso ignoraba algun defecto que fuese al Señor patente. Y con este recelo padecia deliquios de amor; que como es fuerte como la muerte [4], en esta nobilísima emulacion, aunque llena de toda sabiduría, causa dolores de inextinguible pena. Duróle muchos dias á nuestra Reina este ejercicio, en que su Hijo santísimo la probó con incomparable gozo, y la levantó al estado de Maestra universal de las criaturas, remunerando la lealtad y fineza de su amor con abundante y copiosa gracia sobre la mucha que tenia. Despues sucedió lo que diré en el capítulo siguiente.

Doctrina de la reina del cielo María santísima.

723. Hija mia, véote deseosa de ser díscipula de mi Hijo santísimo, por lo que has entendido y escrito de como yo lo fuí. Y para tu consuelo quiero que adviertas y conozcas que el oficio de maestro no lo ejercitó su Majestad sola una vez, ni en el tiempo que en forma humana enseñó su doctrina, como se contiene en los Evangelios [5] y en su Iglesia; sino que siempre hace el mismo oficio con las almas, y le hará hasta el fin del mundo, amonestando, dictando y inspirándoles lo mejor y mas santo, para que lo pongan por obra. Y esto hace con todas absolutamente; aunque segun su divina voluntad, ó la disposicion y atencion de cada una, reciben mayor ó menor enseñanza [6]. Si de esta verdad te hubieras aprovechado siempre, larga experiencia tienes de que el altísimo Señor no se dedigna de ser maestro del pobre, ni de enseñar al despreciado y pecador, si quieren atender á su doctrina interior. Y porque ahora deseas saber la disposicion que de tu parte quiere su Majestad ten-

1 Job, xv, 15. — 2 Ibid. xxv, 5. — 3 Ibid. iv, 18. — 4 Cant. viii, 6.
5 Matth. xxviii, 20. — 6 Ibid. xi, 5.

gas para hacer contigo el oficio de maestro en el grado que tu corazon lo codicia, quiero de parte del mismo Señor decírtelo y asegurarte que si te hallare materia dispuesta, pondrá en tu alma, como verdadero y sábio Artífice y Maestro, su sabiduría, luz y enseñanza con grande plenitud.

724. En primer lugar debes tener la conciencia limpia, pura, serena, quieta, y un desvelo incesante de no caer en culpa ni imperfeccion por ningun suceso del mundo. Con esto juntamente te has de alejar y despedir de todo lo terreno, de manera que, como otras veces te he amonestado, no quede en tí especie ni memoria de cosa alguna humana ni visible, sino solo el corazon sencillo, sereno y claro. Y cuando tuvieres el interior tan despegado y libre de tinieblas y especies terrenas que las causan; entonces atenderás al Señor, inclinando tus oidos[1] como hija carísima que olvida su pueblo de esa Babilonia vana, y la casa de su padre Adan, y todos los resabios de la culpa: y te aseguro que te hablará palabras de vida eterna[2]. Luego te conviene que le oigas con reverencia y agradecimiento humilde: que hagas de su doctrina digno aprecio, y que la ejecutes con toda puntualidad y diligencia; porque á este gran Señor y Maestro de las almas nada se le puede ocultar[3], y se desvia y retira con disgusto, cuando la criatura es ingrata y negligente en obedecerle y agradecerle tan alto beneficio. No han de pensar las almas que estos retiros del Altísimo les suceden siempre como el que tuvo conmigo; porque en mí fue sin culpa y con excesivo amor; pero en las criaturas, donde hay tantos pecados, groserías, ingratitudes y negligencias, suele ser pena y castigo merecido.

725. Atiende, pues, ahora, hija mia, y advierte tus omisiones y faltas en hacer la estimacion digna que debes á la doctrina y luz que con particular enseñanza has recibido del divino Maestro y de mis amonestaciones. Modera ya los temores desordenados, y no dudes mas si es el Señor quien te habla y enseña, pues la misma doctrina da testimonio de su verdad y te asegura de su autor; porque es santa, pura, perfecta y sin mácula. Ella enseña lo mejor, y te reprehende cualquier defecto, por mínimo que sea; y sobre esto te la aprueban tus maestros y padres espirituales. Quiero tambien que tengas siempre cuidado (imitándome en lo que has escrito) de venir á mí cada noche y mañana inviolablemente (pues soy tu maestra), y con humildad me digas tus culpas, reconociéndolas con dolor y contricion perfecta, para que yo sea intercesora con el Señor,

1 Psalm. XLIV, 11. — 2 Joan. VI, 69. — 3 Hebr. IV, 13.

y como Madre alcance dél que te perdone. Luego que cometieres alguna culpa ó imperfeccion, la reconoce y llora sin dilacion, y pide al Señor perdon con deseo de enmendarte. Y si fueres atenta y fiel en esto que te mando, serás discípula del Altísimo y mia, como deseas; porque la pureza del alma y la gracia es la mas eminente y adecuada disposicion para recibir las influencias de la luz divina y ciencia infusa que comunica el Redentor del mundo á los que son sus discípulos verdaderos.

CAPÍTULO II.

Manifiéstansele á María santísima las operaciones de la alma de su Hijo nuestro Redentor de nuevo, y todo lo que se le habia ocultado; y comienza á informarla de la ley de gracia.

Declárase la excelencia del amor divino que tuvo la Madre de Dios. — Eminencia con que estuvieron en María las causas del divino amor. — Diversidad de el amor divino y el humano en el modo de engendrarse. — Alguna semejanza que tienen en los efectos. — Causa del dolor que sigue al amor humano en el desvío del objeto amado. — Como en el amor divino es suma sabiduría lo que es locura en el humano. — Razon del tormento de la alma poseida de el divino amor en el retiro de Dios. — Declárase el martirio del corazon de María en este retiro de Dios. — Excelencia deste martirio amoroso de María. — Tiempo que duró. — Ternura del niño Jesús en la afliccion de su Madre. — Razones humildes y amorosas que le dijo la Madre arrojándose á sus piés. — Respuesta del Hijo de Dios, y su maravillosa eficacia. — Éxtasis á que fue elevada María. — En él la destinó la santísima Trinidad por primogénita y primera discípula de Cristo. — Eminencia de su discipulado á que fue destinada. — Corresponde á este misterio lo que dice el cap. XXIV del Eclesiástico, y aplica á María la Iglesia. — Da á entender esta letra la inexplicable grandeza en que constituyó á María el magisterio que con ella ejercitó su Hijo. — Ofrece el Niño Dios á su Madre grabar en su pecho la doctrina evangélica conforme á la voluntad de su Padre. — Vuélvesele á manifestar á María con mas clara luz el interior del alma de Cristo. — Vió en él toda la nueva ley de gracia como el Señor la tenia ideada y determinada. — Como enseñaba Jesús á María tambien con palabras. — Dificultad de declarar los misterios que pasaron entre Hijo y Madre hasta la predicacion. — Cuánto fue lo que en ese tiempo escribió Cristo en el corazon de su Madre. — Como se ocupaba María en tan eminentes obras sin faltar en cosa al servicio corporal de su Hijo y Esposo. — Asistencia del niño Jesús á Josef en su corporal trabajo. — Ayudábale y hacia algunos milagros para que el Santo se alentase. — Exhortacion al discipulado de la doctrina evangélica. — Especial vocacion de la discípula de María. — Tres estados de altísima perfeccion á que la llama el Señor. — Hízola el Señor estos beneficios, para que fuese idónea de escribir esta Historia. — Fue por intercesion de la Madre de Dios. — Grandeza y utilidad de estos beneficios.

726. De la naturaleza y condiciones del amor, de sus causas y efectos ha hecho grandes y largos discursos el entendimiento humano. Y para explicar yo el amor santo y divino de María santísima, Señora nuestra, fuera necesario añadir mucho á todo lo que está dicho y escrito en materia del amor; porque, despues de el que tuvo la alma santísima de Cristo nuestro Señor, ninguno hubo tan noble y excelente en todas las criaturas humanas y angélicas como el que tuvo y tiene la divina Señora, pues mereció llamarse Madre del amor hermoso[1]. Uno mismo es en todos el objeto y materia del amor santo, que es Dios por sí mismo y las demás cosas criadas por él; pero el sujeto donde este amor se recibe, las causas por donde se engendra, y los efectos que produce, son muy desiguales; y en nuestra gran Reina estuvieron en el supremo grado de pura criatura. En ella fueron sin medida y tasa la pureza del corazon, la fe, la esperanza, el temor santo y filial, la ciencia y sabiduría, los beneficios, la memoria y aprecio de ellos, y todas las demás causas que puede tener el amor santo y divino. No se engendra esta llama, ni se enciende al modo del amor insano y ciego que entra por la estulticia de los sentidos, y despues no se le halla razon ni camino. Porque el amor santo y puro entra por el conocimiento nobilísimo, por la fuerza de su bondad infinita y suavidad inexplicable; que como Dios es sabiduría y bondad, no solo quiere ser amado con dulzura, sino tambien con sabiduría y ciencia de lo que se ama.

727. Alguna semejanza tienen estos amores en los efectos, mas que en las causas; porque si una vez rinden el corazon y se apoderan dél, salen con dificultad. Y de aquí nace el dolor que siente el corazon humano cuando halla desvío y sequedad, ó menos correspondencia en lo que ama; porque esto es lo mismo que obligarle á arrojar de sí el amor; y como él se apodera tanto del corazon y no halla fácil la salida, aunque alguna vez se la proponga la razon, viene á causar dolores de muerte esta dura violencia que padece. Todo esto es locura y insania en el amor ciego y mundano. Pero en el amor divino es suma sabiduría; porque donde no se puede hallar razon para dejar de amar, la mayor prudencia es buscarlas para amar mas íntimamente y obligar al Amado. Y como la voluntad en este empeño emplea toda su libertad; tanto cuanto mas libremente ama al sumo Bien, tanto viene á quedar menos libre para dejarle de amar: y en esta gloriosa porfía, siendo la voluntad la señora y la reina de la alma, viene á quedar felizmente esclava de su mismo amor;

[1] Eccli. XXIV, 24.

y ni quiere ni cási puede negarse á esta libre servidumbre. Y por esta libre violencia, si halla desvío ó recelos en el sumo Bien que ama, padece dolores y deliquios de muerte, como á quien le falta el objeto de la vida; porque solo vive con amar y saber que es amada.

728. De aquí se entenderá algo de lo mucho que padeció el corazon ardentísimo y purísimo de nuestra Reina con la ausencia del Señor y con ocultársele el objeto de su amor, dejándola padecer tantos dias los recelos que tenia de si le habia disgustado. Porque siendo ella un compendio cási inmenso de humildad y amor divino, y no sabiendo la causa de aquella severidad y desvío de su Amado, vino á padecer un martirio el mas dulce y mas riguroso que jamás alcanzó el ingenio humano ni angélico. Sola María santísima, que fue Madre del santo amor [1], y llegó á lo sumo que pudo caber en pura criatura, sola ella supo y pudo padecer este martirio, en que excedió á todas las penas de los Mártires y penitencias de los Confesores. Y en su alteza se ejecutó lo que dijo el Esposo en los Cantares [2]: *Si diere el hombre toda la substancia de su casa por el amor, la despreciará como si fuera nada*. Porque todo lo visible y criado y su misma vida olvidó en esta ocasion, y lo reputó por nada; hasta hallar la gracia y el amor de su Hijo santísimo y su Dios, que temia haber perdido, aunque siempre le poseia. No se puede explicar con palabras su cuidado, solicitud, desvelo y diligencias que hizo para obligar á su Hijo dulcísimo y al Padre eterno.

729. Pasaron treinta dias que le duraba este conflicto; y eran muchos siglos para quien un solo momento no parece podia vivir sin la satisfacion de su amor y del Amado. Y, á nuestro modo de entender, no podia ya el corazon de nuestro infante JESÚS contenerse, ni resistir mas la fuerza del amor que tenia á su dulcísima Madre; porque tambien el mismo Señor padecia una admirable y suave violencia en tenerla tan afligida y suspensa. Sucedió, que entró un dia la humilde y soberana Reina á la presencia del Niño Dios, y arrojándose á sus piés, con lágrimas y suspiros de lo íntimo del alma le habló, y le dijo: *Dulcísimo amor y bien mio, ¿qué monta la poquedad de este polvo y ceniza comparada con vuestro inmenso poder? ¿Qué puede toda la miseria de la criatura, para vuestra bondad sin fin? En todo excedeis á nuestra bajeza, y con el inmenso piélago de vuestra misericordia se anegan nuestras imperfecciones y defectos. Si no he acertado á serviros, como confieso debo, castigad mis negligen-*

[1] Eccli. XXIV, 24. — [2] Cant. VIII, 7.

cias y perdonadlas; pero vea yo, Hijo y Señor mio, la alegría de vuestra cara, que es mi salud, y aquella luz deseada que me daba vida y ser. Aquí está la pobre, pegada con el polvo, y no me levantaré de vuestros piés hásta que vea claro el espejo en que se miraba mi alma.

730. Estas razones, y otras llenas de sabiduría y ardentísimo amor, dijo nuestra gran Reina humillada y delante su Hijo santísimo. Y como su Majestad deseaba mas que la misma Señora restituirla á sus delicias, le respondió con mucho agrado esta palabra: *Madre mia, levantaos*. Y como esta voz era pronunciada del mismo que era Palabra del eterno Padre, tuvo tanta eficacia, que con ella instantáneamente quedó la divina Madre toda transformada y elevada en un altísimo éxtasis, en que vió á la Divinidad abstractivamente. En esta vision la recibió el Señor con dulcísimos abrazos y razones de Padre y Esposo; con que pasó de las lágrimas en júbilo, de pena en gozo, y de amargura en suavísima dulzura. Manifestóle su Majestad grandes misterios de sus altos fines en la nueva ley evangélica. Y para escribirla toda en su candidísimo corazon, la señaló y destinó la beatísima Trinidad por primogénita y primera discípula del Verbo humanado, para que formase en ella como el padron y ejemplar, por donde se habian de copiar todos los santos Apóstoles, Mártires, Doctores, Confesores, Vírgines y los demás justos de la nueva Iglesia y ley de gracia, que el Verbo habia de fundar en la redencion humana.

731. Á este misterio corresponde todo lo que la divina Señora dijo de sí misma, como la Iglesia santa se lo aplica en el capítulo XXIV del Eclesiástico debajo de tipo de la sabiduría divina. Y no me detengo en la declaracion de este capítulo; porque sabido el sacramento que voy escribiendo, se deja entender como le conviene á nuestra gran Reina todo cuanto allí dice el Espíritu Santo en su nombre. Basta referir algo de la letra, para que todos entiendan parte de tan admirable sacramento. *Yo salí* (dice esta Señora [1]) *de la boca del Altísimo, primogénita antes que todas las criaturas: yo hice que naciera en el cielo la lumbre indefectible, y como niebla cubrí toda la tierra: yo habité en las alturas, y mi trono en la columna de la nube. Yo sola giré los cielos, y penetré el profundo del abismo, y anduve en las olas del mar, y estuve en toda la tierra: y tuve el primado en todos los pueblos y gentes; y con mi virtud puse las plantas en el corazon de todos los excelsos y humildes: y en todas estas cosas busqué descanso, y en la herencia del Señor estaré de asiento. Enton-*

[1] Eccli. XXIV, à v. 5.

ces me mandó el Criador de todo, y me dijo: y el que me crió á mí descansó en mi tabernáculo, y me dijo: Habita en Jacob, y hereda á Israel, y extiende tus raíces en mis escogidos. Desde ab initio, y antes de los siglos fuí criada, y hasta el futuro siglo permaneceré, y en la habitacion santa administré delante dél. Y así fuí confirmada en Sion, y juntamente descansé en la ciudad santificada y tuve potestad en Jerusalen. Y eché raíces en el pueblo honorificado, y su herencia es en la parte de mi Dios, y en la plenitud de los santos mi detencion.

732. Continúa luego el Eclesiástico otras excelencias de María santísima, y vuelve á decir [1]: *Yo extendí mis ramos como el terebinto, y son de honor y de gracia. Yo dí fruto de suave olor, como la vid: y mis flores son frutos de honor y honestidad. Yo soy la Madre del amor hermoso, y del temor, y del conocimiento y santa esperanza. En mí está la gracia de todo camino y verdad: en mí toda la esperanza de la vida y de la virtud. Pasad á mí todos los que me deseais, y seréis llenos de mis generaciones; porque mi espíritu es mas dulce que la miel, y mi herencia sobre la miel y el panal: mi memoria en todas las generacionos de los siglos. Los que me gustaren, aun tendrán hambre; y los que bebieren, tendrán sed. El que me oyere, no será confundido: los que en mí obraren, no pecarán. Y los que me ilustraren, alcanzarán eterna vida.* Hasta aquí basta de la letra del capítulo del Eclesiástico, en que el corazon humano y piadoso sentirá luego tanta preñez de misterios y sacramentos de María santísima, que su virtud oculta le llevará el corazon á esta Señora y Madre de la gracia, y le dará á sentir en sus palabras su inexplicable grandeza y excelencia, en que la constituyó la doctrina y magisterio de su Hijo santísimo, por decreto de la beatísima Trinidad. La eminente Princesa fue la arca verdadera del Nuevo Testamento [2]; y del remanente de su sabiduría y gracia, como de un mar inmenso, redundó todo cuanto recibieron y recibirán los demás santos, hasta el fin del mundo.

733. Volvió de su éxtasi la divina Madre, y de nuevo adoró á su Hijo santísimo, y le pidió le perdonase si en su servicio habia cometido alguna negligencia. Respondióla su Majestad, levantándola de donde estaba postrada, y la dijo: *Madre mia, de vuestro corazon y afectos estoy muy agradado, y quiero que le dilateis y prepareis de nuevo para recibir mis testimonios. Yo cumpliré la voluntad de mi Padre, y escribiré en vuestro pecho la doctrina evangélica que vengo á enseñar al mundo. Y Vos, Madre, la pondréis en ejecucion, co-*

[1] Eccli. XXIV, 22. — [2] Apoc. XI, 19.

mo yo deseo y quiero. Respondió la Reina purísima: *Hijo y Señor mio, halle yo gracia en vuestros ojos; y gobernad mis potencias por los caminos rectos* [1] *de vuestro beneplácito. Y hablad, Dueño mio, que vuestra sierva oye* [2], *y os seguirá hasta la muerte*. En esta conferencia que tuvieron el Niño Dios y su Madre santísima, se le descubrió y manifestó de nuevo á la gran Señora todo el interior de la alma santísima de Cristo, con sus operaciones; y creció este beneficio desde aquella ocasion, así de parte del sujeto, que era la divina discípula, como de la del objeto; porque recibió mas clara y alta luz: y en su Hijo santísimo vió toda la nueva ley evangélica, con todos sus misterios, sacramentos y doctrina, segun el divino Arquitecto la tenia ideada en su mente, y determinada en su voluntad de reparador y maestro de los hombres. Á mas de este magisterio, que fue para sola María santísima, añadia otro; porque con palabras la enseñaba y declaraba lo oculto de su sabiduría [3], y lo que no alcanzaron todos los hombres y los Ángeles. De esta sabiduría, que aprendió María purísima sin ficcion [4], comunicó sin envidia toda la luz que derramó antes, y mas despues de la Ascension de Cristo nuestro Señor.

734. Bien conozco que pertenecia á esta Historia manifestar aquí los ocultísimos misterios que pasaron entre Cristo Señor nuestro y su Madre en estos años de su puericia y juventud hasta la predicacion; porque todas estas cosas se ejecutaron con la divina Madre y en su enseñanza: pero de nuevo confieso lo que dije arriba, número setecientos y once, de mi incapacidad, y de todas las criaturas, para tan alto argumento. Y tambien fuera necesario para esta declaracion, escribir todos los misterios y secretos de la divina Escritura, toda la doctrina cristiana, las virtudes, todas las tradiciones de la santa Iglesia, la confutacion de los errores y sectas falsas, las determinaciones de todos los concilios sagrados, y todo lo que sustenta la Iglesia, y la conservará hasta el fin de el mundo, y luego otros grandes misterios de la vida y gloria de los Santos; porque todo esto se escribió en el corazon purísimo de nuestra gran Reina; y cuantas obras hizo el Redentor y Maestro, para que la redencion y la doctrina de su Iglesia fuese copiosa [5]; lo que escribieron los Evangelistas, los Apóstoles, los Profetas y Padres antiguos; lo que obraron despues todos los Santos; la luz que tuvieron los Doctores; lo que padecieron los Mártires y Vírgines; la gracia que recibieron para hacerlo y padecerlo. Todo esto, y mucho mas que no se pue-

[1] **Psalm. xxvi, 11.** — [2] **I Reg. iii, 10.** — [3] **Psalm. l, 8.**
[4] **Sap. vii, 13.** — [5] **Psalm. cxix, 7.**

de explicar, conoció María santísima individualmente con grande penetracion, comprehension y evidencia; y lo agradeció, y obró en todo cuanto era posible á pura criatura, para con el eterno Padre como autor de todo, y con su Hijo unigénito como cabeza de la Iglesia. De todo hablaré adelante, lo que me fuere posible.

735. Y no por ocuparse en tales obras con la plenitud que pedian, atendiendo á su Hijo y Maestro, faltaba jamás á las que le tocaban en su servicio corporal, y cuidado de su vida y la de san Josef; porque á todo acudia sin mengua ni defecto, dándoles la comida y sirviéndolos, y á su Hijo santísimo siempre hincadas las rodillas con incomparable reverencia. Cuidaba tambien de que el infante Jesús asistiese al consuelo de su Padre putativo, como si fuera natural. Y el Niño Dios obedecia á su Madre en todo esto, y asistia muchos ratos con san Josef en su trabajo corporal, en que el Santo era continuo, para sustentar con el sudor de su cara al Hijo del eterno Padre y á su Madre. Y cuando el infante Dios fué creciendo, ayudaba algunas veces á san Josef en lo que parecia posible á la edad; y otras veces hacia algunos milagros, sin atencion á las fuerzas naturales, para que el santo Esposo se alentase y se le facilitase mas el trabajo; porque en esta materia eran aquellas maravillas entre los tres á solas.

Doctrina que me dió la Reina del cielo.

736. Hija mia, yo te llamo de nuevo desde este dia para mi discípula y compañera en obrar la doctrina celestial que mi Hijo santísimo enseñó á su Iglesia por medio de los sagrados Evangelios y Escrituras. Y quiero de tí que con nueva diligencia y atencion prepares tu corazon, para que como tierra escogida reciba la semilla viva y santa de la palabra del Señor, y sea su fruto ciento por uno [1]. Convierte tu corazon atento á mis palabras; y junto con esto, sea tu continua leccion los Evangelios: y medita y pesa en tu secreto la doctrina y misterios que en ellos entenderás. Oye la voz de tu Esposo y Maestro. Á todos convida y llama á sus palabras de vida eterna [2]. Pero es tan grande el engaño peligroso de la vida mortal, que son muy pocas las almas que quieren oir y entender el camino de la luz [3]. Siguen muchos lo deleitable que les administra el príncipe de las tinieblas; y quien camina con ellas, no sabe á dónde endereza su fin [4]. Á tí te llama el Altísimo para el camino

[1] Luc. VIII, 8. — [2] Joan. VI, 69. — [3] Matth. VII, 14. — [4] Joan. XII, 35.

y sendas de la verdadera luz; síguela por mi imitacion, y conseguirás tu deseo. Niégate á todo lo terreno y visible; no lo conozcas ni mires; no lo quieras ni atiendas: huye de ser conocida; no tengan en tí parte las criaturas; guarda tu secreto [1] y tu tesoro [2] de la fascinacion humana y diabólica. Todo lo conseguirás, si como discípula de mi Hijo santísimo, y mia, ejecutares la doctrina del Evangelio que te enseñamos, con la perfeccion que debes. Y para que te compela á tan alto fin, ten presente el beneficio de haberte llamado la disposicion divina, para que seas novicia y profesa de la imitacion (respetivamente) de mi vida, doctrina y virtudes, siguiendo mis pisadas; y de este estado pases al noviciado mas levantado, y profesion perfecta de la religion católica, ajustándote á la doctrina evangélica y imitacion del Redentor del mundo, corriendo tras del olor de sus ungüentos, y por las sendas rectas de su verdad. El primer estado de discípula mia ha de ser disposicion para serlo de mi Hijo santísimo; y los dos para alcanzar el último de la union con el ser inmutable de Dios. Y todos tres son beneficios de incomparable valor que te ponen en empeño de ser mas perfecta que los encumbrados Serafines. Y la diestra divina te los ha concedido para disponerte, prepararte, y hacerte idónea y capaz de recibir la enseñanza, inteligencia y luz de mi vida, obras, virtudes, misterios y sacramentos, para que los escribas. Y el muy alto Señor se ha dignado de concederte esta liberal misericordia, sin merecerla tú, por mi intercesion y ruegos. Y los he hecho eficaces, en remuneracion de que has rendido tu dictámen temeroso y cobarde á la voluntad del Altísimo, y obediencia de tus prelados, que repetidas veces te han manifestado y intimádote escribas mi Historia. El premio mas favorable y útil para tu alma es el que te han dado en estos tres estados ó caminos místicos, altísimos, misteriosos, ocultos á la prudencia carnal [3], y agradables á la aceptacion divina. Tienen copiosísimas doctrinas, como te han enseñado y has experimentado en órden á conseguir su fin. Escríbelas aparte, y haz tratado de ellas, que es la voluntad de mi Hijo santísimo. Su título sea el que tienes prometido en la introduccion de esta Historia, que dice: *Leyes de la Esposa, ápices de su casto amor, y fruto cogido del árbol de la vida de esta Obra.*

[1] Isai. XXIV, 16. — [2] Matth. XIII, 44. — [3] Ibid. XI, 25.

CAPÍTULO III.

Subian á Jerusalen todos los años María santísima y Josef, conforme á la ley, y llevaban consigo al infante JESÚS.

Precepto de la ley de Moisés de presentarse en el templo de Jerusalen.—Obligaba tres veces en el año.—No obligaba á las mujeres.—Conferencia entre María y Josef cerca de si habian de ir ella y el Niño.—Determinóse que fuese las dos veces san Josef solo, y la otra todos tres.—Como hacia san Josef la oblacion por sí y su Esposa, y en nombre del Niño Dios las veces que subia al templo solo.—Acompañamiento de los Ángeles que llevaban, cuando iban todos tres.—Era esta jornada de Nazareth á Jerusalen de treinta leguas.—Despues que volvieron de Egipto hicieron á pié esta peregrinacion por voluntad del niño JESÚS.—Como se fatigaba el Niño Dios con el trabajo de el camino.—Solo el primer año admitió el alivio de que lo tomasen algun rato en brazos.—Tierna compasion de la Madre de la fatiga del Niño.—Efectos que hacia en María la vista del interior y exterior de su Hijo.—Hermosura con que caminaba el Niño Dios.—Beneficios que en estas jornadas iban haciendo á las almas el niño JESÚS y su Madre.—Nunca en ellas se dividian Hijo y Madre.—Como María en el templo iba mirando y imitando las operaciones de su Hijo.—Oia los cánticos que los santos Ángeles hacian á su Hijo, y la celestial música que le daban.—Como se le representaba despues de estos favores toda la pasion de su Hijo.—Cuánto la penetraba el cuchillo de dolor.—Consolábala el Niño, ofreciendo entrambos aquellas penas para remedio de los hombres.—El fundamento de la perfeccion cristiana es cumplir los mandamientos.—No obligó Dios á muchas obras santas por darse por mas obligado de los que las hacen.—Peligros del camino de la vida mortal.—Modo breve y seguro de vencer el peligro de la carne.—Exhortacion al ejercicio de la caridad con los prójimos.

737. Algunos dias despues que nuestra Reina y Señora con su Hijo santísimo y su esposo san Josef estaba de asiento en Nazareth, llegó el tiempo en que obligaba el precepto de la ley de Moisés á los israelitas, que se presentasen en Jerusalen delante de el Señor. Este mandato obligaba tres veces en el año, como parece en el Éxodo [1] y Deuteronomio [2]. Pero no obligaba á las mujeres, sino á los varones [3]; y por esto podian ir por su devocion, ó dejar de ir; porque no tenian mandato, ni tampoco se lo prohibian. La divina Señora y su Esposo confirieron qué debian hacer en estas ocasiones. El Santo se inclinaba á llevar consigo á la gran Reina su esposa, y al Hijo santísimo, para ofrecerle de nuevo al eterno Padre, como siempre lo hacia, en el templo. Á la Madre purísima tambien le tiraba la piedad y culto del Señor: pero como en cosas semejantes no

[1] Exod. XXXIV, à v. 14. — [2] Deut. XVI, à v. 1. — [3] Exod. XXIII, 17.

se movia fácilmente sin el consejo y doctrina de su maestro el Verbo humanado, consultóle sobre esta determinacion. Y la que tomaron fue, que san Josef fuese las dos veces del año solo á Jerusalen, y que la tercera subiesen todos tres juntos. Estas solemnidades, en que iban los israelitas al templo, eran: una la de los Tabernáculos [1]; otra de las Hebdómadas [2], que es por Pentecostes; y la otra la de los Ázimos [3], que era la Pascua de Parasceve. Y á esta subian Jesús dulcísimo, María purísima y san Josef juntos. Duraba siete dias, y en ella sucedió lo que diré en el capítulo siguiente. Á las otras dos fiestas subia solo san Josef, sin el Niño ni la Madre.

738. Las dos veces que subia el santo esposo Josef en el año solo á Jerusalen, hacia esta peregrinacion por sí y por su Esposa divina, y en nombre del Verbo humanado; con cuya doctrina y favores iba el Santo lleno de gracia, devocion y dones celestiales á ofrecer al eterno Padre la ofrenda que dejaba reservada como en depósito para su tiempo. Y en el ínterin, como sustituto del Hijo y de la Madre (que quedaban orando por él), hacia en el templo de Jerusalen misteriosas oraciones, ofreciendo el sacrificio de sus labios. Y como en él ofrecia y presentaba á Jesús y á María santísimos, era oblacion aceptable para el eterno Padre, sobre todas cuantas le ofrecian lo restante del pueblo israelítico. Pero cuando subian el Verbo humanado y la Vírgen Madre por la fiesta de la Pascua en compañía de san Josef, era este viaje mas admirable para él y los cortesanos del cielo; porque siempre se formaba en el camino aquella procesion solemnísima (que otras veces en semejantes ocasiones queda dicho) de los tres caminantes Jesús, María y Josef, y los diez mil Ángeles que los acompañaban en forma humana visible; y todos iban con la hermosura refulgente y profunda reverencia que acostumbraban, sirviendo á su Criador y Reina, como en otras jornadas he dicho. Era esta de cási treinta leguas, que dista Nazareth de Jerusalen. Y á la ida y vuelta se guardaba el mismo órden en este acompañamiento y obsequio de los santos Ángeles, segun la necesidad y disposicion del Verbo humanado.

739. Tardaban en estas jornadas respetivamente mas que en otras; porque despues que volvieron á Nazareth desde Egipto, el infante Jesús quiso andarlas á pié: y así caminaban todos tres, Hijo y Padres santísimos. Y era necesario ir de espacio; porque el infante Jesús comenzó luego á fatigarse en servicio del eterno Padre, y en beneficio nuestro; y no queria usar de su poder inmen-

[1] Deut. xvi, 13. — [2] Ibid. 9. — [3] Ibid. 8.

so para excusar la molestia de el camino; antes procedia como hombre pasible, dando licencia ó lugar á las causas naturales para que tuviesen sus efectos proprios; como lo era el cansarle y fatigarle el trabajo del camino. Y aunque el primer año que hicieron esta jornada tuvo cuidado la divina Madre y su Esposo de aliviar algo al Niño Dios recibiéndole alguna vez en los brazos; pero este descanso era muy breve, y en adelante fué siempre por sus piés. No le impedia este trabajo la dulcísima Madre, porque conocia su voluntad de padecer; pero llevábale de ordinario de la mano, y otras veces el santo patriarca Josef. Y como el Infante se cansaba y encendia, la Madre prudentísima y amorosa, con la natural compasion, se enternecia y lloraba muchas veces. Preguntábale de su molestia y cansancio, y limpiábale el divino rostro, mas hermoso que los cielos y sus lumbreras. Todo esto hacia la Reina puesta de rodillas con incomparable reverencia. Y el divino Niño la respondia con agrado, y la manifestaba el gusto con que recibia aquellos trabajos por la gloria de su eterno Padre y bien de los hombres. En estas pláticas y conferencias de cánticos y alabanzas divinas ocupaban mucha parte del camino, como en otras jornadas queda dicho [1].

740. Otras veces, como la gran Reina y Señora miraba por una parte las acciones interiores de su Hijo santísimo, y por otra la perfeccion de la humanidad deificada, su hermosura y operaciones, en que se iba manifestando su divina gracia; el modo como iba creciendo en el ser y obrar de hombre verdadero: y todo lo conferia la prudentísima Señora en su corazon [2], hacia heróicos actos de todas las virtudes, y se inflamaba y encendia en el divino amor. Miraba tambien al Infante como á Hijo del eterno Padre y verdadero Dios; y sin faltar al amor de madre natural y verdadera, atendia á la reverencia que le debia como á su Dios y Criador: y todo esto cabia juntamente en aquel cándido y purísimo corazon. El Niño caminaba muchas veces, esparciéndole el viento sus cabellos (que le fueron creciendo no mas de lo necesario, y ninguno le faltó, hasta los que le arrancaron los sayones), y en esta vista de el infante Jesús sentia la dulcísima Madre otros efectos y afectos llenos de suavidad y sabiduría. Y en todo lo que interior y exteriormente obraba, era admirable para los Ángeles, y agradable á su Hijo santísimo y Criador.

741. En todas estas jornadas, que hacian Hijo y Madre al templo, ejecutaban heróicas obras en beneficio de las almas; porque convertian muchas al conocimiento del Señor, y las sacaban de pe-

[1] Supr. n. 627, 637. — [2] Luc. II, 19.

cado y las justificaban, reduciéndolas al camino de la vida eterna: aunque todo esto lo obraban por modo oculto; porque no era tiempo de manifestarse el Maestro de la virtud [1]. Pero como la divina Madre conocia que estas eran las obras que á su Hijo santísimo le encomendó el eterno Padre, y que entonces se habian de ejecutar en secreto, concurria á ellas como instrumento de la voluntad del Reparador del mundo, pero disimulado y encubierto. Y para gobernarse en todo con plenitud de sabiduría, la prudentísima Maestra siempre consultaba y preguntaba al Niño Dios todo lo que habian de hacer en aquellas peregrinaciones, á qué lugares y posadas habian de ir; porque en estas resoluciones conocia la Princesa celestial que su Hijo santísimo disponia los medios oportunos para las obras admirables que su sabiduría tenia previstas y determinadas.

742. Donde hacian las noches, unas veces en las posadas, otras en el campo, que algunas se quedaban en él; el Niño Dios y su Madre purísima nunca se dividian uno de otro. Siempre la gran Señora asistia con su Hijo y Maestro, y atendia á sus acciones, para imitarlas en todo y seguirlas. Lo mismo hacia en el templo, donde miraba y conocia las oraciones y peticiones del Verbo humanado que hacia á su eterno Padre, y como segun la humanidad, en que era inferior, se humillaba, y reconocia con profunda reverencia los dones que recibia de la Divinidad. Y algunas veces la beatísima Madre oia la voz del Padre que decia: *Este es mi Hijo dilectísimo, en quien yo tengo mi complacencia y me deleito* [2]. Otras veces conocia y miraba la gran Señora que su Hijo santísimo oraba por ella al Padre eterno, y se la ofrecia como Madre verdadera; y este conocimiento era de incomparable júbilo para ella. Conocia tambien como oraba por el linaje humano, y que por todos estos fines ofrecia el Hijo sus obras y trabajos. En estas peticiones le acompañaba, imitaba y seguia.

743. Sucedia tambien otras veces, que los santos Ángeles hacian cánticos y música suavísima al Verbo humanado, así cuando entraban en el templo, como en los caminos; y la feliz Madre los oia, miraba, y entendia todos aquellos misterios, y era llena de nueva luz y sabiduría; y su purísimo corazon se enardecia y inflamaba en el divino amor: y el Altísimo la comunicaba nuevos dones y favores, que no es posible comprehenderlos con mis cortas razones. Pero con ellos la prevenia y preparaba para los trabajos que habia

[1] Joan. XII, 49. — [2] Matth. XVII, 5.

de padecer; porque muchas veces, despues de tan admirables beneficios, se le representaban como en un mapa todas las afrentas, ignominias y dolores que en aquella ciudad de Jerusalen padeceria su Hijo santísimo. Y para que luego lo mirase todo en él con mas dolor, solia su Majestad al mismo tiempo ponerse á orar delante y en presencia de la dulcísima Madre; y como le miraba con la luz de la divina sabiduría, y le amaba como á su Dios y juntamente como á Hijo verdadero, era traspasada con el cuchillo penetrante que la dijo Simeon [1]; y derramaba muchas lágrimas previniendo las injurias que habia de recibir su dulcísimo Hijo [2], las penas y la muerte ignominiosa que le habian de dar [3]; y que aquella hermosura sobre todos los hijos de los hombres [4] seria afeada mas que de un leproso [5], y que todo lo verian sus ojos. Para mitigarla algo el dolor solia el Niño Dios volverse á ella, y la decia que dilatase su corazon con la caridad que tenia al linaje humano, y ofreciese al eterno Padre aquellas penas de entrambos para remedio de los hombres. Este ofrecimiento hacian juntos Hijo y Madre santísimos, complaciéndose en él la beatísima Trinidad; y especialmente le aplicaban por los fieles, y mas en particular por los predestinados, que habian de lograr los merecimientos y redencion del Verbo humanado. En estas ocupaciones gastaban señaladamente JESÚS y María dulcísimos los dias que subian á visitar el templo de Jerusalen.

Doctrina que me dió la reina María santísima.

744. Hija mia, si con atenta y profunda consideracion ponderas el peso de tus obligaciones, muy fácil y suave te parecerá el trabajo que repetidas veces te encargo [6] en cumplir con los mandamientos y ley santa del Señor. Este ha de ser el primer paso de tu peregrinacion, como principio y fundamento de toda la perfeccion cristiana. Pero muchas veces te he enseñado que el cumplir con los preceptos del Señor ha de ser, no con tibieza y frialdad, sino con todo fervor y devocion; porque ella te moverá y compelerá á que no te contentes con lo comun de la virtud solo, pero que te adelantes en muchas obras voluntarias, añadiendo por amor lo que no te impone Dios por obligacion; que esta es industria de su sabiduría, para darse por obligado de sus verdaderos siervos y amigos, como de tí lo quiere estar. Considera, carísima, que el camino de la vida

[1] Luc. II, 35. — [2] Isai. LIII, à v. 3. — [3] Sap. II, 20. — [4] Psalm. XLIV, 3.
[5] Isai. LIII, 4. — [6] Matth. XI, 30.

mortal á la eterna es largo [1], penoso y peligroso [2]: largo por la distancia; penoso por la dificultad; peligroso por la fragilidad humana y astucia de los amigos. Y sobre todo esto el tiempo es breve [3], el fin incierto [4]; y este, ó muy dichoso, ó infeliz y desdichado [5], y el uno y otro irrevocables [6]. Y despues del pecado de Adan, la vida animal y terrena de los mortales es poderosa contra quien la sigue [7]; las prisiones de las pasiones fuertes, la guerra continua [8]; lo deleitable está presente al sentido y le fáscina fácilmente [9]; lo honesto es mas oculto en sus efectos y conocimiento; y todo esto junto hace la peregrinacion dudosa en su acierto, y llena de peligros y dificultades.

745. Entre todos no es el menor, por la humana flaqueza, el de la carne; que por esto y por mas continuo y doméstico derriba á muchos de la gracia. El modo mas breve y seguro de vencerle ha de ser, para tí y para todos, disponer tu vida en amargura y dolor, sin admitir en ella descanso ni deleite de los sentidos, y hacer pacto inviolable con ellos [10] de que no se desmanden, ni se inclinen mas de á lo que la fuerza y regla de la razon permite. Sobre este cuidado has de añadir otro, de anhelar siempre al mayor beneplácito de el Señor, y al fin último adonde deseas llegar. Para todo esto te conviene atender á mi imitacion siempre, á que te convido y llamo con deseo de que llegues á la plenitud de la virtud y santidad. Atiende á la puntualidad y fervor con que yo obraba tantas cosas; nó porque me las mandaba el Señor, sino porque yo conocia eran de su mayor agrado. Multiplica tú los actos fervorosos, las devociones, ejercicios espirituales, y en todo las peticiones y ofrecimientos al eterno Padre por el remedio de los mortales; y ayúdalos tambien con el ejemplo y amonestaciones que pudieres. Consuela á los tristes, anima á los flacos, ayuda á los caidos; y por todos ofrece si fuere necesario tu misma sangre y vida. Sobre todo esto agradece á mi Hijo santísimo que sufra tan benignamente la torpe ingratitud de los hombres, sin faltar á su conservacion y beneficios. Atiende al invicto amor que les tuvo y tiene, y como yo le acompañé, y ahora lo hago en esta caridad. Y tú quiero que sigas á tu dulce Esposo en tan excelente virtud, y á mí, que soy tu maestra.

[1] III Reg. XIX, 7. — [2] Matth. VII, 14. — [3] I Cor. VII, 29. — [4] Eccles. IX, 2. — [5] Matth. XXV, 31. — [6] Eccles. XI, 3. — [7] Job, VII, 20. — [8] Ibid. v. 1. — [9] Sap. IV, 12. — [10] Job, XXXI, 1.

CAPÍTULO IV.

Á los doce años del infante JESÚS *sube con sus Padres á Jerusalen, y se queda oculto de ellos en el templo.*

Qué solemnidad era en la que Jesús, María y Josef iban á Jerusalen.—Cuánto duraba y lo que se detenian á celebrarla.—En qué forma dispuso el niño JESÚS quedarse en Jerusalen sin que lo entendiesen sus padres.—San Josef fácilmente pudo pensar que iba en compañía de su Madre.—En María fue especial disposicion divina al principio el olvido.—Como se hallaron María y Josef en el lugar donde iban á hacer noche sin el niño JESÚS.—Sentimiento de los santos Esposos.—Cada uno hacia á sí mismo el cargo.—Determinaron volverle á buscar.—Las pesquisas que hacian aumentaban su dolor.—Razones con que María se volvió á los santos Ángeles, pidiéndoles le diesen noticia de su amado Hijo.—Razon por que los Ángeles no se la dieron entonces.—Cuánto creció su dolor con la respuesta de los Ángeles.—Discursos que hacia con esta congoja la amorosa Madre.—Ardientes suspiros de la Madre de Dios á su perdido Hijo.—Perseveró en lágrimas y gemidos sin pausar los tres dias continuos.—Determinó al tercero irle á buscar al desierto donde estaba san Juan.—Detuviéronla los Ángeles asegurándola no estaba en él.—Determinó irle á buscar al portal de Belen, y tambien la detuvieron los Ángeles.—Demostracion del magnánimo corazon de María en esta ocasion.—Declárase la eminencia del dolor, paciencia, conformidad y tolerancia de María en este suceso.—Estado en que la dejó el Señor estos tres dias para que fuese mayor el dolor.—Admirable perfeccion con que se portó en este trabajo.—Diligencias que hacia por las calles de Jerusalen preguntando por su Hijo.—Primeras señas que la dió una mujer á quien el niño JESÚS habia pedido limosna.—Buscólo en el hospital.—Noticias que esta halló de el Niño y su caridad.—Ofreciósele estaria en el templo, pues no estaba con los pobres.—Asegúranla los Ángeles que lo hallaria en el templo.—Tuvo el mismo aviso por un Ángel san Josef. Cuán grande fue la pena y afliccion del Santo estos tres dias.—Es prueba del desamor con Dios, no dolerse de perderle, y ya perdido descuidarse de buscarle.—Diferencia entre ocultarse Dios del alma para ejercicio y alejarse por castigo.—Efectos de la ausencia de el primer género.—Peligro que hay en pensar que los mismos sucesos en el justo y el injusto vienen por las mismas causas.—Desengañaria la conciencia si se recurriese á ella sin pasion.—De cualquier género que sea la pérdida de Dios, debe el alma no sosegar hasta volver á hallarle.

746. Continuaban, como queda dicho, todos los años la estacion y jornada que hacian al templo JESÚS, María y Josef santísimos en el tiempo de la Pascua de los Ázimos: y llegando el Niño Dios á los doce años de su edad, cuando convenia ya que amaneciesen los resplandores de su inaccesible y divina luz, subieron al

[1] Supr. n. 737.



mismo tiempo á Jerusalen, como lo acostumbraban [1]. Esta solemnidad de los Ázimos duraba siete dias [2], conforme á la disposicion de la ley; y eran los mas célebres el primero y el último dia. Por esto se detenian nuestros divinos y celestiales peregrinos en Jerusalen todo aquel septenario, celebrando la fiesta con el culto del Señor y oraciones que acostumbraban los demás israelitas; si bien en el oculto sacramento eran tan singulares y diferentes de todos los demás. La dichosa Madre y su santo Esposo respetivamente recibian de la mano del Señor en estos dias favores y beneficios sobre todo pensamiento humano.

747. Pasado el dia séptimo de la solemnidad se volvieron para Nazareth [3]. Y al salir de la ciudad de Jerusalen dejó el Niño Dios á sus padres, sin que ellos lo pudiesen advertir, y se quedó oculto, prosiguiendo ellos su jornada ignorantes del suceso. Para ejecutar esto se valió el Señor de la costumbre y concurso de la gente; que como era tan grande en aquellas solemnidades, solian dividirse las tropas de los forasteros, apartándose las mujeres de los hombres, por la decencia y recato conveniente. Los niños, que llevaban á estas festividades, acompañaban á los padres ó madres sin diferencia; porque en esto no habia peligro de indecencia: con que pudo pensar san Josef que el infante Jesús iba en compañía de su santísima Madre [4], á quien asistia de ordinario; y no pudo imaginar que iria sin él; porque la divina Reina le amaba y conocia sobre toda criatura angélica y humana. La gran Señora no tuvo tantas razones para juzgar que iba su Hijo santísimo con el patriarca san Josef; pero el mismo Señor la divirtió con otros pensamientos divinos y santos, para que al principio no atendiese, y que despues cuando se reconoció sola sin su amado y dulcísimo Hijo, pensase que lo llevaba consigo el gloriosísimo san Josef, y que para su consuelo le acompañaba el Señor de las alturas.

748. Con esta presuncion caminaron María y Josef santísimos todo un dia, como dice san Lucas [5]. Y como se iban despidiendo, y saliendo de la ciudad por diferentes caminos los forasteros, se iban despues juntando cada uno con su mujer ó familia. Halláronse María santísima y su Esposo en el lugar donde habian de pasar y concurrir juntos la primera noche, despues que salieron de Jerusalen. Y viendo la gran Señora que el Niño Dios no venia con san Josef, como lo habia pensado, y que tampoco el Patriarca le hallaba con

[1] Luc. II, 42. — [2] Deut. XVI, 8. — [3] Luc. II, 43. — [4] Ibid. 44.
[5] Ibid.

su Madre, quedaron los dos cási enmudecidos con el susto y admiracion, sin poderse hablar por mucho rato. Y cada uno respetivamente gobernando el juicio por su profundísima humildad, se hizo-cargo á sí mismo de haberse descuidado en haber dejado á su Hijo santísimo que se perdiese de vista; porque ignoraban el misterio y el modo como su Majestad lo habia ejecutado. Cobraron los divinos Esposos algun aliento, y con sumo dolor confirieron lo que debian hacer [1]. Y la amorosa Madre dijo á san Josef: *Esposo y señor mio, no sosegará mi corazon, si no volvemos con toda diligencia á buscar á mi Hijo santísimo.* Hiciéronlo así, comenzando la pesquisa entre los deudos y conocidos, y ninguno pudo darles noticia de él, ni aliviarles su dolor; antes bien se les acrecentó de nuevo con las respuestas de que no le habian visto en el camino desde Jerusalen.

749. Convirtióse la afligida Madre á sus santos Ángeles. Y los que llevaban aquella venera del santísimo nombre de Jesús (que dije hablando de la circuncision [2]) se habian quedado con el mismo Señor, y los demás acompañaban á su Madre purísima; y esto sucedia siempre que se dividian. Á estos, que eran diez mil, preguntó su Reina, y les dijo: *Amigos y compañeros mios, bien conoceis la justa causa de mi dolor: yo os pido que en tan amarga afliccion seais vosotros mi consuelo, dándome noticia de mi Amado, para que yo le busque y le halle* [3]. *Dad algun aliento á mi lastimado corazon, que ausente de su bien y de su vida, se sale de su lugar para buscarle.* Los santos Ángeles, que sabian la voluntad del Señor en dar á su Madre santísima aquella ocasion de tantos merecimientos, y que no era tiempo de manifestarle el sacramento, aunque no perdian de vista á su Criador y nuestro Reparador, la respondieron consolándola con otras razones; pero no le dijeron entonces dónde estaba su Hijo santísimo, ni las ocupaciones que tenia. Con esta respuesta, y nuevas dudas que le causaron á la prudentísima Señora, crecian con sumo dolor sus cuidados, lágrimas y suspiros, para buscar con diligencia, no la dracma perdida como la otra mujer del Evangelio [4], sino todo el tesoro del cielo y tierra.

750. Discurria consigo misma la Madre de la sabiduría, formando en su corazon diversos pensamientos. Y lo primero se le ofrecia, si Arquelao, imitando la crueldad de su padre Herodes, habia tenido noticia del infante Jesús y le habia preso. Y aunque sabia

[1] Luc. II, 45. — [2] Supr. n. 523. — [3] Cant. III, 2, 3.
[4] Luc. XV, 8.

por las divinas Escrituras [1] y revelaciones, y por la doctrina de su Hijo santísimo y maestro divino, que no era llegado el tiempo de la muerte y pasion de su Redentor y nuestro, ni entonces le quitarian la vida; pero llegó á recelarse y temer que le hubiesen cogido y puesto en prisiones, y le maltratasen. Sospechaba tambien con humildad profundísima si por ventura le habia ella disgustado con su servicio y asistencia; y se habia retirado al desierto con su futuro precursor san Juan. Otras veces, hablando con su Bien ausente, le decia: *Dulce amor y gloria de mi alma, con el deseo que teneis de padecer por los hombres [2] ningun trabajo y penalidad excusaréis con vuestra inmensa caridad; antes me recelo, Dueño y Señor mio, que los buscaréis de intento [3]. ¿Á dónde iré? ¿Dónde os hallaré, lumbre de mis ojos [4]? ¿Quereis que desfallezca mi vida con el cuchillo que la dividió de vuestra presencia? Pero no me admiro, bien mio, castigueis con vuestra ausencia á la que no supo lograr el beneficio de vuestra compañía. ¿Por qué, Señor mio, me habeis enriquecido con los regalos dulces de vuestra infancia, si tan temprano habia de carecer de vuestra amable asistencia y doctrina? Pero, ¡ay de mí! que como no pude merecer el teneros por Hijo y gozaros este tiempo, confieso lo que debo agradeceros el que vuestra dignacion me quiso admitir por esclava [5]. Y si porque soy indigna Madre vuestra puedo valerme de este título para buscaros por mi Dios y por mi bien, dadme, Señor, licencia para hacerlo, y concededme lo que me falta para ser digna de hallaros, que con Vos viviré yo en el desierto, en las penas, trabajos, tribulaciones y en cualquiera parte. Dueño mio, mi alma desea que con dolores y tormentos me dejeis merecer en parte, ó morir si no os hallo, ó vivir en vuestro servicio y compañía. Cuando vuestro ser divino se ocultó de mi interior, quedóme la presencia de vuestra amable humanidad; y aunque severa y menos cariñosa que acostumbraba, hallaba vuestros piés á que arrojarme: mas ahora carezco de esta dicha, y de todo punto se me ha escondido el sol que me alumbraba, y solo me quedaron las angustias y gemidos. ¡Ay vida de mi alma, qué de suspiros de lo íntimo del corazon os puedo enviar! pero no son dignos de vuestra gran clemencia, pues no tengo noticia donde os hallarán mis ojos.*

751. Perseveró la candidísima paloma en lágrimas y gemidos, sin descansar, sin sosegar, sin dormir ni comer los tres dias continuos. Y aunque los diez mil Ángeles la acompañaban corporalmente en forma humana, y la miraban tan afligida y dolorosa, con

[1] Isai. LIII, à v. 2; Jerem. XI, à v. 18; Dan. IX, 26; Joan. VII, 30.
[2] Hebr. X, 5. — [3] Isai. LIII, 7. — [4] Tob. X, 4. — [5] Luc. I, 48.

todo eso no la manifestaban dónde hallaria al Infante perdido. El dia tercero se resolvió la gran Reina en ir á buscarle al desierto, donde estaba san Juan; porque se inclinaba mas á que estaria con él su Hijo santísimo, pues no hallaba indicios de que Arquelao le tuviese preso. Cuando ya queria ejecutar esta determinacion y echar el paso para ella, la detuvieron los santos Ángeles, y la dijeron que no fuese al desierto, porque el divino Verbo humanado no estaba en él. Determinó tambien ir á Belen, por si por ventura estaba en el portal donde habia nacido; y de esta diligencia la divirtieron los santos Ángeles tambien, diciendo que el Señor no estaba tan léjos. Y aunque la beatísima Madre oia estas respuestas, y conocia que los espíritus soberanos no ignoraban dónde estaba el infante JESÚS, fue tan advertida, humilde y detenida con su rara prudencia, que no les replicó, ni preguntó mas dónde le hallaria, porque coligió se lo ocultaban con voluntad del Señor. Con tanta magnificencia y veneracion trataba la Reina de los mismos Ángeles los sacramentos del Altísimo, y á sus ministros y embajadores [1]. Y este suceso fue uno de los que se le ofrecieron en que descubrir la grandeza de su real y magnánimo corazon.

752. No llegó al dolor que tuvo María santísima en esta ocasion, el que han tenido y padecido todos los Mártires; ni la paciencia, conformidad y tolerancia de esta Señora tuvo igual ni lo puede tener, porque la pérdida de su Hijo santísimo era sobre todo lo criado: el conocimiento, el amor y el aprecio mas que toda ponderacion imaginable. La duda era tan grande, sin conocer la causa, como ya he dicho. Á mas de esto la dejó el Señor aquellos tres dias en el estado comun que solia tener, cuando carecia de los particulares favores y cási en el estado ordinario de la gracia; porque fuera de la vista y habla de los santos Ángeles, suspendió otros regalos y beneficios que frecuentemente comunicaba á su alma santísima. De todo esto se conoce en parte cuál seria el dolor de la divina y amorosa Madre. Pero, ¡oh prodigio de santidad, prudencia, fortaleza y perfeccion, que con tan inaudito trabajo y excesiva pena no se turbó, ni perdió la paz interior ni exterior, ni tuvo pensamiento de ira ni despecho, ni otro movimiento ó palabra desigual, ni desordenada tristeza ó enojo, como de ordinario sucede á los demás hijos de Adan en los grandes trabajos; y aun sin ellos se desconciertan todas sus pasiones y potencias! Pero la Señora de las virtudes obró en todas ellas con celestial armonía y consonancia. Y aun-

[1] II Mach. II, 9.

que su dolor la tuvo herida el corazon y era sin medida, la hubo en todas sus acciones, y no cesó ni faltó á la reverencia y alabanza del Señor, ni hizo intervalo en las oraciones y peticiones por el linaje humano, y porque se le concediese hallar á su santísimo Hijo.

753. Con esta sabiduría divina y con suma diligencia le buscó tres dias continuos, preguntando á diferentes personas, y discurriendo y dando señas de su Amado á las hijas de Jerusalen, rodeando la ciudad por las calles y plazas; cumpliéndose en esta ocasion lo que de esta gran Señora dejó dicho Salomon en los Cantares [1]. Preguntábanla algunas mujeres qué señas eran las de su único y perdido Niño; y ella respondia con las que dió la esposa en nombre suyo: *Mi querido es blanco y colorado, escogido entre millares* [2]. Oyóla una mujer entre otras que la dijo: *Ese Niño con las mismas señas llegó ayer á mi puerta á pedir limosna, y se la dí; y su agrado y hermosura robó mi corazon* [3]. *Y cuando le dí limosna, sentí en mi interior una dulce fuerza y compasion de ver pobre y sin amparo un niño tan gracioso* [4]. Estas fueron las primeras nuevas que halló en Jerusalen la dolorosa Madre de su Unigénito. Y respirando un poco en su dolor, prosiguió con la pesquisa, y algunas otras personas la dijeron cási lo mismo. Con estos indicios encaminó sus pasos al hospital de la ciudad, juzgando hallaria entre los pobres al Esposo y Artífice de la pobreza [5], como entre sus legítimos hermanos y amigos. Y preguntando por él, respondieron que el Niño que tenia aquellas señales los habia visitado aquellos tres dias, llevándoles algunas limosnas, y dejándolos muy consolados en sus trabajos.

754. Todos estos indicios y señales causaban en la divina Señora dulcísimos y muy tiernos afectos que de lo íntimo del corazon enviaba á su oculto y escondido Hijo. Y luego se le ofreció, que pues no estaba con los pobres, asistiria sin duda en el templo, como en casa de Dios y de oracion. Á este pensamiento la respondieron los santos Ángeles: *Reina y Señora nuestra, cerca está vuestro consuelo, luego veréis la lumbre de vuestros ojos, apresurad el paso y llegad al templo.* El glorioso patriarca san Josef vino en esta ocasion á la presencia de su Esposa, que por doblar las diligencias, habia tomado otro camino para buscar al Niño Dios. Y por otro Ángel fue tambien avisado que caminase al templo. Y todos tres dias padeció incomparable y excesiva afliccion y dolor, discurriendo de unas partes á otras, unas veces con su divina Esposa, otras sin ella, y

[1] Cant. v, 10, 11. — [2] Ibid. III, 2. — [3] Ibid. IV, 9. — [4] Ibid. 10.
[5] Matth. v, 40.

con gravísima pena. Y hubiera llegado su vida á manifiesto peligro, si la mano del Señor no le confortara, y si la prudentísima Señora no le consolara, y cuidara de que tomara algun alimento y descansara de su gran fatiga algunos ratos; porque su verdadero y fino afecto al Niño Dios le llevaba vehemente y ansioso á buscarle, sin acordarse de alimentar la vida ni socorrer la naturaleza. Con el aviso de los santos príncipes fueron María purísima y san Josef al templo, donde sucedió lo que diré en el capítulo siguiente.

Doctrina que me dió la reina del cielo María santísima.

755. Hija mia, por experiencia muy repetida saben los mortales que no se pierde sin dolor aquello que se ama y posee con deleite. Esta verdad tan conocida con la prueba, debia enseñar y redargüir á los mundanos de el desamor que tienen con su Dios y Criador; pues donde le pierden tantos, son tan pocos los que se duelen de esta pérdida, porque nunca merecieron amarle ni poseerle por la fuerza de la gracia. Y como no les duele perder el bien que ni aman ni poseyeron, por eso, ya perdido, se descuidan de buscarle. Pero hay gran diferencia en estas pérdidas ó ausencias del verdadero Bien; porque no es lo mismo ocultarse Dios de la alma para exámen de su amor y aumento de las virtudes, ó alejarse de ella en pena de sus culpas. Lo primero es industria del amor divino y medio para mas comunicarse á la criatura que lo desea y merece. Lo segundo es justo castigo de la indignacion divina. En la primera ausencia del Señor se humilla el alma por el temor santo [1] y filial ámor, y duda que tiene de la causa. Y aunque no la reprehenda la conciencia, el corazon blando y amoroso conoce el peligro, siente la pérdida, y viene, como dice el Sábio, á ser bienaventurado; porque siempre está pávido y temeroso de tal pérdida, y el hombre no sabe si es digno de el amor ó aborrecimiento de Dios [2]; y todo se reserva para el fin [3]. Y en el ínterin en esta vida mortal comunmente suceden las cosas al justo y al pecador sin diferencia.

756. Este peligro dijo el Sábio que era el mayor y el pésimo en todas las cosas que suceden debajo del sol [4]; porque los impíos y réprobos se llenan de malicia y dureza de corazon con falsa y peligrosa seguridad, viendo que sin diferencia suceden las cosas á ellos y los demás [5], y que no se puede conocer con certeza quién es el escogido ó el réprobo, el amigo ó enemigo, el justo ó pecador;

[1] Prov. xxviii, 13. — [2] Eccli. ix, 1. — [3] Ibid. 2. — [4] Ibid. 3. — [5] Ibid. 12.

quién merece el odio y quién el amor. Pero si los hombres recurriesen sin pasion y sin engaño á la conciencia, ella responderia á cada uno la verdad que le conviene saber [1]: pues cuando reclama contra los pecados cometidos, estulticia torpísima es no atribuirse á sí misma los males y daños que padece, y no reconocerse desamparada, y sin la presencia de la gracia y con la pérdida del todo y sumo Bien. Y si estuviera libre la razon, el mayor argumento era no sentir con íntimo dolor la pérdida ó la falta del gozo espiritual y efectos de la gracia. Porque faltar este sentimiento á una alma criada y ordenada para la eterna felicidad, fuerte indicio es que ni la desea ni la ama; pues no la busca con diligencia [2], hasta llegar á tener alguna satisfacion y seguridad prudente, que puede alcanzar en esta vida mortal, de que no ha perdido por su culpa el sumo Bien.

757. Yo perdí á mi Hijo santísimo en cuanto á la presencia corporal; y aunque fue con esperanza de hallarle, el amor y la duda de la causa de su ausencia no me dieron reposo hasta volver á hallarle. Esto quiero que tú imites, carísima, ahora lo pierdas por culpa tuya ó por industria suya. Y para que no sea por castigo, lo debes procurar con tanta fuerza, que ni la tribulacion, ni la angustia, ni la necesidad, ni el peligro, ni la persecucion, ni el cuchillo, lo alto ni profundo dividan entre tí y tu Bien [3]: pues si tú eres fiel, como se lo debes, y no le quieres perder, no serán poderosos para privarte dél los Ángeles, ni Principados, ni Potestades, ni otra alguna criatura [4]. Tan fuerte es el vínculo de su amor y sus cadenas, que nadie las puede romper, si no es la misma voluntad de la criatura.

CAPÍTULO V.

Despues de tres dias hallan María santísima y Josef al infante Jesús *en el templo disputando con los doctores.*

Declárase mas el medio de que usó el Señor para quedarse en Jerusalen sin que lo entendiese su Madre.—Fue necesario medio sobrenatural para divertir el cuidado que María tenia á su Hijo.—Esto fue una vision de la Divinidad en que quedó tan elevada, que solo pudo usar de los sentidos para proseguir el camino.—Cuándo sospechó María que iba el Niño con Josef.—Discurria el niño Jesús por las calles de Jerusalen, ofreciendo al Padre lo que en ellas habia de padecer.—Pidió limosna aquellos tres dias.—Visitó los hospitales.—Curó ocultamente enfermos.—Ilustró interiormente mu-

[1] Luc. xii, 58. — [2] Ibid. xv, 8. — [3] Rom. viii, 35. — [4] Ibid.

chas almas.—Conferencia de los maestros de la ley en el templo.—Disputaban de la venida del Mesías.—Ocasion de la disputa.—Como se llegó el niño Jesús á oirlos.—Punto de la controversia.—Defendia la una parte, que ni era venido el Mesías, ni llegado el tiempo de su venida.—Motivo desta parte.—Prevalecia esta parte por el error de aquel pueblo carnal, que entendia que la redencion prometida habia de ser temporal y terrena.—La parte que defendia era llegado el tiempo de la venida del Mesías, quedaba oprimida.—No sufrió el Niño Dios que el error quedase establecido, y los maestros de su pueblo engañados.—Como se puso en medio de todos.—Razonamiento que hizo declarando la verdad y confutando el error.—Propone los testimonios de la Escritura por la venida del Mesías en majestad, y los de su venida en humildad y pobreza.—Concuérdalos con sus dos venidas: una á redemir al mundo, y otra á juzgarle.—Declara las condiciones de la primera venida, sus efectos, y modo de redencion.—Muestra los efectos y fin de la segunda.—Explica en qué forma se ha de entender que la primera venida seria con poder y majestad.—Convence haber venido el Mesías con la sujecion del pueblo al imperio romano.—Confírmalo con el cumplimiento de las semanas de Daniel.—Y con los sucesos de Belen antes profetizados.—Admiracion de los maestros convencidos.—No sospecharon quién era el que los enseñaba.—Llegaron María y Josef antes que el Niño acabara de decir.—Querella amorosa de la Madre en presencia de todos.—Respuesta soberana del Hijo.—Como se les ocultó entonces á María y Josef su inteligencia.—Razon especial en María.—Palabras amorosas y humildes que dijo la Madre al Hijo despues de idos los maestros.—Como la consoló su Hijo.—Postróse María en el camino adorando al Niño Dios, porque no lo podia haber hecho en el templo.—Favores que hizo Jesús en esta ocasion á su Madre.—Vió en el interior de su Hijo todo lo que habia obrado en los tres dias.—Declaró tambien vocalmente el niño Jesús á su Madre lo que habia pasado en la disputa.—Por la presuncion de su ciencia propria no conocieron los maestros que el niño que los enseñaba era el Mesías.—Convirtió el Niño muchas almas por el camino, tomando por instrumento á su Madre.—Otros favores divinos que iban derramando.—Palabras en que compendió san Lucas los misterios de este tiempo.—Humildad y obediencia con que el Niño Dios estaba sujeto á sus Padres.—Tuvo María especial gracia para el uso de la superioridad de madre.—De su plenitud redundaba en Josef para el uso de la paternidad putativa.—Virtudes que correspondian de parte de la Madre á la obediencia del Hijo.—Humildad y agradecimiento.—Servicio y reverencia.—Imitacion cuidadosa.—Divino círculo de correspondencia en amor y obras que habia entre Madre y Hijo.—Media el Hijo las demostraciones exteriores de el amor á su Madre, no con el afecto natural, sino con el estado de merecer.—Razon de la entereza que guardaba en su ordinaria conversacion.—Razon de haberse ausentado el niño Jesús de su Madre.—Como se ha de imitar en este misterio á María.—Pone el Señor las criaturas racionales en el camino de su felicidad, ausentes y dudosas de ella, para que siempre vivan solícitas.—Medios con que ayuda á esta solicitud.—De no considerar este órden de la divina Providencia nace la perversidad humana de querer gozar de lo que habian de usar precisamente.—Cómo se ha de huir este riesgo.—Siempre se ha de vivir en temor de perder la vida eterna.—Cómo se han de huir los peligros de la conversacion humana.

758. En el capítulo pasado [1] queda respondido en parte á la duda que algunos podian tener, cómo nuestra divina Reina y Señora, siendo tan advertida y diligente en acompañar y servir á su Hijo santísimo, lo perdió de vista para que se quedase en Jerusalen. Y aunque bastaba por respuesta saber que así lo pudo disponer el mismo Señor; pero con todo eso diré aquí mas del modo como sucedió, sin descuido ó inadvertencia voluntaria de la amorosa Madre. Cierto es que, á mas de valerse para esto el Niño Dios del concurso de la gente, usó de otro medio sobrenatural que era cási necesario para divertir la atencion de su cuidadosa Madre y compañera; porque sin este medio no dejara ella de atender á que se le apartaba el sol que la guiaba en todos sus caminos. Sucedió, que al dividirse los varones de las mujeres, como queda dicho, el poderoso Señor infundió en su divina Madre una vision intelectual de la Divinidad, con que la fuerza de aquel altísimo objeto la llamó y llevó toda al interior; y quedó tan abstraida, enardecida y llevada de los sentidos, que solo pudo usar de ellos para proseguir el camino por grande espacio: y en lo demás quedó toda embriagada en la suavidad de la divina consolacion y vista del Señor [2]. San Josef tuvo la causa que ya dije [3]; aunque tambien fue llevado su interior con otra altísima contemplacion que hizo mas fácil y misterioso el engaño de que el Niño iba con su Madre. Por este modo se ausentó de los dos, quedándose en Jerusalen. Y cuando á largo rato advirtió y se halló sola la Reina, y sin su Hijo santísimo, sospechó estaba con su Padre putativo [4].

759. Sucedió esto muy cerca de las puertas de la ciudad, á donde se volvió luego el Niño Dios discurriendo por las calles; y mirando con la vista de su divina ciencia todo lo que en ellas le habia de suceder, lo ofreció á su eterno Padre por la salud de las almas. Pidió limosna aquellos tres dias para calificar desde entonces á la humilde mendicacion como primogénita de la santa pobreza. Visitó los hospitales de los pobres, y consolándolos á todos, partió con ellos las limosnas que habia recibido; y dió salud ocultamente á algunos enfermos del cuerpo y á muchos de las almas, ilustrándolos interiormente, y reduciéndolos al camino de la vida eterna. Y con algunos de los bienhechores que le dieron limosna, hizo estas maravillas con mayor abundancia de gracia y luz; para comenzar á cumplir desde luego la promesa que despues habia de hacer á su

[1] Supr. n. 747. — [2] Cant. v, 1. — [3] Supr. n. 747.
[4] Luc. II, 44.

Iglesia: que quien recibe al justo y al profeta en nombre de profeta, recibirá merced y premio de justo [1].

760. Habiéndose ocupado en estas y otras obras de la voluntad del eterno Padre, fué al templo. Y el dia que dice el evangelista san Lucas [2], se juntaron los rabinos, que eran los doctos y maestros de la ley, en un lugar donde se conferian algunas dudas y puntos de las Escrituras. En aquella ocasion se disputaba de la venida del Mesías; porque de las novedades y maravillas que se habian conocido en aquellos años desde el nacimiento del Baptista y venida de los Reyes orientales, habia crecido el rumor entre los judíos de que ya era cumplido el tiempo, y estaba en el mundo, aunque no era conocido. Estaban todos asentados en sus lugares con la autoridad que suelen representar los maestros y los que se tienen por doctos. Llegóse el infante Jesús á la junta de aquellos magnates; y el que era Rey de los reyes y Señor de los señores [3], la misma Sabiduría infinita [4] y el que enmienda á los sábios [5], se presentó delante de los maestros del mundo como discípulo humilde, manifestando que se acercaba para oir lo que se disputaba y hacerse capaz de la materia que en ella se conferia; que era sobre si el Mesías prometido era venido, ó llegado el tiempo de que viniese al mundo.

761. Las opiniones de los letrados variaban mucho sobre este artículo, afirmando unos y negando otros. Y los de la parte negativa alegaban algunos testimonios de las Escrituras y profecías entendidas con la grosería que dijo el Apóstol: Mata la letra entendida sin espíritu [6]. Porque estos sábios consigo mismos afirmaban que el Mesías habia de venir con majestad y grandeza de rey para dar libertad á su pueblo con la fuerza de su gran poder, rescatándole temporalmente de toda servidumbre de los gentiles; y de esta potencia y libertad no habia indicios en el estado que tenian los hebreos, imposibilitados para sacudir de su cuello el yugo de los romanos y de su imperio. Este parecer hizo gran fuerza en aquel pueblo carnal y ciego; porque la majestad y grandeza del Mesías prometido, y la redencion que con su poder divino venia á conceder á su pueblo, la entendian ellos para sí solos, y que habia de ser temporal y terrena, como todavía lo esperan hoy los judíos obcecados con el velo que obscurece sus corazones [7]. Hoy no acaban de conocer que la gloria, la majestad y poder de nuestro Redentor, y la libertad que vino á dar al mundo, no es terrena, temporal y perecedera, sino

1 Matth. x, 41. — 2 Luc. II, 46. — 3 Apoc. XIX, 16. — 4 I Cor. I, 24.
5 Sap. VII, 15. — 6 II Cor. III, 6. — 7 Isai. VI, 10.

celestial, espiritual y eterna; y no solo para los judíos (aunque á ellos se les ofreció primero), sino á todo el linaje humano de Adan sin diferencia [1].

762. Reconoció el maestro de la verdad, JESÚS, que la disputa se concluia en este error; porque si bien algunos se inclinaban á la razon contraria, eran pocos; y estos quedaban oprimidos de la autoridad y razones de los otros. Y como su Majestad divina habia venido al mundo para dar testimonio de la verdad [2], que era él mismo, no quiso consentir en esta ocasion (donde tanto importaba manifestarla) que con la autoridad de los sábios quedase establecido el engaño y error contrario. No sufrió su caridad inmensa ver aquella ignorancia de sus obras y fines altísimos en los maestros, que debian ser idóneos ministros de la doctrina verdadera para enseñar al pueblo el camino de la vida y el autor de ella nuestro Reparador. Acercóse mas el Niño Dios á la plática para manifestar la gracia que estaba derramada en sus labios [3]. Entró en medio de todos con rara majestad y hermosura, como quien deseaba preguntar alguna duda. Y con su agradable semblante despertó en aquellos sábios el deseo de oirle con atencion.

763. Habló el Niño Dios y dijo: *La duda que se ha tratado; de la venida del Mesías y su resolucion, he oido y entendido enteramente. Y para proponer mi dificultad en esta determinacion, supongo que los Profetas dicen que su venida será con gran poder y majestad, como aquí se ha referido con los testimonios alegados. Porque Isaías dice, que será nuestro Legislador y Rey, que salvará á su pueblo* [4]; *y en otra parte afirma que vendrá de léjos con furor grande* [5]; *como tambien lo aseguró David, que abrasará á todos sus enemigos* [6]. *Daniel afirma que todos los tribus y naciones le servirán* [7]. *El Eclesiástico dice que vendrá con él gran multitud de Santos* [8]. *Y los Profetas y Escrituras están llenas de semejantes promesas, para manifestar su venida con señales harto claras y patentes, si se miran con atencion y luz. Pero la duda se funda en estos y otros lugares de los Profetas, que todos han de ser igualmente verdaderos, aunque en la corteza parezcan encontrados. Y así es forzoso concuerden, dando á cada uno el sentido en que puede y debe convenir con el otro. Pues ¿cómo entenderémos ahora lo que dice el mismo Isaías* [9], *que vendrá de la tierra de los vivientes, y que quién contará su generacion? Que será saciado*

[1] II Cor. III, 15. — [2] Joan. XVIII, 37. — [3] Psalm. XLIV, 3. — [4] Isai. XXXIII, v. 22. — [5] Ibid. XXX, 27. — [6] Psalm. XCVI, 3. — [7] Dan. VII, 14. — [8] Eccli. XXIV, à v. 3. — [9] Isai. LIII, 8.

de oprobrios [1]; *que será llevado á morir como la oveja al matadero, y que no abrirá su boca* [2]? *Jeremías afirma que los enemigos del Mesías se juntarán para perseguirle y echar tósigo en su pan, y borrar su nombre de la tierra* [3], *aunque no prevalecerán. David dijo que seria el oprobrio del pueblo y de los hombres, y como gusano hollado y despreciado* [4]. *Zacarías, que vendria manso y humilde, asentado sobre una humilde bestia* [5]. *Y todos los Profetas dicen lo mismo de las señales que ha de traer el Mesías prometido.*

764. *Pues ¿cómo será posible* (añadió el Niño Dios) *ajustar estas profecías, si suponemos que el Mesías ha de venir con potencia de armas y majestad para vencer á todos los reyes y monarcas con violencia y derramando sangre ajena? No podemos negar que habiendo de venir dos veces : una y la primera, para redemir el mundo, y otra, para juzgarle ; las profecías se hayan de aplicar á estas dos venidas, dando á cada una lo que le toca. Y como los fines de estas dos venidas han de ser diferentes, tambien lo serán las condiciones ; pues no ha de hácer en entrambas un mismo oficio, sino muy diversos y contrarios. En la primera ha de vencer al demonio, derribándole del imperio que adquirió sobre las almas por el primer pecado. Y para esto en primer lugar ha de satisfacer á Dios por todo el linaje humano ; y luego enseñar á los hombres con palabra y ejemplo el camino de la vida eterna, y cómo deben vencer á los mismos enemigos, y servir y adorar á su Criador y Redentor : cómo han de corresponder á los dones y beneficios de su mano y usar bien de ellos. Á todos estos fines se ha de ajustar su vida y doctrina en la primera venida. La segunda ha de ser á pedir cuenta á todos en el juicio universal, y dar á cada uno el galardon de sus obras buenas ó malas, castigando á sus enemigos con furor y indignacion. Y esto dicen los Profetas de la segunda venida.*

765. *Conforme á esto, si queremos entender que la venida primera será con poder y majestad, y como dijo David, que reinará de mar á mar* [6], *y que su reino será glorioso, como dicen otros profetas* [7]; *todo esto no se puede entender materialmente del reino y aparato sensible, majestuoso y corporal, sino del nuevo reino espiritual que fundará en nueva Iglesia, que se extienda por todo el orbe con majestad, poder, riquezas de gracia y virtudes contra el demonio. Y con esta concordia quedan uniformes todas las Escrituras ; que no es posible convenir en otro sentido. El estar el pueblo de Dios debajo del imperio ro-*

[1] Isai. LIII, 11. — [2] Ibid. 7. — [3] Jerem. XI, 19. — [4] Psalm. XXI, 7, 8. — [5] Zach. IX, 9. — [6] Psalm. LXXI, 8. — [7] Isai. LII, à v. 6; Jerem. XXX, 9; Ezech. XXXVII, à v. 22; Zach. IX, 10.



mano y sin poderse restituir al suyo proprio, no solo no es señal de no haber venido el Mesías, pero antes es infalible testimonio de que ha venido al mundo. Pues nuestro patriarca Jacob dejó esta señal, para que sus descendientes lo conociesen, viendo al tribu de Judá sin el cetro y gobierno de Israel [1]*; y ahora confesais que ni este ni otro de las tribus esperan tenerle ni recuperarle. Todo esto prueban tambien las semanas de Daniel* [2]*, que ya es forzoso estar cumplidas. Y el que tuviere memoria se acordará de lo que he oido, que hace pocos años se vió en Belen á media noche grande resplandor* [3]*; y á unos pastores pobres les fue dicho que el Redentor habia nacido; y luego vinieron del Oriente ciertos reyes guiados de una estrella, buscando al Rey de los judíos para adorarle* [4]*. Y todo estaba así profetizado* [5]*. Y creyéndolo por infalible el rey Herodes, padre de Arquelao, quitó la vida á tantos niños* [6] *solo por quitársela entre todos al Rey que habia nacido, de quien temia sucederia en el reino de Israel.*

766. Otras razones dijo con estas el infante Jesús con la eficacia de quien preguntando enseñaba con potestad divina [7]. Y los escribas y letrados que le oyeron, enmudecieron todos [8]; y convencidos se miraban unos á otros, y con admiracion grande se preguntaban: ¿Qué maravilla es esta? ¡Y qué muchacho tan prodigioso! ¿De dónde ha venido, ó cuyo es este Niño? Pero quedándose en esta admiracion, no conocieron ni sospecharon quién era el que así los enseñaba y alumbraba de tan importante verdad. En esta ocasion, antes que el Niño Dios acabara su razonamiento, llegaron su Madre santísima y el castísimo esposo san Josef á tiempo de oirle las últimas razones. Y concluyendo el argumento se levantaron con estupor y admirados todos los maestros de la ley [9]. La divina Señora, absorta en el júbilo que recibió, se llegó á su Hijo amantísimo; y en presencia de todos los circunstantes le dijo lo que refiere san Lucas: *Hijo, ¿por qué lo habeis hecho así? Mirad que vuestro Padre y yo llenos de dolor os andábamos á buscar* [10]. Esta amorosa querella dijo la divina Madre con igual reverencia y afecto, adorándole como á Dios, y representándole su afliccion como á Hijo. Respondió su Majestad: *Pues ¿para qué me buscábais? ¿No sabeis que me conviene cuidar de las cosas que tocan á mi Padre* [11]?

767. El misterio de estas palabras, dice el Evangelista que no le entendieron ellos [12]; porque se les ocultó entonces á María santí-

[1] Genes. XLIX, 10. — [2] Dan. IX, 25. — [3] Luc. II, à v. 9. — [4] Matth. II, à v. 1. — [5] Psalm. LXXI, 10; Isai. LX, 6. — [6] Matth. II, 16. — [7] Ibid. v, 2, 16. — [8] Luc. IV, 32. — [9] Ibid. II, 47. — [10] Ibid. 48. — [11] Ibid. 49. — [12] Ibid. 50.

sima y á san Josef. Y esto procedió de dos causas: la una, porque el gozo interior que cogieron de lo que habian sembrado con lágrimas, les llevó mucho, motivado con la presencia de su rico tesoro que habian hallado. La otra razon fue, porque no llegaron á tiempo de hacerse capaces de la materia que se habia tratado en aquella disputa. Á mas de estas razones hubo otra para nuestra advertidísima Reina, y fue el estar puesta la cortina que le ocultaba el interior de su Hijo santísimo, donde todo lo pudiera conocer; y no se le manifestó luego que le halló hasta despues. Despidiéronse los letrados, confiriendo el asombro que llevaban de haber oido la Sabiduría eterna, aunque no la conocian. Y quedando cási á solas la Madre beatísima con su Hijo santísimo, le dijo con maternal afecto: *Dad licencia, Hijo mio, á mi desfallecido corazon* (esto dijo echándole los brazos) *para que manifieste su dolor y pena; porque en ella no se resuelva la vida, si es de provecho para serviros. No me arrojeis de vuestra cara; admitidme por vuestra esclava. Y si fue descuido mio el perderos de vista, perdonadme y hacedme digna de Vos, y no me castigueis con vuestra ausencia.* El Niño Dios la recibió con agrado, y se le ofreció por maestro y compañero hasta el tiempo oportuno y conveniente. Con esto descansó aquel columbino y encendido corazon de la gran Señora, y caminaron á Nazareth.

768. Pero en alejándose un poco de Jerusalen, cuando se hallaron solos en el camino, la prudentísima Señora se postró en tierra y adoró á su Hijo santísimo, y le pidió su bendicion; porque no lo habia hecho exteriormente cuando le halló en el templo entre la gente: tan advertida y atenta estaba á no perder ocasion en que obrar con la plenitud de su santidad. El infante Jesús la levantó del suelo y la habló con agradable semblante y dulcísimas razones. Y luego corrió el velo, y le manifestó de nuevo su alma santísima y operaciones con mayor claridad y profundidad que antes. Y en el interior del Hijo de Dios conoció la divina Madre todos los misterios y obras que el mismo Señor habia hecho en aquellos tres dias de ausencia. Entendió tambien todo cuanto habia pasado en la disputa de los doctores, y lo que el infante Jesús les dijo, y las razones que tuvo para no manifestarse con mas claridad por Mesías verdadero; y otros muchos secretos y sacramentos ocultos le reveló y manifestó á su Madre Vírgen, como archivo en quien se depositaban todos los tesoros del Verbo humanado, para que por todos y en todos ella diese el retorno de gloria y alabanza que se debia al Autor de tantas maravillas. Y todo lo hizo la Madre Vírgen con agrado y

aprobacion del mismo Señor. Luego pidió á su Majestad descansase un poco en el campo y recibiese algun sustento. Y lo admitió de mano de la gran Señora, que de todo cuidaba como Madre de la misma Sabiduría [1].

769. En el discurso del camino conferia la divina Madre con su dulcísimo Hijo los misterios que le habia manifestado en su interior de la disputa de los doctores. Y el celestial Maestro la informó de nuevo vocalmente de lo que por inteligencia le mostró; y en particular la declaró que aquellos letrados y escribas no vinieron en conocimiento de que su Majestad era el Mesías, por la presuncion y arrogancia que tenian de su ciencia propria; porque con las tinieblas de la soberbia estaban escurecidos sus entendimientos para no percibir la divina luz, aunque fue tan grande la que el Niño Dios les propuso; y sus razones les convencian bastantemente, si tuvieran dispuesto el afecto de la voluntad con humildad y deseo de la verdad. Y por el óbice que pusieron, no toparon con ella estando tan patente á sus ojos. Convirtió nuestro Redentor muchas almas al camino de la salvacion en esta jornada. Y en estando presente su Madre santísima, la tomaba por instrumento de estas maravillas; y por medio de sus razones prudentísimas y santas amonestaciones ilustraba los corazones de todos los que la divina Señora hablaba. Dieron salud á muchos enfermos; consolaron á los afligidos y tristes; y por todas partes iban derramando gracia y misericordias sin perder lugar ni ocasion oportuna. Y porque en otras jornadas que hicieron dejo escritas algunas particulares maravillas semejantes á estas [2], no me alargo ahora en referir otras; que seria menester muchos capítulos y tiempo para contarlas todas, y me llaman otras cosas mas precisas de esta Historia.

770. Llegaron de vuelta á Nazareth, donde se ocuparon en lo que diré adelante. El evangelista san Lucas compendiosamente encerró los misterios de su historia en pocas palabras, diciendo que el infante Jesús estaba sujeto á sus Padres (entiéndese María santísima y su esposo Josef), y que su divina Madre notaba y conferia todos estos sucesos, guardándolos en su corazon [3]; y que Jesús aprovechaba en sabiduría, edad y gracia acerca de Dios y de los hombres [4], de que adelante diré lo que hubiere entendido. Ahora solo refiero que la humildad y obediencia de nuestro Dios y Maestro con sus Padres fue nueva admiracion de los Ángeles. Y tam-

[1] Eccli. xxiv, 24. — [2] Supr. n. 624, 645, 667, 669, 704.
[3] Luc. ii, 51. — [4] Ibid. 52.

bien lo fue dignidad y excelencia de su Madre santísima, que mereció se le sujetase y entregase el mismo Dios humanado; para que con amparo de san Josef le gobernase, y dispusiese de él como de cosa suya propria. Y aunque esta sujecion y obediencia era como consiguiente á la maternidad natural; pero con todo eso, para usar del derecho de Madre en el gobierno de su Hijo, como superiora en este género, fue necesaria diferente gracia que para concebirle y parirle. Y estas gracias convenientes y proporcionadas tuvo María santísima con plenitud para todos estos ministerios y oficios; y la tuvo tan llena, que de su plenitud redundaba en el felicísimo esposo san Josef, para que tambien él fuese digno Padre putativo de Jesús dulcísimo y cabeza de esta familia.

771. Á la obediencia y rendimiento del Hijo santísimo con su Madre correspondia de su parte la gran Señora con obras heróicas. Y entre otras excelencias tuvo una cási incomprehensible humildad y devotísimo agradecimiento de que su Majestad se hubiese dignado de estar en su compañía y volver á ella. Este beneficio, que juzgaba la divina Reina por tan nuevo, como á sí misma por indigna, acrecentó en su fidelísimo corazon el amor y solicitud de servir á su Hijo Dios. Y era tan incesante en agradecerle, tan puntual, atenta y cuidadosa en servirle, y siempre de rodillas y pegada con el polvo, que admiraba á los encumbrados Serafines. Á mas de esto en imitarle en todas sus acciones, como las conocia, era oficiosísima, y ponia toda su atencion y cuidado en dibujarlas y ejecutarlas respectivamente. Y con esta plenitud de santidad tenia herido el corazon de Cristo nuestro Señor [1]; y á nuestro modo de entender le tenia preso con cadenas de invencible amor [2]. Y obligado este Señor como Dios y como Hijo verdadero de esta divina Princesa, habia entre Hijo y Madre una recíproca correspondencia y divino círculo de amor y de obras, que se levantaba sobre tòdo entendimiento criado. Porque en el mar océano de María entraban todos los corrientes caudalosos de las gracias y favores del Verbo humanado; y este mar no redundaba [3], porque tenia capacidad y senos para recibirlos; pero volvíanse estos corrientes á su principio, remitiéndolos á él la feliz Madre de la Sabiduría para que corriesen otra vez; como si estos flujos y reflujos de la Divinidad anduvieran entre el Hijo Dios y su Madre sola. Este es el misterio de estar tan repetidos aquellos humildes reconocimientos de la esposa: *Mi querido para mí, y yo para él; que se apacienta entre los lirios mientras se acerca el dia*

[1] Cant. IV, 9. — [2] Osee, XI, 4. — [3] Eccles. I, 7.

y se desvian las sombras [1]. Y otras veces : *Yo para mi Amado, y él para mí* [2]. *Yo para mi dilecto, y él se convierte á mí* [3].

772. El fuego del amor divino que ardia en el pecho de nuestro Redentor y que vino á encender en la tierra, era como forzoso que hallando materia próxima y dispuesta, cual era el corazon purísimo de su Madre, hiciese y obrase con suma actividad efectos tan sin límite, que solo el mismo Señor los pudo conocer como los pudo obrar. Sola una cosa advierto, que se me ha dado inteligencia de ella, y es, que en las demostraciones exteriores del amor que tenia el Verbo humanado á su Madre santísima, media las obras y señales, no con el afecto y natural inclinacion de Hijo, sino con el estado que la gran Reina tenia de merecer como viadora ; porque conoció su Majestad que si en estas demostraciones y favores la regalara tanto como le pedia la inclinacion del natural amor de Hijo á tal Madre, la impidiera algo con el continuo gozo de las delicias de su Amado para merecer menos de lo que convenia. Y por esto detuvo el Señor en parte esta natural fuerza de su misma humanidad, y dió lugar para que su divina Madre, aunque era tan santa, obrase y mereciese, padeciendo sin el continuo y dulce premio que pudiera tener con los favores visibles de su Hijo santísimo. Y por esta razon en la conversacion ordinaria guardaba el Niño Dios mas entereza y serenidad. Y aunque la diligentísima Señora era tan cuidadosa en servirle, administrarle y prevenir todo lo que era necesario con incomparable reverencia, el Hijo santísimo no hacia en esto tantas demostraciones cuanto le obligaba la solicitud de su Madre.

Doctrina de la reina del cielo María santísima.

773. Hija mia, todas las obras de mi Hijo santísimo y mias están llenas de misteriosa doctrina y enseñanza para los mortales que con atenta reverencia las consideran. Ausentóse su Majestad de mí para que buscándole con dolor y lágrimas [4], le hallase con alegría y fruto de mi espíritu. Y quiero que tú me imites en este misterio, buscándole con tal amargura, que te despierte una solicitud incesante, sin descansar toda tu vida en cosa alguna hasta que le tengas y no le dejes [5]. Para que entiendas mejor el sacramento del Señor, advierte, que su sabiduría infinita de tal manera cria á las criaturas capaces de su eterna felicidad, que las pone en el camino, pero

[1] Cant. II, 16, 17. — [2] Ibid. VI, 2. — [3] Ibid. VII, 10.
[4] Psalm. CXXV, 5. — [5] Cant. III, 4.

ausentes y dudosas de ella misma [1], para que, mientras no llegan á poseerla, siempre vivan solícitas y dolorosas; y esta solicitud engendre en la misma criatura continuo temor y aborrecimiento del pecado, que es por quien solo la puede perder: y para que entre el bullicio de la conversacion humana no se deje enlazar ni enredar en las cosas visibles y terrenas. Á este cuidado ayuda el Criador, añadiendo á la razon natural las virtudes de fe y esperanza, que son el estímulo del amor con que se busca y se halla el último fin de la criatura. Y á mas de estas virtudes y otras que infunde en el Baptismo, envia inspiraciones y auxilios con que despertar y mover al alma ausente del mismo Señor, para que no le olvide ni se olvide de sí misma mientras carece de su amable presencia; antes prosiga su carrera hasta llegar al deseado fin, donde hallará todo el lleno de su inclinacion y deseos [2].

774. De aquí entenderás la torpe ignorancia de los mortales, y qué pocos son los que se detienen á considerar el órden misterioso de su creacion y justificacion, y las obras del Altísimo encaminadas á tan alto fin. De este olvido se siguen tantos males como padecen las criaturas, tomando posesion de los bienes terrenos y deleites engañosos, como si fueran su felicidad y último fin. Esta es la suma perversidad contra el órden del Criador; porque quieren los mortales en la vida transitoria y breve gozar de lo visible, como si fuera su último fin; habiendo de usar de las criaturas para conseguir el sumo Bien, y no para perderle. Advierte, pues, carísima, este riesgo de la estulticia humana; y todo lo deleitable, su gozo y risa, júzgalo por error [3]; y al contentamiento sensible díle que se deja engañar en vano, y que es madre de la estulticia, que embriaga el corazon, impide y destruye toda la verdadera sabiduría. Vive siempre en temor santo de perder la vida eterna, y no te alegres fuera del Señor hasta conseguirla. Huye de la conversacion humana, teme sus peligros; y si en alguno te pusiere Dios por medio de la obediencia para gloria suya, aunque debes fiar de su proteccion, pero no debes ser remisa ni descuidada en guardarte. No fies tu natural á la amistad ni trato de criaturas, en que está tu mayor peligro; porque te dió el Señor condicion agradecida y blanda, para que fácilmente te inclinases á no resistirle en sus obras, y empleases en su amor el beneficio que te hizo. Pero si das entrada al amor de las criaturas, te llevarán sin duda y alejarán del sumo Bien, y pervertirás el órden y las obras de su sabiduría infinita: y es cosa indigna emplear el mayor beneficio de la na-

[1] Eccles. IX, 2. — [2] Psalm. XVI, 15. — [3] Eccli. II, 2.

turaleza en objeto que no sea el mas noble de toda ella. Levántate sobre todo lo criado, y á tí sobre tí [1]. Realza las operaciones de las potencias, y represéntales el objeto nobilísimo del ser de Dios, el de mi Hijo dilecto y tu Esposo, que es especiosa su forma entre los hijos de los hombres [2]; y ámale de todo tu corazon, alma y mente.

CAPÍTULO VI.

Una vision que tuvo María santísima á los doce años del infante JESÚS, *para continuar en ella la imágen y doctrina de la Ley evangélica.*

Exordio á la narracion de los ocultos sacramentos que pasaron entre Cristo y su Madre en los diez y ocho años hasta la predicacion.—Estampó Cristo en su Madre la ley de gracia como en primera imágen á cuya imitacion se formasen los demás Santos.—Cómo se hubo el divino Artífice en la formacion de esta Imágen.—Su eminente excelencia sobre las demás obras de sus manos.—Ella es el padron de toda la santidad y virtudes de los demás en pura criatura.—Los Santos magnifican á María, y María hace felices á los Santos.—Conócese la eminencia de la perfeccion de esta imágen que Cristo estampó en María en el tiempo que se empleó en perficionarla.—En formar el resto de la Iglesia con la ley evangélica ocupó solos tres años; en estampar la imágen de su santidad en María empleó tres veces diez.—Y aun se retocó de nuevo despues de la ascension.—Vision en que se le manifestó á María el órden divino de hacerla primogénita de la ley evangélica.—En ella vió la potestad y mandato que se dió á Cristo para fundar esta ley.—Conoció el decreto de la santísima Trinidad de que ella fuese la primogénita de esa ley inmediata á Cristo.—Manifestósele el agrado con que su Hijo aceptó ese decreto.—Palabras que la dijo el Padre eterno para que preparase su corazon para esta admirable obra de su mano.—Respuesta humilde y agradecida de la Madre de Dios.—Nuevas influencias y dones con que el Señor la preparó y dispuso para esta obra.—Como crecia la capacidad de María para recibir nuevos aumentos de perfeccion.—Palabras con que despues de la vision se presentó á su Hijo para que ejerciese con ella el magisterio decretado.—Informó Cristo á su Madre de la alteza de la obra á que era destinada.—Cuán grande beneficio es la inteligencia de esta obra que Cristo hizo en su Madre.—En ella está un epílogo de la mas encumbrada perfeccion.—Preparaciones para imitar por esta imágen á María.

775. En los capítulos I y II de este libro dí principio á lo que en este y en los siguientes he de proseguir, no sin justo recelo de mi embarazado y corto discurso, y mucho mas de la tibieza de mi corazon, para tratar de los ocultos sacramentos que sucedieron entre el Verbo humanado y su beatísima Madre los diez y ocho años que estuvieron en Nazareth, desde la venida de Jeru-

[1] Thren. III, 28. — [2] Psalm. XLIV, 3.

salen y disputa de los doctores, hasta los treinta de la edad del Señor, que salió á la predicacion. En la márgen deste piélago de misterios me hallo turbada y encogida, suplicando al muy alto y excelso Señor, con afecto íntimo del alma, mande á un Ángel tome la pluma, y que no quede agraviado este asunto: ó que su Majestad, como poderoso y sábio, hable por mí, y me ilustre, y encamine mis potencias, para que gobernadas por su divina luz sean instrumento de sola su voluntad y verdad, y no tenga parte en ellas la fragilidad humana en la cortedad de una ignorante mujer.

776. Ya dije arriba [1] en los capítulos citados, como nuestra gran Señora fue la única y primera discípula de su Hijo santísimo, escogida entre todas las criaturas para imágen electa donde se estampase la nueva ley del Evangelio y de su Autor, y sirviese en su nueva Iglesia como de padron y dechado único, á cuya imitacion se formasen los demás Santos y efectos de la redencion humana. En esta obra procedió el Verbo humanado como un excelente artífice que tiene comprehendida el arte del pintar con todas sus partes y condiciones: que entre muchas obras de sus manos procura acabar una con todo primor y destreza, que ella misma le acredite, y publique la grandeza de su hacedor, y sea como ejemplar de todas sus obras. Cierto es que toda la santidad y gloria de los Santos fue obra del amor de Cristo y de sus merecimientos [2]; y todos fueron obras perfectísimas de sus manos: pero comparadas con la grandeza de María santísima, parecen pequeñas y borrones del arte; porque todos los Santos tuvieron algunos [3]. Sola esta imágen viva de su Unigénito no le tuvo; y la primer princelada que se dió en su formacion, fue de mas alto primor que los últimos retoques de los supremos Espíritus y Santos. Ella es el padron de toda la santidad y virtudes de los demás, y el término á donde llegó el amor de Cristo en pura criatura; porque á ninguna se le dió la gracia y gloria que María santísima no pudo recibir, y ella recibió toda la que no se pudo dar á otras; y le dió su Hijo benditísimo toda la que pudo ella recibir y él la pudo comunicar.

777. La variedad de Santos y sus grados engrandecen con silencio al Artífice de tanta santidad [4], y los menores ó pequeños hacen mayores á los grandes; y todos juntos magnifican á María santísima, quedando gloriosamente excedidos de su incomparable santidad, y felizmente bienaventurados de la parte en que la imitan,

1 Supr. n. 714. — 2 Ephes. II, 3; Joan. I, 16. — 3 I Joan. I, 8.
4 Psalm. XVIII, 2.

entrando en este órden, cuya perfeccion redunda en todos. Y si María purísima es la suprema que levantó de punto el órden de los justos; por esto mismo vino á ser como un instrumento ó motivo de la gloria que en tal grado tienen todos los Santos. Y porque en el modo que tuvo Cristo nuestro Señor de formar esta imágen de su santidad se vió, aunque de léjos, su primor; atiéndase á lo que trabajó en ella y en todo el resto de la Iglesia. Pues para fundarla y enriquecerla, llamar á los Apóstoles, predicar á su pueblo, establecer la nueva ley del Evangelio bastó la predicacion de tres años, en que superabundantemente cumplió esta obra que le encomendó su Padre eterno [1], y justificó y santificó todos los creyentes: y para estampar en su beatísima Madre la imágen de su santidad, no solo se empleó tres años, sino tres veces diez, obrando incesantemente en ella con la fuerza de su divino amor y potencia, sin hacer intervalo en que no añadiese cada hora gracias á gracias, dones á dones, beneficios á beneficios, santidad á santidad. Y sobre todo quedó en estado de retocarla de nuevo con lo que recibió despues que Cristo su Hijo santísimo subió al Padre, como diré en la tercera parte. Túrbase la razon, desfallece el discurso á vista de esta gran Señora; porque fue escogida como el sol [2]; y no sufre su refulgencia ser registrada por ojos terrenos, ni de otra criatura.

778. Comenzó á manifestar esta voluntad Cristo nuestro Redentor con su divina Madre, despues que volvieron de Egipto á Nazareth, como queda dicho arriba [3]; y siempre la fué prosiguiendo con el oficio de maestro que la enseñaba, y con el poder divino que la ilustraba con nuevas inteligencias de los misterios de la Encarnacion y Redencion. Despues que volvieron de Jerusalen á los doce años del Niño Dios, tuvo la gran Reina una vision de la Divinidad, no intuitiva, sino por especies; pero muy alta y llena de nuevas influencias de la misma Divinidad y noticias de los secretos del Altísimo. En especial conoció los decretos de la mente y voluntad del Señor, en órden á la ley de gracia que habia de fundar el Verbo humanado [4], y la potestad que para esto le era dada [5] por el consistorio de la beatísima Trinidad. Vió juntamente que con este fin el eterno Padre entregaba á su Hijo hecho hombre aquel libro cerrado, que refiere san Juan en el cap. v del Apocalipsis, con siete sellos [6], que nadie se hallaba en el cielo ni en la tierra que le abriese y soltase los sellos, hasta que el Cordero lo hizo con su pasion,

[1] Joan. VI, à v. 38. — [2] Cant. VI, 9. — [3] Supr. n. 713. — [4] Ephes. II, 14, 15; Matth. IV. 17. — [5] Matth. XXVIII, 18. — [6] Apoc. V, à v. 1.

muerte, doctrina y merecimientos; con que manifestó y declaró á los hombres el secreto de aquel libro, que era toda la nueva ley del Evangelio, y la Iglesia, que con él se habia de fundar en el mundo.

779. Luego conoció la divina Señora como decretaba la santísima Trinidad que entre todo el linaje humano ella fuese la primera que leyese aquel libro y le entendiese; que su Unigénito se le abriese y manifestase todo enteramente, y que ejecutase cuanto en él se contenia; y fuese la primera, que como acompañando al Verbo, á quien habia dado carne le siguiese, y tuviese su legítimo lugar inmediato á él mismo en las sendas que bajando del cielo habia manifestado en aquel libro, para que subiesen á él los mortales desde la tierra; y en la que era su Madre verdadera se depositase aquel Testamento. Vió como el Hijo del eterno Padre y suyo aceptaba aquel decreto con grande beneplácito y agrado; y que su humanidad santísima le obedecia con indecible gozo, por ser ella su Madre; y el eterno Padre se convertia á la purísima Señora, y le decia:

780. *Esposa y paloma mia; prepara tu corazon, para que segun nuestro beneplácito te hagamos participante de la plenitud de nuestra ciencia, y para que se escriba en tu alma el Nuevo Testamento y ley santa de mi Unigénito. Fervoriza tus deseos, y aplica tu mente al conocimiento y ejecucion de nuestra doctrina y preceptos. Recibe los dones de nuestro liberal poder y amor contigo. Y para que nos vuelvas la digna retribucion, advierte, que por la disposicion de nuestra infinita sabiduría determinamos que mi Unigénito, en la humanidad que de tí ha tomado, tenga en una pura criatura la imágen y similitud posible, que sea como efecto y fruto proporcionado á sus merecimientos; y en él sea magnificado y engrandecido con digna retribucion su santo nombre. Atiende, pues, hija y electa mia, que se te pide de tu parte gran disposicion. Prepárate para las obras y misterios de nuestra poderosa diestra.*

781. *Señor eterno y Dios inmenso,* respondió la humildísima Señora, *en vuestra divina y real presencia estoy postrada, conociendo á la vista de vuestro ser infinito el mio tan deshecho, que es la misma nada. Reconozco vuestra grandeza y mi pequeñez. Hállome indigna del nombre de esclava vuestra: y por la benignidad con que vuestra clemencia me ha mirado, ofrezco el fruto de mi vientre y vuestro Unigénito; y á su Majestad suplico responda por su indigna Madre y sierva. Preparado está mi corazon* [1], *y en agradecimiento de vuestras misericordias desfallece, y se deshace en afectos* [2]; *porque no puede*

[1] Psalm. LVI, 8. — [2] Ibid. LXXII, 26.

ejecutar las vehemencias de sus anhelos. Pero si hallé gracia en vuestros ojos [1], *hablaré, Señor y Dueño mio, en vuestra presencia, solo para pedir y suplicar á vuestra real Majestad que hagais en vuestra esclava todo lo que pedís y mandais: pues nadie puede obrarlo fuera de Vos mismo, Señor y Rey altísimo. Y si de mi parte pedís el corazon libre y rendido, yo le ofrezco para padecer y obedecer á vuestra voluntad hasta morir.* Luego la divina Princesa fue llena de nuevas influencias de la Divinidad, iluminada, purificada, espiritualizada, y preparada con mayor plenitud del Espíritu Santo que hasta aquel dia; porque fue este beneficio muy memorable para la Emperatriz de las alturas. Y aunque todos eran tan encumbrados, y sin ejemplo ni otro símil en las demás criaturas, y por esto cada uno parecia el supremo, y que señalaba el *Non plus ultra;* pero en la participacion de las divinas perfecciones no hay limitacion de su parte, si no falta la capacidad de la criatura. Y como esta era grande y crecia mas en la Reina del cielo con los mismos favores, disponíase con unos grandes para otros mayores. Y como el poder divino no hallaba óbice que le impidiese, encaminaba todos sus tesoros á depositarlos en el archivo seguro y fidelísimo de María santísima Señora nuestra.

782. Salió toda renovada de esta vision extática, y fuése á la presencia de su Hijo santísimo, y postrada á sus piés le dijo: *Señor mio, y mi luz y mi maestro, aquí está vuestra indigna Madre, preparada para el cumplimiento de vuestra santa voluntad. Admitidme de nuevo por discípula y sierva, y tomad en vuestra poderosa mano el instrumento de vuestra sabiduría y querer. Ejecutad en mí el beneplácito del Padre eterno y vuestro.* Recibió el Hijo santísimo á su Madre con majestad y autoridad de maestro, y le hizo una amonestacion altísima. Enseñóla con poderosas razones y gran peso el valor y profundidad que contenian las misteriosas obras que el Padre eterno le habia encomendado sobre el negocio de la redencion humana, y la fundacion de la nueva Iglesia y ley evangélica que en la divina mente se habia determinado. Declaróla y manifestóla de nuevo como en la ejecucion de tan altos y escondidos misterios ella habia de ser su compañera y coadjutora, estrenando y recibiendo las primicias de la gracia; y que para esto habia de asistirle la purísima Señora en sus trabajos y hasta la muerte de cruz, siguiéndole con ánimo aparejado, grande, constante, invencible y dilatado. Dióla celestial doctrina, encaminada á que se preparase para recibir toda la

[1] Esther, VII, 3.

ley evangélica, entenderla, penetrarla, y ejecutar todos sus preceptos y consejos con altísima perfeccion. Otros grandes sacramentos declaró el infante Jesús á su beatísima Madre en esta ocasion sobre las obras que hacia en el mundo. Y á todo se ofreció la divina Señora con profunda humildad, obediencia, reverencia, agradecimiento, y amor vehementísimo y afectuoso.

Doctrina que me dió la divina Señora.

783. Hija mia, muchas veces en el discurso de tu vida, y mas en este tiempo que escribes la mia, te he llamado y convidado para que me sigas por la imitacion mayor que tus fuerzas pudieren con la divina gracia. Ahora de nuevo te intimo esta obligacion y llamamiento, despues que la dignacion del Altísimo te ha dado inteligencia y luz tan clara del sacramento que su brazo poderoso obró en mi corazon, escribiendo en él toda la ley de gracia y doctrina de su Evangelio, y el efecto que hizo en mí este beneficio, y el modo con que yo lo agradecí y correspondí en la imitacion adecuada y perfectísima de mi santísimo Hijo y Maestro. El conocimiento que tienes de todo esto has de reputar por uno de los mayores favores y beneficios que te ha concedido su Majestad: pues en él hallarás la suma y epílogo de la mayor santidad y encumbrada perfeccion, como en clarísimo espejo; y serán patentes á tu mente las sendas de la divina luz [1], por donde camines segura y sin las tinieblas de la ignorancia [2] que comprehenden á los mortales.

784. Ven, pues, hija mia, ven en mi seguimiento. Y para que me imites como de tí quiero, y seas iluminada en tu entendimiento, levantado el espíritu, preparado el corazon, y fervorizada la voluntad, disponte con la libertad separada de todo, como te pide tu Esposo: aléjate de lo terreno y visible, deja todo género de criaturas, niégate á tí misma [3], cierra los sentidos á las fabulaciones falsas del mundo y del demonio [4]. Y en sus tentaciones te advierto que no te embaraces mucho, ni te aflijas; porque si consigue el detenerte para que no camines, con esto habrá alcanzado de tí una gran vitoria; y no llegarás á ser robusta en la perfeccion. Atiende, pues, al Señor, codicioso de la hermosura de tu alma [5]; liberal para concedértela, poderoso para depositar en ella los tesoros de su sabiduría, y solícito para obligarte á que tú los recibas. Déjale que escriba

1 Prov. IV, 18. — 2 Joan. XII, 35. — 3 Matth. XVI, 24.
4 Psalm. XXXIX, 5. — 5 Ibid. XLIV, 12.

en tu pecho su divina ley evangélica; y en ella sea tu continuo estudio, tu meditacion de dia y noche [1], tu memoria y alimento, la vida de tu alma, y el néctar de tu gusto espiritual; con que conseguirás lo que de tí quiere el Altísimo, y yo y tú deseas.

CAPÍTULO VII.

Declárанse mas expresamente los fines del Señor en la doctrina que enseñó á María santísima, y los modos con que lo ejecutaba.

Órden de los fines que Dios pone en sus obras.—Toda la excelencia de santidad de María se comprehende en haberla Dios hecho estampa de su Hijo.—Primer fin que puso Dios en esta obra: la honra del Redentor, crédito de la eficacia de su doctrina y méritos.—Segundo fin, la correspondencia de las obras de la reparacion y medicina á las de la creacion y caida.—Tercero, porque hubiese pura criatura que adecuase la determinacion divina de venir á ser maestro de los hombres.—Acreditó Dios con María su determinacion de hacerse hombre.—Todos estos fines abrazaba Cristo en el magisterio que ejercitó con su Madre.—Diversos medios por donde la ilustraba.—Expresion con que se le mostró el órden de la Iglesia militante.—Como se le manifestaron los Sacramentos que habia de instituir su Hijo.—Como la doctrina que habia de predicar y las Escrituras.—Conoció María que se le daba esta ciencia para que fuese Maestra de la Iglesia.—Dirigió estos diez y ocho años la substancia evangélica para alimentar despues á la Iglesia primitiva.—Otros dos modos de enseñanza que María recibia de su Hijo.—Cuán abundante fue la doctrina que recibió de palabra.—Antes que Cristo comenzase la predicacion, ya su Madre tenia practicada con suma perfeccion su doctrina.—Fidelidad con que á todas las almas da Dios luz para entrar en el camino de su salvacion.—Luz sobrenatural que infunde á los fieles en el Bautismo.—Especial luz que comunica á algunas almas.—Astucia con que el demonio procura, desde que entra el uso de la razon, que las almas pierdan ó no usen de las virtudes que recibieron en el Bautismo.—La mala educacion de los niños es traza del demonio.—Medios por donde el Señor renueva su luz en las almas.—Causa de ser menos los que con ellos vuelven á la salud espiritual.—La juventud viciosa da mayor aliento á los demonios para perder los hombres.—Cuánto imperio va cobrando contra ellos el demonio con cada pecado.—Como ha introducido el olvido de los Novísimos.—Remedio para evitar estos peligros.

785. Cualquiera de las causas que obra con libertad y conocimiento de sus acciones, es necesario que tenga en ellas algun fin, razones y motivos, con cuyo conocimiento se determine y se mueva para hacerlas: y al conocimiento de los fines se sigue la consultacion ó eleccion de los medios para conseguirlos. Este órden es mas cierto en las obras de Dios [2], que es suprema y primera causa, y de

[1] Psalm. I, 2. — [2] Ibid. CIII, 24.

infinita sabiduría, con la cual dispone y ejecuta todas las cosas, tocando de fin á fin con fortaleza y suavidad, como dice el Sábio [1]; y en ninguna pretende el no ser y la muerte, antes bien las hace todas, para que tengan ser y vida [2]. Y cuanto son mas admirables las obras del Altísimo, tanto mas particulares y levantados son los fines que en ellas pretende conseguir [3]. Y aunque el fin último de todas es la gloria de sí mismo y su manifestacion; pero esto va ordenado con su infinita ciencia, como una cadena de varios eslabones que sucediendo unos á otros, llegan desde la ínfima criatura hasta la suprema y mas inmediata al mismo Dios, autor y fin universal de todas [4].

786. Toda la excelencia de santidad de nuestra gran Señora se comprehende en haberla hecho Dios estampa ó imágen viva de su mismo Hijo santísimo; y tan ajustada y parecida en la gracia y operaciones, que por comunicacion y privilegio parecia otro Cristo [5]. Y este fue un divino y singular comercio entre Hijo y Madre; porque ella le dió la forma y ser de la naturaleza humana, y el mismo Señor le dió á ella otro ser espiritual y de gracia, en que tuviesen respectivamente similitud y semejanza como la de su humanidad. Los fines que tuvo el Altísimo fueron dignos de tan rara maravilla, y la mayor de sus obras en pura criatura. Y en los capítulos pasados, primero, segundo y sexto [6], he dicho algo de esta conveniencia por parte de la honra de Cristo nuestro Redentor, y de la eficacia de su doctrina y merecimientos; que para el crédito de todo era como necesario que en su Madre santísima se conociese la santidad y pureza de la doctrina de Cristo nuestro Señor, y su autor y maestro; la eficacia de la ley evangélica y el fruto de la redencion; y todo redundase en la suma gloria que por ello se le debia al mismo Señor. Y en sola su Madre se halló esto con mas intension y perfeccion, que en todo el resto de la Iglesia santa y de sus predestinados.

787. El segundo fin que tuvo en esta obra el Señor mira tambien al ministerio de Redentor; porque las obras de nuestra reparacion habian de corresponder á las de la creacion del mundo, y la medicina del pecado á su introduccion: y así convenia que como el primer Adan [7] tuvo compañera en la culpa á nuestra madre Eva, y le ayudó y movió para cometerla, y que en él como en cabeza se perdiese el linaje humano; así tambien sucediese en el reparo de tan gran ruina, que el segundo y celestial Adan, Cristo nuestro Señor,

[1] Sap. VIII, 1. — [2] Ibid. I, 13, 14. — [3] Prov. XVI, 4. — [4] Apoc. XXII, 13.
[5] Galat. IV, 4. — [6] Supr. n. 613, 730, 782. — [7] I Cor. XV, 47.

tuviese compañera y coadjutora en la redencion á su purísima Madre; y que ella concurriese y cooperase al remedio: aunque solo en Cristo, que es nuestra cabeza [1], estuviese la virtud y la causa adecuada de la general redencion. Y para que este misterio se ejecutase con la dignidad y proporcion que convenia, fue necesario que se cumpliese entre Cristo nuestro Señor y María santísima lo que dijo el Altísimo en la formacion de los primeros padres: *No es bien que esté solo el hombre: hagámosle otro semejante que le ayude* [2]. Y así lo hizo el Señor, como pudo hacerlo; de tal suerte, que él mismo hablando ya por el segundo Adan, Cristo, pudo decir: *Este es hueso de mis huesos y carne de mi carne, y se llamará varonil; porque fue formada del varon* [3]. No me detengo en mayor declaracion de este sacramento; pues ella se viene luego á los ojos de la razon, ilustrada con la fe y luz divina, y se conoce la similitud de Cristo y su Madre santísima.

788. Otro motivo concurrió tambien á este misterio; y aunque aquí lo pongo el tercero en la ejecucion, fue primero en la intencion; porque mira á la eterna predestinacion de Cristo Señor nuestro, conforme á lo que dije en la primera parte [4]. Porque el motivo de encarnar el Verbo eterno, y venir al mundo por ejemplar y maestro de las criaturas (que fue el primero de esta maravilla), habia de tener proporcion y correspondencia á la grandeza de tal obra, que era la mayor de todas, y el inmediato fin á donde todas se habian de referir. Y para guardar la divina Sabiduría este órden y proporcion, era conveniente que entre las puras criaturas hubiese alguna que adecuase á la divina voluntad en su determinacion de venir á ser maestro, y adoptarnos en la dignidad de hijos por su doctrina y gracia [5]. Y si no hubiera hecho Dios á María santísima, predestinándola entre las criaturas con el grado de santidad, y semejante á la humanidad de su Hijo santísimo, faltárale á Dios este motivo en el mundo, con que (á nuestro grosero modo de hablar) honestaba y disculpaba, ó justificaba su determinacion de humanarse, conforme al órden y modo manifiesto á nosotros de su omnipotencia. Considero en esto lo que sucedió á Moisés con sus tablas de la ley, escritas con el dedo de Dios [6]; que cuando vió idolatrar al pueblo, las rompió [7], juzgando á los desleales por indignos de aquel beneficio. Pero despues se escribió la ley en otras tablas fabricadas por manos humanas [8]; y aquellas perseveraron en el mundo. Las primeras ta-

[1] Colos. I, 18; I Tim. II, 5. — [2] Genes. II, 18. — [3] Ibid. 23. — [4] Part. I, n. 39. — [5] Galat. IV, 5. — [6] Exod. XXXI, 18. — [7] Ibid. XXXII, 19. — [8] Ibid. XXXIV, 1.

blas, donde formadas por la mano del Señor se escribió su ley, se rompieron por la primera culpa; y no tuviéramos ley evangélica, si no hubiera otras tablas, Cristo y María [1], formadas por otro modo: ella por el comun y ordinario; y él por el concurso de la voluntad y sustancia de María. Y si esta gran Señora no concurriera y cooperara como digna á la determinacion de esta ley, nos quedáramos sin ella los demás mortales.

789. Todos estos fines tan soberanos abrazaba la voluntad de Cristo nuestro bien, con la plenitud de su divina ciencia y gracia, enseñando á su beatísima Madre los misterios de la ley evangélica. Y para que no solo quedase capaz de todos, sino tambien de los diferentes modos de entenderla; y saliese tan sábia discípula, que pudiese despues ser ella misma consumada maestra y madre de la sabiduría [2]; usaba el Señor de diferentes medios de ilustrarla. Unas veces con aquella vision abstractiva de la Divinidad, que en estos tiempos la tuvo mas frecuente; otras, cuando no la tenia, le quedaba una como vision intelectual, mas habitual y menos clara. Y en la una y otra conocia expresamente toda la Iglesia militante, con el órden y sucesion que habia tenido desde el principio del mundo hasta la Encarnacion; y el que desde entonces habia de llevar hasta el fin del mundo, y despues en la bienaventuranza. Esta noticia era tan clara, distinta y comprehensiva, que se extendia á conocer todos los Santos y justos, y los que mas se habian de señalar en la Iglesia, los Apóstoles, Mártires, Patriarcas de las religiones, Doctores, Confesores y Vírgines. Todos los conocia nuestra Reina singularmente, con las obras, méritos y gracia que habian de alcanzar, y el premio que les habia de corresponder.

790. Conoció tambien los Sacramentos que su Hijo santísimo queria establecer en su santa Iglesia; la eficacia que tendrian; los efectos que harian en quien los recibiese, segun las diferentes disposiciones [3], y como todo pendia de la santidad y méritos de su Hijo santísimo, nuestro reparador. Tuvo asimismo noticia clara de toda la doctrina que habia de predicar y enseñar; de las Escrituras antiguas y futuras, y todos los misterios que contienen en los cuatro sentidos, literal, moral, alegórico y anagógico; y todo lo que habian de escribir en ellos los expositores. Y sobre esto entendia la divina discípula mucho mas. Y conoció que se le daba esta ciencia para que fuese maestra de la Iglesia santa; como en efecto lo fue en ausencia de su Hijo santísimo, despues que subió á los cielos: y para

[1] Luc. I, 28. — [2] Eccli. XXIV, 24. — [3] Joan. I, 16.

que aquellos nuevos hijos [1] y fieles reengendrados en la gracia tuviesen en la divina Señora madre amorosa y cuidadosa que los criase á los pechos de su doctrina como con leche suavísima, proprio alimento de niños. Y fue así que la beatísima Señora en estos diez y ocho años que estuvo con su Hijo recibió y como digirió la sustancia evangélica, que es la doctrina de nuestro Salvador Cristo, recibiéndola del mismo Señor. Y habiéndola gustado, y conocido su negociacion [2], sacó de ella el alimento dulce con que criar á la primitiva Iglesia, que en sus fieles estaba tierna y no tan capaz del manjar sólido y fuerte de la doctrina y Escrituras, y de la imitacion perfecta de su Maestro y Redentor. Y porque en este punto hablaré en la tercera parte [3], que es su proprio lugar, no me alargo mas.

791. Sin estas visiones y enseñanza, tenia la gran Señora la de su Hijo santísimo y de su humanidad en dos modos que hasta ahora he repetido [4]. El uno, en el espejo de su alma santísima y de sus operaciones interiores, y en cierto modo de la misma ciencia que él tenia de todas las cosas [5]; y allí por otro modo era informada de los consejos de el Redentor y artífice de la santidad, y de los decretos que tenia de la que en la Iglesia habia de obrar por sí y por sus ministros. El otro modo era por la instruccion exterior de palabra; porque conferia el Señor con su digna Madre todas las cosas que en él y en la divinidad le habia manifestado. Y desde lo superior hasta lo mas ínfimo, todo cuanto pertenecia á la Iglesia lo comunicaba con ella. Y no solo esto, sino las cosas que habian de corresponder á los tiempos y sucesos de la ley evangélica con la gentilidad y sectas falsas. De todo hizo capaz á su divina discípula y nuestra maestra. Y antes que el Señor comenzara la predicacion, ya María santísima estaba ejercitada en su doctrina, y la dejaba practicada en ella con suma perfeccion; porque la plenitud de las obras de nuestra gran Reina correspondia á la de su inmensa sabiduría y ciencia; y ella fue tan profunda y con especies tan claras, que así como nada ignoraba, tampoco padeció equivocacion en las especies ni en las palabras; ni jamás le faltaron las necesarias, ni añadió una sola supérflua, ni trocó una por otra, ni tuvo necesidad de discurrir para hablar y explicar los misterios mas ocultos de las Escrituras, en las ocasiones que fue necesario hacerlo en la primitiva Iglesia.

1 I Petr. II, 2. — 2 Prov. XXXI, 18. — 3 Part. III, à n. 106, et frequenter.
4 Supr. n. 481, 694. — 5 Ibid. n. 733, 782.

Doctrina que me dió la divina Madre y Señora nuestra.

792. Hija mia, la bondad y clemencia del Altísimo, que por sí mismo dió el ser y le da á todas las criaturas, y á ninguna niega su grande providencia, es fidelísimo en dar su luz á todas las almas [1], para que puedan entrar en el camino de su conocimiento, y por él en el de la eterna vida, si la misma alma no se impide y escurece esta luz por sus culpas, y deja la conquista del reino de los cielos [2]. Pero con aquellas almas, que por sus secretos juicios llama á su Iglesia, muéstrase mas liberal; porque en el Baptismo les infunde con la gracia otras virtudes, que se llaman esencialmente infusas, que no puede la criatura adquirirlas por sí misma; y otras infusas accidentalmente, que con sus obras pudiera adquirir trabajando; pero anticípaselas el Señor, para que se halle el alma pronta y mas devota en guardar su santa ley. Á otras almas, sobre esta comun lumbre de la fe, añade su clemencia especiales dones sobrenaturales de mayor inteligencia y virtud, para obrar y conocer los misterios de la ley evangélica. Y en este beneficio se ha mostrado contigo mas liberal que con muchas generaciones; y te ha obligado para que te señales en el amor y correspondencia que le debes, estando siempre humillada y pegada en el polvo.

793. Y para que de todo estés advertida con el cuidado y amor de madre, te quiero enseñar como maestra la astucia con que Satanás procura destruir estas obras del Señor; porque desde la hora que las criaturas entran en el uso de la razon, la siguen á cada una muchos demonios vigilantes y asistentes. Porque el tiempo en que debian las almas levantar su mente al conocimiento de Dios, y comenzar las operaciones de las virtudes infusas en el Baptismo; entonces los demonios con increible furor y astucia procuran arrancar esta divina semilla; y si no pueden, la impiden, para que no dé fruto, inclinando á los hombres á obras viciosas, inútiles y párvulas. Con esta iniquidad los divierten para que no usen de la fe, ni esperanza, ni otras virtudes, ni se acuerden que son cristianos, ni atiendan al conocimiento de su Dios, y misterios de la redencion y vida eterna. Á mas de esto introduce el mismo enemigo en los padres una torpe inadvertencia ó ciego amor carnal con sus hijos; y en los maestros incita á otros descuidos, para que no reparen en su mala educacion, y los dejen depravar y adquirir muchos hábitos vi-

[1] Joan. I, 9. — [2] Matth. XI, 12.

ciosos, y perder las virtudes y sus buenas inclinaciones; y con esto vayan caminando á la perdicion.

794. Pero el piadosísimo Señor no se olvida de ocurrir á este peligro, renovando la luz interior con nuevos auxilios y santas inspiraciones; con la doctrina de la santa Iglesia por sus predicadores y ministros; con el uso y eficaz remedio de los Sacramentos, y con otros medios que aplica para reducirlos al camino de la vida. Y si con tantos remedios son menos los que vuelven á la salud espiritual, la causa mas poderosa para impedirla son la mala leche de los vicios y costumbres depravadas que mamaron en su puericia. Porque es verdadera aquella sentencia del Deuteronomio: *Cuales fueron los dias de la juventud, tal será la senectud* [1]. Con esto los demonios van cobrando mayor ánimo y mas tirano imperio sobre las almas, juzgando que como se les sujetaron cuando tenian menos y menores culpas, lo harán mas fácilmente cuando sin temor vayan cometiendo otras muchas y mayores. Y para ellas les incitan y ponen mas loca osadía; porque sucede que con cada pecado que la criatura comete pierde mas las fuerzas espirituales, y se rinde al demonio, y como tirano enemigo cobra imperio sobre ella, y la sujeta en la maldad y miseria, con que llega á estar debajo los piés de su iniquidad, y la lleva adonde quiere, de precipicio á despeño, y de abismo en abismo [2]; castigo merecido á quien por el primer pecado se le sujetó. Por estos medios ha derribado Lucifer tanto número de almas al profundo; y cada dia las lleva, levantándose en su soberbia contra Dios [3]. Y por aquí ha introducido en el mundo su tiranía, y el olvido de los novísimos de los hombres, muerte, juicio, infierno y gloria, y de abismo en abismo ha despeñado tantas naciones hasta caer en errores tan ciegos y bestiales como contienen todas las herejías y sectas falsas de los infieles. Atiende, pues, hija mia, á tan formidable peligro, y nunca falte de tu memoria la ley de Dios [4], sus preceptos y mandamientos, las verdades católicas y doctrina evangélica. No pase dia alguno sin que mucho tiempo medites en ellos; y aconseja lo mismo á tus religiosas y á todos los que te oyeren; porque su adversario el demonio [5] trabaja y se desvela por escurecer su entendimiento, y olvidarlo de la divina ley, para que no encamine á la voluntad, que es potencia ciega, á los actos de su justificacion, que se consigue con fe viva, esperanza cierta, amor fervoroso, y corazon contrito y humillado [6].

[1] Deut. XXXIII, 25. — [2] Psalm. XLI, 8. — [3] Ibid. LXXIII, 23.
[4] Ibid. CXVIII, 92. — [5] I Petr. V, 8. — [6] Psalm. L, 19.

CAPÍTULO VIII.

Declárase el modo como nuestra gran Reina ejecutaba la doctrina del Evangelio que su Hijo santísimo la enseñaba.

Obras en que se ocupaba el Salvador en beneficio de los hombres, pasando ya de la puericia.—No conocian entonces al autor los que recibian los beneficios.—Conferencias que tenia Cristo con su Madre.—Como cooperaba con él María.—Modo de estas conferencias.—Intentos del Salvador en dar á los hombres la doctrina evangélica y ley de gracia.—Agradecíalos María por todo el linaje humano.—Expreso conocimiento que tuvo de los cuatro Evangelios que se habian de escribir.—Declárase cuán adecuadamente ejecutó María toda la doctrina evangélica.—Por comparacion á los otros Santos.—Declárase por órden á la inteligencia que de esta doctrina tenia.—Ejemplifícase en la doctrina del sermon de Cristo en el monte.—Eminencia con que María entendió y ejecutó la pobreza de espíritu.—Propriedad con que consiguió el premio que señaló Cristo á esta virtud.—Cómo entendió y ejercitó la mansedumbre.—Singular excelencia con que consiguió el premio de los mansos.—Su inteligencia y ejercicio singular de las lágrimas.—Como tuvo el premio que las fue prometido.—Sed y hambre de la justicia que tuvo.—Como tuvo la bendicion que le corresponde.—Singular grado en pura criatura que tuvo en la misericordia.—Limpieza de corazon en María sin semejante en pura criatura.—Como le correspondió la bendicion de los limpios de corazon en esta vida.—Paz suprema de la Madre de Dios.—Por ella se le debia singularmente la bendicion de llamarse Hija de Dios.—El padecer por la justicia llegó en María al sumo grado posible.—Podíase ejemplificar la misma eminencia de inteligencia y ejecucion de María en los demás preceptos y consejos evangélicos.—Decir y hacer son dos partes del magisterio.—Los Evangelios son como un trasunto de la vida de Cristo y su Madre, dejado en la Iglesia para su imitacion.—Cuánto se complace el Señor de que sean venerados y se ofende de que no lo sean.—Obligacion en que pone la noticia de la doctrina evangélica ejecutada por la Madre de Dios para imitarla.

795. En la edad y en las obras iba creciendo nuestro Salvador, pasando ya de la puericia; y en todas consumando las obras que en cada una le encomendó el eterno Padre en beneficio de los hombres. No predicaba en público, ni tampoco hacia entonces en Galilea tan patentes milagros como hizo despues y habia hecho antes algunos en Egipto. Pero oculta y disimuladamente siempre obraba grandes efectos en las almas y en los cuerpos de muchos. Visitaba los pobres y enfermos: consolaba los tristes y afligidos; y á estos y otros muchos reducia á la salud eterna de las almas, ilustrándolas con el consejo particular, y moviéndolas con internas inspiraciones y favores, para que se convirtiesen á su Criador, y apartasen del



demonio y de la muerte. Estos beneficios eran continuos; y para hacerlos salia muchas veces de casa de su beatísima Madre. Y aunque los hombres conocian que con las palabras y presencia de JESÚS eran movidos y renovados; pero como en el misterio estaban ignorantes, enmudecian, no sabiendo á quién atribuirlo mas que al mismo Dios. La gran Señora del mundo conocia en el espejo del alma santísima de su Hijo y por otros medios todas estas maravillas que hacia; y en estando juntos le adoraba y daba gracias por ellas, postrada siempre á sus piés.

796. Lo restante del tiempo gastaba el Hijo santísimo con su Madre, y ocupándole en oracion, y enseñarla, y conferir con ella los cuidados que como buen pastor [1] tenia de su querida grey, y los méritos que para su remedio queria acumular, y los medios que en órden á su salud determinaba aplicar. Atendia la prudentísima Madre á todo, y cooperaba con su divina sabiduría y amor, asistiéndole en los oficios que disponia con el linaje humano, de padre, hermano, amigo, maestro, abogado, protector y reparador. Estas conferencias tenian ó por palabras, ó por las mismas operaciones interiores, con que Hijo y Madre tambien se hablaban y entendian. Decíale el Hijo santísimo: *Madre mia, el fruto de mis obras en que quiero fundar la Iglesia, ha de ser una doctrina y ciencia, que creida y ejecutada, sea vida y salud de los hombres: una ley santa y eficaz, poderosa para extinguir el mortal veneno que Lucifer derramó en los corazones humanos por la primera culpa. Quiero que por medio de mis preceptos y consejos se espiritualicen y levanten á la participacion y semejanza de mí mismo, y sean depósitos de mis tesoros viviendo en carne, y despues lleguen á la participacion de mi eterna gloria. Quiero dar al mundo renovada, mejorada, y con nueva luz y eficacia la ley que dí á Moisés, para que comprehenda preceptos y consejos.*

797. Todos estos intentos del Maestro de la vida conocia su divina Madre con profundísima ciencia, y con igual amor los admitia, reverenciaba y agradecia en nombre de todo el linaje humano. Y como el Señor la iba manifestando singularmente todos y cada uno de estos grandes sacramentos, iba conociendo su alteza la eficacia que daria á todos, y á la ley y doctrina del Evangelio, y los efectos que en las almas haria si la guardasen, y el premio que les corresponderia; y de antemano obró en todo como si lo ejecutara por cada una de las criaturas. Conoció expresamente todos los cuatro Evangelios, con las palabras formales y misterios que los Evangelistas los

[1] Joan. x, 14.

habian de escribir. Y en sí misma entendió la doctrina de todos; porque su ciencia excedia á la de los mismos escritores, y pudiera ser su maestra en declarárselos, sin atender á sus palabras. Conoció asimismo que aquella ciencia era como copiada de la de Cristo, y que con ella eran como trasladados y copiados los Evangelios que se habian de escribir, y quedaban en depósito en su alma, como las tablas de la ley en la arca del testamento [1], para que sirviesen de originales legítimos y verdaderos á todos los Santos y justos de la ley de gracia; porque todos habian de copiar la santidad y virtudes de la que estaba en el archivo de la gracia, María santísima.

798. Dióla tambien á conocer su divino Maestro la obligacion en que la ponia de obrar y ejecutar con suma perfeccion toda esta doctrina, para los altísimos fines que tenia en este raro beneficio y favor. Y si aquí hubiéramos de contar cuán adecuada y cabalmente lo cumplió nuestra gran Reina y Señora, fuera necesario repetir en este capítulo toda su vida; pues fue toda una suma del Evangelio, copiada de su mismo Hijo y Maestro. Véase lo que esta doctrina ha obrado en los Apóstoles, Mártires, Confesores y Vírgines en los demás Santos y justos que han sido y serán hasta el fin del mundo: nadie (fuera del mismo Señor) lo puede referir, y mucho menos comprehender. Pues consideremos que todos los Santos y justos fueron concebidos en pecado, y todos pusieron algun óbice: y no obstante esto pudieron crecer en virtudes, santidad y gracias; pero dejaron algun vacío para ella. Mas nuestra divina Señora no padeció estos defectos ni menguantes en la santidad [2]; y sola ella fue materia dispuesta adecuadamente, sin formas repugnantes á la actividad del brazo poderoso y á sus dones: fue la que sin embarazo ni resistencia recibió el torrente impetuoso de la divinidad [3], comunicada por su mismo Hijo y Dios verdadero. De aquí entenderémos que solo en la vision clara del Señor y en aquella felicidad eterna llegarémos á conocer lo que fuere conveniente de la santidad y excelencia de esta maravilla de su omnipotencia.

799. Y cuando ahora, hablando en general y por mayor, quiera yo explicar algo de lo que se me ha manifestado, no hallo términos con que decirlo; porque nuestra gran Reina y Maestra guardaba los preceptos y doctrina de los consejos evangélicos, segun la profunda inteligencia que de todos le habian dado; y ninguna criatura es capaz de conocer á dónde llegaba la ciencia y inteligencia de la Madre de la sabiduría en la doctrina de Cristo: y lo que se

[1] Hebr. IX, 4. — [2] Rom. V, 12; I Joan. I, 8. — [3] Psalm. XLV, 5.

entiende, excede á los términos y palabras que todos alcanzamos. Pongamos ejemplo en la doctrina de aquel primer sermon que hizo el Maestro de la vida á sus discípulos en el monte, como lo refiere san Mateo en el capítulo v [1]; donde se comprehendió la suma de la perfeccion evangélica, en que fundaba su Iglesia, declarando por bienaventurados á todos los que le siguiesen.

800. *Bienaventurados*, dijo nuestro Señor y Maestro [2], *los pobres de espíritu; porque de ellos es el reino de los cielos.* Este fue el primero y sólido fundamento de toda la vida evangélica. Y aunque los Apóstoles y con ellos nuestro Padre san Francisco la entendieron altamente; pero sola María santísima fue la que llegó á penetrar y pesar la grandeza de la pobreza de espíritu; y como la entendió, la ejecutó hasta lo último de potencia. No entró en su corazon imágen de riquezas temporales, ni conoció esta inclinacion; sino que amando las cosas como hechuras del Señor, las aborrecia, en cuanto eran tropiezo y embarazo del amor divino. Y usó de ellas pacíficamente, y solo en cuanto la movian ó ayudaban á glorificar al Criador. Á esta perfectísima y admirable pobreza era como debida la posesion de Reina de todos los cielos y criaturas. Todo esto es verdad; pero todo es poco para lo que entendió, apreció y obró nuestra gran Señora el tesoro de la pobreza de espíritu, que es la primera bienaventuranza.

801. La segunda [3]: *Bienaventurados los mansos; porque ellos poseerán la tierra.* En esta doctrina y en su ejecucion excedió María santísima con su mansedumbre dulcísima, no solo á todos los mortales, como Moisés en su tiempo á todos los que entonces eran; pero á los mismos Ángeles y Serafines; porque esta candidísima paloma en carne mortal estuvo mas libre en su interior y potencias de turbarse y airarse en ellas, que los espíritus, que no tienen sensibilidad como nosotros. Y en este grado inexplicable fue señora de sus potencias y operaciones del cuerpo terreno, y tambien de los corazones de todos los que la trataban: y poseia la tierra de todas maneras, sujetándose á su obediencia apacible. La tercera [4]: *Bienaventurados los que lloran; porque serán consolados.* Entendió María santísima la excelencia de las lágrimas, y su valor, y tambien la estulticia [5] y peligro de la risa de alegría mundana [6], mas de lo que ninguna lengua puede explicar: pues cuando todos los hijos de Adan, concebidos en pecado original, y despues manchados con los actua-

[1] Matth. v, à v. 1. — [2] Ibid. 3. — [3] Ibid. 4. — [4] Ibid. 5.
[5] Psalm. cxxv, 5. — [6] Prov. xiv, 13.

les, se entregan á la risa y deleites, esta divina Madre, sin tener culpa alguna ni haberla tenido, conoció que la vida mortal era para llorar la ausencia del sumo Bien, y los pecados que contra él fueron y son cometidos: llorólos dolorosamente por todos, y merecieron estas lágrimas inocentísimas las consolaciones y favores que recibió del Señor. Siempre estuvo su purísimo corazon en prensa á la vista de las ofensas hechas á su amado y Dios eterno; con que distilaba agua que derramaban sus ojos [1], y su pan de dia y de noche era llorar [2] las ingratitudes de los pecadores contra su Criador y Redentor. Ninguna pura criatura, ni todas juntas lloraron mas que la Reina de los Ángeles, estando en ellas la causa del llanto y lágrimas por la culpa, y en María santísima la del gozo y leticia por la gracia.

802. En la cuarta bendicion, que hace *Bienaventurados á los sedientos y hambrientos de la justicia* [3], alcanzó nuestra divina Señora el misterio de esta hambre y sed; y la padeció mayor que el hastío que han tenido y tendrán della todos los enemigos de Dios. Porque llegando á lo supremo de la justicia y santidad, siempre estuvo sedienta de hacer mas por ella; y á esta sed correspondia la plenitud de gracia con que la saciaba el Señor, aplicándole el torrente de sus tesoros y suavidad de la Divinidad. La quinta bienaventuranza de *los misericordiosos, porque alcanzarán misericordia de Dios* [4], tuvo un grado tan excelente y noble, que solo en ella se pudo hallar por donde se llama Madre de misericordia, como el Señor se llama Padre de las misericordias [5]. Y fue, que siendo ella inocentísima, sin culpa alguna de que pedir á Dios misericordia, la tuvo en supremo grado de todo el linaje humano, y le remedió con ella [6]. Y porque conoció con altísima ciencia la excelencia de esta virtud, jamás la negó ni negará á alguno que se la pidiere, imitando en esto perfectísimamente al mismo Dios, como tambien en adelantarse [7] y salir al encuentro á los pobres y necesitados, para ofrecerles el remedio.

803. La sexta bendicion, que toca *á los limpios de corazon, para ver á Dios* [8], estuvo en María santísima sin semejante. Porque era electa como el sol [9], imitando al verdadero Sol de justicia, y al material que nos alumbra, y no se mancha de las cosas inferiores y inmundas: y en el corazon y potencias de nuestra Princesa purísima jamás entró especie ni imágen de cosa impura; antes en esto estaba como imposibilitada por la pureza de sus limpísimos pensamientos,

[1] Jerem. IX, 1. — [2] Psalm. XLI, 4. — [3] Matth. V, 6. — [4] Ibid. 7.
[5] II Cor. I, 3. — [6] Isai. XXX, 18. — [7] Psalm. LVIII, 11. — [8] Matth. V, 8.
— [9] Cant. VI, 9.

á que desde el primer instante pudo corresponder la vision que tuvo en él de la Divinidad, y despues las demás que en esta Historia se refieren [1], aunque por el estado de viadora fueron de paso, y no perpétuas. La séptima de *los pacíficos que se llamarán hijos de Dios* [2], se le concedió á nuestra Reina con admirable sabiduría, como la habia menester para conservar la paz de su corazon y potencias en los sobresaltos y tribulaciones de la vida, pasion y muerte de su Hijo santísimo. Y en todas estas ocasiones y las demás fue un vivo retrato de su pacificacion. Nunca se turbó desordenadamente, y supo admitir las mayores penas con la suprema paz, quedando en todo perfecta Hija del Padre celestial. Y este título de Hija del Padre eterno se le debia singularmente por esta excelencia. La octava, que beatifica *á los que padecen por la justicia* [3], llegó en María santísima á lo sumo posible; pues quitarle la honra y la vida á su Hijo santísimo, y Señor del mundo, por predicar la justicia y enseñarla á los hombres, y con las condiciones que tuvo esta injuria, sola María y el mismo Dios la padecieron con alguna igualdad: pues era ella verdadera Madre, como el Señor era Padre de su Unigénito. Solo esta Señora imitó á su Majestad en sufrir esta persecucion, y conoció que hasta allí habia de ejecutar la doctrina que su divino Maestro enseñaria en el Evangelio.

804. Á este modo puedo declarar algo de lo que he conocido de la ciencia de nuestra gran Señora en comprehender la doctrina del Evangelio y en obrarla. Y lo mismo que he declarado en las Bienaventuranzas, podia decir de los demás preceptos y consejos del Evangelio y de sus parábolas; como son: el precepto de amar á los enemigos, perdonar las injurias, hacer las obras ocultas ó sin gloria vana, huir la hipocresía: y con esta doctrina toda la de los consejos de perfeccion [4]; las parábolas del Tesoro, de la Margarita [5], de las Vírgines [6], de la Semilla, de los Talentos [7], y cuantas contienen todos cuatro Evangelistas. Porque todas las entendió con la doctrina que contenian, con los fines altísimos á donde el divino Maestro las encaminaba; y todo lo mas santo y ajustado á su divina voluntad, entendió como se habia de obrar: y así lo ejecutó sin omitir sola una tilde ni una letra [8]. De esta Señora podemos decir lo mismo que dijo Cristo nuestro bien, que no vino á soltar la ley, sino á cumplirla.

1 Part. I, n. 332, 429; supr. n. 139, 473; infr. n. 956, 1533; part. III, n. 62, 494, et frequenter. — 2 Matth. v, 9. — 3 Ibid. 10. — 4 Matth. v, 44; Luc. xvii, 4; Matth. vi, 3, 15. — 5 Ibid. xiii, 44, 45. — 6 Ibid. xxv, 1. — 7 Ibid. v. 15; Luc. xix, 13. — 8 Matth. v, 18; ibid. 17.

Doctrina de la reina del cielo María santísima.

805. Hija mia, al verdadero maestro de la virtud le conviene enseñar lo que obra y obrar lo que enseña [1]; porque el decir y el hacer son dos partes del magisterio, para que las palabras enseñen, y el ejemplo mueva y acredite lo que se enseña, para que sea admitido y ejecutado. Todo esto hizo mi Hijo santísimo [2], y yo á su imitacion. Y porque no siempre habia de estar su Majestad ni yo tampoco en el mundo, quiso dejar los sagrados Evangelios como trasunto de su vida, y tambien de la mia, para que los hijos de la luz, creyendo en ella y siguiéndola, ajustasen sus vidas con la de su Maestro, con la observancia de la doctrina evangélica que les dejaba: pues en ella quedaba practicada la doctrina que el mismo Señor me enseñó y me ordenó á mí, para que le imitase. Tanto como esto pesan los sagrados Evangelios, y tanto los debes estimar y tener en extremada veneracion. Y te advierto, que para mi Hijo santísimo y para mí es de grande gloria y complacencia ver que sus divinas palabras, y las que contienen su vida, son respetadas y estimadas dignamente de los hombres. Y por el contrario reputa el Señor por grande injuria que sean los Evangelios y su doctrina olvidada de los hijos de la Iglesia; porque hay tantos en ella que no entienden, atienden, ni agradecen este beneficio, ni hacen dél mas memoria, que si fueran paganos ó no tuvieran la luz de la fe.

806. Tu deuda es grande en esta parte; porque te ha dado ciencia de la veneracion y aprecio que yo hice de la doctrina evangélica, y de lo que trabajé en ponerla por obra: y si en esto no has podido conocer todo lo que yo obraba y entendia (que no es posible á tu capacidad), por lo menos con ninguna nacion he mostrado mi dignacion mas que contigo en este beneficio. Atiende, pues, con gran desvelo como has de corresponder á él, y no malograr el amor que has concebido con las divinas Escrituras, y mas con los Evangelios y su altísima doctrina. Ella ha de ser tu lucerna encendida en tu corazon [3], y mi vida tu ejemplar y dechado, que sirva para formar la tuya. Pondera cuánto vale, y te importa hacerlo con toda diligencia, y el gusto que recibirá mi Hijo y mi Señor, y que de nuevo me daré yo por obligada, para hacer contigo el oficio de madre y maestra. Teme el peligro de no atender á los llamamientos divinos, que por este olvido se pierden innumerables almas. Y siendo tan frecuen-

[1] Matth. v, 19. — [2] Joan. xiii, 36. — [3] Psalm. cxviii, 105.

tes y admirables los que tienes de la liberal misericordia del Todopoderoso, y no correspondiendo á ellos, seria tu grosería reprehensible, y aborrecible al Señor, á mí y á sus Santos.

CAPÍTULO IX.

Declárase como conoció María santísima los Artículos de fe que habia de creer la santa Iglesia, y lo que hizo con este favor.

La fe católica es fundamento de nuestra justificacion, raíz de toda la santidad, firmeza de la Iglesia. — Unidad de la Iglesia. — Su invicta constancia. — Para la obra que el Señor hacia en María era necesario darle la noticia de todas las verdades que habian de creer los fieles. — Fiáronse de María aun las verdades católicas que á ella le tocaban. — Vision que la dió el Señor para manifestarla estas verdades. — Beneficio que reciben los fieles en la fe infusa. — Altísimo conocimiento que tuvo en esta vision María de las verdades católicas. — Como las vió tambien en el alma de su Hijo. — Como las confirió con su Majestad. — Individúase su ciencia de cada uno de los Artículos. — Su ciencia de Dios uno, y efectos que en ella hizo. — Su ciencia de la persona de el Padre, y los efectos que en ella causó. — Su ciencia de la persona de el Hijo. — Su ciencia de la persona de el Espíritu Santo. — En qué forma se le renovó en esta ocasion la ciencia que en otras se le habia dado deste misterio de la Trinidad. — Su ciencia de Dios Criador. — Su ciencia de Dios Salvador. — Su ciencia de Dios Glorificador. — Nuevo conocimiento de la concepcion de Cristo en sus entrañas. — Efectos que en ella hizo el conocer que este misterio habia de ser artículo de fe en la Iglesia. — Virtudes que ejercitó con la ciencia del artículo de su intacta virginidad. — Excelencia con que entendió y creyó María los demás artículos de la humanidad de su Hijo. — Como suplió el defecto y mengua de fe de los hombres. — Como fue maestra y capitana de la fe católica. — Conferencias que tenia con su Hijo acerca de estos artículos, y respuestas con que su Majestad la ilustraba. — Todo el Nuevo Testamento quedó depositado en María. — Exhortacion á la guarda de la noticia de estos sacramentos de la Vírgen. — Efectos que hace el ejercicio de la fe y meditacion de los Artículos. — Por qué muchos fieles no sienten estos efectos. — Reprehéndese el poco uso de la fe que tienen muchos católicos. — Cómo se ha de usar della.

807. El fundamento inmutable de nuestra justificacion y la razon de toda la santidad es la fe de las verdades que reveló Dios á su santa Iglesia: y así la fundó sobre esta firmeza, como arquitecto prudentísimo que edificó su casa sobre la piedra firme, para que los ímpetus furiosos de las avenidas y diluvios no la puedan mover [1]. Esta es la estabilidad invencible de la Iglesia evangélica [2], que es sola una, católica, romana. Una, en la unidad de la fe [3], de la esperanza y caridad que en ella se funda. Una sin division [4] ni con-

[1] Luc. VI, 48. — [2] I Tim. III, 15. — [3] Ephes. IV, 5. — [4] I Cor. I, 13.

tradicion, como las hay en todas las sinagogas de Satanás [1], que son todas las falsas sectas, errores, y herejías tan tenebrosas y obscuras, que no solo se encuentran unas con otras, y todas con la razon; pero cada una se encuentra consigo misma en sus errores, afirmando y creyendo cosas repugnantes y contrarias entre sí, y que las unas derriban á las otras y prevalecen. Contra todas queda siempre invicta nuestra santa fe, sin que las puertas del infierno prevalezcan ni una tilde contra ella [2]; aunque mas ha pretendido y pretende embestirla para ventilarla y zarandarla como trigo, como á su vicario Pedro [3], y en él á todos sus sucesores. Así se lo dijo el Maestro de la vida.

808. Para que nuestra Reina y Señora recibiera adecuada noticia de toda la doctrina evangélica y de la ley de gracia, era necesario que en el océano de estas maravillas y gracias entrara la noticia de todas las verdades católicas que en el tiempo del Evangelio habian de ser creidas de los fieles, y en particular de los Artículos á donde como á sus principios y orígenes se reducen. Porque todo esto cabia en la capacidad de María santísima, y todo se pudo fiar de su incomparable sabiduría, hasta los mismos artículos y verdades católicas que le tocaban á ella y se habian de creer en la Iglesia; porque todo lo conoció (como diré adelante [4]) con la circunstancia de los tiempos, lugares, medios y modos con que en los siglos futuros sucederia todo oportunamente, cuando fuese necesario. Para informar á la beatísima Madre (especialmente de estos artículos) la dió el Señor una vision de la Divinidad en el modo abstractivo que otras veces he dicho; y en ella se le manifestaron ocultísimos sacramentos de los investigables juicios del Altísimo y de su providencia; y conoció la clemencia de su infinita bondad, con que habia ordenado el beneficio de la santa fe infusa, para que las criaturas ausentes de la vista de la Divinidad lo pudieran conocer breve y fácilmente, sin diferencia, y sin aguardar ni buscar esta noticia por la ciencia natural, que alcanzan muy pocos, y estos muy limitada: pero nuestra fe católica desde el primer uso de razon nos lleva luego al conocimiento, no solo de la Divinidad en tres Personas, sino de la humanidad de Cristo Señor nuestro, y de los medios para conseguir la eterna vida; todo lo cual no alcanzan las ciencias humanas infecundas y estériles, si no las realza la fuerza y virtud de la fe divina.

809. Conoció en esta vision nuestra gran Reina todos estos misterios profundamente, y cuanto en ellos se contiene; y que la santa

[1] Apoc. II, 9. — [2] Matth. XVI, 18. — [3] Luc. XXII, 31. — [4] Infr. n. 812.

Iglesia tendria los catorce Artículos de fe católica desde su principio; y que despues determinaria en diversos tiempos muchas proposiciones y verdades que en ellos y en las diversas Escrituras estaban encerrados como en su raíz, que cultivándola produce el fruto. Despues de conocer todo esto en el Señor, saliendo de la vision que he referido [1], lo vió con otra ordinaria, que tengo declarada, en el alma santísima de Cristo. Y conoció como toda esta fábrica estaba ideada en la mente del divino Artífice. Y despues lo confirió todo con su Majestad, como se habia de ejecutar; y que la divina Princesa era la primera que lo habia de creer singular y perfectamente: y así lo fué ejecutando en cada uno de los Artículos por sí. En el primero de los siete que pertenecen á la divinidad, creyendo conoció como era *uno solo el verdadero Dios*, independente, necesario, infinito, inmenso en sus atributos y perfecciones, inmutable y eterno; y cuán debido, justo y necesario era á las criaturas creer esta verdad y confesarla. Dió gracias por la revelacion de este artículo, y pidió á su Hijo santísimo continuase este favor con el linaje humano, y les diese gracia á los hombres para que le admitiesen, y conociesen la verdadera Divinidad. Con esta luz infalible (aunque obscura) conoció la culpa de la idolatría que ignora esta verdad, y la lloró con amargura y dolor incomparable; y en su oposicion hizo grandiosos actos de fe y reverencia al Dios único y verdadero, y otros muchos de todas las virtudes que pedia este conocimiento.

810. El segundo artículo, *creer que es Padre*, lo creyó; y conoció que se daba para que los mortales pasasen del conocimiento de la Divinidad al de la Trinidad de las Personas que en ella hay, y de los otros artículos que la explican y suponen, para que llegasen á conocer perfectamente su último fin, cómo le habian de gozar, y los medios para conseguirle. Entendió como la persona del Padre no podia nacer ni proceder de otra, y que ella era como el orígen de todo; y así se le atribuye la creacion del cielo y tierra, y todas sus criaturas, como al que es sin principio, y lo es de cuanto tiene ser. Por este artículo dió gracias nuestra divina Señora en nombre de todo el linaje humano, y obró todo lo que pedia esta verdad. El tercero artículo, *creer que es Hijo*, lo creyó la Madre de la gracia con especialísima luz, y conocimiento de las procesiones *ad intra;* de las cuales la primera en órden de orígen es la eterna generacion del Hijo, que por obra de entendimiento es engendrado, y lo fue *ab æterno* de solo el Padre, no siendo postrero, sino igual en

1 Supr. n. 481, 604.

la divinidad, eternidad, infinidad y atributos. El cuarto artículo, *creer que es Espíritu Santo*, lo creyó y entendió, conociendo que la tercera persona del Espíritu Santo procedia del Padre y de el Hijo, como de un principio, por acto de voluntad, quedando igual con las dos Personas, sin otra diferencia entre ellas, mas que la distincion personal que resulta de las emanaciones y procesiones del entendimiento y voluntad infinitos. Y aunque de este misterio tenia María santísima las noticias y visiones que en otras ocasiones dejo declaradas[1]; en esta se le renovaron con las condiciones y circunstancias de haber de ser artículos de fe en la Iglesia futura, y con inteligencia de las herejías que contra estos artículos sembraria Lucifer, como las habia fraguado en su Cabeza desde que cayó del cielo, y conoció la Encarnacion del Verbo. Contra todos estos errores hizo la beatísima Señora grandes actos, al modo que dejo dicho.

811. El quinto artículo, que el *Señor es Criador*, creyó María santísima conociendo como la creacion de todas las cosas, aunque se atribuye al Padre, es comun á todas las tres Personas, en cuanto son un solo Dios infinito, poderoso, y que de solo él penden las criaturas en su ser y conservacion; y que ninguna tiene virtud para criar á otra, produciéndola de nada (que es la creacion), aunque sea Ángel, y la criatura un gusanillo: porque solo el que es independente en su ser puede obrar sin dependencia de otra causa inferior ó superior. Entendió la necesidad de este artículo en la Iglesia santa contra los engaños de Lucifer, para que Dios fuese conocido y respetado por autor de todas las criaturas. El sexto artículo, *que es Salvador*, entendió de nuevo con todos los misterios que encierra de la predestinacion, vocacion, y justificacion final; y de los réprobos, que por no aprovecharse de los medios oportunos que la misericordia divina les habia ofrecido y les daria, perderian la felicidad eterna. Conoció tambien la fidelísima Señora como convenia ser Salvador á las tres divinas Personas; y como á la del Verbo, especialmente en cuanto hombre, porque él se habia de entregar en precio y rescate, y el mismo Dios lo habia de aceptar, dándose por satisfecho por los pecados original y actuales. Atendia esta gran Reina á todos los Sacramentos y misterios que la santa Iglesia habia de recibir y creer: y en la inteligencia de todos hacia heróicos actos de muchas virtudes. En el séptimo artículo, *que es Glorificador*, entendió lo que contenia para las criaturas mortales, de la felicidad que les estaba prevenida en la fruicion y vista beatífica; y cuánto les importa te-

[1] Part. I, n. 123, 228, 311.

ner fe de esta verdad, para disponerse á conseguirla, y reputarse, no por vecinos de la tierra, sino por peregrinos de ella y ciudadanos del cielo [1]; en cuya fe y esperanza viviesen consolados en este destierro.

812. De los siete artículos que pertenecen á la humanidad tuvo igual conocimiento nuestra gran Reina, pero con nuevos efectos en su candidísimo y humilde corazon. Porque en el primero, que su Hijo santísimo *fue concebido en cuanto hombre por obra del Espíritu Santo*, como este misterio se habia obrado en su virginal tálamo, y conoció que seria artículo de fe en la santa Iglesia militante, con los demás que se siguen; fueron inexplicables los afectos que movió esta noticia en la prudentísima Señora. Humillóse hasta lo ínfimo de las criaturas y profundo de la tierra: profundó el conocimiento de que habia sido criada de nada: abrió zanjas, y puso el cimiento de la humildad para el encumbrado y alto edificio de la plenitud de ciencia infusa, y excelente perfeccion que iba edificando la diestra de el muy alto en su santísima Madre. Alabó al Todopoderoso, y dióle gracias por sí misma y por todo el linaje humano; porque eligió tan admirable y eficaz medio para atraer el Señor á sí todos los corazodes, obrando este beneficio, y obligándoles á que le tuviesen presente por la fe cristiana. Lo mismo hizo en el segundo artículo, que Cristo nuestro Señor *nació de María Vírgen antes, en el parto y despues dél*. En este misterio de su intacta virginidad, que tanto la divina Reina habia estimado, y el haberla elegido el Señor por Madre con estas condiciones entre todas las criaturas, en la decencia y dignidad de este privilegio, así para la gloria del Señor como para la suya, y que todo lo habia de creer y confesar la Iglesia santa con certeza de fe católica; en todo esto y lo demás que creyó y conoció la gran Señora no es posible con razones manifestar la alteza de sus operaciones y obras que hizo, dando á cada uno de estos misterios la plenitud que pedia de magnificencia, culto, creencia, alabanza y agradecimiento, quedándose ella con mas profundidad humillada; y cuanto era levantada, se aniquilaba y pegaba con el polvo.

813. Es el tercero artículo, que Cristo nuestro Señor *padeció muerte y pasion*. El cuarto, que *descendió á los infiernos, y sacó las almas de los santos Padres que estaban en el limbo esperando su venida*. El quinto, que *resucitó entre los muertos*. El sexto, que *subió á los cielos, y asentó á la diestra del Padre eterno*. El séptimo, que *de allí ha de venir á juzgar vivos y muertos en el juicio universal, pa-*

[1] Ephes. II, 19.

ra dar á cada uno el galardon de las obras que hubiere hecho. Estos artículos como todos los demás creyó, conoció y entendió María santísima cuanto á la substancia, cuanto al órden y conveniencias, y la necesidad que tenian los mortales de esta fe. Y ella sola llenó su vacío, y suplió los defectos de todos los que no han creido ni creerán, y la mengua de nuestra tibieza en creer las divinas verdades, y en darles el peso, la veneracion, y agradecidos efectos que piden. Llama toda la Iglesia á nuestra Reina dichosísima y bienaventurada; porque creyó [1], no solo al embajador del cielo, sino tambien porque despues de aquella fe creyó los Artículos que se formaron y determinaron en su tálamo virginal; y los creyó por sí y por todos los hijos de Adan. Ella fue la Maestra de la divina fe, y la que á vista de los cortesanos del cielo enarboló el estandarte de los fieles en el mundo. Ella fue la primera Reina católica del orbe, y la que no tendrá segunda. Pero tendrán segura Madre en ella los verdaderos católicos; y por este título especial son hijos suyos, si la llaman; porque sin duda esta piadosa Madre y Capitana de la fe católica mira con especial amor á los que la siguen en esta gran virtud, y en su propagacion y defensa.

814. Fuera este discurso muy prolijo, si en él hubiera yo de manifestar todo lo que se me ha declarado de la fe de nuestra gran Señora, de sus condiciones y circunstancias con que penetraba cada uno de los catorce Artículos, y de las verdades católicas que en ellos se encierran. Las conferencias que sobre esto tenia con su divino maestro Jesús, las preguntas que acerca de ellos le hacia con inaudita humildad y prudencia, las respuestas que su Hijo dulcísimo la daba, los profundos secretos que amantísimamente la declaraba, y otros venerables sacramentos que solo á Hijo y Madre eran manifiestos: no tengo yo palabras para tan divinos misterios. Tambien se me ha dado á entender que no todos conviene manifestarlos en esta vida mortal. Pero todo este nuevo y divino testamento quedó depositado en María santísima, y fidelísimamente le guardó ella sola, para dispensar á sus tiempos lo que de aquel tesoro pedian y piden las necesidades de la santa Iglesia. ¡Dichosa y bienaventurada Madre! Pues si el hijo sábio es alegría del padre [2], ¿quién podrá explicar lo que recibió esta gran Reina de la gloria que resultaba al eterno Padre de su Hijo unigénito, de quien ella era Madre, con los misterios de sus obras, que conoció en las verdades de la fe santa de la Iglesia?

[1] Luc. I, 45. — [2] Prov. X, 1.

Doctrina que me dió la divina señora María santísima.

815. Hija, no es capaz el estado de la vida mortal para que en él se pueda conocer lo que yo sentí con la fe y noticia infusa de los Artículos que mi Hijo santísimo disponia para la santa Iglesia, y lo que en esta creencia obraron mis potencias. Y es forzoso que á tí te falten términos para que declares lo que has entendido; porque todos los que alcanza el sentido son cortos para comprehender el concepto de este misterio y manifestarlo. Pero lo que de tí quiero y te mando es, lo que con el favor divino puedes hacer; que guardes con toda reverencia y cuidado el tesoro [1] que has hallado de la doctrina y ciencia de tan venerables sacramentos. Porque como madre te aviso y te advierto de la crueldad tan sagaz con que se desvelan tus enemigos para robártele. Atiende solícita y cuidadosa, que te hallen vestida de fortaleza [2], y tus domésticos, que son tus potencias y sentidos, con vestiduras dobladas de interior [3] y exterior custodia, que resista á la batería de tus tentaciones [4]. Las armas ofensivas y poderosas para vencer á los que te hacen guerra han de ser los Artículos de la fe católica [5]; porque su continuo ejercicio y firme credulidad, la meditacion y atencion ilumina las almas, destierra los errores, descubre los engaños de Satanás, y los deshace como los rayos de el sol á las livianas nubes: y á mas de esto sirve de alimento y substancia espiritual que hace robustas las almas para las guerras de el Señor.

816. Y si los fieles no sienten estos, y otros mayores y mas admirables efectos de la fe, no es porque á ella le falte la eficacia y virtud para hacerlos; sino que de parte de los creyentes hay tanto olvido y negligencia en algunos, y otros se entregan tan ciegamente á la vida carnal y bestial [6], que malogran este beneficio de la fe, y apenas se acuerdan de usar de ella, mas que si no la hubieran recibido. Y viendo ellos como los infieles no la tienen, y ponderando su desdicha y infidelidad (como es razon), vienen á ser mucho peores que ellos, por esta aborrecible ingratitud y desprecio de tan alto y soberano don. De tí quiero, carísima hija mia, que le agradezcas con profunda humildad y fervoroso afecto, que le ejercites con incesantes actos heróicos, que medites siempre los misterios que te enseña la fe, para que sin embarazos terrenos goces de los divinos

[1] Matth. XIII, 44. — [2] Prov. XXXI, 17. — [3] Ibid. 21. — [4] I Petr. V, 9.
[5] Rom. I, 17. — [6] I Cor. II, 14.

y dulcísimos efectos que causa. Y tanto mas eficaces y poderosos serán en tí, cuanto mas viva y penetrante fuere la noticia que te diere la fe. Y concurriendo de tu parte con la diligencia que te toca, crecerá la luz y la inteligencia de los encumbrados y admirables misterios y sacramentos del ser de Dios trino y uno; de la union hipostática de las dos naturalezas, divina y humana; de la vida, muerte y resurreccion de mi Hijo santísimo, y de todos los demás que obró. Con esto gustarás de su suavidad[1], y cogerás copiosísimo fruto digno del descanso y felicidad eterna.

CAPÍTULO X.

Tuvo María santísima nueva luz de los diez Mandamientos, y lo que obró con este benfiecio.

Como dependen los actos de las virtudes de la voluntad.—En qué forma los actos de la fe.—Dominio y libertad de la voluntad.—Vision que tuvo María para renovarle en ella la ciencia de los preceptos de el Decálogo.—Claridad con que se le renovó.—Vió tambien lo mismo en el interior de su Hijo.—En qué forma se renovó esta ciencia en María, teniéndola habitual y perpétua.—Cuánto se extendió la ciencia de los preceptos de la ley que tenia María en esta ocasion.—Cómo se ofreció María á su observancia.—Declara Cristo á su Madre la adecuacion con que queria imprimir en ella la observancia de su divina ley.—Práctica de María en los diez preceptos.—Primer precepto de el amor de Dios.—Como le dió el lleno María en esta vida mortal.—Ponderacion que dió al precepto segundo de no jurar.—Dolor que tuvo de lo que habian de ofender á Dios los hombres contra este precepto.—Como encargó á los Ángeles el cuidado de las almas en su observancia.—Tuvo conocimiento de todas las festividades de precepto de la Iglesia.—Desde entonces celebró estas fiestas.—En qué forma las celebraba.—Comprehension que tuvo del precepto de honrar á los padres.—Ciencia que tuvo del quinto precepto y efectos que en ella hizo.—Pureza singular con que conoció la Vírgen la condicion del sexto mandamiento.—Afectos de María á la castidad.—Beneficio que alcanzó de Dios para los religiosos y religiosas que la votan.—Inteligencia y actos que ejercia cerca del cumplimiento de los demás preceptos.—Cuán útil seria á los hombres la observancia de esta divina ley, no solo para la felicidad eterna, sino para la tranquilidad temporal.—De su inobservancia nacen las mayores calamidades de esta vida.—Daños temporales que nacen de quitar lo ajeno.—Los que se siguen de los falsos testimonios y mentiras.—Cuántos de codiciar la mujer ajena.—Misericordia con que miraba María los hombres, conociendo sus transgresiones de la ley y ingratitudes.—Comprehension de los diez preceptos en dos.—En el grado que conoció María la ley puso en práctica su doctrina.—Fue necesario que viniese Dios al mundo, no solo á redimirnos, sino á enseñarnos su ley.—Calidades y efectos de la ley de Cristo.

1 Psalm. XXXIII, 9.

—Solo en guardarla consiste la felicidad espiritual y corporal de los hombres.—Ceguedad de los mortales en no buscar su felicidad por este medio.—Medios para que el Señor imprima con especialidad su ley en el corazon de la criatura.—Regla del ejercicio del amor del prójimo.

817. Como los Artículos de la fe católica pertenecen á los actos del entendimiento, de quienes son objeto; así los Mandamientos tocan á los actos de la voluntad. Y aunque todos los actos libres penden de la voluntad en todas las virtudes infusas y adquiridas, pero no igualmente salen de ella; porque los actos de la fe libre nacen inmediatamente del entendimiento que los produce, y solo penden de la voluntad, en cuanto ella los manda con afecto puro, santo, pio y reverencial; porque los objetos y verdades obscuras no necesitan al entendimiento, para que sin consulta de la voluntad las crea, y así aguarda lo que quiere la voluntad. Pero en las demás virtudes la misma voluntad por sí obra, y solo pide del entendimiento que le proponga lo que ha de hacer, como quien lleva la luz delante. Pero esta es tan señora y libre, que no admite imperio del entendimiento, ni violencia de alguno. Así lo ordenó el altísimo Señor, para que ninguno le sirva por tristeza ó necesidad, con violencia ó compelido; sino ingénuamente libre y con alegría, como lo enseña el Apóstol [1].

818. Estando María santísima ilustrada tan divinamente de los Artículos y verdades de la fe católica; para que fuese renovada en la ciencia de los diez preceptos del Decálogo, tuvo otra vision de la Divinidad, en el mismo modo que se dijo en el capítulo pasado [2]. Y en ella se le manifestaron con mayor plenitud y claridad todos los misterios de los divinos Mandamientos, como estaban decretados en la mente divina, para encaminar á los mortales hasta la vida eterna, y como se le habian dado á Moisés en las dos tablas [3]; en la primera los tres que tocan al honor del mismo Dios, y en la segunda los siete que se ejercitan con el prójimo; y que el Redentor del mundo, su Hijo santísimo, los habia de renovar en los corazones humanos [4], comenzando de la misma Reina y Señora la observancia de todos, y de cuanto en sí comprehenden. Conoció tambien el órden que tenian, y la necesidad de que por él llegasen los hombres á la participacion de la Divinidad. Tuvo inteligencia clara de la equidad, sabiduría y justicia con que estaban ordenados los Mandamientos por la voluntad divina; y que era ley santa [5], inmaculada [6], suave,

[1] II Cor. IX, 7. — [2] Supr. n. 808. — [3] Exod. XXXI, 18; Deut. V, 22.
[4] II Petr. I, 4. — [5] Rom. VII, 12. — [6] Psalm. XVIII, 8.

ligera [1], pura, verdadera [2] y acendrada para las criaturas [3]; porque era tan justa y conforme á la naturaleza capaz de razon [4], que la podian y debian abrazar con estimacion y gusto, y que el Autor tenia preparada la gracia para ayudar á su observancia. Otros muchos y muy altos secretos y misterios ocultos conoció en esta vision nuestra gran Reina sobre el estado de la Iglesia santa, y los que en ella habian de guardar sus divinos preceptos, y los que los habian de quebrantar y despreciar para no recibirlos, ó no guardarlos ni admitirlos.

819. Salió de esta vision la candidísima paloma enardecida, y transformada en el amor y celo de la ley divina. Y luego fué á su Hijo santísimo, en cuyo interior la conoció de nuevo, como en los decretos de su sabiduría y voluntad la tenia dispuesta para renovarla en la ley de gracia [5]. Conoció asimismo con abundante luz el beneplácito de su Majestad, y el deseo de que ella fuese la estampa viva de todos los preceptos que contenia. Verdad es que la gran Señora (como he dicho repetidas veces [6]) tenia ciencia habitual y perpétua de todos estos misterios y sacramentos, para que usase de ella continuamente; pero con todo eso se le renovaban estos hábitos, y recibian mayor intension cada dia. Y como la extension y profundidad de los objetos era cási inmensa, quedaba siempre como infinito campo á donde extender la vista de su interior, y conocer nuevos secretos y misterios. Y en esta ocasion eran muchos los que de nuevo le enseñaba el divino Maestro, proponiéndole su ley santa y preceptos, con el órden y modo convenientísimo que habian de tener en la Iglesia militante de su Evangelio. Y singularmente de cada uno le daba copiosas y singulares inteligencias con nuevas circunstancias. Y aunque nuestra limitada capacidad y noticia no pueden alcanzar tan altos y soberanos sacramentos, á la divina Señora ninguno se le ocultó, ni su profundísima ciencia se ha de medir con la regla de nuestro corto entendimiento.

820. Ofrecióse humillada á su Hijo santísimo; y con preparado corazon para obedecerle en la guarda de sus mandamientos, le pidió la enseñase y diese su divino favor para ejecutar todo lo que en ellos mandaba. Respondióle su Majestad diciendo: *Madre mia, electa y predestinada por mi eterna voluntad y sabiduría para el mayor agrado y beneplácito de mi Padre, que en cuanto á mi divinidad es el*

[1] Matth. XI, 30. — [2] Psalm. CXVIII, 142. — [3] Ibid. XVIII, 9. — [4] Jerem. XXXI, 33; Rom. VII, 22. — [5] Matth. V, 17. — [6] Part. I, n. 487, 633, et frequenter.



mismo; nuestro amor eterno, que nos obligó á comunicar nuestra divinidad á las criaturas, levantándolas á la participacion de nuestra gloria y felicidad, ordenó esta ley santa [1] y pura, por donde llegasen los mortales á conseguir el fin para que fueron criados por nuestra clemencia. Y este deseo que tenemos descansará en tí, paloma y amiga mia, dejando en tu corazon grabada nuestra ley divina con tanta eficacia y claridad, que desde tu ser, por toda la eternidad no pueda ser escurecida ni borrada, y que su eficacia no sea impedida [2], ni en cosa alguna quede vacía, como en los demás hijos de Adan. Advierte, Sulamitis y carísima, que toda es inmaculada y pura esta ley; y la queremos depositar en sujeto inmaculado y purísimo, en quien se glorifiquen nuestros pensamientos y obras.

821. Estas palabras, que en la divina Madre tuvieron la eficacia de lo que contenian, la renovaron y deificaron con la inteligencia y práctica de los diez preceptos y de sus misterios singularmente. Y convirtiendo su atencion á la celestial luz y el ánimo á la obediencia de su divino Maestro, entendió aquel primero y mayor precepto [3]: *Amarás á Dios sobre todas las cosas, de todo tu corazon, de toda tu mente, con todas tus fuerzas y fortaleza*; como despues lo escribieron los Evangelistas, y antes Moisés en el Deuteronomio [4], con aquellas condiciones que le puso el Señor, mandando se guardase en el corazon, y los padres le enseñasen á sus hijos, y todos meditasen en él, en casa y fuera de ella, sentados, caminando, durmiendo y velando, y siempre le trajesen delante los ojos interiores del alma. Y como le entendió nuestra Reina, así cumplió este mandamiento de la ley de Dios, con todas las condiciones y eficacia que su Majestad le mandó. Y si ninguno de los hijos de los hombres en esta vida llegó á cumplirle con toda plenitud, María santísima se la dió en carne mortal, mas que los supremos y abrasados Serafines, Santos y bienaventurados en el cielo. No me alargo ahora mas en esto, porque de la caridad de la gran Reina dije algo en la primera parte [5], hablando de sus virtudes. Pero en esta ocasion señaladamente lloró con amargura los pecados que se habian de cometer en el mundo contra este gran mandamiento; y tomó por su cuenta recompensar con su amor las menguas y defectos que en él habian de incurrir los mortales.

822. Al primer precepto del amor siguen los otros dos, que son: el segundo, de no deshonrarle jurando vanamente, y honrarle en sus

1 Ezech. xx, 11. — 2 Psalm. xviii, 8. — 3 Matth. xxii, 37; Marc. xii, v. 29; Luc. x, 27. — 4 Deut. vi, 5, 6, 7, 8. — 5 Part. I, à n. 519.

fiestas, guardándolas y santificándolas, que es el tercero. Estos mandamientos penetró y comprehendió la Madre de la sabiduría, y los puso en su corazon humilde y pio, y les dió el supremo grado de veneracion y culto de la Divinidad. Ponderó dignamente la injuria de la criatura contra el ser inmutable de Dios y su bondad infinita en jurar por ella vana ó falsamente, ó blasfemando contra la veneracion debida á Dios en sí mismo y en sus Santos. Y con el dolor que tuvo, conociendo los pecados que atrevidamente hacian y harian los hombres contra este mandamiento, pidió á los santos Ángeles que la asistian, que de su parte de la gran Reina encargasen á todos los demás custodios de los hijos de la santa Iglesia que detuviesen á las criaturas, que guardaba cada uno, en cometer este desacato contra Dios; y para moderarlos les diesen inspiraciones y luz, y por otros medios los crucificasen y atemorizasen con el temor de Dios [1], para que no jurasen ni blasfemasen su santo nombre. Y á mas de esto, que pidiesen al Altísimo diese muchas bendiciones de dulzura á los que se abstienen en jurar en vano y reverencian su ser inmutable. Y la misma súplica con grande fervor y afecto hacia la purísima Señora.

823. En cuanto á la santificacion de las fiestas (que es el tercero mandamiento) tuvo la gran Reina de los Ángeles conocimiento en estas visiones de todas las festividades que habian de caer debajo de precepto en la santa Iglesia, y del modo como se habian de celebrar y guardar. Y aunque desde que estaba en Egipto (como dije en su lugar [2]) habia comenzado á celebrar las que tocaban á los misterios precedentes; pero desde esta noticia celebró otras fiestas, como de la santísima Trinidad, y las pertenecientes á su Hijo y de los Ángeles; y á ellos convidaba para estas solemnidades y para las demás que la santa Iglesia habia de ordenar: y por todas hacia cánticos de alabanza y agradecimiento al Señor. Estos dias señalados para el divino culto particularmente los ocupaba todos en él: no porque á su admirable atencion interior la embarazasen las acciones corporales, ni impidiesen su espíritu, sino para ejecutar lo que entendia se debia hacer, santificando las fiestas del Señor, y mirando á lo futuro de la ley de gracia, que con santa emulacion y pronta obediencia quiso adelantarse á obrar todo lo que contenia, como primera discípula del Redentor del mundo.

824. La misma ciencia y comprehension tuvo María santísima respectivamente de los otros siete mandamientos que nos ordenan á

[1] Psalm. cxviii, 120. — [2] Supr. n. 687.

nuestros prójimos y miran á ellos. En el cuarto, de honrar á los padres, conoció todo lo que comprehendia por nombre de padres; y como despues del honor divino tiene el segundo lugar el que deben los hijos á los padres; y cómo se le han de dar en la reverencia y en ayudarles, y tambien la obligacion de parte de los padres para con los hijos. En el quinto mandamiento, de no matar, conoció asimismo la Madre clementísima la justificacion de este precepto; porque el Señor es autor de la vida y ser del hombre: y no le quiso dar este dominio al mismo que la tiene, cuanto mas á otro prójimo, para que se la quite ni le haga injuria en ella. Y como la vida es el primero de los bienes de la naturaleza y fundamento de la gracia, alabó al Señor nuestra gran Reina porque así ordenaba este mandamiento en beneficio de los mortales. Y como los miraba hechuras del mismo Dios [1], y capaces de su gracia y gloria, y precio de la sangre que su Hijo habia de ofrecer por ellos [2], hizo grandes peticiones sobre la guarda de este precepto en la Iglesia.

La condicion del sexto mandamiento conoció nuestra purísima Señora al modo que los bienaventurados, que no miran el peligro de la humana flaqueza en sí mismos, sino en los mortales, y lo conocen sin que les toque. De mas alto lugar de gracia lo miraba y conocia María santísima sin el fómes, que no pudo contraer por su preservacion. Y fueron tales los afectos que tuvo esta gran honradora de la castidad, amándola y llorando los pecados de los mortales contra ella, que de nuevo hirió el corazon del Altísimo [3]; y á nuestro modo de hablar consoló á su Hijo santísimo en lo que le ofenderian los mortales contra este precepto. Y porque conoció que en la ley del Evangelio se extenderia su observancia á instituir congregaciones de vírgines y religiosos que prometiesen esta virtud de la castidad, pidió al Señor que les dejase vinculada su bendicion. Y á instancia de la purísima Madre lo hizo su Majestad, y señaló el premio especial que corresponde á la virginidad, porque siguieron en ella á la que fue Vírgen y Madre del Cordero [4]. Y porque esta virtud se habia de extender tanto á su imitacion en la ley del Evangelio, dió al Señor gracias incomparables con afectuoso júbilo. No me detengo mas en referir lo que estimaba esta virtud; porque dije algo hablando de ella en la primera parte [5] y en otras ocasiones.

825. De los demás preceptos, el séptimo, no hurtarás; el octavo, no levantarás falso testimonio; el noveno, no codiciarás la mujer

[1] Sap. II, 23; Eccli. XV, à v. 14. — [2] I Petr. I, 19. — [3] Cant. IV, 9.
[4] Psalm. XLIV, 15. — [5] Part. I, n. 433; supr. n. 133, 347.

ajena; el décimo, no desearás los bienes y cosas ajenas; tuvo María santísima la inteligencia singularmente que en los demás. Y en cada uno hacia grandes actos de lo que pedia su cumplimiento y de alabanza al Señor, agradeciéndole por todo el linaje humano que lo encaminase tan sábia y eficazmente á su eterna felicidad, por una ley tan bien ordenada en beneficio de los mismos hombres. Pues con su observancia no solo aseguraban el premio que para siempre se les prometia, sino que tambien en la vida presente podian gozar de la paz y tranquilidad que los hiciera en su modo y respectivamente bienaventurados. Porque si todas las criaturas racionales se ajustaran á la equidad de la ley divina, y se determinaran á guardarla y observar sus mandamientos, gozaran de una felicidad gustosísima y muy amable, cual es el testimonio de la buena conciencia [1]: que todos los gustos humanos no se pueden comparar al consuelo que motiva ser fieles en lo poco y en lo mucho de la ley [2]. Este beneficio mas debemos á Cristo nuestro Redentor, que nos vinculó en el bien obrar, satisfacion, descanso, consuelo y muchas felicidades juntas en la vida presente. Y si todos no lo conseguimos, nace de que no guardamos sus mandamientos. Y los trabajos, calamidades y desdichas del pueblo son como efectos inseparables del desórden de los mortales; y dando cada uno la causa de su parte, somos tan insensatos, que en llegando el trabajo luego vamos á buscar á quien imputarle, estando dentro de cada uno la causa.

826. ¿Quién bastará á ponderar los daños que en la vida presente nacen de hurtar lo ajeno, y de no guardar el mandamiento que lo prohibe, contentándose cada uno con su suerte, y esperando en ella el socorro del Señor, que no desprecia á las aves del cielo [3], ni se olvida de los ínfimos gusanillos? ¿Qué miserias y aflicciones no están padeciendo los del pueblo cristiano, por no se contener los príncipes en los reinos que les dió el sumo Rey? Antes pretendiendo ellos extender el brazo y sus coronas, no han dejado en el mundo quietud ni paz, haciendas, vidas ni almas para su Criador. Los testimonios falsos y mentiras, que ofenden á la suma Verdad y á la comunicacion humana, no causan menos daños y discordias; con que se trasiega la paz y tranquilidad de los corazones de los mortales. Y uno y otro los indisponen para ser asiento y morada de su Criador [4], que es lo que quiere dellos. El codiciar la mujer ajena y adulterar contra justicia, violar la ley santa del matrimonio, confirmada

[1] II Cor. I, 12. — [2] Matth. XXV, 21. — [3] Ibid. VI, 26.
[4] I Cor. III, 17.

y santificada por Cristo nuestro Señor con el Sacramento [1], ¿cuántos males ocultos y manifiestos ha causado y causa entre los católicos? Y si pensamos que muchos están escondidos á los ojos del mundo (ya lo estuvieran mas); pero en los ojos de Dios, que es justísimo y recto juez [2], no se pasan sin castigo de presente; y despues será mas severo cuanto mas ha disimulado su Majestad [3], por no destruir la república cristiana castigando ahora dignamente este pecado.

827. De todas estas verdades era testigo nuestra gran Reina, mirándolas en el Señor. Y aunque conoció la vileza de los hombres, que tan ligeramente y por cosas tan ínfimas pierden el decoro y respeto al mismo Dios, y que su Majestad tan benignamente previno la necesidad de ponerles tantas leyes y preceptos: con todo esto ni se escandalizó la prudentísima Señora de la humana fragilidad, ni se admiraba de nuestras ingratitudes; antes bien como piadosa madre se compadecia de todos los mortales, y con ardentísimo amor los amaba, y agradecia por ellos las obras del Altísimo, y recompensaba las transgresiones que habian de cometer contra la ley evangélica, y rogaba y pedia para todos la perfeccion y observancia de ella. Toda la comprehension de los diez preceptos en los dos, que son amar á Dios y al prójimo como á sí mismo [4], conoció María santísima profundamente; y que en estos dos objetos bien entendidos y practicados se resuelve toda la verdadera sabiduría; pues el que alcanza su ejecucion, no está léjos de el reino de Dios, como lo dijo el mismo Señor en el Evangelio [5]; y que la guarda de estos preceptos se antepone y vale mas que los sacrificios y holocaustos [6]. Y en el grado que tuvo esta ciencia nuestra gran Maestra, puso en práctica la doctrina de esta santa ley, como se contiene en los Evangelios, sin faltar á la observancia de todos los preceptos y consejos de él, ni omitir el menor. Y sola está divina Princesa obró mas la doctrina de el Redentor de el mundo, su Hijo santísimo, que todo el resto de los Santos y fieles de la santa Iglesia.

Doctrina que me dió la divina Señora y Reina del cielo.

828. Hija mia, si el Verbo del eterno Padre bajó de su seno á tomar en mi vientre la humanidad, y redemir en ella al linaje humano, necesario era que para dar luz á los que estaban en las ti-

[1] Matth. XIX, à v. 4. — [2] Psalm. VII, 12. — [3] Rom. II, 5. — [4] Matth. XXII, 40; Rom. XIII, 10. — [5] Marc. XII, 34. — [6] Ibid. 33.

nieblas y sombra de la muerte [1], y llevarlos á la felicidad que habian perdido, viniera su Majestad á ser su luz, su camino, su verdad y su vida [2], y que les diese una ley tan santa, que los justificase; tan clara, que los ilustrase; tan segura, que les diese confianza; tan poderosa, que los moviese; tan eficaz, que los ayudase, y tan verdadera, que á todos los que la guardan diese alegría y sabiduría. Para obrar estos efectos y otros admirables tiene virtud la inmaculada ley del Evangelio en sus preceptos y consejos; y de tal manera compone y ordena á las criaturas racionales, que solo en guardarla consiste toda su felicidad espiritual y corporal, temporal y eterna [3]. Por esto entenderás la ciega ignorancia de los mortales con que los engaña la fascinacion de sus mortales enemigos [4]: pues inclinándose tanto los hombres á su felicidad propia, y deseándola todos, son tan pocos los que atinan con ella; porque no la buscan en la ley divina [5], donde solamente pueden hallarla.

829. Prepara tu corazon con esta ciencia, para que el Señor á imitacion mia escriba en él su santa ley. Y de tal manera te aleja y olvida de todo lo visible y terreno, que todas tus potencias queden libres y despejadas de otras imágenes y especies, y solas se hallen en ellas las que fijare el dedo del Señor, de su doctrina y beneplácito, como se contiene en las verdades de el Evangelio. Y para que tus deseos no se frustren ni sean estériles, pide continuamente de dia y de noche al Señor que te haga digna de este beneficio y promesa de mi Hijo santísimo. Considera con atencion que este descuido seria en tí mas aborrecible que en todos los demás vivientes; pues á ninguno mas que á tí ha llamado y compelido á su divino amor con semejantes fuerzas y beneficios como á tí. En el dia de esta abundancia, y en la noche de la tentacion y tribulacion tendrás presente esta deuda y el celo del Señor, para que ni los favores te levanten, ni las penas y aflicciones te opriman: y así lo conseguirás, si en el uno y otro estado te conviertes á la divina ley escrita en tu corazon, para guardarla inviolablemente y sin remision ni descuido, con toda perfeccion y advertencia. En cuanto al amor de los prójimos, aplica siempre aquella primera regla con que se debe medir para ejecutarla, de querer para ellos lo que para tí misma [6]. Si tú deseas y apeteces que piensen y hablen bien de tí y que obren, eso has de ejecutar con tus hermanos. Si sientes que te ofendan en cualquiera niñería, huye de darles ese pesar. Y si en otros te parece mal que

[1] Luc. I, 79. — [2] Joan. XIV, 6. — [3] Prov. XXIX; Psalm. XVIII.
[4] Galat. III, 1. — [5] Jerem. XXXI, 33. — [6] Matth. XXII, 39.

disgusten á los prójimos, no lo hagas; pues ya conoces que desdice á su regla y medida y á lo que el Altísimo manda. Llora tambien tus culpas y las de tus prójimos; porque son contra Dios y su ley santa: y esta es buena caridad con el Señor y con ellos. Duélete de los trabajos ajenos como de los tuyos, imitándome en este amor.

CAPÍTULO XI.

La inteligencia que tuvo María santísima de los siete Sacramentos que Cristo Señor nuestro habia de instituir, y de los cinco preceptos de la Iglesia.

Conveniencia de la institucion de los siete Sacramentos de la ley de gracia.—En qué forma convenia quedasen depositados en María.—Conocimiento que se le dió á María de el sacramento del Bautismo.—Pidiólo entonces para su tiempo.—Conocimiento que tuvo del sacramento de la Confirmacion.—Efectos que hizo en María este conocimiento.—Inteligencia que se le comunicó de el sacramento de la Penitencia.—Gracias que dió por este beneficio de los fieles.—Profunda inteligencia que se le dió de el misterio y sacramento de la Eucaristía.—Singulares efectos que hizo en la Madre de Dios la inteligencia de este soberano Sacramento.—Afectos de María de volver á recibir en sí á su Hijo en este Sacramento.—Promesa de Cristo á su Madre de asistirla en este Sacramento.—Preparacion que desde esta hora hizo para recibirle en su tiempo.—Peticiones que hizo para que los mortales lo recibieran dignamente.—Inteligencia que tuvo del sacramento de la Extremauncion.—Efectos de este Sacramento.—Conocimiento que tuvo del sacramento de el Órden.—Singular reverencia á los sacerdotes que se infundió á María con este conocimiento.—Conocimiento que tuvo del sacramento del Matrimonio.—Manifestáronsele los ritos con que se habia de gobernar la Iglesia.—Conoció los mandamientos que habia de establecer.—Justificacion de estos preceptos de la Iglesia que conoció entonces María.—Del de oir misa las fiestas.—De los de confesar y comulgar.—Del de ayunar.—Del de pagar los diezmos.—Obligacion de los eclesiásticos que los perciben.—En qué forma depositó Cristo en su Madre la Iglesia de la ley de gracia.—Reprehension del olvido y desprecio que tienen los mortales de las obras misteriosas que el Señor ordenó para su remedio.—Símiles.—Cuando desobliga este desprecio á la Madre de misericordia.—Lloróle en esta vida.—Cómo se ha de enmendar.—Exhortacion á la frecuencia del sacramento de la Penitencia.—Indignacion de Dios contra los que reciben indignamente los Sacramentos, especialmente el del altar.—Y contra las irreverencias que se hacen en las iglesias.—Riguroso juicio destas culpas.—Exhortacion á oir misa cada dia.

830. Para complemento de la hermosura y riquezas de la santa Iglesia, fue conveniente que su artífice, Cristo nuestro Reparador, ordenase en ella los siete Sacramentos que tiene, donde quedasen

como en depósito comun los tesoros infinitos de sus merecimientos; y el mismo Autor de todo por inefable modo de asistencia, pero real y verdadera, para que los hijos fieles se alimentasen de su hacienda y consolasen con su presencia, en prendas de la que esperan gozar eternamente y cara á cara. Era tambien necesario para la plenitud de ciencia y gracia de María santísima, que todos estos misterios y tesoros se trasladasen á su dilatado y ardiente corazon, para que por el modo posible quedase depositada y estampada en él toda la ley de gracia, al modo que lo estaba en su Hijo santísimo; pues en su ausencia habia de ser Maestra de la Iglesia, y enseñar á sus primogénitos el rigor y puntualidad con que todos estos Sacramentos se habian de venerar y recibir.

831. Manifestósele todo esto á la gran Señora con nueva luz en el mismo interior de su Hijo santísimo, con distincion de cada misterio en singular. Lo primero, conoció como la antigua ley de la dura circuncision se habia de sepultar con honor, entrando en su luguar el suavísimo y admirable sacramento del Bautismo. Tuvo inteligencia de la materia de este Sacramento, que habia de ser agua pura elemental, y que la forma seria con las mismas palabras que fue determinado, expresando las tres divinas Personas con los nombres de Padre, Hijo y Espíritu Santo, para que los fieles profesasen la fe explícita de la santísima Trinidad. Entendió la virtud que al Bautismo habia de comunicar Cristo, su autor y Señor nuestro, quedando con eficacia para santificar perfectísimamente de todos los pecados y librar de sus penas. Vió los efectos admirables que habia de causar en todos los que le recibiesen, regenerándolos y reengendrándolos en el ser de hijos adoptivos y herederos del reino de su Padre, y infundiéndoles las virtudes de fe, esperanza y caridad, y otras muchas, el carácter sobrenatural y espiritual que como sello real se habia de imprimir en las almas por virtud del Bautismo para señalar los hijos de la santa Iglesia; y todo lo demás que toca á este sagrado Sacramento y sus efectos lo conoció María santísima. Y luego se lo pidió á su Hijo santísimo, con ardentísimo deseo de recibirle á su tiempo; y su Majestad se lo prometió, y dió despues, como diré en su lugar [1].

832. Del sacramento de la Confirmacion, que es el segundo, tuvo la gran Señora el mismo conocimiento, y como se daria en la santa Iglesia despues del Bautismo; porque este Sacramento primero engendra á los hijos de la gracia, y el sacramento de la Con-

[1] Infr. n. 1030.

firmacion los hace robustos y esforzados para confesar la fe santa recibida en el Bautismo, y les aumenta la primera gracia, y añade la particular para su proprio fin. Conoció la materia, forma, ministros de este Sacramento, y los efectos de gracias y carácter que imprime en el alma; y como por la crisma de el bálsamo y aceite, que hacen la materia de este Sacramento, se representa la luz de las buenas obras y el olor de Cristo [1], que con ellas derraman los fieles confesándole; y lo mismo dicen las palabras de la forma, cada cosa en su modo. En todas estas inteligencias hacia heróicos actos de lo íntimo de el corazon nuestra gran Reina, de alabanza, agradecimiento y peticiones fervorosas; porque todos los hombres viniesen á sacar agua de estas fuentes de el Salvador, y gozasen de tan incomparables tesoros, conociéndole y confesándole por su verdadero Dios y Redentor. Lloraba con amargura la pérdida lamentable de los muchos que á vista de el Evangelio habian de carecer por sus pecados de tan eficaces medicinas.

833. En el tercero sacramento, que es la Penitencia, conoció la divina Señora la conveniencia y necesidad de este medio para restituirse las almas á la gracia y amistad de Dios, supuesta la fragilidad humana con que tantas veces se pierde. Entendió qué partes y qué ministros habia de tener este Sacramento, y la facilidad con que los hijos de la Iglesia podrian usar dél con efectos tan admirables. Y por lo que conoció de este beneficio, como verdadera Madre de misericordia y de sus hijos los fieles, dió especiales gracias al Señor con increible júbilo de ver tan fácil medicina para tan repetida dolencia como las ordinarias culpas de los hombres. Postróse en tierra, y en nombre de la Iglesia admitió y hizo reverencia al tribunal santo de la confesion, donde con inefable clemencia ordenó el Señor que se resolviese y determinase la causa de tanto peso para las almas, como la justificacion y vida eterna, ó la muerte y condenacion, remitiendo al arbitrio de los sacerdotes absolver de los pecados ó negar la absolucion [3].

834. Llegó la prudentísima Señora á la particular inteligencia del soberano misterio y sacramento de la Eucaristía: y de esta maravilla entendió y conoció con grande penetracion mas secretos que los supremos Serafines; porque se le manifestó el modo sobrenatural con que estarian la humanidad y divinidad de su Hijo santísimo debajo de las especies del pan y vino, la virtud de las palabras para consagrar el cuerpo y sangre, pasando y convirtiendo una sustancia

[1] II Cor. II, 15. — [2] Isai. XII, 3. — [3] Matth. XVIII, 18.

en otra, perseverando los accidentes sin sujeto; como estaria á un mismo tiempo en tantas y diversas partes; como se ordenaria el misterio sacrosanto de la misa para consagrarle y ofrecerle en sacrificio al eterno Padre hasta el fin de el siglo; como seria adorado y venerado en la santa Iglesia católica en tantos templos por todo el mundo; qué efectos causaria en los que dignamente le habian de recibir mas ó menos dispuestos y prevenidos, y cuáles y cuán malos en aquellos que indignamente le recibiesen. De la fe de los católicos tuvo inteligencia, y de los errores de los herejes contra este incomparable beneficio, y sobre todo del amor inmenso con que su Hijo santísimo habia determinado darse en comida y alimento de vida eterna á cada uno de los mortales.

835. En estas y otras muy altas inteligencias que tuvo María santísima de este augustísimo Sacramento se inflamó su castísimo pecho en nuevos incendios de amor, sobre todo el juicio de los hombres: y aunque en todos los Artículos de la fe y en los Sacramentos que conoció, hizo nuevos cánticos en cada uno; pero en este gran misterio desplegó mas su corazon, y postrada en tierra hizo nuevas demostraciones de amor, culto, alabanza, agradecimiento y humillacion á tan alto beneficio; y de dolor y sentimiento por los que le habian de malograr y convertir en su misma condenacion. Encendióse en ardientes deseos de ver este Sacramento instituido: y si la fuerza del Altísimo no la confortara, la de sus afectos le resolviera la vida natural; aunque el estar á la vista de su Hijo santísimo saciaba la sed de sus congojas, y la entretenia hasta su tiempo. Pero desde luego se previno, pidiendo á su Majestad la comunicacion de su cuerpo sacramentado, para cuando llegase la hora de consagrarse, y dijo la divina Reina: *Altísimo Señor mio y vida verdadera de mi alma, ¿merecerá por ventura este vil gusanillo y oprobrio de los hombres recibiros en su pecho? ¿Seré yo tan dichosa que vuelva á recibiros en mi cuerpo y en mi alma? ¿Será vuestra morada y tabernáculo mi pecho, donde descanseis y yo os tenga gozando de vuestros estrechos abrazos, y Vos, amado mio, de los de vuestra sierva?*

836. Respondióle el divino Maestro: *Madre y paloma mia, muchas veces me recibiréis sacramentado, y despues de mi muerte y subida á los cielos gozaréis de este consuelo; porque será mi habitacion continua en el descanso de vuestro candidísimo y amoroso pecho, que yo elegí para morada de mi agrado y beneplácito*. Con esta promesa del Señor se humilló de nuevo la gran Reina, y pegada con el polvo le dió gracias por ella con admiracion del cielo. Desde aquella

hora encaminó todos sus afectos y obras con ánimo de prepararse y disponerse para recibir á su tiempo la sagrada comunion de su Hijo sacramentado; y en todos los años que pasaron desde esta ocasion, ni se olvidó, ni interrumpió los actos de voluntad. Era su memoria (como otras veces he dicho [1]) tenaz y constante como de Ángel, y la ciencia mas alta que todos ellos; y como siempre se acordaba de este misterio y de otros, siempre obraba conforme á la memoria y ciencia que tenia. Hizo tambien desde entonces grandes peticiones al Señor, que diese luz á los mortales para conocer y venerar este altísimo Sacramento, y recibirle dignamente. Si algunas veces llegamos á recibirle con esta disposicion (quiera el mismo Señor sea siempre), fuera de los merecimientos de su Majestad, lo debemos á las lágrimas y clamores de esta divina Madre, que nos lo granjeó y mereció. Cuando atrevida y audazmente alguno se desmesura en recibirle con pecado, advierta que, á mas de la sacrílega injuria que comete contra su Dios y Redentor, ofende tambien á su Madre santísima; porque desprecia y malogra su amor, deseos piadosos, sus oraciones, lágrimas y suspiros. Trabajemos por apartarnos de tan horrendo delito.

837. En el quinto sacramento de la Extremauncion tuvo María santísima inteligencia del fin admirable á donde le ordenó el Señor, y de su materia, forma y ministro. Conoció que la materia habia de ser óleo bendito de olivas, por ser símbolo de la misericordia; la forma, las palabras deprecatorias, ungiendo los sentidos con que pecamos, y el ministro sacerdote solo, y no quien no lo sea. Conoció los fines y efectos de este Sacramento, que serian, el socorro de los fieles enfermos en el peligro y fin de la vida, contra las asechanzas y tentaciones del enemigo, que en aquella última hora son muchas y terribles; y así por este Sacramento se le da (á quien le recibe dignamente) gracia para recobrar las fuerzas espirituales, que debilitaron los pecados cometidos, y tambien (si conviene) para esto se le da alivio en la salud del cuerpo. Muévese asimismo el interior á nueva devocion y deseos de ver á Dios, y se perdonan los pecados veniales, con algunas reliquias y efectos de los mortales; y el cuerpo de el enfermo queda signado, aunque no da carácter; pero déjale como sellado, para que el demonio tema de llegar á él, donde por gracia y sacramentalmente ha estado el Señor como en su tabernáculo. Por este privilegio en el sacramento de la Extremauncion se le quita á Lucifer la superioridad y derecho que adquirió

[1] Part. I, n. 535, 601.

por los pecados original y actuales contra nosotros, para que el cuerpo del justo, que ha de resucitar, y en su alma propia ha de gozar de Dios, vuelva señalado y defendido con este Sacramento á unirse con su alma. Todo esto conoció y agradeció en nombre de los fieles nuestra fidelísima Madre y Señora.

838. Del sexto sacramento del Órden entendió, como la providencia de su Hijo santísimo, prudentísimo artífice de la gracia y de la Iglesia, ordenaba en ella ministros proporcionados con los Sacramentos que instituia, para que por ellos santificasen el cuerpo místico de los fieles, y consagrasen el cuerpo y sangre del mismo Señor; y para darles esta dignidad superior á todos los demás hombres y á los mismos Ángeles, ordenó otro nuevo Sacramento de órden y consagracion. Con este conocimiento se le infundió tan extremada reverencia á los sacerdotes por su dignidad, que desde entonces con profunda humildad comenzó á respetarlos y venerarlos; y pidió al Altísimo los hiciera dignos ministros y muy idóneos para su oficio; y que á los demás fieles diese conocimiento para que los venerasen. Lloró las ofensas de Dios, que los unos y los otros habian de cometer, cada cual contra su obligacion; y porque en otras partes he dicho y diré [1] mas del respeto grande que nuestra gran Reina tenia á los sacerdotes, no me detengo ahora en esto. Todo lo demás que toca á la materia y forma de este Sacramento, conoció María santísima, sus efectos, y ministros que habia de tener.

839. En el último y séptimo sacramento del Matrimonio fue asimismo informada nuestra divina Señora de los grandes fines que tuvo el Redentor del mundo para hacer Sacramento con que en la ley evangélica quedase bendita y santificada la propagacion de los fieles, y significado el misterio del matrimonio espiritual del mismo Cristo con la Iglesia santa [2] con mas eficacia que antes de ella. Entendió como se habia de continuar este Sacramento; qué forma y materia tenia; y cuán grandes bienes resultarian por él en [illegible] hijos de la Iglesia santa, y todo lo demás que pertenece á sus efectos, necesidad ó virtud; y por todo hizo cánticos de alabanza y agradecimiento en nombre de los católicos que habian de recibir este beneficio. Luego se le manifestaron las ceremonias santas y ritos con que se habia de gobernar la Iglesia en los tiempos futuros para el culto divino y órden de las buenas costumbres. Conoció tambien todas las leyes que habia de establecer para esto, en particular los

[1] Part. I, n. 465; supr. n. 532, 602; infr. n. 1455; part. III, n. 92, 151, et frequenter. — [2] Ephés. v, 32.



cinco Mandamientos, de oir misa los dias de fiesta; de confesar á sus tiempos, y comulgar el santísimo cuerpo de Cristo sacramentado; de ayunar los dias que están señalados; de pagar diezmos y primicias de los frutos que da el Señor en la tierra.

840. En todos estos preceptos eclesiásticos conoció María santísima altísimos misterios de la justificacion, y razon que tenian, de los efectos que causarian en los fieles, y de la necesidad que habia de ellos en la santa y nueva Iglesia, para que sus hijos, guardando el primero de todos estos mandamientos, tuviesen dias señalados para buscar á Dios, y en ellos asistiesen al sagrado misterio y sacrificio de la misa, que se habia de ofrecer por vivos y difuntos; y en él renovasen la profesion de la fe, y memoria de la pasion y muerte de Cristo, con que fuimos redimidos; y en el modo posible cooperasen á la grandeza y ofrecimiento de tan supremo sacrificio, y consiguiesen dél tantos frutos y bienes como recibe la santa Iglesia del misterio sacrosanto de la misa. Conoció tambien cuán necesario era obligar á nuestra lealtad y descuido, para que no despreciáse largo tiempo el restituirse á la gracia y amistad de Dios por medio de la confesion sacramental, y confirmarla con la sagrada Comunion; porque á mas del peligro y del daño á que se arriesgan los que se olvidan ó descuidan en el uso de estos dos Sacramentos, hacen otra injuria á su Autor frustrándole sus deseos, y el amor con que los ordenó para nuestro remedio: y como esto no se puede hacer sin gran desprecio, tácito ó expreso, viene á ser injuria muy pesada para quien la comete.

841. De los dos últimos preceptos de ayunar y pagar diezmos tuvo la misma inteligencia, y de cuán necesario era que los hijos de la santa Iglesia procuren vencer á sus enemigos, que les pueden impedir su salvacion, como á tantos infelices y negligentes sucede, por no mortificar y rendir sus pasiones, que de ordinario se fomentan con el vicio de la carne; y este se mortifica con el ayuno, en que singularmente nos dió ejemplo el Maestro de la vida, aunque no tenia que vencer como nosotros al *fomes peccati*. En el pagar los diezmos entendió María santísima era especial órden del Señor que los hijos de la santa Iglesia, de los bienes temporales de la tierra le pagasen aquel tributo, reconociéndole por supremo Señor y Criador de todo, y agradeciendo aquellos frutos que su providencia les daba para conservar la vida; y que ofrecidos al Señor estos diezmos, se convirtiesen en beneficio y alimento de los sacerdotes y ministros de la Iglesia, para que fuesen mas agradecidos al mismo Señor, de

cuya mesa son proveidos tan abundantemente; y junto con esto entendiesen su obligacion de cuidar siempre de la salud espiritual de los fieles y de sus necesidades; pues el sudor del pueblo se convertia en su beneficio y sustentacion, para que toda la vida se empleasen en el culto divino y utilidad de la Iglesia santa.

842. Mucho me he ceñido en la sucinta declaracion de tan ocultos y grandiosos misterios como sucedieron á nuestra divina Emperatriz, y se obraron en su inflamado y dilatado corazon, con la noticia que le dió el Altísimo de la ley y nueva Iglesia del Evangelio. El temor me ha detenido para no ser muy prolija, y mucho mas el de no errar, manifestando mi pecho, y lo que en él está depositado, de lo que con la inteligencia he conocido; la luz de la santa fe que profesamos, gobernada con la prudencia y piedad cristiana, encaminarán el corazon católico que con atencion se aplicare á la veneracion de tan altos sacramentos; y considerando con viva fe la armonía maravillosa de leyes, Sacramentos, doctrina, y tantos misterios como encierra la Iglesia católica, y se ha gobernado con ellos admirablemente desde su principio, y se gobernará firme y estable hasta el fin del mundo. Todo esto junto por admirable modo estuvo en el interior de nuestra Reina y Señora; y en él (á nuestro entender) se ensayó Cristo Redentor del mundo para fabricar la Iglesia santa; y anticipadamente la depositó toda en su Madre purísima, para que ella gozase de los tesoros la primera con superabundancia; y gozándolos, obrase, amase, creyese, esperase y agradeciese por todos los demás mortales, y llorase sus pecados, para que no por ellos se impidiese el corriente de tantas misericordias para el linaje humano, y para que María santísima fuese la escritura pública donde se escribiese todo cuanto Dios habia de obrar por la redencion humana, y quedase como obligado á cumplirlo, tomándola por coadjutora, y dejando escrito en su corazon el memorial de las maravillas que queria obrar.

Doctrina que me dió la Reina del cielo.

843. Hija mia, muchas veces te he representado cuán injurioso es para el Altísimo, y peligroso para los mortales, el olvido y el descuido que teneis de las obras misteriosas y tan admirables que su divina clemencia ordenó para vuestro remedio, con que las despreciais. El maternal amor me solicita á renovar en tí algo de esta memoria y el dolor de tan lamentable daño. ¿Dónde está el juicio y

el seso de los hombres, que tan peligrosamente desprecian su salud eterna y la gloria de su Criador y Reparador? Las puertas de la gracia y de la gloria están patentes; y no solo no quieren entrar por ellas, pero saliéndoles la misma vida y luz al encuentro, cierran las suyas para que no entre en sus corazones llenos de tinieblas y de muerte. ¡Oh crueldad mas que inhumana del pecador, pues siendo tu enfermedad mortal y la mas peligrosa de todas, no quieres admitir el remedio cuando graciosamente te le ofrecen! ¿Cuál seria el difunto que no se reconociese muy obligado á quien le restituyese la vida? ¿Cuál el enfermo que no diese gracias al médico que le curó de su dolencia? Pues si los hijos de los hombres conocen esto y saben ser agradecidos á quien les da la salud y la vida, que luego han de perder, y solo sirve de restituirlos á nuevos peligros y trabajos; ¿cómo son tan estultos y pesados de corazon, que ni agradecen ni reconocen á quien les da salud y vida de descanso eterno, y los quiere rescatar de las penas que ni tendrán fin, ni tienen ponderacion bastante?

844. Ó carísima mia, ¿cómo puedo yo reconocer por hijos, y ser madre de los que así desprecian á mi único y amantísimo Hijo y Señor, y su liberal clemencia? Conócenla los Ángeles y Santos en el cielo; y se admiran de la grosería, ingratitud y peligro de los vivientes, y justifícase en su presencia la rectitud de la divina Justicia. Mucho te he dado á conocer de estos secretos en esta Historia; ahora te declaro mas, para que me imites y acompañes en lo que yo lloré amargamente esta infeliz calamidad, en que ha sido ofendido grandemente Dios, y lo es; y llorando tú sus ofensas, procura de tu parte enmendarlas. Quiero de tí que no pase dia ninguno sin rendir humilde agradecimiento á su grandeza; porque ordenó los santos Sacramentos, y sufre el mal uso de ellos en los malos fieles. Recíbelos con profunda reverencia, fe y esperanza firme; y por el amor que tienes al santo sacramento de la Penitencia, debes procurar llegar á él con la disposicion y partes que enseña la santa Iglesia y sus doctores, para recibirle fructuosamente. Frecuéntale con humilde y agradecido corazon todos los dias; y siempre que te hallares con culpa, no dilates el remedio de este Sacramento. Lávate y limpia tu alma; que es torpísimo descuido conocerse maculada del pecado, y dejarse mucho tiempo, ni un solo instante, en su fealdad.

845. Singularmente quiero que entiendas la indignacion del omnipotente Dios (aunque no podrás conocerla entera y dignamente) contra los que atrevidos y con loca osadía reciben indignamente

estos sagrados Sacramentos, y en especial el augustísimo del altar. Ó alma, ¡y cuánto pesa esta culpa en la estimacion del Señor y de los Santos! ¡Y no solo recibirle indignamente, pero las irreverencias que se cometen en las iglesias y en su real presencia! ¿Cómo pueden decir los hijos de la Iglesia que tienen fe de esta verdad y que la respetan, si estando en tantas partes Cristo sacramentado, no solo no le visitan y reverencian; pero en su presencia cometen tales sacrilegios, cuales no se atreven los paganos en su falsa secta? Esta es causa que pedia muchos avisos y libros; y te advierto, hija mia, que los hombres en el siglo presente tienen muy desobligada á la equidad del Señor, para que no les declare lo que mi piedad desea para su remedio. Pero lo que han de saber ahora es, que su juicio será formidable y sin misericordia, como de siervos malos y infieles, condenados por su misma boca [1]. Esto podrás advertir á todos los que quisieren oirte; y aconsejarles que cada dia vayan siquiera á los templos, donde está Dios sacramentado, á darle culto de adoracion y reverencia; y procuren asistir con ella oyendo misa, que no saben los hombres cuánto pierden por esta negligencia.

CAPÍTULO XII.

Continuaba Cristo Redentor nuestro las oraciones y peticiones por nosotros; asistíale su Madre santísima, y tenia nuevas inteligencias.

Cuán incomprehensibles son los sacramentos que pasaron entre Cristo y su Madre en este tiempo.—Informó Cristo á su Madre de cuanto habia de hacer en la ley de gracia.—Individuacion y claridad con que lo conoció todo María.—Declárase el modo con que conocia estos misterios en el interior de su Hijo.—En qué forma concurrió María con su Hijo, como coadjutora de la fábrica de la ley evangélica.—Ejecutáronse estos Sacramentos en el aposento de la Encarnacion.—Excelencia de aquel lugar.—Ejercicios de Cristo en el beneficio de los hombres.—Pedia al Padre que los pecados de los hombres no impidiesen su redencion.—Por ellos sudó muchas veces sangre.—Oraba Cristo muchas veces puesto en forma de cruz.—Deseos que manifestaba de morir en ella por los pecadores.—Voces con que en la presencia de su Madre los llamaba.—Como le imitaba en estas ocasiones la Vírgen.—Efectos que hizo en María la primera vez que vió sudar sangre á su Hijo.—Razones con que reconvino á los mortales en esta ocasion la amorosa Madre.—Veia María á su Hijo algunas veces transfigurado en cuerpo glorioso.—Oia las músicas que le daban los Ángeles.—Júbilo celestial que recibia su alma en estas ocasiones.—En qué forma respondia el eterno Padre á Cristo cuando oraba por el remedio de los hombres.—Como lo entendia la Vírgen, y los efectos que en ella hacia.—Cuán altamente correspon-

[1] Luc. XIX, 22.



dió á todos estos favores divinos.—Deseos de la Madre de Dios de que todos lleguen á gustar de la suavidad del Señor á su imitacion.—Disposicion para llegarse al cielo.—Regla de altísima perfeccion en imitacion de Cristo y su Madre.—Guardóla la Madre de Dios.—Especial advertencia á la discípula.

846. Por mas que se procure extender nuestro limitado discurso en manifestar y glorificar las obras misteriosas de Cristo nuestro Redentor, y de su Madre santísima, siempre quedará vencido y muy léjos de alcanzar la grandeza de estos sacramentos; porque son mayores, como dice el Eclesiástico, que toda nuestra alabanza [1], y nunca los vimos ni comprehenderémos, y siempre quedarán ocultas otras cosas mayores que cuantas dijéremos; porque son muy pocas las que alcanzamos, y estas aun no las merecemos entender, ni explicar lo que entendemos. Insuficiente es el entendimiento del mas supremo Serafin para dar peso y fondo á los secretos que pasaron entre Jesús y María santísima en los años que vivieron juntos; particularmente en los que voy hablando, cuando el Maestro de la luz informaba de todo lo que habia de hacer en la ley de gracia, y cuanto en ella se habia de comprehender en esta sexta edad del mundo, que habia de durar la ley del Evangelio hasta el fin, y lo que en mil seiscientos y mas de cincuenta y siete años ha sucedido, y lo que resta, que ignoramos, hasta el dia del juicio. Todo lo conoció nuestra divina Señora en la escuela de su Hijo santísimo; porque su Majestad se lo declaró todo y lo confirió con ella, señalándole los tiempos, lugares, reinos, provincias, y lo que en cada una habia de suceder en el discurso de la Iglesia; y esto fue con tal claridad, que si despues viviera esta gran Señora en carne mortal, conociera todos los indivíduos de la santa Iglesia por sus personas y nombres; como le sucedió con los que vió y comunicó en vida, que cuando llegaban á su presencia, no los comenzaba á conocer de nuevo, mas que por el sentido que correspondia á noticia interior en que ya estaba informada.

847. Cuando la beatísima Madre de la sabiduría entendia y conocia estos misterios en el interior de su Hijo santísimo y en los actos de sus potencias, no alcanzaba á penetrar tanto como la misma alma de Cristo unida á la divinidad hipostática y beatíficamente; porque la gran Señora era pura criatura, y no bienaventurada por vision continua, ni tampoco conocia siempre las especies y lumbre beatífica de aquella alma beatísima, mas de en las ocasiones que esta Señora gozaba tambien de la vision clara de la Divinidad. Pero

[1] Eccli. XLIII, 33.

en las demás que tenia de los misterios de la Iglesia militante, conocia las especies imaginarias de las potencias interiores de Cristo Señor nuestro, y tambien conocia como dependian de su voluntad santísima, y que decretaba y ordenaba todas aquellas obras para tales tiempos, lugares y ocasiones; y conocia por otro modo como la voluntad humana del Salvador se conformaba con la divina, y era gobernada por ella en todo cuanto determinaba y disponia. Toda esta armonía divina se extendia á mover la voluntad y potencias de la misma Señora, para que obrase y cooperase con la propia voluntad de su Hijo santísimo, y mediante ella con la divina. Por este modo habia una similitud inefable entre Cristo y María santísimos, y ella concurria, como coadjutora de la fábrica de la ley evangélica y de la Iglesia santa.

848. Todos estos ocultísimos sacramentos se ejecutaban de ordinario en aquel humilde oratorio de la Reina donde se celebró el mayor de los misterios en la Encarnacion del Verbo divino en su virginal tálamo; que si bien era tan estrecho y pobre, que solo consistia en unas paredes desnudas y muy angostas, pero cupo en él toda la grandeza infinita del que es inmenso, y dél salió todo lo que ha dado y da la majestad y deidad que hoy tienen todos los templos ricos del orbe, y sus innumerables santuarios [1]. En este *sancta sanctorum* oraba de ordinario el sumo sacerdote de la nueva ley Cristo Señor nuestro, y su continua oracion se concluia en hacer al Padre fervorosas peticiones por los hombres, y conferir con su Madre Vírgen todas la obras de la redencion, y los ricos dones y tesoros de gracia, que prevenia para dejarles en el nuevo testamento á los hijos de la luz y de la santa Iglesia vinculados en ella. Pedia muchas veces al eterno Padre que los pecados de los hombres y su durísima ingratitud no fuesen causa para impedirles la redencion; y como Cristo tuvo siempre igualmente en su ciencia previstas y presentes las culpas del linaje humano, y la condenacion de tantas almas ingratas á este beneficio; el saber el Verbo humanado que habia de morir por ellos, le puso siempre en grande agonía, y le obligó muchas veces á sudar sangre. Y aunque los Evanglistas hacen mencion de sola una [2] antes de la pasion, porque no escribieron todos los sucesos de su vida santísima, es sin duda que este sudor le tuvo muchas veces y le vió su Madre santísima [3]. Así se me ha declarado en algunas inteligencias.

849. La postura con que oraba nuestro Bien y Maestro era al-

[1] Levit. XVI, 12. — [2] Luc. XXII, 44. — [3] Supr. n. 695.



gunas veces arrodillado, otras postrado y en forma de cruz, otras en el aire en la misma postura, que amaba mucho. Solia decir orando y en presencia de su Madre: *Ó cruz dichosísima, ¿cuándo me hallaré en tus brazos y tú recibirás los mios, para que en tí clavados estén patentes para recibir á todos los pecadores*[1]*? Pero si bajé del cielo para llamarlos al camino de mi imitacion y participacion, siempre están abiertos para abrazarlos y enriquecerlos á todos. Venid, pues, todos los que estais ciegos, á la luz. Venid, pobres, á los tesoros de mi gracia. Venid, párvulos, á las caricias y regalos de vuestro Padre verdadero. Venid, afligidos y fatigados, que yo os os aliviaré y refrigeraré*[2]*. Venid, justos, que sois mi posesion y herencia. Venid, todos los hijos de Adan, que á todos llamo*[3]*. Yo soy el camino, la verdad y la vida*[4]*, y á nadie la negaré si la quereis recibir. Eterno Padre mio, hechuras son de vuestra mano, no los despreciéis*[5]*, que yo me ofrezco por ellos á la muerte de cruz, para entregarlos justificados y libres (si ellos lo admiten), y restituidos al gremio de vuestros electos y reino celestial, donde sea vuestro nombre glorificado.*

850. Á todo esto se hallaba presente la piadosa Madre, y en la pureza de su alma, como en cristal sin mácula, reverberaba la luz de su Unigénito, y como eco de sus voces interiores y exteriores las repetia y imitaba en todo, acompañándole en las oraciones y peticiones, y en la misma postura que las hacia el Salvador. Cuando la gran Señora le vió la primera vez sudar sangre, quedó, como amorosa madre, traspasado el corazon de dolor, con admiracion del efecto que causaban en Cristo Señor nuestro los pecados de los hombres y su desagradecimiento, previsto por el mismo Señor, que todo lo conocia la divina Madre; y con dolorosa angustia convertida á los mortales decia: *¡Oh hijos de los hombres, qué poco entendeis cuánto estima el Criador en vosotros su imágen y semejanza; pues en precio de vuestro rescate ofrece su misma sangre, y os aprecia mas que derramarla! ¡Oh quién tuviera vuestra voluntad en la mia, para reduciros á su amor y obediencia! Benditos sean de su diestra los justos y agradecidos, que han de ser hijos fieles de su Padre. Sean llenos de su luz y de los tesoros de su gracia los que han de corresponder á los deseos ardientes de mi Señor, para darles su salud eterna. ¡Oh quién fuera esclava humilde de los hijos de Adan, para obligarlos, con servirlos, á que pusieran término á sus culpas y proprio daño! Señor y Dueño mio, vida y lumbre de mi alma, ¿quién es de corazon tan duro y tan enemi-*

[1] Matth. IX, 13. — [2] Ibid. XI, 28. — [3] I Tim. II, 4. — [4] Joan. XIV, 6.
[5] Psalm. CXXXVII, 8.

go de sí mismo, que no se reconoce obligado y preso de vuestros beneficios? ¿Quién tan ingrato y desconocido, que ignore vuestro amor ardentísimo? ¿Cómo sufrirá mi corazon que los hombres, tan beneficiados de vuestras manos, sean tan rebeldes y groseros? Ó hijos de Adan, convertid vuestra impiedad inhumana contra mí. Afligidme y despreciadme, con tal que pagueis á mi querido Dueño el amor y reverencia que le debeis á sus finezas. Vos, Hijo y Señor mio, sois lumbre de la lumbre, Hijo de el eterno Padre, figura de su substancia [1], *eterno y tan infinito como él, igual en la esencia y atributos, por la parte que sois con él un Dios y una suprema Majestad* [2]. *Sois escogido entre millares* [3], *hermosísimo sobre los hijos de los hombres, santo, inocente y sin defecto alguno* [4]; *pues, ¿cómo, Bien eterno, ignoran los mortales el objeto nobilísimo de su amor? el principio que les dió ser, y el fin en que consiste su verdadera felicidad? ¡Oh si diera yo la vida para que todos salieran de su engaño!*

851. Otras muchas razones decia con estas la divina Señora, en cuya noticia desfallece mi corazon y mi lengua, para explicar los afectos tan ardientes que aquella candidísima paloma tenia; y con este amor y profundísima reverencia limpiaba la sangre que sudaba su dulcísimo Hijo. Otras veces le hallaba en diferente y contraria disposicion, lleno de gloria y resplandor, transfigurado como despues lo estuvo en el Tabor [5], y acompañado de gran multitud de Ángeles en forma humana que le adoraban, y con soneras y dulces voces cantaban himnos y nuevos cánticos de alabanza al Unigénito del Padre hecho hombre. Y estas músicas celestiales oia nuestra Señora, y asistia á ellas otras veces, aunque no estuviese Cristo Señor nuestro transfigurado; porque la voluntad divina ordenaba en algunas ocasiones, que la parte sensitiva de la humanidad del Verbo recibiese aquel alivio, como en otras le tenia transfigurado, con la redundancia de la gloria del alma, que se comunicaba al cuerpo; aunque esto fue pocas veces. Pero cuando la divina Madre le hallaba y miraba en aquella forma gloriosa, ó cuando sentia las músicas de los Ángeles, participaba con tanta abundancia de aquel júbilo y deleite celestial, que si no fuera su espíritu tan robusto y no la confortara su mismo Hijo y Señor, desfallecieran todas sus fuerzas naturales; y tambien los santos Ángeles la confortaban en los deliquios del cuerpo que en tales ocasiones solia llegar á sentir.

852. Sucedia muchas veces, que estando su Hijo santísimo en

[1] Hebr. I, 3. — [2] Joan. X, 30. — [3] Cant. V, 10. — [4] Hebr. VII, 6.
[5] Matth. XVII, 2.

alguna de estas disposiciones de congoja ó gozo orando al eterno Padre, y como confiriendo los misterios altísimos de la redencion, le respondia la misma persona del Padre, aprobando ó concediendo lo que pedia el Hijo para el remedio de los hombres, ó representándole á la humanidad santísima los decretos ocultos de la predestinacion, ó reprobacion y condenacion de algunos. Todo esto lo entendia y oia nuestra gran Reina y Señora, humillándose hasta la tierra. Con incomparable temor reverencial adoraba al Todopoderoso, y acompañaba á su Unigénito en las oraciones, peticiones y en el agradecimiento que ofrecia al Padre por sus grandes obras y dignacion con los hombres, y alababa sus juicios investigables. Todos estos secretos y misterios conferia la prudentísima Vírgen en el consejo de su pecho, y los guardaba en el archivo de su dilatado corazon, y de todo se servia como de fomento y materia con que encender mas y conservar el fuego del santuario que en su interior ardia; porque ninguno de estos beneficios ni secretos favores que recibia era en ella ocioso y sin fruto. Á todos correspondia segun el mayor agrado y gusto del Señor. Á todo daba el lleno y correspondencia que convenia, para que se lograsen los fines del Altísimo, y todas sus obras quedasen conocidas y agradecidas, cuanto de una pura criatura era posible.

Doctrina de la reina del cielo María santísima.

853. Hija mia, una de las razones por que los hombres deben llamarme Madre de misericordia, es por el amor piadoso con que deseo íntimamente que todos lleguen á quedar saciados del torrente de la gracia, y que gusten la suavidad del Señor [1] como yo lo hice. Á todos los convido y llamo, para que sedientos lleguen conmigo á las aguas de la Divinidad. Lleguen los mas pobres y afligidos, que si me respondieren y siguieren, yo les ofrezco mi poderosa proteccion y amparo, y intercederé con mi Hijo, y les solicitaré el maná escondido [2] que les dé alimento y vida. Ven tú, amiga mia; ven y llega, carísima, para que me sigas y recibas el nombre nuevo, que solo le conoce quien le consigue. Levántate del polvo, y sacude y despide todo lo terreno y momentáneo, y llégate á lo celestial. Niégate á tí misma con todas las operaciones de la fragilidad humana; y con la verdadera luz que tienes de las que hizo mi Hijo santísimo, y yo tambien á su imitacion, contempla este ejemplar y

[1] Psalm. XXXIII, 9. — [2] Apoc. II, 17.

remírate en este espejo, para componer la hermosura que quiere y desea en tí el sumo Rey [1].

854. Y porque este medio es el mas poderoso para que consigas la perfeccion que deseas con el lleno de tus obras, quiero que para regular todas tus acciones escribas en tu corazon esta advertencia, y que cuando hubieres de hacer alguna obra interior ó exterior, antes que la ejecutes confieras contigo misma si lo que vas á decir ó hacer, lo hiciéramos mi Hijo santísimo y yo, y con qué intencion tan recta lo ordenáramos á la gloria del Altísimo y al bien de nuestros prójimos; y si conocieres que lo haciamos ó lo hiciéramos con este fin, ejecútalo para imitarnos; pero si entiendes lo contrario, suspéndelo y no lo hagas, que yo tuve esta advertencia con mi Señor y Maestro, aunque no tenia contradicion como tú para el bien, mas deseaba imitarle perfectísimamente: y en esta imitacion consiste la participacion fructuosa de su santidad, porque enseña y obliga en todo á lo mas perfecto y agradable á Dios. Á mas de esto te advierto que desde hoy no hagas obra, ni hables, ni admitas pensamiento alguno sin pedirme licencia antes que te determines, consultándolo conmigo como con tu Madre y Maestra; y si te respondiere, darás gracias al Señor por ello, y si no te respondo y tú perseverares en esta fidelidad, te aseguro y prometo de parte del Señor te dará luz de lo que fuere mas conforme á su perfectísima voluntad; pero todo lo ejecuta con la obediencia de tu padre espiritual, y nunca olvides este ejercicio.

CAPÍTULO XIII.

Cumple María santísima treinta y tres años de edad, y permanece en aquella disposicion su virginal cuerpo, y dispone como sustentar con su trabajo á su Hijo santísimo y á Josef.

Cumplidos diez y ocho años de Cristo, cumplió su Madre los treinta y tres años. —La edad de treinta y tres años es el término de la perfeccion natural. —Por qué Cristo murió cumplidos treinta y tres años de edad. —En qué perfeccion natural crió Dios á nuestros primeros padres. —Perfeccion natural del cuerpo virginal de la Madre de Dios en esta edad. —Su similitud al de su Hijo. —Como declina desde esta edad en los demás mortales la perfeccion natural. —En María permaneció invariada hasta su tránsito. —Concediósele este privilegio para que se conservase en ella la semejanza con su Hijo. —Quebranto de las fuerzas naturales que tenia en este tiempo san Josef, y su causa. —Razonamiento que hizo María á Josef para que dejase el

[1] Psalm. XLIV, 12.

trabajo corporal, tomándolo ella para sustentarlo. — Como se rindió san Josef á no trabajar. — Dieron de limosna los instrumentos de su oficio. — Entregóse el Santo todo á la contemplacion y ejercicio de virtudes. — Alteza de santidad á que llegó. — Desde entonces tomó por su cuenta María el sustentar con el trabajo de sus manos á su Hijo y á su Esposo. — Ejecutó María lo que dijo Salomon en los Proverbios de esta mujer fuerte. — Por qué usó el Señor deste medio del trabajo de su Madre para el sustento. — Medio por donde comutaba María sus labores sin salir de su recogimiento. — Comida de Cristo y su Madre. — Cuidado de la Madre de Dios con san Josef. — Como remediaba Cristo milagrosamente las necesidades de la casa, cuando no alcanzaba el trabajo de su Madre. — Para remediar las necesidades de los prójimos se han de ejercitar tres virtudes: prudencia, caridad y justicia. — Ejemplo de este ejercicio de la Madre de Dios. — Perversidad de los hombres en procurar eximirse de la ley del trabajar. — Impiedad de cargar todo el trabajo al pobre, para que su sudor sustente la soberbia del rico. — Injusticias que hacen los ricos con el trabajo de los pobres hasta no pagarles su estipendio. — Castigo que dará Dios á estas culpas. — Exhortacion al trabajo corporal. — En qué forma ha de repartir el superior el trabajo corporal entre sí y sus súbditos.

855. Nuestra gran Reina y Señora se ocupaba en los divinos ejercicios y misterios que hasta ahora he insinuado (mas que declarado), en especial despues que su Hijo santísimo pasó de los doce años. Corrió el tiempo, y habiendo cumplido nuestro Salvador los diez y ocho años de su adolescencia, segun la cuenta de su encarnacion y nacimiento que arriba se hizo [1], llegó su beatísima Madre á cumplir treinta y tres años de su edad perfecta y juvenil; y llámole así, porque segun las partes en que la edad de los hombres comunmente se divide (ahora sean seis ó siete), la de treinta y tres años es la de su perfeccion y aumento natural, y pertenece al fin de la juventud, como unos dicen, ó al principio de ella, como otros cuentan; pero en cualquiera division de las edades, es el término de la perfeccion natural comunmente treinta y tres años, y en él permanece muy poco; porque luego comienza á declinar la naturaleza corruptible, que nunca permanece en un estado [2], como la luna en llegando al punto de su lleno. En esta declinacion de la edad media adelante, no solo no crece el cuerpo en la longitud; pero aunque reciba algun aumento en la profundidad y grueso, no es aumento de perfeccion, antes suele ser vicio de la naturaleza. Por esta razon murió Cristo nuestro Señor cumplida la edad de los treinta y tres años; porque su amor ardentísimo quiso esperar que su cuerpo sagrado llegase al término de su natural perfeccion y vigor, y en todo

[1] Supr. n. 138, 475. — [2] Job, XIV, 2.

proporcionado para ofrecer por nosotros su humanidad santísima con todos los dones de naturaleza y gracia; no porque esta creciese en él, sino para que le correspondiese la naturaleza, y nada le faltase que dar y sacrificar por el linaje humano. Por esta misma razon, dicen que crió el Altísimo á nuestros primeros padres Adan y Eva en la perfeccion que tuvieran de treinta y tres años. Si bien es verdad que en aquella edad primera y segunda del mundo, cuando la vida era mas larga, dividiendo las edades de los hombres en seis ó siete, ó mas ó menos partes, habia de tocar á cada una muchos mas años que ahora, cuando despues de David á la senectud tocan los setenta años [1].

856. Llegó la Emperatriz del cielo á los treinta y tres años, y en el cumplimiento de ellos se halló su virginal cuerpo en la perfeccion natural, tan proporcionada y hermosa, que era admiracion, no solo de la naturaleza humana, sino de los mismos espíritus angélicos. Habia crecido en la altura y en la forma de grosura proporcionadamente en todos los miembros, hasta el término de la perfeccion suma de una humana criatura; y quedó semejante á la humanidad santísima de su Hijo, cuando estaba en aquella edad, y en el rostro y color se parecian en extremo; guardando la diferencia de que Cristo era perfectísimo varon, y su Madre, con proporcion, perfectísima mujer. Aunque en los demás mortales regularmente comienza desde esta edad la declinacion y caida de la natural perfeccion, porque desfallece algo el húmido radical y el calor innato; se desigualan los humores, y abundan los mas terrestres; se suele comenzar á encanecer el pelo, arrugar el rostro, á enfriar la sangre, debilitar algo de las fuerzas; y todo el compuesto humano, sin que la industria pueda detenerle del todo, comienza á declinar á la senectud y corrupcion. Pero en María santísima no fue así; porque su admirable composicion y vigor se conservaron en aquella perfeccion y estado que adquirió en los treinta y tres años, sin retroceder ni desfallecer en ella; y cuando llegó á los setenta años que vivió (como diré en su lugar [2]), estaba en la misma entereza que de treinta y tres, y con las mismas fuerzas y disposicion del virginal cuerpo.

857. Conoció la gran Señora este beneficio y privilegio que le concedia el Altísimo, y dióle gracias por él. Entendió tambien que era para que siempre se conservase en ella la semejanza de la humanidad de su Hijo santísimo, aun en esta perfeccion de la naturaleza, si bien seria con diferencia en la vida; porque el Señor la

[1] Psalm. LXXXIX, 10. — [2] Part. III, n. 736.

daria en aquella edad, y la divina Señora la tendria mas larga; pero siempre con esta correspondencia. El santo Josef, aunque no era muy viejo, pero cuando la Señora del mundo llegó á los treinta y tres años, estaba ya muy quebrantado en las fuerzas de el cuerpo; porque los cuidados y peregrinaciones, y el continuo trabajo que habia tenido para sustentar á su Esposa y al Señor del mundo, le habian debilitado mas que la edad. Y el mismo Señor, que le queria adelantar en el ejercicio de la paciencia y otras virtudes, dió lugar á que padeciese algunas enfermedades y dolores (como diré en el capítulo siguiente) que le impedian mucho para el trabajo corporal. Conociendo esto la prudentísima Esposa (que siempre le habia estimado, querido y servido mas que ninguna otra del mundo á su marido), le habló y le dijo: *Esposo y señor mío, hállome muy obligada de vuestra fidelidad, trabajo, desvelo y cuidado que siempre habeis tenido; pues con el sudor de vuestra cara hasta ahora habeis dado alimento á vuestra sierva y á mi Hijo santísimo y Dios verdadero, y en esta solicitud habeis gastado vuestras fuerzas y lo mejor de vuestra salud y vida, amparándome, y cuidando de la mia; de la mano del Altísimo recibiréis el galardon de tales obras, y las bendiciones de dulzura que mereceis*[1]. *Yo os suplico, señor mio, que descanseis ahora del trabajo, pues ya no le pueden tolerar vuestras flacas fuerzas. Yo quiero ser agradecida y trabajar ahora para vuestro servicio en lo que el Señor nos diere vida.*

858. Oyó el Santo las razones de su dulcísima Esposa, vertiendo muchísimas lágrimas de humilde agradecimiento y consuelo; y aunque hizo alguna instancia pidiéndole permitiese que continuase siempre su trabajo; pero al fin se rindió á sus ruegos, obedeciendo á su Esposa y Señora del mundo. De allí adelante cesó en el trabajo corporal de sus manos con que ganaba la comida para todos tres; y los instrumentos de su oficio de carpintero los dieron de limosna, para que nada estuviera ocioso y supérfluo en aquella casa y familia. Desocupado ya san Josef de este cuidado, se convirtió todo á la contemplacion de los misterios que guardaba en depósito, y ejercicios de las virtudes. Como en esto fue tan feliz y bienaventurado, estando á la vista y conversacion de la divina Sabiduría humanada, y de la que era Madre de ella, llegó el Varon de Dios á tanto colmo de santidad en órden á sí mismo, que despues de su divina Esposa, ó se adelantó á todos, ó ninguno á él. Como la misma Señora del cielo, y tambien su Hijo santísimo, que asistian y servian en sus

[1] **Psalm. xx, 4.**

enfermedades al felicísimo Varon, le consolaban y alentaban con tanta puntualidad; no hay términos para manifestar los efectos de humildad, reverencia y amor que este beneficio causaba en el corazon sencillo y agradecido de san Josef. Fue sin duda de admiracion y gozo para los espíritus angélicos y de sumo agrado y beneplácito al Altísimo.

859. Tomó por su cuenta la Señora del mundo sustentar desde entonces con su trabajo á su Hijo santísimo y á su Esposo, disponiéndolo así la eterna Sabiduría para el colmo de todo género de virtudes y merecimientos, y para ejemplo y confusion de las hijas y hijos de Adan y Eva. Propúsonos por dechado á esta mujer fuerte, vestida de hermosura y fortaleza, como en aquella edad la tenia ceñida de valor, y roborando su brazo para extender sus palmas á los pobres, para comprar el campo, y plantar la viña con el fruto de sus manos. Confió en ella (es de los Proverbios [1]) el corazon de su varon, no solo de su esposo Josef, sino el de su Hijo Dios y hombre verdadero, maestro de la pobreza y pobre de los pobres, y no se hallaron frustrados. Comenzó la gran Reina á trabajar mas, hilando y tejiendo lino y lana, y ejecutando misteriosamente todo lo que Salomon dijo de ella en los Proverbios, capítulo XXXI: y porque declaré este capítulo al fin de la primera parte, no me parece repetirlo ahora, aunque muchas cosas de las que allí dije eran para esta ocasion, cuando con especial modo las obró nuestra Reina, y las acciones exteriores y materiales.

860. No le faltaran al Señor medios para sustentar la vida humana, la de su Madre santísima y san Josef, pues no *solo* con el pan se sustenta y vive el hombre [2]; pero con su palabra podia hacerlo, como él mismo lo dijo. Tambien podia milagrosamente traer cada dia la comida; pero faltárale al mundo este ejemplar de ver á su Madre santísima, Señora de todo lo criado, trabajar para adquirir la comida; y á la misma Vírgen le faltara este premio, si no hubiera tenido aquellos merecimientos. Todo lo ordenó el Maestro de nuestra salud con admirable providenciá para gloria de la gran Reina y enseñanza nuestra. La diligencia y cuidado con que prudente acudia á todo, no se puede explicar con palabras. Trabajaba mucho; y porque guardaba siempre la soledad y retiro, la acudia aquella dichosísima mujer su vecina, que otras veces he dicho [3], y llevaba las labores que hacia la gran Reina, y le traia lo necesario. Cuando le decia lo que habia de hacer ó traer, jamás fue imperan-

[1] Prov. XXXI, à *v.* 10. — [2] Matth. IV, 4. — [3] Supr. n. 227, 423.



do, sino rogándola y pidiéndole, con suma humildad, explorando primero su voluntad; y para que precediera el saberla, le decia si queria ó gustaba hacerlo. Su Hijo santísimo y la divina Madre no comian carne; su sustento era solo pescados, frutas y yerbas, y esto con admirable templanza y abstinencia. Para san Josef aderezaba comida de carne; y aunque en todo resplandecia la necesidad y pobreza, suplia uno y otro el aliño y sazon que le daba nuestra divina Princesa, y su fervorosa voluntad y agrado con que lo administraba. Dormia poco la diligente Señora, y mucha parte de la noche gastaba algunas veces en el trabajo, y lo permitia el Señor mas que cuando estaba en Egipto, como dije entonces [1]. Algunas veces sucedia que no alcanzaba el trabajo y la labor para conmutarla en todo lo que era necesario; porque san Josef habia menester mas regalo que en lo restante de su vida, y vestido. Entonces entraba el poder de Cristo nuestro Señor, y multiplicaba las cosas que tenian en casa, ó mandaba á los Ángeles que lo trajesen; pero mas ejercitaba estas maravillas con su Madre santísima, disponiendo como en poco tiempo trabajase mucho de sus manos, y en ellas se multiplicase su trabajo.

Doctrina de la reina del cielo María santísima.

861. Hija mia, en lo que has escrito de mi trabajo has entendido altísima doctrina para tu gobierno y mi imitacion; y para que no la olvides del todo te la reduciré á estos documentos. Quiero que me imites en tres virtudes que has reconocido tenia en lo que has escrito: prudencia, caridad y justicia, en que reparan poco los mortales. Con la prudencia has de prevenir las necesidades de tus prójimos y el modo de socorrerlas posible á tu estado. Con la caridad te has de mover diligente y amorosa á remediarlas. La justicia te enseña que es obligacion hacerlo así, como para tí podias desearlo, y como lo desea el necesitado. Al que no tiene ojos, han de ser los tuyos para él [2]: al que le faltan oidos has de enseñar; y al que no tiene manos, le han de servir las tuyas trabajando para él. Y aunque esta doctrina, conforme á tu estado, la debes ejercitar siempre en lo espiritual; pero tambien quiero que la entiendas en lo temporal, y que en todo seas fidelísima en imitarme: pues yo previne la necesidad de mi Esposo, y me dispuse á servirle y sustentarle, juzgando que lo debia; y con ardiente caridad lo hice por medio de

[1] Supr. n. 658. — [2] Job, XXIX, 15.

mi trabajo hasta que murió. Y aunque el Señor me le habia dado para que él me sustentase á mí, y así lo hizo con suma fidelidad todo el tiempo que tuvo fuerzas; pero cuando le faltaron, era mia esta obligacion, pues el mismo Señor me las daba; y fuera gran falta no corresponderle con fineza y claridad.

862. No atienden á este ejemplo los hijos de la Iglesia; y así entre ellos se ha introducido una impía perversidad que inclina grandemente al justo Juez á castigarlos severamente: pues naciendo todos los mortales para trabajar [1], no solo despues del pecado cuando ya lo tienen merecido por pena, sino desde la creacion del primer hombre [2]; no solo no se reparte el trabajo en todos; pero los mas poderosos y ricos, y los que el mundo llama señores y nobles, todos procuran eximirse de esta ley comun, y que el trabajo cargue en los humildes y pobres de la república: y que estos sustenten con su mismo sudor al fausto y soberbia de los ricos; y el flaco y débil sirva al fuerte y poderoso. En muchos soberbios puede tanto esta perversidad, que llegan á pensar se les debe este obsequio; y con este dictámen los supeditan, abaten y desprecian [3]; y presumen que ellos solo viven para sí y para gozar del ocio y delicias del mundo, y de sus bienes; y aun no pagan el corto estipendio de su trabajo. En esta materia de no satisfacer á los pobres y sirvientes, y en lo demás que en esto has conocido, pudieras escribir gravísimas maldades que se hacen contra el órden y voluntad del Altísimo; pero basta saber que como ellos pervierten la justicia y razon, y no quieren participar del trabajo de los hombres; así tambien se mudará con ellos el órden de la misericordia que se concede á los pequeños y despreciados [4]: y los que detuvo la soberbia en su pesada ociosidad, serán castigados con los demonios, á quienes imitaron en ella.

863. Tú, carísima, atiende para que conozcas este engaño; y siempre el trabajo esté delante de tí con mi ejemplo, y te alejes de los hijos de Belial [5], que tan ociosos buscan el aplauso de la vanidad [6] para trabajar en vano. No te juzgues prelada ni superior, sino esclava de tus súbditas, y mas de la mas débil y humilde; y de todas sin diferencia diligente sierva. Acúdelas, si necesario fuere, trabajando para alimentarlas, y esto has de entender que te toca, no solo por prelada, sino tambien porque la religiosa es tu hermana, hija de tu Padre celestial y hechura del Señor, que es tu Esposo. Habiendo recibido tú mas que todas de su liberal mano, tam-

[1] Job, v, 7. — [2] Genes. II, 15. — [3] Jacob. II, 6. — [4] Sap. VI, 7.
[5] II Par. XXIV, 7. — [6] Psalm. IV, 3.

bien estás obligada á trabajar mas que otra alguna, pues lo merecias menos. Á las enfermas y flacas alívialas del trabajo corporal, y tómale tú por ellas. No solo quiero que no cargues á las otras del trabajo que tú puedes llevar y te pertenece, sino antes carga sobre tus hombros, en cuanto fuere posible, el de todas como sierva suya, y la menor, como quiero que lo entiendas y te juzgues. Y porque no podrás tú hacerlo todo, y conviene que distribuyas los trabajos corporales á tus súbditas; advierte que en esto tengas igualdad y órden, no cargando mas á la que con humildad resiste menos ó es mas flaca; antes bien quiero cuides de humillar á la que fuere mas altiva y soberbia, y se aplica de mala gana al trabajo; pero esto sea sin irritarlas con mucha aspereza, antes con humilde cordura y severidad has de obligar á las tibias y de dificultosa condicion, que entren en el yugo de la santa obediencia; y en esto le haces el mayor beneficio que puedes, y tú satisfaces á tu obligacion y conciencia, y has de procurar que así lo entiendan. Todo lo conseguirás si no aceptas persona de condicion alguna, y si á cada una le das lo que puede en el trabajo, y lo que necesita y ha menester para sí; y esto con equidad y igualdad, obligándolas y compeliéndolas á que aborrezcan la ociosidad y flojedad, viéndote á ti trabajar la primera en lo mas difícil. Con esto adquirirás una libertad humilde para mandarlas; pero lo que tú puedes hacer, no lo mandes á alguna, para que tú goces el fruto y el premio de tu trabajo á mi imitacion, y obedeciendo á lo que te amonesto y ordeno.

CAPÍTULO XIV.

Los trabajos y enfermedades que padeció san Josef en los últimos años de su vida, y como le servia en ellos la Reina del cielo su esposa.

Inadvertencia de los fieles en buscar á Cristo como Redentor de las culpas, y no como Maestro de los trabajos. —No corresponde en algunos católicos la vida que practican á la fe que confiesan. —Cristo padeció no solo para redimirnos, sino tambien para enseñarnos. —Como el padecer mas en esta vida es señal de mayor gracia y camino para mas gloria. —Excusa reprehensible de los hombres para no seguir á Cristo en el padecer. —Corrígese con el ejemplo de su Madre pura criatura, y los Santos que le siguieron por el camino de la cruz. —Trabajos que dió el Señor á san Josef para aumentar su mérito y su corona. —Enfermedades y dolores que padeció en el cuerpo. —Penas de amante que padeció en el alma. —Gozo de María en mirar en el interior de su Esposo la santidad con que padecia. —Veneracion en que le tuvo por ella. —Gozo con que trabajaba para sustentarle y regalarle. —Mandaba algunas veces á los manjares le diesen especial vigor y gusto. —Como sentia Josef

estos efectos.—Servia la Madre de Dios de rodillas á su santo enfermo.—Hacíale otros servicios de humildad y caridad admirable.—En los últimos tres años le asistia de dia y de noche.—Ayudaba Cristo á su Madre al servicio de Josef.—Pedia María al Señor le diese á ella los dolores que padecia Josef, y lo alliviase á él.—Razones de suma humildad que alegaba para esta peticion.—Gracias que daba al Señor por la santidad de su Esposo.—Admirable eminencia con que hermanaba la solicitud de Marta con el ocio de María.—Mandaba algunas veces á los dolores no afligiesen á su Esposo, y ellos la obedecian.—Otras mandaba á los Ángeles le consolasen.—Obedecian los Ángeles apareciéndosele al enfermo en forma visible.—Noticia que se daba á Josef de lo que debia á su Esposa y de su singular santidad.—Efectos que hacia esta luz en el Santo.—Cuán agradable es á Dios el ejercicio de la caridad con los enfermos.—Especial obligacion de este ejercicio entre religiosos.—Oficio de enfermero cuán estimable es en la casa de Dios.—Otra razon que obliga al especial cuidado con los enfermos en la Religion.—Dechado de enfermeros en lo que obró María en la enfermedad de Josef.—Aplícase.—Conformidad que se ha de tener en las enfermedades de los que mas se necesitan ó aman.

864. Comun inadvertencia es de todos los que fuimos llamados á la luz y profesion de la santa fe, y escuela y secuela de Cristo nuestro bien, buscarle como nuestro Redentor de las culpas, y no tanto como Maestro de los trabajos [1]. Todos queremos gozar del fruto de la reparacion y redencion humana, y que nos abriese las puertas de la gracia y de la gloria; mas no atendemos tanto á seguirle en el camino de la cruz por donde él entró en la suya y nos convidó á buscar la nuestra [2]. Y aunque los católicos no atendemos á esto con el error insano de los herejes, porque confesamos que sin obras y sin trabajo no hay premio ni corona [3], y que es blasfemia muy sacrílega valernos de Cristo nuestro Señor para pecar sin riendas y sin temor; pero con toda esta verdad, en la práctica de las obras que corresponde á la fe, algunos católicos hijos de la santa Iglesia se quieren diferenciar poco de los que están en tinieblas; pues así huyen de las obras penales y meritorias, como si entendieran que sin ellas pueden seguir á su Maestro y llegar á ser partícipes de su gloria.

865. Salgamos de este engaño práctico, y entendamos bien que el padecer no fue solo para Cristo nuestro Señor, sino tambien para nosotros; y que si padeció muerte y trabajos como Redentor del mundo, tambien fuè Maestro que nos enseñó y convidó á llevar su cruz, y la comunicó á sus amigos; de manera que al mas privado le dió mayor razon y parte del padecer, y ninguno entró en el cielo

[1] Luc. XXIV, 26. — [2] Matth. XVI, 24. — [3] II Tim. II, 5.

(si pudo merecerlo) sin que lo mereciese por sus obras: y desde su Madre santísima y los Apóstoles, Mártires, Confesores y Vírgines, todos caminaron por trabajos, y el que mas se dispuso á padecer, tiene mas abundante el premio y corona. Y porque, siendo el mismo Señor el ejemplar mas vivo y admirable, tenemos osadía y audacia para decir que si padeció como hombre, era juntamente Dios poderoso y verdadero, y mas para admirarse la flaqueza humana que para imitarle; á esta excusa nos ocurre su Majestad con el ejemplo de su Madre y nuestra Reina purísima y inocentísima, y con el de su Esposo santísimo, y el de tantos hombres y mujeres, flacos y débiles como nosotros, y con menos culpas, que le imitaron y siguieron por el camino de la cruz; porque no padeció el Señor para solo admiracion nuestra, sino para ser admirable ejemplo que imitásemos, y el ser Dios verdadero no le impidió para padecer y sentir los trabajos; antes por ser inculpable y inocente, fue mayor su dolor y mas sensibles sus penas.

866. Por este camino real llevó al esposo de su Madre santísima, Josef, á quien amaba su Majestad sobre todos los hijos de los hombres; y para acrecentar los merecimientos y corona, antes que se le acabase el término de merecerla, le dió en los últimos años de su vida algunas enfermedades de calenturas, y dolores vehementes de cabeza y coyunturas de el cuerpo muy sensibles, y que le afligieron y extenuaron mucho; y sobre estas enfermedades tuvo otro modo de padecer mas dulce, pero muy doloroso, que le resultaba de la fuerza del amor ardentísimo que tenia; porque era tan vehemente, que muchas veces tenia unos vuelos y éxtasis tan impetuosos y fuertes, que su espíritu purísimo rompiera las cadenas del cuerpo, si el mismo Señor, que se los daba, no le asistiera dando virtud y fuerzas para no desfallecer con el dolor. Mas en esta dulce violencia le dejaba su Majestad padecer hasta su tiempo; y por la flaqueza natural de un cuerpo tan extenuado y debilitado, venia á ser este ejercicio de incomparables merecimientos para el dichoso Santo, no solo en los efectos de dolor que padecia, sino tambien en la causa del amor de donde le resultaron.

867. Nuestra gran Reina y esposa suya era testigo de todos estos misterios; y como en otras partes he dicho [1], conocia el interior de san Josef, para que no le faltase el gozo de tener tan santo esposo, y tan amado del Señor. Miraba y penetraba la candidez y pureza de aquella alma; sus inflamados afectos; sus altos y divinos pen-

[1] Supr. n. 368, 381, 394, 404.

samientos; la paciencia y mansedumbre columbina de su corazon en las enfermedades y dolores; el peso y gravedad de ellos; y que ni por esto ni los demás trabajos nunca se quejaba ni suspiraba, ni pedia alivio en ellos, ni en la flaqueza y necesidad que padecia; porque todo lo toleraba el gran Patriarca con incomparable sufrimiento y grandeza de su ánimo. Pero como la prudentísima Esposa lo atendia todo, y le daba el peso y estimacion digna, vino á tener en tanta veneracion á san Josef, que con ninguna ponderacion se puede explicar. Trabajaba con increible gozo para sustentarle y regalarle; aunque el mayor de los regalos era guisarle y administrarle la comida sazonadamente con sus virginales manos; y porque todo le parecia poco á la divina Señora respecto de la necesidad de su Esposo, y menos en comparacion de lo que le amaba, solia usar de la potestad de Reina y Señora de todo lo criado; y con ella, algunas veces mandaba á los manjares que aderezaba para su santo enfermo, que le diesen especial virtud, fuerzas y sabor al gusto; pues era para conservar la vida del santo, justo y electo del Altísimo.

868. Así como la gran Señora lo mandaba, sucedia, obedeciendo todas las criaturas; y cuando san Josef comia el manjar que llevaba estas bendiciones de dulzura y sentia sus efectos, solia decir á la Reina: *Señora y esposa mia, ¿qué alimento y manjar de vida es este, que así me vivifica, recrea el gusto, y restaura mis fuerzas, y llena de nuevo júbilo todo mi interior y espíritu?* Servíale la comida la Emperatriz del cielo puesta de rodillas; y cuando estaba mas impedido y trabajado, le descalzaba en la misma postura; y en su flaqueza le ayudaba llevándole del brazo. Y aunque el humilde Santo procuraba animarse mucho y excusar á su Esposa algunos de estos trabajos, no era posible impedírselo, por la noticia que ella tenia, conociendo todos sus dolores y flaqueza del dichosísimo Varon, y las horas, tiempos y ocasiones de socorrerle en ellos; con que acudia luego la divina enfermera, y asistia á lo que su enfermo tenia necesidad. Decíale tambien muchas razones de singular alivio y consuelo, como Maestra de la sabiduría y de las virtudes. Y en los últimos tres años de la vida de el Santo, cuando se agravaron mas sus enfermedades, le asistia la Reina de dia y de noche, y solo faltaba en lo que se ocupaba sirviendo y administrando á su Hijo santísimo; aunque tambien el mismo Señor la acompañaba y la ayudaba á servir al santo Esposo, salvo lo que era preciso para acudir á otras obras. Jamás hubo otro enfermo ni lo habrá tan bien servido,

regalado y asistido. Tanta fue la dicha y méritos de el varon de Dios Josef; porque él solo mereció tener por esposa á la misma que fue Esposa del Espíritu Santo.

869. No satisfacia la divina Señora á su misma piedad con san Josef, sirviéndole como he dicho; y así procuraba otros medios para su alivio y consuelo. Unas veces pedia al Señor con ardentísima caridad, le diese á ella los dolores que padecia su Esposo, y le aliviase á él. Para esto se reputaba por digna y merecedora de todos los trabajos de las criaturas, como la inferior dellas, y así lo alegaba la Madre y Maestra de santidad en la presencia del muy alto, y representaba su deuda mayor que de todos los nacidos, y que no le daba el retorno digno que debia; pero ofrecia preparado el corazon para todo género de aflicciones y dolores. Alegaba tambien la santidad de san Josef, su pureza, candidez, y las delicias que tenia el Señor en aquel corazon hecho á la medida del de su Majestad. Pedíale muchas bendiciones para él, y dábale reconocidas gracias por haber criado un varon tan digno de sus favores, lleno de santidad y rectitud. Convidaba á los Ángeles para que le alabasen y engrandeciesen por ello: y ponderando la gloria y sabiduría del Altísimo en estas obras, le bendecia con nuevos cánticos; porque miraba por una parte las penas y dolores de su amado Esposo, y por esta se compadecia y lastimaba; por otra parte conocia sus méritos, y el agrado de el Señor en ellos, y en la paciencia del Santo se alegraba, y engrandecia al Señor: y en todas estas obras, y noticias que dellas tenia, ejecutaba la divina Señora diversas acciones y operaciones de las virtudes que á cada una pertenecia; pero todas en grado tan alto y eminente, que causaba admiracion á los espíritus angélicos. Mayor la pudiera causar á la ignorancia de los mortales, ver que una criatura humana diese el lleno á tantas cosas juntas, y que en ellas no se encontrase la solicitud de Marta con la contemplacion y ocio de María [1]; asimilándose en esto á los Ángeles y espíritus soberanos, que nos asisten y guardan sin perder de vista al Altísimo [2]: pero María purísima los excedia en la atencion á Dios, y junto con eso trabajar con los sentidos corpóreos, de que ellos carecian: siendo hija de Adan terrena, era espíritu celestial, estando con la parte superior del alma en las alturas y en el ejercicio del amor, y con la parte inferior ejercitando la caridad con su santo Esposo.

870. Sucedia en otras ocasiones que la piadosa Reina conocia

[1] Luc. x, 41, 42. — [2] Matth. xviii, 10.

la acerbidad y rigor de los graves dolores que su esposo san Josef padecia; y movida de tierna compasion, pedia con humildad licencia á su Hijo santísimo, y con ella mandaba á los accidentes dolorosos y sus causas naturales que suspendiesen su actividad, y no afligiesen tanto al justo y amado del Señor. Con este alivio, obedeciendo todas las criaturas á su gran Señora, quedaba el santo Esposo libre y descansado, tal vez por un dia, otras mas, para volver á padecer de nuevo cuando el Altísimo lo ordenaba. En otras ocasiones mandaba tambien á los santos Ángeles, como Reina suya (no con imperio sino rogando), que consolasen á san Josef y le animasen en sus dolores y trabajos, como lo pedia la condicion frágil de la carne. Con este órden se le manifestaban los Ángeles al dichoso enfermo en forma humana visible, llenos de hermosura y refulgencia, y le hablaban de la Divinidad y sus perfecciones infinitas. Tal vez con dulcísimas y concertadas voces le hacian música celestial, cantándole himnos y cánticos divinos, con que le confortaban en el cuerpo y encendian el amor de su alma purísima. Para mayor colmo de la santidad y júbilo del felicísimo Varon, tenia especial conocimiento y luz, no solo de estos beneficios y favores tan divinos, sino de la santidad de su virginal Esposa y del amor que le tenia á él, de la caridad interior con que le trataba y servia, y de otras excelencias y prerogativas de la gran Señora del mundo. Todo esto junto causaba tales efectos en san Josef, y le reducia á tal estado de merecimientos, que ninguna lengua puede explicar, ni entendimiento humano (en vida mortal) entender ni comprehender.

Doctrina que me dió la reina del cielo María santísima.

871. Hija mia, una de las obras virtuosas mas agradables al Señor y mas fructuosa para las almas es el ejercicio de la caridad con los enfermos; porque en él se cumple una grande parte de aquella ley natural, que haga con su hermano cada uno lo que desea se haga con él. En el Evangelio se pone esta causa por una de las que alegará el Señor para dar eterno premio á los justos [1]; y el no haber cumplido con esta ley se pone por una de las causas de la condenacion de los réprobos, y allí se da la razon; porque como todos los hombres son hijos de un Padre celestial, por esto reputa su Majestad por beneficio ó agravio suyo el que se hace con sus hijos, que le representan, como entre los mismos hombres sucede. Y so-

[1] Matth. xxv, à v. 34.

bre este vínculo de hermandad tienes tú otros con las religiosas, que eres su madre, y ellas son esposas de Cristo mi Hijo santísimo y mi Señor, como tú, y han recibido dél menos beneficios. De manera que por mas títulos estás obligada á servirlas y cuidar de ellas en sus enfermedades; y por esto en otra parte [1] te he mandado que te juzgues por enfermera de todas, como la menor y mas obligada; y quiero que te dés por muy agradecida de este mandato; porque te doy con él un oficio tan estimable, que en la casa del Señor es grande. Para cumplir con él, no encargues á otras lo que tú puedes hacer por tí en servicio de las enfermas; y lo que no puedes hacer por otras ocupaciones de tu oficio de prelada, amonéstalo y encárgalo con instancias á las que por obediencia les toca este ministerio. Á mas de cumplir en todo esto con la caridad comun, hay otra razon para que á las religiosas se les acuda en las enfermedades con todo cuidado y puntualidad posible; no sea que contristadas y necesitadas, vuelvan los ojos y el corazon al mundo y se acuerden de *la casa de sus padres*. Cree que por este camino entran grandes daños á las religiones; porque la naturaleza humana es tan mal sufrida, que oprimida, si le falta lo que le pertenece, salta á sus mayores precipicios.

872. Para todo esto, y porque aciertes á la práctica y ejecucion de esta doctrina, te servirá de estímulo y dechado la caridad que yo mostré con mi esposo Josef en sus enfermedades. Muy tarda es la caridad (y aun la urbanidad) que aguarda le pida el necesitado lo que le falta. Yo no esperaba á esto, porque acudia antes que me pidiese lo necesario; y mi afecto y conocimiento prevenian la peticion, y así le consolaba, no solo con el beneficio, sino con el afecto y atencion tan cuidadosa. Sentia sus dolores y trabajo con íntima compasion; pero junto con esto alababa al muy alto, y le daba gracias por el beneficio que á su siervo hacia. Si alguna vez procuraba aliviarle, no era para quitarle la ocasion del padecer, sino para que con este socorro se animase á mas y glorificase al Autor de todo lo bueno y santo; y á estas virtudes le exhortaba y animaba. Con semejante fineza se ha de ejercitar tan noble virtud, previniendo cuanto fuere posible la necesidad del enfermo y flaco, animándole con la compasion y exhortacion, deseándole este bien, sin que pierda el mayor de el padecer. No te turbe el amor sensible cuando enfermen tus hermanas, aunque sean las que mas necesitas ó amas; que en esto pierden el mérito del trabajo muchas almas en el mundo y

[1] Supr. n. 671.

en la religion; porque el dolor, con color de compasion, los descompone cuando ven enfermos ó peligrosos á los amigos y allegados; y en algun modo quieren reprehender las obras del Señor no conformándose con ellas. Para todo les dí yo ejemplo, y de tí quiero le imites perfectamente siguiendo mis pasos.

CAPÍTULO XV.

Del tránsito felicísimo de san Josef, y lo que sucedió en él; y le asistieron Jesús *nuestro Salvador y María santísima Señora nuestra.*

Padeció san Josef ocho años de enfermedades y dolores.—Peticion de María á su Hijo, conociendo la cercana muerte de Josef, para que le asistiese en ella.—Promesa de Cristo á su Madre de la gloria de Josef en eminente grado.—Asistieron Jesús y María á Josef nueve dias inmediatos á su muerte de dia y de noche.—Músicas que en ellos le daban los Ángeles.—Fragrancia que en toda la casa se sentia.—Éxtasis maravilloso que tuvo Josef un dia antes que muriese.—Vió claramente en él la esencia divina.—Destinóle la santísima Trinidad por precursor de Cristo para los Padres de el limbo.—Resplandor y hermosura de su rostro con que volvió del rapto.—Tierna despedida de Josef, de Cristo y su Esposa.—Últimas palabras de Josef á su Esposa vírgen.—Oracion que hizo Cristo en el último aliento.—Palabras de sumo consuelo que dijo Cristo á Josef al entregar el alma.—Espiró el Santo en los brazos de Cristo.—Acompañamiento de Ángeles con que fue llevada su alma al limbo.—Gozo que causó en los santos Padres.—Como fue el fuego que quitó la vida á san Josef.—Amortajó la Madre de Dios el cuerpo de san Josef por sus manos, ayudándola los Ángeles.—Vistió el Señor el cuerpo del Santo de resplandor en forma que la Vírgen solo le viese el rostro.—Milagros que en él se vieron.—Glorioso acompañamiento de su entierro.—Admirable compostura de María en esta ocasion.—Nuevo ofrecimiento que hizo María de sí misma á Cristo despues de la muerte de su Esposo.—Trabajos y peligros que padecen las almas en el artículo de la muerte.—Especial cuidado que ponen entonces los demonios en tentarlas.—Diversas trazas y medios con que en aquella hora solicitan su perdicion eterna.—Cuántos actos pecaminosos obran los hombres en vida dando armas al demonio para que les haga guerra en la hora de la muerte.—Cuánto daño hace en aquella hora la esperanza engañosa de que se alargará la vida.—Peligro de los que despreciaron en vida el remedio de los Sacramentos.—Cuánto debe amedrentar á los viciosos saber la guerra que en aquella hora tienen aun los muy santos.—Privilegio de Josef de no ver ni sentir al demonio en aquel trance.—Cuántos perecen en el peligro de aquella hora.—El mas seguro remedio de tan espantoso daño.—Instruccion de la Vírgen á su discípula para ayudar á los que están en la hora de la muerte.—Oracion para ellos.—Ordénale que mande á los demonios se aparten dellos.—Instruccion de lo que habia de obrar con sus religiosas en esas ocasiones.—Prométela alcanzarla del Señor algunos privilegios para aquella hora.

873. Corrian ya ocho años que las enfermedades y dolencia del mas que dichoso san Josef le ejercitaban, purificando cada dia mas su generoso espíritu en el crisol de la paciencia y del amor divino; y creciendo tambien los años con los accidentes, se iban debilitando sus flacas fuerzas, desfalleciendo el cuerpo y acercándose al término inexcusable de la vida, en que se paga el comun estipendio de la muerte que debemos todos los hijos de Adan [1]; crecia tambien el cuidado y solicitud de su divina Esposa y nuestra Reina en asistirle y servirle con inviolable puntualidad: y conociendo la amantísima Señora con su rara sabiduría que ya estaba muy cerca la hora ó el dia último de su castísimo Esposo para salir de este pesado destierro, se fué á la presencia de su Hijo santísimo, y le habló diciendo: *Señor y Dios altísimo, Hijo del eterno Padre y Salvador del mundo, el tiempo determinado por vuestra voluntad eterna para la muerte de vuestro siervo Josef se llega, como con vuestra luz divina lo conozco. Yo os suplico, por vuestras antiguas misericordias y bondad infinita, que le asista en esta hora el brazo poderoso de vuestra Majestad, para que su muerte sea preciosa en vuestros ojos* [2], *como fue tan agradable la rectitud de su vida, para que vaya de ella en paz con esperanzas ciertas de los eternos premios, para el dia que vuestra dignacion abra las puertas de los cielos á todos los creyentes. Acordaos, Hijo mio, del amor y humildad de vuestro siervo; del colmo de sus méritos y virtudes; de su fidelidad y solicitud conmigo, y que á vuestra grandeza y á mí, humilde sierva vuestra, nos alimentó el Justo con el sudor de su cara.*

874. Respondióla nuestro Salvador: *Madre mia, aceptables son vuestras peticiones en mi agrado, y en mi presencia están los merecimientos de Josef. Yo le asistiré ahora, y le señalaré lugar y asiento para su tiempo entre los príncipes de mi pueblo* [3], *y tan eminente, que sea admiracion para los Ángeles, y motivo de alabanza para ellos y los hombres, y con ninguna generacion haré lo que con vuestro Esposo.* Dió gracias la gran Señora á su Hijo dulcísimo por esta promesa; y nueve dias antes de la muerte de san Josef le asistieron Hijo y Madre santísimos, de dia y de noche, sin dejarle solo sin alguno de los dos; y en estos nueve dias, por mandado del mismo Señor, tres veces cada dia los santos Ángeles daban música celestial al dichoso enfermo con cánticos de loores del Altísimo y bendiciones del mismo Santo. Á mas de esto se sintió en toda aquella humilde pero inestimable casa una suavísima fragrancia de olores tan admirables,

[1] Hebr. IX, 27. — [2] Psalm. CXV, 15. — [3] Ibid. CXII, 8.

que confortaba no solo al varon santo Josef, sino á todos los que llegaron á sentirla, que fueron muchos de fuera, adonde redundaba.

875. Un dia antes que muriese sucedió, que inflamado todo en el divino amor con estos beneficios, tuvo un éxtasis altísimo que le duró veinte y cuatro horas, conservándole el Señor las fuerzas y la vida por milagroso concurso; y en este grandioso rapto vió claramente la divina esencia, y en ella se le manifestó sin velo ni rebozo lo que por la fe habia creido, así de la Divinidad incomprehensible como del misterio de la Encarnacion y Redencion humana, y de la Iglesia militante, con todos los Sacramentos que á ella pertenecen. La beatísima Trinidad le señaló y destinó por precursor de Cristo nuestro Salvador para los santos Padres y Profetas del limbo; y le mandó que les evangelizase de nuevo su redencion, y les previniese para esperar la ida y visita que les haria el mismo Señor para sacarlos de aquel seno de Abrahan á la eterna felicidad y descanso. Todo esto conoció María santísima en la alma de su Hijo santísimo, y en su interior, en la misma forma que otros misterios, y como le habia sucedido á su amantísimo Esposo; y por todo hizo la gran Princesa dignas gracias al mismo Señor.

876. Volvió san Josef de este rapto lleno su rostro de admirable resplandor y hermosura, y su mente toda deificada de la vista del ser de Dios; y hablando con su Esposa santísima le pidió su bendicion, y ella á su Hijo benditísimo que se la diese, y su divina Majestad lo hizo. Luego la gran Reina, maestra de la humildad, puesta de rodillas pidió á san Josef tambien la bendijese como esposo y cabeza; y no sin divino impulso el Varon de Dios por consolar á la prudentísima Esposa la dió su bendicion á la despedida; y ella le besó la mano con que la bendijo, y le pidió que de su parte saludase á los santos Padres del limbo; y para que el humildísimo Josef cerrase el testamento de su vida con el sello de esta virtud, pidió perdon á su divina Esposa de lo que en su servicio y estimacion habia faltado como hombre flaco y terreno, que en aquella hora no le faltase su asistencia, y con la intercesion de sus ruegos. Á su Hijo santísimo agradecióle tambien el santo Esposo los beneficios que de su mano liberalísima habia recibido toda la vida, y en especial en aquella enfermedad; y las últimas palabras que dijo san Josef hablando con ella, fueron: *Bendita sois entre todas las mujeres y escogida entre todas las criaturas. Los Ángeles y los hombres os alaben: todas las generaciones conozcan, magnifiquen y engrandezcan vuestra dignidad; y sea por Vos conocido, adorado y exaltado el nom-*

bre de el Altísimo por todos los futuros siglos, y eternamente alabado, por haberos criado tan agradable á sus ojos, y de todos los espíritus bienaventurados. Espero gozar de vuestra vista en la patria celestial.

877. Convirtióse luego el Varon de Dios á Cristo Señor nuestro, y para hablar á su Majestad con profunda reverencia en aquella hora intentó ponerse de rodillas en el suelo; pero el dulcísimo JESÚS llegó á él, y le recibió en sus brazos, y estando reclinada la cabeza en ellos dijo: *Señor mio y Dios altísimo, Hijo del eterno Padre, Criador y Redentor del mundo, dad vuestra bendicion eterna á vuestro esclavo y hechura de vuestras manos: perdonad, Rey piadosísimo, las culpas que como indigno he cometido en vuestro servicio y compañía. Yo os confieso, engrandezco, y con rendido corazon os doy eternamente gracias, porque entre los hombres me eligió vuestra inefable dignacion para esposo de vuestra verdadera Madre; vuestra grandeza y gloria misma sean mi agradecimiento por todas las eternidades*. El Redentor del mundo le dió la bendicion, y le dijo: *Padre mio, descansad en paz, y en la gracia de mi Padre celestial y mia; y á mis Profetas y Santos, que os esperan en el limbo, daréis alegres nuevas de que se llega ya su redencion*. En estas palabras del mismo JESÚS y en sus brazos espiró el santo y felicísimo Josef, y su Majestad le cerró los ojos. Al mismo instante la multitud de Ángeles que asistian con su Rey supremo y Reina hicieron dulces cánticos de alabanza con voces celestiales y sonoras. Luego por mandado de su alteza llevaron la santísima alma al limbo de Padres y Profetas, donde todos la conocieron, llena de resplandores de incomparable gracia, como Padre putativo del Redentor del mundo y su gran privado, digno de singular veneracion; y conforme á la voluntad y mandato del Señor que llevaba, causó nueva alegría en aquella innumerable congregacion de Santos, con las nuevas que les evangelizó de que se llegaba ya su rescate.

878. No se ha de pasar en silencio que la preciosa muerte de san Josef, aunque le precedieron tan larga enfermedad y dolores, no fueron solos ellos la causa y accidentes que tuvo; porque con todas sus enfermedades pudiera naturalmente dilatarse mas el último plazo de su vida, si no se juntaran los efectos y accidentes que le causaba el ardentísimo fuego de amor que ardia en su rectísimo corazon; y para que esta felicísima muerte fuese mas triunfo del amor que pena de las culpas, suspendió el Señor el concurso especial y milagroso con que conservaba las fuerzas naturales de su siervo, para que no las venciese la violencia de el amor; y faltando este concur-

so, se rindió la naturaleza, y soltó el vínculo y lazo que detenia aquella alma santísima en las prisiones de la mortalidad del cuerpo, en cuya division consiste nuestra muerte; y así fue el amor la última dolencia de sus enfermedades, que dije arriba [1]; y esta fue tambien la mayor y mas gloriosa, pues con ella la muerte es sueño del cuerpo y principio de la segura vida.

879. La gran Señora de los cielos, viendo á su Esposo difunto, preparó su cuerpo para la sepultura, y le vistió conforme á la costumbre de los demás, sin que llegasen á él otras manos que las suyas, y de los santos Ángeles que en forma humana la ayudaron; y para que nada faltase al recato honestísimo de la Madre Vírgen, vistió el Señor el cuerpo difunto de san Josef con resplandor admirable que le cubria para no ser visto mas que el rostro; y así no le vió la purísima Esposa, aunque le vistió para el entierro. Á la fragancia que dél salia, acudió alguna gente, y desto y verle tan hermoso y tratable como si fuera vivo, causaba á todos grande admiracion; y con asistencia de los parientes y conocidos y otros muchos, y en especial del Redentor del mundo y su beatísima Madre, y gran multitud de Ángeles, fue llevado el sagrado cuerpo del glorioso san Josef á la comun sepultura. Pero en todas estas ocasiones y acciones guardó la prudentísima Reina su inmutable compostura y gravedad, sin mudar el semblante con ademanes livianos y mujeriles; ni la pena la impidió para acudir á todas las cosas necesarias al obsequio de su Esposo difunto y de su Hijo santísimo. Á todo daba lugar el corazon real y magnánimo de la Señora de las gentes. Luego dió gracias al mismo Hijo y Dios verdadero por los favores que habia hecho al santo Esposo; y añadiendo mayores colmos y realces de humildad, postrada ante su Hijo santísimo le dijo estas razones: *Señor y Dueño de todo mi ser, Hijo verdadero y Maestro mio, la santidad de Josef mi esposo pudo deteneros hasta ahora para que mereciéramos vuestra deseable compañía; pero con la muerte de vuestro amado siervo puedo yo recelarme de perder el bien que no merezco: obligaos, Señor, de vuestra bondad misma para no desampararme; recibidme de nuevo por vuestra sierva, admitiendo los humildes deseos y ansias del corazon que os ama*. Recibió el Salvador del mundo este nuevo ofrecimiento de su Madre santísima, y ofrecióla tambien de nuevo que no la dejaria sola, hasta que fuese tiempo de salir por la obediencia del eterno Padre á comenzar la predicacion.

[1] Supr. n. 866.

Doctrina de la reina del cielo María santísima.

880. Hija mia carísima, no ha sido sin causa particular que tu corazon se haya movido con especial compasion y piedad de los que están en el artículo de la muerte para desear tú ayudarles en aquella hora; porque es verdad, como lo has conocido, que entonces padecen las almas increibles y peligrosos trabajos de las asechanzas del demonio, y de la misma naturaleza y objetos visibles. Aquel punto es en el que se concluye el proceso de la vida, para que sobre él caiga la última sentencia de muerte ó vida eterna, de pena ó gloria perdurable; y porque el Altísimo que te ha dado ese afecto quiere condescender con él para que así lo ejecutes, te confirmo en eso mismo, y te amonesto concurras de tu parte con todas tus fuerzas y conato á obedecernos. Advierte, pues, amiga, que cuando Lucifer y sus ministros de tinieblas reconocen por los accidentes y causas naturales que los hombres tienen peligrosa y mortal enfermedad, luego al punto se previenen de toda su malicia y astucia para embestir en el pobre y ignorante enfermo, y derribarle, si pueden, con varias tentaciones; y como á los enemigos se les acaba el plazo para perseguir las almas, quieren recompensar con su ira, añadiendo de su maldad lo que les falta de tiempo.

881. Para esto se juntan como lobos carniceros, y procuran reconocer de nuevo el estado del enfermo en lo natural y adquisito, considerando sus inclinaciones, hábitos y costumbres, y por qué parte de sus afectos tiene mayor flaqueza, para hacerle por allí mas guerra y batería. Á los que desordenadamente aman la vida, les persuade á que no es tanto el peligro, ó impide que nadie les desengañe; á los que han sido remisos y negligentes en el uso de los santos Sacramentos, los entibia de nuevo, y les pone mayores dificultades y dilaciones, para que mueran sin ellos, ó los reciban sin fruto y con mala disposicion. Á otros les propone sugestiones de confusion para que no descubran su conciencia y pecados. Á otros embaraza y retarda para que no declaren sus obligaciones ni desenreden las conciencias. Á otros, que aman la vanidad, les propone que ordenen, aun en aquella hora postrera, muchas cosas muy vanas y soberbias para despues de su muerte. Á otros avarientos y sensuales los inclina con mucha fuerza á lo que ciegamente amaron; y de todos los malos hábitos y costumbres se vale el cruel enemigo para arrastrarlos tras los objetos, y dificultarles ó imposibilitarles el

remedio. Y cuantos actos obraron pecaminosos en la vida, con que adquirieron hábitos viciosos, fueron dar prendas al comun enemigo, y armas ofensivas con que les haga guerra y dé batería en aquella tremenda hora de la muerte; y con cada apetito ejecutado se le abrió camino y senda por donde entrar al castillo del alma; y en el interior de ella arroja su depravado aliento, levanta tinieblas densas (que son sus proprios efectos), para que no se admitan las divinas inspiraciones, ni tengan verdadero dolor de sus pecados, ni hagan penitencia de su mala vida.

882. Y generalmente hacen estos enemigos grande estrago en aquella hora, con la esperanza engañosa de que vivirán mas los enfermos y con el tiempo podrán ejecutar lo que les inspira Dios entonces por medio de sus Ángeles; y con este engaño se hallan burlados y perdidos. Tambien es grande en aquella hora el peligro de los que han despreciado en vida el remedio de los santos Sacramentos; porque este desprecio, que para el Señor y los Santos es muy ofensivo, suele castigarle la divina justicia, dejando á estas almas en manos de su mal consejo, pues no se quisieron aprovechar del remedio oportuno en su tiempo; y con haberle despreciado merecen que por justos juicios sean despreciadas en la última hora, para donde aguardaron con loca osadía á buscar la salud eterna. Muy pocos son los justos á quienes esta antigua serpiente en el peligro último no acometa con increible saña. Y si á los muy santos pretende derribar entonces; ¿qué esperan los viciosos, negligentes y llenos de pecados, que toda la vida han empleado en desmerecer la gracia y favor divino, y no se hallan con obras que les puedan valer contra el enemigo? Mi santo esposo Josef fue uno de los que gozaron este privilegio de no ver ni sentir al demonio en aquel trance; porque al intentarlo estos malignos, sintieron contra sí una virtud poderosa que los detuvo léjos, y los santos Ángeles los arrojaron y lanzaron al profundo; y el sentirse tan oprimidos y aterrados (á tu modo de entender) los dejó turbados, suspensos y como aturdidos: y fue ocasion para que en el infierno hiciera Lucifer una junta ó conciliábulo para consultar esta novedad y discurrir por el mundo, inquiriendo si acaso el Mesías estaba ya en él; y sucedió lo que dirás en su lugar [1].

883. De aquí entenderás el sumo peligro de la muerte y cuántas almas perecen en aquella hora, cuando comienzan á obrar los merecimientos y los pecados. No te declaro los muchos que se pier-

[1] Infr. n. 932.

den y condenan, porque no mueras de pena, si lo sabes y tienes amor verdadero del Señor; pero la regla general es, que á la buena vida le espera buena muerte: lo demás es dudoso, muy raro y contingente. El remedio seguro ha de ser tomar de léjos la corrida; y así te advierto que cada dia que amaneciere para tí, en viendo la luz, pienses si aquel será el último de tu vida; y como si lo hubiera de ser, pues no sabes si lo será, compongas tu alma de manera que con alegre rostro recibas la muerte si viniere. No dilates un punto el dolerte de tus pecados y el propósito de confesarlos, si los tuvieres, y enmendar hasta la mínima imperfeccion; de manera que no dejes en tu conciencia defecto alguno de que te reprehendan, sin dolerte, y lavarte con la sangre de Cristo mi Hijo santísimo, y ponerte en estado que puedas parecer delante del justo Juez, que te ha de examinar y juzgar hasta el mínimo pensamiento y movimiento de tus potencias.

884. Y para que ayudes como lo deseas á los que están en aquel extremo peligro, en primer lugar aconseja á todos los que pudieres lo mismo que te he dicho, y que vivan con cuidado de sus almas para tener dichosa muerte. Á mas de esto harás oracion por este intento todos los dias, sin perder alguno, y con afectos fervorosos y clamores pide al Todopoderoso que desvanezca los engaños de los demonios, y quebrante sus lazos y consejos que arman contra los que agonizan ó están en aquel artículo, y que todos sean confundidos por su diestra divina. Esta oracion sabes que hacia yo por los mortales, y en ella quiero que me imites. Asimismo te ordeno que para ayudarlos mejor mandes y imperes á los mismos demonios que se desvien dellos y no los opriman; y bien puedes usar de esta virtud, aunque no estés presente, pues lo está el Señor en cuyo nombre los has de mandar y compeler para su mayor gloria y honra.

885. Á tus religiosas, en estas ocasiones, dalas luz de lo que deben hacer, sin turbarlas. Amonéstalas y asístelas para que luego reciban los santos Sacramentos, y que siempre los frecuenten. Procura y trabaja en animarlas y consolarlas, hablándoles cosas de Dios y de sus misterios y Escrituras; que despierten sus buenos deseos y afectos, y se dispongan para recibir la luz y influencias de lo alto. Aliéntalas en la esperanza, fortalécelas contra las tentaciones, y enséñalas cómo las han de resistir y vencer, procurando conocerlas, primero que ellas mismas te las manifestaren; y si no, el Altísimo te dará luz para que las entiendas, y á cada una se le aplique la medicina que le conviene; porque las enfermedades espirituales son

difíciles de conocerse y curarse. Todo lo que te amonesto has de ejecutar, como hija carísima, en obsequio del Señor, y yo te alcanzaré de su grandeza algunos privilegios para tí y para los que deseares ayudar en aquella terrible hora. No seas escasa en la caridad, que no has de obrar en esto por lo que tú eres, sino por lo que el Altísimo quiere obrar en tí por sí mismo.

CAPÍTULO XVI.

La edad que tenia la Reina del cielo cuando murió san Josef, y algunos privilegios del santo Esposo.

Edad que vivió san Josef.—Edad de la Vírgen cuando murió su Esposo.—Tiempo que vivieron juntos.—Dolor natural que tuvo la Madre de Dios de la muerte de su Esposo.—En qué forma se deben atribuir á María los beneficios divinos que recibió san Josef.—Regla para medir su santidad.—Fue el mejor hombre que Dios tenia en la tierra.—Diferencia entre san Josef y los demás Santos en los dones que recibieron de gracias.—Formóse el cuerpo de san Josef con admirable complexion por particular providencia divina.—Fue santificado Josef en el vientre de su madre á los siete meses de su concepcion.—Desde entonces le quedó atado el fómes por toda la vida.—Gozo espiritual que recibió entonces su madre.—Alegría de su nacimiento.—Al tercero año de su edad tuvo perfecto uso de razon con ciencia infusa.—Virtudes que desde aquella edad ejercitó.—Á los siete años de edad ya era varon perfecto en santidad.—Cuando se desposó con la Vírgen era de vida irreprehensible.—Cuánto se le acrecentaron los dones de la gracia por intercesion de María para que fuese digno esposo suyo.—Fue confirmado en gracia por admirable modo.—Excelencia de su castidad.—Admirable ardor de su caridad.—Privilegio especial de la muerte de san Josef.—Privilegios que concedió el Señor á san Josef para los que le invocaren por su intercesor.—Primero.—Segundo.—Tercero.—Cuarto.—Quinto.—Sexto.—Séptimo.—El conocimiento entero de la santidad de san Josef se reserva para la gloria.—Cuán amargamente llorarán los condenados no haberse valido de la intercesion de san Josef.—Han ignorado mucho los del mundo cuán poderosa es con Dios y con su Madre.—Exhortacion á la devocion con san Josef.—Cuán provechosa es su devocion para las almas.

886. Llegó todo el curso de la vida del felicísimo de los hombres san Josef á sesenta años y algunos dias mas; porque de treinta y tres se desposó con María santísima, y en su compañía vivió veinte y siete poco mas; y cuando murió el santo Esposo, quedó la gran Señora en edad de cuarenta y un años, y entrada cási medio año en cuarenta y dos: porque á los catorce años fue desposada con san Josef (como se dijo en la primera parte, libro segundo, capí-

tulo XXII), y los veinte y siete que vivieron juntos, hacen cuarenta y uno, y mas lo que corrió de 8 de setiembre hasta la dichosa muerte del santísimo Esposo. En esta edad se halló la Reina del cielo con la misma disposicion y perfeccion natural que consiguió á los treinta y tres años; porque ni retrocedió, ni se envejeció, ni desfalleció de aquel perfectísimo estado, como en el cap. XIII de este libro queda dicho [1]. Tuvo natural sentimiento y dolor de la muerte de san Josef; porque le amaba como á esposo, como á santo tan excelente en la perfeccion, como amparo y bienhechor suyo. Aunque este dolor en la prudentísima Señora fue bien ordenado y perfectísimo, pero no fue pequeño; porque el amor era grande, y mayor, porque conocia el grado de santidad que tenia su Esposo entre los mayores Santos que están escritos en el libro de la vida y mente del Altísimo. Y si lo que se ama de corazon no se pierde sin dolor, mayor será el dolor de perder lo que se amaba mucho.

887. No pertenece al intento de esta Historia escribir de propósito las excelencias de la santidad de san Josef, ni yo tengo órden de hacerlo, mas de en lo que basta generalmente para manifestar mas la dignidad de su Esposa y nuestra Reina, á cuyos merecimientos (despues de su santísimo Hijo) se deben atribuir los dones y gracia que puso el Altísimo en el glorioso Patriarca. Y cuando la divina Señora no fuera la causa meritoria ó instrumento de la santidad de su Esposo, por lo menos era el fin inmediato á donde se ordenaba; porque todo el colmo de virtudes y gracia que comunicó el Señor á su siervo Josef, todo lo hizo para que fuese digno esposo y amparo de la que elegia por Madre. Por esta regla y por el amor y aprecio que hizo el mismo Dios de su Madre santísima se ha de medir la santidad de san Josef; y segun el concepto que yo tengo, si en el mundo hubiera otro hombre mas perfecto y de mejores condiciones, ese diera el Señor por esposo á su misma Madre; y pues la dió al patriarca san Josef, él seria sin contradicion el mejor que Dios tenia en la tierra. Y habiéndole criado y prevenido para tan altos fines, es cierto que le haria con su poderosa diestra idóneo y proporcionado con ellos; y esta proporcion (á nuestro entender) de la luz divina habia de ser por la santidad, virtudes, dones, gracias y inclinaciones infusas y naturales.

888. Entre este gran Patriarca y los demás Santos reconozco una diferencia en los dones que recibieron de gracia; porque á muchos Santos se les dieron otros favores y privilegios que no miraban to-

[1] Supr. n. 856.

dos á su propria santidad, sino á otros intentos y fines de el servicio del Altísimo en otros hombres; y así eran como dones ó gracias gratis datas ó remotas de la santidad; pero en nuestro Patriarca bendito todos los dones eran añadiéndole virtudes y santidad; porque el ministerio á donde se destinaban y encaminaban era efecto de santidad y obras suyas; y siendo mas santo y angélico, era mas idóneo para esposo de María santísima y depositario del tesoro y sacramento del cielo, y todo él habia de ser un milagro de santidad, como lo fue. Comenzó esta maravilla desde la formacion de su cuerpo en el vientre de su madre; porque asistió en ella particular providencia del Señor, y así fue compuesto con igualdad proporcionada de los cuatro humores, con extremadas cualidades, complexion, templanza ó temperamento, para que luego fuese tierra bendita, y le cayese por suerte una buena alma [1] y rectitud de inclinaciones. Fue santificado en el vientre de su madre á los siete meses de su concepcion, y le quedó atado el *fomes peccati* por toda la vida, y jamás tuvo movimiento impuro ni desordenado; y aunque no le dieron uso de razon en esta santificacion primera, mas de solo justificarle del pecado original; pero su madre sintió entonces nuevo júbilo del Espíritu Santo, y sin entender todo el misterio hizo grandes actos de virtudes, y juzgó que su hijo, ó lo que tenia en el vientre, seria admirable en los ojos de Dios y de los hombres.

889. Nació el santo varon Josef perfectísimo y muy hermoso en lo natural, y causó en sus padres y allegados extraordinaria alegría, al modo de la que hubo en el nacimiento del Baptista, aunque la causa de ella fue mas oculta. Aceleróle el Señor el uso de la razon, dándosele al tercero año muy perfecto, con ciencia infusa y nuevo aumento de la gracia y virtudes. Desde entonces comenzó el niño á conocer á Dios por la fe, y tambien por el natural discurso y ciencia le conoció como primera causa y autor de todas las cosas; y atendia y percebia altamente todo lo que se hablaba de Dios y de sus obras. Desde aquella edad tuvo muy levantada oracion, contemplacion y ejercicio admirable de las virtudes, que su edad pueril permitia: de manera, que cuando á los siete ó mas años llega á los demás el uso de la razon, ya san Josef era varon perfecto en ella y en la santidad. Era blando de condicion, caritativo, afable, sencillo, y en todo descubria no solo inclinaciones santas sino angélicas, y creciendo en virtudes y perfeccion, llegó con vida irreprehensible á la edad que se desposó con María santísima.

[1] Sap. VIII, 19.

890. Para acrecentarle entonces los dones de la gracia y confirmarle en ellos, intervinieron las peticiones de la divina Señora; porque instantáneamente suplicó al muy alto, que si le mandaba tomar aquel estado, santificase á su esposo Josef para que se conformase con sus castísimos pensamientos y deseos. Oyóla el Señor, y conociéndolo la divina Reina obró su Majestad con la fuerza de su brazo poderoso copiosamente en el espíritu y potencias del patriarca san Josef efectos tan divinos, que no se pueden reducir á palabras; porque le infundió perfectísimos hábitos de todas las virtudes y dones. Rectificó de nuevo sus potencias, y le llenó de gracia, confirmándole en ella por admirable modo. En la virtud y dones de la castidad quedó el santo Esposo mas levantado que el supremo de los Serafines; porque la pureza que ellos tienen sin cuerpo, se le concedió á san Josef en cuerpo terreno y carne mortal; y jamás entró á sus potencias imágen ni especie de cosa impura de la naturaleza animal y sensible. Con el olvido de todo esto, y con una sinceridad columbina y angélica, le dispusieron para estar en la compañía y presencia de la purísima entre todas las criaturas; porque sin este privilegio no fuera idóneo para tan grande dignidad y rara excelencia.

891. En las demás virtudes respectivamente fue admirable y señalado, y en especial en la caridad, como quien estaba en la fuente para saciarse de aquella agua viva que salta á la vida eterna [1]; ó como vecino de la esfera del fuego, siendo materia dispuesta para encenderse en ella sin alguna resistencia. Y el mayor encarecimiento de esta virtud en nuestro enamorado Esposo fue lo que dije en el capítulo pasado [2]; pues el amor de Dios le enfermó, y él mismo fue el instrumento que le cortó el hilo de la vida, y él le hizo privilegiado en la muerte; porque las congojas dulces del amor sobreexcedieron y como absorbieron á las de la naturaleza, y estas obraron menos que aquellas; y como estaba presente el objeto del amor de Cristo Señor nuestro, y su Madre, y á entrambos los tenia el Santo por mas propios que ninguno de los nacidos pudo ni puede tenerlos; era como inexcusable que aquel candidísimo y fidelísimo corazon se resolviera en afectos y efectos de tan peregrina caridad. Bendito sea el Autor de tan grandes maravillas, y bendito sea el felicísimo de los mortales Josef, en quien todas se obraron dignamente; digno es de que todas las generaciones y naciones le conozcan y bendigan, pues con ninguna otra hizo tales cosas el Señor, ni tanto les manifestó su amor.

[1] Joan. IV, 14. — [2] Supr. n. 878.

892. De las visiones y revelaciones divinas con que fue favorecido san Josef, he dicho algo en todo el discurso de esta Historia [1], y fueron muchas mas que se pueden decir; pero lo mas se encierra en haber conocido los misterios de Cristo Señor nuestro y de su Madre santísima, y haber vivido en su compañía tantos años, reputado por Padre de el mismo Señor y verdadero Esposo de la Reina. Pero algunos privilegios he entendido, que por su gran santidad le concedió el Altísimo, para los que le invocaren por su intercesor, si dignamente lo hacen. El primero es, para alcanzar la virtud de la castidad y vencer los peligros de la sensualidad carnal. El segundo, para alcanzar auxilios poderosos para salir del pecado y volver á la amistad de Dios. El tercero, para alcanzar por su medio la gracia y devocion de María santísima. El cuarto, para conseguir buena muerte, y en aquella hora defensa contra el demonio. El quinto, que temiesen los mismos demonios oir el nombre de san Josef. El sexto, para alcanzar salud corporal y remedio en otros trabajos. El séptimo privilegio, para alcanzar sucesion de hijos en las familias. Estos y otros muchos favores hace Dios á los que debidamente y como conviene le piden por la intercesion del esposo de nuestra Reina san Josef; y yo pido á todos los fieles hijos de la santa Iglesia que sean muy devotos suyos, y los conocerán por experiencia, si se disponen como conviene para recibirlos y merecerlos.

Doctrina que me dió la reina del cielo María santísima.

893. Hija mia, aunque has escrito que mi esposo Josef es nobilísimo entre los santos y príncipes de la celestial Jerusalen; pero ni tú puedes ahora manifestar su eminente santidad, ni los mortales pueden conocerla antes de llegar á la vista de la Divinidad, donde con admiracion y alabanza del mismo Señor se harán capaces de este sacramento; y el dia último, cuando todos los hombres sean juzgados, llorarán amargamente los infelices condenados no haber conocido por sus pecados este medio tan poderoso y eficaz para su salvacion, ni haberse valido dél, como pudieran, para granjear la amistad del justo juez. Todos los del mundo han ignorado mucho los privilegios y prerogativas que el altísimo Señor concedió á mi santo Esposo, y cuánto puede su intercesion con su Majestad y conmigo; porque te aseguro, carísima, que en presencia de la divina justicia es uno de los grandes privados para detenerla contra los pecadores.

[1] Supr. n. 422, 433, 471, 875.

894. Y por la noticia y luz que de este sacramento has recibido, quiero que seas muy agradecida á la dignacion del Señor, y al favor que en esto hago contigo; y de aquí adelante en lo restante de tu vida procures adelantarte en la devocion y cordial afecto de mi santo Esposo, y bendecir al Señor porque tan liberal le favoreció, y por el gozo que yo tuve de conocerlo. En todas tus necesidades te has de valer de su intercesion y solicitarle muchos devotos, y que tus religiosas se señalen mucho en esto; pues lo que pide mi Esposo en el cielo, concede el Altísimo en la tierra, y á sus peticiones y palabras tiene vinculados grandes y extraordinarios favores para los hombres, si ellos no se hacen indignos de recibirlos. Todos estos privilegios corresponden á la perfeccion columbina de este admirable Santo y á sus virtudes tan grandiosas; porque la divina clemencia se inclinó á ellas, y le miró liberalísimamente, para conceder admirables misericordias para él y para los que se valieren de su intercesion.

CAPÍTULO XVII.

Las ocupaciones de María santísima despues de la muerte de san Josef, y algunos sucesos con sus Ángeles.

Dos vidas, activa y contemplativa, á que se reduce la perfeccion cristiana.—Por qué la contemplativa es mas excelente que la activa.—Figuras de estas dos vidas.—Dificultad de juntar estas dos vidas en un sujeto en grado perfecto á un mismo tiempo.—Conocieron esta dificultad los Patriarcas de las religiones.—Por ella buscaron unos Santos los yermos, y otros partian el tiempo.—Singular eminencia con que la Madre de Dios juntó estas dos vidas.—Como ordenó su vida, despues de la muerte de su Esposo, á ocuparse en solo el ministerio del amor interior.—Conoció la voluntad de su Hijo de que moderase el trabajo corporal.—Razon del diverso órden de vida.—Desde entonces sola una vez comian al dia Jesús y María.—Calidad de su comida.—Cómo se portaban en ella, cuando eran convidados.—Reverencia con que la Madre de Dios servia á su Hijo la comida.—Razon por qué ejercitó con mas frecuencia las acciones de culto exterior á su Hijo despues de la muerte de Josef.—Acciones de culto de su Hijo Dios que continuamente ejercitaba la Vírgen.—Contiendas humildes de la Reina de el cielo con sus Ángeles sobre el ejercicio de las acciones serviles de su Hijo y casa.—Solian adelantarse los Ángeles á su ejecucion.—Razones que la Reina decia á los Ángeles para que no la impidiesen este humilde ejercicio.—Respuesta de los Ángeles reconociendo la dignidad de su Reina.—Réplica eficaz de la humildad de la Madre de Dios.—Argúyese la ignorancia del mundo en el desprecio que hace de los ejercicios humildes, que fueron de tanta estima á la Madre de Dios.—Reprehéndese esta mundana soberbia en los religiosos.—Exhortacion de la venerable Madre á sus religiosas al

ejercicio de las obras serviles en imitacion de María.—Consolaciones interiores sin humildad sólida son mal seguras.—Alternábanse en María con las obras serviles los favores del cielo.—Músicas que al Hijo y Madre daban los Ángeles.—Razon por qué el Señor dispuso á María diverso órden de vida el tiempo que estuvo con su Esposo.—Enseñanza de el órden que han de guardar entre sí padres y hijos, superiores y súbditos.—Como se ha de acomodar el superior con sus súbditos para guardar perfecta caridad.—La mayor perfeccion en las congregaciones bien ordenadas se funda en seguir el espíritu comun.—Como se puede el perfecto adelantar en las acciones comunes sin hacerse singular.—Cuidadosa cautela con que se han de ocultar las buenas obras que se pueden hacer en secreto.—Las comunes y obligatorias no se deben ocultar.—Obras exteriores que se han de hacer en retiro.—Cuán sujeto, mortificado y quebrantado se ha de tener el cuerpo.—Aprecio que se debe hacer de cualquier acto de humildad y mortificacion.—Poderosa razon para humillarse las almas.

895. La perfeccion de la vida cristiana se reduce toda á las dos vidas que conoce la Iglesia, vida activa y vida contemplativa. Á la activa pertenecen las operaciones corporales ó sensibles, y que se ejercitan con los prójimos en las cosas humanas, que son muchas y muy varias, y tocan en las virtudes morales, de quien reciben su perfeccion propria todas estas acciones de la vida activa. Á la contemplativa pertenecen las operaciones interiores del entendimiento y voluntad, cuyo objeto es nobilísimo y espiritual, y propio de la criatura intelectual y racional; y por eso esta vida contemplativa es mas excelente que la activa, y por sí misma es mas amable, como mas quieta, deleitable y hermosa, y que se llega mas al último fin, que es Dios, en cuyo altísimo conocimiento y amor consiste: y así participa mas de la vida eterna, que toda es contemplativa. Estas son las dos hermanas Marta y María [1], una quieta y regalada; otra solícita y turbada; y tambien las otras dos hermanas y esposas Lia y Raquel [2]; una fecunda, pero fea y de malos ojos; otra hermosa y agraciada, pero al principio estéril; porque la vida activa es mas fructuosa, aunque dividida en muchas y varias ocupaciones, en que se turba, y no tiene tan claros ojos para levantarlos á penetrar las cosas altas y divinas; pero la contemplativa es hermosísima, aunque al principio no es tan fecunda, porque su fruto le da mas tarde por medio de la oracion y méritos, que suponen grande perfeccion y amistad de Dios, para obligarle á que extienda su liberalidad con otras almas; pero estos suelen ser frutos de bendiciones muy copiosas y de grande aprecio.

[1] Luc. x, 41, 42. — [2] Genes. xxix, 17.



896. El juntar estas dos vidas es el colmo de la perfeccion cristiana; pero tan dificultoso como se vió en Marta y María, en Lia y Raquel, que no fueron sola una, sino dos diferentes, cada una para representar la vida que significaba; porque ninguna de las dos las pudo comprehender entrambas en su representacion, con la dificultad que hay de juntarlas en un sujeto en grado perfecto á un mismo tiempo. Y aunque en esto han trabajado mucho los Santos, y á lo mismo se ordena la doctrina de los maestros de espíritu; tantas instrucciones de los varones apostólicos y doctos; los ejemplos de los Apóstoles y patrones de las sagradas religiones, que todos procuraron juntar la contemplacion con la accion, en cuanto con la divina gracia les era concedido; pero siempre conocieron que la vida activa, por la multitud de sus acciones, en los objetos inferiores derrama el corazon y le turba, como lo dijo el Señor á Marta, y por mas que trabaje en recogerse á su quietud y reposo para levantarse á los objetos altísimos de la contemplacion, no lo puede conseguir *sin grande* dificultad en esta vida y por breve tiempo, salvo con otro especial privilegio de la diestra del Altísimo. Por esta razon los Santos que se dieron á la contemplacion, de intento buscaron los yermos y soledades acomodadas para vacar á ella; y los demás que juntamente atendian á la vida activa y salud de las almas por la predicacion y doctrina, tomaban parte del tiempo en que se retiraban de las acciones exteriores, y en lo demás partian los dias, dando unas horas á la contemplacion y otras á las ocupaciones activas; y obrándolo todo con perfeccion, alcanzaron el mérito y premio de entrambas vidas, que solo se funda en el amor y gracia, como principal causa.

897. Sola María santísima juntó estas dos vidas en grado supremo, sin embarazarse en ella la contemplacion altísima y ardentísima por las acciones exteriores de la vida activa. En ella estuvo la solicitud de Marta sin turbacion, y el reposo y sosiego de María, sin descansar en el ocio corporal; tuvo la hermosura de Raquel y la fecundidad de Lia; y sola nuestra prudentísima y gran Reina comprehendió en la verdad lo que significaron estas diferentes hermanas. Y aunque sirvió á su Esposo enfermo y le sustentó con su trabajo, y junto con esto á su Hijo santísimo, como se ha dicho [1], no por eso en estas acciones y ocupaciones interrumpia, ni cesaba, ni se embarazaba su divinísima contemplacion, ni se hallaba necesitada de buscar tiempos de soledad y retiro, para serenar su pacífico corazon y

[1] Supr. n. 859.

levantarse sobre los mas supremos Serafines. Pero con todo eso, cuando se halló sola y desocupada de la compañía de su Esposo, ordenó su vida y ejercicios á ocuparse en solo el ministerio del amor interior. Conoció luego en el interior de su Hijo santísimo que aquella era su misma voluntad, y que moderase el trabajo corporal que habia tenido en asistir de dia y de noche á la labor para acudir á su santo enfermo, y que en lugar de este ejercicio pasado asistiese con su Majestad á las peticiones y obras altísimas que hacia.

898. Manifestóla tambien el mismo Señor, que para el moderado alimento que habian de usar bastaba trabajar algun rato del dia; porque de allí adelante no habian de comer mas de una sola vez por la tarde, pues hasta entonces habian guardado otra órden, por el amor que tenian á san Josef, y acompañarle por su consuelo en las horas y tiempos de la comida. Desde entonces no comieron el Hijo santísimo y su beatísima Madre mas de sola una vez á la hora de las seis de la tarde; y muchos dias la comida era solo pan, otras añadia la divina Señora frutas y yerbas ó pescado; y este era el mayor regalo de los Reyes del cielo y tierra. Y aunque siempre fue suma la templanza y admirable la abstinencia; pero cuando quedaron solos fue mayor, y no dispensaron sino en la calidad del manjar y en la hora de comer. Cuando eran convidados comian en cantidad poca de lo que les daban, sin excusarse, comenzando á ejecutar el consejo que despues habia de dar á sus discípulos cuando fuesen á predicar [1]. El pobre manjar de que usaban los divinos Reyes le servia la gran Señora á su Hijo santísimo de rodillas, pidiéndole licencia para hacerlo; y algunas veces lo aderezaba con la misma reverencia, porque era para alimento del Hijo y Dios verdadero.

899. No habia sido impedimento la presencia del santo Josef para que la prudentísima Madre tratase á su Hijo santísimo con toda reverencia, sin perder punto ni accion de las que debia y convenian entonces; pero despues que murió el Santo, ejercitó la gran Señora con mas frecuencia las postraciones y genuflexiones que acostumbraba [2]; porque siempre era mayor la libertad para esto en presencia de los Ángeles solos, que en la de su mismo Esposo, que era hombre. Muchas veces estaba postrada en tierra hasta que el mismo Señor la mandaba levantar, y muy frecuentemente le besaba los piés, otras veces la mano, y de ordinario con lágrimas de profundísima humildad y reverencia; y siempre estaba en presencia de su Majestad con acciones ó señales de adoracion y ardentísimo amor,

[1] Luc. x, 8. — [2] Supr. n. 180.

pendiente de su divino beneplácito, atenta á su interior para imitarle. Y aunque no tenia culpas, ni una mínima negligencia ó imperfeccion en el servicio y amor de su Hijo altísimo, con todo esto estaba siempre (mejor que lo dijo el Profeta [1]) como están los ojos del siervo y de la esclava cuidadosos en manos de su dueño, para alcanzar de ellos la gracia que desea. No es posible que venga en algun humano pensamiento la ciencia del Señor que tuvo nuestra Reina para entender y obrar tantas y tan divinas acciones como hizo en compañía del Verbo humanado estos años que vivieron juntos solos, sin otra compañía mas de los Ángeles que los acompañaban y servian. Ellos solos fueron los testigos de vista, con admiracion y alabanza peregrina de verse tan inferiores á la sabiduría y pureza de una pura criatura que fue digna de tanta santidad; porque sola ella dió el lleno de las obras de la gracia.

900. Con los mismos Ángeles santos tuvo la Reina del cielo en este tiempo dulcísimas contiendas y emulaciones sobre las acciones ordinarias y humildes que eran necesarias para el servicio del Verbo humanado y de su humilde casa; porque no habia en ella quien las pudiera hacer, fuera de la misma Emperatriz y divina Señora, y estos nobilísimos y fieles vasallos y ministros, que asistian para esto en forma humana, prontos y cuidadosos para acudir á todo. La gran Reina queria hacer por sí misma todas las cosas humildes con sus manos, de barrer y aliñar las pobres alhajicas, limpiar los platos y vasos, y disponer todo lo necesario; pero los cortesanos del Altísimo, como verdaderamente corteses y mas prestos en las operaciones (aunque no mas humildes), solian adelantarse en prevenir estas acciones, antes que su Reina llegase á ellas; y tal vez (y muchas á tiempos) los encontraba su alteza ejecutando lo que ella deseaba hacer, porque los santos Ángeles se habian adelantado; pero al punto obedecian á su palabra, y la dejaban cumplir con el afecto de su humildad y amor. Y para que estos no la impidiesen sus deseos, hablaba con los santos Ángeles y les decia: *Ministros del Altísimo, que sois espíritus purísimos donde reverberan las luces con que su Divinidad me ilumina, estos humildes y serviles oficios no convienen á vuestro estado, á vuestra naturaleza y condicion, sino á la mia, que á mas de ser de tierra, soy la menor de todos los mortales y la mas obligada esclava de mi Señor y de mi Hijo; dejadme, amigos mios, hacer los ministerios que me tocan, pues yo puedo lograrlos en el servicio del Altísimo con el mérito que vosotros no tendréis por vues-*

[1] Psalm. CXXII, 2.

tra dignidad y estado. Yo conozco el precio de estas serviles obras que el mundo desprecia, y no me dió el Altísimo esta luz para que yo las fie de otro, sino para ejecutarlas por mí misma.

901. *Reina y Señora nuestra*, respondian los Ángeles, *verdad es que en vuestros ojos y en la aceptacion del Altísimo son tan estimables estas obras como Vos lo conoceis; pero si con ellas conseguís el precioso fruto de vuestra incomparable humildad, advertid tambien que nosotros faltarémos á la obediencia que debemos al Señor, si no os servimos como su Majestad altísima nos lo ha mandado; y siendo Vos nuestra legítima señora, faltaríamos tambien á la justicia en omitir cualquier obsequio que en este reconocimiento nos fuere de lo alto permitido; y el mérito que no alcanzais no ejecutando estas obras serviles, fácilmente, Señora, le recompensa la mortificacion de no cumplirlas y el deseo ardentísimo con que las procurais.* Replicaba á estas razones la prudentísima Madre, y decia: *No, señores y espíritus soberanos, no ha de ser así como quereis; porque si vosotros juzgais por grande obligacion servirme á mí como á Madre de vuestro gran Señor, de cuya mano sois hechuras, advertid que á mí me levantó del polvo para esta dignidad, y mi deuda en tal beneficio viene á ser mayor que la vuestra; y siendo tanto mayor mi obligacion, tambien ha de serlo mi retorno; y si vosotros quereis servir á mi Hijo como criaturas hechas de su mano, yo debo servirle por ese mismo título, y tengo mas el ser su Madre para servirle como á Hijo; y siempre me hallaréis con mas derecho que vosotros para ser siempre humilde, pegarme con el polvo y ser agradecida.*

902. Estas y otras semejantes eran las contiendas dulces y admirables que tenian María santísima y sus Ángeles; en que siempre quedaba la palma de la humildad en manos de su Reina y Maestra. Ignore con justicia el mundo tan ocultos sacramentos, de que le hace indigno la vanidad y soberbia. Juzgue por párvulos y contentibles la estulta arrogancia estos oficios y ocupaciones humildes y serviles, y aprécienlos los cortesanos del cielo, que conocen su valor, y solicítelos la misma Reina de los cielos y de la tierra, que supo darles su estimacion. Pero dejemos ahora al mundo, ó con su ignorancia ó con su disculpa, sea lo que fuere; porque la humildad no es para los altivos de corazon, ni el servir en los oficios humildes se compadece con la púrpura y holanda, ni el barrer y lavar platos se ajusta con las costosas joyas y brocados; ni para todos sin diferencia son las preciosas margaritas de estas virtudes. Pero si en la escuela de la humildad y desprecio (en las religiones, digo) se pe-

gase el contagio de la soberbia mundana, y se tuviese por mengua y deshonra esta humillacion, no podemos negar que seria vergonzosa ó muy reprehensible soberbia. Si las religiosas y religiosos despreciamos estos beneficios y ocupaciones serviles, y tenemos por bajeza (á fuer del mundo) el hacerlos; ¿con qué ánimo nos ponemos en presencia de los Ángeles y de su Reina y nuestra, que tuvo por estimabilísima honra las obras que nosotros juzgamos por contentibles, bajeza y deshonor?

903. Hermanas mias, hijas de esta gran Reina y Señora, con vosotras hablo, las que tras ella sois llamadas y llevadas al tálamo del Rey con exultacion y verdadera alegría [1]; no querais degenerar de el título honorífico de tal Madre; y si ella misma (que era Reina de los Ángeles y de los hombres) se humillaba á estas obras humildes y inferiores, si barria y servia en la mas baja ocupacion, ¿qué parecerá en sus ojos y en los del mismo Dios y Señor, que la esclava sea altiva, soberbia y desvanecida, y que desprecie *la humildad*? Vaya afuera de nuestra comunidad este engaño, dejémosle á Babilonia y sus moradores: honrémonos de lo que tuvo su alteza por corona, y sea vergonzosa confusion, afrenta y severa reprehension para nosotras no tener las mismas competencias que tuvo ella con los Ángeles, sobre quién habia de vencer en humildad. Adelantémonos á porfía á la obras humildes y serviles, y causemos en nuestros Ángeles santos y compañeros fieles esta emulacion tan agradable á nuestra gran Reina, y á su Hijo santísimo y nuestro Esposo.

904. Y para que entendamos que sin humildad sólida y verdadera es temeridad pagarnos de consolaciones espirituales ó sensibles mal seguras, y el apetecerlas seria loca osadía; atendamos á nuestra divina Maestra, que es el ejemplar consumado de la vida santa y perfecta. Con las obras humildes y serviles que hacia se alternaban en la gran Reina los favores y regalos de el cielo; porque sucedia muchas veces, cuando estaba con su Hijo santísimo retirados en oracion, que los santos Ángeles con dulces voces y armonía les cantaban los himnos y cánticos que la beatísima Madre habia compuesto en alabanza del ser de Dios infinito, y del misterio de la union hipostática de la naturaleza humana en la persona del divino Verbo. Para que repitiesen estos cánticos á su mismo Señor y Criador, solia la Reina llamar á los Ángeles y pedirles que alternando con ella los versos, hicieran otros cánticos de nuevo; y la obedecian, con ad-

[1] Psalm. XLIV, 16.

miracion de los mismos Ángeles, viendo la profunda sabiduría de su gran Reina, por lo que de nuevo componia y decia. Despues, cuando su Hijo santísimo se retiraba á descansar, ó cuando comia, les mandaba, como Madre de su Criador que cuidaba amorosamente de regalarle, que hiciesen música en su nombre; y el Señor lo permitia cuando la prudentísima Madre lo ordenaba, dando lugar á la ardiente caridad y veneracion con que estos últimos años le servia. Para decir yo lo que sobre esto se me ha manifestado, era necesario muy largo discurso y mayor capacidad que la mia. Por lo que he insinuado se puede conocer algo de tan profundos sacramentos, y hallar motivo para magnificar y bendecir á esta gran Señora y Reina, á quien todas las naciones conozcan y prediquen por bendita entre todas las criaturas [1], y Madre dignísima del Criador y Redentor de el mundo.

Doctrina que me dió la Reina del cielo.

905. Hija mia, antes que prosigas á declarar otros misterios, quiero que estés capaz del que tenian todas las cosas que ordenó el Altísimo conmigo por respeto de mi santo esposo Josef. Cuando me desposé con él, me mandó mudase órden en la comida y otras obras exteriores, para ajustarme con su modo de proceder; porque era cabeza, y yo en lo comun era inferior. Esto mismo hizo mi Hijo santísimo siendo Dios verdadero, por estar sujeto en lo exterior al que juzgaba el mundo por su padre. Y cuando quedamos solos, muerto mi Esposo, que faltó este motivo, volvimos á nuestro órden y gobierno en la comida y otras operaciones; y no quiso su Majestad que san Josef se acomodase á nosotros, sino nosotros con él, como lo pedia el órden comun de mi estado; ni tampoco interpuso su Majestad milagros, para que él pasase sin el órden y alimento que acostumbraba; porque en todo procedia como maestro de las virtudes, para enseñar á todos lo mas perfecto: á los padres y á los hijos, á los prelados, superiores, superioras, súbditos y inferiores. Á los padres, que amen á sus hijos, les ayuden, sustenten, amonesten, corrijan y encaminen á la salvacion sin remision ni descuido. Á los hijos, que amen, estimen y honren á sus padres como instrumentos de su vida y ser; los obedezcan diligentes, guardando todos la ley natural y divina, que se lo enseña ella misma; y lo contrario es mónstruo muy feo y horrendo. Los prelados y superiores han de

[1] Luc. 1, 48.

amar á los súbditos y mandarles como á hijos; y estos han de obedecer sin resistencia, aunque sean de otras condiciones y calidades mejores que los prelados; porque en la dignidad que representa á Dios, siempre el prelado es mayor; pero la caridad verdadera los ha de hacer una misma cosa á todos [1].

906. Y para que alcances esta gran virtud, quiero que te acomodes y ajustes á tus hermanas y súbditas, sin ceremonias ni ademanes imperfectos, sino que trates con ellas con llaneza y sinceridad columbina: ora tú cuando ellas oran, come y trabaja cuando ellas lo hacen, y en la recreacion las asiste; porque la mayor perfeccion en las congregaciones se funda en seguir el espíritu comun de todas, y si lo hicieres serás gobernada por el Espíritu Santo, que rige las comunidades bien concertadas. Con este órden te puedes adelantar en la abstinencia, comiendo menos que todas, aunque te pongan lo mismo que á ellas; y con disimulacion, sin hacerte singular, deja lo que quisieres por el amor de tu Esposo y mio. *Si no te* impidiere alguna grave enfermedad, no dejes ni faltes jamás de las comunidades, cuando la obediencia de los prelados tal vez no te ocupare; y asiste en ellas con especial reverencia, temor, atencion y devocion, que allí serás visitada del Señor muchas veces.

907. Quiero asimismo que de este capítulo adviertas la cautela cuidadosa que debes tener en ocultar las obras que pudieres hacer en secreto á mi ejemplo; pues aunque yo no tenia que reparar de hacerlas todas en presencia de mi santo esposo Josef, sin peligro alguno; con todo esto les daba este punto de perfeccion y de prudencia, que de suyo las hace mas loables el recato. Pero este no es necesario en las obras comunes y obligatorias con que debes dar ejemplo sin ocultar la luz; que el faltar en esto podia ser escándalo y digno de reprehension. Otras muchas obras que se pueden hacer en secreto, y escondidas de los ojos de las criaturas, no se han de exponer livianamente al peligro de la publicidad y ostentacion. En este retiro puedes hacer muchas genuflexiones como yo las hacia; y postrada y pegada con la tierra podrás humillarte, adorando á la suprema majestad de el Altísimo, para que el cuerpo mortal que agrava á la alma [2] sea ofrecido como en sacrificio aceptable por satisfacer á los movimientos desordenados que ha tenido contra la razon y justicia, y para que en tí no haya cosa alguna que deje de ser ofrecida y dedicada al servicio de tu Criador y Esposo, y con estas operaciones recompense el cuerpo en algun modo lo mucho

[1] Joan. XVII, 21. — [2] Sap. IX, 15.

que impidió y hace perder al alma con sus pasiones y defectos terrenos.

908. Con este intento procura siempre tenerle muy sujeto, y que los beneficios que se le hacen solo sirvan de sustentarle en servidumbre de el alma, y no para que se deleite en sus antojos y apetitos. Mortifícale y quebrántale muriendo á todo lo que es deleitable al sentido, hasta que las operaciones comunes y necesarias para la vida, antes le sean de pena que de gusto, antes de amargura que de peligrosa delectacion. Y aunque en otras ocasiones te he hablado y manifestado el valor de esta humillacion y mortificacion, ahora con mi ejemplo quedarás mas enseñada de el aprecio que debes hacer de cualquier acto de humildad y mortificacion. Ahora te mando que ninguno desprecies, ni juzgues por pequeño, sino que en tu estimacion le has de reputar por un tesoro inestimable, procurando ganarle para tí. En esto has de ser codiciosa y avarienta, adelantándote á los oficios serviles de barrer, limpiar la casa, hacer las mas inferiores obras de toda ella, y servir á las enfermas y necesitadas, como en otras ocasiones te lo he mandado; y en todas me pondrás delante de tus ojos por dechado, para que te sirva de estímulo mi solicitud en esta humildad, y de alegría imitarme, y confusion el descuido de no hacerlo. Si en mí fue tan necesaria esta fundamental virtud para hallar gracia y agrado en los ojos del Señor (no habiéndole desagradado ni ofendido desde que tuve ser), y para que su diestra divina me levantara, me humillé; ¿cuánto mas necesitas tú de pegarte con el polvo y deshacerte en tu ser, que fuiste concebida en pecado [1], y le has ofendido repetidas veces? Humíllate hasta el no ser, y reconoce que el que te dió el Altísimo le empleaste mal, con que el ser te ha de servir de mas humillacion, para que halles el tesoro de la gracia.

CAPÍTULO XVIII.

Continúanse otros misterios y ocupaciones de nuestra gran Reina y Señora con su Hijo santísimo, cuando vivian solos antes de su predicacion.

Alteza de los misterios que pasaron entre Hijo y Madre el tiempo que vivieron solos antes de la predicacion. —Cómo miraba la Madre los misterios que disponia el Hijo para su Iglesia. —En disponer esta obra ocupó Cristo toda su vida mortal. — Cooperaba María en todo con su Hijo, como coad-

[1] Psalm. L, 7.

jutora en las obras de la redencion.—Correspondencia que guardaba Cristo en la demostracion de sus obras con el progreso de su edad.—Ponderacion que hizo Cristo del valor de la redencion que habia de hacer, y cuántos los habian de malograr.—Sudó en ella sangre.—Como ofrecia Cristo su pasion por todos, en la ciencia de que no habia de alcanzar á todos su eficacia.—En qué forma acompañaba María estas operaciones de su Hijo.—Llegó muchas veces á llorar sangre cuando su Hijo la sudaba.—Muriera la Madre de Dios en estas congojas si la divina virtud no la confortara.—Admirables modos con que su piísimo Hijo la consolaba y regalaba.—Altísimos secretos de la predestinacion de los electos que se manifestaban á María.—Ciencia que se le dió de la vocacion, órden y obras de los Apóstoles y discípulos de Cristo.—Diéronsele especies infusas de ellos, y de otros muchos predestinados.—Por esta ciencia, cuando vió á los Apóstoles, los conocia antes de tratarlos.—Como tuvo parte María en los auxilios y favores que recibieron antes de su vocacion al apostolado.—Afectos de María en la consideracion de estas maravillas.—Palabras de María en recomendacion de la caridad, y operaciones de su Hijo por los hombres.—Como consolaba Cristo á su Madre de palabra despues de la manifestacion interior de estos misterios.—Informó Cristo á su Madre de los sucesos de su predicacion, y lo que habia de tolerar de sus Apóstoles.—De la *indevocion á la* Madre de Dios comenzó la perdicion de Judas.—Cargo imponderable de los mortales en lo que en beneficio suyo obraron Cristo y su Madre.—Reconviénense de ingratitud y dureza.—Alteza de los favores que recibió María de su Hijo en este tiempo.—Cuánto favoreceria el Señor con sus delicias á las almas, si ellas no lo impidieran con sus culpas.—Algunos no solo se hacen indignos de gustar del Señor, sino incrédulos de que otros gocen de sus favores.—Exhortacion al agradecimiento de lo que Cristo obró por nuestra salud.—Ingratitud de los mortales á estos beneficios.—Cuán grave cargo es.—Será mayor en quien tiene mas luz.

909. Muchos de los ocultos sacramentos y venerables misterios que intervinieron entre Jesús y María su Madre santísima están reservados para gozo accidental de los predestinados en la vida eterna, como en otros lugares he dicho [1]. Los mas altos y inefables sucedieron en los cuatro años que vivieron juntos y solos en su casa despues de la dichosa muerte de san Josef, hasta la predicacion del mismo Señor. Imposible es que alguna criatura mortal pueda dignamente penetrar tan profundos secretos; ¿cuánto menos podré yo manifestar lo que de ellos he entendido con mi rudeza? y en lo que dijere se conocerá la causa de esto. Era la alma de Cristo Señor nuestro espejo clarísimo y sin mácula, donde (como queda dicho [2]) su Madre santísima miraba y conocia todos los misterios y sacramentos que disponia el mismo Señor, como cabeza y artífice de la santa Iglesia, y como reparador de todo el linaje humano, y maes-

[1] **Supr. n. 57, 536, 694, 712.** — [2] **Ibid. n. 909.**



tro de la salud eterna, y como ángel del gran Consejo, que cumplia y ejecutaba el que desde *ab æterno* estaba predestinado en el consistorio de la beatísima Trinidad.

910. En disponer esta obra que le encargó su eterno Padre para ejecutarla con la suma perfeccion que pudo darle como hombre que juntamente era Dios verdadero, se ocupó Cristo nuestro bien toda la vida que gastó en el mundo; y procediendo mas al término, y acercándose á la dispensacion de tan alto sacramento, iba tambien obrando con mayor fuerza y eficacia de su sabiduría y poder. De todos estos misterios era testigo y depósito fidelísimo el corazon de nuestra gran Reina y Señora; y en todo cooperaba con su Hijo santísimo, como su coadjutora en las obras de la reparacion humana. Segun esto, para entender enteramente la sabiduría de la divina Madre, y las obras que con ella hacia en la dispensacion de los misterios de la redencion, era necesario entender tambien lo que encerraba la ciencia de Cristo nuestro Salvador, y las obras de su amor y prudencia, con que iba encaminando los medios oportunos y convenientes para los fines altísimos que pretendia. Y en lo poco que yo dijere de las obras de su Madre santísima, siempre he de suponer las del Hijo santísimo, con quien cooperaba en ella, imitándole como á su ejemplar y dechado.

911. Estaba ya este Salvador del mundo en edad de veinte y seis años; y como su santísima humanidad procedia en la natural perfeccion, y se llegaba al término, guardaba su Majestad admirable correspondencia en la demonstracion de sus mayores obras, como mas vecinas á la de nuestra redencion. Todo este sacramento encerró el evangelista san Lucas en aquellas breves palabras con que cerró el capítulo II: Y Jesús aprovechaba en sabiduría, edad y gracia con Dios y con los hombres [1]: entre los cuales su beatísima Madre conocia y cooperaba con estos aumentos y progresos de su Hijo santísimo, sin ocultársele cosa alguna de las que como á pura criatura la pudo comunicar el Señor, que era hombre y Dios. Entre estos divinos y ocultos sacramentos conoció la gran Señora por estos años como su Hijo y Dios verdadero, del trono de su sabiduría, miraba y dilataba su vista, no solo la increada de la Divinidad, sino tambien la de su alma santísima, sobre todos los mortales, á quienes habia de alcanzar la redencion en cuanto á la suficiencia, y que consigo mismo conferia el valor de la redencion, el peso que tenia en la aceptacion y aprecio del eterno Padre, y como para cerrar las

[1] Luc. II, 52.

puertas del infierno á los mortales, y revocarlos á la eterna vida, habia descendido del cielo á padecer durísima pasion y muerte; y con todo eso la estulticia y dureza de los que nacerian despues de haberse puesto en una cruz por su remedio, haria violencia y fuerza para dilatar las puertas de la muerte, y volver á abrir mas el infierno, con ciega ignorancia de lo que montan aquellos infelicísimos y horribles tormentos.

912. En esta ciencia y ponderacion se afligió y sintió grandes congojas la humanidad de Cristo Señor nuestro, y llegó á sudar sangre (como otras veces sucedia [1]), y en estos conflictos siempre perseveraba el divino Maestro en las peticiones que hacia por todos aquellos que habian de ser redimidos; y por la obediencia del eterno Padre, deseaba con ardentísimo amor ofrecerse en aceptable sacrificio y en rescate de los hombres; porque si no á todos alcanzase la eficacia de sus méritos y sangre, por lo menos quedase satisfecha la justicia divina y recompensada la ofensa de la Divinidad, y justificada la equidad y rectitud de la justicia divina para el tiempo del castigo que sobre los incrédulos ó ingratos estaba prevenido desde la eternidad. Á la vista de tan profundos secretos que la gran Señora conocia, acompañaba á su Hijo santísimo en las congojas y ponderacion que con su sabiduría respectivamente hacia; y á esto se juntaba la compasion dolorosa de madre, viendo al fruto de su virginal vientre tan gravemente afligido. Y muchas veces llegó la mansísima paloma á llorar lágrimas de sangre, cuando el Salvador la sudaba, y era traspasada de incomparable dolor; porque sola esta prudentísima Señora y su Hijo, Dios y hombre verdadero, llegaron á ponderar en el peso del santuario ajustadamente lo que monta morir Dios en una cruz para cerrar el infierno, puesto en una balanza, y en la otra el duro y ciego corazon de los mortales, forcejando para meterse en manos de la eterna muerte.

913. Sucedia en estas congojas que la amantísima Madre llegaba á padecer unos deliquios cási mortales, y fuéranlo sin duda si la virtud divina no la confortara para que no muriera. El dulcísimo Hijo y Señor en retorno de este fidelísimo amor y compasion mandaba á los Ángeles que la consolasen y tuviesen reclinada, y otras veces que la hiciesen celestial música con cánticos de alabanza y gloria de la divinidad y humanidad de su Majestad, que ella misma habia hecho. Otras veces el mismo Señor la reclinaba en sus brazos, y la daba nuevas inteligencias de que no se entendia con ella

[1] Supr. n. 605, 848.

aquella inicua ley del pecado y de sus efectos. Otras veces, estando así reclinada, la cantaban los mismos Ángeles con admiracion, y era transformada y arrebatada en divinos éxtasis, en que recibia grandes y nuevas influencias de la Divinidad: aquí era donde la escogida, la única y la perfecta estaba reclinada sobre la siniestra de la humanidad, y era regalada y abrazada con la diestra de la Divinidad[1]; aquí donde su amantísimo Hijo y Esposo conjuraba y mandaba á las hijas de Jerusalen no despertasen á su querida[2], mientras ella no quisiese, de aquel sueño que le curaba las dolencias y enfermedades de amor; y allí era donde los espíritus soberanos se admiraban de ver se levantaba sobre todos, estribando en su dilectísimo Hijo[3], y vestida con esta variedad, á su diestra[4], la bendecian y magnificaban entre todas las criaturas.

914. Conocia la gran Reina en otras ocasiones altísimos secretos de la predestinacion de los electos por los méritos de la redencion, y como estaban escritos en la memoria eterna de su Hijo santísimo, y el modo con que su Majestad les aplicaba sus merecimientos, y oraba por ellos para que fuese eficaz el valor de su rescate; y como el amor y gracia, de que se hacian indignos los réprobos, se convertia á los predestinados segun su disposicion. Entre todos estos conocia como aplicaba el Señor su sabiduría y cuidado á los que habia de llamar á su apostolado y séquito, y que los iba alistando en su determinacion y ciencia ocultísima debajo del estandarte de su cruz, para que ellos le llevasen despues por el mundo; y como buen capitan general que dispone las cosas en su mente para alguna conquista ó batalla muy ardua y trabajosa, y distribuye los cargos y ministerios de la milicia, eligiendo para ellos los soldados mas esforzados y idóneos, conforme á la condicion de cada uno, y les señala puestos y lugares convenientes; así Cristo nuestro Redentor, para entrar en la conquista del mundo, y despojar al demonio de su tiránica posesion, desde la alteza de la persona del Verbo, ordenaba la nueva milicia que habia de levantar, y cómo habia de distribuir los oficios, grados y dignidades de sus esforzados capitanes, y adónde les habia de señalar puestos; y todas las prevenciones y aparato de esta guerra estaba depositado en su sabiduría y voluntad santísima, todo como lo habia de ir obrando.

915. Y todo esto era patente y manifiesto á la prudentísima Madre; y le fueron dadas especies infusas de muchos predestinados, en especial de los Apóstoles y discípulos, y de gran número de los que

[1] Cant. II, 6. — [2] Ibid. 7. — [3] Ibid. VIII, 5. — [4] Psalm. XLIV, 10.

fueron llamados á la primitiva Iglesia, y despues en el discurso de ella. Cuando vió á los Apóstoles y á los demás, los conocia antes de tratarlos, por el conocimiento sobrenatural que de ellos habia tenido en Dios; y como el divino Maestro antes de llamarlos habia orado por ellos y pedido su vocacion, tambien la gran Señora hizo la misma oracion y peticion. De manera, que en los auxilios y favores que recibieron los Apóstoles antes de oir ni conocer á su Maestro, para estar dispuestos y prevenidos para recibir la vocacion que despues habia de hacer de ellos al apostolado, en todo tuvo parte la Madre de la gracia. Y como en estos años ya se acercaba la predicacion, hacia oracion por ellos nuestro Salvador con mas instancia, y les envió mayores y mas fuertes inspiraciones: tambien las peticiones de la divina Señora fueron mas fervorosas y eficaces en su género; y cuando despues llegaban á su presencia y entraban en la secuela de su Hijo, así los discípulos como otros, solia decirle: Estos son, Hijo y Señor mio, el fruto de vuestras oraciones y voluntad santa. Y hacia cánticos de alabanza y agradecimiento, porque veia cumplido el deseo del Señor, y traidos á su escuela los que su Majestad habia elegido del mundo [1].

916. En la prudente consideracion de estas maravillas solia nuestra gran Reina quedar absorta y admirada con incomparables alabanzas y júbilo de su espíritu, y en él hacia heróicos actos de amor, y adoraba los secretos juicios del Altísimo; y transformada toda y abrasada en aquel fuego que salia de la Divinidad para derramarse y encender el mundo, solia decir unas veces dentro de su ardentísimo corazon, otras en voz alta y sensible: *¡Oh amor infinito! ¡Oh voluntad de bondad inefable y inmensa! ¿Cómo no te conocen los mortales? ¿Cómo te desprecian y olvidan? ¿Por qué tu fineza ha de ser tan mal pagada? Ó trabajos, penas, suspiros, clamores, deseos y peticiones de mi Amado, todo mas estimable que las margaritas, el oro y todos los tesoros del mundo; ¿quién será tan ingrato y infeliz que os quiera despreciar? ¡Oh hijos de Adan, quién muriera por cada uno de vosotros muchas veces, para desengañar vuestra ignorancia, ablandar vuestra dureza y prevenir vuestra desdicha!* Despues de tan abrasados afectos y oraciones, comunicaba de palabra la feliz Madre con su Hijo todos estos sacramentos, y el sumo Rey la consolaba y dilataba el corazon con renovar la memoria de la estimacion que tenia en los ojos del Altísimo, la gracia y gloria de los predestinados y sus grandes merecimientos, en comparacion de la ingratitud y dureza

[1] Joan. xv, 19.

de los réprobos. En especial la informaba del amor que ella misma conocia de su Majestad, y de la beatísima Trinidad para con la misma Señora, de lo que se complacia de su correspondencia y pureza inmaculada.

917. Otras veces el mismo Señor la informaba de lo que habia de hacer en comenzando la predicacion, y como habia de cooperar con su Majestad y ayudarle en todas las obras y gobierno de la nueva Iglesia; como habia de sobrellevar las faltas de los Apóstoles, la negacion de san Pedro, la incredulidad de Tomás, la alevosía de Judas, y otros sucesos que conocia para adelante. Desde entonces propuso la oficiosa Señora de trabajar mucho para reducir aquel traidor discípulo; y así lo ejecutó, como diré en su lugar [1]. De haber despreciado Judas estos favores, concibiendo alguna impiedad y indevocion con la Madre de la gracia, comenzó su perdicion. De tantos misterios y sacramentos quedó informada la divina Señora por su Hijo santísimo. Y tanta fue la grandeza, la sabiduría y ciencia divina que en ella depositó, que todo encarecimiento es limitado; porque solo pudo excederla la ciencia de el mismo Señor, y ella excedió á todos los Serafines y Querubines. Pero si nuestro Salvador Jesús y su Madre santísima emplearon todos estos dones de ciencia y gracia en beneficio de los mortales; y si un solo suspiro de Cristo nuestro Señor era de inestimable precio para todas las criaturas, y aunque los de su digna Madre no tenian tanto valor porque eran de pura criatura y menor excelencia; pero valian en la aceptacion de el Señor mas que todo el resto de la naturaleza criada. Multipliquemos ahora la suma de lo que hicieron Hijo y Madre por nosotros, no solo en morir en una cruz nuestro Salvador despues de tan inauditos tormentos, sino las peticiones, lágrimas, sudor de sangre tantas veces, y que en todo y lo demás que ignoramos fue su coadjutora y cooperadora la Madre de misericordia, y todo para nosotros. ¡Oh ingratitud humana! ¡Oh dureza mas que diamantina en corazones de carne! ¿Dónde está nuestro seso? ¿dónde la razon? ¿dónde la misma compasion y agradecimiento de la naturaleza, que inficionada y infecta, se mueve de los objetos sensibles á lástima y estimacion de lo que es su precipicio y muerte eterna, y olvida el mayor favor de la redencion, y la compasion y dolor de la pasion del Señor, que con ella le ofrece la vida y descanso que ha de durar para siempre?

[1] Infr. n. 1086, 1089, 1093, 1112.

Doctrina que me dió la reina del cielo María santísima.

918. Hija mia, verdad es que, cuando tú ó todos los mortales hablaran con lenguas de Ángeles, no llegaran á declarar los beneficios y favores que yo recibí de la diestra del Altísimo en los últimos años que mi Hijo santísimo estuvo conmigo. Estas obras del Señor tienen un linaje de incomprehensibilidad que para tí y para todos los mortales son inefables; pero con la noticia especial que tú has recibido de tan ocultos sacramentos quiero que alabes y bendigas al Todopoderoso por lo que hizo conmigo, y porque así me levantó del polvo á dignidad y favores tan inefables. Y aunque tu amor con mi Hijo y Señor ha de ser libre, como de hija fidelísima y esposa muy amorosa, y no de esclava interesada y violenta; con todo quiero, para aliento de la humana flaqueza y de la esperanza, que tengas memoria de la suavidad del amor divino, y cuán dulce es este Señor [1] para los que con amor filial le temen. Ó hija mia carísima, si no impidieran los pecados de los hombres, y si no resistieran á la inclinacion de aquella infinita bondad, ¡cómo gustaran de sus delicias y favores sin medida! Á tu modo de entender, le debes imaginar como violento y contristado de que se opongan los mortales á este deseo de inmensa ponderacion; y de tal manera lo hacen, que no solo se acostumbran á ser indignos de gustar de el Señor, sino á no creer que otros participan de esta suavidad y favores que quisiera comunicar á todos.

919. Advierte asimismo, que seas agradecida á los trabajos y á las incesantes obras que hizo mi Hijo santísimo por los hombres, y á lo que en ellas yo le acompañé, como se te ha mostrado. De su pasion y muerte tienen los católicos mas memoria; porque se la representa la santa Iglesia, aunque pocos se acuerdan de ser agradecidos; pero menos son los que advierten en las demás obras de mi Hijo y mias, y que no perdió su Majestad una hora ni un momento en que no emplease su gracia y dones en beneficio del linaje humano, para rescatarlos á todos de la eterna condenacion, y hacerlos partícipes de su gloria. Estas obras de mi Señor y Dios humanado serán testigos contra el olvido y dureza de los fieles, en especial el dia del juicio. Si tú, que tienes esta luz y doctrina del Altísimo y mi enseñanza, no fueres agradecida, será mayor tu confusion, pues habrá sido mas pesada tu culpa. No solo has de corresponder á tan-

[1] I Petr. II, 3.

los beneficios generales, sino tambien á los especiales y particulares que cada dia reconoces. Preven desde luego este peligro, y corresponde como hija mia y discípula de mi enseñanza, y no dilates un punto el obrar bien, y lo mejor, cuando puedes hacerlo. Para todo atiende á la luz interior y á la doctrina de tus prelados y ministros de el Señor; que si respondes á unos favores y beneficios, está segura que alargará el Altísimo su mano poderosa con otros mayores, y te llenará de sus riquezas y tesoros.

CAPÍTULO XIX.

Dispone Cristo Señor nuestro su predicacion dando alguna noticia de la venida de el Mesías, asistiéndole su Madre santísima; y comienza á turbarse el infierno.

Como tenia Cristo el fuego de su caridad encerrado en su pecho hasta el tiempo oportuno. — Siempre se manifestó algo de su llama desde la Encarnacion. — Comenzó á manifestarse mas desde que llegó á la perfecta adolescencia. — Obras externas de el Salvador en esta edad. — Dolor de María considerando en las salidas de su Hijo la cercanía de sus trabajos. — Como la asistian los Ángeles en las ausencias que su Hijo hacia. — Reverencia y amor con que María recibia á su Hijo. — Solia haber pasado el Salvador tres dias sin descansar, comer, ni dormir. — Informaba á su Madre de las obras que habia hecho. — Ofrecimiento que hizo María á su Hijo de sí misma para acompañarle en estas obras. — Motivos de la Madre de Dios en este ofrecimiento. — Admirable mérito de María en la cooperacion á las obras de su Hijo. — Advierte Cristo el ofrecimiento de su Madre, ordenándola le acompañase en esta obra dispositiva de su predicacion. — Desde entonces siguió María á Cristo en sus jornadas. — Salidas que hizo el Salvador con su Madre fuera de Nazareth. — Como conversaba con los hombres asegurándoles era venido el Mesías sin manifestar que era él. — Acompañaba esta enseñanza con interiores auxilios. — Forma con que instruia á los ignorantes y á los doctos en esta fe. — Fruto que hacia en las almas con este modo de enseñar. — Otras muchas obras de misericordia que el Salvador iba obrando con los hombres. — Sin manifestarse autor de la salud, la dió á grande número de almas. — Como cooperaba y obraba María á vista de estas maravillas de su Hijo. — Tambien exhortaba y enseñaba la misma doctrina de su Hijo, especialmente á las mujeres. — Acompañaron en estos años pocas personas á Cristo, y por qué. — Acompañaban y servian á Hijo y Madre los Ángeles. — Pasaban Jesús y María muchas noches al sereno en continua oracion. — Unas veces les traian los Ángeles el sustento, otras lo pedian de limosna sin recibir dinero. — Obras maravillosas que hacian, y trabajos que pasaban. — Fueron mas privilegiados en esta enseñanza prévia de Cristo los pobres; y por qué. — Cuidado en que pusieron al demonio estas obras de Jesús y María. — Fue mayor su alteracion viendo no podia llegar á tentar los moribundos en presencia de Jesús ó su Madre. — No se debe admirar que estas obras de Cristo hayan estado ocultas, sino que teniendo fe de tantas los cristianos las ten-

gan tan olvidadas y despreciadas.—Formidable significacion del excesivo número de los prescitos.—Toda esta perdicion y los daños que el pueblo cristiano padece, se originan del desprecio de la vida y obras de Cristo.—Redargúyense los católicos con lo que ellos mismos sienten del pecado de los judíos en quitar la vida á Cristo.—Cuánto se debe ponderar esta doctrina.—Exhortacion al uso y imitacion de las obras del Redentor.

920. El incendio de la divina caridad que ardia en el pecho de nuestro Redentor y Maestro estaba como encerrado y violento hasta el tiempo destinado y oportuno, y en que se habia de manifestar, ó quebrantando la hidria y vaso de su humanidad santísima, ó desabrochando el pecho por medio de la predicacion y milagros patentes á los hombres. Aunque es verdad que el fuego en el pecho no se puede esconder, como dice Salomon, sin que se abrasen los vestidos [1], y así manifestó siempre nuestro Salvador el que tenia en su corazon, porque salian dél algunas centellas y luces en todas las obras que hizo desde el punto de su Encarnacion; pero en comparacion de lo que á su tiempo habia de obrar, y de la inmensa llama que ocultaba, siempre estaba como encerrado y disimulado. Habia llegado ya su Majestad á la edad de perfecta adolescencia, y tocando en los veinte y siete años, parece que á nuestro modo de entender ya no se podia resistir tanto, ni detener en el ímpetu de su amor y el deseo de adelantarse en la obediencia de su eterno Padre en santificar á los hombres. Afligíase mucho, oraba, ayunaba, y salia mas á los pueblos y á comunicar con los mortales; y muchas veces pasaba las noches en los montes en oracion, y solia detenerse dos y tres dias fuera de su casa sin volver á su Madre santísima.

921. La prudentísima Señora, que ya en estas salidas y ausencias de su Hijo santísimo comenzaba á sentir sus trabajos y penas que se iban acercando, era traspasada su alma y corazon del cuchillo que prevenia su piadoso y devoto afecto, y convertíase toda en incendio divino y enardecida en actos tiernos y amorosos de su Amado. Asistíanla en estas ausencias del Hijo sus vasallos y cortesanos los santos Ángeles en forma visible, y la gran Señora les proponia su dolor, y les pedia fuesen á su Hijo y Señor, y le trajesen nuevas de sus ocupaciones y ejercicios. Obedecíanla los Ángeles como á su Reina, y con las noticias que la daban frecuentemente acompañaba desde su retiro al sumo Rey Cristo en las oraciones, peticiones y ejercicios que hacia. Cuando volvia su Majestad, le recibia postrada en tierra y le adoraba, y daba gracias por los benefi-

1 Prov. VI, 27.

cios que con los pecadores habia derramado. Servíale, y como madre amorosa procuraba aliviarle y prevenirle algun pobre regalo, de que la humanidad santísima necesitaba como verdadera y pasible; porque sucedia haber pasado dos ó tres dias sin descanso, sin comer y sin dormir. Conocia luego la beatísima Madre los cuidados de el Salvador por el modo que ya he dicho [1], y su Majestad la informaba de ellos y de las obras que disponia, y de los ocultos beneficios que á muchas almas habia comunicado, dándoles conocimiento y luz de la divinidad y de la redencion humana.

922. Con esta noticia la gran Reina habló á su Hijo santísimo, y le dijo: *Señor mio, verdadero y sumo bien de las almas; veo ya, lumbre de mis ojos, que vuestro ardentísimo amor que teneis de los hombres no descansa ni sosiega sin emplearse en procurarles su salud eterna; este es el oficio propio de vuestra caridad y la obra que os encargó vuestro Padre eterno. Y vuestras palabras y obras de inestimable valor es forzoso que lleven tras de sí los corazones de muchos; pero, ó dulcísimo amor mio, yo deseo que lo hicieran todos, y correspondieran los mortales á vuestra solicitud y fineza de caridad. Aquí está, Señor, vuestra esclava, preparado el corazon para emplearse todo en vuestro mayor agrado, y ofrecer la vida, si fuere necesaria, para que en todas las criaturas se consigan los deseos de vuestro ardentísimo amor, que todo se emplea en traerlas á vuestra gracia y amistad.* Este ofrecimiento hizo la Madre de misericordia á su Hijo santísimo, movida de la fuerza de su inflamada caridad que la obligaba á procurar y desear el fruto de las obras y doctrina de nuestro verdadero Reparador y Maestro; y como la prudentísima Señora las pesaba dignamente y conocia su valor, no quisiera que se malograran en ninguna de las almas, ni tampoco quedaran sin el agradecimiento que merecian. Y con esta inefable caridad deseaba ayudar al Señor, ó por mejor decir á los hombres, que habian de oir sus divinas palabras y ser testigos de sus obras, para que correspondiesen á este beneficio y no perdiesen la ocasion de su remedio. Deseaba tambien (como en hecho de verdad lo hacia) rendir dignas gracias al Señor y alabanza por las maravillosas obras que hacia en beneficiar las almas, para que todas estas misericordias fuesen reconocidas y agradecidas, así las que eran eficaces, como las que por culpa de los hombres no lo eran. En este género de merecimientos fueron tan ocultos como admirables los que alcanzó nuestra gran Señora; porque en todas las obras de Cristo Señor nuestro tuvo ella un linaje de

[1] Supr. n. 911, 914, 915.

participacion altísima, no solo de parte de la causa con quien concurria cooperando su caridad, sino tambien de parte de los efectos; porque con cada una de las almas obraba la gran Señora como si en algun modo ella recibiera el beneficio. De esto hablaré mas en la tercera parte [1].

923. Al ofrecimiento de la amorosa Madre respondió su Hijo santísimo: *Madre y amiga mia, ya se llega el tiempo en que me conviene, conforme á la voluntad de mi eterno Padre, comenzar á disponer algunos corazones para que reciban la luz de mi doctrina, y tengan noticia de haber llegado el tiempo señalado y oportuno de la salud humana. En esta obra quiero que me acompañeis siguiéndome. Pedid á mi Padre encamine con su divina luz los corazones de los mortales, y despierte sus interiores para que con intencion recta admitan la ciencia que les daré ahora de la venida de su Reparador y Maestro al mundo.* Con esta exhortacion de Cristo nuestro Señor se dispuso la beatísima Madre á seguirle y acompañarle, como lo deseaba, en sus jornadas. Desde aquel dia, cási en todas las salidas que hizo el divino Maestro, le acompañó la Madre cuando salia fuera de Nazareth.

924. Comenzó el Señor esta obra con mas frecuencia tres años antes de empezar la predicacion y recibir y ordenar el Bautismo; y en compañía de nuestra gran Reina hizo muchas salidas y jornadas por los lugares de la comarca de Nazareth y hácia la parte del tribu de Neftalí (conforme á la profecía de Isaías [2]), y en otras partes. Conversando con los hombres comenzó á darles noticia de la venida del Mesías, asegurándoles estaba ya en el mundo y en el reino de Israel. Esta nueva luz daba el Redentor á los mortales, sin manifestar que él era á quien esperaban; porque el primer testimonio de que era Hijo del eterno Padre fue el que dió el mismo Padre públicamente cuando dijo en el Jordan: *Este es mi Hijo amado, de quien ó en quien tengo yo mi agrado* [3]. Pero sin manifestar el mismo Unigénito humanado su dignidad en particular, comenzó á dar noticia de ella en general por modo de relacion de que lo sabia con certeza; y sin hacer milagros públicos ni otras demostraciones, ocultamente acompañaba esta enseñanza y testimonios con interiores inspiraciones y auxilios que derramaba en los corazones de los con que conversaba y trataba; y así los prevenia y disponia con esta fe comun, para que despues con mas facilidad la recibiesen en particular.

925. Introducíase con los hombres que con su divina sabiduría

[1] Part. III, n. 111, 168, et frequenter. — [2] Isai. V, 2. — [3] Matth. III, 17.

conocia idóneos, capaces y aparejados, ó menos ineptos para admitir la semilla de la verdad; y á los mas ignorantes acordaba y representaba las señales que todos habian sabido de la venida del Mesías en la venida de los Reyes orientales [1] y la muerte de los niños inocentes [2], y otras cosas semejantes. Á los mas sábios añadia los testimonios de las profecías que ya eran cumplidas, declarándoles esta verdad como su único y singular Maestro; y de todo comprobaba estaba ya el Mesías en Israel, y los manifestaba el reino de Dios y el camino para llegar á él. Y como en su divina persona se veia tanta hermosura, gracia, apacibilidad, mansedumbre y suavidad de palabras, y estas eran á lo disimulado tan vivas y eficaces, y á todo acompañaba la virtud de sus auxilios secretos, era grande el fruto que resultaba de este admirable modo de enseñar; porque muchas almas salian de pecado, otras mejoraban la vida, y todas estas y muchas quedaban capaces y catequizadas de grandes misterios, y en especial de que ya estaba en su reino el Mesías que esperaban.

926. Á estas obras de misericordia grande añadia el divino Maestro otras muchas; porque consolaba á los tristes, aliviaba á los oprimidos, visitaba á los enfermos y afligidos, animaba á los pusilánimes, daba consejos de vida saludable á los ignorantes, asistia á los que estaban en la agonía de la muerte, á muchos daba salud ocultamente en el cuerpo, remediaba grandes necesidades, y á todos los encaminaba por las sendas de la vida y de la paz verdadera. Cuantos llegaban á él, ó le oian con ánimo piadoso y sin pertinacia, eran llenos de luz y dones de la poderosa diestra de su divinidad; y no es posible reducir á número ni estimacion digna las admirables obras que hizo el Redentor en estos tres años antes de su Bautismo y predicacion pública, y todas eran por ocultísimo modo; de manera que sin manifestarse por Autor de la salud, la comunicó y dió á grandísimo número de almas. En cási todas estas maravillas estaba presente la gran Señora María santísima, como testigo y coadjutora fidelísima del Maestro de la vida; y como todo le era patente, á todo cooperaba, y lo agradecia en nombre de las mismas criaturas beneficiadas de la divina misericordia. Hacia cánticos de alabanza al Todopoderoso, pedia por las almas, como quien conocia el interior de todas y sus dolencias, y con sus oraciones y peticiones les granjeaba estos beneficios y favores. Tambien por sí misma exhortaba, aconsejaba y traia á muchos á la doctrina de su Hijo, y les daba no-

[1] Matth. II, 1. — [2] Ibid. 16.

ticia de la venida del Mesías; aunque estas exhortaciones y enseñanza la hacia mas entre las mujeres que entre los varones, y con ellas ejercitaba las mismas obras de misericordia que su Hijo santísimo hacia con ellos.

927. Pocas personas acompañaban y seguian al Salvador y á su Madre santísima en estos primeros años; porque no era tiempo de llamarlos á la secuela de su doctrina, y así los dejaba en sus casas informados con la divina luz y mejorados en ella. Pero la compañía ordinaria de sus Majestades eran los santos Ángeles, que los servian como fidelísimos vasallos y diligentes ministros; y aunque en estas jornadas volvian muchas veces Jesús y María á Nazareth á su casa; pero en los dias que andaban fuera tuvieron mayor necesidad del ministerio de los cortesanos del cielo: porque algunas noches las pasaban al sereno en el campo en continua oracion, y entonces los servian los Ángeles como de abrigo y tienda para defenderlos en parte de las inclemencias del tiempo, y tal vez les traian algo de alimento que comiesen; otras lo pedian de limosna el mismo Señor y su Madre santísima, y solo recibian en propria especie la comida, y no en dinero, ni otra especial dádiva ó limosna. Cuando se dividian por algun tiempo para acudir el Señor á visitar los hospitales y la Reina á otras enfermas, siempre la acompañaban innumerables Ángeles en forma visible, y por su medio hacia algunas obras de piedad, y ellos le daban noticia de las que obraba su Hijo santísimo: y no me detengo en referir las particulares maravillas que hacian; los trabajos y descomodidades que padecieron en caminos, posadas, y en las ocasiones que buscaba el comun enemigo para impedir aquellas obras; basta saber que el Maestro de la vida y su Madre santísima eran pobres y peregrinos, y eligieron el camino del padecer, sin rehusar trabajo alguno por nuestra salud.

928. Á todo género de personas comunicaban el divino Maestro y su Madre santísima esta luz de su venida al mundo por el modo disimulado que he dicho [1]; pero los pobres fueron en este beneficio mas privilegiados y evangelizados [2]; porque ellos de ordinario están mas dispuestos, como quien tiene menos pecados y mayores luces, por estar los entendimientos despejados y libres de afanes para recibirlas y admitir la doctrina. Son asimismo mas humildes y aplicados al rendimiento de la voluntad y discurso, y á otras obras honestas y virtuosas; y como en estos tres años no usaba Cristo Señor nuestro del magisterio público y doctrina, ni enseñaba con potestad

[1] Supr. n. 924. — [2] Luc. VII, 22.

manifiesta, y con la confirmacion de los milagros, allegábase mas á los humildes y pobres, que con menos fuerza de enseñanza se reducen á la verdad. Con todo eso la antigua serpiente estuvo muy atenta á muchas obras de las que hacian Jesús y María santísimos; porque no todas le fueron ocultas, aunque sí el poder con que las hicieron. Reconoció que con sus palabras y exhortaciones muchos pecadores se reducian á penitencia, enmendaban sus vidas, y salian de su tiránico dominio; otros se mejoraban mucho en la virtud, y en todos cuantos oian al Maestro de la vida reconocia el comun enemigo gran mudanza y novedad.

929. Lo que mas le alteró fue lo que sucedia con muchos que á la hora de la muerte intentaba derribar y no podia; antes bien como esta bestia cruel y sagaz acomete en aquella última hora con mayor saña á las almas, sucedia muchas veces que si el dragon cruento habia llegado al enfermo, y despues entraban Cristo nuestro Señor ó su Madre santísima, sentia el demonio una virtud poderosa que le arrojaba con todos sus ministros hasta el profundo de las cavernas eternales; y si primero habian llegado adonde estaba el enfermo los reyes del cielo Jesús y María, no podian los demonios acercarse al aposento, ni tenian parte en el que así moria con esta ayuda. Como este dragon sentia la virtud divina y ignoraba la causa, concibió furiosa alteracion y rabia, y trató de poner remedio en este daño que sentia. Sobre esto sucedió lo que dirémos en el capítulo siguiente, por no alargarme mas en este.

Doctrina de la reina del cielo María santísima.

930. Hija mia, con la inteligencia que te doy de las obras misteriosas de mi Hijo santísimo, y mias, te veo admirada; porque siendo tan poderosas para reducir los corazones de los mortales, hayan estado muchas de ellas ocultas hasta ahora. Tu admiracion no ha de ser de lo que los hombres ignoran de estos misterios, sino que habiendo conocido tantos de la vida y obras de mi Señor y suyo, los tengan tan olvidados y despreciados. Si no fueran de pesados corazones, si atendieran con afecto á las verdades divinas, poderosos motivos tienen en la vida de mi Hijo y mia, con lo que de ella saben, para ser agradecidos. Por los Artículos de la santa fe católica, y por tantas verdades divinas como les enseña y propone la Iglesia santa, se pudieran reducir muchos mundos; pues por ellas conocen que el Unigénito del eterno Padre se vistió de la forma de sier-

vo en carne mortal [1] para redimirnos con afrentosa muerte de cruz, y les adquirió la vida eterna, dando la suya temporal, y revocándolos de la muerte del infierno. Si este beneficio se tomara á peso, y los mortales no fueran tan ingratos con su Dios y Reparador, y tan crueles consigo mismos, ninguna perdiera la ocasion de su remedio, ni se entregara á la condenacion eterna. Admírate, pues, carísima, y llora con llanto irreparable la perdicion formidable de tantos necios, ingratos y olvidados de Dios, de lo que le deben y de sí mismos.

931. Otras veces te he dicho [2] que el número de estos infelices prescitos es tan grande, y el de los que se salvan tan pequeño, que no es conveniente declararlo mas en particular; porque si lo entendieras y eres hija verdadera de la Iglesia y esposa de Cristo mi Hijo y Señor, habias de morir con el dolor de tal desdicha. Lo que puedes saber es, que toda esta perdicion y los daños que padece el pueblo cristiano en el gobierno y en otras cosas que le afligen, *así en* las cabezas como en los miembros de este cuerpo místico de los eclesiásticos, como de los seglares, todo se origina y redunda del olvido y desprecio que tienen de la vida de Cristo y de las obras de la redencion humana. Si en esto se tomara algun medio para despertar su memoria y agradecimiento, y procedieran como hijos fieles y reconocidos á su Hacedor y Reparador, y á mí, que soy su intercesora, se aplacara la indignacion del justo Juez, y tuviera algun remedio la general ruina, azote de los católicos, y se aplacara el eterno Padre, que justamente vuelve por la honra de su Hijo, y castiga con mas rigor á los siervos que saben la voluntad de su Señor y no la cumplen.

932. Encarecen mucho los fieles en la Iglesia santa el pecado de los judíos incrédulos, en quitar la vida á su Dios y Maestro; y es así que fue gravísimo, y mereció los castigos de aquel ingrato pueblo: pero no advierten los católicos que sus pecados tienen otras condiciones en que exceden á los que cometieron los judíos; pues aunque su ignorancia fue culpable, al fin la tuvieron de la verdad; y entonces el Señor se les entregó de voluntad, permitiendo que obrasen las tinieblas y su potestad [3], en que por sus culpas estaban los judíos oprimidos. Hoy los católicos no tienen esta ignorancia, antes están en medio de la luz, y con ella conocen y penetran los misterios divinos de la Encarnacion y Redencion; y la santa Iglesia está fundada, amplificada, ilustrada con maravillas, con Santos,

[1] Philip. II, 7. — [2] Supr. n. 882. — [3] Luc. XXII, 53.

con las Escrituras, y conoce y confiesa las verdades que los otros no alcanzaron. Con todo este cúmulo de favores, beneficios, ciencia y luz, viven muchos como infieles, ó como si no tuvieran á los ojos tantos motivos que los despierten y obliguen, y tantos castigos que los atemoricen. ¿Cómo, pues, pueden con estas condiciones imaginar que otros pecados han sido mayores y mas graves que los suyos? ¿Cómo no temen que su castigo será mas lamentable? Ó hija mia, pondera mucho esta doctrina, y teme con temor santo. Humíllate hasta el polvo, y reconócete por la inferior de las criaturas delante el Altísimo. Mira las obras de tu Redentor y Maestro. Encamínalas y aplícalas á tu justificacion con dolor y penitencia de tus culpas. Imítame y sigue mis caminos como en la divina luz los conoces. No solo quiero que trabajes para tí sola, sino tambien para tus hermanos; y esto ha de ser pidiendo y padeciendo por ellos, amonestando con caridad á los que pudieres, supliendo con ella lo que no te hubieren obligado. Procura mostrarte mas en solicitar el bien de quien te ofendiere, sufriendo á todos, humillándote hasta los mas ínfimos; y á los necesitados en la hora de la muerte, como tienes órden de hacerlo [1], sé solícita en ayudarles con fervorosa caridad y firme confianza.

CAPÍTULO XX.

Convoca Lucifer un conciliábulo en el infierno para tratar de impedir las obras de Cristo nuestro Redentor y de su Madre santísima.

Opresiones que sintió el demonio desde que se obró la Encarnacion.—Sospechas en que entró el demonio con ellas.—Confusion en que se hallaba con la experiencia de la virtud con que era expelido por Jesús y su Madre.—Conciliábulo que juntó sobre esto en el infierno.—Proposicion que hizo Lucifer á los demás demonios.—Presunciones con que se alucinaba para no alcanzar que estaba ya en el mundo el Verbo encarnado.—Determinacion en que estaba de procurar destruir á Cristo y á su Madre.—Confusion que tenia con las novedades que habia experimentado.—Concepto que hacia de María y de su Hijo.—Cuán oculto le fue el estado de las almas de Cristo y su Madre.—Resuelve el perseguir á Hijo y Madre.—Salida de Lucifer y los demonios al mundo para esta resolucion.—Ocultó Cristo á sí y á su Madre de la vista del demonio hasta que fué al desierto.—Oracion de Cristo al Padre en que se ofreció á pelear con el demonio para la salud y ejemplo de los hombres.—Hizo la misma oracion María.—Beneficios que en esta ocasion prometió el Padre para los que pelearen con el demonio invocando el nombre de Jesús y el de María.—Proteccion amorosa que tienen los mortales en Cristo para todas sus necesidades.—Cuánto les mereció.—Cuánto solicita

1 Supr. n. 884, 885.

su bien.—Ceguedad de los mortales que olvidan y desprecian estos favores de su Redentor, y se entregan al furor de sus enemigos.—Comparacion entre el Señor que dejan, y el tirano que siguen.—Pondérase la locura de los que creyendo obran así.—Mas grave es su culpa que la de los gentiles.—Por haber dado tanta mano á su enemigo tienen tan obscurecida la luz de estas verdades.—Medio por donde el demonio los lleva á la perdicion.—Consideracion para despertar deste engañoso olvido.

933. No estaba el tiránico imperio de Lucifer en el mundo tan pacífico, despues que se obró en él la encarnacion del Verbo divino, como en los siglos pasados habia estado; porque desde la hora que descendió de el cielo el Hijo del eterno Padre, y tomó carne en el tálamo virginal de María santísima, sintió este fuerte armado otra mayor fuerza de causa mas poderosa [1] que le oprimia y aterraba, como queda dicho [2] en su lugar; y despues sintió la misma cuando el infante JESÚS y su Madre entraron en Egipto, como tambien he referido [3]; y en otras muchas ocasiones fue oprimido y *vencido* este dragon con la verdad divina por mano de nuestra gran Reina. Juntándose á estos sucesos la novedad que sintió con las obras que comenzó á ejecutar nuestro Salvador, que en el capítulo pasado se han referido: todo junto vino á engendrar en esta antigua serpiente grandes sospechas y recelos de haber alguna otra causa grande en el mundo. Pero como para él era tan oculto este sacramento de la redencion humana, andaba alucinado en su furor, sin atinar *con* la verdad, no obstante que desde su caida del cielo estuvo siempre sobresaltado y vigilante para rastrear cuándo y cómo bajaba el Verbo eterno á tomar carne humana; porque esta obra maravillosa era la que mas temia su arrogancia y soberbia. Este cuidado le obligó á juntar tantos consejos como en esta Historia he referido y los que adelante diré [4].

934. Hallándose, pues, lleno de confusion este enemigo con lo que le sucedia á él y á sus ministros con JESÚS y María, confirió consigo mismo en qué virtud le arrojaban y oprimian, cuando intentaba llegar á pervertir á los que estaban agonizando y vecinos á la muerte, y lo demás que sucedia con la asistencia de la Reina de el cielo: y como no podia investigar el secreto, determinó consultar á sus mayores ministros de las tinieblas, que en astucia y malicia eran mas eminentes. Dió un bramido ó voz muy tremenda en el infierno, al modo que entre los demonios se entienden, y con ella

[1] Luc. xi, 21. — [2] Supr. n. 130. — [3] Ibid. n. 643. — [4] Ibid. n. 322, 502, 649; et infr. n. 1067, 1128.

los convocó á todos, por la subordinacion que con él tienen ; y estando todos juntos les hizo un razonamiento y les dijo : Ministros y compañeros mios, que siempre habeis seguido mi justa parcialidad, bien sabeis que en el primer estado que nos puso el Criador de todas las cosas le reconocimos por causa universal de todo nuestro ser, y así le respetamos ; pero luego que en agravio de nuestra hermosura y eminencia, que tiene tanta deidad, nos puso precepto que adorásemos y sirviésemos á la persona de el Verbo en la forma humana que queria tomar, resistimos á su voluntad ; porque no obstante que yo conociese le debia esta reverencia como á Dios ; pero siendo juntamente hombre de naturaleza vil y tan inferior á la mia, no pude sufrir la sujecion á él, y que no se hiciese conmigo lo que se determinaba hacer con aquel hombre. No solo nos mandó adorarle á él, sino tambien reconocer por superiora á una mujer, que habia de ser pura criatura terrena, por Madre suya. Estos agravios tan injuriosos reconocí yo y vosotros conmigo, y nos opusimos á ellos, y determinamos resistir á esta obediencia, y por ello fuimos castigados con el infeliz estado y penas que padecemos. Aunque estas verdades las conocemos y con terror las confesamos aquí entre nosotros [1], no conviene hacerlo delante de los hombres ; y así os lo mando, para que no puedan conocer nuestra ignorancia y flaqueza.

935. Pero si este Hombre y Dios que ha de ser, y su Madre han de causar nuestra ruina, claro está que su venida al mundo ha de ser nuestro mayor tormento y despecho, y que por esto he de trabajar con todo mi poder para impedirlo y destruirlos, aunque sea pervirtiendo y trasegando todo el orbe. Ya conoceis hasta ahora cuán invencibles han sido mis fuerzas, pues tanta parte del mundo obedece á mi imperio, y le tengo sujeto á mi voluntad y astucia. De algunos años á esta parte os he visto en muchas ocasiones oprimidos, arrojados, algo debilitados, y vuestras fuerzas enflaquecidas, y yo siento una potencia superior que parece me ata y me acobarda. He discurrido por todo el mundo algunas veces con vosotros, procurando saber si en él hay alguna novedad á que atribuir esta pérdida y opresion que sentimos. Si acaso está en él este Mesías prometido al pueblo escogido de Dios, y no solo no le hallamos en toda la tierra, pero no descubrimos indicios ciertos de su venida, y de la ostentacion y ruido que hará entre los hombres. Con todo eso me recelo que ya se acercan los tiempos de venir del cielo á la tierra ; y así conviene que todos nos esforcemos con grande saña para des-

[1] Jacob. II, 19.

truirle á él y á la mujer que escogiere por su Madre. Á quien mas en esto trabajare, le daré mayor premio de agradecimiento. Hasta ahora en todos los hombres hallo culpas y efectos de ellas, y ninguno descubre la majestad y grandeza que traerá el Verbo humanado para manifestarse á los hombres, y obligará á todos los mortales que le adoren y ofrezcan sacrificios y reverencia. Esta será la señal infalible de su venida al mundo, en que reconocerémos su persona, y en que no le tocará la culpa ni los efectos que causan los pecados en los mortales hijos de Adan.

936. Por estas razones (prosiguió Lucifer) es mayor mi confusion; porque si no ha bajado al mundo el Verbo eterno, no puedo alcanzar estas novedades que sentimos, ni conozco de quién sale esta virtud y fuerza que nos quebranta. ¿Quién nos desterró y arrojó de todo Egipto? ¿Quien derribó aquellos templos y arruinó los ídolos de aquella tierra donde estábamos adorados de todos sus moradores? ¿Quién ahora nos oprime en la tierra de Galilea y sus confines, y nos impide que no lleguemos á pervertir muchos hombres á la hora de su muerte? ¿Quién levanta del pecado á tantos como se salen de nuestra jurisdiccion, y hace que otros mejoren sus vidas y traten de el reino de Dios? Si este daño persevera para nosotros, gran ruina y tormento se nos puede seguir de esta causa que no alcanzamos. Necesario es atajarle, y reconocer de nuevo si en el mundo hay algun gran Profeta ó Santo que nos comienza á destruir; pero yo no he descubierto alguno á quien atribuir tanta virtud. Solo con aquella mujer nuestra enemiga tengo un mortal odio, y mas despues que la perseguimos en el templo, y despues en su casa de Nazareth; porque siempre hemos quedado vencidos y aterrados de la virtud que la guarnece; y con ella nos ha resistido invencible y superior á nuestra malicia, y jamás he podido rastrear su interior ni tocarla en su persona. Esta tiene un hijo, y los dos asistieron á la muerte de su padre, y no pudimos todos nosotros llegar á donde estaban. Gente pobre es y desechada, y ella es una mujercilla escondida y desvalida: pero sin duda presumo que hijo y madre son justos; porque siempre he procurado inclinarlos á los vicios comunes á los hombres, y jamás he podido conseguir de ellos el menor desórden ni movimiento vicioso, que en todos los demás son tan ordinarios y naturales. Conozco que el poderoso Dios me oculta el estado de estas dos almas; y el haberme celado si son justas ó pecadoras, sin duda tiene algun misterio oculto contra nosotros; y aunque tambien en algunas ocasiones nos ha sucedido con otras almas

escondérsenos el estado que tienen, pero han sido muy raras, y no tanto como ahora; y cuando este hombre no sea el Mesías prometido, por lo menos serán justos y enemigos nuestros, y esto basta para que los persigamos y procuremos derribar, y descubrir quiénes son. Seguidme todos en esta empresa con grande esfuerzo, que yo seré el primero contra ellos.

937. Con esta exhortacion remató Lucifer su largo razonamiento, en que propuso á los demonios otras muchas razones y consejos de maldad que no es necesario referir, pues en esta Historia trataré mas de estos secretos, sobre lo que dejo dicho, para conocer la astucia de la venenosa serpiente. Salió luego del infierno este príncipe de las tinieblas, siguiéndole innumerables legiones de demonios, y derramándose por todo el mundo, le rodearon muchas veces discurriendo por él, y inquiriendo con su malicia y astucia los justos que habia, y tentando los que conocieron, y provocándolos á ellos y á otros á maldades fraguadas en la malicia de estos enemigos: pero la sabiduría de Cristo Señor nuestro ocultó su persona y la de su Madre santísima muchos dias de la soberbia de Lucifer; y no permitió que las viesen ni conociesen, hasta que su Majestad fué al desierto, donde disponia y queria ser tentado despues de su largo ayuno; y entonces le tentó Lucifer, como diré adelante en su lugar [1].

938. Cuando en el infierno se congregó este conciliábulo, como todo era patente á Cristo nuestro divino Maestro, hizo su Majestad especial oracion al Padre eterno contra la malicia del dragon; y en esta ocasion, entre otras peticiones, rogó y pidió diciendo: *Eterno Dios altísimo y Padre mio, yo te adoro, y engrandezco tu ser infinito y inmutable, y te confieso por inmenso y sumo bien, á cuya divina voluntad me ofrezco en sacrificio para vencer y quebrantar las fuerzas infernales, y sus consejos de maldad contra mis criaturas; yo pelearé por ellas contra mis enemigos y suyos, y con mis obras y vitorias del dragon les dejaré esfuerzo y ejemplo de lo que contra él han de obrar, y su malicia quedará mas débil para ofender á los que me sirvieren de corazon. Defiende, Padre mio, á las almas de los engaños y crueldad antigua de la serpiente y sus secuaces, y concede á los justos la virtud poderosa de tu diestra, para que por mi intercesion y muerte alcancen vitoria de sus tentaciones y peligros.* Nuestra gran Reina y Señora tuvo al mismo tiempo conocimiento de la maldad y consejos de Lucifer, y vió en su Hijo santísimo todo lo que pasaba, y la oracion que hacia, y como coadjutora de estos triunfos hizo la misma ora-

[1] Infr. n. 995.

cion y peticiones con su Hijo al eterno Padre. Concedióla el Altísimo, y en esta ocasion alcanzaron Jesús y María dulcísimos grandes auxilios y premios que prometió el Padre para los que pelearen contra el demonio, invocando el nombre de Jesús y de María; de suerte que el que los pronunciare con reverencia y fe, oprimirá á los enemigos infernales, y los ahuyentará y arrojará de sí en virtud de la oracion y de las vitorias y triunfos que alcanzaron Jesucristo nuestro Salvador y su Madre santísima. De la protección que nos ofrecieron y dejaron contra este soberbio gigante, y con este remedio y tantos como acrecentó este Señor en su santa Iglesia, ninguna excusa tenemos, si no peleamos legítima y esforzadamente, venciendo al demonio, como enemigo de Dios eterno y nuestro, siguiendo á nuestro Salvador, y imitando su ejemplar vencimiento respectivamente.

Doctrina de la reina del cielo María santísima.

939. Hija mia, llora siempre con amargura de dolor la dura pertinacia y ceguedad de los mortales, para entender y conocer la proteccion amorosa que tienen en mi Hijo dulcísimo y en mí, para todos sus trabajos y necesidades. No perdonó mi Señor diligencia alguna, ni perdió ocasion en que pudiera granjearles tesoros inestimables, que dejase de hacerlo. Congrególes el valor infinito de sus merecimientos en la santa Iglesia, el esencial fruto de sus dolores y muerte; dejóles las seguras prendas de su amor y de su gloria; fáciles y eficacísimos instrumentos para que todos estos bienes los gozasen y aplicasen á su utilidad y salud eterna. Ofréceles sobre esto su proteccion y mia; ámalos como á hijos; acarícialos como á sus queridos y amigos; llámalos con inspiraciones; convídalos con beneficios y riquezas verdaderas; espéralos como padre piadosísimo; búscalos como pastor; ayúdalos como poderoso; prémialos como infinito en riquezas, y gobiérnalos como poderoso rey. Y todos estos y otros innumerables favores que les enseña la fe, se los propone la Iglesia, y los tienen á la vista; todos los olvidan y desprecian; y como ciegos aman las tinieblas, y se entregan al furor y saña que has conocido de tan crueles enemigos. Escuchan sus fabulaciones, obedecen á su maldad, dan crédito á sus engaños; y se fian y entregan á la insaciable y ardiente indignacion con que los aborrece y procura su eterna muerte; porque son hechuras del Altísimo, que venció y quebrantó á este cruelísimo dragon.

940. Atiende, pues, carísima, á este lamentable error de los hijos de los hombres, y desembaraza tus potencias, para que ponderes la diferencia de Cristo y de Belial. Mayor es la distancia que del cielo á la tierra. Cristo es luz verdadera, camino y vida eterna [1]; y á los que le siguen los ama con amor indefectible, y les ofrece su misma vista y compañía; y en ella eterno descanso que ni ojos vieron, ni oidos oyeron, ni pudo venir en corazon humano [2]. Lucifer es la misma tiniebla, error, engaño, infelicidad y muerte; y á sus seguidores aborrece y compele á todo mal, cuanto puede, y el fin será ardores sempiternos y penas crueles. Digan ahora los mortales si ignoran estas verdades en la Iglesia santa, que cada dia se les enseña y propone. Y si les dan crédito y las confiesan, ¿dónde está el juicio? ¿Quién los ha dementado? ¿Quién los olvida del mismo amor que se tienen á sí mismos? ¿Quién los hace tan crueles consigo propios? ¡Oh insania nunca bastantemente ponderada ni llorada de los hijos de Adan! ¡Que así trabajen y se desvelen toda la vida por enredarse en sus pasiones, desvanecerse en lo fabuloso, y entregarse al fuego inextinguible, á la muerte y perdicion eterna, como si fuera de burlas, y no hubiera venido del cielo mi Hijo santísimo á morir en una cruz, para merecerles este rescate! Consideren en el precio, y conocerán el peso y estimacion de lo que tanto costó al mismo Dios, que sin engaño lo conoce.

941. En este infelicísimo error tiene menos gravedad la culpa de los idólatras y gentiles; ni la indignacion del Altísimo se convierte tanto contra ellos, como contra los fieles hijos de la Iglesia santa que llegaron á conocer la luz de esta verdad: y si en el siglo presente la tienen tan escurecida y olvidada, entiendan y conozcan que es por culpa suya y por haber dado tanta mano á su enemigo Lucifer, que con infatigable malicia en ninguna otra cosa trabaja mas que en esta, procurando quitar el freno á los hombres, para que olvidados de sus postrimerías y de los tormentos eternos que les aguardan, se entreguen como brutos irracionales á los deleites sensibles; y olvidándose de sí mismos, gastando la vida en bienes aparentes, bajen en un punto al infierno, como dice Job [3], y como sucede en hecho de verdad á infinitos necios que aborrecen esta ciencia y disciplina. Tú, hija mia, déjate enseñar de mi doctrina, y apártate de tan pernicioso engaño y del comun olvido de los mundanos. Suene siempre en tus oidos aquel despecho lamentable de los condenados, que comenzará del fin de su vida y principio de su eterna

1 Joan. XIV, 6. — 2 Isai. LXIV, 4. — 3 Job, XXI, 13.

muerte, diciendo: ¡Oh insensatos de nosotros, que juzgamos por insania la vida de los justos! ¡Oh, cómo están colocados entre los hijos de Dios y tienen parte con los santos! Luego nosotros erramos en el camino de la verdad y justicia. No nació el sol para nosotros. Fatigámonos en el camino de la maldad y perdicion, y buscamos sendas dificultosas, ignorando por nuestra culpa el camino del Señor. ¿Qué nos aprovechó la soberbia? ¿Qué nos valió la jactancia de las riquezas? Todo se acabó para nosotros como sombra. ¡Oh, nunca hubiéramos nacido! Esto es, hija mia, lo que has de temer y discurrir sobre ello en tu secreto, mirando, antes que vayas y no vuelvas, aquella tierra tenebrosa (como dijo Job [1]) de las cavernas eternales, lo que te conviene huir del mal y alejarle dél, y obrar el bien. Ejecuta viandante y por amor lo que con despecho y condenados dicen los prescitos á fuerza de el castigo.

[1] Job, x, 21.

NOTAS

A ESTA SEGUNDA PARTE.

NOTA X.

TEXTO. *Y así como la Princesa de el cielo habia sido el instrumento de la santificacion de el Baptista y de su madre santa Isabel; lo fue tambien para la plenitud de gracia que recibió san Josef con mayor abundancia.* (Número 412).

§ I.

Propónese al exámen esta nota, por dos reparos que se ofrecen: que aunque leves entrambos, es bien se les dé satisfacion; porque los muy escrupulosos suelen tropezar en lo enladrillado. El primero, cómo pudo ser María instrumento de el aumento de gracia que dió el Señor á san Josef en esta ocasion. El segundo, que el aumento de gracia que recibió entonces fue superior al de el Baptista, á quien Cristo exclama superior á todos: *Inter natos mulierum non surrexit major Joanne Baptista. Matth.* II.

No me detengo en explayar estas dudas, por la poca dificultad que tienen, sobre ser comunes. Á la primera, prescindiendo si se habla de instrumento físico, ó instrumento moral, por no hacer al caso examinar esta cuestion tan batallada de escotistas y tomistas en la materia *de Sacramentis in genere*, es cierto que aunque María santísima no sea causa instrumental de la gracia que se comunica á todos, como dice Suarez, *tom.* 2, *in* 3 *p., disp.* 28, *sect.* 1, respecto de la santificacion y gracia, de algunos puede serlo: y que lo fuese de la primera gracia que santificó al Baptista, es sentir comun de muchos Padres, á los cuales cita y sigue Novarino, *in umbra virginea, excursat.* 146. *Virginis vox* (dice Teofil., super I Lucæ) *vox erat incarnati in illa. Et idcirco etiam Præcursorem in utero gratia prosecutus est, et prophetam fecit.* Insinúa lo propio el concilio Calcedonense, *act.* 1: *Baptistam in utero exiliisse in voce Dei genitricis Mariæ.*

La voz de María fue instrumento de la santificacion de el Baptista, y lo fue en esta ocasion de la abundante gracia que el Verbo desde las entrañas purísimas de su Madre comunicó á san Josef, dice el eximio Suarez, *tom.* 2 *in* 3 *p., disp.* 8, *sect.* 2, de autoridad de san Crisóstomo, cási con las mismas palabras que nuestra Historiadora: *Primum enim in facto illo, Matth.* I (dice), *cum sponsam concepisse intellexit, summam animi moderationem, et prudentiam ostendit, quod eleganter ponderat Chrysostomus, homil.* 4 *in Matth.*, ibid. *Inter alia dicit, quod sicut Christus existens in utero per Matrem sanctificavit Baptistam, ita per eamdem summam quamdam gratiam Joseph communicavit.*

Y siendo María santísima verdadera esposa de Josef, no habia de ser menos su liberalidad, como ni su amor con el Esposo que con el sobrino. Allá san Gregorio Nazianceno, *orat.* 11, refiere de su hermana Gorgonia que deseó ansiosamente y consiguió: *Ut maritus quoque perficeretur, ut sic toto corpore consecraretur, ac non dimidia tantum ex parte initiata discederet, ipsiusque aliquod imperfectum relinqueretur.* En este sentido fue la voz de María instrumento de la gracia de el Baptista y san Josef. Los que admiten instrumento físico á ella no denudarán concede esta causacion instrumental á María santísima en algunas ocasiones, y menos los que afirman fue instrumento físico de la union hipostática, como defiende Saavedra, *de sacra Deipara, vest.* 1, *disp.* 13, *sect.* 3, con otros muchos á quien cita. En los que solo admiten instrumento moral, es menos dificultoso. Especialmente fundados en la autoridad de Gerson, *tract.* 4 *super Magnificat,* donde dice: *Regina cœli habet præeminentiam, et virtutem influxivam super omnes;* y la de san Bernardino de Sena, *serm.* 3 *de glorioso nomine Mariæ, art.* 3, *cap.* 2: *Iste est hierarchicus ordo, et defluxus cœlestium gratiarum, ut prius à Deo defluat in Christi animam benedictam, quia ut dicitur Jacobi* I: *Omne donum perfectum desursum est descendens à Patre luminum, deinde defluat in animam Virginis, deinde in Seraphim, deinde in Cherubim, et sic successive ad omnes ordines Angelorum, demum in Ecclesiam militantem, et maxime in amicos Dei, et Virginis gloriosæ.* Y por esto el Idiota, *c.* 1 *de contempt. Virginis,* llama á María santísima *Thesauraria gratiarum.*

§ II.

La segunda parte, que afirma fue mas abundante la gracia de san Josef que la de san Juan Baptista, tiene muchos patronos, á los cuales cita y sigue el Padre Suarez, *disp.* 8 *citata. Probabile est* (dice) *Josephum perfectiorem gratiam esse assecutum, quam Joannem Baptistam: quia excellentius munus habuisse videtur, et majorem opportunitatem, pluresque occasiones crescendi in gratia.* Y en la *sect.* 1 de la misma disputacion: *Alia vero sunt ministeria, quæ attingunt ordinem unionis hypostaticæ, qui ex suo genere perfectior est, ut de dignitate Matris Dei supra diximus, et in hoc ordine intelligo constitutum esse ministerium S. Joseph, et esse veluti infimo gradu illius, et ex hac parte excedere reliqua tanquam in superiori ordine existens.* Al texto de san Mateo, *c.* II: *Inter natos mulierum non surrexit major Joanne Baptista,* trae varias explicaciones, *disp.* 23, *sect.* 3.

Á mí, fuera de las que eruditamente recoge, me parece muy literal entender que la mayoría de el Baptista se toma comparativamente á los Santos de el Viejo Testamento: á la manera que santo Tomás, 2, 2, *q.* 174, *art.* 4 *ad tertium,* explica el texto *Deuteronom.* XXXIV: *Non surrexit ultra in Israel propheta, sicut Moyses.* Y dice santo Tomás: *Hoc loco comparatio fit cum Prophetis Veteris Testamenti; Joannes autem ad Novum Testamentum pertinet, cujus ministri præferuntur etiam ipsi Moysi.* Y como *non surrexit ultra Propheta sicut Moyses,* se explica de los Profetas que pertenecen al Viejo Testamento; *Inter natos mulierum non surrexit major Joanne Baptista,* se puede explicar de los Santos de el Viejo Testamento, con quien hace comparacion Cristo.

Podrá dudarse si san Josef pertenece al Nuevo ó Viejo Testamento, pero en la doctrina de el angélico Doctor, *ubi supra,* al Nuevo debe pertenecer, como pertenece el Baptista. Y siendo la distincion entre unos, que los de el

Viejo se justificaban en la fe de el Mesías venturo, y los del Nuevo en la del Mesías ya existente; san Josef que le sirvió, amó, y veneró ya existente, al Nuevo Testamento debe pertenecer.

Pero porque en puntos que dependen de el querer y providencia de Dios no se debe dar por cierto el exceso de estas cooperaciones, por no exponerse al riesgo de la temeridad, como notan los dos grandes Doctores angélico y seráfico, en los lugares citados arriba; advierto que la venerable Madre no hace comparacion de la santidad de san Josef con la de el Baptista, como consumada en el exordio de su primera santificacion y gracia, y está bien que en la ocasion que habla la venerable Madre, fuese superior la santidad de san Josef á la de el Baptista; y que el término de la vida fuese superior, la de el Baptista á la san Josef.

Confieso ingénuamente que á mí, para juzgarla superior, me hace gran fuerza el ver que aunque san Josef era padre putativo de Cristo, los Evangelistas absolutamente le llaman padre. *Pater tuus, et ego dolentes quærebamus te. Cum inducerent Jesum Parentes ejus. Erant Pater et Mater ejus mirantes super his, quæ dicebantur.* Lucæ, II. Aun el derecho da por superiorísima la dignidad de aquel á quien el emperador elegia por padre ó patricio suyo. Glos. 1, *in lege fin., c. Senatoribus, § Filius familias.* Y por eso disponia no pudiese elegirse patricio de el emperador, quien antes no hubiese obtenido la suma honra de cónsul, *leg.* 3, *c. de Consulibus, lib.* 10. Tambien ver que le escogió Dios entre todos los Santos por esposo de María santísima: *Joseph cum esset vir ejus.* Encomio superiorísimo y delineacion revelante de su virtud, prendas y santidad: *Vultis uno verbo virum describam? Vir illius, neque enim scio, quid amplius dicere necesse sit;* como pondera san Gregorio en la oracion citada, hablando de el esposo de su Gorgonia.

NOTA XI.

TEXTO. *Nació el Niño Dios solo y puro, sin aquella túnica que llaman secundina; y no me detengo en declarar la causa de donde pudo nacer y originarse el error que se ha introducido de lo contrario.* (Núm. 477).

§ I.

Que Jesucristo nuestro Redentor naciese de las entrañas purísimas de su Madre, sin secundinas, es comunísima sentencia de los teólogos. Así el Padre Suarez, *tom.* 2, *in* 3 *part., disp.* 13, *sect.* 2, nuestro Felipe Fabro, *in* 3, *dist.* 4, *disp.* 12, *c.* 3, Novato, *tom.* 1 *de eminentia Deip., c.* 10, *q.* 6, Juan Mario Scribonio, *in sua Panthalicia, lib.* 3, *disp.* 7, *q.* 7. Puédese afirmar en esta comunísima sentencia de los Padres, que unánimes dicen fue el parto de María santísima *impolluto, absque inquinamentis, absque aliqua naturæ contumelia.* Así san Epifanio, *lib.* 3 *contra hæreses, in fin.*, san Gregorio Nazianceno, *in tragœdia, Christus patiens, col.* 10, san Cipriano, *in serm. Nativit. Christi,* san Agustin, *lib.* 29 *contra Faustum, c.* 3 *et* 4, *et lib. de quinque hæresibus, c.* 5, san Zenon, *serm.* 2 *de Nativit.*, los doscientos Padres de el sínodo Truliano, *canon.* 79: *Absque ullis secundinis ex Virgine partum esse confitentes.*

Y aunque es del todo cierto que estos cánones de el sínodo Truliano, en griego *Penthecten,* esto es Quino VI, por haberse congregado á suplir los cá-

nones que faltaron al V y VI sínodo general, no tienen autoridad infalible, antes bien algunos dellos han sido reprobados de la Iglesia: como el cán. 2, el cán. 13 y el cán. 82; pero los que no lo han sido tienen gravísima autoridad, y como tales los cita Adriano papa en su opúsculo remitido á Carlomagno, y el VII sínodo general, II Niceno, cán. 1, y el cán. 79 Truliano, en parte alguna se hallará reprobado. Dirá alguno que Joberio en su docto tomo *de sanctionibus Ecclesiasticis*, no traslada del original griego: *Absque secundinis*, sino *absque dolore*. Es verdad; pero en la edicion de Colonia y en la correctísima Vaticana está como hemos dicho *absque secundinis*.

Demás, que de la traslacion de Joberio tambien consta, donde refiriendo el cán. y la interdiccion de la fiesta á las secundinas, pone el cán. así: *Unde, quando aliqui post diem natalis Christi Dei nostri reperiuntur coquentes similam; et se hoc mutuo donantes, prætextu, scilicet, honoris Secundinarum impollutæ Virginis Matris, statuimus, ut deinceps nihil tale fiat à fidelibus.* Señalaron los Padres la razon: *Nec enim hic honor est Virginis (quæ supra mentem et sermonem, quod comprehendi non potest, Verbum peperit carne) ex communibus, et iis, quæ in nobis fiunt inenarrabilem ejus partum mentiri, ac describere.* Donde aun de la traslacion de Joberio parece claro cuán ajeno fue de el sentir de aquellos Padres hubiese en el purísimo parto de Cristo las secundinas que hay en los otros. Y por esto prohibe aquella festividad.

La razon que tocan los Padres es eficaz: *Nec enim honor est Virginis ex communibus, et iis, quæ in nobis fiunt, inenarrabilem ejus partum mentiri, ac describere.* Tocó y ponderó esta razon sólidamente la venerable Madre. Regístrense sus razones, que son eficacísimas. Y verdaderamente, que si el afirmar nació Cristo con secundinas se funda en excusar milagros, está tan léjos de ser esto así, que antés por este medio se multiplican mas. Porque de nacer sin secundinas, solo se pone el milagro de que se resolviesen dentro de las entrañas de María santísima: de nacer con ellas se sigue el milagro de no romper el claustro virginal, el milagro de salir Cristo de las secundinas sin romperlas; y en caso de romperlas, y detenerse, y no correr la sangre que en ellas se contenia para alimento de el Infante. Y últimamente averiguar qué se hizo de aquellas secundinas dignísimas de toda veneracion, por haber sido de Cristo. Y si se resolvieron despues, porque no se tratasen con indecencia; mas connatural era se resolviesen antes, pues por este remedio se excusaba la multiplicacion de milagros, y se atendia á la mayor decencia de aquel parto purísimo. Los fundamentos dichos de autoridad y razon me parecen evidentes en confirmacion de el sentir que propone y apoya la venerable Madre.

§ II.

Solo puede oponerse á esto la Revelacion de santa Brígida, *lib.* 7, *c.* 21, donde dice, que visitando el santo pesebre de Belen vió: *Illum gloriosum Infantem in terra nudum, et nitidissimum; vidi etiam pellem secundinam jacentem prope eum involutam, et valde nitidam.* De lo cual parece colegirse, se reveló á la Santa que Jesucristo nació con secundinas; pues vió al Niño nacido, y las secundinas junto á él. Así lo entiende Gonzalo Durantes, su comentador, procurando esforzar mucho la probabilidad de este sentir.

Si las Revelaciones de santa Brígida, en virtud de las aprobaciones de la Iglesia, no tienen mas que *posse legi in Ecclesia sancta Dei, eo modo quo multorum Doctorum libri, et Sanctorum historiæ,* como refiere el cardenal

Turrecremata en el prólogo á dichas Revelaciones, *c.* 6, *art.* 1, *in fine*, aunque el despreciarlas como apócrifas y ilusorias fuera temeridad, de ningun modo lo fuera negar una ó otra; como no lo es negar algunas conclusiones y sentencias de aquellos Padres cuyas doctrinas aprobó la Iglesia, *ut habetur in decreto, c. Sancta Romana Ecclesia, distinct.* 15, *et cap. Gloriosus de reliquiis, et veneratione Sanctorum* 6, *et* 5 *Synodo generali, collat.* 3.

El Martirologio romano probado está de la Iglesia, y tras todo *pluries emendatione indiguit*, aun despues de Gregorio XIII, como advierte Fortunato Sac., *de cultu et veneratione Sanctorum, sect.* 11, *c.* 6. Véase el cardenal Baronio, *ad annum* 305, *n.* 122, *et ad annum* 311, *n.* 40. De suerte, que este género de aprobacion comun solo califica lo aprobado de este modo, como útil y como verdadero, *quoad majorem partem*, pero no *quoad singula in eo contenta :* por lo cual fuera temeridad despreciarlo todo como fabuloso; pero no el negar esto ó aquello con fundamentos prudentes. San Agustin y san Jerónimo se oponen entre sí no pocas veces, y una y otra doctrina está aprobada de la Iglesia, como consta de los textos citados, y especialmente *ex c. Gloriosus, de reliquiis et veneratione Sanctorum in* 6, con que esta aprobacion no las extrae del grado de probabilidad á mayor certeza; pues se siguiera de ahí aprobaba la Iglesia como mas probable la doctrina de san Jerónimo que la de san Agustin, y la de san Agustin como mas probable que la dé san Jerónimo, lo cual ya se ve contiene implicacion manifiesta. Están aprobadas entrambas como útiles, como provechosas al bien comun de la cristiandad, á las buenas costumbres y dogmas de la fe, á quien ilustran, corroboran y dan inteligencia, como dice Bonifacio VIII en el capítulo citado *Gloriosus*, y Gelasio en el *cap.* 8 *Romana Ecclesia*, y advierte el Abulense, 2 *p. defen., q.* 83.

De esto se infiere, que negar alguna revelacion de santa Brígida, no teniendo mas que esta aprobacion comun que hemos dicho, de ninguna suerte fuera censurable. Ni esto tampoco cediera en menos crédito de la heróica virtud de esta gran Santa, como en semejante caso dice san Antonino de Florencia, 3 *p., tit.* 19, *c.* 11, negando la verdad de una revelacion que atribuye á santa Isabel de Hungría, aunque es cierto no es suya, sino de santa Isabel Schonovagense. Trae la revelacion cuya verdad niega san Antonino. Cogió en el *lib.* 4 de las visiones de esta Santa : *Aliquando Prophetæ sancti dum consuluntur* (dice san Gregorio, 1 *homil. in Ezech.) ex magno usu prophetandi, quædam ex suo spiritu proferunt, et se hæc ex prophetiæ spiritu dicere suspicantur.*

Pero yo estoy persuadido que las Revelaciones de santa Brígida no solo tienen aquella aprobacion comun que gozan las doctrinas de los Padres, sino aun aprobacion mas singular, como la que tiene san Agustin de Celestino I, *in epistola ad Episcopos Galliæ*, en lo que concierne á lo *de gratia et libero arbitrio ;* por lo cual como fuera temeridad negar alguna proposicion de este gran Padre en estos puntos, como nota Suarez, *tom.* 1 *de gratia, Prolog.* 6, *n.* 16 *et* 17, lo será tambien afirmar es alguna indubitable revelacion de santa Brígida, y no obstante negarla dándola por ilusoria.

Es la razon clara á mi juicio, porque la Iglesia despues de haber examinado muchas veces estas Revelaciones muy en particular, como lo hicieron Gregorio XI, Urbano VI, Bonifacio IX, Martino V, el concilio Basiliense, *sub obedientia Eugenii IV*, las aprobó, como *veritate plenæ, et à Dei spiritu veraciter edoctæ. Necnon ad utilitatem legentium, seu audientium pro saluber-*

rimo fidelium dogmate in sancta Ecclesia Dei in perpetuum, cum devotione et reverentia studiosius observandæ, como refiere el cardenal Turrecremata, *c. 1,* atribuyéndolas al fin el texto de Judith, VIII: *Omnia, quæ locuta est, vera sunt;* y el de el III de los Reyes, XVII: *Verbum quidem Domini in ore tuo verum est.* Véase el prólogo al *lib.* 2 de Alfonso Solitario, obispo ginense. Y aunque es verdad que en virtud de estas aprobaciones no las propone la Iglesia como infalibles, ni *sub obligatione credendi,* las propone como dignas de ser creidas *pie et prudenter:* con que el reprobarlas como ilusorias, es decir no concurren en ellas aquellas notas que las hacen dignas de ser creidas de los hombres prudentes y piadosos, y consiguientemente oponerse, *saltem mediate,* al juicio de la Iglesia.

No es empero temeridad, sino muy probable, afirmar que en el libro de las Revelaciones de santa Brígida andan introducidas algunas, por el vicio de los amanuenses y transcriptores, que fueron muchos, como advierte Turrecremata, *ubi supra.* Fatalidad en que han peligrado la mayor parte de los escritos antiguos; por lo cual han necesitado de varias correcciones cási todas las obras de los Padres. Así responde nuestro venerable Amadeo, *raptu 8 suæ Apocalypsis,* á la revelacion de santa Brígida, *lib.* 6, *c.* 62, donde dice estuvo el cuerpo de María santísima quince dias en el sepulcro: *Quindecim vero diebus corpus meum jacuit in terra sepultum.* Así responde Jacobo Getsero, *lib.* 3 *commentariorum in Londinum, c.* 10. Así responde Enao, *in Empirologia, part.* 2, *lib.* 6, *exercit.* 19, *sect.* 2.

Y así pudiéramos responder nosotros á esta de las secundinas, viéndola menos conforme al sentir de tantos Padres, como la otra lo es á la mas comun acepcion de los fieles. Ni obsta decir que las Revelaciones de santa Brígida se aprobaron como se dieron transcriptas; porque aunque consta de sus aprobaciones, no consta del original manuscrito en que se vieron. Las obras de el angélico doctor santo Tomás se aprobaron por Clemente VII, *ut absque errore conscripta.* De Urbano V su doctrina, *tanquam veridica, et catholica, in sua bulla, Laudabilis Deus;* y con todo eso en tiempo de Pio V fue menester repurgarlas de muchos errores introducidos por la incuria de los transcriptores y amanuenses, como testifica el Pontífice en su bula puesta al principio de la edicion romana. Pudo suceder en los libros de las Revelaciones de santa Brígida lo que dice el reverendo Padre Francisco García en la nueva correccion, que despues de la de Pio V por mandado del reverendísimo fray Serafino Brixiense, hizo año de 1578, á las obras de el Doctor angélico: *Illa correctio* (dice) *facta fuit, ut video, conferendo tantum exemplaribus exemplaria, et dum ex archetypis veteribus inemendatis nova sunt excusa, inemendata quoque prodierunt et illa.* Si los libros de las Revelaciones de santa Brígida se hubieran corregido y impreso con la diligencia y cuidado que hoy están los de santo Tomás, no cupiera prudentemente esta solucion; pero no estándolo, cabe especialmente en aquello que es menos conforme al sentir de los santos Padres.

Ni se debe hacer argumento de estas á las que tiene en favor de la Concepcion Inmaculada de Nuestra Señora. Lo primero, porque esta revelacion de las secundinas solo se halla en una parte donde fue mas fácil el yerro; pero las de la Inmaculada Concepcion están en sus libros repetidísimamente, en el *l.* 1, *c.* 9, y en el *l.* 5, *c.* 13; en el *l.* 6, *c.* 49 y *c.* 55, en el *l.* 8, *c.* 47. Demás, que examinadas y alegadas estas en la Curia romana, jamás se han dado por

sospechosas. Ni se les puede oponer menos conformidad á la sagrada Escritura y santos Padres de la Iglesia, como consta de el concilio Tridentino, *sect. 5 de peccato originali, in fine.* Véase nuestro Ubadingo en la legacía de Trejo, *sess.* 3. Las Revelaciones de santa Brígida se examinaron por la piedra de toque de la conformidad con la sagrada Escritura y doctrina de los santos Padres, como se ve en los prólogos de el cardenal Turrecremata y Alfonso Solitario: con que la que fuere menos conforme á ella se ha de tener por sospechosa y no dicha por la Santa, sino introducida por yerro. Y siendo tan poco conforme á los santos Padres el que naciese Jesucristo con secundinas, era bastante para que dijésemos que aquellas palabras: *Vidi etiám pellem secundinam jacentem prope eum involutam*, eran introducidas por yerro.

§ III.

Esto era bastante respuesta á la oposicion que se hace con la revelacion de santa Brígida á la doctrina de la venerable Madre; pero yo juzgo estriba el argumento en supuesto falso: supone que á santa Brígida se le reveló que Jesucristo nació con secundinas, y no es así. Es la razon, porque, como dijo Teofilato, *super illud Pauli, Veniam ad visiones, et revelationes: Noveris quod revelatio majus quidpiam sit quam visio: huic enim tantum videre datur; revelatio vero quod videtur, denudat.* Vision y revelacion se distinguen entre sí. Vision hay que no es revelacion, y sucede cuando no revela ó explica Dios el significado de la vision. Vió Jeremías la olla y vara. Vió Baltasar los dedos que escribian. Vió Faraon espigas y vacas. Si no alcanzaran lo que significaba por estas cosas, vision hubiera, pero no revelacion; éxtasis profético, pero no profecía, como dice santo Tomás, 2, 2, *q.* 173, *art.* 2, *in corpore. Non est talis Propheta*, dice el Santo, *nisi illuminatur ejus mens ad judicandum:* por lo cual ni Faraon, ni Nabucodonosor, ni Baltasar fueron profetas; porque les faltó la inteligencia de las visiones que tuvieron.

Vió santa Brígida á Cristo infante recien nacido. Vió la secundina junto á él; pero no se hallará en todas sus revelaciones le diesen inteligencia de que las secundinas que vió significaban haber Cristo nacido con ellas. Ni de tal cosa se encontrará revelacion en todos sus libros. Antes bien en el capítulo siguiente, que es el 22, donde María santísima la explica esta vision, no la revela ni la dice que aquellas secundinas que vió significaban haber nacido envuelto en ellas el Redentor. Solo dice: *Et licet aliquid ostendi tibi Neapoli super hoc, qualiter stabam quando peperi Filium meum, tamen scias certissime, quod ego sic steti, et tali modo peperi, sicut nunc vidisti flexis genibus orando:* Sabe y ten por cierto que sucedió mi dichosísimo parto estando yo en oracion hincada de rodillas. Pero de las secundinas, ni palabra. *Sciendum est* (dice santo Tomás, 2, 2, *q.* 174, *art.* 4, *in corpore*), *quod quia mens Prophetæ est instrumentum deficiens, etiam veri Prophetæ non omnia cognoscunt, quæ in eorum visis, aut verbis, aut etiam factis Spiritus Sanctus intendit.* Y que sucediese así en algunas ocasiones á santa Brígida, testifica su devoto y docto compañero Alfonso Gienense ó Solitario en el prólogo al *lib.* 8, *c.* 4: *Item scias, quod aliquando ipsa domina Brigitta orans vigilando in excessu mentis, videbat in spiritu aliquas species, seu formas, nec tunc declarabatur ei quid significarent illa visa, sed remanebat dubia et incerta de significationibus illarum visionum. Quæ visiones aliquando postea declarabantur successu temporis, et aliquando non declarabatur ei de significationibus illarum; sed*

semper remanebat de illis incerta. Tal debió de ser esta de las secundinas. Vió santa Brígida secundinas junto al Niño; pero no le dieron á entender lo que significaba el Niño y junto á él las secundinas.

De aquí se puede inferir, que Cristo las tuvo cuando estaba dentro de las entrañas purísimas de su Madre, ó que tambien nació con ellas: en cuál de estos dos sentidos se debia entender esta vision, no está escrito se lo revelase Dios. El primero es mas conforme á los Padres, y cede en mayor decencia de aquel parto milagroso sobre todo lo comun de la naturaleza: así se debe interpretar esta vision, y no en el segundo, menos conforme á los Padres, y menos excelente para Cristo.

Nec obstat revelatio S. Brigittæ (dice Novato, *ubi supra), nam in ea non expresse dicitur, quod Virgo emiserit secundinam, sed tantum quod ipsa per revelationem viderit secundinam mundissimam in una parte. Quod satis verificari potest, si dicamus B. Brigittæ fuisse demonstratam illam secundinam, hoc est pelliculam, qua involvebatur Christus in utero virgineo existens, ut de veri corporis humani assumptione ei melius constaret.* Interpretarla en el segundo sentido, llama error nuestra Historiadora; no error dogmático, opuesto á alguna conclusion deducida de premisas de fe, sino error especulativo, ignorancia, como dicen los Padres de el sínodo de Trulo: *Absque ullis secundinis ex Virgine partum esse confitentes, ut qui sine semine constitutus est, idque toti gregi annuntiantes eos, qui propter ignorantiam aliquid faciunt, quod non decet.*

NOTA XII.

TEXTO. *Nació, pues, el Niño Dios de el tálamo virginal solo, y sin otra cosa material ó corporal que le acompañase; pero salió glorioso y transfigurado.* (Núm. 479).

§ I.

Nacer Cristo transfigurado, fue nacer Cristo con semejante luz y claridad que tuvo en el Tabor. Que esto fue transfigurarse. *Transformatus est corpore* (dice Eutimio, *cap.* IV *in Matthæum), corpore quidem in propria figura manente, divino vero splendore modicum quidem in eo detegente, ac facie illustrante, speciemque illius ad majorem Dei similitudinem immutante.* Y el angélico doctor santo Tomás en la 3 *part.*, en la *quæst.* 45, *art.* 1 *ad tertium: Ostendit igitur Christus in seipso aliqua illarum dotium indicia: puta agilitatis, cum supra undas maris ambulavit: subtilitatis, quando de clauso utero Virginis exivit: impassibilitatis, quando de manibus judæorum, vel præcipitare, vel lapidare eum volentium evasit.* Y concluye: *Nec tamen propter illa transfiguratus dicitur, sed propter solam claritatem, quæ pertinet ad aspectum personæ ipsius.* Y en el artículo siguiente: *Sicut enim dispensative factum est, ut in Christo gloria animæ non redundaret ad corpus, ita fieri potest, dispensative, ut redundaret quantum ad dotem claritatis, et non quantum ad dotem impassibilitatis.* De suerte, que para que subsista transfiguracion solo se requiere que el dote de claridad se participe de el cuerpo, sin que por esto sea necesario se participe tambien el dote de la impasibilidad.

En caso que en Cristo cuando nació hubiese claridad y resplandores milagrosos, debe decirse se originaron de la gloria de el alma, á la manera que se discurre en la luz y claridad de el Tabor: porque como originarse de la

gloria de el alma no sea que la claridad proceda de ella como de causa física, sino como de causa moral, por pedir con débito de connaturalidad y proporcion alma bienaventurada cuerpo bienaventurado, como advierte Suarez en el comento al artículo citado de santo Tomás. La claridad, la subtilidad, la agilidad que tuvo Cristo en algunas ocasiones debe atribuírse á la gloria de el alma con la cual estaba el cuerpo unido, como dice Inocencio IV, *lib. 4 de Mysterio Missæ, c.* 12, Hugo de San Víctore, citado de santo Tomás, *art.* 12, el Santo, ibid.; y Cayetano resuelve en el comento, se debe dar por indubitable. Bien que les falta la denominacion en rigor escolástico de dotes, por no ser permanentes, pero les queda la de ser participacion de la gloria de el alma, como dice Suarez, ibid.

Supuesto lo dicho, que Cristo Redentor nuestro naciese resplandeciente y clarísimo, no solo es revelacion de la venerable Madre, sino de santa Brígida, *lib.* 7, *c.* 12, donde dice: *Et ea sic in oratione stante vide tunc ego moveri jacentem in utero ejus, et illico in momento, et in ictu oculi peperit Filium, à quo tanta lux ineffabilis et splendor exibat, quod sol non esset ei comparabilis.* Y si una de las congruencias que alega san Damasceno, *serm. de Transfigurat.*, para que Cristo se transfigurase en el Tabor, es, *ut discrimen inter novum et vetus Testamentum significaret;* mas poderosa corre esta congruencia en María santísima, pues era primicia de el Nuevo Testamento, Madre de él en los creyentes que con su fe le abrazaron, fruto de los merecimientos de el Mesías ya nacido y existente: no en la esperanza de su venida, sino en la dicha de su posesion.

El Padre Salmeron, *tract.* 34, comentando el texto de san Lucas, *c.* II: *Et claritas Dei circumfulsit illos,* al aparecerse el Ángel á los pastores (dice), que aquella claridad publicaba la gloria de el nacido, y pregonando su deidad intimaba al mundo la ley de gracia, Nuevo Testamento que confirmaria despues con su muerte y sangre: *Estque illa claritas* (dice el docto Padre) *typus lucis evangelicæ, qua cernitur Messias. Unde græce dicitur gloria, et majestas Domini. Non ergo lux siderea, aut claritas angelica, sed claritas quædam præ se ferens divinam majestatem, et Domini nati gloriam.* Claridad que manifiesta su gloria, es claridad de Cristo transfigurado, dice santo Tomás, 3 *p.*, *q.* 43, *art.* 1. *Conveniens fuit, ut discipulis suis gloriam suæ claritatis ostenderet, quod est ipsum transfigurari:* con que se transfiguró en Belen, como en el Tabor, en una y otra parte para manifestacion de su majestad, para publicar en algun modo el Nuevo Testamento de su amor. Y en el portal aun mas especialmente, así porque su santa Madre le experimentase glorioso, como porque el Nuevo Testamento tuvo allí su primer principio.

§ II.

Solo puede objetarse á esta nota la autoridad de san Gregorio Magno, *homil.* 26 *in Evang.*, donde ponderando el texto de san Juan, *c.* XX: *Cum esset sero die illa una sabbatorum, et fores essent clausæ, ubi erant discipuli congregati propter metum judæorum: venit Jesus, et stetit in medio eorum, et dixit eis: Pax vobis;* dice así: *Illud enim corpus Domini intravit ad discipulos januis clausis, quod videlicet ad humanos oculos per nativitatem suam clauso exiit utero Virginis. Quid ergo mirum, si clausis januis post resurrectionem suam in æternum jam victurus intravit, qui moriturus veniens, non aperto utero Virginis exivit?* ¿Qué hay que maravillar, dice el santo Doctor, entrase cer-

radas las puertas, quien salió al mundo sin abrir el claustro virginal de su purísima Madre? De donde consta arguye de lo mas á lo menos. Hizo lo que es mas; pues ¿qué hay que maravillar hiciese lo que es menos?

De aquí se forma el argumento así: Luego, segun san Gregorio, fue mas nacer de Madre Vírgen, que entrar á los discípulos cerradas las puertas. Si Cristo nació glorioso, no pudo ser mas. Es la razon, porque lo que hubo en Cristo cuando entró á sus discípulos cerradas las puertas, fue hallarse en estado glorioso; eso significa: *Post resurrectionem suam in æternum jam victurus intravit.* Luego si en el nacimiento por la transfiguracion estaba la gloria de el alma comunicada al cuerpo, y consiguientemente era cuerpo glorioso, no habia mas en una ocasion que en otra: luego el *quid ergo mirum* de san Gregorio no hay lugar, si Cristo nació transfigurado.

Pudiéramos oponer al argumento de san Gregorio otro de muchos Padres, que prueban la entrada á los discípulos cerradas las puertas, con la paridad de haber nacido de su Madre sin violar su pureza. Y si en el argumento de san Gregorio se ha de salvar lo mas, segun sus palabras: *Quid ergo mirum?* el de estos Padres falta en buena lógica; pues no arguye de mas á menos, que es buen modo de argüir; sino de menos á mas, que es inútil y sin eficacia. El asunto es claro. San Agustin, *serm.* 138 *de Tempore: Quomodo de sepulchro exire non posset, quod ex incorruptis Matris visceribus salva virginitate processit?* y trat. 131 *in Joan.: Moli corporis, ubi divinitas erat, ostia clausa non obstiterunt, ille quippe non eis apertis intrare potuit, quod nascente, virginitas Matris inviolata permansit;* y san Gregorio Nazianceno, *in tragœdia Christus patiens:*

Et quomodo autem foribus occlusis adest?
Quin forte, et idem, sic sepulchro condito,
Clausoque surgens exiit, velut antea
Virginis ab alvo prodit Matris suæ,
Infracta servans claustra, quam castissima.

El mismo argumento hacen san Crisóstomo, *homil.* 2 *de Symbolo,* Teodoreto, *dialogo* 2, y otros muchos Padres.

Pero ni el argumento de estos santos Padres deja de ser eficaz, ni en san Gregorio sobre el *Quid ergo mirum?* ni se opone á esta revelacion de la venerable Madre. El caso es: que si precisamente se mira el entrar Cristo á los discípulos cerradas las puertas, y el nacer de su Madre sin violar su virginidad, son de el todo símiles y iguales entre sí, y consiguientemente eficaz el argumento de los Padres como fundado en paridad adecuadísima; pero con esta diferencia, que el penetrar el sepulcro y puertas fue por razon de la subtilidad, en cuanto dote, por estar ya entonces Cristo en estado glorioso de puro comprehensor; pero el penetrar las entrañas purísimas de su Madre sin lesion alguna, fue participacion de la gloria de el alma refundida en el cuerpo, pero no por modo de dote; porque no fue con modo permanente ni connatural al estado de viador. La claridad, la subtilidad y los demás dotes que pertenecen al cuerpo, despues de la resurreccion no fueron milagrosos á Cristo; antes de la resurreccion lo fueron: pues para esto no solo se atiende á la substancia, sino al estado. En esto está: el *Quid mirum?* de san Gregorio arguye así: Si Cristo antes de estar en estado de comprehensor usó de el dote de la subtilidad, penetrando las virginales entrañas de su Madre, ¿qué mucho que en estado de comprehensor le tuviese, penetrando las partes de la

casa donde estaban cerrados los discípulos? Este es su argumento, que solo se opusiera á la doctrina de nuestra Historiadora, si afirmara nació Cristo en estado glorioso; pero no de que se transfigurase en Belen, como lo estuvo en el Tabor.

Confirme la respuesta el angélico Doctor con su doctrina, 3 *p.*, *q.* 45, *art.* 2, *in corpore: Ad corpus glorificatum redundat claritas ab anima, sicut qualitas quædam permanens corpus efficiens, unde fulgere corporaliter, non est miraculosum in corpore glorioso, sed ad corpus Christi in transfiguratione derivata est claritas à Divinitate, et anima ejus, non per modum qualitatis immanentis, sed magis per modum passionis transeuntis: sicut aer illuminatur à sole: unde ille fulgor tunc in corpore Christi apparens miraculosus fuit, sicut hoc ipsum, quod ambulavit super undas maris.* Lo que el angélico Doctor dice en la transfiguracion de Cristo en el Tabor, decimos en la transfiguracion de su nacimiento. Con lo cual queda eficaz el argumento de los Padres que arguyen *à simili;* el de san Gregorio, que arguye de lo milagroso á lo que no lo es, y últimamente indemne la doctrina de esta nota, por no oponerse al Magno Gregorio, que es el único cargo que pudo idearse con ella.

NOTA XIII.

TEXTO. *Ella con el Hijo santísimo, y él con su sagrada sangre y carne deificada.* (Núm. 549).

§ I.

Habla la venerable Madre de el sagrado prepucio y sangre que recogió María santísima en la circuncision de su Hijo, y guardó en un pomo de cristal, y en esta forma conservó toda la vida, y despues entregó á los Apóstoles, dejándole como vinculado á la Iglesia.

Pudiérase introducir en esta nota aquella célebre y grave cuestion, si hay en la Iglesia algunas reliquias de la sangre y prepucio de Cristo Redentor nuestro. Pero se omite; así porque comunmente los teólogos la disputan y resuelven por la parte afirmativa, como se puede ver el Padre Suarez, *t.* 2 *in* 3 *p.*, *disp.* 37, *sect.* 3, Vazquez, *de Incarnat.*, *disp.* 36, *c.* 8, Valencia, *disp.* 1, *q.* 5, *pun.* 1 *ad tertium*, Francisco Colio Medionalense, *tract. de sanguine Christi*, *l.* 5, *c.* 5, nuestro Merchan en su docto tratado *Fundamenta Ordinis*, *tit.* 12, § 4, *q.* 1, Lugo, *disp.* 14, *sect.* 6 *à n.* 91, y otros muchos; como porque esto, antes debe suponerse que disputarse: pues la comun tradicion, con ciencia y aprobacion de la Iglesia, venera en la basílica Lateranense la reliquia preciosísima de el prepucio, como testifica Inocencio III, *lib.* 4 *de mysterio Missæ*, y cuantos han estado en Roma. De la sangre que se guarda en Mantua, refiere Baronio año de 804, que á instancia de Carlomagno, Leon III examinó su verdad, y mandó con especial bula se venerase como tal, y Pio II en su bula dada año de 1461, que empieza: *Petitio exhibita*, remitida al abad de el monasterio Jenotense, hace lo propio con la sangre de Jesucristo que se conserva en aquel monasterio. Concluyendo: *Ut dictus sanguis cultui publico exhibeatur.*

Por lo cual dice Baronio: *Cæterum quoad sanguinem Christi pertinet, re multum examinata, inventus est, et comprobatus ille fuisse, qui ex corpore Christi fluxit tempore passionis ejus: non autem ille, qui Berythi ex sacra Cru-*

cifixi imagine fluxerat (que es lo que insinúa santo Tomás, *3 p., q.* 54, *art.* 2 *ad tertium*), *de qua veritate extare dicuntur sacra diplomata Romanorum Pontificum.* Y concluye : *Ut de his non sit amplius dubitandum.* Y con mucha razon : pues la comun tradicion aprobada, aun tácitamente de la Iglesia, da certeza moral á las reliquias, y fuera temerario negar su verdad, como lo es afirmar en la Iglesia culto supersticioso. Véase el docto tratado *De sacris Reliquiis, et de cultu, et veneratione earum,* de Anfosio Jabiense, *præcipue* § 22. ¿Qué será cuando no solo hay permiso y tácito consentimiento, sino aun interviene expresa aprobacion?

De aquí se verá *qualiter retorquetur in Turrecrematam*, la censura que él da, *in c. invitat. de consecratione, dist.* 2. Y cuando á la censura suya no resistiéramos con la autoridad de la Iglesia, sobrara la de tantos autores que se le oponen. Y debe advertirse es sentencia plausible de san Agustin, *in Enchir., c.* 89, y *l.* 22 *de Civitate Dei, c.* 19, y de san Anselmo en el Elucidario, *et ad Ephes.* IV, que en la resurreccion no es necesario que todas las partes integrales de el cuerpo consten de la misma número materia, de que constaban antes : *In Christo suscitato debet esse præputium, ut non constans ex eadem numero materia, qua constabat dum abscissum fuit in circumcisione.* Véase el Padre Suarez, *ubi supra, sect.* 1, y el eminentísimo Lugo, *sect.* 4, *num.* 62.

En cuanto á la sangre, yo estoy persuadido que ha de haber menos en los cuerpos despues de la resurreccion, que antes; porque hay menos causas que la pidan : pues no se necesitará entonces de sangre, para reparar las partes de carne que se consumen por la accion y reaccion de el calor natural, ni para la produccion y generacion de los espíritus vitales ni animales, ni para humedecer las partes del cuerpo, porque no perezcan con la sequedad, sino puramente aquella sangre que se requiere para la perfeccion y integridad de la naturaleza y cuerpo humano : con que parece preciso haya de ser menos, por ser menos los títulos y necesidad de ponerla.

En parte insinuó este sentir el angélico doctor santo Tomás, *quodlib.* 5, *q.* 3, *art.* 5, donde dice : *In resurrectione tam Christi, quam nostra, totum quod fuit de veritate humanæ naturæ, reparabitur, non autem illa quæ de veritate naturæ non fuerunt. Et quamvis circa ea, quæ sunt de veritate humanæ naturæ, sit diversa diversorum opinio, secundum quamlibet tamen, non totus sanguis nutrimentalis, id est, qui ex cibis generatur, pertinet ad integritatem naturæ.* Siendo esto así, ¿qué mucho que la sangre vertida en la circuncision no se reasumiese en la resurreccion? Especialmente siendo tanto el tiempo y la distancia entre la resurreccion y circuncision, en cuyo espacio se perdieron otras muchas partes de carne y sangre, por la accion y reaccion continua de el calor natural, las cuales es cierto no reasumió Cristo, como ni los demás que resucitaron gloriosos.

Es la razon : porque el título y derecho en la conservacion de la union hipostática, dura en las partes en cuanto permanece en ellas el ser partes de la humanidad, ó en acto, ó en potencia, como enseñan comunmente los teólogos con santo Tomás, *in* 3, *dist.* 2, *q.* 2, *art.* 1; con que la partícula de carne y sangre, que no tomó Cristo en la resurreccion, como ya perdió el ser, aun parte en potencia de aquel cuerpo, deja de conservarse en ella la union hipostática, por faltar el título á la conservacion de aquel don.

§ II.

De aquí se hace el argumento á èsta nota: porque nuestra Historiadora, no solo dice hay en la Iglesia la preciosísima reliquia de el prepucio, pero aun la apellida carne deificada. Y carne deificada, es carne unida hipostáticamente á la divinidad, como consta de el VI sínodo general, *in diffinitione fidei, tract.* 17, *alias* 18, *non longe à fine*, donde explica la union hipostática de la humanidad con el Verbo, usando de ese nombre deificacion: *Quemadmodum sanctissima, immaculata, animata ejus caro deificata est, non perempta.* Y en el VII sínodo, *act.* 4, reprobando los cánones de el conciliábulo Constantinopolitano congregado á instancias de Leon Isáurico, donde, por máxima cierta suponian los Iconoclastas: *Quod quicumque Imaginem adorat, in duo Christum dividit: et quicumque Imaginem aspiciens dixerit, aut inscripserit ei, hic est Christus, Christum dividit;* difine así: *Cum Ecclesia catholica Christum pingit humana figura, non dividit eum à Divinitate illi unita, magis autem deificatam illam reddit. Et infra: Ita quoque Imaginem Dei facientes, deificatam carnem Domini confitemur.*

En el mismo sentido usurpan esta voz cuantos Padres impugnaron á Nestorio, huyendo la voz Deifero que él usaba, pretendiendo en tema de su error que este nombre Emmanuel significase, *Nobiscum Deus*, solo por union accidental. Luego no estando el prepucio y sangre que dejó Cristo en la tierra, despues de su resurreccion, unidos hipostáticamente á la divinidad, impropiamente la llama nuestra Historiadora carne deificada.

Pero á este cargo se satisface con facilidad. Damos que esta carne y sangre no quedó con la union hipostática; pero para conservar el nombre de deificada basta que antes la tuviese: como el santísimo árbol de la cruz se llama: *Lignum sanctificatum, lignum vivificum*, en el VI sínodo general, cán. 73, en el VII, act. 7, por el contacto de el cuerpo de Cristo: *Ut sanctificatum tactu sancti corporis, et sanguinis decenter adorandum*, que dijo san Damasceno, *lib.* 4 *de fide*, *cap.* 12, y Sedulio, *lib.* 4.

Pax crucis ipse fuit, violentaque robora membris,
Illustrans propriis, pœnam vestivit honore,
Suppliciumque dedit signum magis esse salutis,
Ipsaque sanctificans in se tormenta beavit.

Y permanece la denominacion de santificado y de vivífico, por el contacto ó accidental union que tuvo antes con Cristo, sin que sea menester dure actualmente ese contacto. Lo que en la cruz es *sanctificatum*, es *deificatum* en el prepucio y sangre de Cristo, denominacion que significa union sustancial, que hay, ó precedió con la divinidad, y juntamente declara el título y excelencia que hace á esas reliquias dignísimas de veneracion sobre las demás. La cruz en que murió Cristo, por el contacto á su santísimo cuerpo: el prepucio y carne, por la union sustancial que tuvo con el Verbo. Adorable la cruz por santificada: adorable el prepucio y sangre por deificados.

NOTA XIV.

TEXTO. *Porque las obras remisas ó muertas no son sacrificio aceptable á su Majestad.* (Núm. 572).

§ I.

La doctrina de esta nota parece univocarse con la de Bañez, 2, 2, *quæst.* 24, *art.* 6, menos bien vista de los teólogos, así domésticos como extraños; pues no ser las obras remisas aceptables á los ojos de Dios, no es mas que no ser dignas de premio alguno: con que se puede oponer á esta nota cuantos argumentos de autoridad y razon oponen los teólogos á la singular sentencia de el Padre Bañez muchos, gravísimos y eficaces, pasando á censurarla agriamente. así tomistas, como los de otras escuelas. Y nuestra Historiadora mas duramente habla que el Padre Bañez: pues este, ya que á las obras remisas no concedió premio esencial, les concede á lo menos algun accidental en el gozo que tendrán en la bienaventuranza de haberlas hecho; pero la venerable Madre nada les concede: así porque absolutamente afirma no son aceptables á los ojos de Dios, como porque las equipara á las obras muertas; y las que lo son, por faltarles la vida que comunica la gracia, no son dignas de premio alguno: pues para merecer condignamente, menester es que el que merece sea vivo miembro de Cristo, segun difine el Tridentino, *sect.* 6, *can.* 32.

Nuestro subtil Doctor en el 4, en la *distinct.* 22, § *Contra hoc*, *num.* 11, tocando el punto dice: *Utile est continue quantum possibile est, opera meritoria exercere, quamvis remissa; quia etsi iste remisse agens, non habeat majorem gratiam per opus suum quam ille dormiens, in qua salvatur gratia sine tali opere: non tamen frustra iste agit, nec in nullo excedit illum, qui dormit: immo per illud quod egit, jam dignus est aliquo æterno bono, quo non est dignus ille.* El que obra remisamente, dice Escoto, merece mas que el dormido. Como no merecerá mas que el muerto; aun los méritos muertos por la culpa, prosigue Escoto, tienen alguna aceptabilidad en los ojos de Dios, no solo para la gloria, si vuelven á resucitar con la gracia, sino aun para que Dios los vivifique con ellos. Son sus palabras muy dignas de su piedad, y por alentar tanto á obrar bien no excuso el trasladarlas. Dice: *Nec tamen credo, quod merita mortificata omnino nihil faciant in acceptatione divina ad primam gratiam dandam huic lapso: quia et si secundum strictam justitiam, iste inimicus Dei non sit dignus de propinquo ad aliquam gratiam, et gloriam: tamen excellens misericordia Dei propter præcedentia merita, licet mortificata, citius dat gratiam ad resurgendum. Unde, sicut credo, quod perfectior gravius cadit propter majorem ingratitudinem: ita credo, quod cæteris paribus citius resurget propter Dei benignitatem, merita prædicta ad hoc aliqualiter acceptantem. Unde aliquando audivi de viro prius valde perfecto, et postea profundissime lapso, cum propter facinora sua esset morti adjudicatus, misericordissime visitato, perfectissima pœnitentia sibi subito inspirata est.* Y concluye: *Istud debet allicere quemlibet ad semper meritorie agendum pro viribus: quia sive mansurus, sive lapsurus, non erunt ista in oblivione coram Deo.*

Si obrar remisamente es obrar sin fervor; obrar con fervor pide tanto, segun las reglas de san Basilio, que serán pocos los que merezcan aun de los muy justos. *Fervor in his tribus consistit*, dice el gran Basilio, *in regulis brevioribus,*

respon. 259 : *Primo, ut in ea re, quam agimus, sit tota animi intentio : secundo, ut adsit inexplicabilis cupiditas bene operandi : tertio, ut accedat assiduitas, et continuatio, qua nullum charitatis erga proximum, aut virtutis officium recusemus.* Si se examina á estas reglas el obrar con fervor, y el no obrar así, es obrar remisamente : no merecer, no ser nuestras obras aceptables á los ojos de Dios, con impropia analogía compara el mérito al cabello san Ambrosio en el prólogo *ad lib.* 2 *de Spiritu Sancto ;* pues para merecer se pide tanto peso, tal cuidado, tan escrupulosa exaccion.

Méritos y buenas obras se usurpan con indistincion en los Padres y Concilios. Y se compone ser las obras remisas, y ser buenas. De todas se acuerda Dios, para premiarlas proporcionadamente : *Non est injustus Deus, ut obliviscatur operis vestri. Hebr.* VI. *Misericordia facit unicuique locum secundum meritum operum. Eccli.* XVI. *Capilli capitis vestri omnes numerati sunt, Luc.* XII, que en el lugar citado interpreta san Ambrosio de los merecimientos. Por esto las obras buenas de los justos absolutamente sin distinguir de intensas á remisas, las difine el concilio Tridentino meritorias en la *sect.* 6, *c.* 10, *cap.* 16, *can.* 24. Cuando se da el premio á las remisas, queda á la disputa de los teólogos ; pero que del todo se queden sin premio alguno, es censurable al juicio de los mas. Véase Zumel, 1, 2, *quæst.* 114, *art.* 4, *y art.* 8, Aragon, 2, 2, *q.* 24, *art.* 6, Valencia, *t.* 3, *disp.* 3, *q.* 2, *punct.* 3. Luego el afirmar que las obras remisas, como las muertas, no son aceptables á los ojos de Dios, es dar en una doctrina muy sospechosa de verdad y topar con las censuras, que la subscriben tantos y tan graves autores.

§ II.

Confieso ingénuamente que, á ser la doctrina de nuestra Historiadora la que indica el cargo, me hallara embarazadísimo, por parecerme sobremanera dificultoso el sentir de Bañez ; constará empero con evidencia, no ser este el de la venerable Madre, advirtiendo el distinto significado que entre los teólogos escolásticos y Padres tienen estas voces : *Obras remisas.* Entre los teólogos que con método escolástico controvierten esta cuestion, *obras remisas* significan aquellas obras, que aunque sean buenas, así por su objeto, como por sus circunstancias, aunque sean sobrenaturales, aunque las ordene la caridad, no igualan empero á la intension de el principio de quien nacen, ó á lo menos al hábito de caridad y gracia que suponen. De suerte, que la obra intensa como tres, hecha de Pedro, que tiene hábito de gracia como dos, en Pedro no se llama obra remisa, sino intensa : y esta misma obra intensa como tres, con el mismo objeto, circunstancias y auxilios hecha de Pablo, que tiene hábito de gracia como cuatro, en Pablo es obra remisa.

En los Padres *obra remisa* significa obra hecha con negligencia, con distraccion, con miedo servilísimo de pena temporal, con tal tibieza, que la caridad no la encamina á fin sobrenatural alguno con órden actual, virtual, ó habitual. En este sentido la toma san Bernardo, *serm.* 5 *Ascension.*, donde describiendo cómo era el religioso que obraba con fervor, inmediatamente describe cuál sea el negligente y remiso. *Contra sane est invenire homines pusillanimes, et remissos : deficientes sub onere : virga, et calcaribus indigentes, quorum remissa lætitia pusillanimis tristitia est, quorum brevis, et rara compunctio, animalis cogitatio, tepida cònversatio, quorum obedientia sine devotione, sermo sine circumspectione, oratio sine cordis intentione, lectio sine ædificatione :*

truirle á él y á la mujer que escogiere por su Madre. Á quien mas en esto trabajare, le daré mayor premio de agradecimiento. Hasta ahora en todos los hombres hallo culpas y efectos de ellas, y ninguno descubre la majestad y grandeza que traerá el Verbo humanado para manifestarse á los hombres, y obligará á todos los mortales que le adoren y ofrezcan sacrificios y reverencia. Esta será la señal infalible de su venida al mundo, en que reconocerémos su persona, y en que no le tocará la culpa ni los efectos que causan los pecados en los mortales hijos de Adan.

936. Por estas razones (prosiguió Lucifer) es mayor mi confusion; porque si no ha bajado al mundo el Verbo eterno, no puedo alcanzar estas novedades que sentimos, ni conozco de quién sale esta virtud y fuerza que nos quebranta. ¿Quién nos desterró y arrojó de todo Egipto? ¿Quien derribó aquellos templos y arruinó los ídolos de aquella tierra donde estábamos adorados de todos sus moradores? ¿Quién ahora nos oprime en la tierra de Galilea y sus confines, y nos impide que no lleguemos á pervertir muchos hombres á la hora de su muerte? ¿Quién levanta del pecado á tantos como se salen de nuestra jurisdiccion, y hace que otros mejoren sus vidas y traten de el reino de Dios? Si este daño persevera para nosotros, gran ruina y tormento se nos puede seguir de esta causa que no alcanzamos. Necesario es atajarle, y reconocer de nuevo si en el mundo hay algun gran Profeta ó Santo que nos comienza á destruir; pero yo no he descubierto alguno á quien atribuir tanta virtud. Solo con aquella mujer nuestra enemiga tengo un mortal odio, y mas despues que la perseguimos en el templo, y despues en su casa de Nazareth; porque siempre hemos quedado vencidos y aterrados de la virtud que la guarnece; y con ella nos ha resistido invencible y superior á nuestra malicia, y jamás he podido rastrear su interior ni tocarla en su persona. Esta tiene un hijo, y los dos asistieron á la muerte de su padre, y no pudimos todos nosotros llegar á donde estaban. Gente pobre es y desechada, y ella es una mujercilla escondida y desvalida: pero sin duda presumo que hijo y madre son justos; porque siempre he procurado inclinarlos á los vicios comunes á los hombres, y jamás he podido conseguir de ellos el menor desórden ni movimiento vicioso, que en todos los demás son tan ordinarios y naturales. Conozco que el poderoso Dios me oculta el estado de estas dos almas; y el haberme celado si son justas ó pecadoras, sin duda tiene algun misterio oculto contra nosotros; y aunque tambien en algunas ocasiones nos ha sucedido con otras almas

escondérsenos el estado que tienen, pero han sido muy raras, y no tanto como ahora; y cuando este hombre no sea el Mesías prometido, por lo menos serán justos y enemigos nuestros, y esto basta para que los persigamos y procuremos derribar, y descubrir quiénes son. Seguidme todos en esta empresa con grande esfuerzo, que yo seré el primero contra ellos.

937. Con esta exhortacion remató Lucifer su largo razonamiento, en que propuso á los demonios otras muchas razones y consejos de maldad que no es necesario referir, pues en esta Historia trataré mas de estos secretos, sobre lo que dejo dicho, para conocer la astucia de la venenosa serpiente. Salió luego del infierno este príncipe de las tinieblas, siguiéndole innumerables legiones de demonios, y derramándose por todo el mundo, le rodearon muchas veces discurriendo por él, y inquiriendo con su malicia y astucia los justos que habia, y tentando los que conocieron, y provocándolos á ellos y á otros á maldades fraguadas en la malicia de estos enemigos: pero la sabiduría de Cristo Señor nuestro ocultó su persona y la de su Madre santísima muchos dias de la soberbia de Lucifer; y no permitió que las viesen ni conociesen, hasta que su Majestad fué al desierto, donde disponia y queria ser tentado despues de su largo ayuno; y entonces le tentó Lucifer, como diré adelante en su lugar [1].

938. Cuando en el infierno se congregó este conciliábulo, como todo era patente á Cristo nuestro divino Maestro, hizo su Majestad especial oracion al Padre eterno contra la malicia del dragon; y en esta ocasion, entre otras peticiones, rogó y pidió diciendo: *Eterno Dios altísimo y Padre mio, yo te adoro, y engrandezco tu ser infinito y inmutable, y te confieso por inmenso y sumo bien, á cuya divina voluntad me ofrezco en sacrificio para vencer y quebrantar las fuerzas infernales, y sus consejos de maldad contra mis criaturas; yo pelearé por ellas contra mis enemigos y suyos, y con mis obras y vitorias del dragon les dejaré esfuerzo y ejemplo de lo que contra él han de obrar, y su malicia quedará mas débil para ofender á los que me sirvieren de corazon. Defiende, Padre mio, á las almas de los engaños y crueldad antigua de la serpiente y sus secuaces, y concede á los justos la virtud poderosa de tu diestra, para que por mi intercesion y muerte alcancen vitoria de sus tentaciones y peligros.* Nuestra gran Reina y Señora tuvo al mismo tiempo conocimiento de la maldad y consejos de Lucifer, y vió en su Hijo santísimo todo lo que pasaba, y la oracion que hacia, y como coadjutora de estos triunfos hizo la misma ora-

[1] Infr. n. 995.

cion y peticiones con su Hijo al eterno Padre. Concedióla el Altísimo, y en esta ocasion alcanzaron Jesús y María dulcísimos grandes auxilios y premios que prometió el Padre para los que pelearen contra el demonio, invocando el nombre de Jesús y de María; de suerte que el que los pronunciare con reverencia y fe, oprimirá á los enemigos infernales, y los ahuyentará y arrojará de sí en virtud de la oracion y de las vitorias y triunfos que alcanzaron Jesucristo nuestro Salvador y su Madre santísima. De la protección que nos ofrecieron y dejaron contra este soberbio gigante, y con este remedio y tantos como acrecentó este Señor en su santa Iglesia, ninguna excusa tenemos, si no peleamos legítima y esforzadamente, venciendo al demonio, como enemigo de Dios eterno y nuestro, siguiendo á nuestro Salvador, y imitando su ejemplar vencimiento respectivamente.

Doctrina de la reina del cielo María santísima.

939. Hija mia, llora siempre con amargura de dolor la dura pertinacia y ceguedad de los mortales, para entender y conocer la proteccion amorosa que tienen en mi Hijo dulcísimo y en mí, para todos sus trabajos y necesidades. No perdonó mi Señor diligencia alguna, ni perdió ocasion en que pudiera granjearles tesoros inestimables, que dejase de hacerlo. Congrególes el valor infinito de sus merecimientos en la santa Iglesia, el esencial fruto de sus dolores y muerte; dejóles las seguras prendas de su amor y de su gloria; fáciles y eficacísimos instrumentos para que todos estos bienes los gozasen y aplicasen á su utilidad y salud eterna. Ofréceles sobre esto su proteccion y mia; ámalos como á hijos; acarícialos como á sus queridos y amigos; llámalos con inspiraciones; convídalos con beneficios y riquezas verdaderas; espéralos como padre piadosísimo; búscalos como pastor; ayúdalos como poderoso; prémialos como infinito en riquezas, y gobiérnalos como poderoso rey. Y todos estos y otros innumerables favores que les enseña la fe, se los propone la Iglesia, y los tienen á la vista; todos los olvidan y desprecian; y como ciegos aman las tinieblas, y se entregan al furor y saña que has conocido de tan crueles enemigos. Escuchan sus fabulaciones, obedecen á su maldad, dan crédito á sus engaños; y se fian y entregan á la insaciable y ardiente indignacion con que los aborrece y procura su eterna muerte; porque son hechuras del Altísimo, que venció y quebrantó á este cruelísimo dragon.

940. Atiende, pues, carísima, á este lamentable error de los hijos de los hombres, y desembaraza tus potencias, para que ponderes la diferencia de Cristo y de Belial. Mayor es la distancia que del cielo á la tierra. Cristo es luz verdadera, camino y vida eterna [1]; y á los que le siguen los ama con amor indefectible, y les ofrece su misma vista y compañía; y en ella eterno descanso que ni ojos vieron, ni oidos oyeron, ni pudo venir en corazon humano [2]. Lucifer es la misma tiniebla, error, engaño, infelicidad y muerte; y á sus seguidores aborrece y compele á todo mal, cuanto puede, y el fin será ardores sempiternos y penas crueles. Digan ahora los mortales si ignoran estas verdades en la Iglesia santa, que cada dia se les enseña y propone. Y si les dan crédito y las confiesan, ¿dónde está el juicio? ¿Quién los ha dementado? ¿Quién los olvida del mismo amor que se tienen á sí mismos? ¿Quién los hace tan crueles consigo propios? ¡Oh insania nunca bastantemente ponderada ni llorada de los hijos de Adan! ¡Que así trabajen y se desvelen toda la vida por enredarse en sus pasiones, desvanecerse en lo fabuloso, y entregarse al fuego inextinguible, á la muerte y perdicion eterna, como si fuera de burlas, y no hubiera venido del cielo mi Hijo santísimo á morir en una cruz, para merecerles este rescate! Consideren en el precio, y conocerán el peso y estimacion de lo que tanto costó al mismo Dios, que sin engaño lo conoce.

941. En este infelicísimo error tiene menos gravedad la culpa de los idólatras y gentiles; ni la indignacion del Altísimo se convierte tanto contra ellos, como contra los fieles hijos de la Iglesia santa que llegaron á conocer la luz de esta verdad: y si en el siglo presente la tienen tan escurecida y olvidada, entiendan y conozcan que es por culpa suya y por haber dado tanta mano á su enemigo Lucifer, que con infatigable malicia en ninguna otra cosa trabaja mas que en esta, procurando quitar el freno á los hombres, para que olvidados de sus postrimerías y de los tormentos eternos que les aguardan, se entreguen como brutos irracionales á los deleites sensibles; y olvidándose de sí mismos, gastando la vida en bienes aparentes, bajen en un punto al infierno, como dice Job [3], y como sucede en hecho de verdad á infinitos necios que aborrecen esta ciencia y disciplina. Tú, hija mia, déjate enseñar de mi doctrina, y apártate de tan pernicioso engaño y del comun olvido de los mundanos. Suene siempre en tus oidos aquel despecho lamentable de los condenados, que comenzará del fin de su vida y principio de su eterna

1 Joan. XIV, 6. — 2 Isai. LXIV, 4. — 3 Job, XXI, 13.

muerte, diciendo: ¡Oh insensatos de nosotros, que juzgamos por insania la vida de los justos! ¡Oh, cómo están colocados entre los hijos de Dios y tienen parte con los santos! Luego nosotros erramos en el camino de la verdad y justicia. No nació el sol para nosotros. Fatigámonos en el camino de la maldad y perdicion, y buscamos sendas dificultosas, ignorando por nuestra culpa el camino del Señor. ¿Qué nos aprovechó la soberbia? ¿Qué nos valió la jactancia de las riquezas? Todo se acabó para nosotros como sombra. ¡Oh, nunca hubiéramos nacido! Esto es, hija mia, lo que has de temer y discurrir sobre ello en tu secreto, mirando, antes que vayas y no vuelvas, aquella tierra tenebrosa (como dijo Job [1]) de las cavernas eternales, lo que te conviene huir del mal y alejarle dél, y obrar el bien. Ejecuta viandante y por amor lo que con despecho y condenados dicen los prescitos á fuerza de el castigo.

[1] Job, x, 21.

NOTAS

A ESTA SEGUNDA PARTE.

NOTA X.

TEXTO. ***Y así como la Princesa de el cielo habia sido el instrumento de la santificacion de el Baptista y de su madre santa Isabel; lo fue tambien para la plenitud de gracia que recibió san Josef con mayor abundancia.*** (Número 412).

§ I.

Propónese al exámen esta nota, por dos reparos que se ofrecen: que aunque leves entrambos, es bien se les dé satisfacion; porque los muy escrupulosos suelen tropezar en lo enladrillado. El primero, cómo pudo ser María instrumento de el aumento de gracia que dió el Señor á san Josef en esta ocasion. El segundo, que el aumento de gracia que recibió entonces fue superior al de el Baptista, á quien Cristo exclama superior á todos: *Inter natos mulierum non surrexit major Joanne Baptista. Matth.* II.

No me detengo en explayar estas dudas, por la poca dificultad que tienen, sobre ser comunes. Á la primera, prescindiendo si se habla de instrumento físico, ó instrumento moral, por no hacer al caso examinar esta cuestion tan batallada de escotistas y tomistas en la materia *de Sacramentis in genere*, es cierto que aunque María santísima no sea causa instrumental de la gracia que se comunica á todos, como dice Suarez, *tom.* 2, *in* 3 *p., disp.* 28, *sect.* 1, respecto de la santificacion y gracia, de algunos puede serlo: y que lo fuese de la primera gracia que santificó al Baptista, es sentir comun de muchos Padres, á los cuales cita y sigue Novarino, *in umbra virginea, excursat.* 146. *Virginis vox* (dice Teofil., super I Lucæ) *vox erat incarnati in illa. Et idcirco etiam Præcursorem in utero gratia prosecutus est, et prophetam fecit.* Insinúa lo propio el concilio Calcedonense, *act.* 1: *Baptistam in utero exiliisse in voce Dei genitricis Mariæ.*

La voz de María fue instrumento de la santificacion de el Baptista, y lo fue en esta ocasion de la abundante gracia que el Verbo desde las entrañas purísimas de su Madre comunicó á san Josef, dice el eximio Suarez, *tom.* 2 *in* 3 *p., disp.* 8, *sect.* 2, de autoridad de san Crisóstomo, cási con las mismas palabras que nuestra Historiadora: *Primum enim in facto illo, Matth.* I (dice), *cum sponsam concepisse intellexit, summam animi moderationem, et prudentiam ostendit, quod eleganter ponderat Chrysostomus, homil.* 4 *in Matth.*, ibid. *Inter alia dicit, quod sicut Christus existens in utero per Matrem sanctificavit Baptistam, ita per eamdem summam quamdam gratiam Joseph communicavit.*

Y siendo María santísima verdadera esposa de Josef, no habia de ser menos su liberalidad, como ni su amor con el Esposo que con el sobrino. Allá san Gregorio Nazianceno, *orat.* 11, refiere de su hermana Gorgonia que deseó ansiosamente y consiguió: *Ut maritus quoque perficeretur, ut sic toto corpore consecraretur, ac non dimidia tantum ex parte initiata discederet, ipsiusque aliquod imperfectum relinqueretur.* En este sentido fue la voz de María instrumento de la gracia de el Baptista y san Josef. Los que admiten instrumento físico á ella no denudarán concede esta causacion instrumental á María santísima en algunas ocasiones, y menos los que afirman fue instrumento físico de la union hipostática, como defiende Saavedra, *de sacra Deipara, vest.* 1, *disp.* 13, *sect.* 3, con otros muchos á quien cita. En los que solo admiten instrumento moral, es menos dificultoso. Especialmente fundados en la autoridad de Gerson, *tract.* 4 *super Magnificat,* donde dice: *Regina cœli habet præeminentiam, et virtutem influxivam super omnes;* y la de san Bernardino de Sena, *serm.* 3 *de glorioso nomine Mariæ, art.* 3, *cap.* 2: *Iste est hierarchicus ordo, et defluxus cœlestium gratiarum, ut prius à Deo defluat in Christi animam benedictam, quia ut dicitur Jacobi* I: *Omne donum perfectum desursum est descendens à Patre luminum, deinde defluat in animam Virginis, deinde in Seraphim, deinde in Cherubim, et sic successive ad omnes ordines Angelorum, demum in Ecclesiam militantem, et maxime in amicos Dei, et Virginis gloriosæ.* Y por esto el Idiota, c. 1 *de contempt. Virginis,* llama á María santísima *Thesauraria gratiarum.*

§ II.

La segunda parte, que afirma fue mas abundante la gracia de san Josef que la de san Juan Baptista, tiene muchos patronos, á los cuales cita y sigue el Padre Suarez, *disp.* 8 *citata. Probabile est* (dice) *Josephum perfectiorem gratiam esse assecutum, quam Joannem Baptistam: quia excellentius munus habuisse videtur, et majorem opportunitatem, pluresque occasiones crescendi in gratia.* Y en la *sect.* 1 de la misma disputacion: *Alia vero sunt ministeria, quæ attingunt ordinem unionis hypostaticæ, qui ex suo genere perfectior est, ut de dignitate Matris Dei supra diximus, et in hoc ordine intelligo constitutum esse ministerium S. Joseph, et esse veluti infimo gradu illius, et ex hac parte excedere reliqua tanquam in superiori ordine existens.* Al texto de san Mateo, c. XI: *Inter natos mulierum non surrexit major Joanne Baptista,* trae varias explicaciones, *disp.* 23, *sect.* 3.

Á mí, fuera de las que eruditamente recoge, me parece muy literal entender que la mayoría de el Baptista se toma comparativamente á los Santos de el Viejo Testamento: á la manera que santo Tomás, 2, 2, *q.* 174, *art.* 4 *ad tertium,* explica el texto *Deuteronom.* XXXIV: *Non surrexit ultra in Israel propheta, sicut Moyses.* Y dice santo Tomás: *Hoc loco comparatio fit cum Prophetis Veteris Testamenti; Joannes autem ad Novum Testamentum pertinet, cujus ministri præferuntur etiam ipsi Moysi.* Y como *non surrexit ultra Propheta sicut Moyses,* se explica de los Profetas que pertenecen al Viejo Testamento; *Inter natos mulierum non surrexit major Joanne Baptista,* se puede explicar de los Santos de el Viejo Testamento, con quien hace comparacion Cristo.

Podrá dudarse si san Josef pertenece al Nuevo ó Viejo Testamento, pero en la doctrina de el angélico Doctor, *ubi supra,* al Nuevo debe pertenecer, como pertenece el Baptista. Y siendo la distincion entre unos, que los de el

Viejo se justificaban en la fe de el Mesías venturo, y los del Nuevo en la del Mesías ya existente; san Josef que le sirvió, amó, y veneró ya existente, al Nuevo Testamento debe pertenecer.

Pero porque en puntos que dependen de el querer y providencia de Dios no se debe dar por cierto el exceso de estas cooperaciones, por no exponerse al riesgo de la temeridad, como notan los dos grandes Doctores angélico y seráfico, en los lugares citados arriba; advierto que la venerable Madre no hace comparacion de la santidad de san Josef con la de el Baptista, como consumada en el exordio de su primera santificacion y gracia, y está bien que en la ocasion que habla la venerable Madre, fuese superior la santidad de san Josef á la de el Baptista; y que el término de la vida fuese superior, la de el Baptista á la san Josef.

Confieso ingénuamente que á mí, para juzgarla superior, me hace gran fuerza el ver que aunque san Josef era padre putativo de Cristo, los Evangelistas absolutamente le llaman padre. *Pater tuus, et ego dolentes quærebamus te. Cum inducerent Jesum Parentes ejus. Erant Pater et Mater ejus mirantes super his, quæ dicebantur.* Lucæ, II. Aun el derecho da por superiorísima la dignidad de aquel á quien el emperador elegia por padre ó patricio suyo. Glos. 1, *in lege fin., c. Senatoribus, § Filius familias.* Y por eso disponia no pudiese elegirse patricio de el emperador, quien antes no hubiese obtenido la suma honra de cónsul, *leg.* 3, *c. de Consulibus, lib.* 10. Tambien ver que le escogió Dios entre todos los Santos por esposo de María santísima: *Joseph cum esset vir ejus.* Encomio superiorísimo y delineacion revelante de su virtud, prendas y santidad: *Vultis uno verbo virum describam? Vir illius, neque enim scio, quid amplius dicere necesse sit;* como pondera san Gregorio en la oracion citada, hablando de el esposo de su Gorgonia.

NOTA XI.

TEXTO. *Nació el Niño Dios solo y puro, sin aquella túnica que llaman secundina; y no me detengo en declarar la causa de donde pudo nacer y originarse el error que se ha introducido de lo contrario.* (Núm. 477).

§ I.

Que Jesucristo nuestro Redentor naciese de las entrañas purísimas de su Madre, sin secundinas, es comunísima sentencia de los teólogos. Así el Padre Suarez, *tom.* 2, *in* 3 *part., disp.* 13, *sect.* 2, nuestro Felipe Fabro, *in* 3, *dist.* 4, *disp.* 12, *c.* 3, Novato, *tom.* 1 *de eminentia Deip., c.* 10, *q.* 6, Juan Mario Scribonio, *in sua Panthalicia, lib.* 3, *disp.* 7, *q.* 7. Puédese afirmar en esta comunísima sentencia de los Padres, que unánimes dicen fue el parto de María santísima *impolluto, absque inquinamentis, absque aliqua naturæ contumelia.* Así san Epifanio, *lib.* 3 *contra hæreses, in fin.*, san Gregorio Nazianceno, *in tragœdia, Christus patiens, col.* 10, san Cipriano, *in serm. Nativit. Christi,* san Agustin, *lib.* 29 *contra Faustum, c.* 3 *et* 4, *et lib. de quinque hæresibus, c.* 5, san Zenon, *serm.* 2 *de Nativit.*, los doscientos Padres de el sínodo Truliano, *canon.* 79: *Absque ullis secundinis ex Virgine partum esse confitentes.*

Y aunque es del todo cierto que estos cánones de el sínodo Truliano, en griego *Penthecten,* esto es Quino VI, por haberse congregado á suplir los cá-



nones que faltaron al V y VI sínodo general, no tienen autoridad infalible, antes bien algunos dellos han sido reprobados de la Iglesia: como el cán. 2, el cán. 13 y el cán. 82; pero los que no lo han sido tienen gravísima autoridad, y como tales los cita Adriano papa en su opúsculo remitido á Carlomagno, y el VII sínodo general, II Niceno, cán. 1, y el cán. 79 Truliano, en parte alguna se hallará reprobado. Dirá alguno que Joberio en su docto tomo *de sanctionibus Ecclesiasticis*, no traslada del original griego: *Absque secundinis*, sino *absque dolore*. Es verdad; pero en la edicion de Colonia y en la correctísima Vaticana está como hemos dicho *absque secundinis*.

Demás, que de la traslacion de Joberio tambien consta, donde refiriendo el cán. y la interdiccion de la fiesta á las secundinas, pone el cán. así: *Unde, quando aliqui post diem natalis Christi Dei nostri reperiuntur coquentes similam; et se hoc mutuo donantes, prætextu, scilicet, honoris Secundinarum impollutæ Virginis Matris, statuimus, ut deinceps nihil tale fiat à fidelibus*. Señalaron los Padres la razon: *Nec enim hic honor est Virginis (quæ supra mentem et sermonem, quod comprehendi non potest, Verbum peperit carne) ex communibus, et iis, quæ in nobis fiunt inenarrabilem ejus partum mentiri, ac describere*. Donde aun de la traslacion de Joberio parece claro cuán ajeno fue de el sentir de aquellos Padres hubiese en el purísimo parto de Cristo las secundinas que hay en los otros. Y por esto prohibe aquella festividad.

La razon que tocan los Padres es eficaz: *Nec enim honor est Virginis ex communibus, et iis, quæ in nobis fiunt, inenarrabilem ejus partum mentiri, ac describere*. Tocó y ponderó esta razon sólidamente la venerable Madre. Regístrense sus razones, que son eficacísimas. Y verdaderamente, que si el afirmar nació Cristo con secundinas se funda en excusar milagros, está tan léjos de ser esto así, que antés por este medio se multiplican mas. Porque de nacer sin secundinas, solo se pone el milagro de que se resolviesen dentro de las entrañas de María santísima: de nacer con ellas se sigue el milagro de no romper el claustro virginal, el milagro de salir Cristo de las secundinas sin romperlas; y en caso de romperlas, y detenerse, y no correr la sangre que en ellas se contenia para alimento de el Infante. Y últimamente averiguar qué se hizo de aquellas secundinas dignísimas de toda veneracion, por haber sido de Cristo. Y si se resolvieron despues, porque no se tratasen con indecencia; mas connatural era se resolviesen antes, pues por este remedio se excusaba la multiplicacion de milagros, y se atendia á la mayor decencia de aquel parto purísimo. Los fundamentos dichos de autoridad y razon me parecen evidentes en confirmacion de el sentir que propone y apoya la venerable Madre.

§ II.

Solo puede oponerse á esto la Revelacion de santa Brígida, *lib.* 7, *c.* 21, donde dice, que visitando el santo pesebre de Belen vió: *Illum gloriosum Infantem in terra nudum, et nitidissimum; vidi etiam pellem secundinam jacentem prope eum involutam, et valde nitidam*. De lo cual parece colegirse, se reveló á la Santa que Jesucristo nació con secundinas; pues vió al Niño nacido, y las secundinas junto á él. Así lo entiende Gonzalo Durantes, su comentador, procurando esforzar mucho la probabilidad de este sentir.

Si las Revelaciones de santa Brígida, en virtud de las aprobaciones de la Iglesia, no tienen mas que *posse legi in Ecclesia sancta Dei, eo modo quo multorum Doctorum libri, et Sanctorum historiæ*, como refiere el cardenal

Turrecremata en el prólogo á dichas Revelaciones, *c.* 6, *art.* 1, *in fine*, aunque el despreciarlas como apócrifas y ilusorias fuera temeridad, de ningun modo lo fuera negar una ó otra; como no lo es negar algunas conclusiones y sentencias de aquellos Padres cuyas doctrinas aprobó la Iglesia, *ut habetur in decreto, c. Sancta Romana Ecclesia, distinct.* 15, *et cap. Gloriosus de reliquiis, et veneratione Sanctorum* 6, *et* 5 *Synodo generali, collat.* 3.

El Martirologio romano probado está de la Iglesia, y tras todo *pluries emendatione indiguit*, aun despues de Gregorio XIII, como advierte Fortunato Sac., *de cultu et veneratione Sanctorum, sect.* 11, *c.* 6. Véase el cardenal Baronio, *ad annum* 305, *n.* 122, *et ad annum* 311, *n.* 40. De suerte, que este género de aprobacion comun solo califica lo aprobado de este modo, como útil y como verdadero, *quoad majorem partem*, pero no *quoad singula in eo contenta*: por lo cual fuera temeridad despreciarlo todo como fabuloso; pero no el negar esto ó aquello con fundamentos prudentes. San Agustin y san Jerónimo se oponen entre sí no pocas veces, y una y otra doctrina está aprobada de la Iglesia, como consta de los textos citados, y especialmente *ex c. Gloriosus, de reliquiis et veneratione Sanctorum in* 6, con que esta aprobacion no las extrae del grado de probabilidad á mayor certeza; pues se siguiera de ahí aprobaba la Iglesia como mas probable la doctrina de san Jerónimo que la de san Agustin, y la de san Agustin como mas probable que la de san Jerónimo, lo cual ya se ve contiene implicacion manifiesta. Están aprobadas entrambas como útiles, como provechosas al bien comun de la cristiandad, á las buenas costumbres y dogmas de la fe, á quien ilustran, corroboran y dan inteligencia, como dice Bonifacio VIII en el capítulo citado *Gloriosus*, y Gelasio en el *cap.* 8 *Romana Ecclesia*, y advierte el Abulense, 2 *p. defen.*, *q.* 83.

De esto se infiere, que negar alguna revelacion de santa Brígida, no teniendo mas que esta aprobacion comun que hemos dicho, de ninguna suerte fuera censurable. Ni esto tampoco cediera en menos crédito de la heróica virtud de esta gran Santa, como en semejante caso dice san Antonino de Florencia, 3 *p.*, *tit.* 19, *c.* 11, negando la verdad de una revelacion que atribuye á santa Isabel de Hungría, aunque es cierto no es suya, sino de santa Isabel Schonovagense. Trae la revelacion cuya verdad niega san Antonino. Cogió en el *lib.* 4 de las visiones de esta Santa: *Aliquando Prophetæ sancti dum consuluntur* (dice san Gregorio, 1 *homil. in Ezech.*) *ex magno usu prophetandi, quædam ex suo spiritu proferunt, et se hæc ex prophetiæ spiritu dicere suspicantur.*

Pero yo estoy persuadido que las Revelaciones de santa Brígida no solo tienen aquella aprobacion comun que gozan las doctrinas de los Padres, sino aun aprobacion mas singular, como la que tiene san Agustin de Celestino I, *in epistola ad Episcopos Galliæ*, en lo que concierne á lo *de gratia et libero arbitrio*; por lo cual como fuera temeridad negar alguna proposicion de este gran Padre en estos puntos, como nota Suarez, *tom.* 1 *de gratia, Prolog.* 6, *n.* 16 *et* 17, lo será tambien afirmar es alguna indubitable revelacion de santa Brígida, y no obstante negarla dándola por ilusoria.

Es la razon clara á mi juicio, porque la Iglesia despues de haber examinado muchas veces estas Revelaciones muy en particular, como lo hicieron Gregorio XI, Urbano VI, Bonifacio IX, Martino V, el concilio Basiliense, *sub obedientia Eugenii IV*, las aprobó, como *veritate plenæ, et à Dei spiritu veraciter edoctæ. Necnon ad utilitatem legentium, seu audientium pro saluber-*

rimo fidelium dogmate in sancta Ecclesia Dei in perpetuum, cum devotione et reverentia studiosius observandæ, como refiere el cardenal Turrecremata, *c.* 1, atribuyéndolas al fin el texto de Judith, VIII: *Omnia, quæ locuta est, vera sunt;* y el de el III de los Reyes, XVII: *Verbum quidem Domini in ore tuo verum est.* Véase el prólogo al *lib.* 2 de Alfonso Solitario, obispo ginense. Y aunque es verdad que en virtud de estas aprobaciones no las propone la Iglesia como infalibles, ni *sub obligatione credendi*, las propone como dignas de ser creidas *pie et prudenter*: con que el reprobarlas como ilusorias, es decir no concurren en ellas aquellas notas que las hacen dignas de ser creidas de los hombres prudentes y piadosos, y consiguientemente oponerse, *saltem mediate*, al juicio de la Iglesia.

No es empero temeridad, sino muy probable, afirmar que en el libro de las Revelaciones de santa Brígida andan introducidas algunas, por el vicio de los amanuenses y transcriptores, que fueron muchos, como advierte Turrecremata, *ubi supra*. Fatalidad en que han peligrado la mayor parte de los escritos antiguos; por lo cual han necesitado de varias correcciones cási todas las obras de los Padres. Así responde nuestro venerable Amadeo, *raptu* 8 *suæ Apocalypsis*, á la revelacion de santa Brígida, *lib.* 6, *c.* 62, donde dice estuvo el cuerpo de María santísima quince dias en el sepulcro: *Quindecim vero diebus corpus meum jacuit in terra sepultum*. Así responde Jacobo Getsero, *lib.* 3 *commentariorum in Londinum*, *c.* 10. Así responde Enao, *in Empirologia*, *part.* 2, *lib.* 6, *exercit.* 19, *sect.* 2.

Y así pudiéramos responder nosotros á esta de las secundinas, viéndola menos conforme al sentir de tantos Padres, como la otra lo es á la mas comun acepcion de los fieles. Ni obsta decir que las Revelaciones de santa Brígida se aprobaron como se dieron transcriptas; porque aunque consta de sus aprobaciones, no consta del original manuscrito en que se vieron. Las obras de el angélico doctor santo Tomás se aprobaron por Clemente VII, *ut absque errore conscripta*. De Urbano V su doctrina, *tanquam veridica, et catholica, in sua bulla, Laudabilis Deus;* y con todo eso en tiempo de Pio V fue menester repurgarlas de muchos errores introducidos por la incuria de los transcriptores y amanuenses, como testifica el Pontífice en su bula puesta al principio de la edicion romana. Pudo suceder en los libros de las Revelaciones de santa Brígida lo que dice el reverendo Padre Francisco García en la nueva correccion, que despues de la de Pio V por mandado del reverendísimo fray Serafino Brixiense, hizo año de 1578, á las obras de el Doctor angélico: *Illa correctio* (dice) *facta fuit, ut video, conferendo tantum exemplaribus exemplaria, et dum ex archetypis veteribus inemendatis nova sunt excusa, inemendata quoque prodierunt et illa.* Si los libros de las Revelaciones de santa Brígida se hubieran corregido y impreso con la diligencia y cuidado que hoy están los de santo Tomás, no cupiera prudentemente esta solucion; pero no estándolo, cabe especialmente en aquello que es menos conforme al sentir de los santos Padres.

Ni se debe hacer argumento de estas á las que tiene en favor de la Concepcion Inmaculada de Nuestra Señora. Lo primero, porque esta revelacion de las secundinas solo se halla en una parte donde fue mas fácil el yerro; pero las de la Inmaculada Concepcion están en sus libros repetidísimamente, en el *l.* 1, *c.* 9, y en el *l.* 5, *c.* 13; en el *l.* 6, *c.* 49 y *c.* 55, en el *l.* 8, *c.* 47. Demás, que examinadas y alegadas estas en la Curia romana, jamás se han dado por

sospechosas. Ni se les puede oponer menos conformidad á la sagrada Escritura y santos Padres de la Iglesia, como consta de el concilio Tridentino, *sect. 5 de peccato originali, in fine.* Véase nuestro Ubadingo en la legacía de Trejo, *sess.* 3. Las Revelaciones de santa Brígida se examinaron por la piedra de toque de la conformidad con la sagrada Escritura y doctrina de los santos Padres, como se ve en los prólogos de el cardenal Turrecremata y Alfonso Solitario: con que la que fuere menos conforme á ella se ha de tener por sospechosa y no dicha por la Santa, sino introducida por yerro. Y siendo tan poco conforme á los santos Padres el que naciese Jesucristo con secundinas, era bastante para que dijésemos que aquellas palabras: *Vidi etiám pellem secundinam jacentem prope eum involutam,* eran introducidas por yerro.

§ III.

Esto era bastante respuesta á la oposicion que se hace con la revelacion de santa Brígida á la doctrina de la venerable Madre; pero yo juzgo estriba el argumento en supuesto falso: supone que á santa Brígida se le reveló que Jesucristo nació con secundinas, y no es así. Es la razon, porque, como dijo Teofilato, *super illud Pauli, Veniam ad visiones, et revelationes: Noveris quod revelatio majus quidpiam sit quam visio: huic enim tantum videre datur; revelatio vero quod videtur, denudat.* Vision y revelacion se distinguen entre sí. Vision hay que no es revelacion, y sucede cuando no revela ó explica Dios el significado de la vision. Vió Jeremías la olla y vara. Vió Baltasar los dedos que escribian. Vió Faraon espigas y vacas. Si no alcanzaran lo que significaba por estas cosas, vision hubiera, pero no revelacion; éxtasis profético, pero no profecía, como dice santo Tomás, 2, 2, *q.* 173, *art.* 2, *in corpore. Non est talis Propheta,* dice el Santo, *nisi illuminatur ejus mens ad judicandum:* por lo cual ni Faraon, ni Nabucodonosor, ni Baltasar fueron profetas; porque les faltó la inteligencia de las visiones que tuvieron.

Vió santa Brígida á Cristo infante recien nacido. Vió la secundina junto á él; pero no se hallará en todas sus revelaciones le diesen inteligencia de que las secundinas que vió significaban haber Cristo nacido con ellas. Ni de tal cosa se encontrará revelacion en todos sus libros. Antes bien en el capítulo siguiente, que es el 22, donde María santísima la explica esta vision, no la revela ni la dice que aquellas secundinas que vió significaban haber nacido envuelto en ellas el Redentor. Solo dice: *Et licet aliquid ostendi tibi Neapoli super hoc, qualiter stabam quando peperi Filium meum, tamen scias certissime, quod ego sic steti, et tali modo peperi, sicut nunc vidisti flexis genibus orando:* Sabe y ten por cierto que sucedió mi dichosísimo parto estando yo en oracion hincada de rodillas. Pero de las secundinas, ni palabra. *Sciendum est* (dice santo Tomás, 2, 2, *q.* 174, *art.* 4, *in corpore), quod quia mens Prophetæ est instrumentum deficiens, etiam veri Prophetæ non omnia cognoscunt, quæ in eorum visis, aut verbis, aut etiam factis Spiritus Sanctus intendit.* Y que sucediese así en algunas ocasiones á santa Brígida, testifica su devoto y docto compañero Alfonso Gienense ó Solitario en el prólogo al *lib.* 8, *c.* 4: *Item scias, quod aliquando ipsa domina Brigitta orans vigilando in excessu mentis, videbat in spiritu aliquas species, seu formas, nec tunc declarabatur ei quid significarent illa visa, sed remanebat dubia et incerta de significationibus illarum visionum. Quæ visiones aliquando postea declarabantur successu temporis, et aliquando non declarabatur ei de significationibus illarum; sed*



semper remanebat de illis incerta. Tal debió de ser esta de las secundinas. Vió santa Brígida secundinas junto al Niño; pero no le dieron á entender lo que significaba el Niño y junto á él las secundinas.

De aquí se puede inferir, que Cristo las tuvo cuando estaba dentro de las entrañas purísimas de su Madre, ó que tambien nació con ellas: en cuál de estos dos sentidos se debia entender esta vision, no está escrito se lo revelase Dios. El primero es mas conforme á los Padres, y cede en mayor decencia de aquel parto milagroso sobre todo lo comun de la naturaleza: así se debe interpretar esta vision, y no en el segundo, menos conforme á los Padres, y menos excelente para Cristo.

Nec obstat revelatio S. Brigittæ (dice Novato, *ubi supra), nam in ea non expresse dicitur, quod Virgo emiserit secundinam, sed tantum quod ipsa per revelationem viderit secundinam mundissimam in una parte. Quod satis verificari potest, si dicamus B. Brigittæ fuisse demonstratam illam secundinam, hoc est pelliculam, qua involvebatur Christus in utero virgineo existens, ut de veri corporis humani assumptione ei melius constaret.* Interpretarla en el segundo sentido, llama error nuestra Historiadora; no error dogmático, opuesto á alguna conclusion deducida de premisas de fe, sino error especulativo, ignorancia, como dicen los Padres de el sínodo de Trulo: *Absque ullis secundinis ex Virgine partum esse confitentes, ut qui sine semine constitutus est, idque toti gregi annuntiantes eos, qui propter ignorantiam aliquid faciunt, quod non decet.*

NOTA XII.

TEXTO. *Nació, pues, el Niño Dios de el tálamo virginal solo, y sin otra cosa material ó corporal que le acompañase; pero salió glorioso y transfigurado.* (Núm. 479).

§ I.

Nacer Cristo transfigurado, fue nacer Cristo con semejante luz y claridad que tuvo en el Tabor. Que esto fue transfigurarse. *Transformatus est corpore* (dice Eutimio, *cap.* IV *in Matthæum), corpore quidem in propria figura manente, divino vero splendore modicum quidem in eo detegente, ac facie illustrante, speciemque illius ad majorem Dei similitudinem immutante.* Y el angélico doctor santo Tomás en la 3 *part.*, en la *quæst.* 45, *art.* 1 *ad tertium: Ostendit igitur Christus in seipso aliqua illarum dotium indicia: puta agilitatis, cum supra undas maris ambulavit: subtilitatis, quando de clauso utero Virginis exivit: impassibilitatis, quando de manibus judæorum, vel præcipitare, vel lapidare eum volentium evasit.* Y concluye: *Nec tamen propter illa transfiguratus dicitur, sed propter solam claritatem, quæ pertinet ad aspectum personæ ipsius.* Y en el artículo siguiente: *Sicut enim dispensative factum est, ut in Christo gloria animæ non redundaret ad corpus, ita fieri potest, dispensative, ut redundaret quantum ad dotem claritatis, et non quantum ad dotem impassibilitatis.* De suerte, que para que subsista transfiguracion solo se requiere que el dote de claridad se participe de el cuerpo, sin que por esto sea necesario se participe tambien el dote de la impasibilidad.

En caso que en Cristo cuando nació hubiese claridad y resplandores milagrosos, debe decirse se originaron de la gloria de el alma, á la manera que se discurre en la luz y claridad de el Tabor: porque como originarse de la

gloria de el alma no sea que la claridad proceda de ella como de causa física, sino como de causa moral, por pedir con débito de connaturalidad y proporcion alma bienaventurada cuerpo bienaventurado, como advierte Suarez en el comento al artículo citado de santo Tomás. La claridad, la subtilidad, la agilidad que tuvo Cristo en algunas ocasiones debe atribuirse á la gloria de el alma con la cual estaba el cuerpo unido, como dice Inocencio IV, *lib.* 4 *de Mysterio Missæ*, *c.* 12, Hugo de San Víctore, citado de santo Tomás, *art.* 12, el Santo, ibid.; y Cayetano resuelve en el comento, se debe dar por indubitable. Bien que les falta la denominacion en rigor escolástico de dotes, por no ser permanentes, pero les queda la de ser participacion de la gloria de el alma, como dice Suarez, ibid.

Supuesto lo dicho, que Cristo Redentor nuestro naciese resplandeciente y clarísimo, no solo es revelacion de la venerable Madre, sino de santa Brígida, *lib.* 7, *c.* 12, donde dice: *Et ea sic in oratione stante vide tunc ego moveri jacentem in utero ejus, et illico in momento, et in ictu oculi peperit Filium, à quo tanta lux ineffabilis et splendor exibat, quod sol non esset ei comparabilis.* Y si una de las congruencias que alega san Damasceno, *serm. de Transfigurat.*, para que Cristo se transfigurase en el Tabor, es, *ut discrimen inter novum et vetus Testamentum significaret;* mas poderosa corre esta congruencia en María santísima, pues era primicia de el Nuevo Testamento, Madre de él en los creyentes que con su fe le abrazaron, fruto de los merecimientos de el Mesías ya nacido y existente: no en la esperanza de su venida, sino en la dicha de su posesion.

El Padre Salmeron, *tract.* 34, comentando el texto de san Lucas, *c.* II: *Et claritas Dei circumfulsit illos*, al aparecerse el Ángel á los pastores (dice), que aquella claridad publicaba la gloria de el nacido, y pregonando su deidad intimaba al mundo la ley de gracia, Nuevo Testamento que confirmaria despues con su muerte y sangre: *Estque illa claritas* (dice el docto Padre) *typus lucis evangelicæ, qua cernitur Messias. Unde græce dicitur gloria, et majestas Domini. Non ergo lux siderea, aut claritas angelica, sed claritas quædam præ se ferens divinam majestatem, et Domini nati gloriam.* Claridad que manifiesta su gloria, es claridad de Cristo transfigurado, dice santo Tomás, 3 *p.*, *q.* 43, *art.* 1. *Conveniens fuit, ut discipulis suis gloriam suæ claritatis ostenderet, quod est ipsum transfigurari:* con que se transfiguró en Belen, como en el Tabor, en una y otra parte para manifestacion de su majestad, para publicar en algun modo el Nuevo Testamento de su amor. Y en el portal aun mas especialmente, así porque su santa Madre le experimentase glorioso, como porque el Nuevo Testamento tuvo allí su primer principio.

§ II.

Solo puede objetarse á esta nota la autoridad de san Gregorio Magno, *homil.* 26 *in Evang.*, donde ponderando el texto de san Juan, *c.* XX: *Cum esset sero die illa una sabbatorum, et fores essent clausæ, ubi erant discipuli congregati propter metum judæorum: venit Jesus, et stetit in medio eorum, et dixit eis: Pax vobis;* dice así: *Illud enim corpus Domini intravit ad discipulos januis clausis, quod videlicet ad humanos oculos per nativitatem suam clauso exiit utero Virginis. Quid ergo mirum, si clausis januis post resurrectionem suam in æternum jam victurus intravit, qui moriturus veniens, non aperto utero Virginis exivit?* ¿Qué hay que maravillar, dice el santo Doctor, entrase cer-

radas las puertas, quien salió al mundo sin abrir el claustro virginal de su purísima Madre? De donde consta arguye de lo mas á lo menos. Hizo lo que es mas ; pues ¿qué hay que maravillar hiciese lo que es menos?

De aquí se forma el argumento así : Luego, segun san Gregorio, fue mas nacer de Madre Vírgen, que entrar á los discípulos cerradas las puertas. Si Cristo nació glorioso, no pudo ser mas. Es la razon, porque lo que hubo en Cristo cuando entró á sus discípulos cerradas las puertas, fue hallarse en estado glorioso; eso significa : *Post resurrectionem suam in æternum jam victurus intravit.* Luego si en el nacimiento por la transfiguracion estaba la gloria de el alma comunicada al cuerpo, y consiguientemente era cuerpo glorioso, no habia mas en una ocasion que en otra : luego el *quid ergo mirum* de san Gregorio no hay lugar, si Cristo nació transfigurado.

Pudiéramos oponer al argumento de san Gregorio otro de muchos Padres, que prueban la entrada á los discípulos cerradas las puertas, con la paridad de haber nacido de su Madre sin violar su pureza. Y si en el argumento de san Gregorio se ha de salvar lo mas, segun sus palabras : *Quid ergo mirum?* el de estos Padres falta en buena lógica ; pues no arguye de mas á menos, que es buen modo de argüir ; sino de menos á mas, que es inútil y sin eficacia. El asunto es claro. San Agustin, *serm.* 138 *de Tempore : Quomodo de sepulchro exire non posset, quod ex incorruptis Matris visceribus salva virginitate processit?* y trat. 131 *in Joan. : Moli corporis, ubi divinitas erat, ostia clausa non obstiterunt, ille quippe non eis apertis intrare potuit, quod nascente, virginitas Matris inviolata permansit ;* y san Gregorio Nazianceno, *in tragœdia Christus patiens :*

Et quomodo autem foribus occlusis adest?
Quin forte, et idem, sic sepulchro condito,
Clausoque surgens exiit, velut antea
Virginis ab alvo prodit Matris suæ,
Infracta servans claustra, quam castissima.

El mismo argumento hacen san Crisóstomo, *homil.* 2 *de Symbolo,* Teodoreto, *dialogo* 2, y otros muchos Padres.

Pero ni el argumento de estos santos Padres deja de ser eficaz, ni en san Gregorio sobre el *Quid ergo mirum?* ni se opone á esta revelacion de la venerable Madre. El caso es : que si precisamente se mira el entrar Cristo á los discípulos cerradas las puertas, y el nacer de su Madre sin violar su virginidad, son de el todo símiles y iguales entre sí, y consiguientemente eficaz el argumento de los Padres como fundado en paridad adecuadísima ; pero con esta diferencia, que el penetrar el sepulcro y puertas fue por razon de la subtilidad, en cuanto dote, por estar ya entonces Cristo en estado glorioso de puro comprehensor; pero el penetrar las entrañas purísimas de su Madre sin lesion alguna, fue participacion de la gloria de el alma refundida en el cuerpo, pero no por modo de dote; porque no fue con modo permanente ni connatural al estado de viador. La claridad, la subtilidad y los demás dotes que pertenecen al cuerpo, despues de la resurreccion no fueron milagrosos á Cristo; antes de la resurreccion lo fueron: pues para esto no solo se atiende á la substancia, sino al estado. En esto está : el *Quid mirum?* de san Gregorio arguye así : Si Cristo antes de estar en estado de comprehensor usó de el dote de la subtilidad, penetrando las virginales entrañas de su Madre, ¿qué mucho que en estado de comprehensor le tuviese, penetrando las partes de la

casa donde estaban cerrados los discípulos? Este es su argumento, que solo se opusiera á la doctrina de nuestra Historiadora, si afirmara nació Cristo en estado glorioso; pero no de que se transfigurase en Belen, como lo estuvo en el Tabor.

Confirme la respuesta el angélico Doctor con su doctrina, *3 p., q.* 45, *art.* 2, *in corpore: Ad corpus glorificatum redundat claritas ab anima, sicut qualitas quædam permanens corpus efficiens, unde fulgere corporaliter, non est miraculosum in corpore glorioso, sed ad corpus Christi in transfiguratione derivata est claritas à Divinitate, et anima ejus, non per modum qualitatis immanentis, sed magis per modum passionis transeuntis: sicut aer illuminatur à sole: unde ille fulgor tunc in corpore Christi apparens miraculosus fuit, sicut hoc ipsum, quod ambulavit super undas maris.* Lo que el angélico Doctor dice en la transfiguracion de Cristo en el Tabor, decimos en la transfiguracion de su nacimiento. Con lo cual queda eficaz el argumento de los Padres que arguyen *à simili;* el de san Gregorio, que arguye de lo milagroso á lo que no lo es, y últimamente indemne la doctrina de esta nota, por no oponerse al Magno Gregorio, que es el único cargo que pudo idearse con ella.

NOTA XIII.

TEXTO. *Ella con el Hijo santísimo, y él con su sagrada sangre y carne deificada.* (Núm. 549).

§ I.

Habla la venerable Madre de el sagrado prepucio y sangre que recogió María santísima en la circuncision de su Hijo, y guardó en un pomo de cristal, y en esta forma conservó toda la vida, y despues entregó á los Apóstoles, dejándole como vinculado á la Iglesia.

Pudiérase introducir en esta nota aquella célebre y grave cuestion, si hay en la Iglesia algunas reliquias de la sangre y prepucio de Cristo Redentor nuestro. Pero se omite; así porque comunmente los teólogos la disputan y resuelven por la parte afirmativa, como se puede ver el Padre Suarez, *t.* 2 *in 3 p., disp.* 37, *sect.* 3, Vazquez, *de Incarnat., disp.* 36, *c.* 8, Valencia, *disp.* 1, *q.* 5, *pun.* 1 *ad tertium,* Francisco Colio Medionalense, *tract. de sanguine Christi, l.* 5, *c.* 5, nuestro Merchan en su docto tratado *Fundamenta Ordinis, tit.* 12, § 4, *q.* 1, Lugo, *disp.* 14, *sect.* 6 *à n.* 91, y otros muchos; como porque esto, antes debe suponerse que disputarse: pues la comun tradicion, con ciencia y aprobacion de la Iglesia, venera en la basílica Lateranense la reliquia preciosísima de el prepucio, como testifica Inocencio III, *lib.* 4 *de mysterio Missæ,* y cuantos han estado en Roma. De la sangre que se guarda en Mantua, refiere Baronio año de 804, que á instancia de Carlomagno, Leon III examinó su verdad, y mandó con especial bula se venerase como tal, y Pio II en su bula dada año de 1461, que empieza: *Petitio exhibita,* remitida al abad de el monasterio Jenotense, hace lo propio con la sangre de Jesucristo que se conserva en aquel monasterio. Concluyendo: *Ut dictus sanguis cultui publico exhibeatur.*

Por lo cual dice Baronio: *Cæterum quoad sanguinem Christi pertinet, re multum examinata, inventus est, et comprobatus ille fuisse, qui ex corpore Christi fluxit tempore passionis ejus: non autem ille, qui Berythi ex sacra Cru-*



cifixi imagine fluxerat (que es lo que insinúa santo Tomás, 3 *p.*, *q.* 54, *art.* 2 *ad tertium*), *de qua veritate extare dicuntur sacra diplomata Romanorum Pontificum*. Y concluye: *Ut de his non sit amplius dubitandum.* Y con mucha razon: pues la comun tradicion aprobada, aun tácitamente de la Iglesia, da certeza moral á las reliquias, y fuera temerario negar su verdad, como lo es afirmar en la Iglesia culto supersticioso. Véase el docto tratado *De sacris Reliquiis, et de cultu, et veneratione earum*, de Anfosio Jabiense, *præcipue* § 22. ¿Qué será cuando no solo hay permiso y tácito consentimiento, sino aun interviene expresa aprobacion?

De aquí se verá *qualiter retorquetur in Turrecrematam*, la censura que él da, *in c. invitat. de consecratione, dist.* 2. Y cuando á la censura suya no resistiéramos con la autoridad de la Iglesia, sobrara la de tantos autores que se le oponen. Y debe advertirse es sentencia plausible de san Agustin, *in Enchir.*, *c.* 89, y *l.* 22 *de Civitate Dei*, *c.* 19, y de san Anselmo en el Elucidario, *et ad Ephes.* IV, que en la resurreccion no es necesario que todas las partes integrales de el cuerpo consten de la misma número materia, de que constaban antes: *In Christo suscitato debet esse præputium, ut non constans ex eadem numero materia, qua constabat dum abscissum fuit in circumcisione.* Véase el Padre Suarez, *ubi supra, sect.* 1, y el eminentísimo Lugo, *sect.* 4, *num.* 62.

En cuanto á la sangre, yo estoy persuadido que ha de haber menos en los cuerpos despues de la resurreccion, que antes; porque hay menos causas que la pidan: pues no se necesitará entonces de sangre, para reparar las partes de carne que se consumen por la accion y reaccion de el calor natural, ni para la produccion y generacion de los espíritus vitales ni animales, ni para humedecer las partes del cuerpo, porque no perezcan con la sequedad, sino puramente aquella sangre que se requiere para la perfeccion y integridad de la naturaleza y cuerpo humano: con que parece preciso haya de ser menos, por ser menos los títulos y necesidad de ponerla.

En parte insinuó este sentir el angélico doctor santo Tomás, *quodlib.* 5, *q.* 3, *art.* 5, donde dice: *In resurrectione tam Christi, quam nostra, totum quod fuit de veritate humanæ naturæ, reparabitur, non autem illa quæ de veritate naturæ non fuerunt. Et quamvis circa ea, quæ sunt de veritate humanæ naturæ, sit diversa diversorum opinio, secundum quamlibet tamen, non totus sanguis nutrimentalis, id est, qui ex cibis generatur, pertinet ad integritatem naturæ.* Siendo esto así, ¿qué mucho que la sangre vertida en la circuncision no se reasumiese en la resurreccion? Especialmente siendo tanto el tiempo y la distancia entre la resurreccion y circuncision, en cuyo espacio se perdieron otras muchas partes de carne y sangre, por la accion y reaccion continua de el calor natural, las cuales es cierto no reasumió Cristo, como ni los demás que resucitaron gloriosos.

Es la razon: porque el título y derecho en la conservacion de la union hipostática, dura en las partes en cuanto permanece en ellas el ser partes de la humanidad, ó en acto, ó en potencia, como enseñan comunmente los teólogos con santo Tomás, *in* 3, *dist.* 2, *q.* 2, *art.* 1; con que la partícula de carne y sangre, que no tomó Cristo en la resurreccion, como ya perdió el ser, aun parte en potencia de aquel cuerpo, deja de conservarse en ella la union hipostática, por faltar el título á la conservacion de aquel don.

§ II.

De aquí se hace el argumento á ésta nota: porque nuestra Historiadora, no solo dice hay en la Iglesia la preciosísima reliquia de el prepucio, pero aun la apellida carne deificada. Y carne deificada, es carne unida hipostáticamente á la divinidad, como consta de el VI sínodo general, *in diffinitione fidei, tract.* 17, *alias* 18, *non longe à fine*, donde explica la union hipostática de la humanidad con el Verbo, usando de ese nombre deificacion: *Quemadmodum sanctissima, immaculata, animata ejus caro deificata est, non perempta.* Y en el VII sínodo, *act.* 4, reprobando los cánones de el conciliábulo Constantinopolitano congregado á instancias de Leon Isáurico, donde, por máxima cierta suponian los Iconoclastas: *Quod quicumque Imaginem adorat, in duo Christum dividit: et quicumque Imaginem aspiciens dixerit, aut inscripserit ei, hic est Christus, Christum dividit;* difine así: *Cum Ecclesia catholica Christum pingit humana figura, non dividit eum à Divinitate illi unita, magis autem deificatam illam reddit. Et infra: Ita quoque Imaginem Dei facientes, deificatam carnem Domini confitemur.*

En el mismo sentido usurpan esta voz cuantos Padres impugnaron á Nestorio, huyendo la voz Deifero que él usaba, pretendiendo en tema de su error que este nombre Emmanuel significase, *Nobiscum Deus*, solo por union accidental. Luego no estando el prepucio y sangre que dejó Cristo en la tierra, despues de su resurreccion, unidos hipostáticamente á la divinidad, impropiamente la llama nuestra Historiadora carne deificada.

Pero á este cargo se satisface con facilidad. Damos que esta carne y sangre no quedó con la union hipostática; pero para conservar el nombre de deificada basta que antes la tuviese: como el santísimo árbol de la cruz se llama: *Lignum sanctificatum, lignum vivificum*, en el VI sínodo general, cán. 73, en el VII, act. 7, por el contacto de el cuerpo de Cristo: *Ut sanctificatum tactu sancti corporis, et sanguinis decenter adorandum*, que dijo san Damasceno, *lib.* 4 *de fide*, *cap.* 12, y Sedulio, *lib.* 4.

Pax crucis ipse fuit, violentaque robora membris,
Ilustrans propriis, pœnam vestivit honore,
Suppliciumque dedit signum magis esse salutis,
Ipsaque sanctificans in se tormenta beavit.

Y permanece la denominacion de santificado y de vivífico, por el contacto ó accidental union que tuvo antes con Cristo, sin que sea menester dure actualmente ese contacto. Lo que en la cruz es *sanctificatum*, es *deificatum* en el prepucio y sangre de Cristo, denominacion que significa union sustancial, que hay, ó precedió con la divinidad, y juntamente declara el título y excelencia que hace á esas reliquias dignísimas de veneracion sobre las demás. La cruz en que murió Cristo, por el contacto á su santísimo cuerpo: el prepucio y carne, por la union sustancial que tuvo con el Verbo. Adorable la cruz por santificada: adorable el prepucio y sangre por deificados.

NOTA XIV.

TEXTO. *Porque las obras remisas ó muertas no son sacrificio aceptable á su Majestad.* (Núm. 572).

§ I.

La doctrina de esta nota parece univocarse con la de Bañez, 2, 2, *quæst.* 24, *art.* 6, menos bien vista de los teólogos, así domésticos como extraños; pues no ser las obras remisas aceptables á los ojos de Dios, no es mas que no ser dignas de premio alguno: con que se puede oponer á esta nota cuantos argumentos de autoridad y razon oponen los teólogos á la singular sentencia de el Padre Bañez muchos, gravísimos y eficaces, pasando á censurarla agriamente. así tomistas, como los de otras escuelas. Y nuestra Historiadora mas duramente habla que el Padre Bañez: pues este, ya que á las obras remisas no concedió premio esencial, les concede á lo menos algun accidental en el gozo que tendrán en la bienaventuranza de haberlas hecho; pero la venerable Madre nada les concede: así porque absolutamente afirma no son aceptables á los ojos de Dios, como porque las equipara á las obras muertas; y las que lo son, por faltarles la vida que comunica la gracia, no son dignas de premio alguno: pues para merecer condignamente, menester es que el que merece sea vivo miembro de Cristo, segun difine el Tridentino, *sect.* 6, *can.* 32.

Nuestro subtil Doctor en el 4, en la *distinct.* 22, § *Contra hoc*, *num.* 11, tocando el punto dice: *Utile est continue quantum possibile est, opera meritoria exercere, quamvis remissa; quia etsi iste remisse agens, non habeat majorem gratiam per opus suum quam ille dormiens, in qua salvatur gratia sine tali opere: non tamen frustra iste agit, nec in nullo excedit illum, qui dormit: immo per illud quod egit, jam dignus est aliquo æterno bono, quo non est dignus ille.* El que obra remisamente, dice Escoto, merece mas que el dormido. Como no merecerá mas que el muerto; aun los méritos muertos por la culpa, prosigue Escoto, tienen alguna aceptabilidad en los ojos de Dios, no solo para la gloria, si vuelven á resucitar con la gracia, sino aun para que Dios los vivifique con ellos. Son sus palabras muy dignas de su piedad, y por alentar tanto á obrar bien no excuso el trasladarlas. Dice: *Nec tamen credo, quod merita mortificata omnino nihil faciant in acceptatione divina ad primam gratiam dandam huic lapso: quia et si secundum strictam justitiam, iste inimicus Dei non sit dignus de propinquo ad aliquam gratiam, et gloriam: tamen excellens misericordia Dei propter præcedentia merita, licet mortificata, citius dat gratiam ad resurgendum. Unde, sicut credo, quod perfectior gravius cadit propter majorem ingratitudinem: ita credo, quod cæteris paribus citius resurget propter Dei benignitatem, merita prædicta ad hoc aliqualiter acceptantem. Unde aliquando audivi de viro prius valde perfecto, et postea profundissime lapso, cum propter facinora sua esset morti adjudicatus, misericordissime visitato, perfectissima pœnitentia sibi subito inspirata est.* Y concluye: *Istud debet allicere quemlibet ad semper meritorie agendum pro viribus: quia sive mansurus, sive lapsurus, non erunt ista in oblivione coram Deo.*

Si obrar remisamente es obrar sin fervor; obrar con fervor pide tanto, segun las reglas de san Basilio, que serán pocos los que merezcan aun de los muy justos. *Fervor in his tribus consistit*, dice el gran Basilio, *in regulis brevioribus*,

respon. 259: *Primo, ut in ea re, quam agimus, sit tota animi intentio: secundo, ut adsit inexplicabilis cupiditas bene operandi: tertio, ut accedat assiduitas, et continuatio, qua nullum charitatis erga proximum, aut virtutis officium recusemus.* Si se examina á estas reglas el obrar con fervor, y el no obrar así, es obrar remisamente: no merecer, no ser nuestras obras aceptables á los ojos de Dios, con impropia analogía compara el mérito al cabello san Ambrosio en el prólogo *ad lib. 2 de Spiritu Sancto;* pues para merecer se pide tanto peso, tal cuidado, tan escrupulosa exaccion.

Méritos y buenas obras se usurpan con indistincion en los Padres y Concilios. Y se compone ser las obras remisas, y ser buenas. De todas se acuerda Dios, para premiarlas proporcionadamente: *Non est injustus Deus, ut obliviscatur operis vestri. Hebr.* VI. *Misericordia facit unicuique locum secundum meritum operum. Eccli.* XVI. *Capilli capitis vestri omnes numerati sunt, Luc.* XII, que en el lugar citado interpreta san Ambrosio de los merecimientos. Por esto las obras buenas de los justos absolutamente sin distinguir de intensas á remisas, las difine el concilio Tridentino meritorias en la *sect.* 6, *c.* 10, *cap.* 16, *can.* 24. Cuando se da el premio á las remisas, queda á la disputa de los teólogos; pero que del todo se queden sin premio alguno, es censurable al juicio de los mas. Véase Zumel, 1, 2, *quæst.* 114, *art.* 4, *y art.* 8, Aragon, 2, 2, *q.* 24, *art.* 6, Valencia, *t.* 3, *disp.* 3, *q.* 2, *punct.* 3. Luego el afirmar que las obras remisas, como las muertas, no son aceptables á los ojos de Dios, es dar en una doctrina muy sospechosa de verdad y topar con las censuras, que la subscriben tantos y tan graves autores.

§ II.

Confieso ingénuamente que, á ser la doctrina de nuestra Historiadora la que indica el cargo, me hallara embarazadísimo, por parecerme sobremanera dificultoso el sentir de Bañez; constará empero con evidencia, no ser este el de la venerable Madre, advirtiendo el distinto significado que entre los teólogos escolásticos y Padres tienen estas voces: *Obras remisas.* Entre los teólogos que con método escolástico controvierten esta cuestion, *obras remisas* significan aquellas obras, que aunque sean buenas, así por su objeto, como por sus circunstancias, aunque sean sobrenaturales, aunque las ordene la caridad, no igualan empero á la intension de el principio de quien nacen, ó á lo menos al hábito de caridad y gracia que suponen. De suerte, que la obra intensa como tres, hecha de Pedro, que tiene hábito de gracia como dos, en Pedro no se llama obra remisa, sino intensa: y esta misma obra intensa como tres, con el mismo objeto, circunstancias y auxilios hecha de Pablo, que tiene hábito de gracia como cuatro, en Pablo es obra remisa.

En los Padres *obra remisa* significa obra hecha con negligencia, con distraccion, con miedo servilísimo de pena temporal, con tal tibieza, que la caridad no la encamina á fin sobrenatural alguno con órden actual, virtual, ó habitual. En este sentido la toma san Bernardo, *serm.* 5 *Ascension.*, donde describiendo cómo era el religioso que obraba con fervor, inmediatamente describe cuál sea el negligente y remiso. *Contra sane est invenire homines pusillanimes, et remissos: deficientes sub onere: virga, et calcaribus indigentes, quorum remissa lætitia pusillanimis tristitia est, quorum brevis, et rara compunctio, animalis cogitatio, tepida conversatio, quorum obedientia sine devotione, sermo sine circumspectione, oratio sine cordis intentione, lectio sine ædificatione:*

quos denique, ut videmus, vix gehennae metus inhibet, vix pudor cohibet, vix frænat ratio, vix disciplina coercet. Non tibi horum vita in inferno penitus appropinquare videtur, dum intellectu affectui, et affectu intellectui repugnante, necesse habent mittere manum ad opera fortium, qui cibo fortium minime sustentantur, socii plane tribulationis, sed non consolationis. En este mismo sentido toma obras remisas san Basilio, *ubi supra.* En este san Gregorio, *in Pastorali, 3 part. admon.* 35. En este *Apocal.* III : *Non invenio opera tua plena coram Deo meo. Quia tepida et remissa,* explican Dionisio Cartujano, y Ruperto.

Y en este sentido toma tambien obras remisas la venerable Madre. La instruccion de María santísima fue, *que obrase con fervoroso efecto y prontitud, sin tibieza, ni temor :* estos son los motivos con que obran los tibios y remisos, como dijo san Bernardo. El medio de el castigo que aplica la disciplina regular al que no cumple su obligacion : *Vix pudor cohibet : vix frænat ratio : vix disciplina coercet.* Contrapuso María santísima con adecuado antítesis la prontitud á la tibieza, el fervor al miedo, para explicar las obras remisas que aconsejaba hubiese su discípula. Ir arrastrando á las obras precisamente por la amenaza de el castigo, por fuerza, sin voluntad ni gusto : *Affectu intellectui repugnante, necesse habent mittere manum ad opera fortium.* Que á faltar el temor de la pena con que amenaza la Religion, omitieran la obra : *Nam quia perversitate operis ex timore restringitur, perversa libenter ageret, si liceret,* que dijo san Gregorio, *lib.* 9 *Mor. c.* 32.

Por esto univocó tambien las obras remisas con las muertas; porque á las obras hechas con esta remision, no las vivifica la caridad : pues no la ordena ni actual ni habitualmente, que es el menor influjo que puede darse para refundir en ellas con dignidad al premio. Ni tienen motivo sobrenatural. Quédanse muertas, no son meritorias ni aceptables : *Mandatum si fit timore pœnæ, non amore justitiæ, serviliter fit, non liberaliter, et ideo non fit cum fructu : nec enim fructus est bonus, qui de radice charitatis non procedit,* dice san Agustin *de spiritu et littera, cap.* 19, *in fin.* Y san Gregorio en el Pastoral, *ubi supra,* compara al que obra con esta remision al que destruye : *Hinc est enim, quod per Salomonem dicitur : qui mollis, et dissolutus in opere suo fuerit, frater est sua opera dissipantis.* Prov. XVIII. *Quia videlicet, qui cœpta bona districte non exequitur, dissolutione negligentiæ manum destruentis imitatur.* Y las obras que no llenó en algun modo la caridad, por muertas se contaban al Obispo de Sardis : *Non video opera tua plena. Opera illius non erant plena* (dice san Ambrosio, ibi), *sed inania, quia non replebantur charitate.* Es ella la madre universal de las buenas obras; y las que por remisas no participan en algun modo su fecundidad, no son aceptables al premio sobrenatural de gracia y gloria, como suponen por certísimo todos los teólogos. Y el concilio Moguntino, c. 8 : *Charitatem bonis operibus gravidam esse, nec otiosam manere, quin oblata occasione promat de se opus bonum, et quotidiana incrementa justitiæ.*

De lo cual consta con cuánta propiedad estas obras remisas se llaman muertas, y con cuánta verdad se afirma no son aceptables ni meritorias.

NOTA XV.

TEXTO. *Los Inocentes tuvieron uso de razon: concedióles Dios este privilegio, para que voluntariamente ofreciesen sus vidas, y les pagase con premio y corona de mártires.* (Núm. 674).

§ I.

Á la revelacion contenida en esta nota puede oponerse lo primero, es menos conforme á la mente de santos Padres, que suponen no tuvieron los Inocentes uso de razon. Así san Bernardo en el sermon de los Inocentes, donde distingue tres géneros de martirios que acompañan la solemnidad de el nacimiento del Redentor. En san Estéban, martirio de voluntad y obra; en san Juan, martirio de voluntad solamente: en los Inocentes de obra, sin que interviniese voluntad: *Habemus in Beato Stephano martyrii simul opus, et voluntatem: habemus solum voluntatem in Beato Joanne: solum in Beatis innocentibus opus;* et infra: *Ut quemadmodum cæteris infantibus tunc quidem circumcisio, nunc vero baptismus, sine ullo propriæ voluntatis usu sufficit ad salutem, si nihilominus pro eo susceptum martyrium illis sufficeret ad sanctitatem.* Opónese á todos aquellos Padres que los aclaman victoriosos sin pelea, triunfantes sin lucha. Así san Juan Crisóstomo, *hom.* 2 *in Matth.: Fiunt Infantes sine certamine fortes, sine pugna victores.* Así san Crisóstomo, *serm.* 153: *Vincunt inscii, moriuntur inconscii: ignari tollunt palmas, coronas rapiunt ignorantes.* Así san Laurencio Justiniano, *serm. de Innocentibus: Sine pugna consensu hi coronantur.*

Parece tambien oponerse al sentido de la Iglesia por dos razones. La primera, porque la Iglesia en el rezo de los Inocentes quitó la antifona 2 del tercer nocturno: *Tradiderunt corpora sua in mortem,* y en su lugar puso: *Isti sunt Sancti qui venerunt ex magna tribulatione, et laverunt stolas suas in sanguine Agni.* Y si en los Inocentes hubiera uso de razon, se verificara muy bien dellos, que se entregaron al martirio, como se verifica de los demás mártires: con lo cual no quedara título para quitarles la Iglesia la antifona con que celebra á los otros.

La segunda, porque nuestra Historiadora dice les adelantó Dios á los Inocentes el uso de la razon, para pagarles con premio y corona de mártires lo que padecian. Donde se infiere (segun su parecer) que para premiarlos Dios con la corona de el martirio fue menester los privilegiase con el uso de la razon. Y esto se opone al sentido de la Iglesia, que celebra por mártires algunos niños en los cuales no hay fundamento para decir hubo uso de razon. Como san Quirico, niño de tres años, le celebra mártir á 16 de junio. Á san Simeon, de treinta meses, á 29 de marzo. Y otros muchos que se hallarán en el libro intitulado: *Fortalitium fidei, l.* 3, y en Rodrigo de Yepes en el martirio de san Cristóbal, intitulado comunmente el santo Niño de la Guardia, y en el erudito Padre Teófilo Reinando en su tratado *De vero martyrio per pestem, part.* 3, *c.* 2, *num.* 8.

Se opone tambien al comun sentir de los teólogos, los cuales afirman que los infantes muertos en odio de la fe se salvan, porque el martirio ó bautismo de sangre suple el bautismo de agua, que en los demás se requiere para la justificacion, tanto, que el Padre Suarez, *disp.* 29 *de sacr., sect.* 1, afirma: *Dicendum est ergo primo, infantes esse capaces martyrii, seu baptismi sanguinis.*

Hæc conclusio est mihi certa, neque existimo posse sine temeritate negari. Luego el dar por motivo al privilegio de tener uso de razon los Inocentes, que se premien con la corona del martirio, es oponerse al sentido de la Iglesia, y al comun de los teólogos, con la cual la proposicion dicha á lo menos merece la censura de temeraria.

§ II.

Para satisfacer adecuadamente á los cargos que se oponen á la prudente credibilidad desta revelacion, debe notarse que el privilegio de anticipar Dios el uso de la razon á los infantes, no es tan propio de Cristo, que deba negarse á otros, como insinúa el angélico Doctor en la 3 *part.*, *q.* 27, *art.* 3, pues es comunísimo concedérsele al Bautista, aun en las entrañas de su madre. Es expresísima sentencia de san Agustin, *epist.* 57 *ad Dardanum*, donde ponderando el gozo de san Juan á la presencia de María santísima, le atribuye al conocimiento de Cristo, y prosigue: *Quanquam etiam si usque adeo est in illo puero acceleratus usus rationis, et voluntatis, ut intra viscera materna, jam posset agnoscere, credere, et consentire, quod in aliis parvulis ætas expectatur, ut possint.* Parece le tuvieron san Benito, que en el vientre de su madre cantaba himnos y alabanzas á Dios, como se refiere en su historia *de Centu*, 1, *anno Christi* 494, san Roberto, que se desposó con María santísima estando en el vientre de su madre, en la misma historia, *Centu* 5, *anno* 1098, san Jacome de la Marca, que estando su madre preñada dél, la dijo no se fatigase, porque los enemigos no habian saqueado su casa. *Fr. Juanet.*, *tom.* 2 *Hist. Seraph.*, *lib.* 23, c. 1.

En quien se persuade mas haberle tenido es en san Víctor, de quien dice san Bernardo, *serm.* 2 de su festividad, que antes de nacer aumentó sus virtudes con sus merecimientos: y méritos no son posibles sin uso de razon. Despues de nacido, parece se concedió á Nicolás Obispo, que ayunaba tres dias cada semana, absteniéndose del pecho: que recibió el agua del Bautismo hincándose de rodillas al bautizarle, como refiere Surio en su vida y Dionisio Cartujano en el sermon del Santo. Se concedió á aquel niño que menciona Gregorio Turonense, *lib.* 3 *Hist. Francorum*, *c.* 1, el cual habló volviendo por la inocencia de san Brixio obispo de Turonia. Se concedió al otro niño que tambien dió testimonio de la pureza de Daniel Abad, como refiere Sofronio, *in Prato spiritual.*, *c.* 114. Lo mismo al otro, que por las oraciones de santa Brígida testificó que el Obispo de Broonia no era su padre, á quien se le atribuia la madre, sino otro hombrecillo vil á quien el niño señaló.

Aun hablando de los Inocentes se le concede san Cipriano, *serm. de Stella, et magis prope finem*, donde dice: *Parvuli subito fiunt martyres, et dum vicem Christi, et pro Christo avulsi à matrum uberibus detruncantur, testimonium, quod nondum poterant sermone, perhibent passione, et sufficit causa testimonio, licet nondum eloquio distinguatur. Illico spiritus infantilis vasculi receptaculum deferens, jam non tenelli corporis ætatisque novitiæ tempore tenetur: sed ab illis infantilibus coagulis anima expedita, adepta intellectus plenitudine, in occursum Christi festinat, à quo militiæ suæ quærens stipendium, ad lucis et pacis æternæ præmitur gaudia.*

Ni sé en qué otra cosa pudiese estar el milagro que afirma san Leon obró Cristo con los Inocentes. Estas son sus palabras, *serm.* 2 *Epiphaniæ*: *Illi potuerunt pro Christo mori, qui nondum poterant confiteri: itaque Christus ne ullum ei esset tempus absque miraculo, ante usum linguæ, potestatem linguæ tacitus*

exuberabat. ¿En qué estuvo el milagro? ¿en su justificacion? No por cierto: pues no se debe juzgar ignoraba san Leon principio tan comun entre los teólogos, como que el bautismo de sangre justifica á los niños independente del uso de la razon. Así lo enseñan los escolásticos con san Agustin, *lib.* 3 *de fide ad Cat. c.* 5, *y epist.* 28 *ad Hereron*, san Cipriano, *de laud. martyrii in fine*, san Clemente, *lib.* 5 *constitutionum apostolicarum, c.* 5, san Damasceno, *lib.* 4 *de fine, c.* 8, san Bernardo, *serm.* 66 *in Cant.*

Estaria el milagro que pondera san Leon, dirá alguno, en que como afirma Altifiodorense, *lib.* 3 *summæ, tract.* 10, *q.* 2, les concedió Dios la lauréola de mártires, que no pudo ser sin milagro, dispensando las leyes de esta comun providencia, segun las cuales dice Altifiodorense no hay verdadero martirio sin uso de razon. Paso con ello: pero si se ha de admitir milagro en darles la lauréola de el martirio sin méritos, ¿no será mas congruente dar el milagro, para que la mereciesen, concediéndoles el uso de la razon? Al Bautista se concede la comunísima sentencia de Padres y teólogos, como está dicho. Y si el privilegio, que mira no tanto á la persona como al oficio, se debe extender á aquel en quien se halla semejante dignidad, como santo Tomás enseña en la 3 *part., q.* 27, *art.* 6, y de el Santo, Tomás Hurtado, *de vero martyrio fidei, tract.* 2, *resol.* 20 *in fin.*: *Ad primum respondetur distinguendo de privilegio. Istud si primario concedatur personis, illis solis, et non aliis applicandum est, nec ad alias extendendum; secus autem, si concedatur causa, ubicumque ista fuerit, sequitur privilegium*, dice el docto Padre, siendo la dignidad de los Inocentes semejante á la del Bautista: pues fueron precursores de Cristo, muriendo como el Bautista, predicando segun la oracion de la Iglesia en su festividad: *Deus cujus præconium Innocentes Martyres, non loquendo sed moriendo confessi sunt.* Fundamento tiene, aun en razon natural, extender el privilegio á los Inocentes, por la paridad que entre ellos hay con el Bautista.

Los Padres citados, en la primera duda no escribieron examinando el punto, no dijeron se oponia este privilegio á la Escritura, ni el afirmarle ó negarle pertenece á dogma de la fe. Esto es lo que debe atenderse para guardar las revelaciones por conformes á la mente de los santos Padres. No de que hablando incidentemente hablasen como quien no tenia conocimiento de la revelacion, discurriendo solo por razon natural: que de otra suerte, todas las revelaciones privadas fueron sospechosas, pues siéndolo no era comun la noticia. Véase claro en las Revelaciones de santa Brígida, que están aprobadas, como conforme á la mente de los santos Padres, y muchas son tan singulares, que no hubo conocimiento suyo en los tiempos anteriores.

Lo mas que se podia decir á esta revelacion, es lo que dijo mi seráfico doctor san Buenaventura, *in* 3, *dist.* 3, *part.* 1, *quæst.* 1, hablando de la revelacion del abad Helesin: *Quia hæc revelatio authentica non est, non compellimur credere; quia etiam contra fidem rectam non est, non compellimur negare.* Siendo así que habia opuesto antes á la revelacion que referia la autoridad de san Bernardo y de otros Padres. Pero no le pareció que aun dándola opuesta se debia despreciar como ilusoria, ó porque los Padres hablaban independentemente de privilegio, cuya noticia á su juicio estribaba solo en una revelacion particular y privada; ó porque suponiendo no era en punto dogmático la autoridad de estos ó aquellos Padres, no hace mas que probabilidad en su sentencia, como advierte con erudicion Gravina, *tom.* 3 *Catholicarum præscriptionum, part.* 1, *cont.* 1, *quæst.* 1, *art.* 6. Y antes Cano, *lib.* 7 *de loc., c.* 3, y que

la revelacion se oponga á sentencia probable, no la hace sospechosa, como queda probado doctamente en las notas á la primera parte, nota I, § VII.

No confieso que si hubiéramos de estar precisamente á la razon natural de principios teológicos, no pudiera deducirse el privilegio de uso de razon en los Inocentes con eficacia: pues ni se puede deducir de la caridad con el Bautista, que esta no es mas que congruencia: ni de que la Iglesia los celebre como mártires: pues puede subsistir el martirio en cuanto bautismo de sangre independente de uso de razon; pero reduciéndolo á privilegio manifestado en esta revelacion, no hay fundadamento para negarle, pues ni se opone á la Escritura, ni á dogma de fe, ni á exposicion comun de los Padres, que es por donde se califican las revelaciones, para negarlas como ilusorias. Ni santo Tomás impugnó este privilegio, ó por menos conforme á los santos Padres ó por opuesto á la Escritura; solo le negó porque no constaba della. Y así en la 2, 2, *q.* 24, *art.* 1: *Ad primum ergo dicendum, quod quidam dixerunt, quod Innocentibus acceleratus est miraculose liberi arbitrii usus, ita quod etiam voluntarie martyrium passi sunt. Sed quia hoc per auctoritatem Scripturæ non constat, ideo melius dicendum est.* De donde se infiere: lo uno, que el afirmar tuvieron los Inocentes uso de razon, no es sentencia tan singular que careciese de autores en su defensa. Lo otro, que en el sentir de el Santo no se opone á Padres ni á Escritura: pues á juzgar se oponia, la impugnara *por este medio,* como eficacísimo sobre los demás. Solo dijo no constaba de la Escritura: y para no concederle esto bastaba estando en razon teológica, donde los privilegios que no se prueban, no se admiten, método que observó el Doctor angéico en muchas ocasiones. Véase en la 3 *p.*, en la *q.* 17 citada. Demás, que en el 4, *dist.* 9, *q.* 2, *ad duodecimum,* absolutamente lo da por probable. De lo dicho se infiere: que aunque es así que los Padres citados en la objecion predicando en la festividad de los Inocentes, los intitularon *absque pugna victores,* hablaron discurriendo segun razon natural, sin noticia de el privilegio, al cual de ningun modo impugnaron; con lo cual sus autoridades no perjudican á la prudente credibilidad de esta revelacion.

§ III.

Paso al segundo cargo, que se funda en haber mudado la Iglesia la segunda antífona del tercer nocturno. Y antes de entrar en la satisfacion redarguyo el cargo en esta forma: Luego la Iglesia quitó dicha antífona *Tradiderunt corpora sua,* porque significaba uso de razon en los que celebra con ella. Es así: pues á no serlo, mal se pudiera hacer objecion de su mudanza contra el uso de razon en los Inocentes; supuesto que de ella no se toma fundamento para afirmar el uso de razon los mártires. Bien: luego todo el tiempo que la dijo, sintió la Iglesia tuvieron los Inocente uso de razon. Es la consecuencia evidente: pues en buena lógica, como la afirmacion es causa de afirmacion, la negacion es causa de negacion. De que afirmo racional afirmo hombre; y consiguientemente, niego hombre si niego racional: porque la Iglesia niega á los Inocentes la antífona *Tradiderunt corpora sua in mortem*, infieres, siente no tuvieron uso de razon: luego de que la diese por muchos tiempos, debes inferir que entonces sentia le tuvieron. Y si para quitarla recurres á la infalible asistencia de el Espíritu Santo en su Iglesia, á lo mismo debes recurrir cuando la dió: pues la misma Iglesia es ahora que fue entonces: asistida siempre de la direccion de el Espíritu Santo, en lo que concierne materias de fe y de religion.

El caso es, que en lo que celebra la Iglesia, debe atender substancia y circunstancias: en lo que mira á la substancia ó santidad de quien celebra, es infalible. Doylo por cierto. Comunísima sentencia de los teólogos: mal oido de los demás alguno que se extravió de este sentir. Y aun yo estoy persuadido que en permitiendo la Iglesia que se diga una misa sola en culto de algun siervo de Dios, es infalible su santidad, tanto, que he defendido algunas veces en los actos públicos de nuestra insigne escuela, es de fe (llámese beatificacion, ó canonizacion el culto) que la prueba desta conclusion no depende desto. Abstraigo por ahora de las razones que me persuaden este sentir, y supongo es cierta la santidad, sin determinar el grado de certeza: si es moral, si es teológica, ó es de fe.

Pero en cuanto á las circunstancias se gobierna la Iglesia de razones prudentes y probables: de aquí nace la variacion en las lecciones del segundo nocturno, donde refiere la vida del Santo, y en las tablas eclesiásticas ó martirologios. Los ejemplos son palmarios. En los martirologios antiguos á primero de junio se celebra san Próculo llamándole obispo de Bononia; y el cardenal Baronio en los Anales, año de 305, n. 122, convence que san Próculo no fue obispo; con que antes le celebra confesor pontífice, y despues confesor no pontífice. Á 9 de diciembre á san Restituto obispo cartaginense y mártir: y es probable que, aunque fue santo y obispo de Cartago, no padeció martirio: pues ni san Agustin en el sermon que predicó del Santo, y trae Posidio, toma en la boca su martirio, celebrando otras excelencias menores; ni antes de san Cipriano hubo obispo de Cartago mártir, como dice Poncio Diacono *in vita S. Cypriani,* y san Restituto es cierto precedió á san Cipriano. San Eusebio Bercelense á 1 de agosto le celebra mártir, y san Ambrosio, serm. 69, y Greg. Turonense, *lib. de gloria Confessoris,* le cuentan entre los confesores. Á san Juan Evangelista le celebra mártir á 6 de mayo, á santa Tecla tambien, á 23 de septiembre, y si para verdadero martirio es menester, *quod passio inflicta à tyranno continuetur usque ad mortem,* como dice santo Tomás, *in* 4, *dist.* 49, *quæst.* 5, *art.* 3, *quæst.* 2, y 2, 2, *q.* 124, *art.* 4, *ad quartum,* á quien sigue Cayetano, *ibi,* el Abulense, *ad cap.* III *Matth., q.* 20, § *sed dicendum,* Valencia, 2, 2, *disp.* 8, *q.* 2, *punt.* 1, san Juan y santa Tecla no serán propios mártires en la sentencia de tan graves autores.

Suele variar tal vez la Iglesia en el oficio divino lo que pertenece á las circunstancias: porque con el tiempo y el cuidado que en estas materias pone se descubre menos probable lo que antes parecia mas. Por esto Urbano VIII, en las lecciones de san Bruno quitó aquel caso del canónigo parisiense de tanto horror. Y en las lecciones de santa Catalina de Sena aquella cláusula que estaba antes: *Ex Benincasia una cum Burghesia familia ex eodem stipite proveniente.* De suerte que, en estas materias, variacion y mudanza admite: porque se gobierna en este particular de razones y motivos humanos, que aunque de mucho peso, no infalibles; pues á serlo en ningun tiempo cupiera variacion, como no cabe en lo que difine y determina, en cuanto órgano visible de el Espíritu Santo.

Demos, pues, que en el oficio de los Inocentes quitó la antífona *Tradiderunt corpora sua in mortem,* por parecerle menos probable tuvieron los Inocentes uso de razon. De aquí ¿qué se sigue? Que estando en razon humana teológica, esto parecia menos probable. Y ello es así, no hay duda, pues, como decíamos antes, no se halla antecedente, de el cual con demasiada probabili-

dad se infiera el uso de razon en ellos, por consecuencia eficaz. Pero no se sigue de aquí que por privilegio no se le concediese Dios, como se le concedió á otros. No constaba antes el privilegio, porque habia de constar mediante revelacion, y no quiso Dios hacerla hasta estos tiempos, como en otros reveló á algunos siervos suyos cosas particulares, que despues abrazó la Iglesia, como lo hizo Pio I con la revelacion de Hermes, *ut habetur, cap. Nosse de consecrat.* 3. La de otra sierva de Dios por Urbano IV, *ut habetur apud Severianum Binum in vita Urbani, tom. 4 Concil., part.* 1. La de san Antonio Abad, para canonizar á san Pablo. La de el Obispo Sipontino, para instituir fiesta á san Miguel arcángel. La de el otro ermitaño, para instituir de la Natividad de Nuestra Señora, como refiere san Ambrosio, *in serm. ejusdem Festi.*

§ IV.

Hemos discurrido en suposicion que de quitar dicha antífona: *Tradiderunt corpora sua in mortem*, se infiriese haber padecido los Inocentes sin uso de razon; pero de la antífona, que subrogó á esta, se colige no fue este el motivo. La antífona que subrogó fue esta: *Isti sunt, qui venerunt ex magna tribulatione, et laverunt stolas suas in sanguine Agni*, tomada de el VII de el *Apocal.* Y esta no significa menos uso de razon, en quien padece, que la otra: porque el venir *ex magna tribulatione*, en la comun exposicion significa venir: *Sponte, et non coacte, sed libera voluntate ad supplicium passionis*, como nota nuestro doctísimo Aye, *super* VII *Apocal.*, y en este sentido le explica Absalon Abad, *serm.* 42: *Dicitur, venerunt: quia non attracti, non coacti, sed voluntate spontanea venerunt ad supplicium passionis.*

Persuádome movieron á Urbano VIII dos razones para variar aquella antífona. La una, que como Urbano VIII atendió tanto en el oficio divino, á los ápices de la buena latinidad, reconoció faltaba á ella el *tradiderunt corpora sua in mortem*, dicho por los Inocentes: porque en propiedad latina el *tradere se in mortem*, no se verifica de quien muere de una enfermedad, aunque acepte la muerte con resignacion: sino de quien se mata, ó por propio arbitrio se expone á que le maten. Con que estando á este rigor latino, no podia convenir á los Inocentes *tradiderunt corpora sua in mortem*, aunque voluntariamente la aceptasen: pues no se fueron ellos á buscar el martirio, ni se les dió accion en el morir, ó no morir, como comunmente la tuvieron los demás mártires, á los cuales en caso que negaran la fe no les quitaran la vida; y así de estos proprísimamente se verifica que *tradiderunt corpora sua in mortem*, porque no solo la aceptan, sino la escogen. En los Inocentes, con el uso de la razon hubo el aceptarla, pero no el escogerla, y así, en rigor latino, no subsiste el *tradiderunt se in mortem*, aun suponiendo voluntaria aceptacion.

La segunda, por el motivo que expresa aquella antífona: *Ne servirent idolis*, por no servir á los ídolos. Y los Inocentes no murieron por esto, con que, aun concedido el uso de la razon, no se verificaba padecian la muerte, por no mancharse, con ser idólatras, como hablando de el martirio de el Bautista dice san Bernardo, *serm.* 98 *ad ignotum.* En la antífona empero que hoy les da la Iglesia: *Isti sunt, qui venerunt ex magna tribulatione*, cabe el que vengan de la tribulacion, porque voluntariamente la aceptaron: cabe, porque voluntariamente la padecieron abstrayendo de que la aceptasen: cabe el que lavasen las estolas en su sangre, vertiéndola el tirano en odio de Cristo, aunque no fuese en culto de la idolatría; y así se les acomoda con mas propiedad:

Isti sunt qui venerunt ex magna tribulatione, que les dice ahora, que no el *tradiderunt corpora sua*, que decia antes.

§ V.

Á la tercera objecion se responde fácilmente, reconociendo la propiedad admirable de nuestra Historiadora en el modo y razon que observa, con motivo al privilegio de conceder Dios á los Inocentes el uso de la razon. *Concedióles Dios este privilegio* (dice) *para que voluntariamente ofreciesen sus vidas, y les pagase con premio y corona de mártires lo que padecian.* Independente de el uso de la razon, muertos en odio de Cristo fueron bautizados con el bautismo de sangre, y consiguientemente se justificarán, supliendo la sangre el agua para obtener el fruto de bautismo. Y así fueran mártires, tomando el martirio por bautismo de sangre. Pero no fueran mártires con corona de martirio; esto es, condecorados con la lauréola, que es corona propia y insignia de los mártires, porque la lauréola supone pugna: faltando el uso de la razon, no podia haberla, y consiguientemente ni el premio, que corresponde al mérito de la pelea y victoria. Es comunísimo entre los teólogos negarles la lauréola de el martirio á los niños que antes de el uso de la razon mueren en odio de la fe. Así el angélico Doctor, *in* 4, *dist.* 49, *quæst.* 5, *art.* 3, *q.* 2, Soto, ibi, *art.* 2, Paludan, ibi, *quæst.* 8, *art.* 4, san Antonino, 3 *part.*, *tit.* 32, *c.* 8, § 6, el Abulense, *ad* III *Matth.*, *q.* 20, Tomás Hurtado, *de vero Martyrio fidei*, *resolut.* 19.

Por lo cual, si los Inocentes se coronaron con la lauréola que honra á los demás mártires, debieron ser privilegiados con el uso de la razon, como dice la venerable Madre: y en faltando este, es consecuencia precisa, en la mas comun sentencia de los teólogos, careciesen de tan honrosa insignia: y por no negársela á los que eran primeras víctimas de Cristo, quiso favorecerlos, anticipándoles el uso de la razon; con que satisfecho el cargo, se descubre la suma propiedad que observa en todo nuestra venerable Historiadora, afirmando los privilegió Dios con el uso de la razon, para pagarles con premio y corona de mártires, pues sin el uso de la razon carecian de la lauréola del martirio.

FIN DEL TOMO CUARTO.

ÍNDICE

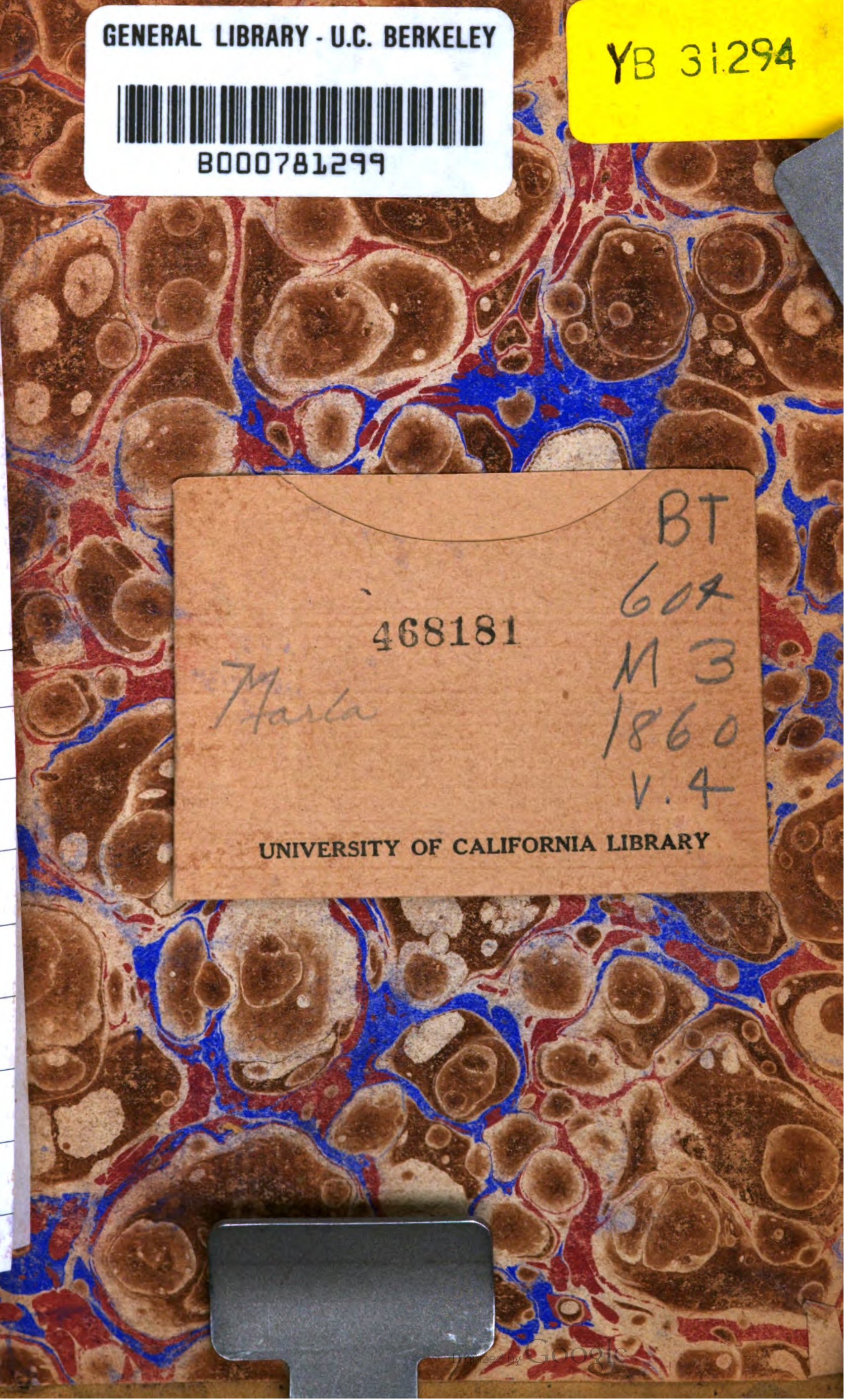
DEL TOMO CUARTO.

SEGUNDA PARTE.

LIBRO CUARTO.

LIBRO QUINTO.

FIN DEL ÍNDICE.


GENERAL LIBRARY - U.C. BERKELEY
B000781299
YB 31294
468181
Marla
BT
604
M3
1860
V.4
UNIVERSITY OF CALIFORNIA LIBRARY

